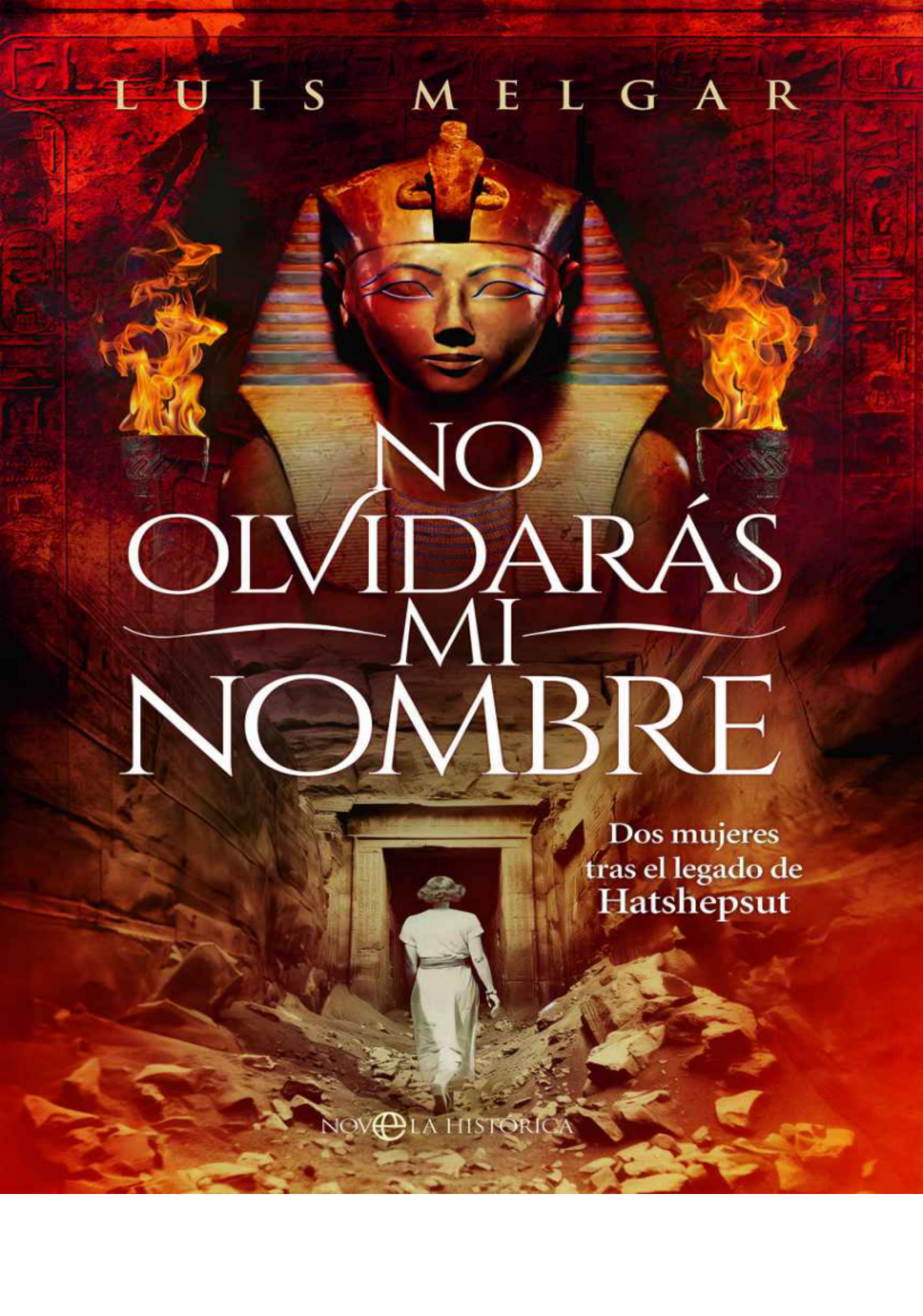

LUIS MELGAR
NO OLVIDARÁS MI NOMBRE
Dos mujeres tras el legado de Hatshepsut
NOVELA HISTÓRICA

Índice

Para Tatita que, igual que Sitra, me ha querido y cuidado siempre de forma incondicional.

1
Recuerda tu deber sagrado

Apunta, escriba. Anota palabra por palabra todo lo que voy a decirte, para que mi memoria no se pierda en las brumas del Amenti cuando me llegue la hora de partir de este mundo.

Esta es la historia de mi hija, mi bienamada, la que ilumina mi corazón. No la llevé en mi seno ni nació de mis entrañas, pero eso no me ha impedido jamás amarla como una madre. Yo la amamanté, la crie y la acuné cuando lloraba. Le enseñé a hablar y junto a mí dio sus primeros pasos. Siempre la protegí de sus enemigos, aunque no pude salvarla de la muerte.

Esta es la historia de mi niña, mi princesa, mi reina, mi faraón.

Esta es la historia de Hatshepsut.

Para hablar de ella, primero he de hacerlo, aunque sea brevemente, de mí. ¿Quién soy? ¿Cómo llegué a su vida? ¿Cómo puede alguien como yo acabar ocupando un lugar en el corazón de la gobernante más grande que ha tenido Egipto?

Mi nombre es Sitra-In y soy ama de cría. Nodriza, niñera, tata. Soy de noble cuna. Mi padre era supervisor de los graneros y mi madre, camarera de la reina madre. En caso contrario, nunca se me habría permitido acercarme a una princesa real. Cuando apenas había alcanzado la edad núbil, un soldado de la corte se encaprichó de mí. Era fuerte y apuesto y sus facciones eran agradables, además, su valor y destreza con la espada le auguraban grandes éxitos militares, así que mi padre decidió que debía convertirme en su esposa. Podría haberme negado, eso es cierto. Nada en la ley obliga a una mujer a aceptar a un hombre como marido si no lo desea. Pero era joven, tonta y nunca había llevado la contraria a mis padres, de modo que accedí. Pronto me quedé embarazada: a esa edad, las hembras somos muy fértiles. Mi hombre partió al frente y murió en una de las primeras campañas del faraón Tutmosis. Quizá a causa de la impresión al conocer la noticia, o porque así lo quisieron los dioses, mi hija nació prematura y ni médicos ni sacerdotes fueron capaces de salvarle la vida.

Fue así como me quedé viuda, madre de una hija muerta y con los senos llenos de leche antes de cumplir los trece años.

¿Qué hubiera sido de mí si la anciana Nefertari no me hubiera hecho llamar?

—Se requiere tu presencia en el harén real —me informó mi madre, entrando en nuestra casa de Tebas en mitad de la mañana,

algo muy poco habitual. Al igual que yo, era una mujer menuda y enjuta, con la piel del color del bronce y unos enormes ojos negros que siempre llevaba pintados de kohl. Nuestra familia respetaba la tradición de llevar la cabeza afeitada, y mi madre era conocida en el palacio de las mujeres por sus ostentosas pelucas de cabello nubio que imitaban el estilo de la familia real, costumbre que yo había heredado también. Ahí acababan nuestras similitudes, ya que, frente a su carácter nervioso y autoritario, yo siempre he buscado la tranquilidad y la armonía como un nómada que ansía el agua en medio del desierto.

Como venía siendo mi costumbre desde el parto frustrado, yo yacía en mi jergón con la mirada perdida en un futuro que nunca sucedería.

—¿Para qué?

—La Señora requiere tus servicios.

En mi casa, la Señora siempre había sido y siempre fue la reina Nefertari, madre del difunto faraón Amenhotep. Su poder era tan grande que se decía que era ella la que en verdad gobernaba Egipto. Había sido la mano derecha de su esposo mientras él expulsaba para siempre a los hicsos que habían ocupado el Doble País durante tanto tiempo. Fue regente del reino mientras su hijo era un niño. Cuando este subió al trono, siguió ejerciendo gran autoridad y, cuando murió sin descendencia, fue ella quien escogió al faraón Tutmosis para ceñirse la doble corona. Era, además de esposa del dios, segunda profetisa de Amón, un título hasta entonces reservado para los varones pero que ella ejercía con mano dura. En aquel momento superaba ya los sesenta años, pero seguía siendo el corazón que enviaba fuerza y energía a todo Egipto.

—¿Y qué desea de mí? No sé hacer nada. Soy inútil. Estúpida. Ni siquiera sirvo para parir a una hija sana.

Mi madre se acercó a mí, me obligó a levantarme de un fuerte tirón del brazo y me abofeteó en ambas mejillas.

—Basta. ¿Crees que eres la única mujer del mundo que ha perdido marido y criatura? La Señora te está dando una oportunidad única. No me hagas quedar en mal lugar.

—¿Pero para qué me puede necesitar?

—La reina Ahmose está a punto de dar a luz y precisa de un ama de cría para el bebé.

—Yo no sé nada de criaturas.

—Pues tendrás que aprender, ¿no te parece? Date prisa, dos guardias te esperan en la puerta para llevarte junto a la princesa.

Ni tan siquiera me dio ocasión de asearme. Me vestí una túnica

que apenas cubría las señales de mi reciente embarazo y me dejé llevar, casi a la fuerza, por las calles abarrotadas de la ciudad. Mercaderes, esclavos, artesanos y agricultores se afanaban de un lado para otro, alegres, optimistas, repletos de felicidad. Al menos, así me lo pareció a mí. Hacía un día radiante. El carro de Ra apenas despuntaba en el horizonte, por lo que sus rayos se asemejaban más a cálidas caricias que a las flechas de fuego que llegarían un poco más tarde. ¿Cómo podía alguien sentirse desgraciado en una mañana como aquella? Las tinieblas, no obstante, nublaban mi espíritu y mi corazón y me impedían ver más allá de mis propias desgracias.

Los guardias casi me arrastraron hasta las puertas del templo de Amón en Karnak, cuya grandiosidad me hizo sentir aún más minúscula y fuera de lugar. Aquel lugar destinado a durar para toda la eternidad era mucho mayor que nada a lo que yo estuviera acostumbrada. Las paredes de piedra maciza amenazaban con tragarme y las enormes esculturas de dioses, faraones y reinas parecían reírse de mi insignificancia.

Me sentí pequeña. Invisible. Indigna.

Un joven sacerdote, con su hábito blanco y su cabeza afeitada, me esperaba para acompañarme hasta el corazón del mismísimo templo. En una sala iluminada tan solo por la luz de las velas, rodeada de sacerdotes varones y bajo la mirada de oro del dios carnero, yacía una parturienta desnuda que lanzaba terribles lamentos. Era apenas una niña, más joven incluso que yo. Su cuerpo menudo estaba mucho más hinchado de lo que había llegado a estar el mío, dándole el aspecto de una hipopótama en plena carrera. Estaba cubierta de sudor y su rostro moreno se notaba enrojecido por el esfuerzo.

Solo podía tratarse de la reina Ahmose.

—No comprendo —le murmuré a mi acompañante—. ¿Por qué no la han llevado al templo de Mesjenet? Allí están las mejores parteras de toda Tebas.

—La reina Ahmose es la gran esposa real de Tutmosis. Su hijo será faraón de Egipto. Amón es su padre y por eso ha de nacer bajo su mirada.

—¿Y si es una hembra?

—En cualquier caso, su destino es reinar —repuso el joven sacerdote.

No imaginé hasta qué punto resultarían proféticas aquellas palabras.

La historia de lo que ocurrió a continuación es tan antigua como el universo mismo. Los gritos de la parturienta se hicieron cada vez más desgarradores. Uno de los sacerdotes le masajeaba el vientre

mientras los demás daban vueltas a su alrededor murmurando ensalmos y bendiciones. En un momento dado, la ayudaron a ponerse en cuclillas. Ella emitió un agudo chillido mientras una masa sanguinolenta asomaba entre sus piernas, seguida de inmediato por la cabeza rosada de un bebé y, después, el resto del cuerpo. El sacerdote de más edad lo tomó entre sus manos mientras otro cortaba el cordón con una daga de oro y realizaba un nudo.

La criatura rompió a llorar. No hizo falta animarla ni convencerla para que hiciera sonar su voz por primera vez en este mundo.

—Es una niña —anunció.

—Hatshepsut —prorrumpió una voz profunda, oculta entre las sombras del templo. No había caído en la cuenta, pero frente a una de las paredes, más allá de la estatua de Amón, había un hombre de mediana edad, de aspecto fuerte y viril, sentado en un trono de madera plateada—. Mi hija se llamará Hatshepsut, «la primera de las nobles damas», porque su destino es ser la mujer más poderosa del reino. ¿Cómo te encuentras, hermana mía, amada de mi corazón?

—Cansada por el esfuerzo, pero tu presencia me da fuerzas, amado Tutmosis.

El faraón se levantó de su asiento. Todos los presentes se apresuraron a postrarse, llevándose las manos a las rodillas e inclinando la cabeza. Era el hombre más alto que había visto jamás o, al menos, esa fue mi impresión. Por el rabillo del ojo observé cómo se acercaba a su esposa, se arrodillaba ante ella y la besaba en los labios. A continuación, se dirigió a la niña, que junto a él parecía un gato recién sacado del agua. Le acarició la mano con un gesto de cariño que no hubiera esperado de alguien de su tamaño y, a continuación, depositó un beso sobre su frente.

—¿Dónde está la nodriza?

—Soy yo, majestad —murmuré, sin ser capaz de alzar la voz ni de lograr que esta aparentara una seguridad que, desde luego, no sentía.

—Mi hija, la favorita de mis ojos, queda a tu cuidado. Si algo le ocurriera, lo pagarás con tu vida. Entregádsela.

Tutmosis se alejó a grandes zancadas mientras el sacerdote principal depositaba a la criatura en mis brazos. Recuerdo que la vi tan frágil y pequeña que tuve miedo de que se me cayera y se pudiera romper. Estaba desnudita, aún sucia de haber estado dentro del vientre de su madre, tenía los ojos entrecerrados y lloraba sin parar.

Nadie parecía tener intención de ocuparse de ella. Nadie iba a lavarla ni a vestirla. Al parecer, esa era mi función. Yo, que jamás había cuidado a un bebé ni había sido capaz de traer a mi propia hija

al mundo con vida, tenía que encargarme de la pequeña Hatshepsut.

—Acércamela —murmuró la reina, con voz débil—. Quiero verla.

Me apresuré a colocar a la niña sobre el pecho de su madre, al tiempo que las envolvía a ambas con pieles de animal. Junto al jergón había una mesa con objetos médicos que los sacerdotes debían de haber preparado para el caso de que el parto se complicara. Tomé un cuenco con agua, una toalla de lino y me dispuse a limpiar a la recién nacida.

—Es preciosa, majestad —dije, sintiendo que las palabras se agriaban en mi boca—. Una niña sana. Perfecta. Enhorabuena.

—¿Qué le deparará el futuro? ¿Acaso tendrá alguna posibilidad de ser feliz, o será como un juguete que todos los niños se disputan hasta que al fin lo rompen y se olvidan de él?

La reina dejó la mirada perdida y pude advertir que se le humedecían los ojos. Más que en su hija, hubiera jurado que pensaba en sí misma. Me sentí consternada ante sus palabras. ¿Cómo podía hablar así? Su esposo era un hombre apuesto y poderoso que le había engendrado una hija sana. Vivía rodeada de riquezas y comodidades, sin requerir más que un movimiento de ojos para obtener el más mínimo de sus caprichos.

—Esta niña tendrá todo lo que pueda desear —me atreví a decir, sintiendo que el calor subía a mis orejas—. Es una privilegiada.

—¿Cuál es tu nombre?

—Sitra-In, majestad.

—Sitra, el harén del faraón es un nido de víboras. Pronto lo verás. Y mi pequeña… mi pequeña será el blanco de todos los odios, de todas las envidias. Habrá quien quiera destruirla y también quien desee utilizarla para sus propios fines. Nadie velará por ella. ¿Lo harás tú, Sitra? ¿Serás la guardiana de Hatshepsut?

No tuve ocasión de contestar. La reina exhaló un hondo suspiro, cerró los ojos y su cabeza cayó hacia un lado. Sus brazos perdieron el vigor y la recién nacida estuvo a punto de caer, por lo que me apresuré a recogerla y envolverla con mis propias ropas mientras miraba a un lado y a otro sin saber muy bien qué hacer.

—¡La reina! —exclamé—. ¡Algo le sucede a la reina!

Varios médicos-sacerdotes la rodearon al instante, empujándome para que les dejara espacio para trabajar. La pequeña Hatshepsut comenzó a llorar, quizá presintiendo que algo malo le estaba ocurriendo a su madre. Retrocedí varios pasos y al fin abandoné el templo de Amón para correr por los jardines sin saber muy bien adónde dirigirme. Por suerte, me crucé con dos esclavas domésticas que me interceptaron para hacerle arrumacos a la niña y, sin llegar a

ser conscientes de mi ignorancia, me escoltaron hacia el harén real que se hallaba anejo al templo. Aunque no era tan grandioso y sus muros estaban hechos de adobe en lugar de piedra, su aspecto me resultó sobrecogedor. Se respiraba lujo y opulencia en cada uno de los detalles, desde la frondosidad de las higueras y los sicomoros que había junto a la entrada hasta el oro y el lapislázuli que adornaban las pinturas de las paredes, por no hablar de los cortinajes del lino más exquisito, las enormes plumas multicolores pertenecientes a pájaros desconocidos para mí o las temibles esculturas, tan realistas que daban la impresión de ir a echarse a andar en cualquier momento. El aire en el interior era fresco y se respiraba un agradable aroma a sándalo.

Las esclavas me condujeron por un laberinto de corredores hasta el que sin duda iba a ser el dormitorio de Hatshepsut. La estancia se hallaba dividida en dos por una columnata. En uno de los lados se encontraba la cuna real, envuelta en cortinas de lino para proteger a la pequeña de los mosquitos. Junto a ella había un camastro que imaginé sería para mí, así como una silla y una mesa con artículos de tocador. Al otro lado entreví lo que sería la zona oficial, adornada con hermosas pinturas y esculturas de brillantes colores, donde imaginé que la princesa recibiría a sus visitantes a pesar de su corta edad.

Allí me esperaba mi madre.

—La reina está muy enferma —dijo a modo de saludo—. Si muere, tu papel será aún más importante.

—Pero no puede morir… es tan joven…

—Para nosotras, es bueno que el bebé sea una niña —continuó, como si no me hubiera escuchado—. Si fuera un varón, lo arrancarían de tu lado en cuanto aprendiera a caminar por sí mismo. Pero es costumbre que las amas de cría desempeñen el papel de preceptoras de las hembras de la realeza.

—¿Preceptora, yo? ¿Cómo he de enseñarle, si apenas sé nada?

—Para eso me tienes a mí.

Entre mi madre y las esclavas, me ayudaron a envolver a la niña en pañales de lino sin hacerle daño en el ombligo. A continuación, me indicaron que me sentara y la depositaron en mis brazos.

—¿A qué esperas? —preguntó mi madre.

—¿A qué espero para qué?

—La pequeña princesa tiene hambre. Tienes que darle de mamar.

Sentí como si una alimaña se hubiera subido a mi regazo. De pronto, fui extrañamente consciente del dolor que me oprimía los pechos, cargados de leche desde el día en que debería haber nacido mi hija. ¿Acaso aquella desconocida tenía derecho a apropiarse de lo que tendría que haber pertenecido al fruto de mis entrañas? Las lágrimas

amenazaron con brotar en mis ojos. Sentí la tentación de arrojar a la niña lejos de mí, salir corriendo y extraviarme en algún lugar desconocido para no volver jamás.

Fue entonces cuando la miré por primera vez. Cuando la miré de veras, cuando la miré con los ojos del corazón.

La pequeña Hatshepsut tenía la tez bronceada, como todos los de su linaje. Mechones irregulares de cabello rojizo le cubrían la cabeza, su naricita respingona parecía un dátil del desierto, su boquita se abría y cerraba como si buscara algo a lo que agarrarse… y sus ojos, sus ojos negros y acuosos estaban clavados en mí.

En ese momento la amé. Desde entonces, nunca he dejado de hacerlo.

Me desabroché el lazo del vestido y lo dejé caer, sintiendo el roce de la tela contra mi piel. Sujeté la cabeza de la pequeña y, con cuidado, la guie hacia mi pecho. Tardó unos instantes en comprender, pero enseguida su boquita encontró mi pezón y empezó a succionar. Apenas pude reprimir un grito de sorpresa. Dar de mamar dolía, dolía mucho más de lo que yo hubiera imaginado. Y, sin embargo, era un dolor agradable, como si al extraer mi leche liberara una presión insoportable no solo en mi cuerpo, sino también en mi alma.

Durante un tiempo, no pensé en nada. Mi madre se retiró y me dejó sin más compañía que las esclavas que habían de atendernos. Me permití disfrutar de aquella sensación tan nueva para mí. Cerré los ojos y debí de quedarme dormida, porque de pronto me despertó la voz estentórea de mi madre, que irrumpía de nuevo en el aposento real con su energía habitual, acompañada del ayudante militar del faraón.

—La Señora reclama la presencia de la princesa en el templo de Mut. De inmediato.

—Pero… pero… —balbuceé, adormilada.

—Dámela, Sitra —dijo ella, arrancándome a la bebé del pecho. Por un instante, sentí como si me hubieran quitado una parte de mí—. Debemos preparar a la princesa para su boda.

—¿Boda? ¿Qué boda? —pregunté, levantándome de un salto—. Apenas hace unas horas que ha nacido, ¿con quién la quieren casar?

Mi madre depositó a la niña en brazos de las esclavas, que comenzaron a vestirla con un traje blanco bordado en oro. Se acercó a mí con gesto decidido y me propinó una bofetada.

—Concéntrate. Vivimos un momento muy delicado. La vida de la reina Ahmose corre peligro. La Señora ha decidido honrar a Hatshepsut con el título de esposa de Amón. Su destino será contraer matrimonio con su hermano, el príncipe heredero, y ser a su vez la

madre del futuro faraón.

—Pero es tan pequeña… —murmuré, confundida.

—Hablas demasiado. El papel de un ama de cría consiste, a menudo, en guardar silencio. Vamos.

Las esclavas habían terminado de preparar a la princesa. Le habían colocado una minúscula peluca nubia en la cabeza, la corona del buitre de las grandes reinas con el correspondiente *uraeus* y la doble pluma de Amón. Llevaba un collar de aguamarina demasiado pesado para ella y con la manita sujetaba un pequeño cetro con forma de flagelo.

Más que una recién nacida, parecía una de las estatuas que se veneran en los templos. No una personita de verdad, sino un objeto de culto.

Me devolvieron a Hatshepsut, que se revolvía incómoda dentro de su extraño atuendo. Tuve que esforzarme por mantener cada cosa en su lugar, ya que la pequeña hacía lo posible por liberarse de tanto ornamento. Entonces el edecán echó a andar. Mi madre casi tuvo que empujarme para que lo siguiéramos. Nos escoltó de nuevo a través de los pasillos del palacio hasta el recinto de Karnak. En vez de dirigirnos al templo de Amón, caminamos hacia el lago sagrado hasta llegar a la capilla dedicada a su divina esposa, Mut.

El edecán se detuvo junto a la entrada, que estaba jalonada por siete estatuas de Sekhmet, la leona. Se trata de una diosa guerrera, dispuesta a matar para proteger a los que ama. Igual que yo. Nuestra guía nos hizo un gesto para que entrásemos en el templo. Los hombres no tenían permitido el acceso.

Aquella fue la primera vez que visité el templo de Mut. Ha cambiado mucho desde entonces. Mi niña querida lo mandó demoler y construyó uno nuevo y mucho más glorioso en memoria de todas las esposas de Amón que la precedieron y que habrán de sucederla. Por aquel entonces, no era ni mucho menos impresionante. Era un edificio bajo, de piedra caliza, sin apenas decoración. La atmósfera era pesada a causa del incienso y de los perfumes. Constaba de una única sala. En el centro, sobre una barca de madera, una estatua de oro de la diosa con alas de buitre nos dio la bienvenida. Frente a ella estaba la Señora, la reina madre Nefertari. Junto a ella, con la túnica blanca y los hombros cubiertos por una piel de leopardo, se encontraba Minmontu, sumo sacerdote de Amón, el hombre más poderoso de Tebas tras el propio faraón.

—¿Su majestad está segura de lo que se propone hacer? —preguntó el hombre—. Esta niña no lleva la sangre sagrada de sus antepasadas. Tanto su padre el faraón como la reina Ahmose son de

origen plebeyo. Quizá aún estemos a tiempo de que la reina Mutnofret dé a luz a una hembra…

—He tenido que llegar a esta edad para darme cuenta de que la sangre no lo es todo. Mi hijo Amenhotep era carne de mi carne y fue un pésimo faraón, que ni siquiera pudo cumplir con la obligación de dejar un heredero. Mutnofret es hija de mi difunto esposo, la sangre sagrada de Amón corre por sus venas, y en cambio ha optado por entregarse a las intrigas de los sacerdotes de Ptah. Tutmosis, por el contrario, no era nadie, pero sus victorias demuestran que es el auténtico heredero de mi esposo, el hijo de nuestro corazón. Respecto a la princesa, yo misma me encargaré de su educación y me aseguraré de que sea la valedora de Amón en Egipto, al igual que lo he sido yo, así como mi madre y mi abuela antes de mí. —La Señora clavó sus ojos en mí, me hizo un gesto con la mano y habló con un tono firme que, sin embargo, revelaba lo avanzado de su edad—: Tráeme a la niña.

Incluso siendo tan bebé, mi Hatshepsut ya demostró el carácter que la distinguiría durante toda su vida. Otro niño normal hubiera llorado por la incomodidad, por el humo, por la continua sucesión de elementos extraños. La pobre acababa de nacer, debería haber estado durmiendo. Pero ella no expresó la más mínima queja. Aunque dicen que los ojos de los recién nacidos no pueden ver con claridad, juro que ella lo miraba todo con atención, como si quisiera memorizar cada detalle.

Yo, no obstante, sí que me sentía abrumada. No estaba acostumbrada a verme rodeada de reinas y sumos sacerdotes. Todo aquello me superaba. Me quedé paralizada.

Era tan joven.

—¡Vamos, necia! —susurró mi madre.

Avancé tambaleante hasta Nefertari y le entregué a la niña, con tal torpeza que se le cayó el cetro de la mano. Me agaché para devolvérselo y me retiré al instante.

La Señora nos dio la espalda y alzó a Hatshepsut sobre su cabeza, ofreciéndosela a la diosa.

—Oh, Mut, hija de Ra y esposa divina de Amón, te ofrezco a esta niña nacida de la simiente del faraón. Su madre no es de sangre real, pero te ruego que habites en ella y la transformes en esposa de Amón, para que a su vez ella transmita legitimidad a su futuro esposo y, juntos, reinen sobre Egipto. Acéptala, oh Mut, y libérame de la carga que llevo soportando todos estos años.

Un silencio pesado y vibrante se impuso en el pequeño templo. El eco de las palabras de la reina retumbaba en las paredes mientras el

humo del incienso se hacía más y más denso.

—Acepto tu ofrenda, Ahmose-Nefertari —replicó la estatua. Aunque había escuchado a los dioses hablar en otras ocasiones, no pude evitar sentir un escalofrío. Se me erizó el vello del cuerpo y se me humedecieron los ojos. La voz de Mut era profunda, sedosa, sobrenatural—. Desde el día de hoy, esta niña será tu nieta, carne de tu carne y sangre de tu sangre. Hatshepsut, mi *ka* habitará en ti y te transformará en esposa de Amón, el rey de los dioses. Un día no muy lejano, tu padre morirá. Tutmosis no pertenece a la estirpe sagrada de los dioses. Es solo la savia nueva que se necesita para dar vida al gran árbol de nuestra dinastía. Tu papel, Hatshepsut, será casarte con tu hermano como lo hicieron tus antepasadas antes que tú. A través de él, el divino Amón concebirá en ti a la siguiente estirpe de faraones. Y tú, como esposa del dios, serás la nueva guardiana de nuestra dinastía y valedora de Amón en Egipto.

—Así se hará —replicó la Señora, bajando los brazos y apoyando a la niña contra su seno.

—¿Quién cuidará a mi heredera? —inquirió la diosa—. ¿Quién la amamantará y la guiará en sus primeros pasos?

Sin miramiento alguno, mi madre me empujó. Con un traspiés, me situé justo detrás de la reina.

—Yo —repuse, con un hilo de voz—. Sitra-In.

—Recuerda tu deber sagrado: cuidar, proteger y formar a la futura guardiana de Egipto. Tendrá otras preceptoras, mujeres que la ayudarán a entender sus funciones en el orden cósmico. Pero la primera responsabilidad es tuya. Si fracasas, responderás ante mí.

—No fracasaré.

2
Un grupo muy particular

Jamás olvidaré la primera vez que vi el sol alzarse sobre Egipto. La línea del horizonte, teñida de arena. La sombra estilizada del faro de Damietta. El espigón de roca que protege la entrada al canal de Suez, iluminado por al brillo del alba. Para mí, aquel momento fue el amanecer de un mundo nuevo. Fue entonces cuando acepté que la obsesión que me consumía desde niña me acompañaría durante el resto de mi vida.

Nunca he encajado en el molde que el mundo había reservado para mí. Hace años que lo asumí y, ahora, ya mayorcita, cuando echo la vista atrás, me alegro inmensamente de haberme atrevido a ser diferente. De joven, ay, todavía era un poco tonta y guardaba la estúpida ilusión de parecerme al resto de mis compañeras… cuando me acordaba, claro.

Desde niña he sido un poco más grande que las demás. No gorda, sino fuerte, corpulenta, y con los años crecí para ser una mujer alta. Era la mayor de mis hermanas y siempre sentí que debía cuidar de ellas, protegerlas, lo cual me llevó a meterme en más de una pelea con cualquier niña mezquina que se metiera con ellas. También me ha gustado la actividad física, correr, saltar, trepar a los árboles. Tenía siempre las rodillas llenas de costras. Mis padres se reían de mis travesuras, pero las institutrices se daban golpes en el pecho y clamaban al cielo porque me iba a convertir en una machorra, como decían ellas.

Fardie —así es como hemos llamado siempre a mi padre— prefería otra palabra.

—*You're a total Jack, darling* —solía decirme, con una sonrisa—. Dios no me ha dado un hijo varón, pero tú tienes más coraje que siete hombres juntos. Algún día, todo lo que tengo será tuyo y estoy seguro de que administrarás la propiedad con mano de hierro.

Me críe en Norfolk, en nuestra residencia familiar de Didlington Hall que, por obra y gracia de Fardie, se había transformado en un auténtico museo. Toda el ala sur de la casa estaba dedicada a la colección egipcia, con dos museos privados que conocíamos como el Viejo y el Nuevo. No exagero cuando cuento que de niña corría entre momias y que me metía en los sarcófagos para jugar al escondite.

Cuando nació la pequeña Bee, mi padre nos regaló siete estatuas de tamaño natural de la diosa Sekhmet, una por cada hermana, que

antaño custodiaron el templo de Mut en Karnak, donde eran consagradas las esposas de Amón. A toda mi familia le apasiona la egiptología, tanto que a veces pienso que lo que yo llamo obsesión es, en realidad, una maldición ancestral. Mi abuelo, el célebre almirante Mitford, era íntimo amigo del jedive Mehmet Alí. Le hizo regalos suntuosos: un retrato suyo, una espada, un rosario musulmán… y una de las «agujas de Cleopatra», el obelisco que ahora se alza a orillas del Támesis. Supongo que Fardie podría haber escapado a la fiebre egipcia, pero mamá se la contagió tan pronto se hicieron novios en sus años mozos. Mamá. Margaret Amherst era toda una fuerza de la naturaleza. Además de criar a sus siete leonas, como solía llamarnos, mi madre cantaba, pintaba, escribía, componía música, se interesaba por los asuntos del Parlamento y era egiptóloga. Fardie fue siempre más del género aventurero, conservador por tradición familiar pero rebelde de corazón, y ella fue la verdadera erudita de la familia.

En fin, aunque mi pasión por Egipto me vino por herencia, como el pelo castaño e ingobernable o la nariz un poco más ancha de lo que dictan los cánones, esta se vio confirmada la primera vez que visité el país. Por aquel entonces, yo era Mary Rothes Margaret Tyssen-Amherst, un nombre tan largo y pomposo que solíamos abreviarlo con un sencillo May. Corría el año 1871. Era apenas una muchacha, aunque lo bastante mayor al fin como para que mis padres hubieran accedido por primera vez a que los acompañara en uno de sus viajes a Egipto. Aquel invierno no solo descubrí cuál era mi auténtica vocación, también viví mi primera gran aventura y conocí a un grupo de mujeres que cambiarían mi vida para siempre.

A este viaje, como de costumbre, nos acompañó un pequeño destacamento de doncellas y lacayos que se encargaban no solo de nuestro equipaje, sino de la mayor parte de los aspectos logísticos. Estaban comandados por un personaje de vital importancia para la historia que voy a narrar: Charles Cheston, el abogado, administrador y, en definitiva, factótum de Fardie. De corta estatura, gordo y sudoroso, Cheston era muchísimo más puritano y conservador que mi familia, y solía mirar con malos ojos las libertades que mis padres nos consentían.

Aunque Fardie poseía su propio yate, a bordo del cual solíamos navegar por el Mediterráneo, en aquella ocasión viajamos en tren desde Victoria Station hasta Calais para continuar hasta Brindisi, donde abordamos un vapor de la P&O, el SS Arcadia. Desembarcamos cinco días después en la luminosa ciudad de Port Said, de la que mi abuelo me había hablado en tantas y tantas ocasiones. Hacía apenas dos años que se había inaugurado el canal, quizá la mayor obra de

ingeniería realizada por el ser humano en todos los tiempos, con la posible excepción de la Gran Pirámide. Pasamos un tiempo allí y, dado que mis padres tenían infinitos compromisos sociales, se me permitió una cierta libertad de movimientos muy poco habitual para una joven inglesa de clase alta en pleno reinado de la emperatriz Victoria. Compraron para mí un burro infestado de pulgas y chinches que me llevaba a horcajadas por las estrechas callejuelas de la ciudad en busca de pájaros exóticos a los que poder retratar.

Pájaros, sí. La ornitología siempre ha sido una de mis grandes pasiones. Supongo que siempre envidié la libertad que les da el poder volar.

Una mañana, tres o cuatro días después de haber llegado a Port Said, me encontraba en una plaza pintando una cacatúa cuando esta la emprendió conmigo y, en vez de posar como un pájaro bien educado o de huir como uno sensato, se lanzó hacia mi cabeza, me arrancó el sombrero y se lo llevó a lo alto de una palmera.

—¡Eh, tú! ¡Devuélvemelo! —grité en vano, saltando impotente mientras la muy canalla lo reducía a pequeños fragmentos que me caían encima como una lluvia de paja.

Una joven que leía un librito, sentada en un banco a la sombra de unas palmeras, comenzó a reírse. No cabía duda de que se trataba de una dama, iba bien vestida con una blusa de hilo blanco y mangas holgadas que se estrechaban en las muñecas, y un bonito sombrero tocado con plumas le cubría la cabeza. Confieso que fui una muchacha bastante descarada, de modo que me quedé mirándola con expresión de pocos amigos.

—Discúlpeme, se lo ruego —dijo ella, entre carcajadas—. No he podido evitarlo… la cacatúa… ¡mire! ¡No ha dejado nada de su sombrero!

Traté de mantener la seriedad todo el tiempo que pude, pero al fin acabé por unirme a ella. Había que reconocer que la situación era graciosa. Cuando logré contener la risa, me acerqué a ella y le tendí la mano.

—May Amherst, es un placer.

—Clorinda Rockefeller. —Por su acento, adiviné de inmediato que no era inglesa. Imaginé que sería una rica heredera americana, quizá la hija de algún millonario excéntrico aficionado a la arqueología—. Le reitero mis disculpas, no he debido reírme de ese modo.

—La culpa es mía por compartir el gusto en sombreros con una cacatúa, ¿no le parece? ¿Lleva usted mucho tiempo en Port Said? ¿Llegan a Egipto o se marchan?

—Llegamos hace unos diez días. Desde aquí iremos a El Cairo y probablemente tomemos uno de esos barcos que no recuerdo cómo se llaman para navegar Nilo arriba.

—¿Viaja usted con su familia? ¿Dónde se alojan?

—Estoy con unas amigas en el Casino Palace. ¿Y usted?

Me sonrojé, temiendo que mis múltiples preguntas hubieran resultado indiscretas. Clorinda parecía unos años mayor que yo, pero aun así no era normal que una joven de buena familia viajara «con unas amigas».

—Mi familia y yo también vamos a El Cairo. Seguro que nos veremos allí. Ha sido un placer conocerla, me temo que debo ir a comprarme otro sombrero…

—¿Le interesa la egiptología? —me preguntó, sin moverse del banco y con el libro abierto aún en la mano.

Yo ya me había dado la vuelta para recoger el caballete, los lienzos y las pinturas y regresar al hotel a lomos de mi borrico, pero me volví de nuevo hacia ella, llena de curiosidad.

—¿Cómo? Por supuesto que me interesa. Me apasiona. Por eso estoy aquí.

—Esta tarde hemos organizado una pequeña charla con Zoraïde Champollion, ya sabe, la hija del francés que descifró los jeroglíficos. Va a hablarnos de una antigua reina egipcia, si no me equivoco. Está usted invitada si le apetece. Se servirá un auténtico té inglés, como les gusta a ustedes.

—¡Será un placer! —exclamé, sin pensarlo. Al instante recuperé la prudencia y añadí—: ¿Podrían acompañarme mis padres? Ellos también son egiptólogos entusiastas.

—Su madre, por supuesto. Me temo que es un evento exclusivo para damas. Seguro que su padre encuentra algún otro entretenimiento.

Emprendí el camino de regreso al hotel, algo confundida. Estaba habituada a las reuniones exclusivamente femeninas, que siempre me resultaban fatigosas porque eran de carácter social y tenían como objeto almorzar, tomar el té, jugar a las cartas o intercambiar cotilleos, en ningún caso eran charlas académicas sobre figuras históricas del antiguo Egipto. La idea me parecía transgresora y, quizá por eso, me producía una cierta excitación. Me preguntaba, eso sí, qué opinarían mis padres.

Cheston puso de inmediato el grito en el cielo, pero mamá estuvo encantada. Ya he mencionado que era un espíritu libre. Le intrigaba saber quién sería aquella misteriosa reina egipcia y, sabiendo que iría decentemente escoltada, Fardie no planteó objeción alguna. A las tres

en punto de la tarde hicimos nuestra aparición en la terraza del Casino Palace, situada en primera línea frente al Mediterráneo, junto a la entrada del canal. Enseguida divisé a Clorinda rodeada de un grupo de otras seis mujeres que aparentaban, al menos, la edad de mamá.

—May, ¡ha podido usted venir! —exclamó con una amplia sonrisa—. Veo que ha encontrado un precioso sustituto para su difunto sombrero de paja. Descuide, no hemos invitado a ninguna cacatúa, aunque me temo que sí tenemos unas cuantas cotorras…

—¿Podrías presentarme a tu amiga, querida? —preguntó mamá.

—Soy Clorinda Rockefeller. Tiene usted una hija con un sentido del humor admirable.

—Encantada, soy Margaret Amherst.

—Acompáñenme, les presentaré al resto. Amelia Edwards —Clorinda señaló a una mujer de unos cuarenta años de ojos despiertos y aspecto distinguido— es nuestra, ¿cómo decirlo?, nuestra madrina, la maestra de todas.

—Por supuesto que conozco a la admirable Amelia Edwards. He leído casi todas sus novelas, aunque confieso que mis favoritos son sus relatos de terror… ¡realmente escalofriantes! Es un honor conocerla.

—Es usted demasiado amable —replicó Amelia, con una sonrisa.

—Nuestra querida amiga no solo escribe, también pinta y compone música. No hay destreza que se le escape. Le presento también a su compañera, Ellen Drew Braysher. Marianne Brocklehurst y Mary Booth. Lucy Renshaw y, por supuesto, nuestra invitada de honor: Zoraïde Champollion. Todas ellas saben muchísimo sobre Egipto. Son como una versión parlante de la *Enciclopedia Británica*.

Tuve la inmediata impresión de que había algo fuera de lo corriente en aquellas mujeres, aunque ello no impidió que me causaran una impresión muy positiva. Estaba acostumbrada a que mamá fuese una *rara avis* al gozar de extensos conocimientos académicos y yo era un bicho raro por naturaleza, de modo que en aquel grupo me sentí en mi elemento.

Nos sentamos todas alrededor de una amplia mesa que habían dispuesto para nosotras en uno de los extremos de la terraza, junto a la baranda que daba al mar. El sol lucía alto en un cielo sin nubes. Hacía calor, pero soplaba una ligerísima brisa y, a la sombra del toldo, se estaba bien. Enseguida llegaron cuatro camareros con teteras humeantes y bandejas con varios pisos de sándwiches, *scones*, pastelitos y bombones que procedimos a atacar vorazmente al tiempo que Amelia Edwards tomaba la palabra.

—Queridas, nuestra invitada de hoy no precisa presentación. Hija de Jean-François Champollion, Zoraïde ha seguido los pasos de su

padre y es una gran experta no solo en la escritura de los antiguos egipcios, sino también en su historia y su cultura. Hoy ha venido a hablarnos de un personaje prácticamente desconocido: la reina Amensé, que gobernó Egipto durante más de veinte años. Zoraïde, por favor.

—*Merci, merci,* mis amigas —comenzó la dama con un fortísimo acento francés—. Amensé es, en realidad, un misterio que fascinó a mi padre hasta el final de su vida. Cuando él descifraba los jeroglíficos del templo de Deir el-Bahari, se encontró con un hecho insólito: un faraón *inconnu,* que no aparece en ninguna de las listas reales, de nombre Aménenthé… al cual todos los textos se refieren en femenino.

—¿Qué quiere decir «referirse en femenino», *madame*? —preguntó mi madre—. Me temo que no lo entiendo.

—*Oui, oui,* él estaba totalmente sorprendido al comprobar que los textos hablaban de ese rey barbudo, Aménenthé, vestido con todos los atributos de un faraón, con los nombres y los verbos en femenino, como si fuera una reina. El nombre de Aménenthé aparece seguido del título «soberano del mundo» y después «hija del sol». *Fille du soleil.* En femenino.

—¿Y qué explicación le encuentras, querida? —preguntó Amelia.

—*Mon père* llegó a la conclusión de que el rey Tutmosis I murió sin hijos, por lo que le sucedió su hija Amensé en calidad de soberana. Ella se casó con este Aménenthé que no era de sangre real, él era una especie de regente que hablaba en nombre de la reina, por eso utilizaba el femenino. Él lo llamó *roi-reine,* una especie de binomio.

—Es increíble… —murmuraron varias de las señoras.

—Pero mi padre era un hombre. Tenía mente de hombre. Yo tengo una idea muy distinta. Yo creo que Amensé y Aménenthé eran la misma persona. Una mujer, una *reine* que gobernó Egipto durante más de veinte años.

—¿Algo así era posible en el antiguo Egipto? —preguntó Amelia.

—Claro, querida, piensa en Cleopatra —respondió otra de las mujeres, Marianne—. Manetón, un sacerdote e historiador egipcio del siglo III a. C., habló de una reina llamada Amessis que reinó durante veinte años tras la muerte de Tutmosis I, o II, ya no lo recuerdo bien.

—¡Entonces conocías la historia!

—Hasta ahora se creía que era una leyenda, pero si hay evidencias arqueológicas…

—Hay algo que no entiendo —intervino mamá—. Si Amensé y Aménenthé eran la misma persona y en efecto se trataba de una mujer… ¿por qué se hacía representar con barba y vestida como un hombre?

—Eso, *ma chérie*, es precisamente lo que tenemos que averiguar.

Seguimos conversando al menos media hora más, hasta que Zoraïde se disculpó porque tenía que marcharse. Amelia se ofreció a escoltarla hasta la puerta del hotel, por lo que la reunión se dio por disuelta.

—¿Me acompaña a dar un paseo, May? —me preguntó Clorinda —. Ahora que empieza a bajar el sol, hace una temperatura magnífica.

Miré a mi madre, pidiéndole permiso con la mirada, a lo que ella respondió con una leve inclinación de cabeza. Tomé el brazo de mi amiga y, juntas, nos dirigimos a la *corniche* que partía del faro y discurría paralela a la línea de la costa.

—Gracias por invitarme a la reunión —le dije—, me ha resultado apasionante. Como le decía esta mañana, soy una enamorada de Egipto. Este es mi primer viaje, pero confío en que no será el último. ¿Ha venido usted muchas veces?

—En absoluto, también es mi primera vez. Estoy pasando una temporada con Amelia y Ellen en Inglaterra, y han sido tan amables de invitarme a uno de sus viajes. Ya estuve con Amelia y con Lucy en Italia hace unos meses, visitando los Dolomitas.

—La envidio, pudiendo viajar con sus amigas, sin ningún tipo de atadura. —Enseguida me di cuenta de lo que había dicho, me detuve en seco y me coloqué la mano en el pecho—. No me malinterprete, mis padres son una excelente compañía…

Al igual que había hecho por la mañana, Clorinda estalló en carcajadas. Su risa era refrescante, como las olas del Mediterráneo frente a nosotras.

—No se preocupe, la comprendo perfectamente. Somos un grupo muy particular, imagino.

—¿Puedo preguntar de qué se conocen?

Clorinda me miró con una media sonrisa traviesa, como si estuviera pensando en qué responderme.

—Por supuesto, querida. Digamos que somos un club sáfico.

—¿De poesía, quiere decir?

—No, no, en absoluto. Somos lesbianas.

—Me temo que no conozco el significado de esa palabra —reconocí al tiempo que me sonrojaba, sintiendo que de algún modo había algo poco habitual en la respuesta de mi amiga.

—Somos mujeres que disfrutan de la compañía de otras mujeres. Íntimamente.

—Oh.

—Amelia y Ellen, por ejemplo. Son como un viejo matrimonio, llevan años juntas. Lo mismo sucede con Marianne y Mary Booth.

Lucy es muy enamoradiza, pero sus afectos nunca duran más de una temporada, y yo… bueno, yo aún intento descifrar mi propio enigma. Espero no haberla incomodado. Usted ha preguntado.

—Por supuesto que no. Simplemente me resulta, eh, novedoso.

A decir verdad, la franqueza con la que había hablado mi nueva amiga me había resultado más que chocante. En mi casa se respiraba un ambiente muy relajado, pero aquello era terreno vedado. No recordaba haber oído hablar jamás de mujeres que convivieran íntimamente entre sí, y la idea me hizo sentir incómoda, autoconsciente, como si alguien pudiera pensar que yo era como ellas por el mero hecho de estar en su compañía. Estaba decidida, no obstante, a ocultar lo que consideré una estrechez de miras intolerable en una mujer de mundo.

Continuamos paseando por el borde del mar. Port Said era una población totalmente nueva, que había surgido al calor del canal. Todo estaba en construcción por lo que, si una se alejaba apenas unas yardas del centro formado por el faro, nuestro hotel y el edificio de la administración del canal, no había apenas nada, ni tan siquiera una *corniche* por la que pasear. Nos dedicamos por tanto a hacer y deshacer el mismo camino mientras hablábamos de temas más triviales como el clima en Inglaterra o las incomodidades del viaje en barco.

Al regresar al hotel, dudé por un instante si debía compartir con mamá la confidencia que me había realizado Clorinda. Aún teníamos planeado permanecer en Port Said unos días y, si ella pensaba pasar tiempo con Amelia y sus amigas, probablemente agradeciera conocer la naturaleza de su club. Y es posible que lo hubiera hecho, si Cheston no me hubiera interceptado cuando atravesaba la recepción, con su habitual gesto torcido y el rostro bañado en sudor.

—¿Se puede saber qué broma es esta, jovencita? ¿Sabe acaso quiénes son esas mujeres?

—Por supuesto —respondí, a la defensiva—. La famosa escritora Amelia Edwards, la hija de *monsieur* Champollion…

—¡La señora Edwards tiene una pésima reputación! ¿Cómo se le ocurre dejarse ver en su compañía y, peor aún, arrastrar a su madre? ¿Sabe el escándalo que podría provocar?

—Creo, Cheston, que mi madre es mayorcita para saber qué compañías frecuenta, sin necesidad de mi consejo ni del suyo. Buenas tardes.

Me alejé a toda prisa, rumbo a mi habitación. Decidí no contarle nada a mamá, porque, aunque ya he dicho que sus ideas eran ciertamente innovadoras, temía que me prohibiera frecuentar la

compañía de Clorinda cuando se trataba de la única persona más o menos de mi edad que conocía.

Durante los siguientes días, pasé bastante tiempo con mi nueva amiga. A ella también le gustaba pintar, de modo que fuimos juntas en varias ocasiones en busca de rincones pintorescos que retratar con nuestras acuarelas. Conversamos bastante sobre nuestras aspiraciones, nuestros planes vitales y nuestros sueños de futuro.

—Soy la mayor de siete hermanas, mi padre no tiene heredero varón —le confesé un día—. Eso significa que habré de casarme con un hombre adecuado para mi posición y tener un hijo al que transmitirle nuestras propiedades.

—¿Pero qué quieres para ti?

—Espero poder seguir el ejemplo de mi madre. Cumple sus obligaciones como esposa, pero ya has visto que tiene sus propios intereses, y la egiptología es solo uno de ellos. Le apasiona la ebanistería, es enfermera, escribe poemas…

—En ese aspecto, soy yo la que te envidio. Nunca he tenido una buena relación con mi madre. Supongo que por eso me marché de casa.

—¿Y tu padre?

—Apenas he tenido trato con él. Soy la hija de la sirvienta. No sé si me explico, mi padre tiene una familia de verdad, una esposa y seis hijos, pero aparte nos tuvo a mi hermana Cornelia y a mí con el ama de llaves. Imagínate, bastarda y lesbiana, si mi historia se conociera en Inglaterra, no sería recibida en ningún círculo social. Menos mal que a Amelia estas cosas no podrían importarle menos.

Mamá, por su parte, parecía haber trabado amistad con Amelia Edwards, tanto que le ofreció que ella y su grupo viajaran con nosotros hasta El Cairo. Por intermediación de mi abuelo, el nuevo jedive Ismail Pachá había puesto a nuestra disposición el vagón real, un coche cama provisto de todo tipo de comodidades que podía engancharse a cualquier tren. No he tenido ocasión de comprobarlo en persona, pero me han dicho que era una copia casi idéntica del que utilizaba la reina Victoria en Inglaterra. A pesar de todo, ni tan siquiera el vagón real fue capaz de librarnos de la plaga de langostas que hubimos de atravesar para llegar a nuestro destino. Viajábamos con las ventanas abiertas y, en apenas unos segundos, cientos de gigantescos insectos se introdujeron en el interior. Tardamos horas en acabar con todos.

Al fin llegamos a las afueras de El Cairo. Nunca olvidaré mi primera visión de las pirámides, sus siluetas color púrpura recortadas contra un cielo de azafrán y esmeralda. Fue mi primer vistazo al

antiguo Egipto, al Egipto que ha sobrevivido al paso de los milenios. Las antigüedades egipcias me han resultado cotidianas desde mi más tierna infancia, pero, aun así, me costaba creer que esos tres puntos en el horizonte fueran de verdad las mismísimas pirámides.

Desde la estación de tren tomamos varios carruajes hasta el Shepheard's que, según mi padre, era el único hotel en el que se podía estar en El Cairo. Era grande y confortable, de eso no cabe duda, y con los años ha ido mejorando cada vez más… pero mi recuerdo de la primera noche es un auténtico tormento de pulgas y mosquitos. Allí, Clorinda y yo no pasamos demasiado tiempo juntas. Su grupo siguió su propio programa y, nosotros, el nuestro, que incluía visitas a las pirámides, a Saqqara o al viejo museo de Boulaq, el precursor del actual Museo Egipcio que se encuentra en la plaza Tahrir.

El Boulaq se ubicaba en un precioso edificio blanco con un aire de ciudadela árabe, pero que en realidad había sido un almacén. En aquella época era uno de los mejores lugares de todo el país para comprar antigüedades… no necesariamente el museo en sí, pero sí las decenas de puestos ambulantes que se arremolinaban a su alrededor, donde los vendedores promocionaban sus mercancías a gritos asegurando que se trataba de tesoros únicos, y quedaba a juicio del comprador determinar si en efecto se trataba de un artefacto valioso o de una vulgar imitación.

Fardie siempre presumió de tener un olfato infalible para las antigüedades pero, en aquella ocasión, fue mamá la que olfateó la que llegaría a ser la auténtica joya de la corona de los Amherst, y también nuestra maldición.

—¡Acérquense, acérquense! ¡Tesoros del antiguo Egipto, aquí, ahora, a su alcance! ¡Misterios del Nilo, sabiduría de los faraones, todo encapsulado en estas antiguas momias! Perfectas para los estudiosos, indispensables para los coleccionistas y una curiosidad que asombrará a todos sus amigos y visitantes. ¿Quiere tocar la eternidad? ¡Esta es su oportunidad! ¡Posea un pedazo de la historia que ha desafiado al tiempo mismo!

Mamá levantó la cabeza y siguió el rastro del mercader como un sabueso de esos que merodean por las pirámides, un saluki, que ha detectado a su presa y no está dispuesto a dejarla escapar. Se soltó del brazo de Fardie y desapareció entre la pequeña multitud que se arremolinaba alrededor de los puestos.

La encontramos minutos después, regateando.

—No pienso darle más de veinte libras esterlinas.

—¡Quiere usted acabar conmigo! ¡Mis hijos no podrán comer! ¿Qué le diré a mi esposa?

—¿Y quién me dice a mí que esta momia es verdadera y no un salmón que ha envuelto usted en vendas?

—¡Me insulta usted, señora! Es una auténtica sacerdotisa egipcia de la decimoctava dinastía. Una adoratriz de Amón, ni más ni menos, llamada Huy, esposa de un sacerdote llamado Minmontu. Es todo lo que sabemos, por supuesto… ¿quién sabe a qué faraones habrá servido? ¿Qué misterios ocultos conocería? No puedo entregársela por menos de treinta libras, señora, sería un insulto.

—Aquí las tiene —intervino Fardie, sacando varios billetes de su cartera—. Que la manden al hotel Shepheard's a nombre de Margaret Amherst. Será mi regalo de Navidad, ¿te gusta?

—Me encanta, *darling*. Muy pocas damas inglesas pueden presumir de tener su propia momia.

Cuando miro hacia atrás con los ojos del presente, se me hace ciertamente extraño que una momia humana pudiera adquirirse con semejante facilidad, pero así eran las cosas por aquel entonces. A mí no me produjo la más mínima extrañeza. Al contrario, me sentí excitada y privilegiada de poder contar con un tesoro como aquel. Me imaginaba la reacción de mis hermanas y me moría de ganas de contarles que yo había sido testigo de todo.

Pasaron los días. Aún no había debutado en sociedad, de modo que mi agenda social era relativamente modesta. Algunos amigos de mis padres que tenían hijos de mi edad me invitaban de vez en cuando a pasar tiempo con ellos. Mi círculo de amistades egipcias, poco a poco, se iba ensanchando.

Llegó la Navidad y con ella el acontecimiento más esperado de la temporada: el estreno de la ópera *Aida*. Según me explicaron, tenía que haberse estrenado en la inauguración del canal de Suez ante la emperatriz de Francia, Eugenia de Montijo, pero a Verdi no le había dado tiempo a terminar de componerla. Creo que se trata de la función más ostentosa a la que he tenido ocasión de asistir. Todo el oro del atrezo era genuino, las joyas que llevaban los actores eran verdaderas. Un auténtico derroche. Llegué a contar hasta doce elefantes en escena cuando Radamés es recibido tras su victoria contra los etíopes, ¡doce! El efecto, por supuesto, era fabuloso, pero no puedo imaginar cómo un montaje así pudo resultar ni remotamente rentable.

Todo el que tenía una mínima posición en la sociedad cairota de la época estaba en aquel estreno. Autoridades egipcias, militares y diplomáticos europeos de alta graduación, multimillonarios americanos y aristócratas ingleses que gustaban de pasar los inviernos en tierras cálidas. Tanto es así que en el entreacto nos encontramos a Amelia Edwards y varias de sus amigas, entre ellas Zoraïde

Champollion, que bebían champán mientras degustaban minúsculos canapés en uno de los salones del Palacio de la Ópera. Clorinda estaba entre ellas, pero la pobre tenía un aspecto deplorable.

—¿Qué te sucede? —le pregunté—. Espero que no sea nada grave.

—Ya sabes que tengo una constitución delicada —me susurró—, el calor no me sienta del todo bien. Pero confío en estar pronto recuperada.

—*Mademoiselle* Champollion, es un honor tenerla aquí esta noche. *Mesdames*, *monsieur* —saludó un hombre grueso con un fuerte acento francés—. ¿Confío en que esté disfrutando de la función?

—*Évidemment, mon ami, évidemment*. Les presento a *monsieur* Auguste Mariette, director del Departamento de Antigüedades y autor de la idea original de esta ópera.

—¿De veras es suya? —preguntó mamá—. Es ciertamente épica. Una maravillosa historia de amor, una tragedia exquisita…

—*Moi*, yo tengo algunas dudas sobre el argumento —señaló Zoraïde—. La *princesse* Amneris es la hija única del faraón y, según usted, será su esposo el que herede el trono de Egipto. ¿No cree que fuera posible que una mujer se convirtiera en faraón?

—En ningún caso, *mademoiselle*. Las mujeres no podían gobernar en el antiguo Egipto, a diferencia de la moderna Inglaterra donde la gloriosa reina Victoria rige los destinos del imperio con gran sabiduría.

—Dentro de unas semanas, *monsieur* Mariette nos va a hacer una visita guiada a las ruinas de Deir el-Bahari, en el Valle de los Reyes —intervino Amelia—. Ya saben, el templo funerario de Aménenthé.

—Creo que una forma más correcta de transcribir el jeroglífico sería Hatasu —corrigió él—, con todo el respeto a su difunto padre, *mademoiselle*.

—¿De veras? —preguntó mi padre, mostrando profundo interés—. ¿Cuándo? Nosotros salimos hacia Luxor dentro de unos días y estaremos varias semanas allí. ¿Cree que podríamos unirnos? ¿Habrá posibilidad de adquirir alguna pieza?

—*Personnellement*, no soy muy partidario de sacar antigüedades de Egipto…

—Por supuesto que pueden unirse —sentenció Amelia—. Marianne está decidida a demostrarle a *monsieur* Mariette que Hatasu es en verdad una reina y no un oscuro regente que gobernara en nombre de su esposa.

—Hay evidencias contradictorias, *madame*. Hatasu es un nombre masculino, el femenino sería Hatasut.

—Veremos.

El día de la Epifanía, mis padres y yo zarpamos Nilo arriba a bordo de la Dongola, una pequeña *faluca* que, debido a su tamaño, tenía la posibilidad de acceder a zonas del río inaccesibles para embarcaciones mayores. Amelia y su grupo partieron el mismo día, pero en un barco distinto, una tradicional *dahabiyah* de madera.

Fue un viaje para recordar. Yo me pasaba las horas asomada a la baranda con mis prismáticos observando las decenas de especies de aves que habitan a orillas del Nilo. Cada poco tiempo, nos deteníamos para visitar ruinas de templos a cuál más espectacular. Nuestras amigas viajeras seguían otra ruta, pero de cuando en cuando coincidíamos y nos juntábamos para tomar el té o para cenar juntos.

Clorinda se hallaba delicada de salud. No llegó a decirme qué mal le afligía, pero estaba pálida y apenas tenía apetito. Su carácter habitualmente risueño estaba más retraído y apenas reía, como si el esfuerzo de hacerlo la fatigara en exceso. Cuando le conté que habíamos adquirido una auténtica momia egipcia en El Cairo, me miró horrorizada.

—Pero… ¿cómo se te ocurre una cosa así?

—¿Cómo se me ocurre el qué? No te entiendo.

—Comprar una momia… ¿entiendo que os la llevaréis a Inglaterra?

—Por supuesto, tenemos una colección de antigüedades en Didlington Hall y creo que nuestra adoratriz va a ocupar un lugar de honor. Me encanta la palabra adoratriz, ¿a ti no?

—¿No has leído *El alma de la momia*?

—Jamás había oído ese título. ¿De quién es?

—Es un relato anónimo que apareció hace algunos años —explicó Clorinda, con el rostro aún más pálido de lo habitual—. El protagonista profana la momia de una mujer y su maldición le persigue de vuelta a Estados Unidos… Te lo regalaré. Creo que te gustará.

—Pero se trata de un relato de ficción, ¿no es así? Como *Frankenstein* o las narraciones terroríficas de Allan Poe. No hay que darles credibilidad.

—Yo no me fiaría. Me aterran las momias.

Clorinda cumplió su promesa y, al día siguiente, apareció con el libro de la momia. Empecé su lectura aquella misma tarde y, he de decirlo, era realmente aterrador. Un joven aventurero penetraba en una antigua tumba egipcia, forzándola con explosivos que hacían que la momia de su ocupante saltara por los aires. El joven se llevaba de allí un amuleto con una oscura maldición, así como una mosca

momificada. De vuelta a su hogar, la mosca resucitaba y le chupaba toda la sangre a la esposa del aventurero, que quedaba convertida en una momia.

Entre momias y amuletos malditos llegamos, al fin, a la antigua ciudad de Tebas. Allí nos hospedamos en el hotel Luxor, que acababa de abrir sus puertas y contaba incluso con auténticas estatuas egipcias en sus exóticos jardines. Aunque me encontraba, como es evidente, preocupada por mi amiga, estaba también sumergida en un éxtasis de excitación ante la aventura que estábamos viviendo. Los días que se avecinaban prometían estar repletos de emociones con las ansiadas visitas al templo de Karnak, al Valle de los Reyes y a Deir el-Bahari. Allí nos encaminamos a la mañana siguiente, dispuestos a acudir a nuestra cita con Auguste Mariette, el máximo responsable de la excavación y conservación de todas las antigüedades de Egipto. Clorinda no pudo acompañarnos y, una vez más, hubo de esperarnos en el hotel, esta vez en compañía de Ellen, la compañera de Amelia.

El yacimiento se encontraba en una zona montañosa. Las ruinas del templo funerario de Hatasu, ya fuese este hombre, mujer o pareja real, ocupaba un lugar privilegiado a los pies de los altos riscos que se levantaban en medio del desierto. *Monsieur* Mariette, rodeado de asistentes egipcios, nos condujo al interior del edificio y comenzó a mostrarnos sala tras sala mientras nos explicaba los pormenores del culto funerario de los antepasados.

—Cada año se celebraba la Bella Fiesta del Valle —nos contó—, algo parecido a nuestra noche de difuntos, ya que se creía que los fallecidos se reunían con sus seres queridos para disfrutar de un festín. Por este motivo se traían abundantes ofrendas de comida y bebida al muerto, como puede observarse en este grabado.

—¿Podría señalarme el nombre de Hatasu, *mon ami*? —preguntó Zoraïde, con gesto distraído.

—Los sucesores de Hatasu, probablemente su hijo o sobrino Tutmosis III, se ocuparon de borrar su nombre de nacimiento de todas las paredes del templo —explicó el arqueólogo—. Ya saben que los faraones egipcios gozaban de varios nombres…

—*Bon, alors, évidemment*.

—Creemos que Hatasu es el nombre de nacimiento y no ha sobrevivido en ninguno de los murales del templo funerario. Pero sabemos que es suyo por su nombre del trono, aquí: *Maat-Ka-Re*. El que es uno con Ra.

—Un sol, una figura sentada con la cruz *ankh* en la mano y unos brazos que se alzan al cielo, todo ello rodeado del cartucho real… *n'est-ce pas?*

—En efecto.

Zoraïde extrajo unos pliegos de papel de su bolso y los extendió sobre el suelo. El templo se hallaba en tal estado de ruina que el sol entraba a raudales por las grietas y agujeros, permitiendo que la visibilidad fuese óptima.

—Se trata del mismo nombre que aparece en este obelisco que estudió *mon père*, ¿no le parece? *Maat-Ka-Re.*

—Eso parece, *oui*.

—Y aquí al lado, en otro cartucho real, el otro nombre que mencionaba usted, ¿cómo era?

—Hatasu.

—*Excusez-moi,* pero este medio circulito, ¿qué sería? ¿No es el sufijo femenino, que se pronuncia como una te? ¿Y no le parece que el texto se refiere a la misma persona?

Monsieur Mariette tomó los papeles entre las manos y comenzó a repasar los jeroglíficos con los dedos.

—Es extraordinario… pero en la estela vaticana y en muchos otros monumentos de la época, el nombre de nacimiento aparece sin la marca del femenino.

—¿Quizá una mujer tuviese que renunciar a parte de su feminidad si deseaba acceder al trono? —preguntó Amelia, con una sonrisa—. Creo que debería revisar sus hipótesis, *monsieur* Mariette. A todas luces, aquí tenemos a una reina que gobernó como faraón. Como hombre.

Se hizo un tenso silencio que se vio de pronto interrumpido por los gritos de Ellen, que entró en el templo con el rostro enrojecido y húmedo de sudor, seguida de un guía local.

—Ha ocurrido una desgracia —anunció—. Es Clorinda.

Salimos a toda prisa de Deir el-Bahari, todos menos *monsieur* Mariette, que seguía enfrascado en sus jeroglíficos. Montamos en los borricos de regreso al hotel. El corazón me latía a toda prisa. Ellen no había sido muy específica, al menos no conmigo, pero tenía un mal presentimiento que me oprimía el pecho con un corsé demasiado apretado.

Encontramos a Clorinda en su habitación, justo en el momento en que un hombre de tez oscura que debía de ser el médico le cerraba los ojos.

Había fallecido.

El silencio se impuso en el grupo, habitualmente tan hablador. De todos es sabido que los británicos no somos muy dados a las demostraciones públicas de sentimientos, de modo que no hubo lágrimas ni lamentos, nadie se arrojó a abrazarla ni se rasgó las

vestiduras. Yo, sin embargo, me quedé totalmente desolada. Aunque la había tratado durante poco tiempo, Clorinda se había convertido casi en mi mejor amiga, en el sentido en que era la única persona del género femenino, más o menos de mi edad, con la que había llegado a sentirme cómoda. Su repentina muerte me hizo sentir sola, muy sola, y me hizo pensar en mi propia mortalidad.

Amelia, siempre tan práctica, se dirigió a mamá con tono de confidencia.

—Señora Amherst, necesito su ayuda. ¿Me acompaña, por favor?

Mi madre me hizo un gesto con los ojos y las tres nos retiramos al pequeño gabinete que había dentro de la propia habitación. Nunca había estado allí antes, pero, sabiendo lo que sabía de la familia de Clorinda, me sorprendió que tuviese una suite tan espaciosa. La había imaginado quizá compartiendo habitación con Lucy, que viajaba sola.

—Necesito enviar a Clorinda de vuelta a Estados Unidos —dijo Amelia, sin preámbulos—. Sé que tiene usted excelentes relaciones con las autoridades egipcias. No me gustaría contestar demasiadas preguntas. En definitiva, no soy su madre.

—¿Está segura de que ella querría ser enterrada en su país? —pregunté, sintiendo que una lágrima se deslizaba por mi mejilla—. Tengo entendido que no tenía muy buena relación con sus padres.

—Disculpa, querida, pero Clorinda ya no está aquí para decidir y no puedo permitirme tener en cuenta sus caprichos. Además, no pienso mandarle el cuerpo a su padre ni a su madre, sino a su hermano, que es el que le enviaba un cheque bastante generoso todos los meses para su manutención.

—¿Su hermano? —preguntó mi madre.

—John Rockefeller, el propietario de la Standard Oil de Ohio. ¿No han oído hablar que él? Se dice que en unos años será el hombre más rico de América, si no del mundo entero… Él siempre se ocupó de que a su hermana no le faltara de nada y, como se puede imaginar, querrá enterrarla apropiadamente. ¿Puede ayudarme, señora Amherst?

—Puedo.

Mi madre se encargó de todo. Huelga decir que regresamos a El Cairo para ocuparnos de los detalles. Apenas una semana después de su muerte, nos despedíamos de Clorinda en la estación. Iba dentro de un modernísimo ataúd metálico que estaba lleno de alcohol, de modo que su cuerpo quedaría perfectamente preservado. Su rostro pálido y soñador era visible a través de una pequeña ventanita de vidrio, al igual que el vestido de terciopelo rojo que habían decidido ponerle para su último viaje.

Creo que es lo más macabro que he visto jamás. Parecía una de las momias que tanto terror le daban en vida.

El ataúd llevaba adherido en el exterior un sobre con una larga carta en la que Amelia le explicaba todo lo relativo a su muerte. Cuando le preguntamos si no pensaba adelantar la noticia por telegrama, negó enfáticamente.

—Esas máquinas del diablo no son forma de dar una noticia como esta. Soy escritora. Le he escrito una carta humana, que habla de la persona maravillosa que era Clorinda. Le ofrezco visitarlo en Estados Unidos para contarle todo de viva voz… A partir de ahí, es él quien ha de decidir.

Nuestro viaje por Egipto se prolongó aún un par de meses. Vivimos muchas más aventuras y visitamos decenas de lugares maravillosos. Pero no volvió a ser lo mismo. La sombra de la muerte tiñó sin remedio mi primera experiencia en el lugar más extraordinario del mundo.

El recuerdo de Clorinda, mi primera amiga de verdad, me ha acompañado siempre. Ni un solo día de mi vida he dejado de recordarla y de rezar por ella.

3
La mujer de rojo

Egipto no estaba mal.

El terreno, desde luego, era inmenso. Mucho más grande que la granja de sus padres. No había una casa como tal, pero Tollie había dicho que pensaba construir una para vivir allí con Eleanor y con el bebé. Era veterano de guerra y había vuelto de Europa con todos los honores, dispuesto a emprender una nueva vida, alejado para siempre del campo de batalla. Gracias al dinero del ejército, había comprado una finca enorme, con río propio. Además de los campos de algodón, había zonas con árboles que Liza llamaba «mis pequeños bosques».

No, para estar en Cruger, Misisipi, Egipto no estaba mal. Su hermano había adquirido una plantación más que medio decente.

—Aquí levantaré la casa —explicaba Tollie—, y allí plantaré un huerto. Venga, padre, le enseñaré dónde pienso hacer los barracones para los trabajadores.

—Yo no gastaría demasiado dinero en eso. En los viejos tiempos se apañaban con un cobertizo.

—Las cosas han cambiado. Hace más de medio siglo que se abolió la esclavitud. Ahora los negros tienen derechos.

—Si tu abuelo levantara la cabeza…

Los mayores se alejaron, Tollie enseñando su nueva propiedad como una gallina clueca que acabara de poner un huevo, Wilmer corriendo detrás del hermano mayor como el perrito faldero que había sido siempre, y los padres de Liza incapaces de ocultar el orgullo que sentían por su primogénito. Todos parecían haberse olvidado de ella, así que era libre de ir a explorar.

A otro niño le hubiera resultado fácil perderse en aquella plantación, pero Liza tenía un sentido de la orientación francamente bárbaro. Le bastaba con echar un vistazo a un mapa para saber dónde estaba y cómo llegar a cualquier punto al que quisiera ir. Incluso podía hacerlo sin mapa, fijándose solo en el sol y en pequeños detalles que a los demás les pasaban desapercibidos, como la dirección en que fluía el río y hacia dónde soplaba el viento.

Era gracioso que, entre todos los nombres posibles, la nueva propiedad de su hermano se llamara precisamente Egipto. Liza no tenía ni idea de quién le habría puesto ese nombre a la plantación, imaginaba que los primeros propietarios… ¿Tendrían alguna relación con el antiguo Egipto de verdad? Quizá habían sido buscadores de

tesoros y habían escondido objetos maravillosos como sarcófagos y momias y estatuas de dioses con cabeza de león. La señora Stevens les había enseñado un libro con grabados egipcios en la escuela, y Liza había quedado muy impresionada. Tendría que buscar en la plantación, y más le valía darse prisa antes de que Tollie empezara a sembrar el algodón, la temporada estaba a punto de empezar. ¿No sería fantástico tener su propia momia?

—¿No podrías mirar por dónde andas?

Liza iba tan distraída con sus pensamientos que se había dado de bruces con un niño pálido y rubio, más bajito que ella. Tenía un rostro hermoso, como el de una muñeca, aunque en ese momento la miraba con el ceño fruncido y los brazos en jarras.

—¿Y tú qué haces aquí, mocoso? Esto es propiedad privada.

—Vengo siempre aquí para, bueno, para pasar el tiempo. Me gusta estar solo.

Liza se fijó en que el chaval llevaba una mochila al hombro. Se la arrebató sin contemplaciones y la abrió para ver qué llevaba dentro. Además de un bocadillo cuidadosamente envuelto y una manzana, había un ejemplar de *Muerte en Venecia,* de Thomas Mann.

—Así que eres una rata de biblioteca… Has venido aquí a leer en vez de jugar como un niño normal, ¿no es eso?

El chico intentó arrebatarle el libro, pero Liza lo levantó con el brazo, poniéndolo fuera de su alcance. Era bastante más alta que él.

—¡Dámelo! ¡No es tuyo! ¡Devuélvemelo!

—Es un libro para mayores. Apuesto a que no entiendes una palabra de lo que pone aquí.

—¡Claro que lo entiendo! Mi maestra dice que soy el niño más inteligente del condado, y probablemente de todo Misisipi. Tengo una memoria fotográfica casi perfecta y puedo recordar conversaciones de hasta seis horas con un 90 por ciento de exactitud. Mi maestra hizo la prueba.

—A ver, ¿de qué va este libro?

—El protagonista se llama Gustav, un escritor alemán que se encapricha de un adolescente polaco llamado Tadzio. La novela empieza así: «Gustav Aschenbach, o Gustav von Aschenbach, como se llamaba oficialmente desde su decimoquinto cumpleaños, se marchó a solas de su residencia en Prinzregentenstrasse…».

—Está bien, está bien. —Liza ojeó las páginas, cuidándose de mantener el libro lejos del mocoso. Había una marca de lectura un poco más allá de la mitad y algunas frases subrayadas—. Seguro que los otros niños te insultan y se meten contigo y por eso vienes a esconderte aquí como un gallina. Pues se acabó, porque mi hermano

va a poner la tierra a trabajar otra vez y no tendrás dónde meterte.

—Buscaré otro sitio —replicó, con un hilo de voz apenas audible—. ¿Puedes devolverme mi libro ahora?

—No creo que sea tuyo. ¿Quién te lo ha dado? ¿O lo has robado?

—¡Yo no robo! —exclamó el niño, indignado—. Lo he tomado prestado en la biblioteca de Cruger.

—¿Con que sí, eh? Quién iba a imaginarse que hay una biblioteca pública en este pueblo de mala muerte. Toma el libro y no lo estropees. ¿Cómo te llamas?

—Joel.

—Yo soy…

Liza no pudo terminar, porque un sonoro trueno interrumpió la conversación, seguido tras apenas unos segundos por un rayo, unas gotas de lluvia… y el inevitable grito de su madre.

—¡Liza, se avecina tormenta! ¡Vuelve! ¡Nos vamos a casa!

—¡Iré más tarde! —chilló—. Tú sí que deberías irte si no quieres ponerte enfermo. Además, se te va a estropear el libro.

—Prefiero quedarme contigo. ¿Qué estabas haciendo?

—Buscar una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Joel, sus grandes ojos azules abiertos de par en par como las ventanas de una casa que se está ventilando.

—No es que sea asunto tuyo, pero estoy buscando un tesoro. No me mires así, no es cosa de broma. Esta plantación se llama Egipto. ¿Por qué crees tú que sus antiguos propietarios le pusieron ese nombre?

—¡Seguro que habían estado en Egipto y trajeron valiosas antigüedades! ¿Sabes por dónde empezar a buscar? Yo llevo semanas viniendo aquí. Creo que, si tuviera que esconder algo, lo haría junto a unos robles que hay al lado del río.

Joel echó a correr y a Liza no le quedó más remedio que ir detrás de él. La lluvia empezaba a caer a goterones, dejando manchas de barro en la ropa. En apenas unos instantes, estaba calada hasta los huesos y sucia como un perro abandonado. Tampoco era novedad. No solía mantener un aspecto medio decente durante demasiado tiempo seguido.

Joel se detuvo frente a un pequeño grupo de árboles, a unos mil pies de donde Tollie pensaba levantar su casa. Se puso de rodillas y empezó a cavar con las manos. Liza no pudo evitar una sonrisa. Cuando lo había visto tan pulcro, con su mochila y su libro, no había pensado que le resultara tan natural llenarse de barro. Claro que no había mejor cebo para atraer a un niño que hablarle de un tesoro escondido. Se puso en cuclillas a su lado y escarbó junto a él.

—¿Por qué has elegido este sitio y no otro cualquiera? —preguntó—. ¿Un presentimiento?

—Hace una semana llovió de lo lindo. Me pareció ver que sobresalía un pico entre estas raíces, pero después no fui capaz de encontrarlo

A Liza le pareció que había dado con algo duro, algo liso y duro. Cavó con más fuerza. Por suerte, la lluvia ayudaba a ablandar la tierra, así que al cabo de un par de minutos fue capaz de extraer una pequeña caja de madera. En su interior había un bonito collar de perlas y una carta amarillenta, húmeda y mohosa. Tenía algo escrito en el exterior, un nombre o algo parecido, pero la tinta se había corrido y resultaba prácticamente ilegible.

—Definitivamente, no es un tesoro egipcio.

—Hay algo más —dijo Joel.

Liza cerró la caja y ayudó al chiquillo a seguir excavando. En efecto, había algo más ahí abajo. Algo grande. Sintió que el corazón se le aceleraba al tiempo que la lluvia se hacía cada vez más intensa y el agua le caía sobre los ojos, impidiéndole ver con claridad. Su mente fantaseaba a toda velocidad. Quizá la cajita de madera era propiedad de un arqueólogo que había dejado sus últimas voluntades en aquella extraña carta y lo que estaban a punto de encontrar era el tesoro de algún faraón o quizá una colección de papiros antiguos o incluso…

Se detuvo.

Lo que habían encontrado no tenía sentido. Se trataba de una especie de acuario lleno de un líquido transparente, en cuyo interior flotaba una mujer con los ojos cerrados. Tenía el pelo largo y oscuro y llevaba un vestido de terciopelo rojo.

Era muy hermosa.

—¿Qué demonios…? —murmuró.

Joel no había parado de escarbar en la tierra. Liza tomó aire un par de veces y reanudó la tarea. Poco a poco fueron descubriendo lo que parecía un ataúd metálico con una pequeña ventana de cristal a través de la cual era visible su ocupante.

—¿Tú crees que es una momia egipcia? —preguntó Joel.

—Por supuesto que no.

—¿Qué vamos a hacer con ella?

Esa era la pregunta, qué hacer con ella. Lo lógico sería avisar a los adultos, pero Liza se sentía reacia a hacerlo. No sabía cómo, pero estaba segura de que acabaría siendo culpa suya y hasta encontrarían una excusa para castigarla. Casi podía ver a su madre regañándola por estar cavando en el suelo como un perro en vez de comportándose como una señorita. La acusaría de perturbar a los muertos o algo por

el estilo y la obligaría a ir a la iglesia a diario para exorcizar cualquier demonio al que hubiese podido invocar con sus actos. Y Tollie, Tollie sería el peor de todos. Un cadáver incorrupto en su finca retrasaría los planes para sembrar el algodón y, por descontado, todo sería culpa de Liza.

—Volver a dejarla como estaba —respondió, al fin—. Será nuestro secreto, ¿de acuerdo?

—Pero…

—No hay peros. Me harás caso o te daré una paliza, ¿entendido?

Joel hizo un mohín como si fuera a llorar, pero de pronto cambió el rostro y sonrió.

—De acuerdo, será nuestro secreto. Pero me debes una.

Entre los dos volvieron a tapar el ataúd metálico, tratando de dejarlo todo tal cual estaba antes, con la tierra bien apelmazada para que no se la llevara la lluvia. Todo, excepto la caja de madera. Liza había decidido quedársela, no por las perlas, que no le interesaban en lo más mínimo, sino por el misterioso sobre. Quizá fuera capaz de extraer algo de información.

Cuando regresó a casa de Tollie aquella tarde, le cayó una buena. Su madre la esperaba en la puerta con los brazos en jarras. La agarró por una oreja y la llevó a rastras al cuarto de baño de su hermano, donde la obligó a desnudarse y la frotó con un guante de crin de caballo hasta que la piel de todo el cuerpo se le puso roja. Después, sin duda a modo de venganza, le puso un vestido blanco y un lazo en la cabeza.

—Y olvídate de quedarte en Cruger con tus hermanos. Mañana te vuelves a Grenada con nosotros.

En efecto, Liza vivía en la ciudad de Grenada, en el condado de al lado, a unas millas de Cruger. Tollie y Eleanor, sin embargo, se habían alquilado una casa de solteros cerca de la plantación, mientras acometían las obras necesarias para terminar de ponerla a punto para producir, y Wilmer vivía con ellos. Era pleno verano y Liza había conseguido permiso para pasar unas semanas de libertad lejos de sus padres… pero, al parecer, eso acababa de irse por el retrete.

En cualquier caso, había merecido la pena.

Con lazo y todo para no hacer enfadar a su madre, se refugió en un rincón del salón provista de un quinqué y con la caja de madera entre las manos. Estaba expectante ante las posibilidades que se escondían en el interior. La abrió con todo cuidado, retiró las perlas a un lado para que no llamaran la atención y extrajo la carta.

Estaba húmeda.

La sopló un poco y se la llevó a la nariz. Olía a moho, a tierra, a

viejo. Trató de descifrar las letras que había en el exterior, pero resultaban casi totalmente ilegibles. Sin duda era un nombre. ¿John? Después había una inicial seguida seguramente del apellido, que quizá empezara por una P o por una R, o a lo mejor era una T. No podía estar segura.

La carta estaba escrita en un tipo de papel autoenvolvente, sin sobre, de las que se pliegan sobre sí mismas y se cierran con un lacre. Se fijó en este último. Era de un color granate que le recordó al del vestido de la mujer y llevaba impresa unas iniciales, esas sí, claramente visibles: A y E. Lo tocó con el dedo y el lacre se desprendió, permitiéndole extender el pliego de papel.

En el interior había varias líneas escritas con la letra clara y elegante que, contra todo pronóstico, se había conservado casi intacta a través del tiempo.

El Cairo, 14 de febrero de 1872

Muy señor mío y amigo:

Es con gran pesar que debo comunicarle la muerte de su hermana Clorinda, víctima de la escarlatina que llevaba padeciendo varios años. Parecía que el clima de Egipto la había beneficiado, pero al fin su cuerpo no ha podido seguir luchando. Falleció en la ciudad de Luxor, a orillas del Nilo, junto a los antiguos monumentos que tanto la habían impresionado. Si el Señor no hubiera querido llevársela tan pronto, se hubiera convertido en una eminente egiptóloga que sin duda habría supuesto el orgullo de la familia Rockefeller.

Descanse en paz.

Su afectísima,

Amelia Edwards

Liza volvió a mirar el nombre que había escrito en la parte trasera. John D. Rockefeller, eso era. Le sonaba de haberlo oído en alguna ocasión, quizá fuera famoso o algo. En cualquier caso, era una enorme casualidad. La mujer de rojo, Clorinda, era, realmente una arqueóloga que había muerto a orillas del Nilo… y cuyo cuerpo había acabado en una plantación llamada Egipto. ¿No era algo extraordinario? ¿Un giro asombroso del destino? ¿Y quién sería aquella tal Amelia Edwards? ¿Quizá otra arqueóloga?

Por primera vez, Liza lamentó que fuera verano y no hubiera clases en la escuela, porque seguro que la señora Stevens sabría la respuesta. También podía buscar en la biblioteca. El niño aquel, Joel, había mencionado que había una en Cruger. Podía visitarla al día siguiente, antes de regresar a Grenada con sus padres.

Aquella noche cenó con su familia y se mantuvo inusualmente silenciosa. Tenía la cabeza llena de elegantes y hermosas arqueólogas que surcaban el Nilo vestidas de terciopelo rojo. Se fue a la cama temprano y sus fantasías se mezclaron con sueños repletos de pirámides y gigantescos templos. A la mañana siguiente, apenas salió el sol, se puso unos pantalones y una camisa de algodón, se metió la carta en el bolsillo y salió corriendo en busca de la biblioteca, que, obviamente, estaba cerrada. Usó unos peniques que llevaba encima para comprarse un bocadillo y se sentó en las escaleras del edificio a esperar que llegara alguien.

La espera se le hizo eterna, pero al final apareció una mujer de pelo blanco y gafas redondas que debía de ser la bibliotecaria.

—¿Conoce usted a Amelia Edwards? —le espetó.

—Buenos días para ti también, jovencita —respondió, mientras abría la puerta de la biblioteca con una inmensa llave—. No, no tengo el placer de conocer a ninguna Amelia Edwards, ¿es del condado?

—No lo creo. Es una egiptóloga… seguramente.

—¡Haber empezado por ahí! Lo comprobaremos. —La mujer entró en el edificio y se dirigió hacia un enorme mueble de cajones. Abrió uno de ellos, para descubrir una inmensa colección de pequeñas fichas de papel. Fue pasándolas con los dedos, con un movimiento suave y preciso que le recordaba al de su madre al hacer punto, hasta que al fin escogió una—. Aquí está, Amelia Edwards. Parece que fue una autora muy prolífica, escribió varias novelas, poemas… sí, y algún libro sobre Egipto. *Mil millas Nilo arriba.* Lo tenemos en el catálogo, ¿quieres verlo?

—¡Sí, por favor!

Liza no podía contener la emoción. La bibliotecaria desapareció detrás de una estantería y regresó un par de minutos más tarde con un grueso volumen encuadernado en cuero rojo, que mostraba un dibujo de una ciudad claramente egipcia y, junto a ella, un hombre montado en un dromedario.

—Toma, con cuidado.

La mujer la observó mientras abría el libro y comenzaba a ojear sus páginas. Había varios grabados que mostraban distintos monumentos egipcios, pero Liza se detuvo en el prefacio. Amelia Edwards hablaba de un viaje por el Nilo a bordo de un tipo de barco llamado *dahabiyah*… ¿Sería ahí donde había muerto la mujer de rojo?

—¿Puedo llevármelo?

—Si te haces el carné de la biblioteca, sí. Estamos aquí para eso, para prestar libros.

Media hora después, Liza salía a la calle con el ejemplar de *Mil*

millas Nilo arriba bajo el brazo. La perspectiva de volver a Grenada ya no se le hacía tan terrible. Estaba decidida a leer el libro con máximo cuidado en busca de cualquier pista que pudiera encontrar sobre la misteriosa ocupante del ataúd. Unos gritos, sin embargo, la sacaron de su ensimismamiento. A pocos pasos de la biblioteca divisó a Joel, de la mano de un niño negro algo más alto que él. Un grupo de cuatro chavales claramente mayores los rodeaban con piedras en la mano.

—*Nigger-lover!* —gritaban—. ¡Basura! ¡Traidor!

—Dejadme en paz… —murmuraba Joel.

—¡Fuera de aquí! ¡Y llévate a tu amiguito!

—Solo queremos entrar en la biblioteca —protestó—. Es un lugar público. Tenemos derecho.

—¿Qué hace un negro dentro de una biblioteca? ¿Comerse los libros?

—¡Brutos! —chilló Liza, irrumpiendo en medio del grupo y liándose a empujones con los niños mayores—. ¿Qué os habéis creído, que porque sois más altos podéis hacer lo que os venga en gana? Pues ahora tendréis que meteros conmigo.

—¿Tú quién eres? —preguntó uno.

Liza le propinó una patada en la entrepierna que lo arrojó al suelo, chillando.

—Yo soy la que acaba con este circo, ¿entendido? Todos a casa, y como me entere de que volvéis a molestar a Joel y a…

—Tom —dijo el otro chico—. Me llamo Tom.

—… a Tom, os daré tal paliza que no vais a poder levantaros de la cama en un mes. ¡Ale! ¡Fuera!

Los cuatro chavales se miraron entre sí durante unos instantes. Al fin, uno de ellos ayudó a levantarse al que se había caído, dudaron un instante más y después se fueron corriendo.

—¡Nos las pagarás!

Liza esperó a comprobar que efectivamente se habían ido antes de dirigirse a Joel y a Tom, que no se habían movido en todo el tiempo.

—No estoy segura de que ir de la mano sea buena idea.

Los dos chicos se soltaron de inmediato.

—No íbamos agarrados —se excusó Joel—. Íbamos a la biblioteca a por un ejemplar de *La cabaña del tío Tom,* porque Tom no la ha leído, entonces esos brutos han empezado a insultarlo y yo le he cogido para protegerlo…

—Otra vez, mejor piensa otra cosa. Una patada entre las piernas suele ser buena idea. Te debía una, ¿no? Pues ya estamos en paz.

Joel sonrió ampliamente.

—Gracias, Liza. ¿Resulta que tú también eres una rata de biblioteca? ¿Has venido aquí a leer en vez de jugar como una niña normal?

A su pesar, le devolvió la sonrisa.

—No. Voy a ser arqueóloga, como una mujer que conozco. ¿Y tú, Tom? ¿Qué quieres ser de mayor?

—¿Yo? Presidente de los Estados Unidos.

4

Las tres reinas

La reina Ahmose no había sido justa al advertirme de que el harén real era un nido de víboras. Las serpientes son seres nobles que solo atacan para defenderse o para alimentarse. La residencia de las mujeres y niños de la familia real era mucho peor, plagada de mentiras, ocultaciones, envidias y conjuras.

Imaginé que, en gran medida, la situación obedecía a la ausencia del faraón. Tutmosis era, ante todo, un soldado, y apenas había nacido su hija había vuelto a partir hacia el sur para proseguir su campaña contra los rebeldes nubios, dejando al sumo sacerdote de Ptah, Pahemred, al mando de los asuntos de Estado en tanto que visir real. Al igual que un gallinero se alborota en ausencia del gallo, lo mismo debía de ocurrir en el harén real. ¡Qué inocente era yo por entonces! Con los años he aprendido que la naturaleza humana es esencialmente idéntica en hembras y varones, y que la presencia de un hombre, por muy faraón que sea, en el palacio de las mujeres no mitiga la intensidad de las luchas de poder. Mi pequeña sí que supo poner orden en aquella especie de caos primigenio, que ni la mismísima Ogdóada habría sido capaz de enderezar, pero no ocurriría hasta muchos años después.

Pronto se corrió la voz de que la reina madre Nefertari había designado a Hatshepsut como su heredera. Eso la convirtió de inmediato en el blanco de las iras de la primera esposa de Tutmosis: Mutnofret, una mujer amargada y consumida por el odio. Mi primer encuentro con ella no se hizo esperar. Apenas dos días después de mi llegada al harén, me encontraba en las habitaciones de la princesa, aprovechando que ella dormía para poner algo de orden entre sus numerosas pertenencias, cuando un sirviente que me resultó desconocido irrumpió en ellas sin anunciarse.

—La reina llama a la bebé Hatshepsut a su presencia.

La orden me resultó confusa dado que, hasta donde yo sabía, en la familia real coexistían dos reinas. La pobre Ahmose continuaba muy enferma tras los rigores del parto, por lo que di por hecho que se trataba de la anciana Nefertari.

—¿Quizá pueda transmitirle a la Señora que su nieta acaba de dormirse después de tomar el pecho? Ella sabe lo mucho que le cuesta conciliar el sueño, quizá se muestre de acuerdo en esperar a que la princesa se despierte —me atreví a decir, sabiendo que Nefertari ponía

el bienestar de Hatshepsut por encima de cualquier otra consideración.

—Mi señora no espera por los antojos de una bebé carente de linaje.

Aquella respuesta me resultó del todo incomprensible, pero sabedora de mi papel en la corte, tomé a la niña en brazos sin llegar a despertarla y me dispuse a seguir al edecán, que me condujo hacia una zona del harén que no había visitado hasta el momento. Entramos en una habitación más lujosa aún, si cabe, que la de Hatshepsut. Al fondo de la enorme estancia pude ver a una mujer algo mayor que yo, de unos veinte o veintidós años, vestida con todos los atributos de la majestad y sentada en un trono de plata y lapislázuli.

Acababa de descubrir que había una tercera reina en disputa.

—Póstrate ante la reina Mutnofret, esposa del faraón, hija del faraón y hermana del faraón, madre del príncipe heredero Amenmose.

Postrarse con un bebé en brazos no es tarea sencilla y, a menudo, me veía liberada de llevarla a cabo. Algo en aquella ocasión me empujó a obedecer. Sujetando a la niña con un solo brazo, incliné el cuerpo y apoyé el que me quedaba libre sobre la rodilla. La pequeña Hatshepsut se removió, abrió los ojos y comenzó a llorar.

—Acércate —dijo la reina. Así lo hice, acunando a la princesa mientras tanto para tratar de calmarla. A ella no le gustaba, nunca le gustó, que interrumpieran su sueño, de modo que el llanto se tornaba cada vez más agudo y desconsolado. Me situé frente a Mutnofret, que observó a la princesa como si fuese una rana sacada de un charco y no una preciosa bebé—. Es vulgar, fea e impertinente como su madre. Me haré cargo de su educación en persona. Tenemos que refinarla si ha de ser la esposa de mi hijo, el príncipe Amenmose. Tú, quedas relegada de tus funciones. Ve a recoger tus cosas. Una mujer de mi confianza irá a vuestras habitaciones para buscar a la niña.

Me marché de allí con el corazón oprimido y los ojos rebosantes de lágrimas. ¿Cómo iba a separarme de aquella maravillosa criatura? En apenas unos días, había llegado a quererla como si fuese la hija que no había llegado a tener. ¿Y en manos de una alimaña como Mutnofret? ¡Antes muerta!

Corrí por los pasillos, con la pequeña Hatshepsut aún gimoteando entre mis brazos, hasta que di con un rostro que me resultara familiar. Era una de las esclavas de la reina Nefertari. Le pedí que buscara a mi madre y que la enviara con urgencia a las habitaciones de la princesa. Cuando llegué, ella ya me esperaba.

—No era necesario que me hicieras llamar —me espetó con sus habituales modales secos y cortantes—. Una audiencia con Mutnofret

no presagia nada bueno. ¿Qué ha ocurrido?

Le referí una por una las palabras de la tercera reina al tiempo que, agitada y nerviosa, devolvía a Hatshepsut a su cuna y la mecía hasta que volvió a conciliar el sueño.

—No entiendo nada —confesé—. Creía que la reina Ahmose era la esposa principal del faraón. ¿Por qué ha de hacerse como dice Mutnofret?

—Tú nunca entiendes nada. Mutnofret es hermana del difunto faraón, de Amenofis. Él carecía de hijos varones, por lo que designó al mejor de sus generales para que heredara el trono: a Tutmosis. Para dar legitimidad al nombramiento, Tutmosis debía casarse con una mujer de sangre real: Mutnofret. Además, ella le ha dado no uno, sino tres hijos varones: el príncipe heredero Amenmose, Wadjmose y el pequeño Tutmosis.

—¿Y por qué no es ella la esposa principal, entonces?

—¿Recuerdas el juego de *senet?*

Tuve un momento de confusión. Por supuesto que lo recordaba: en un tablero con treinta casillas, cada jugador tenía cinco fichas, y debía sacarlas de la mesa antes que el contrincante. ¿Pero qué tenía que ver aquello con el harén real y las intrigas palaciegas?

—Sí, madre, pero no comprendo…

—La corte funciona igual que un juego de *senet*. Nuestro objetivo es escapar de las conspiraciones enemigas. Cada pieza representa a alguien: el faraón, la Señora, la reina Mutnofret… ahora tú también estás en el juego, y deberás aprender a desenvolverte si quieres sobrevivir.

—De acuerdo.

—La reina Ahmose es la hermana del corazón de Tutmosis. Han estado enamorados desde que eran niños. Cuando al fin se convirtió en faraón, se desposó con ella por todo lo alto y la nombró esposa principal, un puesto que, a juicio de Mutnofret, le correspondía a ella. Por ese motivo odia a la reina Ahmose y todo lo que tenga relación con ella.

Todo aquello resultaba demasiado confuso para mí. El harén real no era solo un nido de víboras, sino un laberinto de relaciones familiares, esposas secundarias, celos e intrigas que me resultaba imposible de desentrañar. Solo una cosa me quedaba clara: Mutnofret odiaba a la reina Ahmose y, por extensión, a su hija.

—Pero entonces… entonces debemos impedir a toda costa que quede a cargo de la princesa. La maltratará, hará que su vida sea una pesadilla. La destrozará.

—Y peor aún: tú perderás tu posición en la corte —añadió mi

madre, siempre pragmática.

—¿Quizá debamos acudir a la reina Ahmose? En definitiva, es la madre…

—Ahmose continúa enferma y, aunque no lo estuviera, es débil y no está acostumbrada a mandar. Por suerte, tenemos una protectora aún más poderosa. La Señora. Ella ha adoptado a Hatshepsut como heredera, no permitirá que quede en manos de esa víbora venenosa.

Mi mente continuaba dando vueltas como una hoja arrastrada por el viento, pero algunos fragmentos parecían comenzar a posarse en su lugar.

—Sigo sin entender. Si Mutnofret es hermana del difunto faraón Amenofis y este era hijo de la reina Nefertari… ¿no hace eso a Mutnofret hija de la Señora? ¿Por qué iba a enfrentarse a ella en defensa de una extraña que ni siquiera es de la familia?

—¡Me exasperas! El padre de Amenofis, como todos los faraones, tuvo varias esposas. Mutnofret es hija de una esposa secundaria. Como sabes, la dinastía real es leal a Amón. El dios carnero prometió a la abuela de la Señora que liberaría Egipto de los hicsos si todo el país se postraba ante él, como así ha sucedido. Sin embargo, la madre de Mutnofret era una princesa del norte, llegada de la ciudad de Menfis, donde se venera al dios Ptah. Mutnofret no solo desprecia a Amón, sino que ha inculcado esta blasfemia en el corazón de sus hijos. Mutnofret ha estado amargada desde niña y odia a la Señora por el poder que ha ejercido siempre, faraón tras faraón, primero durante el reinado de su esposo, después de su hijo y ahora durante el de Tutmosis, al que ella misma escogió. ¡Es ella quien ha gobernado Egipto durante todos estos años, mientras los hombres juegan a la guerra! No hay otra mujer semejante a mi Señora. Harás bien en metértelo en ese trozo de madera que tienes por cabeza.

—Habrá otra como ella —repuse, con una sonrisa—. Mi pequeña.

—Para eso habrá que conseguir que no nos la arrebaten.

—Como en el *senet*, ¿verdad? —pregunté—. No podemos permitir que el enemigo capture la pieza de Hatshepsut.

No nos fue difícil conseguir audiencia con Nefertari, que tenía a mi madre en mucha mayor estima de lo que yo había pensado al principio. Escuchó nuestro relato con gravedad, masajeándose las sienes con los dedos índices como si toda la situación le provocara un terrible dolor de cabeza.

—Habéis hecho bien en acudir a mí. En efecto, no es deseable que mi hijastra se convierta en la guardiana de Hatshepsut. Pero me temo que la situación no nos es favorable.

—¿Por qué? —osé preguntar. Hasta ese instante, había asumido

que la Señora era todopoderosa.

—La salud de Ahmose es muy delicada y su vida corre peligro. Si muere, la costumbre dicta que sea otra de las esposas del faraón quien se haga cargo de sus hijos. Y Tutmosis solo tiene dos esposas.

—¿Y no podría la Señora…? —insistí.

La reina Nefertari se echó a reír.

—Por supuesto que podría, al igual que lo he hecho antes en innumerables ocasiones, incluida con la ingrata de Mutnofret. Pero soy una anciana, Sitra. En cualquier momento partiré para reunirme con Osiris en el Amenti, con toda probabilidad, mucho antes de que Hatshepsut se haya convertido en una mujer. Mutnofret usará ese argumento, y Tutmosis, con toda lógica, la escuchará.

—Entonces, ¿todo depende de que la reina Ahmose viva o muera?

—Me temo que así es. Si sobrevive, la esposa principal es ella, y ni Mutnofret ni nadie en las Dos Tierras podrá arrebatarle a su hija.

Fue así como decidí convertirme en enfermera.

Visité a la reina Ahmose por primera vez aquella misma tarde, con la excusa de que viera a la niña. La estancia en la que yacía, envuelta en una penumbra apenas rota por la luz temblorosa de un par de lámparas de aceite, emanaba un aire de desolación. Su lecho, aunque más modesto que los de otras reinas, conservaba cierta dignidad con sus patas talladas en forma de leones y su colchón de lino relleno de paja suave. A su alrededor, pieles de animales exóticos le proporcionaban un tenue bienestar en medio de su dolor. La reina misma parecía una sombra de lo que una vez fue. Su piel, normalmente radiante y bronceada, estaba pálida y manchada por la fiebre. Sus ojos, cerrados, estaban hundidos bajo sus cejas perfectamente delineadas, y sus labios, una vez llenos de palabras sabias, ahora estaban secos y entreabiertos en un silencioso grito de dolor. Su cabeza, normalmente adornada con una espléndida peluca nubia, lucía calva y grisácea.

Los sacerdotes habían prendido incienso en un vano intento por purificar el aire y el aroma agrio de la enfermedad que impregnaba cada rincón. Un suave zumbido de moscas y el susurro distante de las oraciones de las adoratrices creaban una atmósfera casi irreal, suspendida entre el mundo de los vivos y el del más allá. La luz que se filtraba a través de las celosías de madera tallada era débil, creando un juego de sombras en las paredes decoradas con relieves de dioses y diosas, testigos silenciosos del sufrimiento de la reina. La habitación, a pesar de su sencillez comparada con otras estancias reales, estaba impregnada de una dignidad triste, un recordatorio de que incluso los

más poderosos no eran inmunes a los caprichos del destino.

Un sacerdote de Amón, habitualmente los médicos más reputados de Tebas, estaba presente, aunque no parecía prestar atención alguna a la enferma, sino que estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, lejos de ella, y se entretenía garabateando jeroglíficos en una tablilla de cera. Ni siquiera había esclavas atendiéndola.

Ignoro de dónde saqué la fuerza ni la determinación para hacer lo que hice. Quizá los dioses iluminaron mi corazón, porque hasta ese momento siempre había tenido un carácter más bien modesto, tranquilo y tendente a la obediencia. Supongo que el miedo de perder a Hatshepsut y que esta cayera en las garras de la despiadada Mutnofret hizo brotar por primera vez a la leona que hay en mí. Tratando de controlar la rabia, deposité a la bebé en el lecho junto a su madre, me dirigí hacia el sacerdote y lo increpé.

—¡La reina no está bien atendida! ¿Cómo esperas que se recupere así?

—Ignoro quién crees que eres para hablarme de ese modo, pero la vida de Ahmose está en manos de Amón. Es una plebeya carente de sangre real, no ha sido bendecida por los dioses. En su estado, lo más probable es que muera.

—Es una lástima entonces —repuse, sintiendo cómo se aceleraban los latidos de mi corazón—, porque el faraón ha jurado cubrir de oro y piedras preciosas al médico que sea capaz de sanar su mal. La reina Ahmose no es solo su esposa principal, es su amada, la hermana de su corazón. Le he oído decir que estrangulará con sus propias manos a todos los que están a cargo de su cuidado, si la reina llega a fallecer.

Creo que fue la primera vez en mi vida que mentía. Ni tan siquiera de niña había sido propensa a faltar a la verdad. Pero debí de hacerlo bien, porque pude comprobar cómo el rostro del sacerdote de Amón mudaba de expresión.

—¿Quién me has dicho que eres?

—Soy la preceptora de la princesa Hatshepsut, elegida por el propio Tutmosis. Te aseguro que gozo de su confianza.

El hombre se puso en pie y dio varias vueltas alrededor de la habitación antes de dirigirse a mí nuevamente.

—¡No hay nada que pueda hacer en estas condiciones! La reina Mutnofret ha hecho llamar a todas las esclavas que estaban al servicio de la enferma, alegando que ya no las necesita. No se me proporcionan las hierbas y ungüentos que he solicitado y el faraón no está en Tebas para poder recurrir a él. Sin ayuda y sin los medios para ejercer mi arte, solo me resta rezar a Amón.

—Déjalo en mis manos.

Mi recién descubierta leona tenía aún sus limitaciones. Siendo nueva en la corte, no se me ocurrió mejor remedio que acudir a mi madre que, en vez de felicitarme por mi iniciativa, me llamó estúpida por no saber valerme por mí misma y necesitarla para todo. Ella usó sus conexiones palaciegas para conjurar a un ejército de servidores que adecentaron los aposentos de la reina, abrieron las cortinas y se encargaron de lavarla y de refrescar su cuerpo y su frente con agua de rosas. También hizo acudir al superintendente de los almacenes del harén real en persona, que anotó con diligencia todos los productos y materiales que el sacerdote de Amón tuvo a bien solicitar e hizo entrega de ellos de forma casi inmediata.

Desde ese momento decidí no apartarme del lecho de la reina y ocuparme en persona de que no volviera a estar desatendida. Hice instalar una cuna en la habitación para Hatshepsut y un jergón para mí. Yo misma administraba la cataplasma que el médico había prescrito para el vientre de la enferma, le cocinaba los brebajes a base de propóleos y cortezas de sauce, le ponía paños de agua fría en la frente y le sostenía la mano en los momentos de delirio.

En la primera noche de mi vela, recibimos la visita de la anciana Nefertari, que venía escoltada por mi madre.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó la Señora, dirigiéndose a mí en vez de al sacerdote.

—La enferma está en manos de Amón —contestó él, sin embargo.

—No te he preguntado a ti, estúpido. No creas que tus acciones quedarán impunes. Sitra, ¿cómo está la madre de Hatshepsut?

Me tomé un instante para meditar mi respuesta.

—Creo que mejora, majestad. Sigue inconsciente, pero su temperatura se ha reducido y ya no tiembla por la fiebre. Cuando le cojo la mano, a veces siento que intenta apretarme.

—Ahmose siempre ha sido una criatura débil y temerosa, no una luchadora como nosotras, pero por el bien de todas, esperemos que se recupere. Buen trabajo, Sitra.

La Señora se retiró. Antes de seguirla, creo que por primera vez en su vida, mi madre me dirigió una mirada de aprobación y me sonrió. Aún atesoro aquel momento, ya que los dioses no quisieron que se repitiera con mucha frecuencia.

A la mañana siguiente, apenas salió el sol, la reina Ahmose recuperó el sentido. Yo había pasado toda la noche en vela junto a ella. Me miró con ojos asustados y se arrebujó entre las pieles.

—¿Quién eres?

—Soy Sitra, el ama de cría de la princesa Hatshepsut. No temáis.

Habéis estado muy enferma, majestad, pero ya os encontráis mejor.

—Quiero ver a mi hija.

Me incorporé, fui a recoger a la niña de su cuna y la coloqué en brazos de su madre. La pequeña Hatshepsut abrió los ojos y, en contra de su costumbre cuando alguien perturbaba su sueño, sonrió.

—Es su primera sonrisa, majestad. Ha estado guardándola para su madre.

—¿Le han hecho daño?

—No, majestad.

—Hay gente malvada que quiere perjudicar a mi pequeña. Júrame que la protegerás.

Era la segunda vez que me imploraba aquello. En aquella ocasión sí estuve en condiciones de responder.

—Lo juro, majestad.

Ahmose volvió a perder la consciencia, pero su mejoría continuó y en unos días ya pudo levantarse por primera vez. Hatshepsut y yo seguimos durmiendo en sus aposentos, no tanto por cuidarla físicamente, sino porque sus nervios la asaltaban cuando no tenía a su hija cerca y comenzaba a llamarla a gritos, como si temiera por su vida. En aquellas semanas pude conocer un poco más a la madre de mi pequeña y descubrí en ella un gran corazón, mayor quizá que ningún otro de los que había en la corte, con excepción de su propia hija.

—Yo no he nacido para la vida en la corte, Sitra —me confesó una tarde, mientras ambas observábamos el sueño de la princesa—. Soy una mujer sencilla. Amo a Tutmosis con todo mi corazón, pero me hubiera conformado con ser una de sus concubinas. Nunca quise ser la esposa principal. Ese papel le pertenece a Mutnofret, que es de sangre real y ha nacido para reinar.

—¡No digáis eso, majestad! Egipto tiene suerte de teneros como reina. Mutnofret puede ser hermosa, pero posee el *ka* de un escorpión y el *ba* de una serpiente venenosa.

—Por mi culpa, mi hija nunca será feliz. Ya antes de nacer se decidió que sería la gran esposa real del príncipe Amenmose. El pobre niño no tiene la malicia de su madre, pero Hatshepsut nunca conocerá lo que es casarse por amor, como lo he hecho yo…

Guardé silencio, sin atreverme a contestar. Hasta una ignorante como yo sabía que reinas, princesas y faraones habían sido elegidos por los dioses para controlar el caos en el universo. Estaban por encima de las debilidades humanas como el amor, el dolor o la muerte. Al menos, eso pensaba yo por aquel entonces.

Había pasado una luna completa y la mitad de otra desde la

recuperación de la reina Ahmose cuando Tutmosis regresó a Tebas. Supe por mi madre y por los chismes del palacio de las mujeres que esto era un hecho insólito, ya que a menudo pasaba meses enteros guerreando lejos de casa. Su temprano retorno era una clara demostración de la preocupación que sentía por su esposa.

Se me indicó amablemente que, con el faraón de vuelta al palacio, Hatshepsut y yo debíamos abandonar las habitaciones de la reina por si él decidía visitarla. Mi pequeña y yo iniciamos así una nueva rutina en la que pasábamos la mayor parte del día juntas, y yo me entretenía con las nuevas proezas que ejecutaba a cada momento: sostener la cabeza, fijar la mirada, su primera risa o cuando por fin se lanzó a gatear; son pequeños tesoros que guardo para siempre en mi corazón y que espero llevar conmigo al reino de Osiris. Fue entonces cuando comenzamos a llamarla Hatasu, porque algo así pronunció ella la primera vez que trató de decir su propio nombre.

Mi madre siempre tenía el ojo puesto en nosotras por si acaso me descuidaba en mis tareas, Ahmose pasaba todo el tiempo que podía con nosotras, recibíamos visitas diarias de la reina Nefertari y, cada poco tiempo, del faraón, que el día en que Hatasu cumplía nueve meses, acudió acompañado de los tres príncipes: Amenmose, Wadjmose y el pequeño Tutmosis, al que todos llamábamos Tuty.

No voy a negarlo, recibí a aquellos niños con toda la frialdad de la que era capaz mi corazón. Sabiendo que eran hijos de Mutnofret, di por hecho que serían monstruos como su madre. Los dos mayores tenían el aire soberbio y altivo que cabe esperar de la realeza. Amenmose ya era un muchacho alto y fuerte como su padre, en edad de servir en el ejército como se esperaba de los de su estirpe, y Wadjmose iba por el mismo camino. Tuty, en cambio, apenas contaba cinco años y era de complexión delicada. Sonrió al ver a Hatasu en brazos de su madre, se soltó de la mano de su hermano mayor y corrió hacia ella exudando gozo.

—¡Hermana, por fin te conozco! —exclamó, antes de depositar un beso en su mejilla. A continuación, se dirigió a la reina Ahmose—. ¿Puedo cargarla?

—No —repuso esta.

—Es demasiado pequeña —intervine yo, para suavizar la negativa—. Si se te cae, podrías hacerle mucho daño. ¿Tú querrías eso?

—¡Claro que no! Pero es que es tan bonita… eres muy guapa, ¿sabes? Me habían dicho que pareces un bebé de mandril, pero yo creo que eres como una mariposa.

—¡Tutmosis! —le regañó Amenmose—. No es adecuado que digas

eso de mi futura esposa. Seré yo quien la coja en brazos.

El príncipe heredero tomó a la pequeña con tal brusquedad que esta comenzó a llorar de inmediato. El joven la alejó de sí como si la pobre fuera a morderlo y se la devolvió a su madre.

—Aprenderá a quererte —dijo el faraón—. Un rey necesita a una gran reina a su lado. Al igual que yo tengo a mi gran esposa real, tú tendrás a la pequeña Hatasu, la primera de las grandes damas. Querida, no deseo importunarte más. Os dejamos con vuestros quehaceres femeninos.

—¿Puedo quedarme a jugar con Hatasu, padre? —preguntó Tuty.

—No —respondió la reina.

—Sí —dijo al mismo tiempo el faraón—. Aún eres un niño y es apropiado que pases tiempo en el palacio de las mujeres. Pero recuerda que más tarde te espera tu instructor militar.

—Sí, padre —resopló el niño, agachando la cabeza y arrastrando las palabras en claro signo de disgusto.

Tutmosis se marchó con sus dos hijos mayores, dejando al pequeño Tuty con nosotras. Ahmose me dirigió su habitual mirada llena de miedo, como si el niño fuese una amenaza terrible y estuviera pidiendo mi protección. Asentí, tomé a Hatasu de sus brazos y fui a sentarme en el suelo para supervisar el juego de los dos hermanos.

Cuando Tuty se acercó gateando a mi pequeña y le presionó la nariz con el dedo, ella sonrió.

Pasaron las semanas y las visitas del pequeño príncipe se convirtieron en una costumbre, aunque he de decir que sus dos hermanos mayores jamás regresaron para ver a Hatasu. El faraón partió de nuevo a hacer la guerra contra los nubios, dejando al mando, una vez más, al sumo sacerdote de Ptah. En esta ocasión, Tutmosis se llevó consigo a sus dos hijos mayores. Mutnofret no podía estar más orgullosa. Se paseaba por todo el harén como una gallina clueca, anunciando a diestro y siniestro que su primogénito iba a ser nombrado corregente, es decir, que gobernaría Egipto codo con codo con su padre, asegurando así la sucesión al trono.

Su alegría duraría poco, ya que enseguida la reina Ahmose nos sorprendió con una gran noticia.

—Estoy embarazada —nos anunció un día en que ella y la reina Nefertari visitaban a la pequeña Hatasu.

—Es demasiado pronto —musitó mi madre, que, como siempre, estaba presente.

—Calla y no seas agorera —la reprendió, por una vez, la Señora —. Es una buena noticia. Si es un varón, la tradición dicta que él deberá ser el heredero.

—Pero… ¿y el príncipe Amenmose? —preguntó Ahmose—. Yo no deseo que mi hijo sea faraón, quiero que lleve una vida normal.

—Tendrías que haber elegido otro esposo, en ese caso —sentenció Nefertari—. Tú eres la gran esposa real y tu hijo ha de ser el heredero. Con Hatshepsut como esposa de Amón, continuará la labor de su padre y llevará a Egipto a su máxima gloria.

El embarazo de Ahmose enseguida demostró ser complicado. Aunque se había recuperado bien del anterior, su salud continuaba siendo frágil, y la criatura que llevaba en su seno consumía gran parte de sus energías. Nuestra rutina se alteró y, en vez de ser ella la que visitaba las habitaciones de Hatasu, comenzamos a ser nosotras las que acudíamos a ella para encontrarla, casi siempre, postrada en el lecho.

La Señora se aseguró de que, en esta ocasión, no le faltaran los cuidados médicos necesarios. Además de los sacerdotes de que requería la tradición de los faraones, hizo llamar a una adoratriz de Amón llamada Huy, esposa del sumo sacerdote Minmontu. Las adoratrices eran las matronas más reputadas de toda la ciudad de Tebas, y Huy, a pesar de su juventud, estaba considerada una auténtica experta. Con todo, la salud de la reina no dejó de deteriorarse. Las náuseas le impedían retener nada de lo que comía, no ganaba peso conforme evolucionaba el embarazo, se hallaba débil y apenas dormía.

La doble noticia del embarazo y de la mala salud de la reina debió de correr hasta Nubia, porque el faraón regresó a palacio cuando Ahmose llevaba apenas seis meses encinta. Sus hijos mayores permanecieron en el frente y, en Tebas, sus visires se encargaban del despacho diario de los asuntos de Estado, por lo que Tutmosis pudo consagrarse en cuerpo y alma a atender a su esposa, que en vez de engordar se encontraba cada vez más consumida.

Fue hermoso verlos pasar aquellas últimas semanas juntos.

Apenas una luna después del retorno del faraón, Ahmose comenzó con contracciones. Se encontraba en su séptimo mes de embarazo, por lo que todos los augurios eran muy negativos. Fue trasladada, como marca la costumbre, al templo de Amón, donde sacerdotes y comadronas, dirigidos por la adoratriz Huy, se concentraron para tratar de salvar tanto a la madre como al bebé.

En aquella ocasión no fui invitada a asistir al parto, sino que me correspondió esperar como al resto de la corte. Solo estuvieron presentes, además de los médicos, el propio faraón y la adoratriz Huy, que estaba destinada a ser el ama de cría del nuevo príncipe… si acaso este llegaba a sobrevivir. Minmontu y Huy acababan de tener un bebé

llamado Menkheperre, por lo que los pechos de la adoratriz estaban cargados de leche, al igual que habían estado los míos cuando nació Hatasu.

Fueron horas de angustia. Muchas horas. En el palacio de las mujeres, la reina Nefertari nos congregó a todas en el patio central para invocar a Amón e implorar un feliz desenlace para aquel trance. Incluso la propia Mutnofret se vio obligada a asistir y aparentar contrición. El gran Amón, sin embargo, no quiso escuchar nuestras plegarias.

—La reina Ahmose ha partido para reunirse con Osiris —anunció el sumo sacerdote Minmontu, irrumpiendo en el patio con gesto grave. Tras él caminaba la adoratriz Huy con un diminuto bulto envuelto en telas entre sus brazos—. La princesa real Neferubity la acompaña en su viaje.

Una de las piezas más importantes del juego había abandonado el tablero. Un silencio lúgubre se impuso sobre nosotras. Solo Mutnofret se atrevió a quebrarlo.

—Lamentamos la temprana partida de mi hermana Ahmose y de la pequeña princesa. La pureza de su corazón garantiza que superará con éxito el juicio de Osiris y que podrá morar por siempre junto a él en el Amenti. En su ausencia, y como nueva esposa principal, asumo con humildad la tutela de su hija, la princesa Hatshepsut.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Hatshepsut ha sido ungida esposa del dios —proclamó la Señora—. En tanto que segunda profetisa de Amón, me corresponde a mí su tutela.

—En efecto, así ha de ser —corroboró el sumo sacerdote.

—Nefertari es una anciana —replicó Mutnofret—. No tiene fuerzas para hacerse cargo de un bebé.

—Yo la asistiré —me atreví a decir.

—¿Cómo osas alzar la voz sin haber sido requerida para ello? La decisión sobre la princesa no le corresponde a nadie más que el faraón…

—¿Qué es esto? —una voz masculina se impuso sobre la de Mutnofret. Tutmosis, con el rostro transido de dolor, entró en el patio del harén imponiendo el silencio a su alrededor—. ¿Mi hermana del corazón aún guarda calor en su cuerpo y ya os estáis disputando su lugar?

—Esposo mío, solo deseo asegurarme de que tu hija recibe el mejor de los cuidados…

—¡Hatshepsut me pertenece! —exclamó Nefertari—. Mi abuela, la gran reina Tetireshi, instauró una tradición que pasó después a mi

madre, la reina Ahotep. Ella me transmitió a mí esta carga y yo he elegido a Hatshepsut como mi sucesora. Su educación es mi responsabilidad y mi privilegio.

—¡Pero yo soy la gran esposa real! ¡Soy la jefa del harén! La tutela de la princesa me corresponde a mí. Tú ya tuviste tu turno, anciana.

—Basta —sentenció el faraón—. Hatasu es lo único que me queda de mi amada Ahmose. Yo seré su único tutor. Sitra, responderás únicamente ante mí. Nefertari, has sido para mí más que una madre. Gracias a tu guía y tu consejo me siento hoy en el trono de Horus. Confío en que veles por mi hija al igual que siempre has hecho por mí, pero no tienes edad de asumir la tutela de un bebé. En cuanto a ti, Mutnofret… el título de gran esposa real le corresponde únicamente a mi difunta hermana. Te prohíbo utilizarlo.

—Veremos —murmuró esa última, al tiempo que Tutmosis abandonaba el patio del harén.

5
La momia de mamá

Aquel viaje a Egipto fue el primero de muchos que hice junto a mis padres y, en muchas ocasiones, mis hermanas. Aunque nuestra vida no era precisamente monótona, las Navidades extendidas a orillas del Nilo eran, con gran diferencia, la mejor parte del año. Viajábamos de ciudad en ciudad, de excavación en excavación, de mercado en mercado, persiguiendo antigüedades y comprando objetos maravillosos para aumentar nuestra colección.

Ahora los tiempos han cambiado. Se habla de que Egipto puede recuperar su independencia y ya no se ve con tan buenos ojos que los extranjeros nos llevemos los tesoros para exhibirlos lejos de su lugar de origen, por no hablar de las momias. La mayor parte de los objetos que en su día adquirió mi padre están ahora en un museo, pero entonces… entonces era diferente. Tengo mis años y puedo permitirme cierta añoranza por el pasado.

Mis padres adoraban viajar, y cuando no estábamos en Egipto, encontraban otro lugar al que llevarnos. Teníamos una villa en el sur de Francia y un yate con el que solíamos navegar por el Mediterráneo. Fuimos en infinitas ocasiones a París, a Ginebra, a Roma, a Venecia… cualquier excusa era buena para salir de Didlington Hall. Eso sí, cuando estábamos allí, mi vida se convertía en una sucesión infinita de preceptores, institutrices y maestros de todo tipo que trataban —en vano, he de confesarlo— de convertirme en una jovencita apta para contraer matrimonio con algún lord de familia conservadora que ennobleciera nuestro linaje con un título. En invierno no recibíamos demasiadas visitas, pero, apenas llegaban los primeros rayos de sol, la casa empezaba a inundarse de huéspedes a cuál más excéntrico.

Había de todo. Con siete hijas en la casa, lo más frecuente era, por descontado, recibir pretendientes. Toda madre con un hijo en edad casadera se hacía invitar a Didlington Hall con la esperanza de colocar a su vástago con alguna de nosotras y, con suerte, lograr un pellizco de la considerable fortuna familiar, que por entonces parecía inagotable. Por suerte, ni Fardie ni mamá eran dados a presionarnos y conseguíamos librarnos de ellos con relativa facilidad. Pretendientes aparte, cada verano aparecía un auténtico desfile de políticos conservadores, pintores, egiptólogos aficionados, jinetes, aristócratas, poetas y, cómo no, masones. Como cualquier caballero educado de su generación, mi padre era miembro de la Gran Logia Unida de

Inglaterra, y a menudo celebraba en casa reuniones cuyos asistentes terminaban por quedarse en calidad de invitados. Estos llegaban sin orden aparente y se incorporaban a la infinita sucesión de cenas, cócteles, cotillones, cacerías, fiestas en el jardín y paseos en barca por nuestro lago.

Una de nuestras huéspedes habituales era, cómo no, la indomable Amelia Edwards. Comenzó a pasar pequeñas temporadas con nosotros al verano siguiente a nuestra aventura. Estaba escribiendo un libro sobre el viaje y deseaba hablar con mi madre sobre la misteriosa reina Hatasu. Estaba decidida a incluirla en su manuscrito, pero carecía de información suficiente. Al final se le adelantó *monsieur* Mariette, el director del Departamento de Antigüedades egipcio, que, a pesar de sus dudas iniciales, debió de tomar buena nota de las observaciones de Zoraïde Champollion, porque publicó un panfleto totalmente infumable sobre el templo de Deir el-Bahari, en el que reconocía a Hatasu como mujer faraón. Amelia se lo tomó con una deportividad admirable.

—Que se lleve él todos los méritos —nos dijo, mientras ojeaba el folleto de apenas sesenta páginas de *monsieur* Mariette—. Los hombres suelen necesitar continuos halagos para mantener su ego con vida. Lo único importante es que el nombre de la reina Hatasu ha regresado a los libros de historia. Ahora necesitamos poner en valor su reinado porque, según este caballero, nuestra faraona fue poco menos que una cortesana intrigante que se dedicó a saltar de cama en cama para hacerse con algunas migajas de poder.

Poco después de publicar su libro, *Mil millas Nilo arriba*, Amelia empezó a tramar su siguiente aventura: un fondo que se dedicara a financiar excavaciones arqueológicas en el país de los faraones. Había visto con sus propios ojos que el Departamento de Antigüedades no tenía dinero para asumir el coste de la ingente labor que había por delante y que, al final, las expediciones las llevaban a cabo millonarios extranjeros más o menos extravagantes. Su idea era crear una institución seria que pudiera financiar a los profesionales que carecían de recursos. A mamá le encantó la idea y Fardie también se alistó para la causa en cuanto le hablaron de ella, de modo que las visitas de Amelia se hicieron aún más frecuentes, mientras los tres comenzaban a tramar la red que, con el tiempo, se convertiría en el Fondo para la Exploración de Egipto.

Así, al ritmo regular de expediciones a Egipto, los viajes europeos y las invasiones estivales de visitantes en Didlington Hall, fueron pasando los años. Milagrosamente, mis hermanas y yo conseguíamos mantenernos solteras. No es que ninguno de los pretendientes nos

resultara atractivo. Había algunos ciertamente guapos. Pero todos ellos tenían una visión muy estrecha del papel que debe desempeñar una mujer y, si a algo no hemos estado nunca dispuestas, ninguna de nosotras, es a renunciar a nuestra libertad. Al ser la mayor de todas, Fardie empezaba a preocuparse por mí, no tanto por verme convertida en una eterna solterona, sino por quién heredaría sus bienes tras mi muerte. No quería ver sus preciosas antigüedades en manos de algún sobrino lejano.

Yo acababa de cumplir veinticinco años —una edad escandalosa para que una rica heredera se mantuviera soltera— cuando recibimos la visita que cambiaría mi vida para siempre. Y no me refiero al que sería mi esposo, con el que me reencontré aquel mismo verano tras años sin vernos. Me refiero a un pintor llamado Samuel Carter que vivía cerca de Didlington Hall, que vino a hacerle un retrato a Fardie acompañado de su hijo de ocho años, Howard.

Al principio, confieso que no reparé en él. Fardie posaba para el retrato en su despacho, acompañado de uno de sus sabuesos, y los demás procurábamos no molestarlo. El pintor y su hijo llegaban temprano por la mañana, se encerraban en el estudio y no se marchaban hasta pasado el mediodía. No hablaban ni hacían ruido, de modo que era difícil advertir su presencia. No obstante, una mañana, mientras bajaba a desayunar, me encontré al niño vagando por los pasillos como si se dirigiera a algún lugar concreto. Era bajito y algo enclenque para su edad, como si no acabara de estar del todo sano. Pensé que quizá se había extraviado, así que lo seguí hasta el ala de la casa a la que llamábamos el Viejo Museo. El pequeño Howard pegó la frente contra una de las vitrinas y pareció quedarse hipnotizado mientras contemplaba una de nuestras posesiones más preciadas.

La momia de mamá.

Desde que regresamos de aquel primer viaje a Egipto y ocupó su lugar de honor en el Viejo Museo, habíamos comenzado a llamarla así, la momia de mamá. La adoratriz Huy se había convertido en un elemento fundamental de nuestra mitología familiar. El libro que me había regalado la pobre Clorinda provocó en mí una gran afición por las historias sobre momias, por lo que me dediqué a coleccionar todas cuantas llegaban a mis manos. Por aquel entonces, mi repertorio de leyendas terroríficas protagonizadas por malvadas momias era muy amplio, y lo utilizaba siempre que podía para aterrorizar a mis hermanas pequeñas.

No pude evitar hacer lo mismo con nuestro joven invitado.

—Cuidado… —susurré, simulando una voz de ultratumba—. El alma de la antigua adoratriz está atormentada y demanda víctimas

que paguen por su desgracia.

El niño dio un salto y abrió mucho los ojos, pero enseguida se compuso y me miró con el rostro muy serio.

—Señorita. Disculpe, no la había visto. Soy Howard Carter. La señora… la señora Amherst me ha dado permiso para venir a admirar su colección de antigüedades egipcias. Ha dicho que era demasiado aburrido para un niño pasarse horas mirando cómo le hacen un retrato a su marido. Aunque no me resulta nada aburrido, se lo aseguro. Me encanta observar.

—Este lugar está maldito —continué, algo frustrada ante la falta de miedo del pequeño—, ¿nadie te advirtió? Un antiguo conjuro protege a la momia de cualquiera que ose perturbarla…

—¿No le da vergüenza, señorita May? ¿Atormentando a un pobre niño inocente?

Su voz, demasiado aguda, llegó hasta mí desde detrás de una de las mamparas, pero enseguida la acompañó su rostro redondo y sudoroso.

—Cheston, es usted un aguafiestas. Solo pretendía gastarle una broma.

—Ninguno de los dos debería estar aquí —protestó—. Estoy clasificando los papiros y no puedo distraerme.

Aparte de la momia de mamá, la otra joya de la corona de Fardie era un conjunto de antiguos escritos egipcios de épocas distintas que todo el mundo conocía como «los papiros Amherst». Siguiendo su costumbre, Fardie los había ido comprando a lo largo de toda su vida de forma impulsiva y desordenada, siguiendo corazonadas que, la mayor parte de las veces, habían demostrado ser acertadas. Nadie había sido capaz de ponerlos en orden y, desde luego, no iba a ser Cheston quien lo consiguiera.

—¿Qué es un papiro? —preguntó Howard.

—Mira, te lo mostraré.

Así comenzó una improbable amistad que se ha mantenido a través de los años y de la cual, he de decirlo, he recibido más yo que el bueno de Howard. Durante todo aquel verano, mi joven amigo fue mostrando un interés cada vez más intenso por todo lo que tuviera que ver con el antiguo Egipto. A diario pasaba horas y horas en Didlington Hall, quedándose incluso después de que Samuel hubiera terminado sus labores. Casi desde la cuna, Howard había aprendido de su padre a pintar con un talento más que notable, de modo que se dedicó a dibujar uno por uno todos los objetos de la colección, comenzando, cómo no, por la momia.

—Deberías tener cuidado con la maldición, querido —le dije un

día, viéndolo tan concentrado en su tarea—. La adoratriz Huy es tímida y no le gusta que la miren fijamente. Es una falta de decoro.

—No debería usted burlarse de mí, señorita Amherst. La momia es de su señora madre, ¿cierto?

—Bueno, todos la llamamos la momia de mamá, pero, obviamente, no es ella la que está debajo de las vendas.

—Pero le pertenece a ella, ¿no es así?

—En efecto.

—Quisiera regalare este carboncillo a la señora Amherst. Como agradecimiento. Fue ella la que me dio permiso para visitar el museo, ¿recuerda?

—Me parece una idea admirable.

El muchacho hizo un dibujo magnífico. No solo captaba los detalles con una precisión cuasi perfecta, sino que transmitía, de algún modo, el espíritu de la momia, el aura que la rodeaba. A lo largo de los años he ido viendo crecer a Howard como persona, como arqueólogo y como artista, pero esa habilidad para captar la esencia de las cosas estaba ahí desde el principio. Mi madre estuvo encantada con el dibujo. Fardie y ella lo examinaron con cuidado y dictaminaron que tenía una calidad muy superior a la de muchos profesionales y, desde aquel mismo día, decidieron tomar al muchacho bajo su ala y asegurarse de que tendría un futuro en el mundo de la egiptología.

Debo mencionar que, apenas un par de días más tarde, me percaté de que la momia de mamá no estaba en su lugar en el Viejo Museo. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que alguien hubiera podido robarla —¿quién?, ¿y con qué propósito?—, pero, aun así, corrí a preguntarle a Fardie qué había sido de ella.

—Es una sorpresa, ardillita.

A estas alturas, el lector ya se habrá percatado de que los Amherst nunca hemos sido una familia convencional. Cualquier mecenas al uso habría enviado a Howard a estudiar a Oxford o a Cambridge, habría contratado preceptores para él o, en definitiva, se hubiera encargado de que tuviese una educación formal.

Mis padres lo invitaron a una fiesta.

—Es una ocasión magnífica —le explicaba mamá al pobre Samuel que, con el sombrero arrugado entre las manos, la escuchaba con la boca ligeramente entreabierta—, el joven Howard no puede perdérsela. Van a estar todos los que son alguien en el mundo de la egiptología, empezando por mi amiga Amelia Edwards. Howard tiene que conocerla.

—Pero… ¿en el sur de Francia, señora? ¿No podría ser un poco más cerca? Su madre y yo…

—Huelga decir que mi marido y yo correremos con todos los gastos —continuó mamá, sin hacer caso de lo que decía el pintor—. El muchacho viajará con nosotros, se alojará en Lou Casteou y se lo devolveremos en perfectas condiciones. ¡No hay más que hablar!

—¿Lou Casteou?

—Nuestra villa en el sur de Francia. Que el niño esté aquí con su equipaje muy temprano por la mañana, saldremos a primera hora.

A la mañana siguiente partimos en tren hacia Francia. Fue el último viaje que hicimos con la familia al completo: mamá y Fardie, todas mis hermanas y yo. Nos acompañaba, cómo no, el envarado Cheston, que se sentó en un rincón alejado del vagón y nos miró a todos con desaprobación como era su costumbre. Howard viajaba a mi lado, con mis hermanas Florence y la pequeña Bee enfrente. Algo le ocurría. Estaba mucho más callada de lo habitual y se la veía pálida y macilenta.

—¿Te encuentras bien, querida?

—Creo que me ha sentado mal el desayuno. No te preocupes por mí.

Howard, por su parte, lo miraba todo con ojos de asombro y procuraba imitar todos nuestros movimientos. Así, cuando nos trajeron la comida, esperaba a ver qué cubierto elegíamos nosotras y cómo lo utilizábamos antes de aventurarse a probar él mismo.

—No debes preocuparte tanto —le dije—. Los Amherst somos mucho más sencillos de lo que pueda parecer.

—Señorita, con permiso, pero no quisiera avergonzar a su señora madre después del interés que se ha tomado en mí.

—¿Avergonzar? ¡Mamá no tiene vergüenza!

Continuamos el trayecto hasta Calais y, después, tomamos *le train bleu*, que nos dejó en Niza a media mañana. El cielo estaba encapotado, pero aun así hacía el calor húmedo propio de la región. Allí nos recogieron en coche para llevarnos a Lou Casteou. La pobre Bee llegó agotada, con grandes ojeras que le marcaban el rostro, y fue directa a su alcoba a descansar.

Los criados ya lo tenían todo preparado para la fiesta, incluida una carpa para guarecernos de la lluvia, ya que la tarde amenazaba con tormenta. Nuestro mayordomo francés, *monsieur* Dupont, era un hombre extremadamente eficiente que apenas necesitaba supervisión. La hierba del jardín estaba recién cortada, los rosales perfectamente podados. Se habían dispuesto zonas de servicio para la comida y la bebida, así como mesas altas para que los invitados pudieran apoyarse con mayor comodidad. Había también faroles de distintas formas y tamaños que iluminarían la velada tras la puesta de sol. Se estaba

terminando de instalar una tarima donde, presumiblemente, se ubicaría la orquesta. El ama de llaves, *madame* Lefebvre, circulaba de un lado para otro dando instrucciones a doncellas, lacayos y camareros.

En verdad, estaba todo listo. Solo faltaban los invitados.

—*Madame* Edwards ya ha llegado y se ha acomodado en sus habitaciones de costumbre —informó *monsieur* Dupont.

—¡Magnífico! —exclamó Fardie—. Vamos a refrescarnos y tomaremos el almuerzo con ella.

El pobre Howard parecía totalmente perdido y, por descontado, no hablaba ni una palabra de francés, de modo que yo misma le acompañé a su cuarto y le indiqué a la doncella que lo ayudara a asearse, lo vistiera y lo condujera al comedor de día para almorzar. Allí nos encontramos todos apenas media hora después, excepto Bee, que se excusó alegando que su malestar no había remitido.

Amelia no estaba sola, ni con su compañera Ellen, sino con tres caballeros de edades y apariencias muy diferentes.

—Les presento a Édouard Naville, Flinders Petrie y Francis Griffith, los tres arqueólogos que me ayudarán a hacer realidad el sueño del Fondo para la Exploración de Egipto —anunció—. Somos muy afortunados de poder contar con ellos.

—Esta noche será clave —señaló Fardie—. He invitado a algunos de los hombres más ricos de Inglaterra… y del extranjero, también.

—Espero que a alguna mujer también —apuntó Amelia—. Ningún proyecto que yo haya conocido se mantiene a flote sin una buena dosis de energía femenina.

—En cierta medida, sí, querida Amelia. Esperamos la visita del señor Rockefeller, que viene acompañado de su esposa Cettie. Ella es la auténtica filántropa. Conquístela a ella y tendrá dinero ilimitado para su fondo.

—El señor Rockefeller… —murmuró Amelia, con tono sombrío—. No tengo muy buena opinión de él. Jamás me respondió tras la muerte de su hermana.

Al oír el apellido de Clorinda, yo misma había palidecido. ¿Era posible que fuera a conocer al famoso hermano de mi difunta amiga? Tenía tantas cosas que contarle, tantas que preguntarle… Un escalofrío me recorrió el cuerpo. La última extravagancia social de mis amados progenitores no iba a ser tan frívola, después de todo.

—En cualquier caso, estoy seguro de que quedará encantado y firmará un enorme cheque —aseguró Fardie—. Esta noche tengo preparadas varias sorpresas.

—Amelia, ¿qué hay de la reina Hatasu? —preguntó mi madre—.

¿Tiene previsto el fondo excavar su templo mortuorio?

—Esa ha de ser nuestra primera empresa, en efecto.

—Sin embargo, algunos de nuestros patronos tienen otras ideas —intervino el hombre al que habían presentado como Édouard Naville, el mayor de los tres arqueólogos y poseedor de un fuerte acento francés—. Sabrá usted, señora Amherst, que en Inglaterra hay mucho interés por los estudios bíblicos. Hemos recibido la petición de localizar la ruta del Éxodo y, he de decirlo, tengo algunas ideas al respecto.

—¡El Éxodo! —exclamó mamá—. Miles de años lleva la humanidad tratando de averiguar quién fue el faraón del Éxodo, sin éxito. Ahora tenemos la oportunidad de saber quién fue una de las pocas mujeres que llegó a gobernar Egipto, ¿y vamos a dejarla pasar?

—Señora Amherst —intervino Howard, que hasta ese momento había presenciado la conversación en absoluto silencio—. Yo excavaré el templo de la reina Hatasu. Cuando crezca, cuando haya aprendido lo suficiente. Se lo prometo.

—Eso es extraordinariamente amable, querido Howard. Amelia, permíteme que te presente al más joven de nuestros protegidos: Howard Carter. Te aseguro que será uno de los grandes.

—El muchacho tiene madera. Aún eres un poco joven, pero dentro de unos años, te llevaré conmigo a Egipto. Estos señores que me acompañan pueden ser tus maestros. Aprenderás de los mejores.

—Gracias, señora.

Proseguimos el almuerzo que, teniendo en cuenta el festín que había previsto para la noche, fue mucho menos frugal de lo prudente. Después de comer, todos fueron a descansar, pero yo decidí refugiarme en un extremo tranquilo del jardín y buscar algún ave a la que pintar. Los pájaros del sur de Francia son muy diferentes a los que tenemos en Norfolk, por lo que solía aprovechar nuestras visitas a Lou Casteou para poner al día mi cuaderno de dibujo.

—¿Le importa que la acompañe, señorita Amherst? —me preguntó Howard—. Nunca he sido partidario de las siestas y hoy aún no he practicado con mis lápices.

—¡Por supuesto que no, ven conmigo!

Ambos cogimos nuestros útiles de dibujo y echamos a andar por los jardines hasta una rosaleda que se encontraba algo más retirada, en la cual podía disfrutarse de una relativa tranquilidad en medio del alboroto previo a la fiesta. Caían algunas gotas de lluvia, pero tan ligeras que no lograron disuadirnos de nuestro empeño. Allí descubrimos un petirrojo que había anidado entre las ramas de una encina, y ambos nos dispusimos a retratarlo.

En cuanto le vi coger los lápices, sentí envidia del pobre crío. No soy nada mala dibujando y los pájaros son mi especialidad, pero Howard… Howard tiene esa habilidad para captar el detalle y el espíritu al mismo tiempo, y ya la tenía con ocho años.

Estábamos los dos en silencio, sumidos en nuestra afición compartida, cuando el que sería mi némesis de ese verano vino a importunarnos.

—Señorita Amherst, me dijeron que podía encontrarla aquí.

Se trataba de William, el hijo pequeño de lord Exeter, uno de los mejores amigos de Fardie en el mundillo de los *tories*. Creo que he mencionado ya que mi padre era conservador, pero no que estaba metido en política. Apenas unos años antes había sido elegido para la Cámara de los Comunes por la circunscripción de West Norfolk. Francamente, no creo que los asuntos de Estado le interesaran especialmente, pero era parte de lo que se esperaba de él y, por tanto, lo hacía. Lord Exeter era, por así decirlo, su padrino político. Su marquesado era uno de los títulos más prestigiosos de toda Inglaterra, era miembro del consejo privado de la reina Victoria y un excelente jugador de cricket. Lo tenía todo, al menos en apariencia.

Su hijo William y yo nos habíamos conocido de niños, pero llevaba años sin verle. Ya no se le caían los mocos y, ciertamente, no vino corriendo detrás de mí para levantarme la falda, como solía hacer de pequeño. Había crecido y ensanchado y seguía teniendo ese pelo rubio que le daba un cierto aire despistado… pero, para mí, seguía teniendo cara de tonto.

—No puedo imaginar quién ha cometido semejante indiscreción. He venido aquí para estar sola.

—Pero está usted acompañada. De un mocoso, me atrevería a decir.

—Se trata de mi amigo, lord William. El pequeño Howard y yo compartimos una gran variedad de aficiones intelectuales. ¿Tiene usted alguna?

—Yo… juego al polo.

—No lo dudaba. Buenas tardes, lord William, me imagino que no me quedará más remedio que verlo esta noche en la fiesta.

—Pero yo venía a decirle algo.

—Un hombre con una misión. Que ninguna mujer se interponga en su camino. Dispare.

—Mi padre… quiero decir, yo… ¿me reservaría el primer baile de esta noche, señorita Amherst?

—Lo lamento, tengo los pies planos y no acostumbro a bailar.

Con aquella última afirmación, espanté definitivamente a

William. He de aclarar que no sentía ninguna animadversión especial hacia el pobre muchacho. Solía tratar así a todos mis pretendientes. Todos ellos me resultaban enojosos. Era consciente de que solo veían en mí a la rica heredera y, aunque asumía que algún día tendría que casarme, deseaba postergar el momento todo lo posible.

Howard y yo terminamos nuestros respectivos dibujos, el suyo mucho mejor que el mío, por cierto, y volvimos a la villa para asearnos y vestirnos. Mi doncella estaba aún tratando de hacer algo moderadamente elegante con mi pelo cuando empezó a sonar la música de la orquesta. Enseguida pude escuchar las risas de los primeros invitados y la voz estentórea de Fardie dándoles la bienvenida. El circo quedaba inaugurado, era hora de salir a la pista.

Cuando llegué al jardín, mis padres saludaban a una pareja de claro aspecto extranjero. Él llevaba un frac con corbata blanca, una prenda que ningún caballero británico se pondría para una velada en el campo, y el estilo de su barba era realmente inusual. Se había afeitado la perilla, pero dejándose crecer el resto del vello facial, lo cual le otorgaba un cierto parecido con un babuino. En cuanto a ella, debía de haber acabado con las existencias mundiales de encaje, por no hablar del raso color fucsia.

—Querida, te presento al señor Rockefeller y a su esposa, Cettie. Nos conocimos el año pasado en mi viaje a Connecticut. El señor Rockefeller hizo una generosa donación a la Universidad de Amherst. Mi hija mayor y heredera, Mary Rothes Margaret.

De modo que aquel era el hermano de Clorinda. Mi primer pensamiento fue que mi difunta amiga parecía mucho más elegante y sofisticada que él. Sin duda, había sido la influencia de Amelia y el resto de mujeres del club sáfico.

—Es un placer —murmuré, algo cohibida—. John Rockefeller, ¿verdad? Conocí a su hermana Clorinda. Aunque hayan pasado los años, la recuerdo con enorme afecto.

—Clorinda estuvo años desaparecida —intervino Cettie—. Solo supimos que había muerto en Egipto.

—Allí fue donde nos conocimos. Pude acompañarla en sus últimos días, durante la enfermedad.

—Era una muchacha encantadora —añadió mamá—. Su muerte fue una desgracia. Me alegré mucho de poder ayudar a que sus restos fueran repatriados a Estados Unidos, para que pudiera ser enterrada junto al resto de su familia.

—No recibimos cuerpo alguno —dijo el señor Rockefeller—. Solo una nota del cónsul americano en El Cairo, con su certificado de defunción. Años después, por cierto.

—No entiendo —insistió mamá—. Enviamos un ataúd a sus señas, en Ohio, con una larga carta en la que mi amiga Amelia Edwards le explicaba todo lo ocurrido.

—Me temo que ese supuesto ataúd nunca llegó a su destino.

—Tuvo que desaparecer de algún modo, extraviarse durante el viaje…

—Quién sabe, ¿quizá la confundieron con una momia egipcia y acabó en un museo? ¿O es que las circunstancias de su muerte fueron tan escandalosas que prefirieron hacerla desaparecer? Mi hermana llevaba una vida disipada que acabó conduciéndola a la muerte. No sé si es usted víctima o partícipe del engaño, señora Amherst, pero le aseguro que no me gusta que me tomen por tonto.

—Perdón, señor Rockefeller, no he podido evitar escuchar la conversación —interrumpió Amelia, caminando decidida hacia nosotros—. Al no recibir respuesta alguna por su parte, le envié no uno, sino varios telegramas. ¿Me dirá que tampoco los recibió?

—No sé de qué me habla. Cariño, vamos a buscar algo de beber. Discúlpenos.

Los Rockefeller se alejaron con la espalda recta y la cabeza bien alta. En cuanto se perdieron de vista, Fardie nos miró inquisitivamente a Amelia, a mi madre y a mí.

—¿Hay algo que yo deba saber?

—Este hombre esconde algo —murmuró Amelia.

—Te juro por lo más sagrado que ese ataúd salió de Port Said rumbo a Estados Unidos —respondió mamá—. Ignoro qué pudo suceder, pero, obviamente, voy a averiguarlo. Vamos a saludar a los demás invitados.

Dejé que se fueran por su lado y yo continué por el mío. Vi a Bee sentada en un rincón apartado, con la mirada perdida en el horizonte. Era algo muy poco usual en ella, que solía tener el espíritu alegre y jovial. Howard estaba a su lado, de pie, pero no hablaba con ella, miraba al gentío que se iba formando con ojos de auténtico pavor. Me dirigí hacia ellos con preocupación.

—Bee, cariño, ¿te encuentras bien?

—Sí, no te preocupes. Solo necesito un minuto, pero me temo que estoy reteniendo al joven Howard. ¿Por qué no lo llevas contigo y le presentas a la gente?

El crío pareció al borde de sufrir un infarto.

—Por favor, señorita, no me haga eso.

—¿Que no te haga qué?

—Obligarme a entrar ahí. Hay demasiado ruido. Yo le estoy muy agradecido a su señora madre, pero, si no le importa, me quedaré aquí

con usted.

Me encogí de hombros y decidí dejarlos tranquilos por un tiempo. Imaginé que el muchacho estaba deslumbrado ante el despliegue de joyas, vestidos, criados, músicos… pensé que el pobre debía de sentirse fuera de lugar, y lo entendí. Con el tiempo he aprendido que Howard odia las fiestas, sean del tipo que sean. En cuanto a Bee, su actitud me resultaba extraña, pero ni de lejos podía imaginar lo que iba a suceder.

Serpenteé entre los invitados, buscando un rostro amistoso con el que hablar, cuando sentí una mano que me atenazaba la muñeca. Me giré para ver de quién se trataba. Era lord Exeter, acompañado de su esposa.

—William me ha dicho que no bailarás con él.

—Soy muy torpe para el baile, milord. Espero que sepa disculparme.

—A mí no me engañas, jovencita —intervino *lady* Exeter—. Sé a qué estás jugando.

—Le agradecería en el alma que me lo dijera, porque no soy consciente de estar jugando y temo saltarme alguna regla.

—Hablemos claro —dijo lord Exeter—. Tu padre me necesita si quiere conseguir ese título que tanto ansía. Todo tiene un precio. Baila esta noche con William, ríete de sus chistes, sonrójate si te dice algo galante… y cuando te haga la pregunta, di que sí.

No pude responder. Yo, que siempre tengo una palabra ácida con la que replicar, me quedé muda ante semejante descaro.

—¿William no es suficiente para ti? —insistió *lady* Exeter—. ¿Quieres al mayor, verdad? Qué sucede, ¿quieres ser marquesa de Exeter? Todos los Amherst sois iguales, os creéis uno de nosotros porque tenéis dinero, os encanta escandalizarnos con vuestras aventuras y vuestro estilo de vida… bohemio… pero, al final, suspiráis por un título, ¡como todos!

De alguna forma, recuperé la voz.

—*Milady*, me temo que me confunde usted consigo misma. Ser marquesa de Exeter es la peor de mis pesadillas. Preferiría hacerme católica e ingresar en un convento de clausura antes que casarme con cualquier de sus hijos. ¡Buenas tardes!

Salí corriendo, tratando de aguantar las lágrimas de ira que luchaban por inundar mis ojos. Deseaba encontrar a Fardie y pedirle explicaciones. Por desgracia, fui a chocar con la persona que menos deseaba ver en aquel momento. William.

—Señorita Amherst…

—Lord William, creo que ya les he dejado claro a sus padres cuál

es mi posición, de modo que le ruego que no me importune o empezaré a gritar.

Su rostro pareció turbarse por unos instantes. Me contempló con una expresión que no supe interpretar.

—Comprendo. Solo quería decirle que admiro su fortaleza. Desde niño la he admirado. Y realmente espero que jamás se vea obligada a hacer algo que no desee hacer. Voy a retirarme, me siento algo indispuesto.

William se alejó a toda prisa, dejándome ciertamente confundida. Alcé la mirada para tratar de ubicar a Fardie, pero de pronto cesó la música y vi que Amelia y mis padres subían juntos a la tarima, acompañados de la pequeña Bee, que estaba tan pálida que casi parecía un fantasmita. Entre varios lacayos, auparon también una caja de madera de tamaño considerable, de más de un metro de alta, con la palabra «frágil» escrita en rojo en inglés y en francés en varios lugares.

—Damas y caballeros, queridos amigos —comenzó Fardie, mientras se hacía el silencio entre los asistentes—, muchas gracias por haber venido esta noche a nuestra modesta residencia de Lou Casteou. La ocasión que celebramos es muy singular: la creación en Londres del Fondo para la Exploración de Egipto. Les presento a la famosa Amelia Edwards, creadora del proyecto.

—Gracias, gracias, pero no puedo quedarme yo sola con todo el mérito. El Fondo para la Exploración de Egipto somos un grupo de muchas personas, todos amantes del país de los faraones, que hemos decidido crear una institución que nos ayude a trabajar juntos para desvelar los misterios de esta antigua civilización. Hasta ahora cada uno ha excavado con sus propios recursos, a menudo sin contar con arqueólogos profesionales que sepan realmente cómo ha de hacerse el trabajo. A través del fondo, todo aquel que esté interesado en el antiguo Egipto podrá contribuir, con la certeza de que todos los fondos irán a parar a financiar proyectos liderados por egiptólogos de primera categoría, como los señores Naville, Petrie y Griffith, aquí presentes.

—Les hemos reunido a todos aquí —continuó Fardie— para pedirles que se hagan patronos del fondo, que se unan a nosotros en esta apasionante aventura. Cada uno puede contribuir en la medida de sus posibilidades. No todos tenemos el patrimonio del señor Rockefeller, aquí presente, pero todas las donaciones serán bienvenidas. Ahora, mi mujer Margaret y mi hija pequeña, Bee, les enseñarán una pequeña muestra de lo que se puede conseguir con un proyecto como este. Queridas, por favor.

Un carpintero que había aparecido como de la nada provisto de

un martillo sacó uno a uno los clavos y abrió el embalaje, dejando al descubierto un bulto cubierto por una tela blanca. Mi madre y Bee se acercaron, tiraron de ella y descubrieron… la momia de mamá.

—Damas y caballeros, les presento a la adoratriz de Amón llamada Huy —anunció Fardie—, esposa de un sumo sacerdote. Los detalles de su vida son desconocidos, pero gracias al fondo…

—¿Pero qué tomadura de pelo es esta? —interrumpió a gritos el señor Rockefeller. Pude ver su rostro encendido entre el resto de invitados—. Primero lo del ataúd perdido con los restos de mi hermana… ¿y ahora esto? No me vayan a decir que es la pobre Clorinda la que está debajo de esas vendas.

En ese momento ocurrieron varias cosas a la vez.

Primero, se escuchó un potente trueno. Todo el día llevaba amenazando tormenta, por lo que tampoco era una gran casualidad, pero lo cierto fue que a todos nos sobresaltó.

Después, el señor Rockefeller y su esposa se dieron la vuelta y abandonaron la fiesta, airados.

Lo peor, no obstante, fue que la pequeña Bee se desmayó y cayó al suelo produciendo un gran estrépito.

Se formó un gran alboroto. Mi madre pidió a gritos un médico, los invitados iban de un lado a otro y Cheston apareció de la nada para ponerse a impartir órdenes, como era su costumbre. Varios lacayos trasladaron a Bee al interior de la villa y la tumbaron en una cama. Había un doctor entre los presentes que le recetó unas sales y pidió que se suministrara un caldo de pollo, pero algo más tarde llegó el médico de la localidad provisto de un maletín con los aparatos propios de su oficio y comenzó a examinarla.

He de reconocer que no me tomé en serio el desvanecimiento de mi hermana. Las mujeres somos esclavas del corsé y siempre ha sido habitual que una jovencita se desmaye sin más motivo que una leve indisposición. Seguía, por tanto, enfadada por las palabras de lord y *lady* Exeter, de modo que en cuanto pasó el alboroto, me dirigí a mi padre como un jabalí que embiste a su presa. Él y mamá estaban sentados en el salón principal de Lou Casteou, que parecía absurdamente grande para albergar a solo dos personas. Tenían dos copas de jerez en la mano y ambos bebían en silencio.

—¿Cuándo pensabas decirme que pretendes casarme con el hijo pequeño de lord Exeter? —ataqué—. ¿Tenías intención de preguntar mi opinión o planeabas decir tú directamente el «sí quiero» en la iglesia?

Fardie enrojeció, síntoma de que era culpable. Se puso en pie y me dirigió una mirada esquiva.

—William es un muchacho apuesto, agradable, educado…

—¿Qué es eso de que quieres un título? ¿Para qué quieres un título? ¿Y por qué le hacemos la corte a lord Exeter para conseguirlo? Hasta dónde yo sé, los títulos de nobleza los otorga la reina, ¡deberías cortejarla a ella!

—¡Lo hago por ti! —gritó, perdiendo la compostura casi por primera vez en su vida—. Con la reforma de la *Married Women's Property Act* que quieren aprobar los liberales en los Comunes, una mujer puede retener la propiedad sobre todo el patrimonio que reciba en herencia, incluida la propiedad inmobiliaria.

Su respuesta me dejó más confundida de lo que estaba.

—Pero eso me beneficia, ¿no es así? A mí y a mis hermanas, claro, no dependerán de la generosidad de nuestros maridos.

—Cariño, tú no lo entiendes… —intervino mamá.

—¡Ningún hombre adecuado se casará contigo en esas circunstancias! —interrumpió Fardie—. May, sabes que eres la luz de mis ojos, pero no eres, no eres… no respondes al canon habitual de belleza. Tienes un carácter indomable, en gran parte, por culpa mía. Sin el atractivo de una herencia, me temo que no eres un gran partido.

—Nunca me han faltado pretendientes —repliqué, sintiendo que era mi turno de enrojecer.

—Tú crees que los espantas con tus modales, pero la verdad es que se marchan solos cuando descubren que no tocarán una sola libra esterlina. El mundo es así, ardillita.

—¿Y qué tiene que ver el título con todo esto?

—Ah, si nuestro patrimonio está adscrito a un título nobiliario, todo cambia. Si consigo una dispensa real para que el título lo heredes tú para después legarlo a tus hijos, seguirás manteniendo la propiedad, pero no podrás tocarla ni enajenarla. Será como si tuvieras un fidecomiso con el deber de conservarlo para tus herederos. Las leyes que rigen la herencia de los pares del reino son mucho más antiguas y tu futuro marido se sentirá, en fin, más cómodo con ellas.

—¿Y lord Exeter ha accedido a ayudarte en este plan?

—Están arruinados —repuso, encogiendo los hombros—. Él obtiene mi dinero, nosotros logramos el título. Barones de Amherst, para ser exactos.

—Es un buen acuerdo —dijo mamá—. Siempre que tú estés de acuerdo, cariño.

—Y esto lo haces por mí, ¿no? —continué, ignorando a mi madre —. Para que yo pueda cumplir con mi deber de hija y me case bien, tú me encierras en una jaula de oro de la que no podré moverme y en la que no gozaré de ninguna libertad. No tiene nada que ver con que a ti

vayan a ponerte una corona y una capa de armiño y haya que llamarte señoría… ¡aparte de que accedes a la Cámara de los Lores!

—Ardillita, a nadie le amarga un dulce, pero te juro que mi primera preocupación son tus intereses.

—¡Pues te juro que no me casaré nunca! Me quedaré soltera para siempre, cuando tú mueras repartiré tu herencia entre mis hermanas, venderé mi parte y… y… ¡me iré a Egipto con Amelia Edwards! Quién sabe, quizá me haga lesbiana como ella…

Por primera y única vez en mi vida, mi padre se dirigió hacia mí y me propinó una bofetada. No recuerdo el dolor físico, pero sí el sentimiento de humillación y las ganas de llorar.

—No te permito que insultes a la señora Edwards.

—Algún día entenderás, *padre* —repliqué, muy despacio y remarcando la última palabra—, que lo que he dicho no es ningún insulto.

Estaba tan enfadada que mi mente no podía dejar de producir barbaridades, todas ellas destinadas a herir a mi padre lo máximo posible. No hubiera sido capaz de detenerme si el doctor no hubiera salido de la habitación donde habían ubicado a Bee, con el rostro sudoroso y desencajado.

—Tengo malas noticias —anunció—. La pequeña Beatrice ha contraído fiebres tifoideas. No se conoce ninguna cura.

—¡Dios mío! —exclamó mamá—. La maldición de la momia… ¿es posible? Solo nos queda rezar y esperar un milagro.

No hubo tal milagro. Mi hermana falleció aquella misma noche.

Yo nunca perdoné a mi padre por querer disponer de mí como si fuera una de sus momias, un objeto destinado a estar en una vitrina, con potestad para llevarlo, traerlo y, por supuesto, venderlo al mejor postor.

6
Pi Beta Phi

Egipto seguía siendo su refugio.

Tollie por fin había construido la casa y se había traído a Eleanor y al bebé, que ya gateaba sin control de un lado a otro. También había sembrado el algodón, así que la finca estaba llena de trabajadores, ninguno de ellos blanco, por descontado.

Pero Egipto era una plantación enorme y aún quedaban huecos para esconderse. Otros chicos de su edad iban a una casa de té o a un *diner* y merendaban como personas respetables, pero Joel y ella no podían sentarse con su amigo Tom, ¿verdad? Porque Tom era negro y los negros tenían un lugar reservado aparte de los blancos, «separados pero iguales». Maldito sistema Jim Crow.

Bien, en Egipto, Jim Crow no existía, fuera quien fuese ese señor.

—Ya era hora —protestó Joel—. Llevamos media hora esperándote.

Él y su amigo estaban sentados con las piernas cruzadas a la sombra de un roble de agua que crecía junto al río. Era un caluroso día de principios de septiembre y no había ni una nube en el suelo, por lo que Liza había decidido entrar en la casa para coger una jarra de limonada.

—He traído esto —se excusó, acomodándose junto a ellos y colocando la jarra con tres vasos de vidrio en el centro.

—¿Y qué es eso otro que llevas debajo del brazo? —preguntó Tom, con una sonrisa pícara.

A Tom no se le escapaba una. Liza sacó el ejemplar del *Daily Herald* que había robado del portal de su hermano, lo abrió por las páginas centrales y mostró orgullosa lo que había encontrado.

—Hugh Evelyn-White, uno de los arqueólogos del equipo de Howard Carter, se ha suicidado —explicó—. Ha dejado una nota y asegura que ha sucumbido víctima de la maldición de Tutankamón. ¿Qué os parece?

—Que eres una pelmaza —replicó Joel—. Estás obsesionada con esa momia, como si no tuviéramos la nuestra propia.

—¡Calla, que alguien nos puede oír! —chistó—. Ese es nuestro secreto.

Tom, por supuesto, estaba al corriente. Le habían llevado a ver a la mujer de rojo una tarde lluviosa, la primavera anterior, y había jurado por lo más sagrado no contárselo a nadie. En Egipto solían

estar a salvo de miradas y oídos indiscretos… pero siempre había algún trabajador, algún criado o la propia Eleonor, que podían salir de detrás de un arbusto sin motivo aparente. Era mejor tener cuidado.

—Este asunto me pone los pelos de punta —reconoció Tom—. Imagínate… un faraón de hace miles de años que viene a vengarse de los que han profanado su tumba. Lo pienso y me muero de miedo. He tenido pesadillas.

—No sé —murmuró Liza—. La prensa no habla de otra cosa, y sí, reconozco que estoy totalmente fascinada con toda la historia, pero me cuesta creer que las maldiciones existan de verdad. ¿No os parece que puede ser algún tipo de conspiración? Los británicos tienen muchísimos intereses en Egipto, no me extrañaría que estuvieran detrás.

—El lunes, cuando empieces la universidad, podrás preguntar a tus profesores —dijo Joel, con un tono que quería aparentar desenfado —. Tendrás una biblioteca de verdad para investigar. Espero que no te olvides de nosotros y vengas a contarnos tus conclusiones…

—¿En el Grenada College para señoritas, quieres decir? ¿Crees que en una universidad femenina me van a enseñar algo aparte de recetas de cocina y a hacer punto de cruz?

—Me da igual, me das muchísima envidia. A mí me quedan dos años aún.

—Pero tú podrás ir a la facultad que quieras, en vez de quedarte encerrado en tu pueblo donde tus padres puedan vigilarte bien.

—¡Y tú puedes saltar del Grenada a la Ole Miss o irte a Nueva York o a Chicago o donde te dé la gana!

—Al menos, vosotros podéis elegir —sentenció Tom—. A mí me meterán en una plantación en cuanto acabe el instituto. Y gracias a que saco buenas notas, que si no, ya estaría trabajando.

—Tienes Alcorn o Jackson —murmuró Joel.

—Universidades para negros. Qué consuelo. De todas formas, mis padres no pueden permitírselo.

Joel cogió a su amigo de la mano y se aproximó a él para darle un abrazo. Liza apartó la mirada, incómoda. Era muy consciente de la relación íntima que unía a los dos muchachos y se alegraba de corazón por ellos, pero ver manifestaciones de cariño, vinieran de donde vinieran, siempre le hacía sentir consciente de sí misma. Fuera de lugar. Absurda.

En cualquier caso, todo cambiaría en unos días. Aunque se esforzaba al máximo por reírse del Grenada College para señoritas, como le gustaba llamarlo, lo cierto era que tenía muchas esperanzas puestas en su carrera académica. Allí tenía la opción de graduarse en

artes o en letras; nada de ciencia para las futuras esposas y madres, por supuesto. Pero si estudiaba todo lo posible y tenía un currículum perfecto, con su título del Grenada podría solicitar ingreso en el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, el único lugar en todos los Estados Unidos donde se impartía egiptología a nivel universitario, y ese era su auténtico objetivo.

Tenía demasiado miedo de no conseguirlo, de modo que, al menos por el momento, prefería guardarse sus planes para sí misma.

Pasaron el resto de la tarde como siempre, hablando de Tutankamón, de Howard Carter y del brillante futuro que le esperaba a Liza como arqueóloga. Joel también habló de sus sueños de convertirse en un famoso escritor. Estudiaría en Mizzou, la Universidad de Misuri, que era la única que ofrecía un título de periodismo en las cercanías. Ganaría el Pulitzer, escribiría obras de teatro, guiones de cine y se codearía con actores famosos.

Tom, por su parte, guardaba silencio. Siempre decía que a él no le estaba permitido tener sueños.

—¿Volverás a Cruger el fin de semana que viene? —le preguntó Joel, cuando ya se despedían.

—Cuenta con ello. El viernes a las siete de la tarde nos vemos aquí, como siempre.

Aquel lunes a las ocho y media de la mañana, Liza entraba por primera vez como estudiante en el edificio principal del Grenada College. Estaba construido a la manera de un templo griego, como si los fundadores hubieran querido emular los antiguos lugares donde Sócrates y Platón enseñaban a sus discípulos. Aunque se la sabía de memoria, chequeó una vez más la lista con los horarios y se dirigió al aula que tenía asignada para su primera clase: lengua inglesa, con la profesora Colton Williams.

Las escaleras estaban abarrotadas de muchachas que cotorreaban sin parar. Todas eran blancas, por descontado; blanquísimas, como si nunca en su vida les hubiera dado un rayo de sol o tomaran vinagre a diario para desayunar. La mayoría eran rubias, de busto generoso y labios gruesos. Llevaban vestidos de corte recto por debajo de la rodilla con la cintura bajada, ubicada en las caderas. Los famosos Mary Jane, zapatos de tacón bajo con una correa en el empeine. Y sombreros, claro, sombreros cloche ajustados y bajos sobre la frente, que resaltaban un cabello perfectamente peinado, algunas al estilo *bob*, otras a lo *garçon*. A su lado, Liza se sintió como una campesina fea y carente de estilo.

Suspiró. Tenía mucho que aprender, y no solo en el ámbito estrictamente académico.

El aula era grande, con los pupitres situados en gradas. Al fondo, la mesa de la profesora, que ya había llegado y escribía en la pizarra con enormes letras blancas: «Escritoras americanas». El enunciado le llamó la atención, de modo que, sin pensarlo demasiado, se dirigió a la primera fila y tomó asiento, mientras la mayoría de sus compañeras procuraban ocupar lugares más alejados.

—Señoritas, silencio. Esta es su primera clase, ¿no es así? Bienvenidas. No sé qué expectativas tendrán ni qué les habrán dicho sus padres, pero quiero dejarles clara una cosa: aquí venimos a aprender. Me tomo mi asignatura muy en serio y espero que ustedes hagan lo mismo.

Una alumna, obviamente rubia y bastante maquillada, levantó la mano.

—¿Señorita?

—Profesora Colton, por favor.

—Sí, profesora, quería preguntarle: las que ya hablamos inglés, ¿podemos dejar de venir a su clase? Las ocho y media de la mañana es una hora terriblemente temprana y…

—Doy por hecho que todas ustedes hablan inglés —interrumpió la profesora—. Si alguna de ustedes tiene problemas con el idioma, que venga a verme a mi despacho y hablaremos de un programa de refuerzo. Aquí vamos a hablar de otra cosa: autoras, mujeres escritoras de nuestro país. ¿Alguien puede darme algún ejemplo?

Varias voces pronunciaron a la vez el mismo nombre: Louisa May Alcott, la autora de *Mujercitas*. La profesora Colton anotó su nombre en la pizarra. Nadie se aventuraba con ninguna otra propuesta, de modo que Liza levantó tímidamente la mano.

—Edith Wharton.

—Excelente. ¿Qué sabe usted de ella?

—Es la primera mujer que ha ganado el premio Pulitzer por su novela *La edad de la inocencia.*

—¿La ha leído usted?

—Sí, profesora. Es la historia de Newland Archer, un joven de la alta sociedad neoyorquina que está comprometido, pero se enamora de su prima, la condesa Olenska. Me gustó.

—Excelente. ¿Alguna más? Vamos, ¿qué otras escritoras conocen?

Se hizo el silencio por lo que, al cabo de unos instantes, Liza volvió a levantar la mano.

—Harriet Beecher Stowe, la autora de *La cabaña del tío Tom*.

Un murmullo de voces se extendió por el aula.

—Es un tema controvertido, señorita… ¿cómo se llama usted?

—Elizabeth Thomas.

—Señorita Thomas. Una novela sobre los horrores de la esclavitud. ¿La ha leído también, imagino?

—Así es, profesora —contestó Liza, sintiendo que comenzaba a ponerse roja. Por las miradas de sus compañeras, se daba cuenta de que estaba hablando demasiado.

—¿Más autoras que haya leído?

—Sí. No, quiero decir. No se me ocurre nadie más.

—Vamos, tiene usted aspecto de haber leído más. ¿Emily Dickinson? ¿Alguien sabe quién es?

Nadie respondió, de modo que, al fin, Liza se rindió y levantó la mano.

—Poeta americana. A mí la poesía me cansa un poco, pero mi amigo Joel dice que es la mejor. Hay uno que me gusta mucho. ¿Cómo era? «Esperanza es esa cosa con plumas que se posa en el alma».

Los murmullos en el aula subieron de volumen. Liza agachó la cabeza, cerró la boca y se prometió a sí misma no volver a abrirla en todo lo que restaba de la clase. La profesora Colton trató de tentarla y se dirigió a ella directamente en varias ocasiones, pero no logró sacarla de sus trece. No pensaba convertirse en el hazmerreír de sus compañeras por ser una especie de sabionda. Cuando sonó el timbre, sin embargo, la mujer se acercó a su pupitre y le pidió que la acompañara a su despacho.

—No quisiera llegar tarde a la siguiente clase.

—Tiene usted quince minutos de descanso, ¿no es así? Venga, la invito a un café.

Liza la siguió por los abarrotados pasillos de la universidad hasta llegar a la zona de profesores. Una vez allí, entraron en una pequeña oficina llena de libros pulcramente ordenados. Había una cafetera de cristal, la profesora sirvió dos tazas y le indicó que se sentara.

—Espero no haber hecho nada mal, profesora Colton.

—Llámame Blanche. Al contrario, lo has hecho maravillosamente bien. ¿Veo que te interesa la literatura?

—Bueno, yo… —Liza no sabía muy bien por dónde comenzar, de modo que tartamudeó un poco. Se detuvo, aclaró sus ideas y procuró responder ordenadamente—. Me gusta leer, sí, pero el auténtico experto es mi amigo Joel. Es más pequeño que yo, pero quiere ser escritor y siempre, siempre lleva un libro consigo. Él me recomienda qué leer fuera de, digamos, mi área.

—¿Y puedo saber cuál es esa área… Elizabeth? ¿Puedo llamarte así?

—Liza, todo el mundo me llama Liza. Claro, me apasiona el

antiguo Egipto. Algún día… —se interrumpió, preguntándose si, una vez más, estaba hablando demasiado. Se dijo que, al fin y al cabo, estaba en la universidad. Si en algún lugar tenía que ser sincera respecto a sus metas y aspiraciones, era allí—, algún día quisiera ser arqueóloga.

—Una profesión muy masculina —comentó la profesora, dando un sorbo a su café.

—¡No se crea! Hay una larga tradición de mujeres egiptólogas, casi todas británicas, la verdad. Mi ídolo es Amelia Edwards, la fundadora del Fondo para la Exploración de Egipto. Escribió *Mil millas Nilo arriba*, donde cuenta un viaje maravilloso que hizo a Egipto con varias amigas… ¿Sabe que fue ella quien envió a Howard Carter a Egipto por primera vez? Ha oído usted hablar de la tumba de Tutankamón, ¿verdad? Es el descubrimiento arqueológico más importante de todos los tiempos…

Blanche alzó la mano, indicándole que guardara silencio. Liza se calló de inmediato, consciente de nuevo de su incontinencia verbal.

—Veo que eres una joven muy entusiasta. Dime, ¿cuáles son tus metas académicas?

—Quisiera hacer un posgrado en egiptología en el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago.

—Comprendo. Será difícil lograr que te acepten. Los tiempos han cambiado, pero aún hay una minoría de mujeres que continúan sus estudios después de casarse…

—No tengo ningún interés en casarme, profesora —interrumpió Liza—. Perdón, Blanche. Le tengo mucho respeto a mi madre, pero yo no he nacido para ser como ella. Yo quiero conocer el mundo. Viajar. Aprender. Ser independiente. Por eso consagraré todo mi esfuerzo a los estudios, no faltaré a una sola clase, me quedaré sin dormir si es necesario, pero tendré un expediente tan brillante que no podrán rechazarme aunque quieran.

—Eso está muy bien, pero la excelencia no siempre basta para granjearle un lugar a una mujer en un mundo de hombres. Dime, ¿has oído hablar de las hermandades femeninas?

Aquella misma tarde, al acabar las clases, Liza entraba en la pequeña casa donde tenía su sede la hermandad Pi Beta Phi. Estaba a tan solo diez minutos a pie de la universidad, en la zona residencial, junto a una iglesia de paredes blancas y rodeada de hierba y árboles. El corazón le latía a toda prisa. Nunca se había sentido especialmente cómoda en las reuniones de chicas; de hecho, sus amigos siempre habían sido varones. Pero la profesora Colton había sido clara: si quería hacer realidad sus sueños, tenía que contar con ayuda.

—Yo misma soy una Pi Beta —le había dicho—. Hablaré con Kitten. Es la presidenta del capítulo local. No es la mejor estudiante, pero tiene buen corazón. No te preocupes por nada.

Algo que sin duda resultaba muy fácil de decir, pero que a ella le era del todo imposible llevar a la práctica.

Llamó a la puerta, un poco más bruscamente de lo que hubiera querido. Siempre le pasaba igual: cuando se ponía nerviosa, actuaba aún con más torpeza de lo habitual. La chica que abrió la puerta era la quintaesencia de la estudiante de Grenada: rubia, con el cabello a lo *garçon* perfectamente peinado y luciendo un vestido que resaltaba todas y cada una de las curvas de su cuerpo que, por cierto, eran muchas y todas ellas en los lugares adecuados.

—Tú eres Liza, ¿verdad? Blanche me dijo que ibas a venir. Yo soy Kitten. Las Pi Beta nos llamamos todas por al nombre de pila, te acostumbrarás enseguida. ¡Pasa! Estoy yo sola. Bueno, pues qué puedo contarte… Somos una de las hermandades más antiguas aquí en Grenada, aunque dependemos del capítulo de Ole Miss, la Universidad de Misisipi…

—Sé lo que es la Ole Miss.

—¡Claro, claro! Allí tenemos una residencia para nuestras hermanas y, por supuesto, podemos usar sus instalaciones. Lo hacemos cuando hacen alguna fiesta, ya sabes, Homecoming o Halloween o algo así. Como te puedes imaginar, ¡allí tienen muchos más chicos! Me imagino que esto será lo que más te interese. Las Pi Beta estamos hermanadas con los chicos de la Delta Kappa, y te puedo decir que han salido matrimonios espectaculares que empezaron en un baile de graduación. Eso sí, tenemos una norma, ¡nunca puedes quedarte a dormir en la casa de los Delta Kappa! A las Pi Beta nos gusta mantener nuestra reputación…

—No creo que tengas que preocuparte por eso —interrumpió.

—Oh, bueno, perfecto. Mucho mejor así. Deja que te enseñe un poco la casa. De momento, no tenemos dormitorios propios, solo zonas sociales, así que me temo que tendrás que buscarte otro alojamiento.

—Soy de aquí de Grenada. Tengo casa. Quiero decir, vivo con mis padres aquí al lado.

—¿En serio? ¿Y cómo es que nunca te he visto por aquí? No importa, soy muy despistada.

Kitten prosiguió con su incesante parloteo mientras le enseñaba las modestas dependencias de la Pi Beta Phi: un salón con varios sofás, una especie de camerino donde las chicas podían arreglarse para las grandes ocasiones, un pequeño gimnasio, una cocina…

—¿Biblioteca no tenéis?

—¡Qué gracioso que preguntes eso! Yo no lo llamaría biblioteca, pero sí tenemos sala de estudio con algunos libros.

En efecto, el catálogo bibliográfico no era lo que se dice impresionante, pero había varias mesas, buena luz y un ambiente recogido que podía incitar al estudio. Mucho mejor que su casa, eso seguro. Liza podría estar cómoda allí.

—Está bien. ¿Qué tengo que hacer para que me aceptéis?

—Bueno, tenemos algunas formalidades, ya sabes. Esta es la *rush week*, tenemos que recibir a todas las nuevas, evaluarlas, pedirles cartas de recomendación… después habrá unas entrevistas, haremos un baile de bienvenida donde se anunciará qué candidatas han sido aceptadas y, al final, ¡el ritual de iniciación! De esto no puedo contarte nada porque es supersecreto, pero te prometo que te va a encantar. Y bueno, viniendo de parte de Blanche, te aceptaremos, no te preocupes en absoluto. Necesitamos algunas chicas estudiosas, y seguro que nosotras podemos ayudarte un poco, ya sabes, con el peinado, la ropa, los zapatos… ¡las hermanas estamos para eso! Nuestro lema es: «Líderes y amigas para toda la vida».

Liza se marchó de allí sin estar convencida de que aquella hermandad estuviera hecha realmente para ella. Sin embargo, a la mañana siguiente se encontró con Kitten en la puerta misma de la universidad, y estuvo realmente encantadora con ella. La cogió de la mano y la arrastró por los pasillos para presentarle a decenas de chicas, la mayoría de ellas rubias, pero también algunas morenas y hasta con gafas y aspecto estudioso. La acompañó en persona hasta la clase de la profesora Colton, y, antes de despedirse, la agarró por los hombros con una gran sonrisa.

—¡Has pasado el proceso de entrevistas!

—Pero si no he hecho ninguna entrevista —protestó Liza.

—Claro que sí, ¿no has visto a todas las hermanas que te he presentado? Todas ellas, todas, me han hecho la señal secreta de que eres una de nosotras. El viernes será el baile de bienvenida, en la casa a las ocho de la tarde, y después… ¡la ceremonia de iniciación! ¡Estoy superemocionada! Dentro de unos días, serás una Pi Beta.

Liza ya estaba sentada en su pupitre y tomaba apuntes sobre el estilo poético de Emily Dickinson cuando cayó en la cuenta de que el viernes había quedado con Joel y con Tom en la plantación. No iba a poder ir. Todo aquel asunto de la hermandad le resultaba ridículo, pero, precisamente por eso, era mejor terminar el proceso cuanto antes. Podía intentar mandarles recado por medio de sus padres, aunque estos no acababan de aprobar su amistad con ellos. En

cualquier caso, los vería el sábado y se lo contaría todo sobre las Pi Beta. Estaba segura de que ambos se reirían a carcajadas.

La primera semana transcurrió mucho mejor de lo que Liza había esperado. No hubo clases de costura ni de cocina, como había temido, sino asignaturas realmente interesantes como la de lengua inglesa de Blanche Colton, historia de América, filosofía, latín, griego y francés. También tenían religión, obviamente, pero eso era inevitable, ¿no? La parte social tampoco fue del todo mal. Las chicas mayores eran *simpáticas* con ella. Incluso sus compañeras de curso, en cuanto se enteraron de que había sido preadmitida en la Pi Beta Phi, comenzaron a tratarla con respeto, se sentaban a su lado en la primera fila y le pedían consejos de peluquería, de moda, de belleza, ¡hasta de chicos! ¡A ella!

Al fin, llegó el viernes. Liza había mencionado de pasada a su madre que tenía el baile de bienvenida de la hermandad, sin darle demasiada importancia, solo para explicar que no podría acompañarlos a Cruger como de costumbre. No pasaba nada, podía tomar el autobús el sábado por la mañana. Pero, para su madre, fue casi como si le hubiera anunciado que iba a casarse. Suspendió todos sus planes y se dedicó en cuerpo y alma a preparar a su hija para el egregio acontecimiento. La llevó a la peluquería, le compró un vestido *flapper* de última moda y le prestó un collar de perlas y unos zapatos y bolso a juego. Y, para rematar, la maquilló. Cuando hubo acabado con ella, Liza tuvo la sensación de ir a un baile de disfraces más que a uno de bienvenida.

La propia Kitten fue a recibirla cuando llegó a la casa de la hermandad. En el interior sonaba la música del gramófono y se oían risas y voces altas. Tras alabar su aspecto, la escoltó entre el gentío, la condujo hasta una barra donde le sirvió una especie de ponche muy dulce, le ofreció un cigarrillo, ¡y se puso a bailar con ella! Liza siempre había odiado bailar. Alguna vez lo había hecho por obligación, por ejemplo con su padre cuando Tollie se casó, pero se consideraba pésima en cuestión de ritmo e incapaz de memorizar el más sencillo de los pasos. La idea de bailar con otra chica, además, le resultó tan escandalosa y fuera de lo común que se quedó completamente paralizada.

—¡Vamos, muévete! —le gritó Kitten—. Mira, ¡todas están bailando!

Y era verdad. Las chicas se movían al ritmo de los acordes del «Charleston» de James P. Johnson, riendo a carcajadas con copas y cigarrillos en la mano. No había ni un hombre a la vista, pero eso no parecía impedirles pasar un buen rato.

Con enorme esfuerzo, como si fuera el leñador de hojalata antes de que Dorothy le engrasara las articulaciones, comenzó a moverse, primero un poco las piernas, después los brazos. Nada de cadera, por supuesto, eso pertenecía a un nivel superior.

—¿Lo hago bien? —preguntó—. No estoy acostumbrada a bailar.

—¡Tú disfruta!

Al principio le resultó difícil hacer caso a su nueva amiga, pero, poco a poco, lo fue consiguiendo. A un ponche le siguió otro, y luego alguien le dio una copa de martini con una bebida mucho más fuerte que le arrancó un violento ataque de tos. Bailó con Kitten, después sola, con otras chicas. Se iba sintiendo cada vez más cómoda. Quizá había estado equivocada al evitar la compañía femenina durante la mayor parte de su vida. Las chicas podían ser divertidas.

Cuando se apagó la música, Liza estaba cansada y mareada, pero también algo eufórica. Había pensado que unirse a las Pi Beta era un sacrificio necesario para obtener un fin superior, pero, si esa iba a ser su vida a partir de entonces, ¡no estaba tan mal! Podía pasarse las noches de viernes bailando y bebiendo con sus amigas en vez de sentada con las piernas cruzadas en la plantación, en compañía de Joel y Tom.

Joel y Tom. Probablemente estuvieran esperándola en aquel mismo momento. Bien, ya se disculparía al día siguiente.

La mayoría de las chicas fueron marchándose. Solo se quedaron las que ya eran miembros de la hermandad y las que habían sido seleccionadas para unirse. Kitten las condujo a una sala amplia y elegante que no le había mostrado la primera vez que visitó la casa, iluminada con velas dispuestas en un círculo. En el centro, había un altar con el escudo de Pi Beta Phi con su águila grabada en plata sobre un fondo granate, así como los símbolos de la hermandad: la flecha y el clavel.

—Hermanas, hoy nos reunimos para dar la bienvenida a las nuevas adquisiciones. Que su compromiso y lealtad sean eternos. Líderes y amigas para toda la vida. Antes de ser aceptadas, debéis responder: ¿por qué deseáis uniros a Pi Beta Phi?

—Yo creo en la hermandad y el compromiso con la comunidad —respondió la primera—. Quiero ser parte de algo más grande que yo y contribuir al legado de esta institución.

—Quiero apoyar a mis hermanas y recibir su apoyo en todos mis proyectos, en el presente y en el futuro —dijo la segunda.

—Creo en los valores de la hermandad y quiero defenderlos —añadió la tercera.

Cuando llegó el turno de Liza, se encontró con que no sabía muy

bien qué decir. Entre el mareo y lo extraño de la situación, se sentía bastante desubicada.

—Yo… —titubeó—, creo que puedo contribuir a la hermandad. Estudiaré mucho, trabajaré y me esforzaré, y ayudaré en sus estudios a toda la que lo necesite. Y, bueno, creo que las hermanas tienen mucho que enseñarme a mí.

—Al uniros a Pi Beta Phi, prometéis lealtad, hermandad y servicio —continuó Kitten—. ¿Estáis dispuestas a comprometeros con estos valores?

—¡Sí, estamos dispuestas! —clamaron todas a la vez.

—Entonces, con el poder otorgado por nuestras fundadoras y la historia de nuestra hermandad, os declaro miembros de Pi Beta Phi. ¡Que suene la música!

Alguien volvió a encender el gramófono, trajeron copas de martini y las chicas se pusieron a bailar, con mayor desinhibición y más frenéticamente que antes, si aquello era posible. Se abrazaron, se juraron amistad eterna, se emborracharon y acabaron dormidas de cualquier manera en los sofás del salón.

A la mañana siguiente, antes de regresar a casa de sus padres, Kitten le entregó la agenda social para lo que quedaba del fin de semana. El sábado por la mañana jugarían al tenis, por la tarde irían a un baile de bienvenida en otra hermandad, el domingo por la mañana acudirían todas juntas a la iglesia para el servicio, y por la tarde tomarían el té y planificarían la semana. Por lo menos tres tardes tendrían clase de mecanografía, una habilidad a todas luces imprescindible para la mujer profesional del siglo XX.

—Había prometido que vería a unos a amigos en Cruger —se disculpó.

—¿Amigos? —preguntó Kitten—. ¡Cuenta!

—Son mis mejores amigos, Joel y Tom.

—¡Dos chicos! ¡Picarona! ¿Te gusta alguno? ¿Son guapos?

—No, no es nada de eso. Quiero decir, sí que son guapos, claro, pero no me gustan en ese sentido.

—¿Cómo son?

—Joel es rubio, tiene los ojos azules y la cara tan delicada que casi parece una niña. Es realmente precioso, y muy inteligente. Tom también es guapo, pero de una forma completamente diferente. Aunque es muy joven, tiene los músculos muy fuertes y la piel brillante como el carbón.

—¿Tom es negro? —preguntó Kitten, con los ojos muy abiertos.

—Bueno, sí. ¿Pasa algo?

—No, no, querida, si todas tenemos amigos negros, solo faltaría.

Pero es mejor no dejarse ver en público con ellos, ¿sabes? Es por las leyes de segregación. Ellos tienen sus sitios y, nosotros, los nuestros. Pero a Joel deberías traerlo, ¿va a la universidad? En cualquier caso, nada de irte este fin de semana, ¡te necesitamos! Ya irás a ver a tus amigos el fin de semana que viene.

Liza tragó saliva, sintiendo como si algo se le hubiera quedado atragantado en el esófago, algo seco y duro que no era capaz de deglutir. Al fin sonrió y preguntó los detalles del partido de tenis, deporte al que no había jugado en su vida.

Tardó casi en mes en volver a Cruger. No encontró a sus amigos en su lugar de siempre en la plantación, de modo que anduvo buscándolos por todo el pueblo. Por fin dio con Joel, que leía a solas en la biblioteca. Era tarde y estaban a punto de cerrar.

—¿Y Tom? —preguntó.

—En su casa. Sin ti, no es fácil encontrar un lugar para estar juntos.

—Lo siento.

—¿Cómo has estado?

—Bien… no te lo vas a creer. Me he unido a una hermandad femenina. Se llama Pi Beta Phi, la verdad es que las otras chicas son muy diferentes a mí, pero son realmente encantadoras.

—Es verdad que se te ve diferente. ¿Qué te has hecho en el pelo?

—Tengo una nueva amiga que se llama Kitten —continuó Liza, sin hacer caso—. No le gustan los libros y tampoco es lo que se dice estudiosa, pero es muy, muy divertida. Tienes que conocerla, te va a encantar.

—¿Y Tom? ¿Crees que a ella le encantará Tom?

—Claro que sí —mintió—. ¿Por qué no iba a encantarle?

7
La estela de Hagar

La decisión del faraón sobre la educación de la princesa era, como la mayoría de las que adoptan los varones, absurda e imposible de implementar. Él pasaba casi todo el año haciendo la guerra contra los nubios, al sur, o contra nuestros nuevos enemigos en el este, los mitanios. ¿Cómo iba a hacerse cargo personalmente de la tutela de la pequeña? La realidad fue que el particular juego de *senet* entre la Señora y la malvada Mutnofret prosiguió, sin que ninguna de ellas lograra expulsar a la otra de la partida.

Pasaban los meses y las intrigas palaciegas no dejaban de ir a más. Mutnofret había formado una alianza con el sumo sacerdote de Ptah, llamado Pahemred, y con la adoratriz Huy, que tras la muerte de la reina Ahmose, había pasado a engrosar las filas de los aliados de la única esposa superviviente de Tutmosis. Ella y su hijo Menkheperre se habían alejado del padre de la criatura, el sumo sacerdote Minmontu, que sufría al ver cómo su propia esposa se había vuelto contra él. Pero así estaban las cosas en Tebas: las tensiones enfrentaban a hermano contra hermano, a los hijos con sus padres y a las esposas con sus maridos.

El nuevo plan de Mutnofret era aún más pérfido que el anterior de secuestrar a la princesa. Pretendía que la corte faraónica se trasladara desde Tebas a Menfis, alegando que esta era la antigua capital desde la que habían reinado los más gloriosos faraones como Narmer, Zóser o el propio Kefrén. La Señora, en tanto que segunda profetisa de Amón, estaría obligada a permanecer en Tebas, por lo que los príncipes y mi Hatasu quedarían lejos de su influencia y protección.

Ni que decir tiene que la reina Nefertari y el sumo sacerdote Minmontu se opusieron a aquella confabulación con toda su energía. Tutmosis, por su parte, había nacido en Tebas y era reacio a abandonar la ciudad, aunque no era del todo inmune a los argumentos de su esposa.

Pasaron los meses y mi pequeña continuó creciendo fuerte y saludable, a diferencia de su hermano Tuty, que se encontraba cada vez más débil. A menudo me veía en la tesitura de ayudar a su nodriza a calmar los ataques del príncipe, o a aliviar sus fiebres, o a prepararle papillas de fruta y miel para complementar la comida que se negaba a tomar. Esta actitud era, por descontado, objeto de la desaprobación de

mi madre.

—Tuty no es responsabilidad tuya. Ocúpate bien de Hatshepsut, si no quieres verte relegada de tu puesto por un varón.

No era costumbre que una princesa tuviera un preceptor de sexo masculino, pero lo cierto era que el faraón con frecuencia trataba a mi pequeña más como a un varoncito que como a una hembra. Cuando regresaba de sus campañas, siempre hacía llamar a Hatasu para jugar con ella y hablarle de su madre. Su atención continuó centrándose en mi niña de un modo desmedido, hasta tal punto que a veces ella parecía el heredero en vez de Amenmose.

Yo siempre estaba presente cuando Tutmosis se encerraba con su hija. Según esta fue creciendo, sus diversiones se fueron tornando cada vez más masculinas. Traía espadas y caballitos de madera para que la princesa jugase a ir a la guerra y, además de hablarle de su madre —nunca dejó de hacerlo—, comenzó a compartir con ella asuntos del reino como la recaudación de impuestos, el estado de las cosechas o las obras que tenía planeadas para el templo de Amón en Karnak.

Hatasu iba creciendo y, con cinco años, ya mostraba más interés por las rebeliones en Nubia o por el estado de los graneros reales que por sus propias muñecas. Y yo, como bien decía mi madre, me quedaba atrás. Simplemente, no tenía la formación ni los conocimientos para tratar aquellos temas. Ni tan siquiera sabía leer y escribir.

—¿Y qué puedo hacer, madre?

—Necesitarás un amigo.

Sus palabras me desconcertaron, aunque, conociéndola, debí haber supuesto que ya había elaborado un plan. Al día siguiente, al salir el sol, apareció en las habitaciones que compartía con Hatasu acompañada de Paheri, el preceptor de los príncipes Amenmose y Wadjmose.

—Dama Sitra —me saludó—. Tu madre me ha informado de que deseas ser instruida en la escritura del lenguaje sagrado de los dioses.

Apenas logré contener la sorpresa, dado que en ningún caso había imaginado que mi madre pretendía que yo aprendiese a leer y escribir jeroglíficos, un arte que muy pocas mujeres dominan ya que suele estar reservado para escribas y sacerdotes. De inmediato sentí pánico ante la tarea. No me consideraba capacitada para emprender un reto semejante.

—Sin duda el noble Paheri estará demasiado ocupado para perder el tiempo con una nodriza.

—Al contrario. Desde que los jóvenes príncipes acompañan a su padre a la guerra, estoy cada vez más ocioso. Me vendrá bien tener

algo de actividad.

—Empezaréis hoy mismo —sentenció mi madre.

Y así fue. Paheri había venido provisto de tablillas de cera y punzones para comenzar con la primera lección. Nos sentamos en una esquina, cerca de la ventana, para no perturbar el sueño de la princesa, aunque en cuanto esta detectó que algo ocurría, saltó del lecho y vino a reunirse con nosotros.

—¿Qué ocurre, Sitra? —me preguntó con su vocecita infantil—. Paheri, ¿qué haces en el palacio de las mujeres?

—Tu nodriza va a aprender el lenguaje de los dioses.

—Entonces, yo también.

Y así fue. Las esclavas de servicio nos trajeron el desayuno y, mientras tomábamos dátiles, higos y leche de camella, Paheri comenzó a enseñarnos. Recuerdo con absoluta claridad aquella primera lección. Aquel día aprendí que existen dos variedades principales de jeroglíficos, los que representan ideas y los que evocan sonidos, y que normalmente son necesarios ambos tipos para conformar una palabra. Presta atención a lo que haces, escriba, porque aunque mis ojos ya se han visto nublados por la sombra de la vejez, aún conservo el tacto en los dedos para repasar tu obra y vigilar que no hayas cometido error alguno porque, gracias a la paciencia de Paheri, logré dominar el arte de la escritura. Junto a él descubrí también mi gusto por aprender, así como la satisfacción de entender siquiera algo mejor cómo funciona el universo, ya que sus lecciones no se ceñían únicamente al arte de la escritura, sino que abarcaban diversos campos de las ciencias humanas y divinas.

Hatasu asistía a las clases al mismo tiempo que yo. He de decir que, aunque nunca me he considerado estúpida, su inteligencia y destreza sobrepasaban con creces las mías. Aprendía cada nuevo símbolo al instante, captaba los conceptos sin dificultad y formulaba preguntas que a mí jamás se me hubieran ocurrido. Gracias a Paheri, la princesa recibió la educación que años más tarde necesitaría, y yo logré acumular conocimientos suficientes para poder acompañarla en su noble destino.

Cuando llevábamos apenas dos semanas con la nueva rutina de aprendizaje, Hatasu apareció una mañana con su hermano pequeño, Tuty, y nos anunció que se uniría a nosotros en las lecciones. Al tener dos hermanos mayores que le precedían en la línea de sucesión al trono, su padre se había mostrado más indulgente con él a la hora de su formación.

—Me preocupa su salud —protestó Paheri, que precisamente por la complexión enfermiza del príncipe, no había asumido con él el

papel de preceptor—. El faraón ordenará que me decapiten si le sucede algo.

—Un príncipe de Egipto debe estar instruido —alegó mi niña, con una expresión tan seria que parecía un adulto en miniatura—. Y el conocimiento no hace daño, o eso me dices siempre, ¿no es así? Hablaré con mi padre.

Así lo hizo y, como Tutmosis jamás le negaba nada a su hija, el pequeño Tuty se incorporó con su hermana a las lecciones.

Las sesiones diarias con el preceptor real se veían acompañadas por otras, menos frecuentes pero más intensas si cabe, con la reina Nefertari. La Señora asumió la labor de instruir a Hatasu en los misterios del culto de Amón y en su significado para la dinastía a la que ambas pertenecían. Al principio también se opuso a que el pequeño príncipe asistiera, pero Hatasu supo convencerla usando sus propios argumentos.

—Siempre dices que Mutnofret ha encendido en el corazón de sus hijos el fuego de la blasfemia contra Amón. Pero nadie hace caso a Tuty. ¿No deberíamos ganarlo para nuestra causa?

La Señora claudicó ante los argumentos de la princesa, con la única condición de que el príncipe debía asistir en silencio.

—Antes de que Egipto volviera a unirse en un solo país, cuando los hicsos aún gobernaban en el norte, mi abuela Tetisheri llegó a Tebas procedente del corazón de Nubia para desposar al faraón Senakhtenre. Era portadora de un mensaje: solo el gran Amón podría devolverle la grandeza a las Dos Tierras.

—Entonces, ¿nosotras somos nubias, abuela?

Hatasu había aprendido a llamar abuela a la Señora. No era consciente de que los lazos que las unían no eran de sangre, sino mucho más profundos aún.

—No. Cuando Tetisheri abandonó el país de Kush, nos convertimos en egipcias, y así será mientras perdure nuestra estirpe. Pero Egipto había olvidado el poder de Amón y a nosotras nos corresponde recordárselo. Los hombres a menudo confían su devoción a la espada y olvidan el poder de lo sagrado, de ahí la importancia de nuestro papel. Por eso, mi madre, la reina Ahotep, recibió por primera vez el título de esposa del dios que tú has heredado, y yo ostento también el de segunda profetisa. Tú tendrás ambos y deberás asegurarte de que tu esposo no descuide sus obligaciones con Amón.

—¿Y el resto de los dioses, abuela? ¿No tenemos obligaciones con ellos?

—Amón es el más grande los dioses. Mientras le seamos fieles, Egipto será grande. Si le descuidamos, no solo nuestra dinastía

perecerá, sino todo el reino. Por eso el sumo sacerdote de Ptah y la pérfida Mutnofret son tan peligrosos. No podemos servir a dos señores. Solo Amón ha de permanecer.

Yo escuchaba aquellas conversaciones en silencio y procuraba aprehenderlas en su totalidad, para poder asistir a mi pequeña en sus deberes cuando llegara el momento. Tuty también escuchaba, aparentando el máximo interés.

Hatasu acababa de cumplir seis años cuando llegaron noticias del sur: el faraón, con el príncipe Amenmose como lugarteniente, había derrotado al vil rebelde Awawa. Gracias a nuestras lecciones con Paheri, supe más o menos lo que esto significaba. En su anterior campaña nubia, Tutmosis había expandido las fronteras de Egipto más lejos de lo que habían llegado nunca, y había sometido a tributo al país de Kush. Aprovechando que el faraón se había marchado al este a guerrear con el país de Mitanni, una rebelión encabezada por un hombre llamado Awawa había sembrado el caos en la ciudad nubia de Kurgus, más allá de la cuarta catarata. Tutmosis había regresado al mando de su ejército y, con su habitual pericia militar, había sofocado la rebelión en apenas unas semanas.

Los heraldos que trajeron a Tebas las noticias de la victoria destacaron el papel que el príncipe Amenmose había desempeñado. Mutnofret, orgullosa como un pavo real, decidió tomar un barco y dirigirse Nilo arriba para participar en los fastos de celebración. La acompañaban el sumo sacerdote de Ptah, Pahemred, y la adoratriz Huy, que nunca se separaban de la reina. Extrañamente, dada la pésima relación que existía entre ambos, el sumo sacerdote Minmontu viajó con ella. Cuando tuvo noticia de ello, Nefertari no tardó en reaccionar.

—Prepara el equipaje de la princesa —me hizo saber, entrando en las habitaciones de Hatasu como la tormenta que irrumpe en la tranquilidad del desierto—. Viajaremos a Kurgus.

La pequeña comenzó a dar saltos de emoción.

—¿De verdad, abuela? Nunca he salido de Tebas. ¿Será peligroso? ¿Tendremos que guerrear con los rebeldes? ¡Me llevaré la espada que me ha regalado padre! Y Tuty también llevará la suya, así podremos defenderos…

—El príncipe Tutmosis permanecerá en el harén real. No tiene salud para afrontar un viaje de estas características. Y no, no será peligroso, pero, aun así, mi decisión es definitiva. Iremos solas tú y yo, y, en el país de Kush, invocaremos a Amón en el templo de nuestras antepasadas.

La princesa tenía una voluntad de hierro que apenas se doblegaba

ante nadie. La Señora es la única persona que he conocido cuya autoridad Hatasu no cuestionaba. A pesar de verse contrariada, no protestó por la exclusión de su hermano.

—¿Y Sitra? ¿Ella tampoco puede venir?

—¿Sitra? Por supuesto que sí. ¿Quién se ocupará de ti si no?

A la postre resultó que no solo yo, sino también mi madre, así como una comitiva de tres esclavas de servicio, un cocinero y cuatro soldados, nos unimos a la expedición. Mi madre estuvo muy ocupada con la preparación del equipaje de la reina madre, por lo que me abandonó a mis propios recursos a la hora de decidir qué necesitaría mi pequeña para el viaje.

La respuesta era sencilla: todo.

Durante los siguientes cinco días me dediqué a empaquetar los distintos ropajes de la princesa, así como sus joyas y los objetos rituales que estaban destinados a su uso. La comitiva de la anciana Nefertari zarpó de Tebas en la tercera luna de la estación de Akhet. Viajábamos en un único y enorme velero que se desplazaba por las aguas del Nilo como un gigantesco ibis con las alas desplegadas. Era la primera vez en mi vida que salía de Tebas y, sin embargo, mis obligaciones me impidieron disfrutar realmente de la experiencia.

A todos los efectos, nuestro barco funcionaba como una corte ambulante. Cada uno se atenía a las funciones que le habían sido atribuidas, de modo que todo continuara prácticamente igual que cuando estábamos en tierra firme. Por las noches, cuando mi pequeña ya se había dormido y descansaba tranquila bajo su toldo, en la cubierta principal, me permitía unos instantes de reposo para asomarme por la borda y observar el paisaje nocturno. Escuchaba el suave canto de los pájaros y el murmullo del viento entre palmeras y sicomoros. A mí, que provenía de la Ciudad de las Cien Puertas, aquella calma me era del todo extraña, como si recorriéramos un camino que ningún ser humano hubiese transitado jamás. Una sensación de soledad me invadía y me empujaba a correr junto a Hatasu para envolverla entre mis brazos con cuidado de no despertarla.

Los días se sucedían uno tras otro y el único cambio apreciable era el incremento de la temperatura, que se tornaba más y más asfixiante conforme remontábamos las aguas del río. La monotonía se rompió al llegar a la ciudad de Swenet, poco antes de la primera catarata. Descubrí que esta era, en realidad, un segmento pedregoso del Nilo que no resultaba navegable debido a los rápidos, las rocas y las fuertes corrientes. Nos vimos obligados a desembarcar, los marineros de la ciudad desmontaron nuestro barco y transportaron los

materiales y bienes por tierra alrededor del tramo difícil del río. Una vez superada la catarata, volvieron a ensamblar la embarcación y pudimos continuar el viaje Nilo arriba.

Nos encontrábamos ya en Nubia, en el indómito país de Kush del que procedía la estirpe de la Señora. Salvo por la ausencia de ciudades y templos en las orillas, no percibí una gran diferencia con el paisaje al que estaba acostumbrada, aunque la temperatura continuaba aumentando sin cesar. En la segunda catarata hubimos de proceder igual que en la primera, apeándonos en esta ocasión en la isla de Tombos, donde el faraón había erigido una gran estela para conmemorar su anterior victoria sobre los nubios. Llegamos poco después a la ciudad de Kerma.

Amanecía. La silueta de la ciudad se dibujaba como una joya que resplandecía a la orilla del Nilo. Bajo el sol dorado, las murallas brillaban como si hubieran sido bañadas en miel. A medida que nos aproximábamos, pude distinguir el perfil imponente de una enorme torre rojiza que se elevaba hacia el cielo como un centinela.

—¿Qué es eso, abuela? —preguntó Hatasu con inocencia, señalando hacia la Deffufa.

—La Deffufa, el gran templo de nuestras antepasadas —respondió Nefertari. Un estremecimiento me recorrió al escuchar aquellas palabras—. Allí, desde tiempos inmemoriales, se rinde culto al todopoderoso Amón. Prepárate, porque iremos a presentar nuestros respetos.

Atracamos en el puerto que, pese a su menor tamaño, no difería mucho del de la propia Tebas. Muelles de madera, lonjas de pescado, pequeños pesqueros con sus velas blancas y una miríada de hombres atareados con múltiples ocupaciones. A diferencia de Egipto, donde no hay dos colores de piel idénticos, oscilando entre el blanco más inmaculado y el puro ébano, los kermitas eran todos de tez oscura, labios gruesos y torsos fuertes. Había, no obstante, un destacamento de soldados egipcios, claramente reconocibles tanto por sus rasgos como por su atuendo característico. Cuando reconocieron uno de los barcos del faraón, corrieron a agruparse en el puerto para darnos la bienvenida.

Desembarcamos, escoltadas por los cuatro guardas reales. Había alboroto en la guarnición de soldados. Pasados unos instantes de confusión, emergió de entre el gentío el sumo sacerdote Minmontu, ataviado con su túnica blanca y la piel de leopardo sobre sus hombros, y portando su báculo ceremonial. Me extrañó verlo allí, ya que había asumido que viajaría con Mutnofret hasta Kurgus, donde se encontraban el faraón y sus hijos, pero imaginé que tendría sus

motivos.

—Majestad, la ciudad de Kerma se pone a vuestros pies.

—Mi nieta y yo deseamos visitar la Deffufa.

—Por supuesto. Permitidme que os muestre el camino.

Dejamos atrás el puerto y nos adentramos por las estrechas callejuelas de la ciudad, que Minmontu parecía conocer como si fuera su propio hogar. La reina Nefertari, con su habitual gracia y dignidad, caminaba a nuestro lado, su mirada fija en el templo. La princesa Hatshepsut, sosteniendo mi mano, me miraba de vez en cuando con una mezcla de curiosidad y respeto. Su juventud contrastaba con la antigüedad del templo, como un brote de loto en un estanque antiguo.

Atravesamos un pequeño mercado, cruzamos una zona de chozas de adobe con tejado de paja y al fin llegamos a nuestro destino. La Deffufa, con su imponente presencia, parecía conectar el cielo y la tierra. Su color rojizo, intensificado por los rayos del sol, recordaba a la tierra de Egipto, un símbolo de la conexión profunda entre nuestra tierra y nuestros dioses.

Al acercarnos, la magnitud de la construcción se hizo aún más evidente. Era como una montaña hecha de ladrillos rojos, una obra maestra de la arquitectura y la devoción religiosa. Su altura, equivalente a unos diez hombres subidos uno sobre otro, era un recordatorio del poder y la gloria del dios Amón.

—Aguardad fuera —ordenó la Señora—. Solo entraremos mi nieta y yo.

El calor del día era intenso, pero la sombra de las palmeras cercanas ofrecía un breve respiro. No podía dejar de mirar la Deffufa, preguntándome sobre los misterios y las ceremonias que se habían llevado a cabo en su interior a lo largo de los siglos. Me disponía a esperar junto al sumo sacerdote y los soldados a la sombra de las palmeras cuando observé que mi pequeña no se movía.

—Quiero que Sitra nos acompañe.

—Este lugar es sagrado para nuestra familia, Hatshepsut. Los extraños deben permanecer fuera.

—Pero Sitra es de nuestra familia. Ella es… es como mi madre.

La anciana Nefertari pareció sopesar aquellas palabras antes de contestar.

—Está bien, puede acompañarnos. Sitra, espero que sepas valorar el honor que estás recibiendo.

No tuve ocasión de contestar, ya que la Señora se dio la vuelta e ingresó en el recinto sagrado. Hatshepsut me miró con seriedad, me tendió la mano y, juntas, la seguimos. La diferencia de temperatura se advertía al instante, ya que el interior estaba mucho más fresco. Mis

ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse a la relativa oscuridad. Habíamos entrado en una estancia amplia y rodeada de columnas, iluminada tan solo por la luz de las velas. Las paredes estaban ricamente decoradas con azulejos esmaltados, incrustaciones y hojas de oro. No pude detenerme para admirar lo que veía, ya que la reina continuaba avanzando y acababa de desaparecer en un estrecho pasadizo.

Recorrimos varias cámaras similares a la anterior, extrañamente vacías a diferencia de los templos egipcios. Cada una era, sin embargo, un poco más pequeña que la que dejábamos atrás. Olía a sándalo e incienso. Subimos unas escaleras y continuamos visitando cámara tras cámara hasta que ascendimos nuevamente hasta el tercer piso, que constaba de una única estancia dominada por una enorme estatua de piedra negra que representaba a un carnero que se alzaba sobre sus patas traseras. Una pequeña abertura en el techo permitía que los rayos de sol iluminaran la imagen, proporcionándole un aspecto sobrenatural.

—He aquí Rhyn, el Oculto, el señor de todos los dioses. Amón —anunció Nefertari, con la voz quebrada por la emoción—. Arrodillaos ante él y veneradlo.

La Señora nos guio con su ejemplo. Comenzó postrándose a la manera egipcia, con las manos sobre las rodillas, pero continuó bajando hasta que su cabeza tocó el suelo. Hatasu y yo la imitamos.

—Salve, hija mía, favorita ante mis ojos —prorrumpió una voz masculina, hablando en el lenguaje común de los egipcios, con un timbre de voz que me recordó al de Minmontu—. Salve, Hatshepsut, que serás llamada Maatkara, pues en ti reside la justicia del espíritu de Ra. Ya era tiempo de que vinieras a visitarme.

Alcé la vista y miré a un lado y al otro. Estábamos solas. La piel se me erizó y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—¿Quién eres? —preguntó Hatasu.

—Soy tu padre, Hatshepsut. Yo, Amón, antes de tu nacimiento, decidí que quería engendrar al próximo gobernante de Egipto. Así, asumí la apariencia del faraón y visité a la reina Ahmose, tu madre, que fue engalanada con divinas fragancias y rodeada por los dioses que me sirven. La bendije y le anuncié que estaba destinada a dar a luz a una reina. A continuación, ordené a Khnum que modelara tu cuerpo con su torno de alfarero y que diera aliento a tu *ka*. Yací con tu madre y mi semilla prendió en ella, regresé a mi divina forma y, nueve meses después, la reina Ahmose te dio a luz a ti.

—¿Qué significa esto? No entiendo.

—Significa que tú gobernarás Egipto, Hatshepsut, con el nombre

de Maatkara. Acércate y recibe mi bendición.

Mi pequeña se levantó y, con paso firme, se dirigió hacia la estatua. Se acercó hasta que su cabeza estuvo frente a la del dios carnero y, entonces, un rayo de sol le iluminó la cabeza, que resplandeció como si perteneciera a una diosa.

—Lo que hemos presenciado hoy es un secreto, Sitra —me dijo la reina—. Un misterio reservado a unos pocos elegidos. Atesóralo en tu corazón, pero líbrate de exponerlo a las comidillas de la corte.

—Mis labios están sellados, majestad —aseguré.

Emprendimos el camino de regreso, desde el sanctasanctórum de la Deffufa hasta nuestro barco. A nadie pareció extrañarle que Minmontu se uniera a nuestra comitiva. Al parecer, había terminado de resolver cualesquiera asuntos le hubieran llevado a Kerma y deseaba sumarse a las celebraciones de la victoria del faraón.

Nuestro viaje continuó con la monotonía habitual, sin que la presencia del sumo sacerdote llegara a perturbarla. Atravesamos la tercera y cuarta cataratas del mismo modo que habíamos hecho con las anteriores y, tras un día más de navegación, casi al atardecer, alcanzamos una zona del río donde había concentrada una gran cantidad de navíos. Pude distinguir los barcos de guerra del faraón, al menos diez o doce de ellos, así como la gran barca real, que se encontraba amarrada en un pequeño muelle.

En la orilla había un gran ajetreo. Había instaladas varias tiendas, alrededor de las cuales, soldados reales realizaban instrucción. Sus gritos de guerra se escuchaban con toda claridad. Detrás de ellos, varias columnas de humo denotaban la presencia de fuegos. Olía a madera quemada y a algo más que no supe identificar, un olor acre y espeso que me recordó al de la carne demasiado cocida.

Un poco más allá, un grupo de artesanos trabajaba en silencio sobre una inmensa roca, sin los cánticos y risas que a menudo acompañan este tipo de trabajos.

—Hemos llegado a Kurgus —anunció el sumo sacerdote.

Si no fuera por la presencia de las tropas, jamás hubiese creído que aquella era una ciudad. Además de las instalaciones militares, solo pude apreciar algunas chozas de adobe y un muelle donde se congregaban los pescadores. Atracamos junto al barco del faraón y un militar salió a recibirnos. Lo reconocí al instante: se trataba del general Pen-Nekhbet, con fama de ser el mejor guerrero de todo el Doble País, con excepción del propio Tutmosis.

—Majestad, alteza. Permitidme que os escolte hasta el faraón.

Desembarcamos y cruzamos las filas de los soldados. Observé con interés cómo los distintos rangos del ejército se reflejaban en su

atuendo y armamento, desde los jóvenes *nefru* hasta los *nakhtu-aa*, la élite de la infantería. Los arqueros llevaban sus armas en ristre, y la presencia de los carros de guerra, veloces y temibles, con sus caballos adornados en bronce y cuero, era una visión que inspiraba tanto temor como admiración.

En medio del ambiente marcial de Kurgus, la llegada de la reina Nefertari, la princesa Hatshepsut y nosotros, los visitantes, era un acontecimiento notable. El alboroto se hizo aún mayor cuando se corrió la voz de que el sumo sacerdote Minmontu también iba a bordo. Hatasu corrió junto a mí y me agarró la mano. Era tan madura para su edad que a veces olvidaba que era una niña pequeña. La pobre debía de estar asustada o, al menos, cohibida ante aquel ambiente marcial.

Pen-Nekhbet nos condujo a la tienda de mayor tamaño del campamento. Allí se encontraba el faraón, vestido con una túnica de lino fino, adornada con intrincados entrelazos dorados que relucían en su pecho. Su cinturón ancho, engastado con piedras preciosas, sostenía una falda plisada que caía hasta sus rodillas. La cola de león y su cetro y látigo ceremonial reflejaban su estatus como líder y guerrero divino. En la cabeza, llevaba la corona azul de la guerra, el *kepresh*, con la cobra *uraeus* en la frente, símbolo de su poder real.

Hatasu me soltó y corrió a abrazar a su padre. El sumo sacerdote y yo nos postramos ante él mientras la Señora permanecía impertérrita.

—Hija mía, tu rostro es un bálsamo para mis ojos cansados. Había recibido noticias de vuestra visita, completamente inesperada… Nefertari, ¿puedes explicarme qué hace mi hija aquí?

—Hemos venido a celebrar tu victoria, Tutmosis.

—¿Victoria? Eso es muy prematuro, me temo. El rebelde Awawa ha sido capturado y lo tenemos prisionero en el campamento, pero los kushitas se resisten a nuestro yugo como leones enjaulados. La situación es demasiado peligrosa, para ti y para la princesa.

—¡Yo te ayudaré a someter a los kushitas, padre! —exclamó Hatasu, abrazando al faraón, cuyo rostro se conmovió en un gesto de indudable orgullo.

En ese instante irrumpió en la tienda el príncipe Amenmose, vestido de soldado y con una espada al cinto. Por las insignias que llevaba al brazo pude ver que había sido promovido al rango de superintendente de los soldados, confirmando así que era el segundo al mando tras su padre. Su espada, de excelente factura, colgaba de un cinturón adornado con gemas. Su hermano menor, Wadjmose, seguía sus pasos, aunque su vestimenta era menos ornamentada, adecuada

para un príncipe más joven y de menor rango. Su túnica, aunque de buena calidad, era menos ostentosa, y llevaba una espada más corta al cinto.

—¡Padre, es intolerable! —exclamó el primero, haciendo una rápida postración ante el faraón antes de proseguir—. Hemos ido a supervisar el trabajo de los artesanos sobre tu estela y… ¿qué hace ella aquí?

Su dedo acusador señaló a la princesa.

—«Ella» es tu hermana y futura esposa, Amenmose —replicó el faraón con frialdad—. Es una princesa real y la futura reina de Egipto. Tiene el mismo derecho que tú a estar aquí.

—La guerra no es lugar para mujeres.

—Y, sin embargo, tu madre y la adoratriz Huy están aquí y no has tenido problema alguno en recibirlas. Dime, ¿qué es eso tan intolerable que te ha llevado a irrumpir aquí como un perro rabioso?

—En la estela de la victoria apareces dando gracias al dios Amón en vez de a Ptah, como había ordenado.

—¿Y puede saberse quién te ha dicho a ti cómo ha de ser mi estela de la victoria? La última vez que lo comprobé, el faraón soy yo, no tú. Mi dios es Amón y a él le debo toda mi gratitud.

—En verdad, Amón ha de ser alabado por encima de todos los otros dioses —confirmó Minmontu.

—Le hicimos una promesa a Ptah —murmuró Amenmose entre dientes—. Si nos otorgaba la victoria, erigiríamos una estela en su honor.

—No debes hacer promesas a los dioses sin consultarme a mí primero. Hatshepsut, esta será tu primera tarea como princesa real. Ve con tu abuela a ver la estela y decide cómo ha de ser.

—¡Pero no es más que una niña! —protestó el príncipe.

—Ya es hora de que aprendas cómo funciona el universo. Al igual que el faraón tiene sus funciones, la reina ha de asumir las suyas, y Hatshepsut ya es lo bastante madura para empezar. Ahora, dejadme tranquilo.

Nos postramos todos ante el faraón y abandonamos la tienda. El sol estaba a punto de ocultarse tras la ribera occidental del Nilo y comenzaba a refrescar. La tensión era palpable mientras nos dirigíamos al lugar donde los artesanos trabajaban sobre la estela. Hatasu caminaba serena, con un porte y una dignidad impropios de una niña de sus años. Cuando llegamos a la cantera, a orillas del río, comprobamos que la reina Mutnofret, la adoratriz Huy y el sumo sacerdote de Ptah, Pahemred, nos esperaban allí.

Mutnofret se acercó a la Señora como si pensara presentarle sus

respetos, pero, en vez de ello, se le encaró.

—¿Qué haces aquí, anciana? Un viaje como este podría matarte.

—Te agradezco la preocupación. Me encuentro perfectamente. Se me ha encomendado que acompañe a la princesa para llevar a cabo un designio real.

—¿Ah, sí? ¿Qué designio?

—Hatshepsut realizará el juicio final sobre esta estela que tanto parece obsesionaros a ti y a tus hijos.

—No hay nada que juzgar, todo ha sido dispuesto…

Hatasu tomó de la mano a su abuela y tiró de ella hacia la estela, interrumpiendo así su conversación con Mutnofret. Sobre una serie de inscripciones autóctonas que no supe descifrar, habían representado al faraón Tutmosis en dos ocasiones, una con forma de halcón en honor a Horus, y otra como el león conquistador de Nubia. El león rendía culto a Amón en su forma de toro, mientras que el halcón recibía la cruz de la vida de manos de un dios sin terminar.

—Este —señaló Amenmose— debería ser Ptah, al que hemos consagrado nuestra victoria.

—Eso es una blasfemia —repuso Nefertari—. Solo Amón debe ser loado.

—Será Amón —dictaminó Hatasu—, pero en su forma nubia, Rhyn, el dios carnero.

Me quedé maravillada ante la sabiduría de mi pequeña. No solo complacía a su abuela y demostraba que lo que había acontecido en Kerma había tenido un hondo impacto en ella, sino que hacía un guiño a los propios nubios al situar al faraón victorioso rindiendo culto a uno de sus dioses más antiguos.

—Así se hará, alteza —respondió el jefe de los artesanos—. Ahora, con vuestro permiso, continuaremos nuestro trabajo.

Mutnofret levantó la cabeza, hizo un gesto a sus hijos para que la siguieran y se alejó con gesto orgulloso. El sumo sacerdote de Ptah y la adoratriz se apuraron a correr tras ellos. La Señora los observó partir y, después, suspiró con tristeza.

—La corte se halla dividida entre los siervos de Amón y los herejes de Ptah. ¿Qué nos deparará el porvenir? Cuando Amenmose sea faraón, no me cabe duda de que se entregará en manos de Pahemred y sus secuaces. Incluso es posible que traslade la corte a Menfis. Será el fin de Egipto.

—Tranquila, majestad —replicó el sumo sacerdote Minmontu—. Amón no permitirá que suceda algo así.

—Estoy agotada. Que alguien me escolte hasta mi tienda.

Ya había anochecido. Los soldados del faraón nos acompañaron

con antorchas encendidas hasta nuestros lugares de reposo. La tienda de Hatasu carecía de los lujos a los que ella estaba acostumbrada, pero he de decir que no pronunció queja alguna, ni tan siquiera mostró que las incomodidades la molestaran en absoluto. Se tumbó en su lecho, pensativa, mientras yo me ocupaba de colocar sus pertenencias y adecentar el lugar para que fuera digno de una princesa. En un momento dado, tomó una de las tablillas de cera que Paheri nos había proporcionado para practicar durante el viaje y comenzó a hacer anotaciones. Me asomé para tratar de ver qué estaba haciendo y pude ver el boceto de un león con cabeza de carnero.

—¿Qué pintas, Hatasu?

—Una esfinge que representa al faraón como encarnación de Amón. ¿Imaginas una enorme avenida de estas esfinges que una los templos de Karnak y Luxor? Sería gloriosa.

—Tienes unas ideas muy…

Nuestra conversación se vio interrumpida por un súbito alboroto. Escuchamos gritos militares, pasos apurados sobre la arena y el entrechocar de espadas. El general Pen-Nekhbet penetró en nuestra tienda acompañado de cuatro soldados que rodearon a mi pequeña.

—Estamos aquí para proteger a la princesa —anunció—. Hemos de irnos enseguida.

En medio de la oscuridad, los hombres nos escoltaron hasta la tienda del faraón. No había rastro de Tutmosis pero, en cambio, tanto Nefertari como Mutnofret estaban allí junto al sumo sacerdote de Ptah, la adoratriz Huy y una decena de solados con las espadas en ristre.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hatasu, dirigiéndose al que parecía tener mayor rango entre ellos.

—Aún no lo sabemos, alteza.

No tuvimos más remedio que esperar. Pasamos una hora, puede que algo más, sumidas en un tenso silencio hasta que Minmontu hizo su aparición en la tienda real con rostro grave.

—Ha ocurrido algo terrible —nos informó—. El vil Awawa ha sido liberado por un grupo de seguidores. Se han infiltrado en la tienda de los príncipes y… han acabado con su vida.

—¿Qué príncipes? —preguntó Mutnofret, absurdamente, ya que no había otros príncipes en Egipto más que sus propios hijos.

—El príncipe heredero Amenmose y su hermano Wadjmose, majestad. Lo lamento mucho.

La reina se dejó caer al suelo, de rodillas, y profirió un hondo alarido que pronto se transformó en el ulular de luto que emplean las mujeres en el norte. La Señora se mantuvo imperturbable, su rostro

impávido como el de una estatua de piedra, pero Hatasu se acercó a su madrastra, la rodeó con ambos brazos y depositó un beso en su mejilla.

—¡Aléjate de mí! —chilló, apartándola como si fuese una sabandija—. Tú tienes la culpa de todo.

—¿Yo? Pero… ¿cómo?

Mutnofret continuó con su ulular. Yo corrí junto a mi niña y la estreché entre mis brazos. Su rostro estaba marcado por la incomprensión. Una idea debió de cruzar su mente, pues abrió mucho los ojos por un instante con expresión de sorpresa antes de que se le llenaran de lágrimas.

—No hagas caso, pequeña, tú no has tenido culpa alguna —traté de consolarla.

Hatasu no contestó. Me abrazó y sollozó en silencio.

Las siguientes horas fueron muy confusas. Mutnofret continuó con su duelo, hasta que al fin exigió ver a sus hijos. Al principio, los soldados le dijeron que no era seguro abandonar la tienda, pero al cabo de un tiempo se la llevaron junto al sacerdote de Ptah. Nefertari se relajó visiblemente con la salida de su adversaria y, por primera vez, se permitió tomar asiento junto a Minmontu en uno de los tronos de madera. Su rostro estaba surcado por el cansancio.

Hatasu continuaba hundida en mi regazo, tan tranquila que pensé que se había dormido. Pareció presentir la llegada de su padre, ya que, justo cuando este entraba en su tienda, ella levantó la cabeza, se puso en pie y corrió a abrazarlo.

—¡Padre, ha sido culpa mía!

Tutmosis lucía grandes ojeras, la tez grisácea y manchas de sangre en las manos, en el pecho y en el *shendyt*. Se arrodilló frente a su hija y la besó en la frente.

—El culpable ha sido el cobarde Awawa, que los ha asesinado a traición, en medio de la noche. Pero esa vil serpiente no volverá a ver la luz del sol. Lo he estrangulado con mis propias manos. Tú… tú no tienes la culpa de nada.

—Padre, tú no lo entiendes —insistió Hatasu, entre sollozos—. Rhyn, el dios carnero, la profecía…

—Respira, hija. ¿Qué quieres decir?

Mi pequeña obedeció, haciendo un visible esfuerzo por tranquilizarse y calmar su llanto. Nefertari se levantó de su trono e hizo un gesto con la mano.

—Soldados, abandonad la tienda —ordenó—. La princesa y yo tenemos que hablar con el faraón. Solo Minmontu y la fiel Sitra pueden permanecer con nosotros.

—¿Podéis explicarme qué ocurre? —preguntó Tutmosis, mientras sus hombres se retiraban.

—Hatshepsut y yo recibimos una profecía en la Deffufa, el templo de Amón en Kurgus.

—La tierra de tus antepasadas. Continúa.

—Fue el propio Amón quien engendró a tu hija, Tutmosis. Hatshepsut es la hija de Amón y ha sido elegida para reinar. Un día, será faraón de Egipto.

—¡Padre, pero yo no quiero! —exclamó Hatasu, poniéndose en pie—. ¡Yo no quería que murieran mis hermanos! ¿Y qué será de Tuty? Él es mayor que yo y, además, es un varón, la corona le corresponde. ¿O él también tiene que morir para que se cumpla la profecía?

—Una mujer faraón… —murmuró Tutmosis.

—Ha habido otras antes —replicó Nefertari—. Merneith, Neferusobek…

—El príncipe Tutmosis es débil y enfermizo, majestad —intervino Minmontu—. Sin duda, morirá mucho antes de ceñir la doble corona. Debemos prepararnos para que Hatshepsut se convierta en heredera. Incluso podría pensarse en una corregencia, para garantizar una sucesión ordenada y pacífica.

El faraón apartó a su hija, se puso en pie y recorrió la tienda en círculos, sin pronunciar palabra, pero gesticulando como si hablara consigo mismo, o como si consultara a los dioses. Al fin, pareció alcanzar una conclusión, porque se detuvo y nos contempló con gravedad.

—Si así lo han dictaminado los dioses, así ha de ser. Hatasu, en cuanto alcances la edad núbil, desposarás a tu hermano Tutmosis y, cuando él fallezca, será tu turno de reinar. Desde el día de hoy, estarás asociada a mí en todas las tareas de gobierno. ¿Comprendes lo que esto quiere decir?

Mi niña guardó silencio durante varios instantes. Podía ver sus sentimientos, sus dudas y sus temores pintados en su rostro como si este fuera una tablilla. Hatasu nunca había tenido miedo de nada, pero su corazón era puro y no quería perjudicar a su hermano Tuty. No obstante, para ella, la palabra de Tutmosis era ley.

—Sí, padre —dijo al fin—. Seré faraón.

8
Un partido de rugby

Mi relación con Fardie no volvió a ser la misma desde aquel día. Pasamos un tiempo enfadados. Apenas intercambiábamos palabra y nuestras miradas transmitían sin reparo el resquemor que bullía en nuestro interior. Supongo que la ira se juntó con el duelo por la muerte de Bee, la una retroalimentaba al otro en una espiral descendente que parecía no tener fin. Yo le culpaba por el fallecimiento de mi hermana, lo cual era absurdo, pero nadie ha dicho nunca que los sentimientos hayan de ser lógicos ni justos. Me imagino que él me culpaba a mí también, sabe Dios de qué, de no entenderle, de ser una niña caprichosa, quizá de no estarle agradecida por todo lo que había hecho por mí.

En ese momento, agradecida, desde luego, no estaba.

Mamá intentaba mediar entre nosotros lo mejor que podía, pero yo he heredado mi terquedad de él, así que había poco que hacer. Los silencios incómodos, gruñidos y miradas torcidas se prolongaron durante meses hasta que, poco a poco, la rutina nos devolvió falsamente a una nueva normalidad.

¿Lo perdoné? No. Darme cuenta de que él no me consideraba una igual, sino, en el mejor de los casos, una damisela en apuros que necesitaba ser cuidada y rescatada, puso mi mundo del revés. Tampoco podía sacarme de la cabeza la idea de que me había vendido a lord Exeter a cambio de un título de barón. Pero sí, poco a poco recuperamos las formas, volvimos a saludarnos y hasta a darnos un beso de buenos días, pero el muro entre nosotros era patente para todos.

Tenía que averiguar qué hacer con mi vida, una vez que había decidido no casarme y mandar a paseo todos los planes que Fardie tenía para mí. La respuesta más evidente, la opción que más me ilusionaba de todas, era ayudar a Amelia con el Fondo para la Exploración de Egipto. Ella estuvo más que encantada ante la perspectiva de contar conmigo.

Poco después de la fatídica fiesta benéfica en Lou Casteou, publicamos un artículo en *The Times* anunciando que se había formado una sociedad con el propósito de excavar los antiguos yacimientos del delta del Nilo, y que el proyecto tenía perspectivas más que razonables de éxito. La propuesta que redactamos recibió el apoyo del arzobispo de Canterbury, varios obispos, el rabino principal, el poeta Robert

Browning y sir Erasmus Wilson, que había hecho posible el transporte de la «aguja de Cleopatra» desde Egipto a Londres cuando Mehmet Alí se la regaló a mi abuelo. En los meses siguientes a la reunión, el fondo había recaudado más de dos mil libras esterlinas, una cantidad suficiente para poner la pelota en movimiento.

Al principio solo pudimos contratar a Édouard Naville, que se embarcó hacia las ruinas de la ciudad de Heroónpolis con la esperanza de descubrir allí la mítica Pitón y, con ella, las huellas del Éxodo bíblico. Aunque Naville no encontró los restos de Moisés ni pudo aportar prueba alguna de que el mar Rojo se hubiera abierto para él, la expedición fue un éxito, pudimos atraer aún más patronos para el fondo y, al año siguiente, pudimos contar también con Flinders Petrie para llevar a cabo un proyecto más ambicioso todavía: excavar las ruinas de la ciudad perdida de Tanis.

Lo auténticamente escandaloso fue que Amelia decidió unirse a la aventura y me propuso que la acompañara.

—De ninguna de las maneras —sentenció Fardie, con el rostro severo—. ¿Tú has seguido las noticias? Acabamos de salir de una guerra contra Egipto. Este gobierno de cobardes que tenemos no ha querido establecer un protectorado formal, pero la situación es totalmente inestable.

—Por supuesto que leo las noticias —respondí—. Y es más: te escucho a ti perorar sobre la política exterior del gobierno de su majestad como si hubieras pasado toda la vida en el Foreign Office. ¿No llevas un tiempo diciendo que lord Cromer ha resuelto un problema que parecía imposible y que ha pacificado Egipto empleando mano dura? ¿Lo has dicho o no lo has dicho?

—Es igual. Una cosa es que vayamos juntos a Egipto, como una familia, y otra cosa es que te vayas tú sola con la señora Edwards y sus… amigas. No, está decidido. Lo prohíbo.

—Tengo una noticia para ti, padre. —Desde la discusión, había optado por llamarlo así, ya que sabía que le irritaba sobremanera—. Soy una mujer adulta, hace años que te ocupaste de que tuviera pasaporte y no puedes impedirme que vaya a donde me venga en gana.

—¿Y se puede saber con qué dinero piensas hacerlo? ¿Cómo vas a pagar los gastos? ¿O acaso pretendes hacerte invitar, como si fueras una… una…?

—Con mi dinero —intervino mamá. Recuerdo bien la escena. Estábamos en uno de los saloncitos de Didlington Hall, la sala violeta para mayor exactitud, tomando el té de la tarde con Cheston y dos de mis hermanas. Cuando oyó las palabras de su amada esposa, Fardie se

quedó literalmente boquiabierto, atónito de que su mujer pudiera llevarle la contraria en su propia casa—. La pasión egipcia viene por mi familia, cariño, tú eres un recién llegado. May la lleva dentro y no voy a permitir que le pongas freno. Cariño, puedes ir con mi bendición.

Efectivamente, así fue.

Amelia y yo partimos hacia Egipto apenas unas semanas después, a mediados de noviembre, acompañadas de Marianne Brocklehurst, a la cual había tenido el placer de conocer cuando nos encontramos por primera vez con ellas. Fue un privilegio contar con ella. Marianne es una egiptóloga consagrada, sabe mucho sobre el Imperio Nuevo y, desde aquellas veladas con Zoraïde Champollion, se había convertido en toda una experta en la reina Hatasu.

—El nombre completo sería Hatshepsut —me corrigió—. Maatkare Hatshepsut, para ser exactos. Al fin sabemos que fue hija de Tutmosis I y que se casó con su propio hermano, Tutmosis II. Es terrible pensar en las cosas que nos han obligado a hacer a las mujeres a lo largo de la historia. Cuando murió su esposo se atrevió a reinar en solitario… aunque, por desgracia, aún desconocemos los detalles.

—Los descubriremos, no te quepa ninguna duda —dijo Amelia.

Como todo servicio nos acompañaba la doncella de Amelia, Jenny, que apenas daba abasto para ocuparse de las tres, de modo que tuvimos que desenvolvernos lo mejor que pudimos. Viajamos en tren hasta Marsella donde tomamos un vapor que nos dejó en Port Said. Aunque las ruinas de Tanis se encontraban relativamente cerca de la ciudad, era imposible llegar hasta allí por carretera, de modo que hubimos de tomar el tren hasta El Cairo y luego contratar una *dahabiyah* que nos llevara hasta el yacimiento.

Al llegar a la estación me encontré con una sorpresa que me resultó en extremo desagradable. En el mismísimo andén, ataviado con un uniforme militar que no le sentaba del todo mal, me esperaba William, el vástago del aborrecible lord Exeter.

—Señorita Amherst, es un auténtico placer verla de nuevo —me dijo, mientras extendía la mano para ayudarme a descender del vagón.

Rechacé su ofrecimiento y bajé yo sola, remangándome las faldas para no terminar rodando por la estación entre encajes y miriñaques. Le obsequié con la mejor mirada de desprecio que fui capaz de improvisar antes de aventurarme a dirigirle la palabra.

—Lamento no poder decir lo mismo, lord William. ¿Ha optado usted por perseguirme? Ya que sus estrategias de cortejo no han funcionado, ¿pretende usted placarme, como si esto fuera un partido de rugby? Le advierto que me defenderé.

—No sabía que fueras aficionada al rugby, querida —apuntó Amelia—. Una metáfora muy acertada.

—¿Quién es este caballero? —preguntó Marianne, apeándose del tren.

—Se trata de lord William Cecil. Uno de los pretendientes de May. El más insistente, diría yo.

—Qué pesadez, la pobre niña no se libra de los moscardones ni a más de mil millas de Londres.

—En realidad, soy amigo de la familia —balbuceó—. Solo venía a presentar mis respetos.

—Ya están presentados —sentenció Marianne—. Ahora vete y déjanos tranquilas.

—He alquilado un coche de caballos. Sería un honor escoltarlas hasta su hotel. ¿Se quedan en el Shepheard's?

—¿Le envía mi padre, lord William? —pregunté—. No le consideraba el tipo de persona que se presta a espiar a una dama.

—Lo cierto es que fue el señor Flinders Petrie quien me advirtió de su llegada. Coincidí con él en una recepción en la residencia de lord Cromer hace unos días. Me contó que estaba en El Cairo para esperarlas a ustedes y acompañarlas hasta las ruinas de… ¿Tanis?

—¿Y a usted, joven —inquirió Marianne, señalando su uniforme militar—, qué se le ha perdido en El Cairo? La guerra ha terminado, por si no se ha dado cuenta.

—Sirvo a las órdenes del general sir Gerald Graham en la expedición Suakin. Tratamos de reprimir la rebelión mahdista en el Sudán. Estos días me hallo de permiso.

Sentí un instante de arrepentimiento por haber sido tan desagradable con un joven que, después de todo, se estaba jugando la vida por su país, pero enseguida recordé sus planes y me reafirmé en mi posición. William podía dedicarse a jugar a las guerras todo lo que quisiera, mientras me dejara a mí tranquila.

—Querido amigo, me temo que vamos a tener que rechazar tu oferta —intervino Amelia, tras unos instantes de tenso silencio—. Desde el fondo ya se han ocupado de alquilarme un coche que estará a nuestro servicio todo el tiempo que estemos aquí. Mira, ese de allí debe de ser nuestro conductor. Te deseo un buen día.

Dejamos al pobre William prácticamente pasmado, con la boca entreabierta, sin acertar a pronunciar palabra, y nos dirigimos hacia el chófer que, en efecto, nos estaba esperando. Nos trasladamos al Shepheard's, donde nos recibió un Flinders Petrie completamente sumergido en una espiral de caos. Llevaba varios cuadernos en la mano, en los que iba haciendo anotaciones con una pluma

estilográfica sin orden aparente. Cargaba también con un maletín y con varios libros que sujetaba como podía bajo el brazo. Al vernos llegar a la recepción, cambió de dirección como si huyera de nosotras, pero enseguida se dio la vuelta y fue a nuestro encuentro.

—Señora Edwards, está todo preparado. He conseguido contratar a veinte hombres, creo que será suficiente. No nos ha dado para un capataz, pero para eso estoy yo. Tenemos tiendas, provisiones, herramientas, útiles, todo lo necesario. Los hombres ya están en San, preparándolo todo. Mañana mismo podemos abordar la *dahabiyah* y zarpar de inmediato.

—¿San? —le pregunté a Marianne, discretamente.

—San el-Hagar. Es la localidad más cercana a la antigua Tanis. Un poblado de pescadores, no vayas a esperar otra cosa.

La jornada en El Cairo transcurrió casi sin que nos diéramos cuenta entre preparativos y compras de último momento. Por la tarde fuimos invitadas a cenar a la residencia del cónsul británico, lord Cromer, que era viejo amigo de Amelia —como todo el mundo— y también patrono del Fondo para la Exploración de Egipto. Además de alabar el trabajo que estábamos haciendo, no pudo evitar explayarse sobre la situación política.

—Egipto está en paz, sí, pero es solo una ilusión. Los nativos son orgullosos y no aceptan con facilidad el mando británico. Por si fuera poco, tenemos que enfrentarnos a esa maldita sublevación mahdista en el Sudán. Muhammad Ahmad bin Abdullah, el sucesor del mismísimo Mahoma, ¿se lo pueden creer? Es increíble que la gente sea tan supersticiosa.

—Sudán, Nubia, llámelo como quiera —añadió Amelia—. Esas gentes llevan rebelándose contra la opresión extranjera desde tiempos de los faraones.

—Pues le aseguro que con nosotros no podrán. El Imperio británico no dobla la rodilla ante ningún salvaje, por muy Mahdi que sea. Venceremos.

La velada se prolongó un poco más de lo prudente. Nos acostamos tarde y, a la mañana siguiente, nos levantamos con el sol para dirigirnos a la *dahabiyah* lo antes posible. Descubrí con sorpresa que se trataba de la misma embarcación que habían utilizado Amelia y su grupo años atrás, lo cual me trajo a la memoria a la pobre Clorinda. Aunque Egipto no era su pasión, estoy segura de que hubiera disfrutado acompañándonos en aquel viaje.

El trayecto hasta San el-Hagar no fue largo. Íbamos río abajo y la corriente nos acompañaba, de modo que al día siguiente atracábamos en el muelle de aquella minúscula aldea de pescadores, como bien

había dicho Marianne. En mis viajes anteriores, que no habían sido pocos, nunca había estado en un lugar tan humilde. Nos recibió una comitiva de niños de tez oscura, descalzos y ataviados con unas túnicas blancas sorprendentemente limpias, que se arremolinaron a nuestro alrededor pidiendo comida, dinero o lo que fuera que tuviéramos a mano.

—Vamos, vamos, largo de aquí —les gritó Petrie, malhumorado.

Amelia no le hizo caso. Sacó del bolso unas cuantas monedas y se dedicó a repartirlas entre los niños, que saltaban y hacían piruetas de puro gozo. Nos escoltaron entre vítores hasta una pequeña caseta de madera donde nos esperaban unos borricos. Como pude comprobar, aquella era la forma normal de desplazarse en las excavaciones arqueológicas en Egipto.

Lo primero que llamó mi atención fue el cambio en el paisaje. A orillas de Nilo, todo Egipto es más o menos igual: palmeras y papiros que se alternan con tierras cultivadas y un sinfín de árboles y pájaros exóticos. En el Alto Egipto, basta alejarse una o dos millas del agua para adentrarse en el desierto, pero el Bajo Egipto es una amplia zona pantanosa repleta de hierba y vegetación, con amplias zonas dedicadas al cultivo. Aunque había leído sobre ello, no lo había visto con mis propios ojos y he de reconocer que me sorprendió.

Tardamos una media hora en llegar al yacimiento, que era… ¿cómo decirlo? Llamarlo un erial quizá sea la aproximación más sencilla. El verdor que nos había venido acompañando desde que dejamos el muelle desapareció drásticamente para dar paso a un amplio espacio arenoso, gris y salpicado de rocas. No se advertía ningún resto arqueológico concreto, más allá de algunas piedras que quizá en su día habían sido parte de paredes o murallas. En uno de los extremos se había ubicado el campamento, formado por varias tiendas de tela blanca, indistinguibles de las sencillas jaimas de los beduinos.

—¿Puede recordarme, señor Petrie, qué se nos ha perdido aquí exactamente? —preguntó Amelia, poniendo palabras al sentimiento que había invadido a nuestro pequeño grupo.

Un hombre al que reconocí de inmediato salió en ese instante de las tiendas y se dirigió a nosotros con los brazos extendidos: el señor Griffith, el más joven de los tres egiptólogos que habían asistido a la fatídica velada en Lou Casteou.

—¿Se puede saber qué les ha llevado tanto tiempo? —preguntó, exaltado—. Llevo esperándolas desde ayer. ¡No tengo todo el tiempo del mundo! Señora Edwards, permítame que la ayude a desmontar. Señorita Brocklehurst, señorita Amherst, es un placer verlas por aquí.

—No será usted otro de los pretendientes de la pobre May,

¿verdad? —preguntó Marianne—. Doy fe de que estoy dispuesta a contratar a un guardia que los espante.

—¡Me declaro inocente! Ni siquiera sabía que participaría en este viaje. En realidad, estoy aquí para hablar con la señora Edwards… y para asegurarme de que mi amigo Petrie no se deja llevar por sus delirios bíblicos y hace arqueología de verdad.

—Justo estaba a punto de explicarles a las señoras —intervino el aludido, con voz impostada— que la antigua Tanis fue fundada por los israelitas con el nombre de Zoán. Mi propósito con esta excavación es encontrar pruebas que demuestren la existencia de asentamientos hebreos en Egipto en tiempos dinásticos.

—Tonterías —repuso Griffith—. Acompáñenme al campamento, tomaremos el té mientras los mozos se encargan del equipaje.

El joven egiptólogo tomó a Amelia del brazo y, juntos, lideraron el camino hacia las jaimas, seguidos por Marianne. Me entretuve un instante para ayudar a Jenny a bajarse de su montura, ya que parecía poco acostumbrada a los burros egipcios. La doncella salió corriendo tras los mozos para darles instrucciones relativas al equipaje, dejándome a solas con Petrie.

—Este hombre es exasperante. No entiendo qué ve en él la señora Edwards.

Seguimos al resto hasta la tienda más grande del conjunto, que estaba preparada como una suerte de salón moruno, con alfombras, almohadones, banquetas y una gran mesa de madera sobre la que había una tetera de plata, pequeños vasos de cristal y unas bandejas con dátiles. Nos acomodamos mientras el joven Griffith se preparaba para ofrecernos una clase magistral sobre la ciudad perdida de Tanis.

—Tanis se fundó en la XVIII dinastía, en tiempos de Tutmosis I —explicó el arqueólogo, mientras los demás tomábamos un refrigerio y nos acomodábamos en los cojines—. El faraón se enfrentaba a una división religiosa del reino, ya que en el sur se había consagrado el culto a Amón, mientras que, en el norte, los sacerdotes de Ptah mantenían el control desde la antigua capital de Menfis. Tutmosis y sus herederos levantaron Tanis como un centro de culto a Amón, que contrarrestara el poder de Menfis.

—Eso son elucubraciones —protestó Petrie—. Sabemos que la ciudad ya existía en el Segundo Periodo Intermedio, en tiempos de los hicsos…

—O quizá los objetos hicsos que han aparecido en el yacimiento fueron traídos posteriormente, ¿no se le ha pasado por la cabeza, amigo mío? Lo que sabemos a ciencia cierta es que aquí se construyó un importante templo a Amón-Ra en tiempos de los Tutmósidas,

porque el difunto *monsieur* Auguste Mariette, que en paz descanse…

—¿Ha fallecido el director del Departamento de Antigüedades? —pregunté—. No lo sabía…

—Sí, querida —me respondió Amelia—. Ahora tenemos un nuevo jefe, francés, como no podía ser de otro modo, que se encarga de hacernos la vida imposible. Gaston Maspero.

—*Monsieur* Mariette descubrió las ruinas de ese templo, que fue el centro del culto a Amón en el Bajo Egipto. Es en eso en lo que debería centrarse usted, amigo Petrie, y no en encontrar salmos de la Biblia tallados en algún pedrusco.

—Es una hipótesis interesante —murmuró Amelia—. Si, como usted dice, hubo una pugna religiosa en tiempos de los Tutmósidas, con dos grupos de poder enfrentados, eso podría explicar que una mujer subiera al trono… siempre que estuviera en el bando adecuado, por supuesto. ¿Por qué no se queda usted con nosotros, señor Griffith? Estoy segura de que podremos encontrar algo más de presupuesto, y sus ideas sobre Tanis son ciertamente innovadoras.

—Me temo que tengo otro proyecto en marcha, señora Edwards. Pero me atrevo a decir que le va a interesar.

—Le escucho.

—El filósofo e historiador griego Estrabón habla de la existencia de otro templo de Amón en Nubia, el actual Sudán, que también dataría de tiempos de los Tutmósidas… o, concretamente, y según mis propios cálculos, de la reina Hatshepsut.

—¡Eso es un disparate! —protestó, de nuevo, Petrie—. No se sabe absolutamente nada de Hatshepsut, es imposible determinar si ese supuesto templo lo fundó ella, su padre, su hermano, su sobrino… ¡todo ese periodo está inmerso en el caos más absoluto!

—Por eso mismo debemos investigarlo, ¿no le parece? Demostrar si en efecto Hatshepsut fue una reina guerrera que luchó contra los nubios y afianzó la política exterior de su país o si fue una mera concubina venida a más.

—Eso sería extraordinario —apuntó Marianne—. Y terrible, al mismo tiempo. Hay una guerra en Sudán. Los restos que demuestren la presencia de la reina en Sudán podrían perderse para siempre…

—No necesariamente. Nuestros compatriotas dominan todo el norte del país, mientras que los rebeldes mahdistas se han concentrado en Kordofán, en el sur. De acuerdo con mis investigaciones, el templo de Amón debería estar en la antigua ciudad de Kurgus, que debería ubicarse en los alrededores de un lugar llamado Hagar el-Merwa… ¡en el norte! Ahora mismo es territorio seguro, pero no sabemos por cuánto tiempo. Deberíamos ir cuanto

antes.

En la jaima se impuso un tenso silencio, solo interrumpido por las voces de los hombres que trabajaban en el exterior. Amelia se aclaró la garganta y miró a Griffith con gravedad.

—¿Cuándo tiene usted pensado partir hacia Kurgus? ¿De inmediato?

—En cuanto consiga reunir un mínimo de recursos. No necesito mucho: un barco, provisiones, herramientas. Un par de hombres que me ayuden. Podría estar listo para el año nuevo.

—Cuente conmigo, señor Griffith —respondió mi amiga—. Eso sí, espero que no le incomode tener compañía femenina a bordo. Nunca he estado en Sudán.

El joven arqueólogo regresó a El Cairo para preparar la nueva expedición, mientras nosotras permanecíamos en Tanis con Petrie y su equipo. Aunque no puedo decir que fuese la más alegre de las compañías, lo cierto es que para mí fue un periodo de descubrimiento personal que me resultó casi iniciático. Aunque había visitado otras excavaciones con mis padres, nunca había formado parte de una, e introducirme en la rutina diaria de un yacimiento arqueológico fue muy gratificante para mí.

En primer lugar, aprendí a vivir sin muchas de las comodidades a las que estaba acostumbrada. Aunque tenía una tienda para mí sola, el camastro era duro e incómodo, entraba demasiada luz y por las noches hacía frío. La comida era rudimentaria, en el mejor de los casos. Las oportunidades de aseo, escasas. Nos levantábamos al amanecer y nos acostábamos con la puesta de sol, como soldados en un regimiento. Todas estas aparentes contrariedades me hicieron sentir adulta, independiente, capaz de sobrevivir sin el apoyo de mi padre.

Otro factor muy relevante fue que, casi por primera vez en mi vida, me sentí útil. Se me da bien dibujar, no tanto como al querido Howard, pero aun así, pude llevar un registro gráfico de lo que íbamos descubriendo. Soy hábil y estoy acostumbrada a pequeñas manualidades, por lo que enseguida se me confió la tarea de la brocha para limpiar los restos más delicados. También soy meticulosa, una virtud de la que Petrie carece por completo, así que asumí de inmediato el cometido de poner en orden lo que íbamos encontrando.

Para Amelia y Marianne, sin embargo, me temo que aquellas semanas en Tanis fueron más bien tediosas. Ellas son intrépidas aventureras, descubridoras, mujeres de mundo. No el tipo de persona que disfruta en cuclillas frente a un trozo de cerámica enterrado en el suelo, tratando de extraerlo con el menor daño posible. Me atrevería a

decir que se hubieran muerto de puro aburrimiento si no hubiéramos hecho el descubrimiento más sensacional que se haya realizado jamás en Tanis.

—¡Señora Edwards! —gritó Petrie, fuera de sí—. ¡Venga a ver esto! ¡Es asombroso!

No solo Amelia, sino todos nosotros, corrimos a congregarnos a su alrededor. Estaba arrodillado en el suelo, a unas cuantas yardas de las ruinas —que, ciertamente, estaban muy arruinadas— del templo de Amón, contemplando un amasijo de materiales negruzcos de un aspecto muy poco prometedor.

—¿De qué se trata, amigo mío? —preguntó Amelia, intrigada.

—Son papiros, por supuesto. Un número elevado de ellos. Parece que fueron pasto de las llamas en la Antigüedad, pero estoy seguro de que algunas partes aún serán legibles.

—¿Y qué información cree que contendrán? ¿Algún documento histórico, quizá? ¿Religioso? ¿Es posible que se trate de una obra literaria?

—En mi experiencia, lo más probable es que sean listas del inventario del almacén o algo semejante. Pero veremos.

Amelia regresó a su tienda bastante decepcionada y, puedo aventurar, exasperada con el carácter excesivamente prosaico del veterano arqueólogo. En esta ocasión, además, he de decir que su exceso de moderación no estaba justificado. Los papiros de Tanis resultaron ser una suerte de diccionario del idioma jeroglífico del Imperio Nuevo: toda una joya para los filólogos, de mucho mayor valor que la mítica piedra de Rosetta. El padre de nuestra querida Zoraïde hubiera quedado encantado. Amelia supo ver el valor del documento y arregló que fuese enviado a Londres a la mayor brevedad posible, para que los egiptólogos y lingüistas de primer nivel pudieran ponerse a trabajar en él cuanto antes.

Esto fue lo último que hizo Amelia antes de que ella, Marianne y yo abandonáramos el yacimiento para encontrarnos con Griffith en El Cairo. Llegamos a la ciudad el 24 de diciembre, por lo que nos quedamos a pasar la Navidad en la capital. Huelga decir que Amelia era toda una institución, por lo que no supuso sorpresa alguna averiguar que habíamos sido invitadas a la cena de gala en la Residencia Británica por el mismísimo lord Cromer.

Antes de salir del Shepheard's, Amelia nos había advertido de que guardáramos silencio sobre nuestras intenciones.

—Ni se os ocurra mencionar que vamos a embarcarnos hacia el Sudán. Somos tres débiles mujeres que se aventuran en territorio peligroso en medio de una guerra. Harán todo lo posible por evitar

que hagamos el viaje, y si alguien tiene poder para conseguirlo es lord Cromer.

Acudí a la recepción totalmente concienciada de la necesidad de ser discreta, para encontrarme con un ambiente tan británico como la niebla de Londres. El salón estaba adornado con una opulencia que rozaba lo absurdo. Las luces de las arañas de cristal se reflejaban en los uniformes engalanados y los vestidos de seda, creando un mar de brillos y destellos. Las damas, con sus abanicos en mano, parecían mariposas atrapadas en una danza perpetua, mientras los caballeros, en su rígida formalidad, más bien parecían soldaditos de plomo.

La conversación se me antojó un curioso híbrido de trivialidades londinenses y asuntos egipcios, una mezcla de chismes sobre la realeza y debates sobre los recientes descubrimientos en Luxor. Amelia, siempre tan perspicaz, intercambiaba observaciones con varios egiptólogos, mientras Marianne, con su habitual sarcasmo, se limitaba a emitir sentencias demoledoras que dejaban mudos a sus interlocutores al menos por varios minutos. La música, una mezcla de piezas clásicas europeas y alguna que otra melodía oriental, intentaba, sin mucho éxito, competir con el murmullo constante de la multitud. Entre bocado y bocado de exquisitos canapés, no pude evitar reflexionar sobre la ironía de celebrar la Navidad en una tierra tan ajena a los abetos y la nieve, y, sin embargo, tan cercana a la historia de la natividad.

Lord Cromer, anfitrión de la velada, se movía con la gracia de un diplomático experimentado, aunque siempre con ese aire de estar más interesado en los asuntos políticos que en las festividades. Nos dedicó a cada una de nosotras una sonrisa y unas palabras corteses, aunque su mirada parecía siempre estar en otro lugar. Podría decirse que todo iba a pedir de boca, hasta que lord Cromer se acercó a saludar al señor Griffith. Nuestro compañero no optó por la parquedad en explicaciones y se extendió, con todo lujo de detalles, sobre nuestro plan de visitar Sudán.

—¡Es una locura! —clamó lord Cromer, que parecía a punto de engullir al arqueólogo—. ¿Cómo se le ocurre una cosa semejante? Y acompañado, ni más ni menos, por la señorita Edwards y por la hija de William Amherst. ¡Un disparate!

Griffith permanecía en pie con la mirada baja y los brazos a la espalda, como un niño travieso reprendido por la maestra.

—Y por Marianne Brocklehurst, milord —intervino nuestra amiga, haciendo oír su voz en medio del guirigay—. No soy tan ilustre como mis compañeras, pero le rogaría que no se olvide de mí.

—No hace más que ahondar en mi argumento, señorita

Brocklehurst. Si el señor Griffith fuese solo, ya sería una temeridad, pero adentrarse en una zona de guerra con tres mujeres es la insensatez más grande que he escuchado jamás. Señorita Edwards, la tengo a usted por una persona sensata. ¿No le parece que tengo razón?

—El yacimiento que deseamos visitar, milord, se conoce como Hagar el-Merwa —respondió Amelia—. Se encuentra al norte del país, lejos de la zona de hostilidades.

—¡Son ustedes imposibles! Sir Gerald, por favor, écheme una mano.

Uno de los hombres que había a nuestro alrededor carraspeó antes de responder. A juzgar por el uniforme y por los galones que llevaba al hombro, debía de ser el teniente general sir Gerald Graham.

—Aunque es cierto que Hagar el-Merwa es una zona segura en este momento, no hay que descartar un avance de las fuerzas rebeldes…

—¿Ve, milord? —exclamó Amelia—. ¡Es una zona segura!

—¡Me es indiferente! ¡Lo prohíbo! Soy el cónsul general del gobierno de su majestad y desde ya les digo a usted —lord Cromer señaló, en primer lugar, al aterrorizado Griffith—, a usted —continuó por Amelia— y a ustedes dos —y terminó con Marianne y conmigo— que esa disparatada expedición no tendrá lugar. No me haré cargo de la seguridad de un grupo de imprudentes…

—¡Nadie le pide que se haga cargo de nuestra seguridad! —protestó Amelia.

—¿Ah, no? ¿Y a quién cree usted que culpará el primer ministro si les sucede algo? Por Dios, la propia reina Victoria me haría llamar para pedirme explicaciones. No y no, ¡es mi última palabra! —gritó lord Cromer, con el rostro enrojecido, suprimiendo los murmullos que habían comenzado a levantarse.

—Perdón, milord, mi general —una voz titubeante se alzó en medio del silencio. Con espanto, advertí que pertenecía a William Cecil—, pero… ¿y si me ofreciera voluntario para escoltarlos personalmente?

El cónsul tardó unos instantes en reaccionar.

—Explíquese.

—Con permiso, sirvo a las órdenes de sir Gerald en la expedición Suaki. Estoy familiarizado con el terreno y, en caso de peligro, conozco la ubicación de nuestros destacamentos. Es cierto que Hagar el-Merwa se encuentra en una zona segura, pero, si sucediera cualquier contingencia, yo estaría en posición de guiar y proteger a las señoras y a… y al doctor Griffith. Entiendo que se trata de una misión de alto valor arqueológico, ¿no es así, señora Edwards?

—¡Son unos restos de valor histórico incalculable! —exclamó Griffith.

—Señora Edwards… Amelia… —suspiró lord Cromer—, con el corazón en la mano, ¿de veras es tan importante eso que vais a ver?

—Sí, Evelyn. Estamos hablando de la presencia de Egipto en terreno nubio en el segundo milenio antes de Cristo. Máxime en caso de guerra, es preciso documentar el yacimiento antes de que sea destruido.

—Comprendo. Algo así podría justificar el interés anglo-egipcio en el Sudán. Lo permitiré, pero tú, jovencito —lord Cromer extendió su dedo índice hacia William—, serás el responsable.

—Con gusto, milord.

Así fue cómo me vi abocada a embarcarme Nilo arriba hacia un potencial campo de batalla, escoltada por uno de los hombres a los que más odiaba en ese instante preciso de mi vida: el hijo de lord Exeter. Mentiría si no reconociera que fantaseé con la idea de abandonar la misión. Podía alegar cualquier excusa y regresar a Londres. Incluso la verdad hubiera servido: estaba segura de que Amelia y Marianne hubieran comprendido que no sentía ningún deseo de verme acompañada día y noche por mi pretendiente. Pero eso hubiera supuesto dejarlas solas y, la verdad, no pensé que se lo merecieran.

Dos días después de la velada navideña en la Residencia Británica, zarpamos hacia Hagar el-Merwa a bordo de la ya mítica *dahabiyah* de Amelia. Una vez más, no pude evitar que aquel viaje me recordara al que habíamos hecho tantos años atrás con la pobre Clorinda. Dejamos atrás el templo de Philae, Luxor, Asuán, rumbo a la primera catarata.

William… en fin, qué decir. Creo que el pobre estaba más incómodo que yo. No se me ocurre ninguna explicación sensata para el hecho de que se hubiera ofrecido voluntario para acompañarnos. En aquel momento pensé que obedecía órdenes de su padre, ¡hasta llegué a considerar que siguiera instrucciones del mío! Quizá fuese verdad que estaba locamente enamorado. Cosas más extrañas se han oído. Lo que puedo asegurar con toda certeza es que Amelia, Marianne y yo le tratamos tan mal como nos fue posible sin caer en la grosería. Figurábamos no escuchar sus saludos de cortesía, respondíamos con monosílabos a sus preguntas, lo dejábamos al margen de nuestras conversaciones y bromeábamos a su costa cada vez que encontrábamos la ocasión. Nunca, ni una sola vez, ni por error siquiera, hicimos caso a recomendación, consejo o apreciación suya.

Griffith, por su parte, trataba de compensar nuestra abierta

hostilidad con un exceso de cortesía. En definitiva, eran los dos únicos representantes del sexo masculino, quitando a los miembros de la tripulación, y supongo que eso le empujó a mostrar una cierta camaradería. Lo único que consiguió, he de decirlo, es que nosotras lo ignoráramos también a él.

Un par de días después de haber pasado junto al templo de Abu Simbel —logré, tras mucha persuasión, que nos detuviéramos siquiera unas horas para poder admirar las imponentes estatuas—, llegamos a Wadi Halfa, puerta de entrada a Sudán y lugar donde nos encontramos con el primer destacamento militar británico. Era preciso apearse del barco, realizar un breve trayecto en tren para cruzar la primera catarata y después abordar un nuevo vapor. En la estación, los soldados de su majestad amenazaron con no dejarnos pasar porque, según ellos, la situación era cada vez más insostenible y no podían garantizar nuestra seguridad.

—Los rebeldes mahdistas continúan el asedio a la capital —nos explicó el capitán—. Jartum no caerá, de eso pueden estar seguras. Pero los nativos están soliviantados. Es arriesgado.

—Traigo instrucciones del cónsul general —replicó William, sin ni siquiera preguntarnos—. Esta expedición es de carácter estratégico y debe continuar a toda costa.

Nuestro galante escolta exhibió una serie de documentos cuya existencia yo desconocía y fue tan persuasivo en sus argumentos que no solo logró abrirnos paso, sino que otros dos soldados se unieran a nosotros para garantizar nuestra seguridad.

Al día siguiente tomamos un nuevo buque. Esa misma noche, después de la cena, me uní a William en cubierta para tomar el aire. Recuerdo que la brisa nocturna del Nilo me acariciaba el rostro con suavidad, trayendo consigo el aroma fresco y terroso del río, mezclado con el dulce perfume de las flores del loto que florecían en la orilla. La temperatura, sorprendentemente agradable para una noche egipcia, nos envolvía como en un manto de serenidad. La luna colgaba del cielo como un farol, bañando el Nilo en una luz plateada y transformando el agua en un espejo que reflejaba las estrellas centelleantes.

Alrededor de la embarcación, el mundo parecía sumergido en un silencio reverente, roto solo por el suave chapoteo del agua contra el casco de la *dahabiyah* y la llamada lejana de algún animal nocturno. La escena era casi mágica, como si el tiempo se hubiera detenido y los antiguos dioses egipcios vigilasen desde las alturas.

Solo había un inconveniente. William.

Además de la irritación que me causaba, la verdad es que me

reconcomía el no saber a qué obedecía su actitud y estaba decidida a despejar la incógnita. Respiré profundamente, puse los brazos en jarras y le espeté:

—¿Puedo saber qué pretende conseguir con todo esto?

—¿Cómo, pero no es evidente? —repuso, aparentando perplejidad—. He plantado cara a mis superiores, he desobedecido instrucciones directas de mi padre, que me quería en Jartum granjeándome las simpatías de lord Cromer, y me atrevo a decir que me convertiré en blanco de la ira de su señor padre en cuanto se entere de nuestra pequeña aventura. ¿Por qué iba a hacer eso? Para demostrarle que la amo, señorita Amherst. Si quiere ir usted al corazón del Sudán en medio de la guerra, yo la acompañaré. Si quiere enfrentarse al mismísimo Mahdi con las manos desnudas, yo guardaré su espalda. Es usted mi única prioridad, señorita Amherst.

Lo confieso, me quedé sin palabras. Nunca me ha gustado ponerme en evidencia de modo que, a falta de nada mejor que decir, continué el paseo. William me siguió, con una enorme sonrisa pintada en el rostro.

—¿Qué le divierte tanto, lord William? —pregunté, irritada.

—Me atrevería a decir que he anotado un pequeño tanto a mi favor.

—No entiendo que los hombres afronten el cortejo como un partido de rugby, contando los puntos y buscando anotar…

—¿Entiendo entonces que tengo su permiso para cortejarla, señorita Amherst?

Fue mi turno de sonreír, viéndome atrapada en mi propio error.

—¡Como si usted necesitara mi permiso para hacerlo! ¡Buenas noches, lord William!

Corrí de regreso al interior de la embarcación y me dirigí a toda prisa a mi camarote. A mi pesar, las palabras del joven Cecil habían hecho mella en mí. Hasta ese momento, había dado por hecho que seguía instrucciones de nuestros mayores, del eterno patriarcado que gobernaba nuestras vidas, pero… ¿y si no era así? Ciertamente, la misión en la que nos había embarcado Griffith era una locura. Cualquier persona sensata, desde lord Exeter al propio Fardie, habría hecho lo imposible por abortarla. Y, sin embargo, ahí estábamos, rumbo a Hagar el-Merwa.

Huelga decir que nunca llegamos a nuestro destino. El 25 de enero, cuando acabábamos de cruzar la tercera catarata, nos llegaron noticias de que Jartum había caído en manos de los rebeldes. Las fuerzas mahdistas campaban a sus anchas por todo el Sudán e Inglaterra retiraba todas sus fuerzas. Fuimos interceptados por un

destacamento de la expedición Suaki, escoltados a caballo a través del desierto hasta el mar Rojo y puestos en un buque con destino a Port Said, desde donde tomamos otro barco con destino a Génova y, de ahí, continuamos en tren hasta Londres.

William nos acompañó durante todo el camino y continuó con ese particular partido de rugby que había decidido jugar conmigo. ¿Ganó él? No diría tanto. Pero sí que tuvo éxito en convencerme de que me uniera a su equipo. Gracias a él, me di cuenta de que quizá la mejor forma de rebeldía era casarme precisamente con el candidato elegido por mi padre, no para cumplir su voluntad, sino para seguir haciendo exactamente lo que me viniera en gana.

Fue así cómo, poco después de mi regreso al hogar, me convertí en *lady* May Cecil. Amelia, por supuesto, fue la madrina.

9
La estrella de Mill Mountain

El *junior year* en el Grenada College fue extraño. Positivo, pero definitivamente extraño. Liza descubrió facetas de sí misma que hasta aquel momento le habían sido desconocidas. Hizo muchas amigas en el seno de Pi Beta Phi. Además de Kitten, encontró que las otras chicas también podían ser interesantes, a su manera. Le contaban confidencias, pedían su consejo, le preguntaban dudas sobre las asignaturas y, en general, la trataban como a una más. Jamás se había sentido tan cómoda en compañía de otras personas del género femenino. Comenzó a tener cada vez más habilidad para jugar al tenis y practicar natación. Sus pulsaciones en mecanografía eran más que aceptables. También aprendió algunas cosas sobre moda. Hasta que entró en la universidad, el universo entero de la belleza había sido algo completamente ajeno. Una vez allí, la influencia de las otras chicas la llevó a interesarse por temas como el peinado, la ropa o incluso los zapatos.

Su progresiva integración en el mundo de la hermandad la fue alejando, al mismo ritmo, de Joel y Tom. Este último nunca se dejó ver por el Grenada. Tenía intuición de sobra para saber que no sería bien recibido, y su instinto de autoconservación le llevaba a mantenerse lejos. Joel sí que fue con ella y con las otras chicas en un par de ocasiones, pero estas no fueron demasiado agradables con él. No es que le insultaran ni nada por el estilo, pero se intercambiaban miradas y hacían comentarios velados sobre lo, en fin, poco rudo, viril, macho que era su amigo.

¿Cómo se sentía Liza con ese asunto? Se lo preguntaba a menudo y la respuesta era que no demasiado bien. Pero cuando se veía asaltada por esa sensación de incomodidad, de que algo no marchaba del todo como debía, se centraba en el aspecto sin duda más satisfactorio de su primer año como universitaria: los estudios.

Ese era su fuerte.

A pesar de que ninguna de las asignaturas se refería específicamente al antiguo Egipto, que era su verdadero ámbito de interés, el hecho de aprender le encantaba. Blanche, la profesora Colton, se había convertido en algo así como su mentora, y la ayudaba a profundizar en todos los temas que le gustaban. Además, tenía a su disposición una biblioteca más que aceptable —no la de Pi Beta, que era ridícula, sino la de la propia universidad—, donde descubrió libros

sobre Egipto cuya existencia ni siquiera había sospechado. Cuando alguno no estaba disponible, Blanche se las ingeniaba para que la biblioteca lo comprara. Fue así cómo, en sus ratos libres, comenzó a aprender jeroglíficos por su cuenta, empleando la gramática escrita por el erudito británico sir Alan Gardiner. Admiraba de corazón a los británicos. Gracias a ellos, se habían desvelado gran parte de los misterios del antiguo Egipto.

Quizá por todo ello, el anuncio que le hizo Blanche a mediados de primavera la pilló completamente por sorpresa.

—Vamos a cambiarnos de universidad.

—¿Perdón?

—Me han hecho una oferta para dar clase en el Hollins College de Roanoke, Virginia, donde la educación es infinitamente mejor que aquí. Así que he pensado que te vengas conmigo. La Pi Beta Phi también tiene capítulo en Hollins con residencia para las estudiantes, así que ni siquiera tendrás que preocuparte de dónde vivir.

Liza no había planeado irse de casa tan pronto. A medio plazo sí, ya que su objetivo final era marcharse al Instituto Oriental de Chicago, pero eso solo sucedería una vez se hubiera graduado, al menos dos años más tarde. La idea de hacerlo antes era… bueno, ciertamente, novedosa. Y no necesariamente en un mal sentido. ¿Qué dejaba atrás? Estaban las chicas, claro, pero siempre podía venir a verlas, y en Hollins habría otras. Apenas veía a Joel y a Tom. Sus hermanos eran como una raza aparte y sus padres…

—¿Qué tipo de universidad es? Mis padres no me dejarán irme a cualquier sitio. Y dependo de ellos, no puedo pagar los estudios por mi cuenta.

—Es muy parecida a Grenada, pero más grande y mejor. También es exclusivamente femenina. Si quieres, yo misma hablaré con ellos. Y hay posibilidad de obtener una beca, si estás interesada. Con tus calificaciones, no debería de ser un problema.

Dicho y hecho. Blanche habló con sus padres, que al principio se mostraron radicalmente en contra, pero que poco a poco se fueron dejando convencer por la profesora. Liza pidió la beca a la vez que solicitaba la admisión y le concedieron ambas cosas. Terminó el curso en Grenada con un expediente casi perfecto, pasó el verano en la plantación con el resto de su familia y, a principios de septiembre, puso rumbo hacia Roanoke.

Fue el viaje más largo que Liza había hecho en toda su vida. De hecho, nunca había salido del estado de Misisipi, de modo que aquello le supuso toda una aventura. Fueron tres días de autobús en autobús, sola, cargada de maletas y haciendo noche en moteles de carretera. No

habló con nadie en todo el camino, agarrada a su bolso como si en su interior resguardara las valiosas gemas de Gloria Swanson. Por las noches, además de echar el pestillo, atrancaba la puerta de su dormitorio con una silla para evitar que entraran ladrones, violadores y otros peligrosos especímenes contra los que su madre le había advertido. Pasó miedo, sí, y en algún momento se preguntó por qué había decidido meterse en aquel embrollo.

Cuando, al tercer día por la tarde, el coche de línea la dejó frente a la casa de la Pi Beta Phi en el campus de Hollins, pensó que todo aquello había merecido la pena. Era un lugar precioso, con hierba y rodeado de árboles. Las muchachas, de su edad o un poco mayores, paseaban en grupos de dos, tres o hasta cuatro de un lado para otro con libros en la mano, y todas, todas sonreían.

Pensó que quizá podría encajar allí.

Cuando llamó a la puerta, fue a abrir una chica que pertenecía al prototipo Pi Beta por excelencia: tez muy blanca, rubia, media melena perfectamente peinada, un collar de perlas con pendientes a juego y un vestido justo por encima de la rodilla que se ceñía elegantemente a la cadera. Había algo en su mirada, un brillo travieso, una curiosidad que quizá la diferenciara un poco del resto de miembros de la hermandad.

—¡Hola! —la saludó con una amplia sonrisa—. ¿Eres Liza?

—Sí, soy yo.

—¡Te estaba esperando! Blanche nos avisó de que llegarías esta tarde. ¡Pasa, no te quedes ahí! Soy Maggie, tu compañera de habitación. Vamos, te ayudaré con las maletas.

En efecto, cogió la bolsa de viaje más grande y pesada de todas, cruzó el vestíbulo y se dirigió hacia unas escaleras.

—¿Dónde están las demás?

—Ya están todas en la fiesta de bienvenida. Es *rush week*, ¿recuerdas? Te doy el tiempo justo para que te des una ducha y te cambies de ropa, y nos vamos. Ya desharás mañana las maletas.

A Liza no le cupo más que obedecer. Siguió a su compañera hasta su nuevo dormitorio, que era relativamente amplio. Tenía, obviamente, dos camas y dos escritorios, así como una estantería con diccionarios y una pequeña enciclopedia temática.

—¿Y el cuarto de baño?

—Las duchas están fuera, a la derecha. Los retretes están ahí también. Aquí en la habitación tenemos un pequeño tocador para peinarnos, maquillarnos… ¿ves? Tiene enchufe para el secador y todo.

Maggie se sentó sobre una de las camas y la miró con impaciencia, como si esperara que se empezara a desvestir delante de

ella. Liza sintió que el rubor le subía por el cuello hacia las mejillas y más allá, hasta las orejas. Puso una de las maletas encima de la cama, la abrió y empezó a rebuscar sin orden ni concierto algo que ponerse. Extrajo una muda de ropa interior, un vestido *flapper* y unos zapatos y miró a su compañera, confundida.

—¿Las toallas?

—Aquí, toma —contestó, con una sonrisa.

Liza salió a toda prisa del dormitorio y se dirigió hacia la izquierda. Cuando cayó en le cuenta de que se había equivocado, dio media vuelta, encontró al fin los baños y entró. Por fortuna, no había nadie dentro, así que se desnudó a toda velocidad, entró en una de las duchas y abrió el agua. Estaba helada, giró el grifo hacia el otro lado y entonces se quemó. Cerró el agua dispuesta a enjabonarse, pero no encontró champú, ni gel ni nada que se le pareciera. Al parecer, cada una tenía que traer sus propios productos de higiene. Dio el agua fría de nuevo, se frotó lo mejor que pudo sin llegar a mojarse el pelo, cerró el grifo y se secó con la toalla.

Nunca se había sentido tan incómoda llevando a cabo una actividad tan cotidiana como ducharse.

Se vistió allí mismo, hizo un ovillo con la ropa sucia y regresó a la habitación, donde se encontró con Maggie en bragas y sujetador delante del armario. Tropezó, fue hacia su cama con la mirada baja y se puso a buscar su neceser, donde tenía el cepillo y las pinturas. En ese instante cayó en la cuenta de que no había traído secador porque solía usar el de su madre, pero no se había mojado el pelo, de modo que no era un problema urgente.

Quince minutos más tarde, las dos chicas estaban listas. Maggie parecía la modelo de portada de una revista, mientras Liza parecía más bien el *sasquatch* recién salido del bosque y a punto de atacar a una de sus presas.

—¡Estás ideal! —le dijo Maggie—. Vamos, las otras chicas están deseando conocerte.

Liza había asumido que la fiesta de bienvenida era de otra hermandad, pero no, la organizaba la propia Pi Beta Phi en una suerte de pub inglés que habían cerrado para ellas y que estaba a cinco minutos andando de la casa, dentro del propio campus.

El gramófono reproducía una canción de jazz. Las chicas bebían cervezas en la barra, bailaban, se reían. Detrás de la barra, tres camareros de aspecto universitario atendían a las clientas.

—¿Admiten chicos aquí? —preguntó Liza, sorprendida.

—Estamos en un campus femenino, querida, no en un monasterio católico. Los chicos de la Washington and Lee suelen venir por aquí y

nosotras, bueno, nos relacionamos con ellos. En teoría solo está permitido si pertenecen a alguna fraternidad, pero tampoco es una norma superseria, que yo sepa. En general, te dejan salir con quien quieras.

Liza sintió cómo nuevamente se ponía colorada. Había conseguido terminar el curso anterior sin tener que ir a ninguna cita, por mucho que las chicas del Pi Beta, sobre todo Kitten, habían insistido. Había usado todo un abanico de excusas: la cercanía de sus padres, la presión de los estudios, su inexperiencia. Volver cada noche a dormir a su casa había ayudado. No estaba segura de poder hacer lo mismo en Hollins.

Maggie cogió una jarra de cerveza de la barra y se la puso en la mano, la agarró del otro brazo y la arrastró hacia el corazón del pub, donde empezó a presentarle a todas las chicas. Había algo más de variedad que en Grenada y, además de las rubias de busto generoso, las había morenas, altas y bajas, algunas con cuerpo definitivamente atlético, otras entradas en carnes. Todas fueron simpáticas, encantadas de conocer por fin a su «hermana» recién llegada de Misisipi.

—Bienvenida, querida. Soy Camille, la presidenta del capítulo local. Blanche nos ha hablado maravillas de ti, espero que con nosotras te sientas como en casa.

Camille era menuda, algo regordeta y con los labios finos y muy apretados. Liza se fijó en que llevaba un collar que parecía de oro con un colgante que podía ser una esmeralda, y unos pendientes a juego. Por su estilo, su desenvoltura y la forma de moverse, tenía todo el aspecto de ser una niña rica.

—Seguro que sí.

—Si alguien es desagradable contigo o te propone cualquier cosa fuera de las normas, házmelo saber enseguida, ¡y se las verá conmigo!

—¿Normas?

—La más importante de todas: ¡nada de chicos en las habitaciones! Tenemos que mantener nuestra reputación. Pero no te preocupes, no pareces esa clase de chica.

Bailaron, bebieron, rieron. Le contaron algunas de las costumbres locales. Al parecer, el tema de los estudiantes de la Universidad Washington and Lee de Lexington era bastante serio. La Pi Beta estaba asociada con la fraternidad Kappa Alpha, y todos los viernes se organizaba una velada de citas a ciegas de la cual era aparentemente imposible escapar. Maggie le guiñó un ojo y dijo, moviendo los labios pero sin emitir sonido alguno: «No te preocupes».

Liza volvió a la casa con el primer grupo de chicas. Estaba agotada después del viaje y no veía el momento de meterse en la

cama. Aprovechó que Maggie se había quedado en el pub para deshacer su maleta y colocar sus cosas. Acababa de tumbarse cuando llegó su compañera, silbando «Someone to Watch Over Me» y caminando de forma ligeramente inestable.

—¿Estás dormida? —preguntó.

—Aún no.

—Estupendo. —Maggie encendió la luz y comenzó a desvestirse. Se quitó primero los zapatos, después el collar y las horquillas del pelo, se deshizo del vestido, se desabrochó el sujetador y se tiró sobre su cama, sin nada puesto más que unas braguitas de encaje blanco. Liza cerró los ojos y pensó, estúpidamente, que su compañera no se había desmaquillado, así que iba a manchar toda la almohada—. ¿Me das un masaje?

—¿Cómo?

—Las noches de baile siempre acaban con mi espalda. Supongo que debería ir al médico, pero… ¿Me das un masaje, sí o no? Solo cinco minutos.

Liza nunca se había visto en una situación semejante. No tenía ni idea de cómo reaccionar, se sentía terriblemente avergonzada, pero tampoco quería llevarle la contraria a su nueva compañera en el primer día, así que se puso en pie, se sentó en el borde de la cama de Maggie y comenzó a darle golpecitos en la espalda. Lo cierto es que nunca había dado ni recibido masaje alguno.

—¿Así?

—No. Tienes que coger la piel de mi espalda, la carne, y hacer como si estuvieras amasando pan. Así, perfecto. Ahora más abajo… así, justo así.

Liza continuó aquel extraño ejercicio hasta que le pareció que su compañera se había quedado dormida. Aun así, continuó unos minutos más, después se puso en pie, apagó la luz y, de puntillas, regresó a su cama.

Le costó más de una hora conciliar el sueño.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Maggie seguía dormida. Era domingo y las clases no empezaban hasta el lunes. Se aseó rápidamente, se vistió y bajó las escaleras, siguiendo un murmullo de voces femeninas. Varias chicas a las que había conocido la noche anterior estaban en la cocina, cocinando y tomando el desayuno allí mismo, en una mesa de madera. Se unió a ellas, que enseguida comenzaron a hacerle preguntas sobre su vida en Grenada, los chicos de allí, dónde solían ir a bailar y otros temas semejantes. Procuró responder lo mejor que pudo.

—¿Has dejado algún novio allí? —le preguntó Camille, que

estaba entre las madrugadoras.

—No, no, nada de novios.

—Mejor. Te encontraremos uno aquí. Un buen chico de Kappa Alpha.

Estaba terminándose el café cuando irrumpió Maggie con un aspecto impecable, como si fuera una muñeca de porcelana recién sacada de su envoltorio.

—Vamos —le dijo—. Quiero presentarte a alguien. No le digas a él que te lo he contado, pero es uno de los chicos más populares por aquí. Su equipo ganó la medalla de oro de remo en las Olimpiadas de París en el veinticuatro.

Liza se encogió de hombros, dirigiéndose al resto de sus compañeras, dejó su taza de café y siguió a Maggie hasta el exterior de la casa. Frente a la puerta estaba aparcado un coche rojo, uno de esos Ford modelo T que todo el mundo quería y apenas nadie podía conseguir. Tras el volante había un joven guapo, moreno y de ojos verdes, que aparentaba algunos años más que ellas. Su amiga saltó a su lado y le indicó a Liza que subiera también.

—¿No es solo de dos plazas? —preguntó, recelosa.

—¡Nadie va a decirnos nada! Liza, este es mi novio, James. James Stillman Rockefeller. ¿Cómo es tu nombre completo, querida?

—Elizabeth Thomas —respondió, subiéndose con cuidado al coche, para lo cual tuvo que agarrarse a uno de los reposabrazos. Era más alto de lo que parecía—. ¿Rockefeller, Rockefeller, como John Rockefeller?

—Es mi tío, sí.

Liza recordaba con toda claridad la carta que había encontrado en Egipto, en la plantación de su hermano, adherida al extraño ataúd metálico. Sintió que se le aceleraba el corazón. ¿Debía hablarle de Clorinda? ¿De su cuerpo extrañamente preservado a través de los años? ¿Y qué iba a decirle, exactamente?

El momento pasó. James arrancó el coche, aceleró y salió a toda velocidad del campus.

—¿Adónde vamos?

—¡A divertirnos! —gritó Maggie.

Atravesaron las calles de la zona residencial de Roanoke, que Liza aún no había tenido tiempo de visitar. Hacía un precioso día de septiembre, el sol estaba alto en el cielo y apenas había algunas nubes. Se fueron alejando cada vez más del área urbanizada en dirección a una montaña completamente cubierta de árboles. Continuaron por un camino serpenteante que ascendía hacia la cumbre, hasta que llegaron a una enorme estrella de luces que tenía aspecto de iluminarse por la

noche.

—La estrella de Mill Mountain —anunció James—. El mejor sitio de toda la ciudad para pasar un buen rato.

Maggie saltó del coche y extrajo del portaequipajes una enorme manta y una cesta de mimbre. Extendió la manta sobre el suelo y le hizo un gesto a James, que sonrió ampliamente y fue a reunirse con su novia. Se tumbó sobre ella y, para enorme consternación de Liza, comenzó a besarla. No se trataba de un beso fugaz, sino de uno apasionado y, sobre todo, prolongado, que iba acompañado de caricias en zonas muy íntimas.

Liza seguía en el coche. Miró al frente, tratando de no ver lo que ocurría tras ella. Una vez más, se encontraba en una situación en la que carecía de la más mínima experiencia. ¿Qué se suponía que debía hacer? No se le ocurría más que esperar, pero los minutos pasaban despacio y aquel beso se le estaba haciendo increíblemente largo.

—¿Vienes? —preguntó Maggie—. Hay sitio para ti.

Lizo giró el rostro lo justo para ver cómo su compañera y James le hacían gestos con los brazos, indicándole que se acomodara entre ellos. Volvió a fijar la vista al frente y se quedó quieta, muy quieta, durante lo que le parecieron horas, hasta que ambos volvieron a reunirse con ella en el coche. Maggie estaba sonrojada, los labios algo hinchados y con el pelo revuelto.

—No has comido nada —le dijo James, ofreciéndole un plátano. Liza sintió cómo se ponía completamente roja—. Vamos, os dejaré en el campus. Tengo que irme.

Hicieron el resto del camino en silencio. En cuanto el automóvil se detuvo frente la casa de las Pi Beta, Liza se apeó y subió corriendo a su habitación, donde se tumbó en la cama con la almohada sobre la cabeza. Al cabo de unos diez minutos se levantó, se alisó el vestido y decidió explorar la casa. Pronto descubrió la biblioteca que, aunque no era nada del otro mundo, desde luego era mucho mejor que la que tenía la hermandad en Grenada. Aparte de una enciclopedia y tres diccionarios, solo había novelas románticas, pero aun así tomó una y se pasó el resto del día encerrada allí, leyendo historias que no le interesaban en absoluto y a cuya trama, si había de ser sincera, no prestó ninguna atención.

El sonido de unos tacones le anunció que tenía visita.

—Es la hora de cenar —dijo Camille—. Nos gusta que todas las residentes participen en las actividades comunes.

—Por supuesto. Ahora mismo voy.

—¿Estás bien?

—Sí, claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—¿Quizá ha sido un error adjudicarte a Maggie de compañera? No me malinterpretes, es una buena chica, pero… un espíritu libre. Si te molesta, dímelo. No quiero que te distraiga de tus estudios ni que te haga sentir incómoda.

—No, no, en absoluto.

Liza se puso en pie, dejó el libro que estaba leyendo en su sitio y siguió a Camille hasta el comedor. Maggie estaba allí, pero maniobró para sentarse en la otra punta, donde apenas pudiera verla, y se dispuso a hablar animadamente con sus compañeras. Les preguntó sobre temas que sí le interesaban, como los profesores, las asignaturas o la biblioteca de la universidad. En cuanto acabó de comer, se disculpó y regresó a su cuarto para acostarse.

Maggie entró apenas unos minutos después de que Liza hubiera apagado la luz. Sin hacer casi ruido, se sentó al borde de su cama y le preguntó en susurros:

—¿Estás enfadada?

—No.

—¿No te ha gustado James? Es buen chico, pero puede ser un poco pelmazo. Y muy creído, se considera el chico más guapo del mundo, el mejor deportista, el que tiene más dinero. ¿Has visto esto?

Su compañera corrió al escritorio, abrió uno de los cajones y extrajo un ejemplar de la revista *Time*. En la portada se veía a James con una sonrisa bobalicona y un jersey con una enorme letra Y. Debajo podía leerse: «Capitán Rockefeller».

—No sabía que era famoso —dijo Liza.

—Es muy popular. Todas las chicas quieren salir con él, pero nosotras no tenemos por qué hacerlo, si tú no quieres.

No supo cómo decir que realmente prefería no volver a verlo, de modo que no dijo nada. Maggie se puso en pie, se quitó el vestido, abrió la cama de Liza y se acostó junto a ella, abrazándola. Solo llevaba la ropa interior. Al cabo de unos minutos su respiración se fue haciendo cada vez más regular y Liza se dio cuenta de que se había dormido.

Ella tardó bastante más en conseguirlo. Cuando abrió los ojos a la mañana siguiente, ya no había rastro de su compañera.

Se enfrentó al primer día de clase en Hollins mucho más confundida de lo que le hubiera gustado. Por fortuna, tenía a Blanche, la profesora Colton, a primera hora. Seguía enseñando lengua inglesa, aunque aquel curso iba a centrarse en autores británicos de los siglos XVIII y XIX. Ella estuvo maravillosa, como siempre, y sus compañeras fueron mucho más participativas que en Grenada. En efecto, se apreciaba que el nivel académico era superior. Fue confirmando la

misma sensación durante el resto de la jornada. Todos los profesores le parecieron excelentes y las otras alumnas bastante brillantes. Habló con varias de ellas, muchas que ni siquiera pertenecían a la Pi Beta, y poco a poco se fue disipando su inquietud.

A pesar del extraño inicio de su aventura en Virginia, comenzaba por fin a relajarse. Quizá estuviera cómoda allí, después de todo.

Por la tarde la invitaron a participar en alguna de las actividades deportivas de la hermandad. Liza ya se había acostumbrado a que el deporte era un elemento fundamental de la vida en Pi Beta y había conseguido adquirir cierta habilidad con el tenis y la natación, disciplinas que planeaba seguir practicando en Hollins.

Cuando regresó a la casa justo antes del anochecer, estaba agotada. Cenó con sus compañeras, percatándose de que Maggie no estaba presente, y se fue a su dormitorio a estudiar un poco y acostarse. Estaba ya en la cama cuando llegó su compañera.

—¡Estoy muerta! ¿Me darías uno de esos magníficos masajes tuyos?

Liza dudó unos instantes antes de contestar.

—No estoy segura de que me guste dar masajes.

—Está bien, te lo daré yo a ti. Ponte bocabajo. —Maggie apoyó las manos en las caderas y se quedó mirándola fijamente hasta que, al fin, Liza decidió obedecer. Su compañera se montó a horcajadas sobre ella y comenzó a masajearle la espalda. Solo llevaba puesto el camisón y la ropa interior, por lo que el contacto le resultó muy íntimo… no necesariamente de un modo desagradable—. Ahora, date la vuelta.

Una vez más, obedeció.

Su compañera se le quedó mirando con una expresión muy intensa pintada en el rostro. Tenía los ojos muy abiertos y la boca temblorosa. Sin apartar la mirada, colocó ambas manos sobre sus pechos y los acarició a través de la tela. Después se inclinó y la besó. Fue un beso breve, pero dulce. Enseguida se incorporó y le dirigió una sonrisa traviesa. La intensidad parecía haber desaparecido.

—Seguro que ahora duermes mejor.

Se levantó, se desvistió y se dirigió a su propia cama, dejando a Liza temblorosa, confundida y con una sensación de calor en el vientre que nunca había sentido. Aquella noche le costó aún más de lo habitual conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, cuando despertó, se encontró con Maggie sentada sobre su cama, mirándola fijamente.

—Eres preciosa —le dijo.

Se levantó, le dio un beso en los labios y salió de la habitación.

Esa semana, a Liza le resultó difícil concentrarse en las clases.

Alcanzar sus metas académicas era el motivo por el que estaba en Hollins y, sin embargo, era incapaz de centrarse en nada que no fuera Maggie. Tenían algunas clases juntas, y en esas no podía evitar mirarla por el rabillo del ojo cada pocos minutos para comprobar si ella también la estaba mirando. Cuando los ojos de ambas se encontraban, las dos sonreían. Se buscaban por los pasillos y en los descansos, aunque no se sentaban juntas, la una no apartaba la vista de la otra.

Por las noches se repetía la rutina del masaje, y los besos eran cada vez más largos e intensos.

Era ya jueves cuando coincidieron por primera vez en el cuarto de baño. No había nadie más, así que intercambiaron un beso rápido y furtivo. Fue la primera de muchas veces, porque, desde entonces, comenzaron a encontrarse en lugares apartados con el fin de compartir unos instantes de intimidad.

Liza no le daba muchas vueltas a lo que estaba sucediendo. Es decir, pensaba en Maggie todo el tiempo, en sus labios, en la suavidad de su piel, en el tacto de sus pechos a través de la tela del camisón. Pero no se planteaba si aquello era una amistad, un romance o qué era. Se limitaba a vivirlo, arrasada por la novedad de una sensación que nunca había experimentado.

Quizá por eso le sorprendió tanto cuando, el sábado siguiente por la mañana, Maggie le propuso que volviera a salir con ella y con James.

—¿James? —preguntó.

—Sí, mi novio.

La pregunta la pilló tan desprevenida que aceptó. James volvió a recogerlas con su coche y su sonrisa de niño guapo y condujo de nuevo hasta Mill Mountain. Cuando aparcaron junto a la estrella, esta vez Maggie la tomó de la mano y tiró de ella para que se apeara. Extendió la manta sobre la hierba y prácticamente la obligó a tumbarse. Después se tumbó junto a ella, la abrazó y comenzó a besarla. James no tardó en unirse, se colocó detrás de ella y le besó el cuello.

Liza se incorporó al instante.

—No me siento cómoda.

—¿Por qué no? —preguntó Maggie—. Llevamos haciéndolo toda la semana.

—Bueno, tú y yo… pero… él…

—¿Habéis estado siendo traviesas sin mí? —preguntó James, en un tono burlón—. Debería enfadarme con vosotras. Habéis sido unas niñas malas.

—Muy malas —dijo Maggie, siguiéndole la broma.

En vez de mostrarse enojado, se incorporó también, la agarró por la cintura y trató de besarla en los labios. Liza se apartó e intentó ponerse en pie, pero James la tenía sujeta y no lograba zafarse de él. Con la otra mano le tocó el pecho, pero no con la suavidad que solía emplear Maggie, sino con fuerza. Le hizo daño. Sus labios seguían buscando los suyos y, al no encontrarlos, comenzó a lamerle la mejilla, para después morderle la oreja y susurrar:

—Vamos, si lo estás deseando… Maggie, ¿por qué no nos dejas solos un rato?

—¡No, por favor! —chilló Liza.

—Tranquila, no pasará nada.

Maggie le dio un beso suave en la mejilla, se levantó, se alisó la falda y fue al coche como si buscara algo que se le hubiera olvidado. James aprovechó la situación para subirse por completo encima de Liza, inmovilizándola con las piernas y con la mano derecha. Con la otra, le desabrochó la blusa y comenzó a estrujarle los pechos.

—Por favor, para… —susurró, sintiendo que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Sois todas iguales. Lo único que os hace falta es un hombre de verdad que os enseñe lo que necesitáis, ¿verdad?

Mientras hablaba, su mano abandonó sus senos y comenzó a pelearse con la trabilla de su falda. Logró abrirla. Deslizó los dedos por debajo, localizó sus braguitas, las apartó y, sin previo aviso, los sintió dentro de ella. Un dolor punzante y abrasador le taladró el vientre.

—¡No, por favor!

—James —se oyó la voz de Maggie un poco más allá—, creo que Liza está realmente incómoda, quizá deberíamos dejarlo.

—¿Dejarlo? Pero mira cómo me tienes…

James le soltó las manos y las dirigió hacia su entrepierna, donde Liza sintió algo duro y palpitante. Aprovechó la ocasión para propinarle una bofetada a su agresor y empujarlo con toda la fuerza de sus piernas, consiguiendo al fin deshacerse de él.

—¡Basta! —gritó—. ¡No quiero!

Se puso en pie y echó a correr. No tenía idea de a dónde dirigirse, pero aun así no se detuvo, sino que continuó alejándose de allí todo lo rápido que pudo. A lo lejos, oyó a Maggie que la llamaba.

—¡Liza! ¡Vuelve!

No hizo caso. Corrió y corrió durante varios minutos. Comenzaba a faltarle la respiración, así que se detuvo para tomar aire y colocarse un poco la ropa. No sabía dónde estaba, pero seguía oyendo voces y no quería que la encontraran, así que se obligó a seguir caminando.

Cada vez se encontraba más perdida. Su intención era volver al camino de grava para, desde allí, descender de la montaña y, ya en la carretera, hacer autostop para regresar al campus. Pero luego pensó que James y Maggie seguramente usarían esa misma ruta, de modo que intentó encontrar otra forma de bajar.

Estuvo horas deambulando en el bosque. Cuando al fin llegó a la carretera, aún tuvo que andar dos o tres millas antes de encontrar un coche que se detuviera y la llevara hasta la universidad. Al llegar, Camille la estaba esperando en la puerta con expresión severa. La agarró por el brazo y la llevó a la pequeña habitación que utilizaba como despacho.

—Ha habido una denuncia muy grave sobre ti —le dijo—. En Pi Beta Phi no toleramos ese tipo de comportamientos.

—¿Qué quieres decir?

—James Rockefeller nos ha contado que estás molestando a su novia, a Maggie Wise Brown, con comportamientos pecaminosos y antinaturales. Sé que Maggie puede ser un poco extravagante, así que quiero darte la opción de defenderte. —En vez de responder, Liza sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas. Cerró los ojos y negó con la cabeza—. ¿No niegas las acusaciones, entonces?

—Yo… yo… —tartamudeó—. Yo no he pretendido molestar a nadie.

—¿Ha habido actos contra natura? —Liza ni siquiera sabía bien qué significaba aquello, de modo que no dijo nada—. Está bien, el comité disciplinario se reunirá y habrá consecuencias. Por descontado, hoy no podrás dormir aquí, no puedo poner en riesgo a tus compañeras. Búscate un motel o un hostal para dormir.

—¿Puedo subir a por mis cosas?

—Tienes cinco minutos.

Cuando llegó al dormitorio, se encontró a Maggie sentada encima de la cama. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Al verla, se levantó e intentó abrazarla, pero Liza se alejó.

—Perdón, tienes que perdonarme —dijo—. Te estuvimos buscando por todas partes. Al final decidimos ver si habías conseguido llegar hasta aquí, si alguien te había traído. Yo no tenía ni idea de que James pensaba hacerlo. Se bajó del coche, fue a buscar a Camille y se lo dijo todo.

—¿Tú le contaste que yo te estaba molestando?

—¡Claro que no! Él me estuvo preguntando qué cosas habíamos hecho durante la semana y, bueno, quizá le dije que tú habías tenido la iniciativa, pero en ningún caso…

Liza no quiso seguir escuchando. Puso la maleta encima de la

cama y empezó a meter cosas al azar, mientras las lágrimas seguían fluyendo y procuraba controlar los sollozos. La cerró de un golpe y salió corriendo de la habitación.

Al día siguiente la llamaron al despacho de la decana de la universidad. No la había visto hasta entonces. Fue la primera y la última vez, porque ella se encargó de notificarle que había sido expulsada de la hermandad y de Hollins.

Tendría que abandonar el campus cuanto antes y, con él, todos sus sueños.

10
Gran esposa real

Lloré la primera vez que mi pequeña sangró. Tenía apenas nueve años y, aunque a los ojos del mundo se había convertido ya en una mujer, yo sabía que seguía siendo una niña. A pesar de su madurez, de su inteligencia, de su sentido de la responsabilidad, era solo una niña. A pesar de que su cuerpo había empezado a desarrollarse y a tomar formas de mujer, no era más que una niña.

No se le concedió el derecho a disfrutar de su infancia. Había alcanzado la edad núbil y, por tanto, debía cumplir su destino y casarse con su hermano Tutmosis.

—Eres como la gallina clueca que no soporta apartarse de sus polluelos —me dijo mi madre, con su sensibilidad habitual—. Tu protegida será reina y tú te has ganado un lugar a su lado. Deberías estar contenta de que se case. Así tendrás tiempo para ti.

—¿Para mí? ¿Y qué iba yo a hacer con tiempo para mí?

—Podrías volver a casarte. El preceptor Paheri te mira con ojos tiernos y es de muy buena familia. Si te unes a él, tu futuro estará asegurado de una vez por todas y yo, al fin, podré descansar de esta carga que me ha tocado contigo.

Muy a mi pesar, me sonrojé.

—Es demasiado pronto —respondí, esquivando el tema—. Hatasu es solo una niña. No debería casarse tan joven.

—Cuanto antes, mejor. Hay que sellar el trato.

Aunque todo lo relativo al matrimonio de la princesa me resultaba aborrecible, la noche de bodas era especialmente aterradora para mí. Sabía que los príncipes estaban obligados por la ley y la costumbre a consumar su matrimonio, y la idea me encendía de rabia. Mi pequeña, sin embargo, se consagró a los preparativos con el mismo ánimo y disposición con que afrontaba cualquier reto. Tras una de nuestras sesiones con Paheri —a las que, por descontado, continuaba asistiendo Tuty—, le solicitó que le ofreciera alguna guía para afrontar las nuevas tareas que tendría que ejecutar como esposa.

Su prometido, mucho más tímido y reservado que ella, enrojeció desde el cuello hasta las orejas y agachó la cabeza como si deseara desaparecer. En cuanto a mí, sentí deseos de que el gran halcón Horus me agarrara con su pico y me sacara volando de allí.

—Hay abundante literatura al respecto —respondió el preceptor —. Puedo buscar algunos papiros que ofrecen instrucciones muy

detalladas. Podemos estudiarlos juntos, en nuestras clases.

—De ninguna manera —atajé—. Es un tema privado, la princesa lo estudiará en solitario.

—Como desees, dama Sitra. Buscaré el material cuanto antes.

—Te estaré muy agradecida —respondió Hatasu.

Paheri apareció a la mañana siguiente, provisto de varios rollos de papiro. Durante los siguientes días, la princesa se entregó a su estudio con auténtica fascinación. En algún momento se dirigió a mí con preguntas de naturaleza anatómica, pero ¿qué sabía yo? Apenas había tenido ocasión de yacer con mi difunto esposo en dos ocasiones antes de que partiera a la guerra y pereciera a manos enemigas. Mi recuerdo de lo que acontecía entre hombre y mujer era desagradable y más bien confuso, por lo que me vi incapaz de encontrar palabra alguna que pudiera servirle de orientación.

Por suerte, la Señora no compartía mi ignorancia sobre las artes amatorias. La siguiente vez que Nefertari acudió a sus aposentos, Hatasu la asaeteó a preguntas.

—Todo eso está muy bien —respondió la reina—, pero, antes de nada, debes tener algo muy claro. Has de evitar a toda costa quedarte embarazada.

Mi pequeña la miró con desconcierto.

—Abuela, siempre logras sorprenderme. ¿Acaso no es mi función darle a Egipto un heredero? Todos estos papiros hablan de la fertilidad de la mujer y de la importancia de concebir hijos.

—Esa es la labor de una gran esposa real, en efecto. Pero tu destino no es ese. Tu destino es convertirte en faraón. Si concibes un hijo varón, él se convertirá automáticamente en el heredero de tu esposo y tú quedarás despojada de cualquier pretensión al trono. Debemos garantizar que se cumpla la profecía.

Hatasu se tomó unos instantes para contestar.

—¿No deberíamos dejarlo en manos de Amón?

—¿Acaso no te he enseñado nada? Amón trabaja a través de nosotras. Haz como te digo: no te quedes embarazada.

—¿Y cómo he de hacer tal cosa?

—Es sencillo. El príncipe Tutmosis, además de débil y enfermizo, es inexperto…

—Abuela, Tuty ha mejorado mucho de salud.

—No me interrumpas. Tu esposo desconoce cómo funciona el cuerpo. Aprende en estos papiros cómo darle placer, eso le mantendrá contento. Simplemente, evita que derrame su simiente dentro de ti. Con eso estaremos a salvo.

El faraón había decidido permanecer en Tebas para el enlace de

los dos únicos hijos que le quedaban. Tal y como había prometido, había involucrado a Hatasu en todas las tareas de gobierno. Solía hacerla llamar para que lo acompañase cuando concedía audiencias, a la hora de impartir justicia o cuando recibía informes de los escribas, sacerdotes y superintendentes. A menudo yo estaba presente, escondida entre los criados, y me enorgullecía del buen juicio que demostraba mi pequeña.

Una de las áreas que más fascinaban a mi princesa era la de construcción de monumentos. Tutmosis también era un gran constructor, por lo que ambos se encerraban durante horas en compañía del arquitecto real y sus ayudantes para diseñar nuevas ampliaciones en Karnak, planear obras en la rebelde Nubia o erigir templos en el Bajo Egipto. Uno de sus proyectos más ambiciosos fue la construcción de una nueva ciudad a la que llamó Tanis, como un centro de culto a Amón que contrarrestara el poder de Menfis. Hatasu se entusiasmó especialmente con esta idea y participó personalmente en el diseño de un gran templo en honor al rey de los dioses.

Uno de los jóvenes arquitectos tenía un espíritu especialmente despierto e ideas originales que con frecuencia desconcertaban a sus mayores. Se llamaba Senenmut y, a pesar de sus orígenes humildes, leía y escribía con soltura y poseía unos modales tan refinados que podían pasar por femeninos. Sus facciones eran bellas y delicadas, con grandes ojos negros y almendrados y la piel dorada de las gentes del desierto. Hatasu y él se hicieron amigos al instante, y juntos concibieron la idea que cambiaría el modo en que los reyes viajan a la eternidad. El arquitecto real estaba presentando los planos para la construcción de la tumba de Tutmosis cuando los dos jóvenes lo interrumpieron.

—La vieja necrópolis de Tebas es pasto de los ladrones de tumbas —señaló Senenmut—. Lleva cientos de años en uso y reinas y faraones han de compartir espacio con gente común del pueblo. ¿Por qué no buscar otro lugar?

—¿Tienes alguna propuesta, jovencito? —inquirió su superior.

—La tenemos —respondió mi niña—. A algunos estadios de Tebas, en la orilla occidental del Nilo, hay una escarpada cadena montañosa. Es un lugar recóndito y de difícil acceso. Si excavamos allí tu tumba, padre, bajo el suelo, los saqueadores nunca darán con ella y se preservará intacta para toda la eternidad.

—Podría ser un lugar reservado únicamente para los faraones —añadió Senenmut con voz soñadora—. Un Valle de los Reyes, a semejanza del Amenti donde reina Osiris.

—Me gusta a idea —respondió Tutmosis con una sonrisa—.

¡Hágase!

Además del diseño de tumbas y monumentos y la administración del reino, mi pequeña tenía otras tareas. En tanto que esposa del dios, ocupaba un lugar prominente en el gobierno de las tierras y los templos del dios Amón, que por aquel entonces ya era el propietario de casi la mitad de Egipto. Junto al sumo sacerdote Minmontu, Hatasu supervisaba el culto, recibía informes sobre el estado de las cosechas, repartía el grano reservado para el pueblo y llevaba el cálculo de las crecidas del Nilo.

No cabía duda de que se había convertido en una hábil jugadora en la particular partida de *senet* que se disputaba en la corte.

Así, lenta y pesadamente, fueron transcurriendo los días hasta la boda. He oído decir a los enviados que acuden a Tebas desde lugares lejanos que en ciertos países es costumbre celebrar una gran fiesta el día en que dos personas deciden compartir sus vidas. A mi modo de ver, tiene mucho sentido. Contraer matrimonio señala el paso de la infancia a la vida adulta. Los cónyuges abandonan el hogar de su padre y de su madre para fundar el suyo propio. Es uno de los cambios más drásticos que puede experimentar un ser humano. Y, sin embargo, en Egipto no se celebra fiesta alguna; a menudo, ni tan siquiera se oficia un ritual para implorar a los dioses que bendigan la unión. Un buen día, la muchacha se marcha a vivir con su prometido e informa de ello a sus padres. Así lo hice yo con mi difunto esposo y así lo han hecho la inmensa mayoría de mujeres egipcias desde tiempos inmemoriales.

En el caso de mi pequeña Hatasu, la situación fue ligeramente distinta ya que, en vez de cambiar de residencia, continuó habitando sus propias habitaciones en el harén real. Tuty lo había abandonado unos años atrás para trasladarse al palacio de los hombres en cuanto alcanzó la edad viril y fue proclamado formalmente príncipe heredero. Fui yo la que debí dejar los aposentos de la princesa y ocupar un dormitorio propio, mucho más pequeño y humilde y situado en un ala remota del harén. Era la primera vez en mi vida que iba a dormir sin compañía, ya que había pasado de la casa de mi padre a la de mi esposo y de ahí a la de Hatasu y… la verdad, me sentí sola.

Llegó, al fin, la noche de bodas, el auténtico hito que consumaría el matrimonio de los dos príncipes. Por una vez en la vida, pude detectar que mi pequeña estaba nerviosa. Me dolió no poder hacer nada para evitarle aquel trance, aunque mi único consuelo era saber que el pequeño Tuty estaba aún más aterrado que ella. Como nodriza de la princesa, fue mi responsabilidad ayudarla a asearse y vestirse para la gran noche. Yo misma le preparé el baño con pétalos de rosa,

unté su cuerpo con aceite de sándalo y le ceñí el vestido de lino blanco. Me miró con rostro empalidecido y trató de esbozar una sonrisa.

—¿Me dolerá, Sitra?

—Ojalá pudiera decirte otra cosa, pero me temo que sí.

—¿Y a él?

—Lo ignoro.

—Tuty es mucho más frágil que yo, tendré que cuidarlo bien si no deseo verme obligada a llamar a los médicos. Algunas de las posturas que he estudiado en esos papiros son ciertamente atléticas, no creo que mi hermano pueda ejecutarlas sin hacerse daño.

No pude evitar que las lágrimas fluyeran por mis ojos. Le acaricié la mejilla y la envolví en un abrazo.

—Solo procurad divertiros. ¿No has jugado con tu hermano tantas veces a lo largo de tu vida? Pues así ha de ser esta noche. Tan solo un juego más.

Tratando de contener las lágrimas, abandoné los aposentos de la princesa. En la puerta me encontré con Tuty, que lucía aún más pálido y desmejorado que su hermana. Temblaba de la cabeza a los pies y el sudor le bañaba la frente.

—No puedo hacerlo, Sitra. No puedo.

—Claro que sí. Piensa que es solo un juego.

Me marché llorando a lágrima viva, pensando que dejaba tras de mí a dos niños obligados a jugar a que eran adultos.

Tras aquella noche, nuestra vida se estabilizó en torno a una nueva normalidad. Me acostumbré a dormir sola, aunque, en ocasiones, me asaltaban las pesadillas o me despertaba cuando la luna aún estaba alta en el cielo, segura de que a mi pequeña le había sucedido algo. Me deslizaba de puntillas hasta sus habitaciones y comprobaba con alivio que dormía tranquila. Alguna vez llegué a atisbarla con su hermano, ya esposo. Creo que ambos hicieron caso de mi consejo y jugaban como los niños que eran, algo que sin duda hubiera complacido a la Señora, ya que el riesgo de embarazo era más bien nulo.

El faraón partió de vuelta a sus campañas militares en cuando vio a sus hijos casados, tal y como marca la tradición. El reino de Kush seguía dando problemas y Tutmosis estaba decidido a someterlo por completo antes de pasarle el testigo a sus hijos. En su ausencia, Pahemred, el sumo sacerdote de Ptah al que yo había aprendido a despreciar, seguía desempeñando la función de visir. La corte seguía dividida entre los partidarios de Amón y los de Ptah y, en ausencia del faraón, era imposible que uno lograra imponerse al otro. La situación

se agravaba porque el hijo de la adoratriz Huy y Minmontu, Menkheperre, que estaba llamado por la tradición a ocupar el cargo de sumo sacerdote de Amón a la muerte de su padre, estaba entregado al bando de Pahemred. La posibilidad de que un sumo sacerdote de Amón no fuera leal a Amón se me antojaba un anatema, pero, al parecer, era una opción más que probable.

Mutnofret, que a pesar de la muerte de sus hijos mayores no cejaba en sus intrigas, aprovechaba su amistad con él para desplazar a Hatasu de los asuntos de gobierno cada vez que tenía ocasión. En vez de a ella, hacía llamar a su hijo para que despachara junto al visir en tanto que heredero al trono, a pesar de que el joven tenía muy poco interés en ese tipo de asuntos.

—Yo tengo mucho trabajo como esposa de Amón y el pobre Tuty también merece su espacio —me respondía la princesa cuando yo argumentaba que debía hacer que se respetara su posición—. Además, Mutnofret es su madre. No debemos enemistarlo con ella. Créeme: mi hermano no supone ningún riesgo para los designios de Amón.

A pesar de sus reparos, no cejé en mis empeños, en parte empujada por mi madre, que veía peligros y amenazas a cada paso. Acudimos a la Señora, que se embarcó en una más de sus continuas peleas con Mutnofret, sin lograr resultado alguno. Viéndome impotente, terminé por compartir mis inquietudes con Paheri, que fue quien finalmente encontró la fórmula para solucionar el entuerto.

—El faraón me ha encargado la instrucción de los dos príncipes —le explicó a Pahemred—. A partir de ahora, asistiré con ellos a todas las audiencias que concedas como visir, para luego poder explicarles tus decisiones y así prepararlos para su futura dignidad.

Así, envuelto en el proceso de tutelaje, ni tan siquiera Pahemred pudo encontrar inconveniente alguno, y mi Hatasu volvió a ocupar su puesto junto al trono, en compañía de su hermano, en todos los asuntos de Estado.

La noche después de nuestra victoria contra Mutnofret y sus seguidores, recibí una visita en mis aposentos. Se trataba de Paheri.

Yo aún no me había acostado. Él se asomó tímidamente, dando unos golpecitos en la puerta antes de entrar. Le indiqué que lo hiciera, dio unos pasos y se quedó plantado en medio de la estancia. Tenía la tez sonrojada, la espalda encorvada y los ojos esquivos.

—Dama Sitra… —comenzó, con voz titubeante.

Al instante supe de qué trataba la visita. Mi vida entera pasó por mi mente en apenas un destello. Si me entregaba a Paheri y me convertía en su esposa, mi vida cambiaría para siempre. Hatasu, al menos a los ojos del mundo, ya no era ninguna niña y no necesitaba

una nodriza. Si me casaba con el preceptor real, que también había cumplido ya con su cometido, lo lógico sería que ambos abandonáramos la corte y nos instaláramos en Nekheb, la tierra de sus antepasados, a varios días de viaje de Tebas.

No volvería a ver a mi pequeña. O quizá sí, ocasionalmente, pero ya no formaría parte de su vida.

—No digas más —lo interrumpí, acercándome a él y tomando sus manos entre las mías—. Mi corazón es afín al tuyo. Admiro tu sabiduría, tu carácter es bondadoso y tu rostro me es agradable. Pero solo existe un amor en mi vida.

Paheri frunció el ceño.

—No sabía que había… —comenzó, pero enseguida se detuvo y me miró con perplejidad—. Espera, ¿te refieres a la princesa?

—Por supuesto, ¿a quién si no?

—¡Pensaba que tenías un amante! Yo también soy devoto de Hatshepsut, pero eso no impide que podamos tener una vida propia y servirla juntos. Un día Tuty será faraón y Hatasu gran esposa real. Tú y yo ocuparemos un lugar en la corte, como siempre ha sido, y nuestros hijos servirán a sus hijos…

—No me entiendes, yo no quiero lugar alguno en la corte. Yo solo quiero estar al lado de mi niña y cuidarla día y noche como juré que haría. Ahora vete, por favor, es tarde y no quisiera ser pasto de las comidillas del harén.

—Escucho tus palabras y las respeto, dama Sitra, pero te haré cambiar de opinión.

—Buenas noches.

Paheri se marchó por donde había venido. Yo me dejé caer en mi camastro y me eché a llorar. Lloraba mucho en aquellos días. Demasiados cambios en mi vida, demasiadas decisiones. ¿Llevar en mi seno al hijo de Paheri? Absurdo. Yo ya tenía una hija que ocupaba todo mi corazón. No deseaba compartirlo con nadie más.

Mis pequeños dilemas y dramas personales quedaron muy pronto arrasados por un acontecimiento que hizo que se tambalearan nuestras vidas. La barca real llegó a Tebas con el faraón malherido por una flecha kushita que le había atravesado el pecho, por fortuna, sin llegar a tocar el corazón. Fue trasladado de inmediato al templo de Amón, donde los sacerdotes más expertos en medicina se arremolinaron a su alrededor para tratar de encontrar una cura. A mí no se me permitió acercarme, pero Hatasu apenas se alejaba del lecho de su padre y me daba cumplida cuenta de cómo evolucionaba el paciente. Al parecer, los pulmones sí estaban dañados, había perdido mucha sangre y su cuerpo era presa de una calentura que se resistía a remitir.

—Padre está delirando —me confió una noche—. Hace apenas unos instantes, me agarró las manos y me dijo: «Hija, recuerda que serás faraón, debes hacerte respetar». Le recordé que Tuty es el que subirá al trono cuando él muera dentro de muchos años, pero él insiste en que mi destino es gobernar Egipto.

—Recuerda la profecía, Hatasu.

—Me da igual la profecía —repuso ella—. No pienso perjudicar a mi hermano.

Aunque no era ningún jovencito, Tutmosis era un hombre fuerte y recio y todos contábamos con que se recuperaría. No fue así. Murió presa de las fiebres y las supuraciones sanguinolentas que no dejaban de brotar de la herida.

Al tiempo que se hacía público el anuncio de la muerte del faraón y se decretaba el duelo oficial, Hatasu se encerró en sus aposentos sin querer ver a nadie más que a mí. Ni tan siquiera quiso ver a su hermano, aunque tampoco hubiera sido posible de haberlo deseado, ya que Tuty había sido secuestrado por los sacerdotes tanto de Amón como de Ptah, que lo preparaban para la coronación mientras tiraban de él para procurar que se decantara por uno u otro dios. La envolví en mis brazos como había hecho tantas otras veces y dejé que llorara en mi regazo.

¿Cómo pretendía Paheri que la abandonara? Ahora que había perdido a su padre, mi pequeña solo me tenía a mí.

Los setenta días siguientes a la muerte del faraón Tutmosis estuvieron marcados por un meticuloso y sagrado proceso de momificación, esencial para garantizar su viaje al Amenti, el reino de los muertos. Este periodo comenzaba con la purificación del cuerpo, utilizando natrón para deshidratarlo y preservarlo. Los órganos internos eran cuidadosamente extraídos y colocados en vasos canopos, salvo el corazón, que como centro de la inteligencia y la emoción, se dejaba dentro del cuerpo para su juicio en el más allá.

Los sacerdotes de Anubis dirigían estos rituales con gran reverencia. El cuerpo era luego envuelto en vendas de lino, intercalando amuletos y hechizos protectores entre las capas, para asegurar su protección en el más allá. El proceso concluiría con la ceremonia de apertura de la boca, realizada para reanimar los sentidos del faraón y permitirle comer, respirar y hablar en la Duat.

Hatasu, Tuty y la viuda del faraón, Mutnofret, participaban en diversas ceremonias. Estas incluían ofrendas, oraciones y rituales para honrar al difunto y pedir a los dioses su aceptación en el Amenti. La participación de los herederos y de la viuda en estos rituales era crucial, no solo como un acto de respeto y amor, sino también para

reafirmar su posición y el linaje real.

A lo largo de este periodo, las intrigas políticas no cesaban, con los dioses Amón y Ptah y sus sacerdotes continuando sus disputas por el poder y la influencia sobre el Doble País, incluso en la sombra del faraón fallecido. La presencia de Mutnofret, actuando con una contrición que no sentía, evidenciaba las tensiones y las luchas por el poder que se agitaban tras el velo del duelo. Como pudo verse poco después, en lo único que pensaba era en colocarse tras el trono de su hijo para ser ella quien gobernara Egipto.

Llegó, al fin, el día del entierro real, que debía realizarse en la tumba que habían diseñado juntos Hatasu y su amigo Senenmut. Tal y como dicta la tradición, se organizó una gran procesión para trasladar el cuerpo de Tutmosis a bordo de la barca funeraria desde la orilla oriental hasta la occidental. Habitualmente, el cortejo fúnebre continuaría hasta la necrópolis, pero, en esta ocasión, el emplazamiento del sepulcro tenía carácter secreto, por lo que solo algunos elegidos acompañamos al faraón hasta el lugar de su eterno reposo.

Sí, escriba, no me mires así. Yo, Sitra, fui una de las elegidas. Mi niña me eligió.

El trayecto hasta el valle fue arduo y pesado y hubo de hacerse a pie como muestra de respeto. Los esclavos nubios, todos carentes de lengua, que cargaban con el sarcófago de madera sudaban como si tuvieran fuentes dentro del cuerpo. Llegamos a las montañas y ascendimos por un estrecho sendero hasta llegar a una zona de pizarra. Allí, horadado en la altísima pared de roca, estaba el hueco que daba entrada a la tumba.

Entramos en un oscuro túnel, alto pero apenas lo bastante ancho para que cupiera el féretro. Enseguida comenzamos a bajar escaleras, infinitos tramos de escaleras, que nos llevaron a una primera cámara repleta de estatuas, muebles, joyas y ofrendas. Continuamos el descenso hasta una segunda cámara, también repleta de los objetos que habrían de acompañar al difunto al más allá, después una tercera y, al fin, la cámara funeraria, ocupada por un gigantesco sarcófago de piedra. Los esclavos maniobraron para colocar en su interior el ataúd de madera, retiraron la tapa y dejaron al descubierto la momia del faraón, cubierta con su máscara de oro y las joyas y emblemas de su dignidad.

Provisto de un martillo y de un cincel, el sumo sacerdote Minmontu se aproximó al cuerpo, mientras Pahemred leía pasajes del *Libro de los Muertos*. Mutnofret lideraba a las otras mujeres del harén, que juntas ululaban con sus voces agudas en señal de duelo. Nefertari,

en cambio, permanecía con el rostro inescrutable como si estuviera tallado en piedra, pensando quizá a cuántos más faraones habría de enterrar antes de emprender su propio viaje: su padre, su esposo, su hijo y, ahora, Tutmosis. Al igual que su abuela, Hatasu mantuvo la entereza en todo momento. Erguida junto a su hermano, mostraba ya el porte de una reina.

Minmontu tocó los ojos y la boca del faraón con el cincel mágico, abriéndolos así para la vida en el más allá. Fue la primera vez en mi vida que presenciaba el ritual de apertura de boca pero, por desgracia, no fue ni mucho menos la última.

Concluidos los ritos funerarios en honor al difunto Tutmosis, comenzaron los fastos para celebrar la coronación del pequeño Tuty que, según dicta la tradición, debían durar un año completo. No me voy a extender sobre este asunto; en primer lugar, porque cualquier egipcio ha oído hablar de la circunvalación de las Murallas Blancas, de la carrera Heb Sed o de la fiesta Sokar… pero, sobre todo, porque las celebraciones tuvieron que interrumpirse ante un nuevo alzamiento de los rebeldes nubios.

—Es perfecto —le dijo Hatasu a su hermano, mientras despachaban juntos en la sala del trono junto a sus visires, todos ellos heredados del gran Tutmosis, en presencia de toda la corte—. Iremos a Nubia, tú te pondrás al mando de las tropas como hacía padre y así le darás aún mayor legitimidad a tu reinado.

—¿Yo? ¿A la guerra? —replicó Tuty—. Debes de estar confundiéndome con uno de mis difuntos hermanos. Yo ni siquiera sé esgrimir una espada.

—Lo haremos de modo simbólico. No hace falta que entres realmente en batalla, pero debes vestirte como un guerrero, ceñir la corona azul *kepresh* y dirigirte a las tropas para darles ánimos.

—No lo haré. Teníamos planeado ir a Menfis para la ceremonia de unión del Alto y Bajo Egipto y eso es lo que haremos… ¿verdad, Minmontu, Pahemred? ¿No es mi primera obligación como faraón satisfacer a los dioses?

Ambos sacerdotes, que solían hacer pública su enemistad cada vez que encontraban la ocasión, se miraron con preocupación compartida.

—Majestad —aventuró Minmontu—, los dioses sin duda entenderán que es más urgente defender el reino de sus enemigos. Hay precedentes. Los rituales pueden posponerse, el año de coronación puede extenderse en caso necesario hasta la siguiente crecida…

—No. Yo no soy un soldado. No iré a Nubia.

—Quizá el faraón pueda ir a Menfis a cumplir con la ceremonia y

Hatshepsut, viajar hacia el sur para arengar a nuestros guerreros —intervino la anciana Nefertari, que aún asistía a las sesiones de la corte y no se privaba de ofrecer sus consejos y su experiencia—. Ella representará a la familia real.

—¡No es papel para una mujer! —protestó Mutnofret—. Hijo, debes seguir el ejemplo de tu padre y reunirte con tus soldados en el país de Kush. Es lo que se espera de ti. Cuando obtengas la victoria, viajaremos juntos a Menfis y yo misma haré ofrendas en tu nombre en honor al gran Ptah.

—Yo no iré al país de Kush —sentenció Tuty—, ni a Mitanni, ni a Canaán, ni a ningún otro lugar donde haya guerra. Que vaya Hatasu, si tanto le apetece. Padre confiaba mucho más en ella que en mí.

El joven se levantó del trono y salió corriendo, como el niño que, a pesar de todo, seguiría siendo. Mi pequeña cerró los ojos y pareció meditar durante unos instantes antes de ponerse en pie y mirarnos a todos con expresión grave.

—Ya habéis oído al faraón. Mi hermano y yo partimos a Menfis para continuar los rituales de coronación.

—¿No irás a Kush? —preguntó Nefertari, abriendo mucho los ojos, que parecían dos carbones encendidos en medio de su rostro empalidecido.

—Soy la gran esposa real. Mi lugar está junto a mi hermano.

11
Esposa y madre

Casarme nunca había estado entre mis planes y quedarme embarazada, por descontado, tampoco. Tener tres hijos varones en los cuatro años inmediatamente posteriores a mi boda fue, he de decirlo, una catástrofe.

Hay mujeres que juran sentirse en absoluta plenitud cuando están embarazadas. No es mi caso. Los primeros meses, las náuseas me abruman. En cuanto estas empiezan a remitir, comienzan los dolores de cabeza y los sofocos, se me hinchan las piernas y se me deforma la nariz, otorgándole a mi rostro un parecido más que razonable con el de una elefanta. Por si fuera poco, pensamientos oscuros y libidinosos nublan mi mente y me impiden concentrarme y trabajar. Es una auténtica pesadilla.

¿Cómo no le puse remedio, podría preguntar el lector? Lo cierto es que, una vez superé mi aversión inicial hacia William, la reemplacé por una pasión ridículamente incontrolable que me hacía muy difícil el mantenerlo alejado de mi alcoba.

Los bebés empezaron a llegar uno detrás de otro, a cuál más llorón y más necesitado de atención constante. A pesar de contar con la indispensable ayuda de un auténtico ejército de *nannies*, mi estado de embarazo casi constante tuvo diversas consecuencias, además de la obvia, que fue mantenerme apartada de la egiptología y de cualquier tarea intelectual que requiriese un mínimo de esfuerzo. William y yo habíamos decidido alejarnos lo más posible de nuestras respectivas familias por lo que, tras la boda, fijamos nuestra residencia en Londres, en una preciosa casa en Grosvenor Square. No tuve ni tan siquiera ocasión de hacerla amueblar a mi gusto. Dos meses después de haber regresado de nuestra luna de miel, el doctor me anunció que esperaba a mi primer hijo y me diagnosticó desprendimiento de placenta, por lo que debía guardar cama el resto del embarazo.

La segunda y más terrible consecuencia fue que nos vimos en la obligación de mudarnos. A pesar de mis reparos —por decirlo finamente—, nos instalamos en Burghley House, la mansión familiar de los Cecil en Stamford, Lincolnshire. El aire de campo, dijeron, me haría bien. Mis padres estaban siempre ocupados con sus viajes. Estaría mucho mejor cuidada por mis suegros.

Aún no logro comprender cómo me dejé convencer. La verdad es que no tenía gana alguna de volver a meterme bajo el tejado de

Fardie. Aunque habíamos alcanzado una especie de alto el fuego desde mi boda, nuestra relación nunca se había recuperado, especialmente por mi parte. Supongo que no le había perdonado el que estuviera dispuesto a venderme a cambio de un título nobiliario que, por cierto, no acababa de llegar. Pero… ¿meterme en casa del comprador? Eso fue un error, atribuible únicamente al estado de aturdimiento y confusión provocado por el embarazo.

Lord Exeter era un demonio. En cuanto a *lady* Exeter… la recuerdo como la mismísima esposa de Satanás. Cada vez que entraba en una habitación, todos teníamos que levantarnos y guardar silencio hasta que ella nos dirigía la palabra. Sus normas de educación eran imposibles de cumplir y, cada vez que alguien rompía alguna, tenía que sufrir todo el peso de su desaprobación. Su sentido de la jerarquía era más riguroso que en cualquier ejército. Durante mi primer embarazo, recibí cierto trato de favor debido al riesgo para el bebé, pero en cuanto el pequeño Billy nació, me convertí en una criada más. En su mente yo estaba por debajo del mayordomo y del ama de llaves, y se sentía con la libertad de darme órdenes sobre cualquier tema que le pareciera oportuno.

Solo aguanté porque, tras cada parto, William y yo hablábamos de volver a Londres… hasta que se confirmaba que había otro bebé en camino, y decidíamos esperar hasta que naciera para abandonar la residencia familiar.

La residencia familiar. Sería mejor describirla como el castillo familiar. Al lado de Burghley House, Didlington Hall era una cabaña de pescadores. Data de tiempos de la reina Isabel y es todo un emblema del poderío británico. Inmensa, recargada, incómoda, fría, solemne. Como la esencia de nuestra nación. Apenas nueve meses después de que naciera Billy, llegó Tom y, poco después, el pequeño Francis. Le estaban cortando todavía el cordón umbilical cuando le dije a William que le quería lejos de mi cama hasta nuevo aviso. Y no porque el ardor hacia mi esposo hubiera menguado. Por desgracia, aún estaba enajenada. Y tampoco es que no les tuviera aprecio a mis hijos. Los bebés nunca me han vuelto loca, pero, en cuanto fueron creciendo y mostrando ciertas características humanas, desarrollé un cariño genuino hacia ellos.

No, simplemente quería recuperar mi vida y alejarme de *lady* y lord Exeter.

—Volvemos a Londres —anuncié no bien pude levantarme de la cama.

William, bendito sea, no puso pega alguna y, en cuestión de días, regresamos a Grosvenor Square con todo el circo ambulante de

nannies, sirvientes y edecanes.

He obviado decir que mis padres eran propietarios de una residencia en la misma zona de Londres, a escasos metros de la nuestra. Casi nunca la usaban ya que, si no estaban en Didlington Hall ni en Egipto ni en la villa en el sur de Francia, preferían estar viajando por el mundo como era su costumbre. No obstante, cuando mamá supo de nuestro regreso a la capital, me comunicó que se uniría a nosotros para hacernos partícipes de su último proyecto.

Lo que no podía imaginar era que ese proyecto era Howard Carter y me implicaba a mí directamente.

—Howard va a empezar como aprendiz en el Museo Británico —anunció, pletórica, sentada con una taza de té en la mano en mi salón de Grosvenor Square, con el interesado de cuerpo presente junto a nosotras—, y he pensado que se puede instalar aquí contigo.

Era típico de mamá disponer de mi casa como si fuera suya. No había vuelto a ver a Howard desde mi boda con William. Aquel niño que se quedó fascinado con la momia de mamá casi una década atrás se había convertido en un hombrecito de aspecto serio y formal, aunque seguía conservando ese aire frágil que siempre le había acompañado. He de reconocer que la idea de hospedarlo con nosotros me atrajo al instante. Por triste o patético que pueda parecer, sus prácticas en el museo me parecieron un excelente modo de volver a la egiptología.

—¿Y en qué consisten esas prácticas? Tú no, mamá —la detuve, antes de que se aventurara a responder—, que lo cuente Howard.

—*Milady* —desde el momento exacto en que le di el «sí quiero» a William, Howard había abandonado mi tratamiento de «señorita Amherst» para actualizarlo a mi nuevo estatus—, voy a pasar a tinta los dibujos a lápiz que hizo el señor Newberry en las tumbas de Beni Hasan.

—¿Newberry? ¿Percy Newberry? —pregunté—. ¿No es otro de tus protegidos, mamá? ¡Pero si solo es un muchacho!

—Ha crecido bastante, querida. Le presenté a Howard en Didlington y se quedó entusiasmado con su talento natural para el dibujo. La idea es que empiece aquí, en el museo. La próxima temporada, Newberry vuela a Beni Hasan con el Fondo para la Exploración de Egipto, de modo que voy a pedirle a Amelia que mande a Howard con él.

—¿Dónde está Amelia? Hace muchísimo que no sé de ella. ¿Sigue dando conferencias en Estados Unidos?

—Regresó, pero juraría que ha vuelto a marcharse, no estoy muy segura de adónde…

Howard era tan discreto que siempre ha sido fácil olvidarse de su presencia. Mamá y yo seguimos charlando como si el pobre chico no estuviera con nosotras, hasta que se acabó el té y aparecieron las *nannies* con mis tres retoños. A esa hora del día, siempre me obligaba a pasar al menos un rato con ellos. Mamá decidió quedarse para disfrutar un poco de sus nietos, y fue entonces cuando Howard nos anunció que quizá le había llegado la hora de irse.

—¿Dónde tienes el equipaje? —le pregunté.

—En la casa de su señora madre, *milady*. Mañana empiezo en el Museo Británico.

—Pues ve a por tus cosas, anda. Los criados te ayudarán a instalarte. Mañana te acompañaré al museo, quiero asegurarme de que te traten bien.

—Está todo previsto —me informó mamá—. Percy nos espera a las nueve en punto.

A la mañana siguiente, cogimos un *hackney carriage* que nos llevó trotando por las calles de Londres hasta la gloriosa entrada del Museo Británico. Desfilamos entre las columnas jónicas como cariátides recién llegadas de la Acrópolis para encontrarnos con el mismísimo Francis Griffith, que venía acompañado de un joven algo mayor que Howard cuyo rostro me resultaba familiar.

—¡Señorita May! —exclamó, corriendo a besarme la mano—. Perdón, debería haber dicho *lady* Cecil… es un placer verla por aquí.

—May y yo queríamos acompañar a Howard en su primer día —explicó mamá—. Cariño, ¿recuerdas a Percy Newberry?

—Nos hemos visto alguna vez, en efecto. Bien, ¿dónde va a trabajar nuestro joven amigo?

—Acompáñenme —dijo Griffith.

Nos dirigimos hacia uno de los laterales del museo y bajamos varios tramos de escalera hasta llegar a uno de los sótanos donde se almacenaban las piezas que no estaban expuestas, algunas de ellas aún sin clasificar. Había ataúdes, momias, vasos canopos, esculturas, rollos de papiro. Mientras caminábamos entre las antigüedades con cuidado de no tropezar con ninguna, nos cruzamos con algo que llamó inmediatamente mi atención. Se trataba de la mitad inferior de una estatua de arenisca de una mujer con un bebé sentado en su regazo. Había un texto jeroglífico grabado en la parte frontal de la falda y en el lado izquierdo del trono. La pieza estaba marcada con un papel manuscrito que rezaba: «Divina adoratriz Huy».

¿Era posible que la estatua perteneciera a la momia de mamá?

—¿Puedo saber de quién se trata? —pregunté, deteniéndome para examinarla de cerca.

—Es una de las últimas adquisiciones del museo —respondió Griffith—. De momento, solo conocemos el nombre, aún estamos descifrando los jeroglíficos.

Howard se acercó, curioso, y la sorpresa se dibujó en su rostro.

—¿No se trata de la misma sacerdotisa…? —comenzó a preguntar.

—Es una estatua horrenda —interrumpió mamá—. Así, sin cabeza, da escalofríos. Vamos, que no tenemos todo el día.

Howard pareció no comprender, así que lo retuve un instante mientras los demás continuaban.

—Mejor no mencionar la momia de mamá —susurré—. No queremos que nos la quite el museo, ¿verdad?

—Pero, pero…

—Hazme caso.

Le guiñé un ojo y seguimos al resto hacia otra sala, sin iluminación natural de ningún tipo, que contaba con una enorme mesa de madera, varias sillas e infinitos libros y papeles apilados por doquier.

—Aquí es donde pasamos a limpio todos los apuntes y bocetos de Beni Hasan —anunció Percy, hinchado como una gallina que acaba de poner un huevo—. Howard, tu mano firme nos va a venir de maravilla…

—Veremos cómo va de tiempo —añadió Griffith—. Si vemos que le sobra, le pondremos también a copiar jeroglíficos bajo la supervisión de sir Alan Gardiner. Ya saben que es nuestro mayor experto en lengua egipcia. Espero que esté satisfecha con el hueco que hemos encontrado para su protegido, señora Amherst.

—Es un buen principio —sentenció mamá—. Pero quiero que vaya a Egipto cuanto antes. Señor Griffith, está usted a cargo de la prospección arqueológica que está llevando a cabo el Fondo para la Exploración de Egipto, ¿no es así?

—Ciertamente, señora Amherst.

—Hablaré con Amelia para que incluya a Howard en el equipo de la próxima temporada… ¿dónde está Amelia, por cierto? Hace unos meses que no se la ve por ninguna parte.

—¿No se han enterado? —preguntó Griffith, con el gesto súbitamente turbado—. La señora Edwards ha estado muy enferma. Los médicos le recomendaron reposo y aire puro, de modo que está recuperándose en Italia, en las montañas.

—¿Qué le ha ocurrido? —pregunté, alarmada.

—De todo. Tuvo una caída durante su estancia en América, después hubo que operarla a causa de un tumor canceroso, contrajo la

gripe… en el fondo hemos estado todos muy preocupados por ella, pero ya la conocen, siempre desea aparentar fortaleza y bajo ningún concepto ha permitido que se haga público su estado.

—Es terrible —murmuré, recordando a la mujer llena de energía a la que conocía desde mi adolescencia—. ¿Conoce su dirección exacta? Desearía escribirle.

—Por supuesto, la señora Edwards sigue supervisando de cerca todos los asuntos del fondo y mantenemos correspondencia regular con ella. Está en los Dolomitas, en un pueblecito llamado San Vito di Cadore.

—¿Escribirle? ¡Tonterías! —exclamó mamá—. Le haremos una visita. Tengo la impresión de que no te vendrá mal alejarte de tu marido y de tus hijos, aunque sea un par de semanas.

Mamá siempre ha tenido una visión muy práctica del matrimonio y de la maternidad. Desde que tengo uso de razón, recuerdo oírla decir que el secreto para una buena relación de pareja es pasar el suficiente tiempo separados, y que no hay nada peor para un hijo que pasar demasiado tiempo con sus progenitores. Siempre lo consideré una más de sus extravagancias, pero, en aquel momento, su propuesta me pareció de una genialidad sublime.

—Mamá, no puedo estar más de acuerdo contigo.

Fue dicho y hecho. Me refiero a tomar la decisión y prepararnos para la pequeña aventura. Escribimos a Amelia para avisarla de nuestra llegada y, en apenas tres días, emprendimos el camino. El viaje en sí fue, para qué engañarnos, largo y tedioso. Los Dolomitas realmente son una de las zonas más recónditas de Europa.

Fuimos en tren hasta Dover, desde donde cruzamos el canal en ferri hasta Calais. Allí tomamos otro expreso con destino París. Hicimos noche en el Ritz y cogimos otro tren que nos condujo a Zúrich. Desde ahí, cruzamos los Alpes por el paso del Brennero hasta llegar a Trento, donde no nos quedó más remedio que alquilar un carruaje que nos llevó a San Vito di Cadore. Allí fue fácil dar con el Rifugio San Marco, escondido en medio de las montañas y rodeado de densos bosques de pinos, en una ladera soleada con vistas a un tranquilo lago de montaña. Allí se alojaba nuestra querida Amelia, sin más compañía que Jenny, su eterna doncella.

Tenía mal aspecto. Estaba pálida y delgada, con cercos bajo los ojos y un aire de cansancio que ni un monstruo de la naturaleza como ella podía camuflar. Sin embargo, al vernos se le iluminó el rostro con una genuina sonrisa.

—¡Queridas mías! Cruzar Europa para verme es la prueba de amistad definitiva. Pasad, pasad. Veréis que es un alojamiento

modesto, pero terriblemente confortable.

En efecto, el Rifugio San Marco combinaba elementos alpinos tradicionales con las más modernas comodidades. Las habitaciones eran espaciosas, con grandes ventanales que ofrecían vistas asombrosas de las cumbres. Había un salón provisto de chimenea, un pequeño comedor y una biblioteca con una interesante colección de libros sobre la región y su historia.

El aire fresco y puro de la montaña, junto con el sonido relajante de las aves y el murmullo del agua, creaba el ambiente terapéutico perfecto para una convalecencia.

Mamá y yo nos instalamos en una de las habitaciones. Dejamos a la doncella deshaciendo el equipaje y nos dirigimos al salón, donde Amelia nos esperaba con una taza de chocolate caliente.

—¿Cómo te encuentras, querida amiga? —le preguntó mamá—. No me mientas, por favor.

—No estoy bien, esa es la verdad. Me extirparon un pecho hace unos meses porque tenía un tumor canceroso y, desde entonces, no termino de levantar cabeza. Además, en Estados Unidos tuve una caída de lo más estúpida y tengo el brazo hecho polvo. Pero no pienso dejar que ninguna de estas cosas pueda conmigo, ¡queda mucho trabajo por hacer!

—Ese es el espíritu —dije, tratando de suprimir las lágrimas que luchaban por brotar a mis ojos—. Recuerda que eres invencible.

—La prospección arqueológica es un proyecto de dimensiones colosales y no puedo permitirme permanecer al margen. La idea es registrar todas las antigüedades que se han encontrado hasta ahora en Egipto, dejarlas documentadas para la posteridad en el caso de que algo suceda. Es una labor inmensa y absolutamente necesaria, pero hay otro proyecto que me gustaría abordar y me temo que no tengo energía suficiente para todo.

—¿Cuál es? —pregunté.

—De hecho, creo que os resultará de particular interés. Me refiero a Deir el-Bahari, ¿recordáis?

—¿Cómo olvidarlo? —respondió mamá—. El templo funerario de Hatshepsut. Allí estábamos cuando nos dieron la noticia de la muerte de la pobre Clorinda.

—Desde que *monsieur* Mariette abandonó la excavación, ningún arqueólogo ha vuelto a interesarse por el yacimiento. Bajo su supervisión, los restos del monasterio de San Phoibammon fueron destruidos y se revelaron los santuarios dedicados a Hathor y Anubis, así como la columnata sur de la terraza intermedia, ¡pero queda mucho por hacer! Me prometí a mí misma que devolvería a

Hatshepsut el lugar en la historia que se merece y, para ello, tengo que acabar de excavar las ruinas de su templo, reconstruirlo, convertirlo en el monumento más famoso de todo Egipto, digno de la mujer que fue faraón. No me cabe duda de que es una tarea que debe acometer el fondo, pero estoy tan cansada y los hombres son tan obtusos…

—¡Tengo a la persona idónea para la tarea! —exclamó de pronto mamá—. ¿Recuerdas a Howard Carter?

—Por supuesto, uno de tus protegidos más prometedores. ¿No es un poco joven?

—Tiene diecisiete años. Ahora mismo, está trabajando con Griffith en el Museo Británico.

—El fondo lo contratará, faltaría más. Pero, para excavar Deir el-Bahari, necesito a alguien con experiencia. Estoy pensando en Édouard Naville, pero antes tiene que acabar lo que tiene entre manos en la zona del delta.

Pasamos unos días con Amelia en el Rifugio San Marco, rodeadas de árboles y montañas, dando largos paseos y deleitándonos con la particular fusión de gastronomía italiana y austríaca que domina en los Dolomitas. La cocinera solía preparar *Strudel* de manzana para desayunar y *gulash* para el almuerzo, aunque su auténtica especialidad eran las *Knödel* de pan con jamón y queso y las empanadillas *Schlutzkrapfen*. He de reconocer que gané al menos tres o cuatro libras en aquel viaje. Amelia, en cambio, apenas probaba bocado y estaba cada vez más delgada.

Mamá y yo abandonamos el refugio montañoso preocupadas por la salud de nuestra amiga. Aunque ninguna de las dos lo verbalizamos, creo que ambas pensamos que aquella podía ser la última vez que la veíamos.

Amelia cumplió, como siempre, su promesa. Cuando llegamos a Londres, se nos había adelantado una carta suya en la que notificaba al joven Howard que había sido contratado por el fondo.

Mamá regresó a Didlington y, al poco tiempo, la familia al completo se marchó a pasar el verano en la villa de Lou Casteou y yo me quedé en Londres con mis tres retoños, con mi marido y con Howard Carter, al cual acompañaba al museo un día sí y otro también. Cada mañana ideaba una nueva excusa para pasarme por allí y echar un vistazo al trabajo de Griffith y Newberry, que continuaban la labor de registro y clasificación de todo lo que habían descubierto en Beni Hasan durante la temporada anterior. El yacimiento contiene, principalmente, tumbas de nomarcas del Imperio Medio que, si he de ser sincera, no es mi periodo favorito de la historia egipcia. No me

importaba nada, ya que mi verdadero deseo era verme rodeada de egiptólogos en vez de pañales, por lo que cualquier cosa me parecía fascinante.

Mi interés se vio incrementado de un modo más que considerable cuando descubrí la existencia de un lugar llamado Speos Artemidos.

—*Monsieur* Champollion lo identificó como el gran templo de Artemisa que menciona Herodoto —me explicó Griffith—. Los egipcios lo levantaron a la diosa Pakhet… ¿y a que no se imagina quién lo mandó construir?

—¿La reina Hatshepsut?

—¡Exacto! Tengo planeado centrarme en esas ruinas en cuanto volvamos a Egipto la próxima temporada.

—No se hace usted una idea de la envidia que me dan —murmuré, sintiéndome una vez más prisionera de mi propia vida—. Daría cualquier cosa por acompañarlos.

—No se preocupe, *milady* —intervino Howard que, aunque tenía la cabeza enterrada en un plano que estaba delineando, había estado atento a la conversación—. Prometo mantenerla informada de cada descubrimiento que hagamos, por mínimo que sea.

Pasó el verano. En septiembre, Howard y Newberry embarcaron rumbo a Alejandría. Con ellos se escapó también mi excusa para mantenerme lejos de casa, por lo que hube de regresar a mis obligaciones de esposa y madre. En realidad, debería decir que me dediqué solo a lo segundo, porque William recibió una promoción que le obligó a pasar la mayor parte del tiempo en Lincolnshire, acuartelado con los hombres de su regimiento.

Confieso que me llevaban los demonios. Me aburría, y no estoy hecha para el aburrimiento.

Howard cumplió su promesa y me escribía regularmente. A su llegada a Egipto, él y Newberry pasaron unos días en El Cairo, tras los cuales partieron inmediatamente hacia Beni Hasan y se pusieron manos a la obra. Aún conservo la carta en la que me describe el Speos Artemidos con la minuciosidad que siempre le ha caracterizado:

Cortado de la roca viva, el templo de Hatshepsut está compuesto por dos cámaras conectadas por un corto pasadizo. El pórtico exterior es rectangular y originalmente tenía ocho columnas de piedra dispuestas en dos filas. Solo tres de las cuatro columnas que forman la fachada siguen relativamente intactas y ninguna de las columnas internas permanece. La cara de roca por encima de las columnas externas del pórtico está labrada e inscrita con un texto que lleva el nombre de la reina Hatshepsut. Estoy copiándolo con todo detalle para enviarlo a Londres para proceder con su traducción.

Recuerdo bien que, cuando leí por primera vez este fragmento, pegué la carta contra mi pecho y suspiré. Me sentía muy desgraciada. ¿Qué había hecho con mi vida?

Siguieron pasando los meses. William, los niños y yo fuimos a Didlington a pasar la Navidad. Fardie me anunció, con su sensibilidad característica, que estaba al habla con el Departamento de Antigüedades para conseguir una concesión para excavar en Egipto. Lo peor de todo es que no podía comprender por qué aquello me enfurecía.

—Tú tienes a tu marido y a los niños, querida. Vosotras ya sois todas mayorcitas, no es como si estuviera abandonando ninguna obligación. Además, podrás venir a verme siempre que quieras, aunque supongo que tendrás que esperar a que mis nietos crezcan un poco.

Volver a Grosvenor fue toda una liberación, aunque por descontado, William volvió a dejarme sola apenas entrado el nuevo año.

Las cartas de Howard eran una de mis principales motivaciones. Él y Newberry pasaron juntos las fiestas navideñas y, tras una serie de peripecias que me provocaron la mayor de las envidias, acabaron con Petrie en El-Amarna, estudiando las ruinas de la ciudad sagrada de Akenatón.

En primavera llegaron terribles noticias. Amelia había contraído la gripe y se había visto obligada a regresar a Inglaterra, a su casa en Weston-super-Mare. Mamá y yo cogimos un carruaje y nos plantamos allí enseguida para acompañarla. Estaba en cama, tenía pésimo aspecto y apenas podía respirar.

—Amigas mías, gracias por venir —musitó entre toses—. Ya veis que mi cuerpo me traiciona.

—Saldrás de esta, querida, ya lo verás —dije, conteniendo una vez más las lágrimas.

—No me engaño, esto ya no tiene arreglo. Pero me voy satisfecha, encontré mi pasión y he luchado por ella. Solo lamento una cosa: no haber tenido tiempo de hacerle justicia a la reina Hatshepsut. Espero que pueda perdonarme.

—Yo me ocuparé —le prometí, agarrándola fuerte de la mano—. Continuaré tu labor allí donde tú la has dejado. Lo juro.

Murió aquella misma noche. La enterramos en la iglesia de Santa María, en Henbury, junto a la que había sido su compañera durante la mayor parte de su vida, Ellen Drew Braysher. Su partida me dejó un hueco que nunca he sido capaz de rellenar. Amelia fue más que una amiga para mí, más que una maestra, más que una madrina.

Amelia fue única.

Mi querida amiga había dejado sus asuntos muy bien atados. Édouard Naville, en efecto, recibió el encargo de excavar el templo mortuorio de Hatshepsut en Deir el-Bahari. Griffith sería el responsable de liderar el Fondo para la Exploración de Egipto tras la muerte de su fundadora. Amelia también dejó un legado en su testamento para financiar la primera cátedra de egiptología que se creó en Inglaterra, en el University College de Londres, que recayó en el tercer arqueólogo que la había ayudado a hacer realidad el sueño de su vida, Flinders Petrie.

Las desgracias nunca llegan solas y, a menudo, cuentan con un mensajero que se encarga de divulgarlas. En este caso fue Fardie, que se presentó en mi casa sin haberse anunciado y me hizo llamar a su presencia en mi propio salón.

—El padre de Howard ha fallecido.

—¿Lo sabe él ya?

—Le hemos mandado un cable pero, obviamente, no podrá regresar a tiempo de asistir al entierro. De todas formas, no estoy aquí por eso. Vengo de Buckingham Palace. Mira.

Me entregó un rollo de pergamino de aspecto bastante nuevo, a diferencia de los legajos antiguos a los que estaba acostumbrada. Lo desplegué y observé que se trataba de la concesión de un título nobiliario.

—Barón Amherst de Hackney —leí—. Al fin lo has conseguido. Enhorabuena. Bien sabe Dios que se ha pagado el precio acordado.

—No me gusta tu sarcasmo, querida. Lee más abajo.

—«La reina otorga un legado especial para que, en ausencia de descendencia masculina, herede el título su hija mayor Mary Rothes Margaret Tyssen-Amherst». Vaya, esto sí que no me lo esperaba. No sé qué decir.

Verdaderamente me había quedado sin palabras. A pesar de sus promesas, siempre imaginé que, en el caso improbable de que Fardie alcanzara su viejo sueño de recibir un título, este pasaría a algún primo segundo o se extinguiría con él.

—He cumplido mi palabra —dijo, leyéndome la mente—. Serás baronesa y heredarás Didlington Hall, a tu nombre, por derecho propio. Creo que tu anciano padre merece una disculpa por parte de la hija díscola, ¿no crees?

No pude evitar negar con la cabeza.

—Fardie, Fardie, nunca me has comprendido. Yo no tengo ningún deseo de ser baronesa y me importa un comino quién herede Didlington Hall. Me casé con William porque me enamoré de él, a

pesar de tus intrigas políticas, y…

—Hay una cosa más —me interrumpió—. Es importante. La reina ha nombrado a William *groom-in-waiting*. Ya sabes que hoy en día es solo un cargo honorífico, no tiene que ejercer como ayuda de cámara ni nada por el estilo, pero le proporciona un lugar privilegiado en la corte.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Es tu marido, imagino que querrías saberlo. Pero, sobre todo, quiero que entiendas que mis malévolas intrigas políticas te han convertido en una de las mujeres más poderosas de toda Inglaterra.

Fardie recogió el rollo con su nombramiento, me dirigió una inclinación de cabeza y se marchó, dejándome mucho más infeliz de lo que debería corresponderle a una mujer en teoría tan poderosa.

Pasé el resto de la tarde como en un trance. Jugué con los niños, cené con ellos y hasta les leí un cuento antes de dormirse, uno de los cuentos de fantasmas que escribía Amelia y que siempre me habían gustado. Me acosté temprano, pero no logré conciliar el sueño. Pensamientos enfrentados nublaban mi mente. Tenía calor y mi cuerpo se estremecía con escalofríos, como si estuviera incubando una gripe. Al fin, me levanté en medio de la noche, encendí un quinqué y me senté frente a mi secreter. Tomé papel y pluma y le escribí unas líneas a Francis Llewellyn Griffith.

Mi muy estimado amigo:

Como usted bien sabe, mi interés por el antiguo Egipto se remonta a la más tierna infancia. Creo que ha llegado el momento de darle un sesgo más profesional a esta vocación. ¿Sería usted tan amable de negociar en mi nombre con el Departamento de Antigüedades que se me otorgue una concesión para excavar en Egipto?

Atentamente,

May

12
La primera gran mujer de la historia

Liza volvió a casa abochornada.

Mientras hacía el largo trayecto de regreso a Grenada, trataba de asimilar lo que había ocurrido, pero lo cierto era que no llegaba a entenderlo. Ni tan siquiera era capaz de ponerle palabras. Todo había sido una especie de gigantesco malentendido, un juego que se les había ido de las manos, una bobería adolescente.

Aunque había algo más, algo amargo y pesado que notaba en la boca del estómago, y eso no sabía qué era.

De todas formas, ¿por qué James había tenido que hablar más de la cuenta? Solo de pensar en él, se le aceleraba el corazón y sentía una ligera náusea, como si estuviera a punto de vomitar.

Cuando llegó a Grenada, sus padres tuvieron la delicadeza de no mencionar nada respecto a su expulsión de la universidad, pero por sus rostros largos y agriados, Liza sabía que ellos sabían, y ellos sabían que ella sabía, y así se formó una espiral de vergüenza y silencio que, en pocos días, se hizo insoportable. No tenía ni idea de qué hacer con su vida ahora que había conseguido dinamitar todos sus sueños y hacerlos saltar por los aires, de modo que se encerró en su cuarto y no salió más que lo imprescindible para atender sus necesidades más elementales.

Tumbada en la cama, no hacía nada. No leía, no escribía, ni tan siquiera pensaba. De tanto en tanto, el rostro de Maggie le pasaba por la mente, pero entonces apretaba los ojos y se concentraba con todas sus fuerzas en no acordarse de ella, y el esfuerzo la dejaba agotada. Por las noches tampoco dormía. Se quedaba con los ojos abiertos y observaba la luz de la luna que se colaba entre las cortinas.

Tenía diecinueve años y su vida había terminado casi antes de empezar.

Fue su madre la que rompió aquella espiral cuando se cumplió una semana de su vuelta a casa.

—Te irás a Egipto con Tollie. No puedo tenerte aquí sin hacer nada —le anunció una mañana, abriendo la cortina con brusquedad y dejando entrar el sol de la mañana con toda su insolencia—. Ahora que Eleanor acaba de tener otro bebé, puedes ayudarla a cuidar a J. T. y con las tareas de la casa. Es una función muy respetable para la hermana… soltera.

Liza ni siquiera se molestó en contestar. Se levantó de la cama,

pensando en sí misma como una de las momias de los relatos de terror, que salen de sus ataúdes sin estar ni vivas ni muertas. Así estaba ella, ni viva ni muerta. Sin fuerzas para decidir por sí misma. ¿Su madre quería mandarla a la plantación? Tanto le daba. Igual estaba allí que en cualquier otro sitio.

Instalarse con su hermano fue raro. Ya habían pasado unos cuantos años desde la guerra, pero él seguía manteniendo ese aire marcial que había adquirido durante el adiestramiento. Tollie era un hombre serio y trabajador, que apenas bromeaba y jamás, jamás, jamás hablaba del frente. Había servido en la Marina y, al parecer, había participado en alguna batalla importante, aunque nunca había contado los detalles.

En el pasado, Liza había sentido fascinación por la carrera militar de su hermano, pero en aquel momento de su vida, no podía resultarle más indiferente.

Eleanor era la perfecta esposa sureña. Era atractiva, pero no de un modo amenazante, no al estilo de las Pi Beta Phi, sino de un modo más modesto y recatado. Nada de vestidos a la moda ni peinados estilo *garçon*: Eleanor llevaba un moño clásico y vestía siempre faldas grises por debajo de la rodilla. Lucía en todo momento una ligera sonrisa en los labios, nunca se enfadaba y hablaba con un tono dulce y suave, como si nada en este mundo pudiera sacarla de sus casillas. Con su hijo mayor era estricta, firme pero cariñosa, y si alguna vez hacía falta imponer un castigo, apelaba siempre a la autoridad de su marido, como si ella no tuviera potestad para decidir sobre aquellos asuntos. J. T. tenía casi cinco años y era un pequeño terremoto, alegre y revoltoso como el agua de una fuente.

La pequeña Nellie había nacido hacía tan solo dos meses y era la joya de la corona de Eleanor, el centro de su vida, el sol con el que se acostaba y se levantaba. ¿Qué decir de ella? A Liza nunca le habían entusiasmado los bebés y este no era una excepción. Salvo tomar el pecho, llorar y manchar pañales, Nellie no hacía nada más.

Además de la familia, vivía en la casa una cocinera llamada Calpurnia, una mujer delgada de miembros largos y ojos enormes, con la piel negra y brillante como un zapato recién untado de betún. Llamarla cocinera era un eufemismo, porque en realidad Calpurnia se ocupaba de todas las labores domésticas, incluido el pequeño huerto que había junto a la casa. La plantación, eso sí, no era cosa suya. Tollie empleaba a más de doscientos trabajadores agrícolas durante todo el año, cifra que se incrementaba hasta cerca del millar en época de cosecha. Ellos se ocupaban en exclusiva del trabajo del campo, bajo la atenta supervisión de Tollie, que se pasaba desde el amanecer hasta

el ocaso entre los arbustos de algodón.

A Liza no le fue fácil acostumbrarse a la vida en Egipto y hacerse un hueco en la rutina cotidiana de aquella familia que, por extraño que pudiera parecerle, era la suya. Al principio tuvo que encomendarse a Calpurnia para que ella le dijera qué podía hacer para ayudar, a veces en la cocina, otras limpiando, yendo al mercado, lavando ropa o planchando. Pronto se le ocurrió que podía enseñar a leer a J. T., labor que muy pronto se convirtió en el centro de su día. No tenía experiencia alguna con niños y ni siquiera se acordaba de cómo había aprendido ella a manejarse con los libros, pero, a base de prueba y error, fue consiguiendo grandes avances.

Joel y Tom estaban, como es lógico, presentes casi todo el tiempo en sus pensamientos. Sus amigos de tanto tiempo habrían podido ser su refugio, su ancla, su tabla de salvación en aquellos tiempos difíciles. El problema era que no se atrevía a ir en su busca. Era muy consciente de lo mal que se había comportado con ellos, de hasta qué punto los había abandonado cuando creyó encontrar una vida mejor. ¿Podía volver a ellos con el rabo entre las piernas, ahora que los necesitaba? No, aquello no hubiera sido justo y, además, le resultaba intensamente bochornoso.

Por suerte, Tom y Joel no pensaban igual que ella.

Liza llevaba ya varias semanas en Egipto. Apenas salía de la casa, salvo para ayudar a Calpurnia en el huerto o para ir al mercado. Una mañana, volvía con un par de conejos en la cesta de la compra cuando se encontró a sus dos amigos en medio del camino, ambos con los brazos cruzados y el ceño fruncido, como si pensaran regañarla.

—¿No pensabas saludar, o qué? —preguntó Joel.

—He estado muy ocupada.

—Eso no es excusa. —Joel le sostuvo la mirada durante unos segundos, antes de esbozar una sonrisa y acercarse para envolverla en un abrazo—. Nos hemos enterado de lo que ha ocurrido. ¿Quieres hablar?

—La verdad es que no.

—Da igual —repuso Tom—. Nos vemos esta tarde, donde siempre. Y nos cuentas.

Aquel día, después de cenar, Tollie y Eleanor se sorprendieron cuando Liza anunció que iba a dar un paseo. No dio mayores explicaciones y se dirigió al rincón donde, durante tanto tiempo, se había reunido a diario con sus amigos. Ya la estaban esperando. Se sentó junto a ellos con las piernas cruzadas y sacó unas cervezas que había traído en la misma cesta que usaba para ir al mercado.

—Costumbres universitarias —explicó, cuando ambos la miraron

sorprendidos—. Recuerdos de una vida pasada que nunca volverá.

—El pueblo está lleno de rumores —dijo Joel.

—Dinos tú, ¿qué ha pasado? —añadió Tom.

Liza se lo explicó todo: Pi Beta Phi, la complicidad entre las chicas, Camille, James Rockefeller y, sobre todo, Maggie. A pesar del tiempo transcurrido, seguía pensando en ella a diario. ¿Debía escribirle? ¿O la estaría metiendo a ella también en problemas?

—No lo hagas —dijo Joel—. Olvídate de ella.

—Ya lo sé, todo esto es un error, yo… sé que el mundo no funciona así, que yo debería enamorarme de un buen chico, casarme y tener hijos, como la buena de Eleanor con mi hermano…

—¡No! —interrumpió Joel—. No quiero decir eso. Al diablo con ellos, si no entienden nuestra forma de ser, ellos se lo pierden. Digo que te olvides de Maggie. No parece buena para ti.

—Ella debería haberte escrito a ti, ¿no crees? —apuntó Tom.

—Y su novio, intentó pasarse contigo, ¿no?

—Ella no te defendió.

—Mejor olvidarse.

A Liza le costó unos segundos responder. Se secó una lágrima solitaria y sonrió.

—Sí, tenéis razón. Mejor olvidarse. Como si no tuviera ya bastantes problemas. No tengo ni la más remota idea de qué voy a hacer con mi vida.

—Te han echado de una universidad, no de todas —señaló Joel—. Puedes volver al Grenada College. ¡O venirte conmigo! El año que viene empiezo en Mizzou, ¡podemos ir juntos! Admiten alumnos de ambos sexos.

—Mis padres no me lo pagarán, y nunca conseguiré otra beca después de lo que ha pasado. No, me temo que me quedaré aquí con Tom mientras tú te marchas a perseguir tus grandes sueños…

—Habla por ti —repuso el aludido—. Iré a Jackson.

—¿Cómo…? —preguntó Liza.

—Me temo que te has perdido muchas cosas. Cuéntale, Tom.

—Hay poco que contar. No hay muchas cosas que un negro pueda hacer, además de trabajar en una plantación. A mí se me da bien correr.

—No entiendo.

—¡Le han concedido una beca de atletismo! —exclamó Joel, dándole un abrazo a Tom y depositando un beso en su mejilla.

—¡Pero qué maravilla! ¿Y qué vas a estudiar?

—Derecho. Creo que América necesita unos cuantos abogados negros si queremos que las cosas cambien alguna vez.

Aquella noche, Liza volvió a casa con una enorme sensación de alivio. No solo había recuperado a sus dos mejores amigos, sino que, por primera vez, veía cierta esperanza para el futuro. Durante los siguientes días fue madurando un plan en su mente y, el fin de semana, cuando sus padres fueron a la plantación para pasar un par de días con ellos, decidió abordarlos.

—El año que viene me gustaría volver a la universidad.

—Pero ¿estás loca? —exclamó su madre—. De ninguna manera. Se acabaron las aventuras para ti, jovencita.

—Tengo un plan. El Grenada College tiene un programa de becas deportivas. Soy bastante buena en tenis y en natación. Si entreno duro durante los meses que quedan, estoy segura…

—Liza, sabes que el dinero no ha sido nunca un problema —intervino su padre.

—¿Entonces?

—El problema es tu comportamiento escandaloso —arremetió su madre—. Olvídate de la universidad para siempre. Solo saldrás de esta plantación casada y, a ser posible, esperando un bebé.

—Pero ¿cómo espera que me case, madre? —protestó Liza, a pesar de que no tenía intención ni deseo ninguno de hacer tal cosa—. Si nunca salgo de aquí. Como no me case con uno de los trabajadores, no sé…

Su madre se acercó a ella con la velocidad de un león que salta sobre su presa y le propinó una bofetada con todas sus fuerzas.

—No quiero bromas, jovencita.

Aquella conversación la dejó totalmente descorazonada. Dinero aparte, el Grenada College nunca la aceptaría de vuelta tras el escándalo de Hollins y sin el consentimiento de su padre. Eran demasiados obstáculos. Podía enfrentarse a uno, a dos, a tres incluso, pero no al mundo entero si este se ponía en su contra.

Decidió, al fin, resignarse.

Al principio, Joel y Tom no lo entendieron, pero ellos tenían su propia vida y se fueron olvidando de sus problemas. En septiembre del año siguiente, Joel se fue a Misuri a estudiar periodismo, y Tom a Jackson como atleta estudiantil de élite, dispuesto a iniciarse en el mundo del derecho. Ambas universidades estaban cerca de Cruger y los dos chicos volvían con frecuencia para ver a sus familias, de modo que no perdió el contacto con ellos.

Liza fue, poco a poco, construyéndose una vida que, si no era agradable, al menos era soportable. Continuaba ayudando a Calpurnia con las labores domésticas y en el pequeño huerto. Siguió dándole clases a J. T. y, cuando fue lo bastante mayor, también a la pequeña

Nellie. Se hizo traer los libros que había ido coleccionando durante su infancia y en la época universitaria. Su hermano le pasaba una pequeña cantidad semanal para sus gastos y ella la invertía en nuevos títulos para ampliar su biblioteca. Fue así como descubrió que Maggie se había convertido en autora de cuentos para niños. Su libro *Cuando sopla el viento* se convirtió en el favorito de sus sobrinos, que no entendían por qué tía Liza lloraba cada vez que lo leía.

Su pasión por Egipto continuaba, aunque ahora sabía que nunca iría allí. Nunca sería arqueóloga, pero, al menos, podía soñar y viajar con la mente. Sobre todo, podía leer. Leer todo lo que caía en sus manos.

Las semanas se convirtieron en meses y, los meses, en años. Los niños se hicieron cada vez más mayores y dejaron de requerir sus clases, por lo que Liza disponía cada vez de más tiempo para sí. Continuó siguiendo con avidez cuanto ocurría en la tumba de Tutankamón. Howard Carter continuaba su labor de catalogación, conservación y estudio de los objetos encontrados en el interior. También prosiguieron los rumores sobre la supuesta maldición, aunque estos cada vez eran más disparatados y carentes de sentido. Si de hecho existiera algún tipo de maleficio provocado por el fantasma del antiguo faraón, lo lógico hubiera sido que Carter fuera su primera víctima, y este continuaba lleno de vitalidad, no solo excavando la tumba, sino publicando libros, artículos y dando conferencias por el mundo entero.

Volvió a encontrarse con el nombre de Rockefeller, aunque en esta ocasión en el terreno de la egiptología. Al parecer, John D. Rockefeller Jr., hijo del Rockefeller al que iba dirigida la carta de Amelia Edwards, se había propuesto financiar un nuevo Museo de Antigüedades en El Cairo. El fundador del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, el egiptólogo James Breasted, secundaba el proyecto. Liza siguió las noticias con máximo interés, fantaseando con un futuro imposible en el que pudiera pedir una plaza aunque fuese de limpiadora en un museo americano ubicado frente a las pirámides… pero el proyecto nunca llegó a buen puerto.

Rockefeller. Por un motivo o por otro, aquella familia siempre acababa afectando a su vida, normalmente para mal.

No había acontecimiento digno de mención en el mundo de la egiptología que Liza no siguiera con atención. La Sociedad para la Exploración de Egipto —heredera del fondo fundado por su heroína, Amelia Edwards, en 1882— había continuado su estudio de las ruinas de Tell el-Amarna, la antigua capital del faraón hereje, Akenatón. Pero no todo eran proyectos británicos: el Museo Metropolitano de Arte de

Nueva York estaba llevando a cabo un proyecto que la fascinó: la reconstrucción del templo mortuorio de Hatshepsut, una de las pocas mujeres faraón de las que se tenía noticia.

De algún modo, la figura de Hatshepsut le había pasado desapercibida hasta el momento. La idea de que una mujer pudiese alcanzar el máximo poder hacía tantos miles de años provocó su curiosidad, y se propuso leer todo lo que se hubiera escrito sobre ella hasta el momento. No era tanto como a ella le hubiera gustado, aunque descubrió algo que no le chocó en lo más mínimo: la reina había tenido que hacerse pasar por un hombre para subir al trono.

Hasta en el antiguo Egipto, una mujer tenía que hacer lo indecible para abrirse camino en un mundo de hombres.

Los años pasaban sin piedad y Liza llevaba todo el camino de convertirse en la solterona que había vaticinado su madre. Sus sobrinos eran cada vez más mayores y apenas requerían su atención, de modo que cada vez pasaba más tiempo encerrada con sus libros. Sus contactos sociales eran mínimos y las visitas de Joel y Tom, cada vez menos frecuentes, constituían su principal nexo con el resto del mundo.

Como colofón, llegó la Gran Depresión. El padre de Liza era banquero, por lo que el crack bursátil de 1929 lo golpeó de lleno. Era presidente del Grenada Bank y, como tal, tuvo que enfrentarse a desafíos más que significativos. El banco sufrió retiradas masivas de depósitos —los famosos *bank runs*—, lo que, en un primer momento, lo llevó a la insolvencia. La confianza en el sistema bancario se desplomó, y la falta de liquidez afectó a la capacidad de los bancos para operar. Aunque el Grenada Bank con el señor Thomas al frente gestionó la crisis de forma modélica, la institución experimentó una presión financiera extrema, necesitando medidas drásticas como el despido de empleados o la bajada radical de sueldos para mantenerse a flote. Aunque no puede decirse que se arruinara, no volvió a ser el mismo desde entonces.

La Gran Depresión tuvo efectos devastadores en las plantaciones de todo el país, pero especialmente en el sur. Los precios del algodón cayeron por el suelo, y Tollie sufrió pérdidas inmensas y tuvo enormes dificultades para obtener créditos. Esto le generó problemas financieros muy graves que se tradujeron también en problemas familiares. Los gritos y las malas caras se convirtieron en la norma en Egipto, Cruger.

Por todo ello, cuando Liza recibió la carta de su antigua profesora, Blanche Colton, lo hizo como si fuera maná caído del cielo. Su mero nombre era un recordatorio de una época pasada que quizá

nunca volvería, pero cuyo recuerdo se volvía cada vez más dulce. ¿Qué podía querer de ella, tanto tiempo después? Cualquier cosa era mejor que la árida cotidianeidad en la que vivía.

Queridísima Liza:

He pensado muchas veces en escribirte, pero nunca he sabido muy bien qué decir. Hoy he descubierto algo que me ha recordado a ti y me ha dado la excusa perfecta para contactarte después de tanto tiempo.

Debes saber que yo también dejé Hollins poco después de tu expulsión. Ahora doy clases en el Hunter College de Nueva York. Esta mañana pasaba por la puerta del Museo Metropolitano y he visto que van a organizar un seminario de egiptología impartido por el mismísimo profesor Breasted, ya sabes, el fundador del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago donde siempre quisiste estudiar. También se va a realizar una exposición especial sobre la reina Hatshepsut y su legado.

Me he permitido apuntarte en la lista de candidatos y, como no estoy segura de cuál es tu situación financiera ni tu relación con tus padres, te mando un cheque para cubrir los gastos del viaje.

Te espero.

Siempre Pi Beta Phi, siempre amigas.

Blanche

Liza siempre se había considerado una chica dura desde que era bien pequeña, y los últimos años no habían hecho más que endurecerla aún más. Al leer la carta de su profesora, sin embargo, no pudo evitar echarse a llorar.

Tomó la decisión en el acto. Ni tan siquiera se molestó en pedirles permiso a sus padres. Por Dios santo, tenía veintiocho años, edad de sobra para hacer lo que le viniera en gana. Se limitó a informales, a ellos y a su hermano, de que iba a hacer un viaje. Cobró el cheque de Blanche en el banco y fue a comprar los billetes de tren con destino Nueva York. Todo era tan precipitado que no le dio tiempo de ver a Tom y Joel para despedirse, pero le dejó a la madre de este último una nota con las novedades y se puso en camino.

Había pasado casi una década desde su anterior viaje, cuando se trasladó a Virginia. Al contrario que en aquella ocasión, Liza no estaba nerviosa. Aquella vez aún soñaba con cumplir sus sueños y temía hacer algo mal, equivocarse, fastidiar la oportunidad que le brindaba el destino, como, en efecto, había ocurrido. Ahora no arriesgaba nada, por el sencillo motivo de que no tenía nada.

Se sentía como si estuviera huyendo de una vida que se había

vuelto demasiado pequeña, demasiado asfixiante, demasiado vacía para ella.

Cuando su tren entró en Grand Central Station, sintió como si un soplo de vida la reanimara después de muchos años. Enseguida distinguió a Blanche entre las personas que esperaban en el andén. Apenas había cambiado nada, seguía teniendo el mismo pelo rizado y el mismo aire distraído de siempre. Sus miradas se cruzaron y ambas sonrieron. Liza cogió sus maletas y salió a toda prisa del vagón para envolver a su antigua profesora en un abrazo.

—Gracias, gracias y gracias.

—Vamos, vamos, no hay de qué. No hay tiempo que perder. Tenemos que ir a casa para que te refresques y dejes las maletas, y después quiero enseñarte algo de la ciudad, porque mañana es la conferencia inaugural del seminario y ya no vamos a tener tiempo de nada. Me he permitido apuntarme contigo. No comparto tu pasión por la egiptología, pero, en fin, ¡todo sea por una amiga!

—El saber no ocupa lugar —rio Liza.

—El que dijo esa tontería, ¡no ha visto mi biblioteca!

Los primeros pasos en Manhattan dejaron a Liza sin palabras. Los edificios eran enormes, como montañas, y la hacían sentir absolutamente diminuta. Las calles estaban llenas de gente, mucha más gente de la que ella había visto en su vida, gente de todas las razas, mezclada sin problema aparente. ¡Y coches! ¡Todo el mundo tenía un coche! Los olores, las luces, las voces, todo era excesivo, deliciosamente excesivo. Si en el Cruger de la Gran Depresión le había parecido que nunca sucedía nada y que todo estaba exactamente igual que hacía cincuenta o incluso cien años, Nueva York parecía estar en constante movimiento.

Blanche vivía en un pequeño apartamento cerca de la universidad, cerca de la 68 con Lexington Avenue. El interior no podía ser más diferente de la casa de su hermano o de sus padres. Había libros por todas partes, libros y papeles, cuadernos, hojas manuscritas, ¡hasta en la cocina! Apenas se detuvieron lo justo para que Liza pasara por el cuarto de baño y dejara las maletas en el dormitorio de invitados. De inmediato salieron a pasear.

Atardecía. Tomaron Lexington hacia abajo y pasaron por el Plaza, se desviaron hacia Times Square y continuaron hasta el Empire State. Liza no dejaba de abrir la boca, asombrada ante lo que veía y sintiéndose pequeña e ignorante, como una aldeana recién llegada a la gran ciudad, que era exactamente lo que era.

Liza estaba preparada para que Blanche la bombardeara a preguntas sobre lo ocurrido en Hollins, sobre su nueva vida y sus

planes de futuro, y no sabía muy bien qué contestarle. Tenía más o menos preparada una respuesta relativa a su deseo de ahorrar para pagarse ella misma la universidad, una expectativa muy poco realista porque, a decir verdad, se gastaba casi toda la asignación de su hermano en libros. Sin embargo, su profesora no suscitó ningún tema existencial. Se limitó a mostrarle la ciudad y a contarle anécdotas curiosas de escritores famosos que habían vivido allí.

—Aquí todo es posible —le dijo—. Este es el lugar donde los sueños se hacen realidad.

Cenaron en un café en Hell's Kitchen y tomaron un taxi de vuelta a casa. Liza estaba agotada, pero tan excitada con todo lo que había visto, que le costó mucho conciliar el sueño. A la mañana siguiente, Blanche tuvo que tirar de ella para sacarla de la cama. Se tomaron un café a toda prisa y corrieron hacia el Museo Metropolitano, que estaba a pocas manzanas del apartamento.

Su aspecto majestuoso la impuso desde el primer instante. Al subir aquellas escaleras, se sintió como una noble ateniense, o quizá la hija de un senador romano; desde luego, no como una muchacha de Cruger. Blanche dijo su nombre a uno de los guardias de la entrada, que señaló hacia una de las puertas que daba paso al auditorio principal.

Allí, en un enorme cartel como los de los teatros, estaba anunciada la conferencia inaugural: «Hatshepsut, de reina a faraón», a cargo del profesor James Breasted. La sala estaba abarrotada.

—Hatshepsut es la primera gran mujer de la historia de la que tenemos noticia —comenzó el profesor.

Y, a partir de ahí, continuó. Liza se dio cuenta de que no sabía absolutamente nada sobre la reina-faraón; es más, comprobó que era muy poco lo que se sabía. Se desconocían las circunstancias concretas de su subida al trono. Se ignoraba por qué había asumido atributos masculinos. Había dudas sobre la naturaleza de su reinado, sobre sus logros, sus conquistas. Tampoco se sabía cómo ni cuándo había muerto. Aunque se había descubierto su tumba, la momia continuaba en paradero desconocido. Y solo había especulaciones sobre por qué su sobrino y heredero, el faraón Tutmosis III, había decidido hacerla desaparecer de la historia.

Liza salió de aquella sala con más preguntas que respuestas, pero segura de una cosa. Su sueño de convertirse en egiptóloga seguía vivo.

Blanche debió de leerle la mente, o quizá era tan solo una gran psicóloga. Mientras bajaban juntas las escaleras del museo, la cogió del hombro y se lo estrechó.

—¿No crees que es hora de volver a la universidad, querida?

—Yo… me encantaría, Blanche, pero mis padres no lo aprueban y yo no tengo dinero.

—Entonces, tienes suerte de contar con una benefactora, ¿no te parece? He creado un fondo para ayudar a personas como tú, mujeres jóvenes que carecen de apoyo o de recursos para continuar sus estudios. Puedes graduarte en el Grenada College y, después, trasladarte al Instituto Oriental como siempre habías querido. ¿Aceptarías mi ayuda?

—Con todo mi corazón —respondió Liza, volviéndose hacia su profesora y abrazándola.

13

He aquí tu nueva servidora

Cuando la Señora supo que Hatasu se había quedado encinta, montó en cólera. Ya era una mujer muy anciana, pero las fuerzas parecían no abandonarla nunca. Nos encontrábamos en el templo de Karnak, en la gran sala en la que mi niña, en tanto que esposa del dios, recibía a los sacerdotes de Amón de los distintos nomos para que le dieran noticias sobre el estado del culto, las cosechas, las mejoras emprendidas en los templos y los impuestos reclamados. Nefertari penetró, como era su costumbre, cual tormenta de arena, envuelta en un auténtico halo de furia divina.

—¿Cómo que te has quedado embarazada? —prorrumpió, mientras se acercaba al trono—. ¿Es que no te he enseñado nada? ¿Acaso desdeñas mis consejos como la paja que se separa del grano?

—Por favor, dejadnos —indicó Hatshepsut, haciendo un gesto a los sacerdotes, escribas y criados que nos acompañaban—. Senenmut, quédate. Cuando acabemos con este asunto, hay otro tema de gran importancia que quisiera tratar contigo.

Yo ni tan siquiera hice amago de retirarme. Conforme mi niña había ido asumiendo funciones reales, se había ido consolidando la práctica de que yo la acompañara en todo, no tanto en calidad de asesora como de apoyo de la reina, ya que yo era la única que de verdad la conocía. Con el pobre Paheri, sin embargo, había ocurrido el proceso contrario. Él, que había estado presente, en calidad de tutor, en todas las audiencias que concedían Tuty y Hatasu cuando eran príncipes, había ido desapareciendo poco a poco el protocolo de la corte, algo que me apenaba profundamente. Aunque hubiera rechazado la idea de casarme con él, seguía considerándolo un buen amigo.

—¿Y bien? —preguntó Nefertari, dejándose caer en otro trono situado a la derecha del de la reina—. Siempre tienes explicación para todo, así que estoy deseando escuchar la que tienes para este disparate.

—No hay ninguna explicación especial, abuela, es algo natural que ocurre entre hombres y mujeres.

—No me tomes el pelo, jovencita. Serás gran esposa real, hija del faraón, hermana del faraón, esposa del dios y princesa hereditaria, pero recuerda que todos esos títulos los he tenido yo mucho antes que tú. Habíamos hablado de cómo mantener tus pretensiones al trono

intactas. ¿Por qué te has desviado del plan que habíamos trazado? ¿Tu esposo te ha convencido? ¿No eres capaz de decirle que no a un jovencito que, por lo demás, ni siquiera es particularmente atractivo?

—¡He sido yo la que lo he convencido a él!

—Creía que la estupidez infantil se curaba cuando te ceñían la corona en la cabeza. Veo que en tu caso no ha sido sí. ¿Podrías explicarme qué es este sinsentido?

Hatasu se levantó y comenzó a pasear por el gran salón. Tenía el ceño fruncido y los labios en tensión.

—Tuty está enfermo. —Nefertari hizo amago de hablar, pero mi niña la calló con un gesto de la mano—. No, no, abuela, déjame terminar. Todos habéis visto las manchas que le han salido por todo el cuerpo. Está cada vez más débil, tiene problemas para respirar y por las noches no consigue dormir. Estoy muy preocupada por él.

—¡Pues más razón para mantener las piernas cerradas, estúpida! —le riñó la anciana reina—. Cuida a tu esposo, acompáñalo, dale tu cariño… y cuando Osiris quiera llamarlo a su reino y tú estés confirmada como faraón, ¡toma los amantes que quieras y dedícate a parir como una coneja, si tantas ganas tienes!

Hatasu detuvo su paseo y miró fijamente a la Señora. Sus ojos reflejaban una enorme tristeza.

—Amo a mi hermano, abuela. Lo amo de verdad, y no puedo permitir que parta hacia el otro mundo sin descendencia, que su estirpe sea olvidada, que nadie haga ofrendas en su tumba el día de la Bella Fiesta del Valle… no, no puedo permitirlo. Cada día dedico horas a rezar y hablar con Amón, le he pedido consejo…

Fue entonces el turno de Nefertari de levantarse. Se incorporó, apoyada en al respaldo del trono, y contempló a su nieta con los ojos muy abiertos.

—¿El dios te ha contestado?

—No, abuela, los dioses nunca contestan. Y los sacerdotes que se colocan detrás de las estatuas de Amón para pronunciar los oráculos no me han dicho nada que tú no hayas preparado antes. No te inquietes.

—Esos sacerdotes son receptáculos para el *ka* del dios, niña impertinente.

—Sea como sea, no. Amón me ha hablado en mi corazón. Soy su hija, en definitiva: no debería necesitar intermediarios para dirigirse a mí. Amón me ha hecho entender que, si en verdad amo a Tuty, debo darle al menos un descendiente. Si es cierto que mi destino es ser faraón, sin duda será una niña que no me disputará los derechos dinásticos. Si es un niño… él será faraón, y yo su regente hasta que

sea lo bastante mayor para reinar. Me temo que a Tuty no le queda mucho tiempo. Solo ruego para que viva lo bastante para conocer a nuestro bebé.

—Creerás que estás siendo una esposa buena y generosa —masculló Nefertari—, pero, en realidad, estás siendo una egoísta. Por suerte, yo tampoco viviré lo bastante como para padecer tus desatinos. Y pensar que yo misma te elegí…

La anciana reina se alejó con paso vacilante, mostrando por primera vez la edad que tenía, y desapareció detrás del cortinaje que conducía al exterior de la sala. El silencio se impuso durante el tiempo suficiente como para resultar incómodo, hasta que fue Senenmut quien lo rompió con su irreverencia habitual.

—La vieja está furiosa.

El joven arquitecto siempre tenía la facultad de hacer reír a Hatasu. Así fue también en aquella ocasión.

—Hacía tiempo que no la veía así. ¡Y menos aún conmigo!

—Majestad —intervine. Desde que se había convertido en reina, me había acostumbrado a dirigirme a ella en público siempre con el respeto debido—, vuestra abuela es anciana. No deberíais darle estos disgustos. ¿Cuánto os pesaría en la conciencia si ella muriese de repente, tras una pelea como esta? A la gente mayor le sucede.

—¿Y qué quieres que haga, complacerla y obedecerla en todo para no alterarla? Sitra, mi abuela tiene una única prioridad en la vida, que es verme convertida en faraón. Me figuro que es algo que hubiera deseado para ella: ha sido la mujer más poderosa de Egipto y, sin embargo, siempre ha estado por debajo del faraón de turno, por joven o tonto o imprudente que fuera. Pero yo no comparto esa ambición. Si en verdad es mi destino ser faraón, lo aceptaré, pero si no es así, no pienso doblegar la Maat y los designios de los dioses para que se haga la voluntad de la gran Nefertari.

—¿Es verdad que Tuty está tan enfermo? —preguntó Senenmut.

—Sí, y eso me lleva a lo que deseaba tratar contigo. Es urgente que comencemos a trabajar en la tumba del faraón… y en la mía también.

—¡Pero Hatasu, si eres una niña! —exclamé, olvidándome del protocolo—. Comprendo que Tuty está enfermo y hay que estar preparados, pero… ¿tú?

—Me temo que no se entendería que empezáramos a trabajar en una tumba para mi esposo y no para mí, que soy su hermana y su única esposa. Mutnofret y sus aliados empezarían a murmurar que estoy tramando su muerte y, cuando esta al fin suceda, no dudarán en acusarme de asesinato. No, es mejor que sea un proyecto conjunto.

—¿Deseáis ser enterrados juntos? —preguntó Senenmut—. Esto no tiene precedentes, al menos en la historia cercana… aunque tenemos el modelo de los grandes faraones de la Antigüedad, que se hacían enterrar en una gran pirámide y mandaban construir pirámides menores para sus esposas. ¿Estás pensando algo así?

—No, no, en absoluto. Tuty debe yacer en el Valle de los Reyes, al lado de nuestro padre. Hemos convenido en que ese lugar debe estar reservado a los faraones, así que habrá que buscar otro sitio para mí. Hay un barranco hacia el oeste, un lugar recóndito y casi imposible de acceder donde no espero ser perturbada…

—A la Señora no le gustará —me atreví a decir.

—Motivo de más para no decírselo. Así le ahorramos un disgusto. Senenmut, ¿aceptas el encargo?

—Por supuesto, mi reina —respondió él, con una enorme sonrisa.

El joven arquitecto se puso enseguida a trabajar mientras, en la corte, la vida continuaba como de costumbre. Mi pequeña había emprendido un programa de viajes por todo el país, supervisando los templos de Amón, así como los terrenos que se hallaban bajo su potestad y que, gracias a su buena gestión, proporcionaban pingües beneficios. A pesar del embarazo, continuó con sus funciones todo el tiempo que su estado se lo permitió.

Mutnofret no había abandonado sus intrigas. Ella y el sumo sacerdote Pahemred continuaban involucrados en las tareas de gobierno diario, y obligaron a Tuty a embarcarse en la construcción de un templo en honor a Ptah en el recinto sagrado de Karnak. También se entrometía en la política exterior, en los conflictos y alianzas con nuestros vecinos. Los sirios se mostraban reticentes a pagar el tributo al que les había sometido el gran Tutmosis, y Mutnofret insistía en que era urgente enviar al ejército para aplastarlos, en vez de utilizar armas diplomáticas más afines con el carácter del joven faraón. Su principal objetivo era influir en su hijo todo lo posible, para sentir que era ella la que en realidad movía los hilos del reino. El general Pen-Nekhbet fue enviado a Siria al mando de un regimiento y, como era su costumbre, regresó victorioso.

Hay personas que nunca están satisfechas, sino que siempre desean más. Por muchas fichas que saquen del tablero de *senet*, nunca se sienten a salvo. En el fondo, Mutnofret me daba pena. Nunca conseguiría ser feliz, y no se daba cuenta de que ella misma era un instrumento en manos de Pahemred y los demás sacerdotes de Ptah, que la utilizaban para enfrentarse a los partidarios de Amón.

La adoratriz Huy, por su parte, se quedó embarazada más o menos al mismo tiempo que la reina. En la corte se levantaron las

habladurías, porque era de todos conocido que Huy y su esposo, el sumo sacerdote Minmontu, no yacían juntos desde hacía años. Sin embargo, por algún motivo, este decidió no acusar a su mujer de adulterio. El hijo de ambos, Menkheperre, había hecho los votos como sacerdote de Amón y lideraba una nueva facción que se oponía al poder de Hatshepsut como esposa del dios. Minmontu, por su parte, había tomado un discípulo llamado Hapuseneb al que, de acuerdo con las habladurías, estaba preparando para ser su sucesor.

Las intrigas, pues, no cesaban.

Al igual que hacía Mutnofret con su hijo, mi madre también continuaba mangoneándome a mí. Quiero pensar que, en su caso, los objetivos eran diferentes y que ella, en realidad, se preocupaba por mi felicidad, pero lo cierto es que seguía criticando todas mis acciones, decisiones y movimientos. Permanecía activamente en campaña para que yo aceptara desposarme con Paheri y, cuando este anunció que regresaba a la tierra de sus antepasados, me regañó como si yo aún fuese una niña.

—Es tu última oportunidad de contraer matrimonio y fundar tu propia familia.

—No tengo ningún interés en hacer tal cosa, madre. Hatshepsut es mi familia.

—¡Ingenua! ¡Eres una ingenua! La reina aún es joven y le agrada tenerte alrededor para sentirse cuidada y protegida, pero según vaya ganando confianza en sí misma, dejará de necesitarte. —Mi madre resopló y se tiró de las puntas de la peluca, como hacía cuando estaba realmente exasperada—. Aunque existe otra posibilidad. Hatshepsut va a tener un hijo. Puedes solicitar a la reina que te convierta en su ama de cría.

—La primera tarea de un ama de cría es criar al bebé, madre. Darle el pecho. Yo no tengo leche que ofrecer, hace años…

—Puedes quedarte embarazada. En general Pen-Nekhbet podría ser una buena opción, es atractivo y diría que siente debilidad por ti. Si no quieres al niño, siempre puedes regalarlo…

—¡Madre, estás enferma! —chillé, dando por zanjada la conversación.

Los disparates de mi madre hicieron mella en mi mente y, durante varios días, tuve pesadillas con bebés abandonados y amantes anónimos que se introducían en mi lecho para verter su simiente dentro de mí. Por supuesto que cuidaría al bebé de Hatasu. Fuera niño o niña, siempre me tendría a su lado, como una abuela más. Pero aquella criatura necesitaría una nodriza de verdad, una mujer joven que pudiera alimentarlo, cargar con él, seguirle el ritmo cuando

empezara a gatear. Yo ya era casi una anciana.

Mientras tanto, el joven faraón continuaba languideciendo en el trono. No solo los mejores médicos de Egipto, sino también de los países vecinos, venían de lejos para tratarlo, pero ninguno era capaz de averiguar el origen de su mal. Tuty, además, tenía muy poco apetito y no se ejercitaba en absoluto, algo que, en mi modesta opinión, no era bueno para su salud. ¿Pero quién era yo para opinar?

Fueron transcurriendo los meses de embarazo y, una vez más, la reina Nefertari demostró que tenía un corazón mucho más grande de lo que quería aparentar. A pesar de su discusión con Hatasu y de su evidente desacuerdo con las decisiones de su nieta, iba cada día a visitarla para comprobar con sus propios ojos cómo avanzaba el embarazo. Le reñía porque decía que estaba ganando peso demasiado aprisa, y mandaba a sus criadas con deliciosas frutas para que las tomara en vez de los dulces que se le antojaban. También insistía para que saliera al jardín a dar paseos y procurara moverse todo lo posible, pero mi niña argumentaba en que era imposible hacer nada con semejante barriga.

Razón no le faltaba. Hatasu engordó muchísimo con su embarazo, mucho más que otras mujeres que yo haya conocido. Su mente seguía tan activa como de costumbre, pero apenas tenía fuerzas para mantenerse el pie y se hacía llevar en silla de un lado a otro para no tener que caminar por sí misma.

En una ocasión, la Señora estaba sentada al borde del lecho de su nieta y le acariciaba el vientre con dulzura. Creo que se olvidó de mi presencia, porque murmuró con voz tierna:

—Presiento que tienes razón, pequeña. Aquí dentro está la próxima esposa de Amón. Otro eslabón en esa cadena de mujeres que nos une a la divinidad.

Cuando le llegó el momento del parto, Hatasu fue trasladada al templo de Amón, al igual que su madre antes que ella. A diferencia de su progenitora, ella tuvo un parto sencillo. Apenas comenzaron las contracciones, dilató el conducto del nacimiento y, tras unos pocos empujones, nació una niña perfecta.

—Neferure —la bautizó—, porque es hermosa como el sol naciente. Llamad a Senenmut.

Yo misma salí corriendo del templo para avisar al arquitecto que, como otros tantos cortesanos, esperaba en la puerta noticias sobre el nuevo príncipe o princesa. Lo agarré del hombro y lo arrastré al interior.

—Aquí estoy, mi reina. ¿Qué deseas de mí?

—Senenmut, te encargo que seas el tutor de la princesa Neferure.

Ignoro cuál será su destino, si será gran esposa real o si le aguarda el trono de los faraones, pero es mi deseo que esté preparada para todo. Enséñale a leer y a escribir, a luchar como un hombre, a hacer cuentas, instrúyela en los asuntos de Estado y sobre la historia de nuestro país. Su educación será tu responsabilidad.

—Pero, majestad —dije—, la princesa necesita un ama de cría que la amamante.

—Tonterías. Le daré el pecho yo misma. ¿Qué mejor alimento para una princesa que la leche de una reina?

Que una mujer de la familia real, especialmente una gran esposa real, decidiera dar de mamar a sus hijos era un hecho sin precedentes que, durante los años siguientes, fue ampliamente criticado en la corte. Pero mi niña era así.

En ese instante, cuando las palabras de Hatasu aún vibraban en el aire, entró la Señora. Caminaba despacio, apoyada en un bastón con el mango en forma de carnero. Se acercó a su nieta, que aún tenía a la bebé desnuda sobre el vientre como es costumbre, se arrodilló y rio de gozo. Alzó los brazos al cielo y clavó la mirada en la estatua de oro de Amón.

—¡Oh Rhyn, el Oculto, señor de todos los dioses! ¡Oh, Amón! —exclamó con su voz cascada—. He aquí a tu próxima servidora. Solo te pido que cuides de ella y que la protejas de las alimañas que quieran hacerle daño.

Tuty no se había encontrado con fuerzas para asistir al parto, pero Hatasu nos pidió a Senenmut y a mí que le lleváramos a la princesa para que la conociera. Estaba en la sala del trono junto a Mutnofret y al sumo sacerdote Pahemred, que nunca se apartaban de él. Se hallaba también presente el general Pen-Nekhbet que, por lo que pude entender, abogaba por una nueva incursión en Siria para asegurar que los estados vasallos continuaban pagando el tributo, algo que Tuty no deseaba hacer bajo ningún concepto. Al pobre niño —porque aún era un niño— se le descompuso el rostro de emoción al ver a su hija, y lloró sin vergüenza alguna ante nosotros.

—Por fortuna, se parece a su madre, y no a mí.

—¿Es una niña? —preguntó Mutnofret.

—Sí, majestad —respondí.

El rostro de la madre del faraón se deformó en una mueca de odio y satisfacción que, quizá, pretendía pasar por sonrisa.

—¿La reina Hatshepsut se encuentra bien?

—Sí, majestad.

—¿Ves, hijo, cómo no tienes nada de lo que preocuparte? Tu esposa y tu hija están bien. Ahora, debes cumplir con tu obligación

como faraón.

En aquel momento no logré averiguar de qué hablaba la malvada Mutnofret, ni tampoco en los días siguientes. El asunto fue llevado en el mayor de los secretos por el mismísimo Pahemred y, según pude saber, en contra de la opinión de Pen-Nekhbet, que era partidario de una solución militar más que de una argucia diplomática. Así las cosas, la llegada de la princesa Iset fue una sorpresa para todos.

—Tenemos que impedir este matrimonio —sentenció la Señora, penetrando una vez más en los aposentos de Hatasu, que le daba plácidamente el pecho a la pequeña Neferure. En esta ocasión, había venido acompañada por su mejor amigo y aliado, el sumo sacerdote de Amón Minmontu, seguido de su fiel discípulo Hapuseneb—. Es prácticamente un acto de traición.

—Me temo, majestad, que el hecho de que los faraones tomen como esposa a la hija de un dignitario extranjero es una costumbre muy arraigada en Egipto —señaló el sacerdote—, aunque estoy de acuerdo, debemos impedirlo a toda costa.

Iset era una de las hijas del rey Artatama de Mitanni, un pequeño reino que empezaba a hacerse cada vez más poderoso en la remota región de Siria. Mutnofret había llevado a cabo negociaciones secretas con él tras la última victoria de las tropas egipcias.

—No sé muy bien cómo hemos de hacerlo —dijo Hatasu—. Los faraones siempre han tenido varias esposas. Mi propio padre lo hizo así y, gracias a que decidió casarse de nuevo con mi madre, estoy yo aquí. No me veo con fuerza moral para prohibírselo a Tuty.

—¿Es que piensas concederle a ese niñato cualquier capricho que le venga en gana? —bufó Nefertari—. Si está tan enfermo, ¿para qué necesita otra esposa?

—Lo cierto es que no es una mala idea —indicó Hatasu, meciendo un poco a la bebé, que parecía estar despertándose ante el volumen de las voces que la rodeaban—. Mi esposo tiene imagen de ser un hombre débil y enfermo, incapaz de ponerse al frente de sus tropas como hacía nuestro padre. Una esposa nueva, más aún si es exótica y extranjera, reforzará su imagen viril. No veo motivo para oponerme.

—¿Acaso tengo que hacerte un diagrama? —bramó Nefertari—. Si esa furcia da a luz un varón, ¡él será automáticamente el heredero!

—Me atrevo a decir que eso no sería bueno para Egipto, majestad —coincidió el sumo sacerdote—. La princesa Iset sin duda será fiel a los dioses de su pueblo. No me cabe duda de que, al llegar a Egipto, adoptará nuestra religión y nuestras costumbres, pero al verse sometida a la influencia de Pahemred, es muy probable que se incline

hacia los sacerdotes de Ptah en vez de hacia nosotros.

—Abuela, Minmontu —sentenció mi niña con seriedad, apartando a su hija de su pecho y entregándomela a mí—, creo que he demostrado una y otra vez mi fidelidad a Amón. Soy su hija, su esposa y su humilde servidora. Bajo mi supervisión, su culto se ha extendido por todos los rincones del país, sus terrenos se han multiplicado y sus siervos son más prósperos. Ocurra lo que ocurra con la concubina Iset y su futura descendencia, yo seguiré velando por los intereses de Amón. Como ya he dicho en más ocasiones, mi futuro y el de todo Egipto están en sus manos. Si él desea que me convierta en faraón… así será, al margen de las maquinaciones de Mutnofret. Y de las nuestras.

—Sabes de sobra, hija mía, que el mundo no funciona así. No obstante, alabo tu fe. Ojalá todos la compartiéramos.

Iset llegó a Tebas con un séquito de esclavas, sirvientes, enanos y animales de todos los tipos. Había incluso tigres y elefantes, que fueron llevados a los jardines del palacio. Siguiendo la costumbre del país, no se celebró ceremonia alguna para marcar la unión, pero Mutnofret se aseguró en persona de que la princesa extranjera no saliera de la alcoba de Tuty, que él mismo abandonaba cada vez con menos frecuencia.

Poco después, se supo que Iset había quedado encinta.

Hatasu se negó a darle importancia. Continuó con sus labores como esposa del dios y se volcó aún más en darle todo el cariño de una madre a la pequeña Neferure. Ahora que soy vieja, me regocijo pensando en que debió buscar en mí el ejemplo de cómo atender a un bebé, ya que su propia madre nunca pudo ocuparse de ella.

La adoratriz Huy dio a luz por aquella época. ¡El harén real nunca había estado tan lleno de criaturas! En su caso también fue una niña, a la que llamó Merytre-Hatshepsut, en un absurdo intento de aparentar fidelidad a la reina, cuando todos sabíamos que pertenecía al bando de Mutnofret. Cuando pienso en Huy a menudo me viene a la mente un viejo proverbio que asegura que hay quien le prende una vela a Horus y otra a Set para que, sea quien sea el que gane la batalla al final de los tiempos, pueda asegurar haberle sido siempre fiel. Así era la adoratriz. Casada con el sumo sacerdote de Amón, pero fiel a Ptah. Aliada de Mutnofret, pero deseosa de congraciarse con Hatshepsut. Jamás he visto semejante duplicidad en una persona.

Hatasu y Senenmut continuaron, por otro lado, trabajando en las tumbas para ella y para Tuty, revisando planos y eligiendo escenas religiosas para los muros y los frescos. Paheri supervisaba orgulloso la labor de su antigua alumna.

—Majestad, me congratula ver que mi trabajo aquí ha terminado —anunció—. Como ya vengo diciendo, es mi intención volver a la tierra de mis antepasados. Deberé ocupar el lugar de mi padre a frente de nuestro nomo y, ya que no he sido capaz de encontrar mujer que me soporte aquí en Tebas, tendré que buscar esposa allí si deseo perpetrar mi linaje.

Al escuchar las palabras de mi antiguo pretendiente, bajé la cabeza, sabiendo que su partida era consecuencia directa de mis decisiones.

—Puedes marchar con mi bendición, amigo mío —respondió Hatasu—. Deberíamos pensar en una tumba para ti. Algo digno de ti y de tus servicios.

—Desearía descansar junto a mis antepasados, majestad.

—Que así sea. Senenmut, te encargo que planifiques y ejecutes una gran tumba para el noble Paheri, que fue tutor de mis hermanos y mío propio, en Nekheb, al sur de Tebas. No escatimes en gastos.

—Gracias, majestad.

—Sitra, también deberíamos pensar en tu sepulcro. Ya no eres ninguna niña y estoy decidida a que cuentes con un lugar digno de tu posición y del lugar que ocupas en mi corazón.

—Con todo respeto, majestad, hace años hice a Amón la promesa de velar por mi soberana mientras viva. No pienso morir sin terminar mi tarea, de modo que mi tumba no corre prisa alguna.

—Aun así, Senenmut, te encargo que busques un lugar adecuado para la dama Sitra. Quizá cerca de donde descansa mi padre. Sería lo apropiado: son ellos dos los que me han traído hasta aquí.

—Así se hará, majestad —repuso el arquitecto.

Pasaron los meses y, tal y como marca la naturaleza, Iset dio a luz un hijo. Por algún motivo que no alcanzo a comprender, Amón decidió que se tratara de un varón. Quizá no fue decisión suya, quizá Mutnofret y sus aliados lograran que Ptah y los demás dioses se rebelaran contra el mandato del rey de los dioses. Sea como fuere, Iset parió un heredero al que pusieron de nombre Tutmosis, para reforzar su parentesco con el faraón guerrero.

No puedo decir que Tuty se alegrara especialmente al conocer la noticia, porque lo cierto es que se hallaba cada vez más débil y enfermo. Su madre, Mutnofret, se hizo de inmediato cargo del bebé y juró cuidarlo y protegerlo con su propia vida si era necesario.

A pesar de las buenas noticias, en la corte cundía el descontento. No había grandes campañas militares como en tiempos del gran Tutmosis, y algunos vasallos comenzaban a dejar de pagar el tributo. Pen-Nekhbet continuaba abogando por una campaña militar que

demostrara que Egipto seguía siendo el país más poderoso del mundo, pero sus argumentos no eran escuchados. Por otro lado, y aunque el señorío de Amón se imponía por todo el país, Pahemred y sus sacerdotes seguían ocupando puestos relevantes en palacio, lo cual aumentaba la sensación de división. En este contexto, los rumores sobre la salud del rey no hacían más que empeorar las cosas. Si Tuty moría prematuramente, no estaba claro quién ostentaría el poder.

Quiero pensar que, en efecto, el gran Amón mostró su ira ante este giro imprevisto de los acontecimientos, porque al año siguiente del nacimiento del pequeño Tutmosis, una terrible sequía golpeó Egipto y dejó diezmados los graneros reales. El malestar que había existido en la corte se extendió a todo el pueblo.

Fue Mutnofret la autora de la idea que cambiaría para siempre el destino de todos nosotros. Ella y Pahemred decidieron que el faraón había de consagrar un templo al dios Ptah en el país de Kush, quizá para resarcirse por aquella estela que Hatasu había decidido consagrar a Amón. El templo fue erigido a la altura de la segunda catarata, donde ya existía una fortaleza construida por el gran Tutmosis. Se decidió que el faraón y el príncipe heredero debían acudir en persona a la consagración del templo.

Tuve la suerte de estar presente, con la pequeña Neferure entre mis brazos, cuando Hatasu se enfrentó a su esposo por este asunto. El faraón se encontraba en el salón del trono, despachando a solas, por una vez, con el general Pen-Nekhbet.

—Es una locura, Tuty. No tienes salud para emprender este viaje.

—Pero he de hacerlo, hermana. Los generales empiezan a dudar de mi fortaleza para reinar. No he salido de Tebas desde que terminaron los ritos de coronación. Viajar a Nubia para inaugurar un templo será un símbolo de mi poder y, quién sabe, quizá los dioses me den salud.

—Si me permiten sus majestades —intervino el general—, estoy de acuerdo con la reina. Lo último que necesitamos es erigir un templo en Nubia que no tenemos capacidad de defender. ¿Cómo quedará la imagen de Egipto cuando los rebeldes kushitas se hagan con él? Si su majestad se siente con fuerzas para viajar… vayamos un poco más al sur, donde aún persevera la rebelión, y que el faraón se ponga al mando de su ejército.

—Ya sabes que no voy a hacer eso, Pen-Nekhbet. Sigo prefiriendo la opción del templo.

—¿Y tiene que ser en honor a Ptah? —preguntó Hatasu.

—No empieces tú también, hermana. Amón es el rey de los dioses, pero cada uno tiene su lugar. Ptah es un dios creador, el dios

que da forma al *ka* que nos da la vida… estarás de acuerdo conmigo en que lo necesito de mi lado.

—Tú eres el faraón, hermano, no puedo prohibirte que hagas tu voluntad. Lo que sí puedo hacer es acompañarte y asegurarme de que estés bien cuidado.

—¿No te das cuenta de que tu lugar está en Tebas? Eres la esposa de Amón, debes permanecer en Karnak y ocuparte de los asuntos del dios. Además, necesito a alguien de confianza que gobierne Egipto en mi ausencia. Quédate aquí como mi visir.

Fue así como el faraón, acompañado de su madre Mutnofret, de su concubina Iset y de su hijo Tutmosis, además del sumo sacerdote Pahemred, el general Pen-Nekhbet y otros cortesanos, tomaron las barcas reales Nilo abajo, en dirección a la lejana y calurosa Nubia. Cuando los vi partir desde el muelle del palacio, un oscuro presentimiento me asaltó.

Recuerdo las siguientes semanas como si un velo hubiese cubierto mi memoria. Hatasu asumió las labores de gobierno, además de las propias como esposa del dios. Senenmut se convirtió en su hombre de confianza y, aparte de su trabajo como arquitecto y como tutor de la princesa, comenzó a asesorar a la reina en cuestiones de Estado. La Señora lo supervisaba todo, aportando su sabio consejo cuando era necesario, y daba la sensación de que todo transcurría de acuerdo con la Maat.

Pero algo no estaba bien.

Las noticias llegaron pocas semanas después de la partida de la comitiva real, el décimo quinto día del primer mes de Shemu. La barca del faraón regresó a Tebas, pero a bordo no viajaba Tuty, sino el pequeño Tutmosis en brazos de su madre, la concubina Iset. Los escoltaba el general Pen-Nekhbet.

—Abrid paso al faraón —anunció—. Que su reinado dure un millón de años.

Nuestros peores temores se confirmaron. Tuty había perecido al poco de llegar a su destino, y su hijo había sido coronado como su sucesor.

Pen-Nekhbet condujo a Iset y al bebé hasta la sala del trono, donde Hatshepsut despachaba asuntos del reino acompañada del sumo sacerdote Minmontu, de su aprendiz Hapuseneb y del arquitecto Senenmut. El general tomó al niño en brazos y se lo entregó a la reina.

—Majestad, en nombre de Egipto, os encomiendo la custodia del faraón-niño, para que gobernéis en su nombre hasta que tenga edad de hacerlo por sí mismo. Que vuestro padre Amón y todos los dioses os guíen en la tarea.

—Así sea —dijo Hatasu.

De este modo, mi niña se vio investida de la dignidad de regente, no por los dioses, sino por el ejército que buscaba una mano firme y estabilidad para el país. Sin embargo, esto no me dio pie a engaños. Aunque ahora Hatshepsut ocupara un lugar privilegiado en el juego de *senet*, quedaban muchas piezas que conspiraban para sacarla del tablero.

14
Didlington up the Nile

Mis planes profesionales se vieron frenados, una vez más, por la llegada de un cuarto embarazo.

Lo sé, lo sé. No puedo culpar a nadie más que a mí. A esas alturas ya era bastante mayorcita y, desde luego, tenía experiencia más que suficiente para saber cómo funcionan estas cosas. Pero qué le vamos a hacer, una de las bendiciones de mi vida es que siempre he estado enamorada de mi esposo, y, aunque esto sin duda me ha acarreado muchos problemas…, también me ha proporcionado grandes satisfacciones.

El doctor me confirmó la noticia poco después de que Fardie y mamá fueron oficialmente nombrados barón y baronesa Amherst de Hackney por la reina Victoria en persona. La ceremonia tuvo todo el boato y el olor de los siglos que cabe esperar: hubo coronas, capas de armiño y cantos de alabanza y asistieron, por supuesto, los principales pares del reino, incluidos mis queridos suegros. He de decir que yo, como heredera del título, ocupé un lugar de honor, y hasta se me permitió lucir una diadema de diamantes que bien podríamos haber vendido para instalar luz eléctrica en una población de tamaño medio.

Nunca me he dejado impresionar por la pompa y el oropel. Prefiero cien mil veces una momia bien conservada que al más flemático de los lores británicos, pero, en este caso, debo reconocer que el ambiente festivo que rodeó la «coronación» —en casa siempre nos referimos así a aquel día— tuvo el mérito de deshelar las gélidas relaciones que se habían ido formando entre Fardie y yo. El hombre se esforzó, he de reconocerlo, y la verdad es que estaba genuinamente contento de haber conseguido que el dichoso título fuese a pasar a mí tras su muerte. La conclusión fue que, cuando se confirmó el embarazo y mamá me propuso que, por una vez, nos instáramos en Didlington en vez de en casa de los padres de William, acepté.

Confieso que me gustó regresar al hogar de mi infancia y de gran parte de mi juventud. Sobre todo al ala egipcia, que contenía aún más antigüedades que cuando me había marchado, y más libros y documentos, que continuaban amontonándose sin ton ni son en todos los rincones de la biblioteca. La momia de mamá seguía en su lugar privilegiado, vigilándonos desde la comodidad de su sarcófago. He de reconocer que, desde la muerte de Bee, le había cogido un poco de manía a la adoratriz Huy y a sus supuestas maldiciones. En cualquier

caso, estaba en casa. Quizá mis planes de regresar a Egipto hubieran tenido que posponerse, pero el museo de Didlington estaba casi a la altura del Británico.

No me hizo tanta ilusión reencontrarme con Charles Cheston, el factótum de Fardie, a quien los años habían vuelto aún más desagradable, si es que aquello era posible. Al principio hizo alarde de dejarme tranquila y concentró sus esfuerzos en fastidiar a mis tres hijos, que por entonces tenían seis, cinco y tres años. Billy y Tom, los dos mayores, eran absolutamente salvajes y no había fuerza de la naturaleza capaz de frenarlos, y menos aún un idiota como Cheston. Francis ya iba desarrollando esa mezcla de empatía y sensibilidad que, años más tarde, le hizo elegir la carrera diplomática. Aunque aún hablaba con media lengua, se enfrascaba en largas peroratas para convencer al amargado factótum de que ellos eran niños y que por lo tanto era legítimo que quisieran jugar y hacer travesuras, cosa que, de mayores, no les estaría permitida. Un argumento impecable, en mi opinión.

Cheston se puso más serio conmigo cuando decidí embarcarme en la labor de clasificar los papiros, libros antiguos y demás documentos de Fardie.

—A lord Amherst no le gusta que nadie toque sus papeles.

—Se referirá usted a que no le gusta que ningún extraño lo haga. Yo soy su hija.

—Insisto, *lady* Cecil. Yo me encargo personalmente de ordenar los documentos y de clasificaros, y me temo que una interferencia… femenina… podría arruinar completamente mi método.

No me esforcé por contener mi indignación.

—Cheston, si la falta de método fuese un método, sería usted el hombre más metódico del universo. Esto que tiene aquí es un absoluto desastre. Voy a proceder a ordenarlo con un cierto rigor científico. Si mi padre tiene algo que objetar, que me lo diga él mismo.

Obvia decir que Fardie no puso objeción alguna a que yo procurara clasificar su biblioteca. En realidad, creo que estaba tan contento de tenerme de vuelta, que me hubiera permitido casi cualquier cosa. Se mostraba conciliador en extremo y procuraba darme la razón en todo lo que decía, y eso que yo me esforzaba todo lo posible por provocarlo.

—Fardie —le dije una noche, cuando tomábamos una copa de madeira después de la cena, con mamá y mi hermana Alicia—, estaba pensando en esa dispensa especial que ha concedido la reina para que yo pueda heredar tu título. ¿Significa eso que me admitirán en la Cámara de los Lores?

Justo el día anterior, Fardie había asistido a su primera sesión de la Cámara Alta. Él ya tenía experiencia de su época como miembro del Parlamento, pero volvió a casa exultante tras la experiencia. «Si los Comunes son la sangre y el músculo de Inglaterra, los Lores son el cerebro», sentenció. Deberían haberlo enterrado con ese epitafio.

Al escuchar mis palabras, se atragantó con el vino, tosió violentamente y se puso rojo como un fresón. Tuvo que respirar varias veces antes de responder.

—Querida, sabes de sobra que las mujeres no tenéis acceso al Parlamento. La política es una labor principalmente masculina.

—Curiosa afirmación, cuando tenemos una reina a la que hace apenas unas semanas volviste a jurar lealtad.

—Es diferente, la reina Victoria ha heredado su título de su padre en ausencia de heredero masculino, por gracia de Dios.

—¿Y mi caso es diferente? También heredaré mi título de ti y asumo que, si sucede, será porque es voluntad de Dios. No veo por qué la reina ha de ejercer todos sus poderes como soberana mientras que yo seré una baronesa a medias, con algunas prerrogativas sí y otras no. Deberías hablarlo con ella, estoy segura de que estará de acuerdo con mi razonamiento.

—Aunque la reina quisiera, no está en su mano cambiar la composición del Parlamento. Esto lo hacen, conjuntamente, los Lores y los Comunes, y dudo mucho que se avengan a modificar una práctica que tiene siglos de antigüedad.

—Es curioso que los hombres puedan aceptar a una mujer por encima de ellos, pero nunca como igual. Es el mismo caso de Hatshepsut. Al menos, nuestra reina Victoria no ha tenido que disfrazarse de hombre para ceñirse la corona…

—¡May, deja de importunar a Fardie! —dijo Alicia en tono burlón. Durante todo el tiempo que había durado nuestra conversación, ella había estado jugando con su perro, Ducker—. La política es terriblemente aburrida, ¿por qué ibas a querer meterte en la Cámara de los Lores? Imagínate, te harían ponerte una de esas horribles pelucas.

—No es tanto que me guste la política como que detesto que me digan lo que no puedo hacer.

A principios de otoño vino Howard a visitarnos, tras haber pasado una temporada con su familia para poner en orden los asuntos relacionados con la muerte de su padre. Traía en mano una carta de Griffith, en la cual respondía a mi petición de ayuda para obtener una concesión en Egipto. Al parecer, había intercedido por mí ante un tal Jacques de Morgan, un hombre del que yo jamás había oído hablar,

pero que había sido nombrado director del Departamento de Antigüedades, y este le había dado la más grosera de las negativas.

Mi viejo amigo y compañero de aventuras adjuntaba a su carta la nota que había recibido del caballero en cuestión.

Monsieur *Griffith:*

Ya conoce usted mi opinión de que existe una sobreabundancia de egiptólogos de nacionalidad británica, lo cual no redunda en el deseable equilibrio entre las potencias. Lady *Cecil, por otro lado, carece de experiencia y de titulación académica que avalen su solicitud, amén de tratarse de una mujer, lo cual en mi opinión ya la invalida para recibir una concesión.*

Por los motivos arriba mencionados, me veo en la obligación de denegar su solicitud.

Atentamente,

De Morgan

Al terminar de leer, se me cayeron los papeles al suelo. Temblaba de ira.

—De Morgan es un demonio —se disculpó Howard, como si de algún modo aquello fuese culpa suya—. Todos los grandes están en su contra, estoy seguro de que tendrá que abandonar el puesto más pronto que tarde. Le juro, *milady*, que yo mismo me encargaré de conseguirle esa concesión.

Mamá, que revoloteaba por el salón donde habíamos recibido a Howard, se acercó para darme un beso y un rápido abrazo.

—Piensa que no hay mal que por bien no venga, querida. En tu estado, no habrías podido ir a Egipto aunque ese señor tan grosero te hubiera otorgado la concesión. Esperemos a que nazca el bebé, que crezca un poco… y después, ¡hablaré con el mismísimo lord Cromer si es necesario! Howard, te quedas unos días, ¿verdad?

—Pocos, *milady*. Urge mi regreso a Egipto. La temporada está a punto de comenzar.

—¿Deir el-Bahari? ¿Por fin comenzáis a excavar el templo de Hatshepsut?

—Beni Hasan, *milady*. Me temo que *monsieur* Naville no está disponible todavía… y existen también unos problemas burocráticos. De Morgan no nos ha firmado tampoco a nosotros el permiso para excavar.

—¡Qué catastrófico caballero!

Howard pasó algo más de una semana en Didlington, durante la cual me ayudó con los documentos que quería organizar, en especial con los papiros. Juntos localizamos también los pocos objetos que había en la colección relacionados con la reina Hatshepsut: apenas

unos escarabajos, un bote de perfume y algunas otras piezas con breves inscripciones.

—Es frustrante lo poco que se sabe sobre ella —me lamenté, sentada frente a Howard en el despacho que solía usar Fardie en el ala egipcia.

—Nuestro conocimiento del antiguo Egipto es aún muy limitado, *milady*. Por eso es tan importante que sigan adelante los trabajos de exploración y excavación.

—Pero su caso es especial, Howard. Si en verdad fue la única mujer que logró convertirse en faraón, ¿cómo lo hizo? ¿Fue como nuestra reina Victoria, carecía de hermanos varones? ¿O acaso fue una intriga palaciega? Ni siquiera está claro el orden sucesorio. Sabemos que era hija de Tutmosis I, esposa de Tutmosis II y madre o madrastra de Tutmosis III, pero su reinado se asemeja a un río que aparece y desaparece entre esos tres faraones…

—Cuando excavemos Deir el-Bahari, sabremos más, *milady*.

Howard se marchó de regreso a Egipto, dejándome a solas con mis papeles, mi embarazo y mis millones de familiares. Mi esposo, por descontado, pasaba con nosotros el tiempo imprescindible. Es cierto que estaba muy ocupado con su trabajo, sobre todo desde que era *groom-in-waiting*, pero sospecho que la locura constante de Didlington Hall le superaba.

Yo también pasaba cada vez más tiempo a solas en el ala egipcia, no solo clasificando documentos, sino también aprendiendo sobre historia de Egipto gracias a la colección y a la biblioteca de Fardi. Mamá comenzó a hacerme visitas cada vez más prolongadas, primero con la excusa de traerme unos emparedados, después una taza de té, a los niños para que saludaran a su madre… una cosa llevó a la otra y, al fin, acabó remangándose para asistirme en mi tarea.

Mamá es lista, quizá una de las personas más inteligentes que he conocido. Todo lo que hace, lo hace bien. Y el orden se le da estupendamente. Gracias a ella, concebimos un código para empezar a numerar los distintos artefactos, papiros y documentos. A ella se le ocurrió un modo de hacer referencias cruzadas a la época, el lugar y el tipo de objeto. Pronto elaboró un índice que parecía casi el esquema para un libro de historia de Egipto, desde los orígenes hasta nuestros días.

—No es una mala idea en absoluto —me confesó—. Quizá escriba un libro.

—¿Tú? —pregunté, entre sorprendida y divertida.

—No te rías, jovencita. Llevo oyendo hablar a tu abuelo sobre Egipto casi desde que nací. Estoy segura de que sé mucho más que la

mayoría de los que se hacen llamar egiptólogos. Además, Amelia murió sin poder hacer justicia a la memoria de la reina Hatshepsut. Quizá yo pueda hacerlo en su nombre.

—Será un libro muy corto, me temo. Apenas sabemos nada sobre ella.

—Haré un esquema de la historia de Egipto, un boceto, desde los tiempos más remotos hasta la Antigüedad. E incluiré a Hatshepsut, por descontado. Ríete todo lo que quieras, pero lo haré. También os reísteis cuando me propuse plantar la rosaleda o cuando me puse a componer aquella canción infantil. Soy capaz de esto y de mucho más.

—No lo dudo.

Mamá se puso con su nuevo proyecto de inmediato, mientras yo seguía… gestando, que hasta la fecha, era mi mayor contribución al mundo. Volvía a estar frustrada, lo reconozco, pero al menos tenía la colección egipcia de Fardie para darle algo de alimento a mi cerebro, así como esperanza en un futuro más activo.

Al cabo de los meses —nueve, para ser exactos— nació el pequeño Henry. Otro varón para engrosar la rama familiar. Desde luego, Fardie no podía quejarse de falta de herederos para su dichoso título. Las dinámicas posteriores me las conocía muy bien: dar el pecho, tratar de recuperar la forma física y lidiar con los celos de los tres mayores, que veían al recién llegado como una gravísima perturbación del *statu quo*.

En vez de regresar a Grosvenor Square, decidimos permanecer en Didlington Hall. A William le quedaba más cerca desde su destacamento en Lincolnshire, teníamos más ayuda y…, sinceramente, yo tenía el ala egipcia. Como la mayoría de las mujeres de mi generación, no fui a la universidad ni tuve una auténtica formación académica superior, pero tuve la colección Amherst de antigüedades egipcias, y una de las mayores bibliotecas especializadas en egiptología del mundo a mi disposición, para entender lo que trataba de ordenar.

El pequeño Henry acababa de cumplir un año cuando Fardie tuvo una de sus geniales ideas: hacer un viaje familiar a Egipto, todos juntos, él y mamá, las seis hermanas y nuestros respectivos maridos, sin olvidar a Ducker, el perro de Alicia. Los niños se quedarían en casa con el loable objetivo de no perder días de colegio y, no menos importante, para no importunar a los papás. Para no tener que preocuparnos de los detalles logísticos, Fardie había decidido encargar todos los preparativos a la Thomas Cook & Sons, que tenía fama de organizar las mejores rutas turísticas del mundo. Por descontado, no eligió ninguno de los paquetes prediseñados, sino que encargó un

viaje a la medida de nuestros gustos y necesidades, sin reparar en gastos, como era su costumbre. Ya nos llegaría la hora de pagar por aquellos desmanes.

Aunque no todos los Amherst pudieron unirse a la expedición, la mayoría aceptamos entusiasmados. Mamá tenía sus propios motivos literarios y yo acababa de enterarme de que el fondo por fin había iniciado la excavación de Deir el-Bahari, al mando de Édouard Naville y con Howard como miembro destacado del equipo. Aquel crucero familiar me parecía la ocasión idónea para hacerle una visita sin tener que responder incómodas preguntas respecto a mis intenciones. El volumen de equipaje, trastos y logística necesarios era de tal calibre que bautizamos la aventura como «*Didlington up the Nile*», como si en efecto hubiéramos empaquetado la casa entera para llevárnosla río arriba.

Los preparativos llevaron varias semanas pero, al fin, el 4 de diciembre de 1894 nos presentamos en Victoria Station con veinte o quizá treinta baúles de equipaje, para tomar el tren que nos llevaría hasta Dover. Cruzamos el canal hasta Calais e hicimos el habitual recorrido pasando por París, donde hasta tuvimos tiempo de ir a la ópera, Marsella, Niza, Génova, Roma y, al fin, Brindisi. Allí abordamos el S.S. Arcadia rumbo a Egipto.

Volver a viajar con la *troupe* al completo de los Amherst me sirvió para terminar de reconectar con mi familia, aunque, para el pobre William, me temo que supuso todo un reto. Ya he mencionado que los Cecil eran mucho más serios y severos que nosotros, por lo que nuestra expedición debió de parecerle idéntica a un circo ambulante.

Apenas dos semanas después de nuestra partida llegamos a Port Said, donde paramos para recargar carbón. Mientras se completaba la operación, bajamos en tropel a la ciudad para visitar una mezquita. Mis hermanas se volvieron locas cuando les dijeron que había que dejar los zapatos en una cesta en la puerta, y Alicia casi montó un altercado al descubrir que Ducker tenía que esperar fuera. Los musulmanes nunca han sido amantes de los perros, me temo. Recuerdo que las calles resonaban con una cacofonía de vendedores, pregoneros, mendigos, burros rebuznando y camellos gruñendo, todos discutiendo entre ellos para apartarse del camino o pagar más.

—Esto es *tan* oriental —protestó Alicia—. No podría vivir en un país así.

—Yo, en cambio, mataría por hacerlo —repuse, provocando una de sus miradas de desdén.

Una vez completada la operación de abastecimiento, cuando se hubo terminado de limpiar el penetrante polvo negro de cubiertas y

cabinas, el Arcadia estaba en condiciones de recibir a sus pasajeros a bordo nuevamente. Tras cruzar el canal de Suez, atracamos en el puerto de Ismailiya, donde debíamos tomar un tren hasta El Cairo. Eran las tres de la mañana y estábamos todos francamente ansiosos por pasar una noche en camas como Dios manda, pero ello hubiera implicado trasladar nuestro nada desdeñable equipaje y contratar a un dragomán que se asegurarse de que el resto de los baúles en la bodega fueran transportados al hotel correcto. Ni siquiera se nos pasó por la mente. Dormimos unas pocas horas, como pudimos, en el hotel Victoria, un edificio curioso diseñado para vivir en clima cálido, con amplias verandas y habitaciones ventiladas que solo tenían una abertura que servía tanto de puerta como de ventana. A la mañana siguiente, aún somnolientos, abordamos el tren hacia El Cairo. Fardie había reservado habitaciones en el hotel Continental, que no era tan elegante y moderno como el Shepheard's, pero que tenía el caché de la exclusividad y un cierto patrocinio aristocrático que a mi querido padre le encantaba. Lo cierto es que era un establecimiento de primera categoría con decoraciones más que suntuosas, verandas sombreadas, habitaciones amplias, instalaciones sanitarias modernas —muy de agradecer cuando una se atreve a beber agua en Egipto— y una reputación muy merecida por albergar los mejores bailes de gala de toda la ciudad.

Para William y para mí fue casi como una segunda luna de miel. Después del viaje en carruaje desde la estación de tren, consagramos el resto del día a deshacer las maletas —aún recuerdo mi «equipamiento tropical»: sombreros tipo salacot, bufandas de gasa, blusas y faldas de algodón y lino— y nos dedicamos a descansar del viaje durante el resto del día.

A la mañana siguiente, nos enteramos con horror de que Ducker había desaparecido. A la tonta de mi hermana se le había ocurrido encargar a un porteador nativo que sacara al perro a correr. Comprensiblemente angustiado por el entorno desconocido y el ruido, el pobre Ducker se asustó, se salió de su collar y se lanzó a la calle concurrida. El porteador empeoró las cosas al intentar atraparlo él mismo. Para cuando se organizó una búsqueda, todos los testigos de la fuga ya habían desaparecido y al pobre Ducker nunca más se le volvió a ver. Alicia pasó los siguientes tres días en cama, digiriendo la pérdida.

Concluido el pequeño drama, decidí acompañar a Fardie y a mamá a hacer la ronda obligada de saludos y presentaciones. Como es de imaginar, yo tenía mis propios motivos. Aunque el diabólico *monsieur* De Morgan seguía al frente del Departamento de

Antigüedades, me había propuesto defender mi caso ante el mismísimo lord Cromer. Dejamos tarjetas de visita para él y su esposa, para el *sirdar* del ejército egipcio y para un sinfín de autoridades locales de distinto rango. Fue así como descubrimos que Percy Newberry estaba en la ciudad con su esposa, aunque, cuando le preguntamos por Howard, nos explicó que él había preferido quedarse en Deir el-Bahari. Cuando volvimos al hotel, descubrimos que mis padres, William y yo habíamos sido invitados a tomar el té a la Residencia Británica.

Aquella visita comenzó de un modo mucho más cordial que la anterior vez, cuando acudí acompañando a Amelia, probablemente porque no teníamos pensado realizar ninguna temeraria aventura en medio de un conflicto militar. Los mahdistas seguían atacando de vez en cuando, por lo que lord Cromer le hizo prometer a Fardi que no iríamos más al sur de la segunda catarata.

—Reconocerá usted, *lady* Cecil, que aquello fue una locura solo perdonable por su juventud —me riñó el cónsul, ya sentados a la mesa y degustando unos deliciosos *scones* untados con *clotted cream* que parecía recién traída de Devon—. En cuanto a la señorita Edwards, que en paz descanse, hay que reconocer que la prudencia nunca fue su mayor virtud.

—La egiptología británica le debe mucho a la buena de Amelia —apuntó mamá, dando un sorbo a su taza de té.

—Hablando de egiptología —intervine, tratando de aparentar más seguridad en mí misma de la que sentía—, llevo años pensándolo y me gustaría seguir los pasos de Amelia. Ya sabe que nos unió una gran amistad. He estado tratando de conseguir que el Departamento de Antigüedades me dé una concesión para excavar en Egipto, pero *monsieur* De Morgan se ha mostrado bastante poco receptivo.

—May lleva años estudiando todos los objetos, libros y papelotes que tenemos en casa —señaló mamá—. Le aseguro que sabe más de la historia de Egipto que la mayoría de los excavadores que hay por aquí.

—Estoy confundido —dijo lord Cromer—, ¿no tiene usted cuatro hijos pequeños?

Me sentí como si me hubiera arrojado el contenido de su taza de té a la cara.

—Así es, milord.

—¿Y qué piensa usted de esto, lord Cecil?

El bueno de William carraspeó y se limpió el labio con la servilleta antes de responder.

—No es que May necesite mi permiso para hacer lo que le venga en gana, pero, en esta aventura, estamos en completa sintonía. Llevo

tiempo deseando pedir una excedencia en el ejército y disfrutar una temporada de mis hijos, así que la idea sería trasladarnos todos aquí mientras dure la excavación.

—Nunca había oído una cosa semejante —dijo *lady* Cromer, que daba buena cuenta de los sándwiches de pepino y tuvo que hacer una pausa para tragar antes de seguir hablando—. Si se me ocurriera decirle a mi marido que deje su trabajo para seguirme en un capricho, me mandaría internar en un sanatorio para locos.

—No es un capricho, milord, *milady* —me defendí—. Toda la vida he querido ser egiptóloga, he dedicado mucho tiempo a estudiar y realmente tengo los recursos financieros…

—En cualquier caso, tengo pésima relación con *monsieur* De Morgan —me interrumpió lord Cromer—. Cualquier intervención mía sería contraproducente. Pero le deseo la mejor de las suertes en su… eh… extravagante proyecto.

Ni que decir tiene que salí de allí furiosa, como una barra de dinamita a punto de estallar. Lord Cromer nos había invitado a todos a la tradicional cena de Nochebuena en la residencia, pero yo me negué a ir. En cambio, mis padres, William y yo decidimos cenar en casa con los niños y con Percy Newberry y su esposa Essie.

Fue una velada entrañable y familiar. Después de la cena bajamos al salón de baile del hotel, que estaba decorado para celebrar la temporada. Cuál no sería nuestra sorpresa al ver, sentados en una de las mesas, al señor y a la señora Rockefeller, acompañados de dos jóvenes a los que no reconocimos.

—No deberíamos dirigirles la palabra —dijo Fardie—. Fueron extraordinariamente groseros el día de la fiesta en Lou Casteou.

—Eres un caballero, cariño. Ve, besa la mano de Cettie, saluda a John y demuestra que, para un buen británico, la educación está por encima de todo.

—Yo le acompaño, lord Amherst —se ofreció el bueno de William —. También los conocí ese día. Las señoras pueden sentarse y Percy, tú no le conoces de nada, pero…

—Iré yo también, faltaría más.

Nunca me han gustado los grandes gestos de caballerosidad, pero así convinimos. Mamá, Essie Newberry y yo fuimos a sentarnos mientras nuestros galantes esposos iban a enfrentarse en un duelo de buenos modales con el pérfido Rockefeller. Un camarero se acercó y le pedimos whisky para los señores y unas copas de champán para nosotras. En la mesa de los Rockefeller, pude observar que los dos hombres jóvenes se levantaban para saludar y, tras un breve intercambio de palabras, acompañaron a Fardie y el resto de su

comitiva hasta nuestra mesa.

—*Lady* Amherst, *lady* Cecil, señora Newberry —saludó uno de ellos, imberbe y de facciones bastante agradables—. Soy John Rockefeller *junior* y este es mi amigo George Vanderbilt. Permítannos que les presentemos nuestros respetos.

—Es un placer saludarlas, *miladies*, señora —dijo el otro que, ciertamente, era aún más guapo que su amigo y lucía un elegante bigote *handlebar* que, a diferencia del típico bigote inglés, tenía los extremos curvados hacia arriba. Después se inclinó frente a mí, al tiempo que el joven Rockefeller lo hacía ante Essie—. ¿Serán tan amables de concedernos este baile?

—Id vosotras, por favor —dijo mamá—. Yo ya estoy mayor para estos trotes.

La banda tocaba un vals. Essie y yo aceptamos y salimos a la pista. George Vanderbilt era un bailarín más bien audaz y me costó algo de trabajo seguirle, acostumbrada al estilo reservado de William, pero enseguida logré ponerme a la altura.

—¿Puedo preguntar qué se les ha perdido en esta zona del mundo en plena época navideña? —pregunté, para abrir la conversación.

—John es un apasionado de Egipto, llevaba años queriendo venir. En enero cumple treinta años y el señor y la señora Rockefeller han decidido regalarle este viaje. Yo… soy el amigo de la familia.

—Supongo que en el mundo de los negocios, todo el mundo se conoce.

—¿Sabe quién soy, acaso?

—La fama de Cornelius Vanderbilt llegó hasta Inglaterra, puedo asegurárselo. Una de las fortunas más grandes de América, junto a la de Rockefeller, por supuesto. ¿Era su abuelo, imagino?

—Es usted muy inteligente, *lady* Cecil. Pero permítame un poco de chismorreo. ¿Qué sucede entre sus padres y el señor y la señora Rockefeller? El aire podía cortarse con un cuchillo.

—Oh, es historia antigua, y no quisiera aburrirle.

—Eso sería imposible.

—Su amigo John tenía una tía llamada Clorinda, hermana de su padre, que murió aquí en Egipto.

—Conozco la historia. Su cadáver nunca apareció. Espeluznante, parece sacado de una de esas historias de terror con momias y criaturas sobrenaturales… ¿cómo puede desaparecer un cuerpo así como así? Pero no entiendo la relación con sus padres.

—Nosotros estábamos presentes cuando Clorinda murió. Los tres, Fardie, mamá y yo. Ayudamos a Amelia Edwards a repatriar el cuerpo

y, en fin, creo que el señor Rockefeller nos culpa de la desaparición de su hermana.

Hubo un cambio en la música y, como marca la tradición, Essie y yo intercambiamos las parejas. Temí que John fuese a interesarse también por la suerte de la pobre Clorinda, pero, en cambio, suscitó un asunto del todo diferente.

—Tengo entendido que es usted una egiptóloga apasionada. Hasta he oído que está intentando conseguir una concesión.

—¿Cómo ha podido usted enterarse de eso?

—El Cairo es una ciudad pequeña, al menos la comunidad internacional y… bueno, yo tengo la misma idea y he corrido la misma suerte con el adorable señor De Morgan.

—¡No me diga más! *Monsieur* De Morgan —le corregí— es un auténtico demonio. ¿Qué le dijo a usted? En mi caso, resulta que las mujeres debemos limitarnos a tener hijos y a las labores de costura. Un poco de dibujo tal vez. Nada de excavaciones.

—Los americanos somos bestias salvajes incapaces de comprender el valor de la historia.

—¡Parece que estamos juntos en la lista negra de *monsieur* De Morgan! Esto puede ser el inicio de una hermosa amistad, señor Rockefeller.

—John, por favor.

Acabó el baile. John y George se sentaron con nosotros y nos hicieron partícipes de sus planes. Iban a hacer un recorrido similar al nuestro, aunque con algunos días de desajuste, por lo que era improbable que nos encontráramos por el camino. No obstante, quedamos emplazados para vernos en El Cairo a nuestro regreso. Estaba ya acabando mi segunda copa de champán cuando el gerente se puso a distribuir regalos de debajo del árbol de Navidad para todos. A pesar de la decoración, los paquetes primorosamente envueltos, los pasteles de carne y el pudín de ciruela, era difícil sentir que aquello era una verdadera Navidad.

Fue una velada inesperadamente agradable.

Partimos, finalmente, Nilo arriba a las tres de la tarde del día de Año Nuevo, a bordo de nuestra *dahabiyah*, que había sido bautizada con el nombre de Hathor. Se trataba de la embarcación más lujosa que la Thomas Cook & Son podía proporcionar, nada que ver con los enormes vapores que se estaban popularizando entre los turistas. Percy y Essie nos acompañarían durante el primer tramo de nuestro viaje, ya que ellos también se dirigían hacia Luxor. No teníamos ninguna prisa, de modo que parábamos allí donde se nos antojaba. En Saqqara nos apeamos para ver la famosa pirámide escalonada y, poco

después, en Bani Hasan para que Percy nos mostrara el yacimiento donde habían trabajado él y Howard. Había un cementerio de gatos sagrados consagrados a la diosa leona Pakhet. Algunas de mis hermanas, a pesar de que ya eran todas mayorcitas, se encapricharon con la idea de llevarse una momia felina de recuerdo, y Percy tuvo la amabilidad de conseguirnos cuatro ejemplares que pasaron a engrosar la ya considerable colección Amherst.

Era ya 10 de enero cuando llegamos a Tell el-Amarna, donde también habían trabajado Percy y Howard. Percy volvió a hacernos de guía y nos deleitó con algunas historias sobre el extraño faraón Akenatón, que había abandonado la religión tradicional de los egipcios para rendir culto a un solo dios, y de su enigmática esposa Nefertiti, cuyo nombre significaba «la bella ha llegado».

—Una mujer solo puede pasar a la historia por su belleza, ¿no es así? —le pregunté a Percy.

—Imagino que también si es una tirana, una asesina o una cortesana intrigante —respondió el arqueólogo—. Los relieves que hemos encontrado hasta ahora parecen indicar que Nefertiti era hermosa de verdad, aunque con el arte egipcio es muy difícil saberlo. Hatshepsut, sin embargo, no debió de ser tan guapa, si optó por hacerse representar como un hombre.

Preferí no discutir con mi amigo y explicarle que, a menudo, una mujer tenía que renunciar a su feminidad si quería ser tenida en cuenta. Pensé que quizá debiera hacer yo como la antigua reina: quitarme la falda y el corsé, ponerme botas y pantalones y lanzarme a excavar en el desierto con mis propias manos. Quizá así me tomarían en serio.

Nos detuvimos un par de días en El-Amarna. Fardie se dedicó a hacer un poco de excavación por sí mismo y descubrió una tableta que —según la traducción de Percy— identificaba positivamente el sitio como «el lugar de los registros del faraón». Todo sugería que podía tratarse de una biblioteca y a mi padre, el bibliófilo, nada podría haberle deleitado más.

La siguiente parada en nuestra ruta fue Luxor, donde atracamos por una pequeña temporada. Llegamos por la noche y fuimos directamente al complejo de Karnak, donde el ascenso de la luna sobre el templo está considerado como una de las vistas más extrañas y maravillosas imaginables. Tuvimos tiempo de visitar nuevamente el templo en ruinas de la gran diosa tebana Mut, de donde provienen las siete estatuas de Sekhmet que fueron excavadas en 1816 y, posteriormente, trasladadas a Didlington.

Al fin, a la mañana siguiente, nos dirigimos a Deir el-Bahari.

Howard nos estaba esperando para recibirnos y hacernos el *tour* completo. Se le veía feliz, exultante y muy orgulloso de su trabajo. No pude dejar de sentir una pequeña punzada de envidia, aunque al momento la reprimí pensando que nuestro joven aprendiz se había ganado a pulso aquella oportunidad.

—Este es nuestro último descubrimiento —nos explicó—, el relieve que muestra el origen divino de Hatshepsut. Aquí se explica cómo su madre, la reina Ahmose, fue visitada por el dios Amón, que estaba disfrazado bajo la forma del faraón Tutmosis I, y engendró a la reina.

—Qué interesante —comentó mamá—. Hatshepsut era entonces hija de Amón.

—Es un acto de propaganda, obviamente —señaló Newberry—, probablemente para legitimar el reinado sin precedentes de una mujer. Había que justificarlo de alguna forma.

—Pero esta es la zona privada del templo, ¿no es así? —pregunté —. Quiero decir, según nos ha estado explicando Howard, cuando venía el pueblo para participar en la Bella Fiesta del Valle y en otras celebraciones funerarias, la gente se quedaba allá afuera. A esta zona solo podían acceder los sumos sacerdotes y el propio faraón, ¿o estoy equivocada?

—Es parte de la conjura organizada por Hatshepsut para hacerse con el poder —intervino un hombre grande, fornido, con un fuerte acento extranjero.

—Les presento a mi colega alemán, el profesor Kurt Sethe —dijo Carter—. Tiene una teoría muy… compleja, sobre el acceso de Hatshepsut al trono.

—He estado estudiando los cartuchos en las distintas construcciones de la época —explicó el profesor—. Como saben, era habitual que cada faraón se adjudicara las obras de su predecesor inmediato quitando su nombre de las inscripciones y poniendo el suyo propio, como una forma de «engañar» a los dioses…

—¡Qué desvergüenza! —exclamó Alicia.

—Haciendo una reconstrucción de los cartuchos que han sido borrados y reemplazados, he deducido el orden sucesorio. Tutmosis I fue depuesto por su nieto, Tutmosis III, que después asoció al trono como corregente a su madrasta Hatshepsut, que maniobró hasta convertirse en la soberana principal. Tutmosis III logró quitar a su madrastra del trono, pero después él mismo fue arrancado del trono por su abuelo Tutmosis I y su padre Tutmosis II, hasta la muerte de ambos, cuando Hatshepsut logró ostentar el poder hasta su muerte. Es evidente que esa mujer fue una intrigante de primera categoría.

Sabiendo de la depravación sexual de los egipcios, que se casaban con sus propias hermanas, es muy probable que saltara de cama en cama para mantenerse en el poder.

—¡Pero eso es un disparate! —exclamé—. Nadie puede creerse un orden sucesorio tan absurdamente complejo…

—Disculpe, *Fräulein*…

—*Milady* —interrumpió William—. *Lady* Cecil, si no le importa.

—*Frau* Cecil, ¿es usted doctora en historia, acaso? ¿Está usted familiarizada con el sistema hereditario en las dinastías ptolemaicas? ¿En qué universidad ha estudiado, si no le importa decírmelo?

—No hace falta estudiar en ninguna parte para saber que su teoría es un fiasco, *señor* Sethe —intervino mamá—. Tenga usted muy buenos días. Howard, tengo calor, haz el favor de llevarnos a un sitio con sombra a tomar algo fresco.

Salvo por el lamentable incidente con aquel horrible alemán de pésima educación, la visita al templo mortuorio de Hatshepsut fue todo lo que yo había soñado. Imaginaba a la misteriosa reina repasando los detalles con sus arquitectos, planificando cómo sería aquella obra maestra destinada a durar para la eternidad. Sin duda, con lo que ella no contaba era con que sus descendientes fueran a hacer todo lo posible por borrarla de la historia. Por suerte, no se habían salido con la suya. No del todo, al menos.

Percy y Essie se quedaron en Luxor, pero Howard aceptó acompañarnos en el siguiente tramo río arriba. Estábamos a quinientas millas de El Cairo cuando vimos los primeros rápidos del Nilo en Asuán. Los fanáticos mahdistas aún estaban haciendo incursiones y matando en las cercanías, y había demasiado peligro para que los oficiales de la guarnición permitieran el safari de nueve horas en camello que había planeado Fardie hasta un oasis local, de modo que nos contentamos con acercarnos a un pequeño poblado llamado Qubbet el-Hawa, «el domo de los vientos», justo en la orilla occidental del Nilo.

Estábamos dando un paseo, protegidas del sol del desierto tras nuestros sombreros, parasoles, pañuelos y gafas de sol, cuando me pareció ver una roca que sobresalía entre la arena con un aspecto demasiado regular para haber sido creada por la naturaleza. Corrí hacia ella y me puse a escarbar con las manos.

—¿Se puede saber qué haces, querida? —preguntó Fardie.

—Creo que he encontrado algo.

—Tiene envidia de tu biblioteca en El-Amarna —apuntó Alicia—. May siempre tiene que llamar la atención.

Sin hacer caso de mis parientes, seguí apartando la arena con

toda la paciencia de la que fui capaz. En efecto, se trataba sin duda alguna de un bloque de piedra caliza que había sido cortado por la mano del hombre. Tras varios minutos de trabajo, descubrí un fragmento de texto en jeroglíficos tallado en la roca.

De pronto, sentí cómo la tierra bajo mis pies cedía ligeramente, un hundimiento sutil que me hizo perder el equilibrio. Con un grito ahogado, caí de rodillas, levantando una nube de polvo y arena. Mamá y Fardie se apresuraron hacia mí con expresiones de preocupación, mientras Howard, con su mirada analítica, observaba la escena con interés.

—May, ¿estás bien? —exclamó mamá, seguramente más preocupada por el estado de mi vestido que por mi propio bienestar.

—Solo un tropiezo —respondí, sacudiéndome la arena de las manos y las rodillas—. Pero mirad, este bloque… no es una simple piedra.

Howard se acercó, su curiosidad alertada por mi descubrimiento. Se agachó junto a mí, examinando el bloque de caliza.

—Es cierto, esto parece ser parte de algo más grande, tal vez una estela o un fragmento de un monumento —comentó, pasando sus dedos por los jeroglíficos.

William, siempre tan legalista, sugirió que deberíamos informar a las autoridades locales antes de hacer cualquier otra cosa. Pero yo, con ese ímpetu que siempre me caracteriza, ya estaba imaginando las posibilidades.

—¿Qué crees que puede ser? —le pregunté a Howard—. ¿Puedes leer lo que pone aquí?

—Bueno, aún no soy del todo experto en descifrar los textos egipcios, pero esto significa «faraón» y esto otro es el nombre del dios Osiris… dice algo así como «el faraón desea hacer una ofrenda a Osiris». Creo que puede tratarse de una tumba.

Pasamos el resto de la mañana en Qubbet el-Hawa. Al cabo de una hora, los demás regresaron al Hathor, pero Howard, mamá y yo nos quedamos excavando en las cercanías de la primera tumba. Digo la primera porque, ya aquel día, encontramos tres más, aunque debido a la falta de herramientas adecuadas, no pudimos profundizar lo suficiente para saber de qué época databan ni a quién pertenecían.

—Está claro que hemos descubierto una necrópolis —dije, orgullosa.

—Usted la ha descubierto, *lady* Cecil —corrigió Howard—. Conforme a las leyes y costumbres que rigen en Egipto, tiene un derecho preferente a excavar este yacimiento. Si desea ejercerlo, con mucho gusto tramitaré el permiso ante el Departamento de

Antigüedades.

—Me temo que *monsieur* De Morgan ha dejado muy clara su postura al respecto —me lamenté.

—*Monsieur* De Morgan tiene pésima reputación en la comunidad arqueológica y los rumores indican que no tardará mucho en dejar el puesto. Si me da un poco de tiempo, le prometo que le conseguiré su concesión. Si usted quiere, por supuesto.

No me tomé ni un instante para meditar mi respuesta.

—Sí, quiero.

15
Otra vez, no

Apenas unos meses después, gracias a la indispensable ayuda de Blanche, Liza regresó al campus del Grenada College.

Al principio, sus padres habían puesto el grito en el cielo y habían tratado de prohibírselo, pero, cuando se dieron cuenta de que no podían detenerla, comenzaron a hacerse a la idea. Querían evitar a toda costa que se instalara ella sola en un apartamento o, peor aún, en una residencia o compartiendo piso, de modo que le pidieron que volviera a casa de inmediato.

La vuelta a la universidad fue extraña. Ya no conocía a nadie, puesto que todas sus antiguas compañeras se habían graduado tiempo atrás. Sin embargo, los rumores de lo que había ocurrido en Hollins pronto llegaron a través de las chicas de la Pi Beta Phi y, desde ahí, se expandieron por el resto del campus. Comenzó a observar miradas indiscretas, risas a sus espaldas y, de vez en cuando, el murmullo de la palabra prohibida: «Lesbiana».

Por suerte, la cosa no fue a más. Liza se encerró en sí misma y se dedicó a estudiar con todas sus fuerzas. Era consciente de que la vida rara vez ofrece segundas oportunidades, y estaba decidida a aprovechar a fondo la suya. Se olvidó de hacer amigas, de distracciones sociales e incluso de los deportes: solo estudiar y leer, leer y estudiar.

Joel había acabado la universidad y se había trasladado a Nueva York, lo cual siempre había sido su sueño. Trabajaba en un periódico y era feliz de la vida. Tom también había terminado sus estudios de derecho, pero se había ido más cerca, a Misisipi, para trabajar de pasante en un pequeño bufete donde todos los abogados eran negros. Ambos regresaban a Cruger de tanto en tanto, una vez al mes o cada dos meses como mucho. En esas ocasiones, Liza volvía a casa de su hermano y trataba de pasar algo de tiempo con sus amigos, pero, el resto de los días, incluso los fines de semana, seguía estudiando y leyendo.

El 2 de diciembre de ese año murió el egiptólogo James Breasted, debido a una infección que había contraído durante su última expedición. Los periódicos volvieron hablar de la posible maldición de Tutankamón, aunque ya casi nadie la tomaba verdaderamente en serio, sobre todo, teniendo en cuenta que Howard Carter continuaba vivo y había seguido trabajando en la tumba del faraón hasta hacía

solo un par de años. El suceso impactó tanto a Liza que incluso viajó a Chicago —pagando el billete con sus reducidos ahorros— para participar en el acto de homenaje que se celebró en el Instituto Oriental.

Nunca había estado allí. El edificio, con sus paredes cubiertas de hiedra y la puerta de entrada que más bien parecía la portada de una iglesia, le infundió respeto. El memorial se celebró en el aula magna, que estaba repleta de estudiantes, antiguos alumnos, profesores y otros rostros más o menos conocidos del mundo de la egiptología. Liza se quedó de pie, en la última fila. No conocía en persona a nadie, pero sabían quiénes eran muchos de ellos. Reconoció a John Rockefeller *junior*, que había sido muy amigo de Breasted y era uno de los principales donantes del instituto. Trataba de distinguir los rostros de algunos de los grandes maestros de la egiptología americana cuando la chica que estaba a su lado, más o menos de su edad, se la acercó para susurrarle al oído:

—¿Estudias aquí? Nunca te había visto por el campus. Soy Myrtle.

Liza la observó unos instantes. La joven tenía rasgos definitivamente atractivos, pero era evidente que no prestaba demasiada atención a su aspecto, al menos, no a la manera de las Pi Beta Phi. Llevaba el pelo corto y algo despeinado, una blusa que no le terminaba de favorecer, la falda por debajo de la rodilla y unos zapatos de tacón ancho. Su aspecto sencillo le inspiró confianza a primera vista.

—Aún no, pero, cuando me gradúe, quiero pedir una plaza en el Instituto Oriental. ¿Tú estudias aquí? ¿Es muy difícil entrar? Ya sabes lo que quiero decir, para una mujer… no somos tantas…

—No, no. —Myrtle se ruborizó, y eso le dio un aspecto aún más adorable—. Yo soy maestra en un colegio aquí cerca. Mi marido, Charles —señaló con el dedo hacia un joven que estaba sentado en segunda fila—, está haciendo aquí el doctorado y conocía mucho al profesor Breasted. Ambos lo conocíamos, en realidad. Estábamos con él en Egipto en la última expedición, cuando enfermó de repente.

—¡Ha tenido que ser terrible!

—Bueno, sí. Breasted era uno de esos hombres eternos, fuerte como una montaña. Yo daba por hecho que iba a vivir para siempre. Escucha, ¿quieres que vayamos a la cafetería del instituto cuando acabe el memorial? Puedo presentarte a Charles y que él te dé algunos consejos para entrar aquí. Él sabe muchísimo de todo. Es superinteligente.

Liza sonrió.

—¡Seguro que menos que tú! Acepto encantada, gracias.

Apenas una hora después, Liza, Myrtle y Charles estaban sentados en la bulliciosa cafetería del Instituto Oriental. La atmósfera estaba envuelta en el humo del tabaco, que se entremezclaba con el aroma de un café más bien torrefacto y de los olores a queso, a mantequilla y a beicon que provenían de la plancha de la cocina. El murmullo de las conversaciones era elevado y se unía al entrechocar de tazas, vasos, platos y cubiertos que tres camareras entradas en años iban recogiendo de mesa en mesa, sin demasiado cuidado.

Charles y Myrtle formaban una extraña pareja. Él era un hombre de estatura media, en ningún caso delgado, aunque tampoco realmente gordo, que lucía el afeitado más pulcro que Liza había visto en su vida. Todo en él proyectaba un cierto aspecto de niño vestido de domingo para ir a la iglesia. Su mujer, por el contrario, parecía una rebelde, con ese aire de naturaleza salvaje que despedía Shirley Temple en *The Littlest Rebel*.

Liza le explicó por encima su situación y sus ambiciones. Charles la escuchó con paciencia, sin interrumpirla como a menudo solían hacer los hombres. Cuando hubo terminado, juntó las manos como si estuviera rezando, cerró los ojos y pareció reflexionar durante unos instantes antes de decidirse a responder.

—¿Has venido desde Misisipi solo para presentar tus respetos al profesor Breasted? —preguntó al fin.

—Sí, así es.

—Comprendo. ¿Lo conocías?

—Sí, bueno, no, no exactamente. Asistí hace unos meses a su conferencia sobre Hatshepsut en Nueva York, pero desde mucho antes, siempre ha sido un modelo a seguir. Un referente. Como el faro de la egiptología en Estados Unidos… no sé si lo que estoy diciendo tiene mucho sentido.

—Tiene mucho sentido. Veo en ti un alma afín y haré lo posible por ayudarte. Hay estudiantes mujeres en el Instituto Oriental, pero muy pocas, así que, con la mediación de Dios, tenemos que conseguir que tu aplicación sea lo más sólida posible. Antes de nada, deberías irte del Grenada College y buscar una universidad de verdad para graduarte. Una facultad femenina no te va a dar las credenciales necesarias para entrar aquí. Te sugiero Ole Miss, está cerca de tu casa y admiten mujeres desde hace cincuenta años, no deberías tener problema para ingresar si tu expediente es tan bueno como dices. ¿Crees que puedes conseguirlo? ¿Tienes algún profesor que pudiera hacerte una carta de recomendación?

De inmediato, Liza pensó en Blanche.

—Sí, creo que sí.

—Excelente. Segundo, habrá un examen de ingreso. Tienes que prepararlo muy bien. Lee sobre Egipto y sobre las civilizaciones de Oriente Medio en general. Jamás ingresarás si no haces un examen no bueno, excelente. Ya sabes: a Dios rogando, pero…

—Eso no será problema —dijo, sonriendo.

—De todas formas, te ayudaré. Te puedo ir mandando modelos de examen y preguntas por correo. Tú me las envías de vuelta y yo las corregiré. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Y tercero, el instituto valora mucho la experiencia sobre el terreno. ¿Te quedan dos cursos para graduarte, verdad? Tienes que hacer un viaje a Egipto, acercarte por la Chicago House en Luxor, conocer a la gente… con esos tres elementos, creo que deberías ser admitida sin mayor problema. ¿Lo ves factible?

—El viaje será un reto —respondió Liza—, porque veo muy difícil que mis padres me apoyen económicamente. Pero no será un problema, buscaré trabajo.

—¿Sabes escribir a máquina?

—Sí.

—Solucionado entonces. El instituto tiene una serie de publicaciones periódicas: revistas, boletines, manuales… normalmente todos los artículos llegan manuscritos y a menudo hay varios documentos incoherentes entre sí que hay que fundir en uno solo. Puedes hacer eso desde Misisipi o dondequiera que te encuentres.

—¡Te dije que Charles te ayudaría! —exclamó Myrtle, dando palmas.

—Solo hago lo que haría cualquier buen samaritano. Estoy seguro de que los tres seremos grandes amigos.

Todo resultó conforme Charles había planeado. Liza habló con Blanche, que, en efecto, tenía contactos en todas partes y fue capaz de conseguirle una plaza en Ole Miss para el año siguiente. Eso significó dar un paso más allá en su independencia, porque hubo de mudarse a Misisipi. Las hermandades femeninas ya no eran una opción para ella, pero la universidad ofrecía un programa de vivienda asequible para estudiantes con dificultades económicas, por lo que pudo instalarse en una residencia de estudiantes para mujeres a pocas yardas del campus. Su antigua profesora insistió en seguir pagando la matrícula de la universidad, por lo que podía ahorrar la práctica totalidad del dinero que ganaba mecanografiando artículos para Charles y el instituto.

Su vida en Ole Miss también fue más relajada que en Grenada. Los rumores de su «desliz» en Hollins, que era la palabra que usaba

para referirse mentalmente a lo que había ocurrido, no habían llegado hasta allí. No hubo murmullos a sus espaldas, ni cotilleos, ni miradas extrañas. Aunque no se involucró excesivamente en la vida universitaria, tenía algunos amigos con los que intercambiaba apuntes, tomaba café y acudía de vez en cuando a fiestas, pícnics estudiantiles, recitales y obras de teatro. Lo mejor de todo era que Tom vivía en la ciudad. Su trabajo en el bufete no le dejaba demasiado tiempo, pero los fines de semana siempre se veían. Las relaciones sociales entre negros y blancos seguían siendo un reto debido al dichoso sistema de Jim Crow, de modo que Liza solo podía verse con su amigo en privado o, como mucho, en algunos parques y zonas de paseo. A pesar de todo, no se rendían. Solían reunirse en casa de Tom, que compartía piso con otros tres chicos negros que nunca estaban en casa, y allí hablaban de todo lo divino y lo humano: de sus carreras, de la situación racial en el sur, de la Depresión y del fascismo que parecía estar tragándose Europa.

También descendían a temas más personales, más delicados, como el «desliz» de Liza que nunca, nunca, nunca volvería a suceder, aunque Tom insistía en que debía darse la oportunidad de conocerse a sí misma y de conocer a alguien que valiera la pena… y de Joel, también hablaban de Joel, que seguía feliz en Nueva York y cada vez quería saber menos de Tom.

—Dice que ahora mismo no quiere una relación estable, que prefiere salir cada noche y conocer gente y pasárselo bien. Yo nunca le he pedido nada. Entiendo que lo nuestro no va a ninguna parte, que es un amor imposible, pero… al menos, creía que éramos amigos.

—Joel te quiere, pero ya sabes cómo es. Además, está fascinado con Nueva York. Me harto de escribirle cartas larguísimas y tengo suerte si me responde una o dos líneas.

Por lo demás, su correspondencia con Charles —y con Myrtle— iba dando sus frutos. No solo preparaba el examen para el ingreso en el instituto, lo cual le posibilitó también centrar y dotar de estructura a sus lecturas compulsivas sobre el antiguo Egipto, sino que les permitió desarrollar una incipiente amistad. Cuando Liza ya estaba en su segundo y último año en Ole Miss, comenzaron a planear el viaje a Egipto. Como conocía a sus «clásicos» y no deseaba enfrentarse a sus padres y a todo el resto de su familia, decidió plantearlo como un viaje de estudios organizado por la universidad, algo que no era rigurosamente cierto, y contratado con una empresa seria, solvente y conocida como Thomas Cook & Son. No acogieron la idea con entusiasmo, pero, al menos, no la acusaron de demencia ni la amenazaron con llevarla a un sanatorio.

A principios de verano de 1937, Elizabeth Tomas se graduó en letras por la Universidad de Misisipi. Pasó el verano en Cruger con su familia y, a finales de septiembre, dio inicio a su travesía egipcia.

Sin duda, era la época más emocionante de su vida, al menos hasta ese momento.

Para empezar, viajó en tren a Nueva York. Allí logró verse con las dos únicas personas a las que conocía en toda la ciudad: Blanche Colton y su amigo Joel. Volvió a alojarse con ella, que estaba encantada con sus excelentes resultados académicos y no podía apoyarla más con el «viaje de estudios» a Egipto. Le dio un montón de ideas y recomendaciones, entre ellas que llevara un diario a la manera de las antiguas viajeras que Liza tanto admiraba, como Amelia Edwards.

Una noche, Joel la invitó a cenar en una zona llamada Greenwich Village. Cogieron el metro hasta allí, para continuar caminando por las calles adoquinadas del barrio, repletas de hojas caídas que crujían bajo sus pies. Pasaron por Washington Square Park, donde los acordes de un piano distante llamaron su atención. Joel empujó una puerta bajo un letrero desgastado que anunciaba «Café Society».

Dentro, el murmullo de las conversaciones se mezclaba con las risas en un espacio cargado de humo. Se sentaron en una mesa apartada, cada uno con una copa de martini.

—Tienes que venir a vivir aquí —le dijo su amigo—. Es la mejor ciudad del mundo.

—Tom te manda recuerdos. Te echa de menos…

Joel apartó la mirada, dejándola perdida en la marea de clientes. Sonaban los primeros acordes de «They Can’t Take That Away from Me», de George e Ira Gershwin. La melancolía de la canción se reflejaba en sus ojos.

—Quiero mucho a Tom. Le tengo aprecio. Pero ahora necesito pensar en mi vida. Igual que deberías hacer tú, cariño.

—Egipto es mi vida.

—¡Pero si no has estado allí todavía! ¿Y si no te gusta? Hará un calor de muerte, todo olerá a camello, habrá árabes chillando por todas partes. Ten cuidado, porque puedes llevarte una enorme desilusión.

—Estoy segura de que no será así.

A la mañana siguiente, Liza zarpó a bordo del RMS Queen Mary rumbo a Inglaterra. Su camarote de segunda clase la dejó deslumbrada: estaba muy bien amueblado y el diseño tenía un aire clásico y sofisticado al que ella no estaba acostumbrada. No podía ni imaginarse cómo serían los de primera clase. Además, los pasajeros

tenían libre acceso a multitud de salones, bibliotecas y comedores. La comida era británica, pero sabrosa, y había todo tipo de actividades a bordo, como bailes, partidas de cartas o juegos. Liza se abstuvo de participar en ninguno, pero observaba con auténtico interés de antropóloga.

Tardaron una semana en llegar a Southampton. Desde allí tomó el tren hasta Londres, donde se apresuró a presentarse en las oficinas de la Thomas Cook & Son. Allí le entregaron los billetes para el siguiente tramo del viaje, que se extendió durante diez días más por tren, barco hasta Port Said y un nuevo expreso que la condujo a El Cairo. Cuando al fin llegó a la ciudad, estaba francamente cansada. El calor era sofocante y no corría una brizna de aire. El hotel que tenía reservado no era ninguna maravilla. Olía a una mezcla de barbacoa y especias orientales, las habitaciones estaban sucias y solo había un cuarto de baño por planta, en tales condiciones que era preferible no utilizarlo. Se echó un rato en la cama para descansar y, al levantarse, descubrió que había chinches.

A pesar de todo, Liza estaba encantada. Estaba en Egipto. El lugar al que realmente pertenecía.

Tenía que ir de nuevo a las oficinas de Thomas Cook para enterarse de los detalles del siguiente trayecto. Según el mapa que pidió en recepción, no estaban demasiado lejos, de modo que decidió dar un paseo hasta allí. El hotel daba a un mercado callejero de donde, sin duda, provenía el olor a comida, y Liza se vio envuelta en una multitud de compradores y vendedores que regateaban a voz en grito, intercambiando las mercancías más variadas, que iban desde pinchos de cordero, palomas vivas y botes de especias a babuchas de vivos colores y exóticos velos. En cuanto los comerciantes vieron que era extranjera comenzaron a ofrecerle supuestas antigüedades, animales momificados, amuletos, papiros y lámparas maravillosas. Logró escapar de puro milagro.

Incluso más allá del mercado, El Cairo era una ciudad vibrante. Los egipcios con sus largas chilabas blancas iban de un lado para otro sin orden aparente, saludándose por la calle, discutiendo a voces, riendo o todo ello al mismo tiempo. Las mujeres, cubiertas con sus velos de colores, iban siempre como mínimo en parejas y, a veces, en grupos de tres o cuatro. Hablaban entre ellas a una velocidad asombrosa, haciendo grandes aspavientos con las manos e interrumpiéndose de vez en cuando para interpelar a algún conocido. En cuanto a los niños, los había por todas partes. Parecía que surgían de debajo de las piedras con sus sonrisas desdentadas. En cuanto la veían, corrían hacia ella y empezaban a gritar: «Money, money,

money». Por la calzada había una particular mezcla de automóviles —la mayoría de ellos bastante viejos—, carros de caballos y burros, cada uno a su respectiva velocidad, produciendo una sensación de absoluto caos que se le antojó deliciosa.

Según el mapa, se encontraba ya cerca de su destino cuando oyó un sonido que primero le pareció una especie de alarma, aunque enseguida se dio cuenta de que era un tipo de canto. Hombres y mujeres comenzaron a extraer pequeñas alfombras que debían de llevar encima, se postraron en el suelo y comenzaron a rezar. Era el muecín llamando a la oración. Liza había leído sobre ello en sus libros, pero nunca se había imaginado cómo era en realidad. Le pareció profundamente emotivo, espiritual, y si no hubiera sido por miedo a ofenderles, se habría arrojado al suelo para imitarlos y rezar con ellos.

Al fin llegó a la oficina de turismo. Una amable señorita británica le explicó que estaba previsto hacer un crucero por el Nilo a bordo de un vapor, hasta la ciudad de Asuán. Serían siete días con sus noches. En el barco habría alrededor de doscientos pasajeros que se dividirían en grupos para hacer excusiones guiadas a los sitios de interés en que se detuvieran. Le enseñó unas fotos donde se veía a decenas, incluso cientos de turistas agolpándose para entrar en el templo de Karnak. Liza se quedó horrorizada. Era imposible hacerse una idea de la majestuosidad del antiguo Egipto en aquellas circunstancias. Le dijo a la señorita amablemente que tenía que valorar sus opciones y se marchó tan deprisa como pudo, dispuesta a trazar un nuevo plan.

Localizó la estación de tren en el mapa, paró un taxi de aspecto particularmente destartalado y le señaló adónde quería dirigirse. Allí, en una mezcla de inglés y lenguaje universal de las señas, logró comprar un billete para el tren con destino a Luxor que salía una semana después. Invirtió el resto de su tiempo en El Cairo en hacer turismo. Visitó varias veces el Museo Egipcio, que le asombró por su aspecto de antiguo almacén, tan diferente de los museos que había en América. Fue a ver la Esfinge y las pirámides, que la sobrecogieron e incluso le arrancaron alguna lágrima. También se adentró en los barrios musulmanes y se descalzó y se cubrió con un velo para entrar en varias mezquitas. Durante aquellos días logró aprender sus primeras frases en árabe, lo justo para poder dar los buenos días, las buenas noches o las gracias, o decir que no, que sin duda era lo más útil de cara a los mercaderes.

El tren a Luxor fue una experiencia única. Otra persona en su lugar la habría calificado de terrible, pero ella estaba dispuesta a disfrutar de cada detalle. Estaba gastando mucho más de lo previsto,

de modo que había comprado un billete de tercera clase. Hizo el viaje de más de siete horas en un vagón con asientos de madera, atiborrado de gente que llevaba consigo cabras, cestas de pescado, cabezas de cordero e incluso algún gato. Ella era la única extranjera a bordo y lo cierto es que los demás pasajeros fueron encantadores con ella. Le sonreían todo el tiempo, trataban de darle conversación, le enseñaron algunas palabras e incluso le ofrecieron algo de comer.

Cuando llegó a su destino le dolía todo, pero no estaba dispuesta a que eso la detuviera. Trató de preguntar por la Chicago House en un par de hoteles occidentales, pero los botones y recepcionistas debieron de asustarse de su aspecto sucio y desaliñado tras la odisea en el tren y le pidieron que abandonara el local cuanto antes. Por fin encontró un anciano que pareció entender lo que decía y se ofreció a llevarla hasta allí. Cuando al fin llegó ya se había puesto el sol y hacía tiempo que había pasado la hora de cenar. Hizo sonar la campana de la entrada y cuál no sería su sorpresa cuando fue la propia Myrtle quien le abrió la puerta.

—¡Liza! No estábamos seguros de cuándo llegarías. ¿Estás bien? Tienes un aspecto…

—¡Estoy magnífica! —respondió, estrechándola en un abrazo—. Jamás me había sentido tan viva. Egipto es… es… ni siquiera tengo palabras. Es el mejor lugar del mundo. Eso sí, llevo días sin lavarme como Dios manda. Dime, por favor, que tenéis una ducha. ¿Y sería mucho pedir algo de comer? Un trozo de pan, un huevo duro, me da igual.

—¡Por supuesto que sí! De hecho, tenemos tu cuarto preparado desde hace días. Pasa, date un buen baño, ponte cómoda y, mientras, te prepararé algo de cenar.

Una hora más tarde, una Liza limpia y resplandeciente se sentaba a la mesa de la cocina de la Chicago House, que combinaba la funcionalidad occidental con toques del exotismo egipcio. Las paredes, pintadas de un cálido color ocre, estaban adornadas con azulejos de cerámica que mostraban motivos del Nilo. Sobre la mesa de madera, una lámpara de aceite de bronce con intrincadas inscripciones en árabe proporcionaba una luz suave y acogedora. Utensilios de cobre y recipientes de cerámica se alineaban en estantes abiertos, mientras que, en una esquina, un pequeño fogón de hierro fundido estaba en pleno uso. La combinación de los olores de especias y hierbas frescas, almacenadas en pequeños sacos colgados en una de las paredes, completaba la sensación de estar en un lugar único.

Myrtle depositó frente a ella un plato humeante que no supo reconocer. El aroma de lentejas, arroz y macarrones cocidos se

mezclaba con el toque especiado de cebolla frita crujiente y salsa de tomate, haciendo que su estómago rugiera en agradecimiento.

—No tengo ni idea de lo que es esto, pero tiene un aspecto magnífico.

—*Koshari*, un clásico de la cocina egipcia. Es famoso por ser nutritivo y reconfortante. Pensé que lo agradecerías después del largo viaje. Cuéntame, ¿cuáles son tus planes finalmente? ¿Cuánto tiempo piensas quedarte? Te hacía a bordo de uno de esos cruceros que recorren el Nilo.

—Los cruceros no son para mí. A ver, mis planes son flexibles. Mi billete de vuelta a casa es abierto así que, en teoría, puedo quedarme todo el tiempo que quiera. Mientras me dure el dinero, al menos.

—Aquí eres bienvenida todo el tiempo que quieras, y no hace falta que pagues nada. Basta con que eches una mano por aquí. No tenemos servicio, lo hacemos todo nosotros mismos. ¿Me imagino que querrás visitar nuestros proyectos? También hay unas cuantas ruinas y yacimientos por aquí que no te puedes perder: el Valle de los Reyes con la famosa tumba de Tutankamón, el templo de Hatshepsut… ¿Hay algo en especial que tengas en mente?

—La verdad es que me encantaría conocer a Howard Carter. Tengo entendido que sigue viviendo por aquí. ¿Crees que será posible?

—Es un poco huraño, pero seguro que cuando vuelva Charles se le ocurre algo. Está en el sur, visitando la tumba de un noble llamado Paheri, que, al parecer, fue preceptor de la reina Hatshepsut y de sus hermanos. Estará de vuelta en una semana. Hasta entonces, yo me ocuparé de ti.

Durante los siguientes días, Myrtle se dedicó a llevar a Liza a los principales proyectos en los que estaban trabajando, comenzando por la ciudad y el complejo de templos de Medinet Habu. Allí le explicó en qué consistía su método de trabajo, cuya intención no era tanto excavar o reconstruir antiguas ruinas —eso ya lo hacía la Sociedad para la Exploración de Egipto, heredera del fondo creado por Amelia Edwards—, sino dejar un registro epigráfico de todos los relieves, textos, pinturas y grabados que fuera posible antes de que estos se deterioraran y se perdieran para siempre. Para ello, empleaban el trabajo conjunto de egiptólogos, fotógrafos, pintores y delineantes.

—Tendré que ponerme al día, si quiero ser útil —comentó Liza—. Nunca he sido buena dibujando.

—No te preocupes, cada uno aporta sus propios talentos. Yo, por ejemplo, hago fotos bastante decentes. Vamos, te haré un retrato, ponte ahí y posa.

A Liza le costó encontrar una postura que a Myrtle le pareciera

adecuada y, cuando por fin le dijo que no se moviera, empezó a hacer muecas y cucamonas. Ambas acabaron desternillándose de risa. Liza apenas había tocado una cámara de fotos en su vida, pero se la cogió a Myrtle y le hizo también algunas fotos.

La última noche antes de que regresara Charles, Myrtle la llevó a ver la salida de la luna sobre el templo de Karnak, un espectáculo que, según ella, era inigualable. Se sentaron las dos juntas sobre un bloque de piedra y observaron en silencio cómo el astro asomaba tras las ruinas para elevarse poco a poco en el cielo. Estaban muy juntas, tanto que Liza podía escuchar la respiración de su amiga y sentir el calor de su cuerpo. Sus manos casi se rozaban, apoyadas en la roca, hasta que finalmente se tocaron y Myrtle comenzó a hacerle cosquillas en la palma con la yema de los dedos. Liza no se atrevió a moverse.

Volvieron a la Chicago House cogidas de la mano. A llegar, se dirigieron sin palabras al cuarto de Liza. Apenas cerraron la puerta, Myrtle la besó. Al principio sus labios se entrelazaron con dulzura, pero, poco a poco, la pasión fue aumentando y a los besos cada vez más ansiosos les siguieron caricias por encima de la ropa. Liza sentía su corazón latiendo a toda velocidad. Quería deshacerse de su vestido, arrancarle el suyo a su amiga y sentir su piel contra la de ella, pero algo le decía que aquello estaba mal, que no era correcto.

Al fin, con un ímprobo esfuerzo que le llevó toda su fuerza de voluntad, logró apartarse.

—¿Y Charles? —preguntó.

Myrtle estaba acalorada. Tenía el rostro enrojecido y la piel brillante. Respiró hondo varias veces antes de responder.

—Charles… a él el sexo no le interesa. Nosotros no tenemos ese tipo de relación. Él quiere ser pastor, ¿sabes? Tiene pensado ordenarse cuando acabe el doctorado. Y yo… bueno, Charles sabe que yo soy así, ya lo sabía cuando nos casamos, y me dijo que él no me juzgaba por ello.

—¿Él sabe… sabe que tú…? Quiero decir, ahora, después de casados.

—No lo hemos hablado exactamente, pero yo entiendo que está implícito. No afecta para nada a nuestro matrimonio.

Liza sintió que todo le daba vueltas. Por algún motivo, la imagen de James Stillman Rockefeller le vino a la cabeza. Recordó, en concreto, aquella foto en la portada de la revista *Time*, el retrato del perfecto chico americano, y después lo vio encima de ella, con el ceño fruncido, tratando de forzarla, y a Maggie, Maggie que la besaba todas las noches y le acariciaba los pechos, pero no había hecho nada por detener a su novio, y luego había permitido que él la denunciara y la

expulsaran de la universidad.

Volvió todo de repente, como un alud de nieve que se desgaja de la montaña y te deja sepultada.

—Otra vez, no —murmuró, apartándose—. Lo siento, no puedo.

—¿Quieres que me vaya?

—Por favor.

Myrtle agachó la cabeza y abandonó la habitación. Sin desvestirse, Liza se dejó caer sobre su cama y lloró hasta quedarse dormida.

A la mañana siguiente llegó Charles, y su esposa lo trató con total normalidad. Le explicó que Liza quería conocer a Carter, y entre los dos decidieron escribirle para plantearle una duda técnica o arqueológica respecto a alguna de las excavaciones y pedirle una entrevista para tratar el tema. Si no era algo relativo a Tutankamón, mejor, ya que, al parecer, había acabado un poco harto del faraón que le había llevado a la fama mundial.

—Carter fue uno de los primeros excavadores del templo de Hatshepsut en Deir el-Bahari —sugirió Liza—. Podemos preguntarle por algún detalle… por ejemplo, si no me equivoco, en una de las terrazas hay un relieve del rey de Nubia, rindiéndose ante la reina que tiene forma de esfinge. Podemos interesarnos por la actividad bélica de Hatshepsut, sus campañas militares. Es un aspecto muy poco conocido.

—Veo que has hecho los deberes —murmuró Charles con aprobación.

—Quiero hacer bien ese examen de ingreso.

—Escribiré a Carter. Es un buen cristiano, nos ayudará.

Mientras esperaban la respuesta, Charles y Myrtle llevaron a Liza a ver todos los lugares que había cerca de Luxor e incluso se aventuraron un poco más allá, hasta Asuán, donde visitaron un lugar conocido como Qubbet el-Hawa o «las tumbas Cecil», un conjunto de treinta y dos sepulturas que habían sido ocupadas en hasta tres periodos distintos de la historia egipcia.

Justo al regresar de la excursión, encontraron una nota manuscrita de Howard Carter. Les invitaba a desayunar al día siguiente en su casa, en un poblado llamado Qurna, desde donde podrían ir fácilmente al templo de Hatshepsut si necesitaban ver algunos detalles en persona.

Liza apenas podía contener la emoción.

Al día siguiente tomaron el automóvil para dirigirse a Qurna, una típica aldea egipcia con casitas de adobe, burros y multitud de niños sonrientes. La casa de Carter era, con gran diferencia, la más grande

del poblado, aunque también estaba construida al estilo tradicional. Aparcaron el coche cerca de la edificación, y Charles se adelantó para llamar a la puerta. Un criado árabe les abrió y les condujo al interior.

—Como comprenderán, no les he esperado para tomar el desayuno —gruñó un hombre entrado en años, con bigote y pajarita, sentado frente a una mesa redonda con varias sillas de mimbre en el patio central de la vivienda—. Acostumbro a levantarme a las seis de la mañana y son más de las ocho.

—Discúlpenos, señor Carter —balbuceó Charles—, realmente no estábamos seguros de la hora que sería más conveniente para usted. Verá, ayer estuvimos visitando las tumbas Cecil y regresamos tarde a Luxor, nos encontramos con su carta en el último momento…

—Tonterías, todo el mundo sabe que en el desierto hay que despertarse con el sol si uno quiere aprovechar el día. Siéntense, enseguida les traerán los huevos y el té. Espero que les gusten los dátiles porque es la única fruta que tengo. Díganme, ¿qué es eso de las campañas militares de Hatshepsut? ¿A qué viene ese súbito interés? Creía que el Instituto Oriental seguía con su estudio epigráfico, y puedo asegurarles que Deir el-Bahari está perfectamente documentado. Lo hice yo mismo.

Los tres americanos tomaron asiento. Charles miró a Liza, indicándole con un gesto que tomara ella la palabra.

—Eh, bueno —comenzó—, he estado estudiando la información disponible sobre la reina Hatshepsut y creo que su figura aún está poco definida. Se sabe muy poco de su reinado. Quiero decir, ha sido muy criticada por la historiografía, siendo a menudo considerada una usurpadora solo por su condición de mujer. Ha sido comparada desfavorablemente con Tutmosis III porque fue mucho más guerrero que ella, y se ha interpretado su reinado como demasiado pasivo, poco imperialista. Decadente, si quiere. Sin embargo, hay pruebas en Deir el-Bahari de que Hatshepsut se embarcó en dos empresas bélicas, como mínimo. Quisiera saber su opinión sobre esto.

Carter se tomó unos segundos antes de responder.

—¿Trabaja usted en la Chicago House?

En ese momento, el criado apareció con una enorme bandeja dorada en la que llevaba una tetera con tres tazas, seis huevos pasados por agua y una fuente con dátiles. Les sirvió con cierta torpeza y los dejó a solas de nuevo.

—No.

—¿Pero pertenece al instituto?

—No exactamente, no.

—¿Puedo saber dónde ha estudiado, señorita…?

—Thomas. Elizabeth Thomas. —Liza se aclaró la garganta antes de continuar—: Aún no he tenido ocasión de realizar estudios formales en el ámbito de la egiptología, señor Carter. Soy, por el momento, una autodidacta. Tengo intención de hacer el examen de ingreso para el instituto este otoño.

Una vez más, Carter permaneció en silencio unos segundos. Se retorció el bigote con la mirada fija en Liza, que empezaba a temer que aquella visita hubiera sido una equivocación.

—¿Estuvieron ayer visitando las tumbas Cecil, me han dicho?

—Así es, señor Carter.

—¿Sabe quién las descubrió?

—Tengo entendido que *lady* Cecil, de ahí su nombre —respondió Liza, mirando de reojo a Charles en busca de ayuda. Este hizo ademán de tomar la palabra, pero Carter le detuvo con un gesto.

—En efecto, *lady* May Cecil Amherst… gran amiga mía, además de una de las personas que he conocido que más sabían sobre el antiguo Egipto, a pesar de no haber tenido la oportunidad de realizar estudios formales. Yo tampoco tengo título académico alguno, por cierto, y me atrevo a decir que ello no ha supuesto un obstáculo insalvable para mi carrera. Sus observaciones son muy agudas, señorita Thomas. *Lady* Amherst también sentía un profundo interés por la reina Hatshepsut.

—Me encantaría saludarla, si fuera posible.

—Me temo que murió hace años, aunque estoy seguro de que a ella también le hubiera gustado conocerla. Por responder a su pregunta, sí, en el templo de Deir el-Bahari hay evidencias de al menos dos campañas llevadas a cabo por Hatshepsut, una en Nubia y otra en Siria. Incluso es probable que ella misma estuviera presente en la primera de ellas. En mi opinión, si no luchó más no fue por debilidad, sino todo lo contrario: durante su reinado, el poder de Egipto era tan aplastante que no le fue necesario recurrir a las armas en más ocasiones. ¿Tiene usted planeado investigar más profundamente a la reina Hatshepsut?

—Sí, señor Carter. Es un personaje que me interesa mucho.

—¿Sabía usted que, a pesar de ser uno de los faraones más poderosos de los que tenemos noticia, su momia aún no ha sido encontrada?

—Lo había leído, sí.

—Hace años, le prometí a mi amiga *lady* Amherst que haría lo posible por encontrarla. Me temo que no he podido cumplir mi palabra. Si tiene usted ocasión de hacerlo en mi nombre… le estaría muy agradecido.

—Puede usted contar con ello, señor Carter.

16
Se alejan los elefantes

La confirmación de mi pequeña Hatasu como regente de Egipto fue un hecho natural y aceptado por todos, sacerdotes, nobles y plebeyos por igual. Así había sido siempre, pues ella no fue la primera ni seguramente será la última reina en verse abocada a administrar los asuntos del país tras la muerte de su esposo, en tanto el nuevo faraón era menor de edad. En su caso, además, el cambio apenas fue perceptible, ya que llevaba muchos años ejerciendo las labores de gobierno, primero junto a su padre y, después, junto a su hermano.

No, Egipto no notó un gran cambio, pero yo sí. Al poco de hacerse cargo de su nuevo puesto en la corte, Hatasu se mudó fuera del harén real. Eligió uno de los palacios que habían pertenecido a su padre, cerca del templo de Karnak. Se llamaba «el lugar del corazón de Amón». Y a mí me dejó atrás.

Sé que no fue decisión suya. El general Pen-Nekhbet fue el primero en aconsejarle que abandonara el palacio de las mujeres y ocupara una de las residencias propias del faraón. De hecho, ella eligió la más cercana. Y no solo me dejó a mí, sino también a la pequeña Neferure, que debió ser destetada antes de tiempo, pues no podía seguir a su madre en la nueva aventura, al igual que el pequeño Tutmosis, que, como era costumbre, permaneció en el harén junto a su madre y su abuela, sin más supervisión que la de la Señora, cuya avanzada edad por fin empezaba a ser demasiado evidente.

Y, sin embargo, me dolió como si me hubiera abandonado a mi suerte en medio del desierto. Sufrí como si mi propia hija me hubiera repudiado, como si hubiera levantado su mano contra mí, como si me hubiese apuñalado.

—Te lo dije.

Mi madre también cumplía años, pero su forma de ser no se había aplacado en lo más mínimo. Seguía tratándome como a una niña estúpida.

—Hatshepsut tiene asuntos más importantes de los que ocuparse y mi posición en la corte está asegurada. Soy sus ojos y sus oídos en el harén. Gracias a mí, conoce de primera mano los detalles de todas las conspiraciones que traman Mutnofret y adláteres.

—Lo que tú digas. A mí me parece que te aburres con tanto tiempo libre.

Por supuesto, mi madre tenía razón. Era cierto que procuraba

mantenerme al tanto de lo que se cocinaba en los pasillos del harén, pero apenas tenía ocasión de ver a Hatshepsut para ponerla al día. Me quedaba, eso sí, la Señora, pero la reina Nefertari apenas salía de sus aposentos. Requería ayuda para caminar y su espalda estaba perpetuamente curvada. Su mente, sin embargo, seguía funcionando con la agudeza de costumbre y fue ella la que me recomendó ponerme en manos de Senenmut, que seguía viniendo a diario al palacio de las mujeres para ejercer su labor de tutor de la princesa Neferure.

—Mutnofret y el sumo sacerdote de Ptah, Pahemred, traman una nueva conjura contra la reina —le advertí—. La concubina Iset y el pequeño Tutmosis han caído por completo bajo su influencia, al igual que la adoratriz Huy y sus hijos Menkheperre y Merytre, pero ahora se han granjeado también las simpatías de un joven capitán llamado Djehuty…

—Sitra, tú también te haces vieja y empiezas a ver conspiraciones por todas partes. Al menos hasta que Tutmosis se haga mayor de edad, la reina no tiene nada que temer. Nadie más que ella puede garantizar la estabilidad de Egipto.

—Pero ¿cuándo será eso? Ha habido faraones reinantes con diez u once años. Si Tutmosis asume el poder con esa edad, sabemos quién tomará en verdad las decisiones, y te aseguro que no será Hatshepsut.

—No seas agorera. Todo está previsto.

Mientras tanto, el ciclo de la historia volvía a repetirse con la misma regularidad con que se suceden las crecidas del Nilo. Cuando terminó el luto por el pobre Tuty, comenzaron las ceremonias de entronización y coronación del pequeño Tutmosis. Las festividades se vieron acompañadas de una buena cosecha, lo cual hizo que el país prosperara, el pueblo estuviera satisfecho y los nobles se mostraran leales con su soberana… por el momento.

Por primera vez desde el nacimiento de Hatasu, me enteraba de los acontecimientos de oídas, no por ser testigo privilegiada, como había sido el caso hasta ese momento. Supe que ella y Senenmut seguían embarcados en sus grandes proyectos arquitectónicos, alzando templos y obeliscos por doquier. Tebas fue el centro de su atención, ya que deseaba hacer de Karnak el mayor templo de todo Egipto, superando en esplendor y majestad las antiguas maravillas de Menfis. Puso en marcha al fin su proyecto de crear una gran avenida de esfinges y realizó grandes obras en el templo de Mut. Tampoco descuidó las provincias más meridionales: en la frontera con Nubia alzó distintos templos, casi todos ellos en honor a Amón y con el recuerdo de su padre, que tanto había luchado para pacificar el país de Kush. Pero todo esto lo supe por Senenmut o, en algunos casos, por

los rumores del harén.

Sí fui invitada a una ceremonia casi secreta que, hasta donde alcanza mi entendimiento, no tiene precedentes en la historia del Doble País. Tuvo lugar en la Capilla Roja, un nuevo altar para la nao de Amón que mi pequeña había hecho construir en Karnak. La oficiaba la propia Hatshepsut, junto al sumo sacerdote Minmontu que, como todos, también envejecía, y contó con la presencia de la infatigable Nefertari, que una vez más hizo frente a sus dolores y achaques para asegurarse de que Egipto marchaba por el rumbo que ella había previsto.

Nos encontrábamos en el sanctasanctórum, donde habitualmente solo el faraón y el sumo sacerdote de Amón tienen permitida la entrada. La capilla estaba iluminada tan solo por la luz de las velas. El humo del incienso lo envolvía todo. En el altar estaba la barca de Amón, con la estatua de oro del dios contemplándonos desde lo alto. Junto a él se encontraba su divina esposa, la diosa Mut, que había sido traída de su propio santuario para la ocasión.

—Oh, Mut, hija de Ra y esposa divina de Amón —comenzó Hatasu, alzando a la pequeña Neferure en brazos—, te ofrezco mi hija nacida de mis entrañas. Te ruego que habites en ella y la transformes en esposa de Amón, para que a su vez ella transmita legitimidad a su futuro esposo y, juntos, reinen sobre Egipto. Acéptala, oh Mut, y libérame de la carga que llevo soportando desde mi infancia y pueda así asumir el destino que mi padre Amón tiene dispuesto para mí.

Al igual que tantos años atrás, el silencio se impuso en el pequeño templo.

—Acepto tu ofrenda, Hatshepsut —replicó la estatua. Tras años de oráculos y profecías, había llegado por fin a entender que los dioses hablaban a través de las bocas de los sacerdotes, que eran quienes daban voz a sus designios—. Desde el día de hoy, Neferure será la esposa de Amón, mientras tú te prepararas para ceñir la doble corona.

—Así será, Mut.

—Hija mía, Hatshepsut —irrumpió una voz grave, masculina, que brotaba de la imagen de Amón—. Hoy estás un paso más cerca de que se cumpla la profecía y, con ella, el destino que he decidido para ti. Pronto serás faraón de Egipto. A partir de hoy, como todos los monarcas que te han precedido, deberás utilizar el nombre sagrado que te vincula para siempre al trono. El nombre que te otorgué hace años, en el templo de la Deffufa.

—Maatkara —murmuró Hatasu.

—Maatkara —sentenció el dios—. Ese será tu nombre del trono. Ve y úsalo para mayor gloria mía.

El sentido de todo aquello me habría resultado confuso si no hubiera sabido por Senenmut, apenas dos días después, que mi pequeña partía hacia el sur para someter una vez más a los rebeldes del país de Kush al igual que había hecho su padre antes que ella. El general Pen-Nekhbet no había tenido que insistir para convencerla de que su presencia era necesaria para infundir moral a las tropas y sembrar el desánimo entre los enemigos. Sin embargo, la presencia de una mera esposa real, por muy regente que fuera, no era suficiente, de ahí que hubiera tenido que asumir el nombre real de Maatkara.

—Te dije que todo estaba previsto, Sitra —me recordó el arquitecto—. Nuestra reina está un paso más cerca de convertirse en faraón.

—¿Qué ocurrirá con el pequeño Tutmosis? —pregunté, súbitamente preocupada. No imaginaba a mi pequeña convertida en una infanticida, pero… ¿qué otra opción había?

—Supongo que eso dependerá de él.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—¿Vas a acompañar a la reina a Nubia?

—¿Yo? ¿A la guerra? Parece que no me conoces, Sitra. Solo de pensar en todo ese ardor guerrero, se me eriza la piel y se me retuercen las uñas. Yo me quedaré aquí, en Tebas, cuidando a la princesa y supervisando las obras. Por cierto, tenemos que hablar de tu sepultura. La reina ha insistido…

—Dile al general Pen-Nekhbet que deseo unirme a la expedición. Siempre que Hatshepsut ha viajado fuera de Tebas, la he acompañado. Solo yo sé cuidar de ella. Intercede por mí, te lo ruego.

—Eres una dama de la corte y tienes el oído de la reina, Sitra, no creo que necesites el permiso de nadie. Llama al superintendente del harén y da las órdenes oportunas.

Nunca se me hubiera ocurrido pensar que mi posición de autoridad estaba tan asentada. Hice como me sugirió Senenmut y, en efecto, el superintendente me respondió que se encargaría de todo y que me lo haría saber en cuanto se conocieran los detalles de la expedición.

En cuanto supo que acompañaría a Hatasu a la guerra, la Señora me hizo llamar. Su estado físico estaba cada vez más deteriorado. La piel de su rostro parecía un papiro vejo y arrugado, las manos le temblaban y no podía levantarse del lecho. Junto a ella estaba su siempre leal Minmontu, así como el joven Hapuseneb, que se había convertido casi en un hijo para él.

—Iré al grano, Sitra —dijo Nefertari—. Amón sabe que no tengo tiempo que perder. Debes asegurarte de que Hatshepsut cumple con su

deber.

—¿Puedo preguntar a qué os referís, majestad? ¿A ganar la guerra?

—Por supuesto que no, ya cuento con que eso lo hará. Hatshepsut no es su hermano, se pondrá al frente de nuestros soldados y les infundirá el valor necesario para la batalla. No, quiero decir que debes velar para que mi nieta cumpla su destino y se convierta en el faraón que Egipto necesita.

—Con todo respeto, majestad, yo no sé si tengo la autoridad…

—Tonterías, Sitra. A todos los efectos, eres su madre. Cuando yo falte, solo quedarás tú. Y no me vengas con que me quedan muchos años por delante, he vivido ya mucho más tiempo del prudente. Corro el riesgo de que Osiris se olvide de mí y no me deje entrar en su reino, si no muero pronto.

Como siempre, las palabras de la anciana reina me parecieron llenas de sabiduría.

—Su majestad sabe que nuestra niña siempre podrá contar conmigo.

—Es vital que Hatshepsut ciña la doble corona —intervino Minmontu—. Egipto corre el riesgo de dividirse de nuevo, como en tiempos de los hititas. Hay movimientos extraños en el norte y los sacerdotes de Ptah disputan la supremacía de Amón. Mi hijo Menkheperre también disputa la autoridad de la reina. Necesitamos que Hatshepsut asuma el mando como faraón.

—¿Y qué hay del pequeño Tutmosis? —pregunté una vez más, al igual que había hecho con Senenmut unos días atrás.

—Tutmosis está controlado por Mutnofret —respondió la reina, entre dientes—. ¡En mala hora mi esposo engendró a esa insensata! Solo Hatshepsut puede garantizar la unidad de Egipto. ¿Puedo confiar en ti, Sitra?

—Podéis, majestad —respondí con gravedad—. Haré todo lo posible por ayudar a la reina.

—El joven Hapuseneb se unirá a la expedición —añadió Minmontu—. Es mi sucesor designado. Cuando yo fallezca, él será el sumo sacerdote de Amón.

Abandoné la alcoba de la Señora con un gran peso sobre los hombros y con una sensación oscura en el espíritu. Pensar en un mundo en que no estuvieran la reina Nefertari ni el eterno Minmontu, que había estado en el cargo desde los inicios de la dinastía, me producía una gran inquietud. Se alejan los elefantes, pensé, y cuando ellos no estén… ¿quién velará por nosotras? Sin ser realmente consciente de lo que hacía, me dirigí a la estancia de mi madre para

encontrármela, como siempre, atareada con sus labores. Aunque procurara disimularlo, ella también envejecía, era un elefante más que también estaba destinado a marcharse. Deposité un rápido beso sobre su mejilla que me valió un coscorrón por interponerme en su camino y pasé el resto del día con ella, ayudándola en sus quehaceres y escuchando sus quejas sobre lo que estaba haciendo con mi vida.

Dos días después partimos hacia el país de Kush.

Zarpamos de Tebas poco después del amanecer. Al igual que en aquella ocasión, años atrás, viajé en la misma embarcación que Hatshepsut. Sin embargo, esta vez fuimos a bordo del buque insignia de la flota egipcia: el barco real del faraón. Nos seguía una flotilla de doce navíos militares.

La quilla del buque real cortaba las aguas del Nilo con la arrogancia de una esfinge. Los enormes remos batían las aguas al ritmo de los tambores, mientras las velas iban infladas por los vientos del norte, impulsándonos con la fuerza de un ibis en pleno vuelo. En la cubierta, rodeada de columnas talladas que sostenían un techo de lino, se hallaba la zona ceremonial. Allí, un pequeño santuario dedicado a Amón acogía ofrendas e inciensos, y las oraciones de los sacerdotes, guiados por el joven Hapuseneb, resonaban en un eco místico. Banderas y estandartes ondeaban al viento, anunciando la presencia de la señora de las Dos Tierras. Desde el área real, sentada en un trono de madera, la reina supervisaba la marcha. Su mirada, tan fiera como la de la leona, se extendía más allá del río, contemplando las tierras que gobernaba.

Yo disponía de un pequeño camarote junto al de mi niña. Pasé las primeras noches en solitario, pensando en la promesa que le había hecho a Nefertari. ¿Cómo esperaba que yo, una simple ama de cría, recordara a la reina el papel que los dioses le habían reservado? Sabía que ella confiaba en mí, pero yo jamás me había inmiscuido en los asuntos de Estado, me había limitado a apoyarla y a reconfortarla y a hacerle sentir el amor incondicional que sentía, que siento por ella. No era mi lugar dar consejos.

Así continuamos nuestro trayecto río arriba. Cruzamos la primera y segunda cataratas. Atravesábamos la ciudad de Kerma cuando Hatasu entró de puntillas en mi cabina, en mitad de la noche.

—¿Duermes, Sitra?

—Para ti siempre estoy despierta, mi niña. —Caminó suavemente hasta mi lecho, se sentó al borde y me cogió de la mano. Llevaba puesto un fino camisón de lino blanco y venía sin peluca ni maquillaje. No había vuelto a recuperar su figura después del embarazo, sus pechos comenzaban a descolgarse y unas arrugas

prematuras hacían ya su aparición en el contorno de sus ojos. No obstante, estaba hermosa—. ¿Qué te sucede?

—Estoy inquieta.

—¿Es por la guerra?

—No, te confieso que eso no me preocupa en exceso. ¿Cuántas campañas hemos hecho ya contra los kushitas? Mi padre los derrotó en varias ocasiones, estoy segura de que podremos repetir su hazaña. No, yo… Pen-Nekhbet desea que me vista de soldado para arengar a nuestros hombres.

—¿Qué quieres decir?

—Me sugiere que me ciña el *shendyt* de los varones, que cubra mi pecho con collares de oro y que hable a las tropas desde el barco, espada en mano. Como hacía mi padre. Pero Sitra, él era el faraón, y yo…

Hatasu se interrumpió. Tras un instante de duda, sentí que había llegado el momento de cumplir la promesa que le había hecho a la anciana Nefertari.

—Tu destino es ser faraón, mi niña.

—¿Lo es?

—Recuerda el oráculo. Yo estaba allí cuando Amón te reconoció como su hija.

—Tengo dudas, Sitra. Si Amón realmente desea verme en el trono, ¿por qué hizo que Tuty concibiera un varón? Sabes que yo lo amaba, si no como a un esposo, al menos sí como a un hermano. El pequeño Tutmosis es su hijo. No levantaré mi mano contra él. No haré daño a un inocente para cumplir una oscura profecía de cuya autenticidad cada vez tengo más dudas.

Suspiré, inundada por el alivio. En lo más profundo de mis entrañas, me alegraba de que mi pequeña siguiera siendo el ser bondadoso que yo siempre había conocido y de que los tejemanejes del poder no hubieran logrado corromperla. Me incorporé en el lecho y le tomé ambas manos.

—Y tú, ¿qué deseas?

—¿Cuándo han importado mis deseos? Desde que nací, no he hecho otra cosa que cumplir con mi deber. Como hija del faraón, como esposa del dios, como consorte de mi hermano, como regente. Ahora he tomado un nombre real, Maatkara, al estilo de los faraones. Arengaré a las tropas disfrazada de soldado. Todo… todos me empujan a ceñirme la doble corona, por el bien de Egipto o para satisfacer sus propias ambiciones. Pero en algún lugar tengo que poner mi límite, y es este: no haré daño a ese niño, ni perjudicaré sus intereses.

—Creo que ya tienes tu respuesta, hija mía.

Hatasu me miró a los ojos y sonrió.

—Así es, madre, así es.

Al llegar a Kerma, Hatshepsut, investida con el poder de una regente de Egipto, se preparó para dirigirse a sus tropas. Se vistió con la majestuosidad de un faraón, adoptando los atributos masculinos tradicionales de un rey guerrero. Llevaba el *shendyt* de batalla, ajustado a su cintura, y en la mano, una espada de bronce, símbolo de valentía y autoridad. Sobre la cabeza, la misma corona azul *kepresh* que tantas veces había ceñido su padre, un distintivo de los faraones en el campo de batalla. Sus pechos estaban cubiertos por una armadura que resplandecía bajo la luz del sol. A su derecha, el general Pen-Nekhbet, y a su izquierda, el sacerdote Hapuseneb, marcaban su estatus y la gravedad del momento.

Desde la barca real, con una voz firme y poderosa, Hatshepsut arengó a sus soldados.

—Valientes guerreros de Egipto, hoy nos enfrentamos no solo a los rebeldes de Kush, sino a los desafíos que amenazan la grandeza de nuestro reino. Luchamos por la justicia de Maat, por la gloria de Amón y por el eterno legado de Egipto. Que nuestras acciones en el campo de batalla reflejen la fuerza y el coraje que corre por nuestras venas. ¡Hoy, bajo mi mando, Egipto prevalecerá!

La primera batalla se libró con intensidad, y aunque hicieron falta tres choques más, bajo el liderazgo implacable de Hatshepsut, Egipto finalmente se impuso sobre los rebeldes kushitas.

Hatasu nombró a un nuevo virrey para que se ocupara de gobernar el país de Kush. Amplió la guarnición de soldados. Ordenó la construcción de graneros y dispuso la construcción de nuevos canales para asegurar que la crecida del Nilo regara la tierra que había de ser cultivada. Al fin, estableció que se continuara la estela que había comenzado su padre en honor a Amón, y que en ella se dejara constancia de la gloria eterna del joven faraón Tutmosis.

Después emprendimos el regreso a casa.

El ambiente era triunfante, festivo. Los soldados cantaban, los sacerdotes alzaban oraciones de alabanza. Incluso los remeros rezumaban orgullo de pertenecer al glorioso Imperio egipcio. Hatasu era la única que se mostraba distante, contenida, como si no acabara de alegrarse de su victoria. Yo sabía qué era lo que turbaba su corazón, y sufría por ella.

Ninguna de las dos nos figurábamos lo que estaba a punto de suceder, lo que quizá había sucedido ya.

Navegábamos a la altura de la isla de Elefantina cuando una

embarcación que surcaba las aguas río arriba nos interceptó. Era un barco militar egipcio. Maniobró para atracar junto a nosotros y una pequeña delegación de soldados abordó la barca real. La encabezaba el capitán Djehuty, al que yo había visto conspirando junto a Mutnofret y su camarilla. Se dirigió hacia Hatshepsut, se postró ante ella con las manos sobre las rodillas y esperó permiso para hablar.

—¿Qué ocurre, Djehuty? —preguntó el general Pen-Nekhbet.

—Algo terrible ha sucedido, mi general. Majestad. Pahemred, el sumo sacerdote de Ptah, se ha rebelado junto a un pequeño círculo de soldados, ha secuestrado al faraón Tutmosis y ha huido a Menfis. La madre del niño está con ellos.

El silencio se impuso en la barcaza real. Todos dirigimos la mirada hacia Hatshepsut, cuyo rostro estaba impávido como el de una máscara funeraria.

—¿Imagino que Mutnofret los acompaña? —preguntó al fin.

—No, majestad —respondió Djehuty, visiblemente incómodo—. La reina Mutnofret se enfrentó a Pahemred para tratar de evitar que se llevara al faraón-niño y… ha fallecido.

—Explícate —exigió el general.

—Pahemred había dado por hecho que la reina Mutnofret lo seguiría pero, cuando ella supo de sus intenciones, se opuso violentamente. Me ordenó que asegurara la protección del faraón Tutmosis, pero… he fallado. La reina Mutnofret, el sumo sacerdote Minmontu y algunas damas de la corte han perdido la vida, majestad. Entre ellas la anciana reina Nefertari. Han sido… asesinados por los partidarios de Pahemred. Lo lamento.

—¿Qué hay de la princesa Neferure?

—Ella y su tutor, el arquitecto Senenmut, están a salvo.

—No hay tiempo que perder, entonces —sentenció Hatshepsut, levantándose de su trono para dirigirse al general Pen-Nekhbet—. ¿Cuántos barcos tenemos ahora mismo?

—La flota que llevamos a Nubia constaba de doce navíos más el vuestro, majestad. Hemos dejado cuatro allí, nos quedan ocho.

—¿Hay suficientes soldados en Tebas para defender la ciudad, en caso de un ataque?

—Depende del ataque, majestad —repuso el general—, pero me atrevo a decir que sí. La capital debería poder defenderse frente a cualquier amenaza rebelde que pudiera aparecer.

—En ese caso, partiremos de inmediato hacia Menfis, antes de que Pahemred se haga fuerte. Tenemos que rescatar a Tutmosis de inmediato. ¿Hapuseneb?

—Sí, majestad —repuso el joven sacerdote.

—Ahora eres sumo sacerdote de Amón. Regresa con el capitán Djehuty a Tebas y gobierna en mi nombre hasta mi regreso. Os hago a ambos responsables de mantener la paz en la ciudad. Que se hagan los preparativos funerarios adecuados para las dos reinas difuntas.

—Sí, majestad.

Hatshepsut se retiró con el general Pen-Nekhbet para planificar los siguientes pasos y yo me quedé en la cubierta del barco, paralizada por el horror y la incomprensión. Acerté a agarrar del hombro a Djehuty antes de que se marchara con el nuevo sumo sacerdote para cumplir las órdenes recibidas.

—¿Quién más ha fallecido?

—Varias damas de la reina Nefertari y de la reina Mutnofret, así como algunos soldados que trataron de defenderlas.

—¿Sabes quién es mi madre, Djehuty?

—Sí, dama Sitra. Tu madre se cuenta entre las víctimas. Pereció valientemente, mientras trataba de defender a su Señora.

Fue como si el mundo se apagara de repente. Hube de sujetarme al joven capitán, de quien tanto había sospechado, para no caer al suelo. En mi mente solo podía ver a los enormes elefantes que se alejaban y se perdían en el horizonte, dejándonos solas.

Tomé la decisión al instante.

—Iré contigo. Debo hacer los preparativos para su entierro.

Djehuty, Hapuseneb y yo, junto al pequeño conjunto de soldados que nos acompañaba, tardamos cuatro días en llegar a una Tebas sumida en el luto. La Señora había sido un personaje muy querido que, dada su longevidad, había acabado por convertirse en un símbolo más de la estabilidad y de la permanencia de Egipto. Las noticias de la rebelión de Pahemred se habían extendido, aunque había confusión respecto al estado del pequeño Tutmosis. Algunos decían que había muerto y que Hatshepsut se había proclamado faraón; otros, que su abuela Mutnofret había coronado a un príncipe extranjero, pero solo unos pocos acertaban a adivinar que había sido secuestrado y llevado a Menfis contra su voluntad.

El caos cundía en la Ciudad de las Cien Puertas, aunque yo solo era capaz de pensar en mi madre. Llegamos al harén real para encontrar un palacio lúgubre y sombrío. Recordé la primera vez que había puesto los pies allí, cuánto me habían llamado la atención las intrigas, conjuras y cotilleos que acontecían en el interior de aquellas cuatro paredes. En aquel momento lo había comparado con un nido de serpientes, pero en ese instante me pareció más bien una tumba.

Los sacerdotes de Anubis ya se habían hecho cargo de los difuntos. Me condujeron directamente ante el cuerpo de mi madre,

aunque no pude verla ya que se hallaba sumergida en sales de natrón como parte de su preparación para la eternidad. Recé a Osiris para que la acogiera en su reino y, a continuación, fui a presentar mis respetos a la Señora. Me sorprendió encontrar allí a Senenmut.

—¿Qué hay de la princesa? ¿No deberías estar junto a ella?

—Neferure está en un lugar seguro, completamente protegida. Volveré con ella en cuanto acabe de disponer los detalles del enterramiento de las dos reinas. Nefertari planificó su propia tumba junto a la de su hijo, el faraón Amenofis. Mutnofret posee una sepultura muy cerca de allí, pero me ha sorprendido descubrir que no está terminada. Tengo que mandar una cuadrilla de inmediato. —Mientras escuchaba las palabras del arquitecto, no pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas—. Disculpa, Sitra. Soy un insensible. Lamento mucho la muerte de tu madre.

—No sé dónde enterrarla —sollocé.

—Déjalo de mi cuenta. La reina me dio permiso para adecentar una tumba para mis propios padres, que murieron hace años y estaban enterrados indignamente. Usaré el mismo procedimiento. ¿Tu padre…?

—Murió hace años.

—Descansarán juntos en el valle occidental. Déjalo en mis manos.

Me despedí de Senenmut y me quedé a solas, cayendo en la cuenta por primera vez de que, en realidad, no tenía nada que hacer. El proceso de momificación llevaba cuarenta días. Hasta que se cumplieran, no podría ocuparme del enterramiento de mi madre. Gracias a la ayuda del arquitecto, tampoco tendría que responsabilizarme de la tumba. Me sentí culpable por no haber acompañado a Hatasu a Menfis, pero, por otro lado… ¿qué hubiera hecho yo allí?

Decidí ir a presentar mis respetos a la reina Mutnofret, a la que siempre había considerado una enemiga. ¿Cómo había podido juzgar tan erróneamente su carácter? Puede que siempre hubiese querido favorecer a sus propios descendientes por encima de Hatshepsut, y que hubiera sentido más devoción por Ptah, el dios de su infancia, que por el gran Amón que le había sido impuesto. Sin embargo, cuando hubo de enfrentarse a la escisión de Egipto en dos… había perecido defendiendo la unidad de nuestro país. Encontré que la velaba la adoratriz Huy, acompañada de sus hijos, Menkheperre y Merytre. Ellos también habían rechazado unirse al sacerdote sedicioso y, por fortuna, habían sobrevivido.

Pasé los siguientes días sumida en el duelo. Por mi madre, que tanto me había criticado. Por Nefertari, sin duda la mujer más fuerte

que he conocido jamás, igualada tan solo por su propia nieta. Y por Mutnofret, hacia la cual me sentía profundamente culpable.

Había transcurrido casi una luna completa cuando Hapuseneb, el nuevo sumo sacerdote de Amón, me comunicó que nuestra soberana había regresado y que reclamaba nuestra presencia.

—¿Llega victoriosa? —pregunté.

—El faraón no puede llegar de otro modo —respondió, enigmáticamente.

Fuimos conducidos a la sala del trono en «el lugar del corazón de Amón». Además de Hatshepsut y del general Pen-Nekhbet, estaba presente Senenmut, con la princesa Neferure sentada en su regazo. El faraón-niño, pálido y con los ojos muy abiertos, ocupaba un trono junto a la reina. Se hablaba de una procesión en barca por el Nilo, desde el palacio hasta el gran santuario del templo de Amón. Hatshepsut y Tutmosis irían juntos, acompañados únicamente por el sumo sacerdote Hapuseneb, mientras soldados, nobles, sacerdotes y el resto del pueblo marcharíamos a pie. Nadie se molestó en explicarme lo que estaba ocurriendo, pero tantos años en la corte me habían dado experiencia suficiente para poder comprender por mí misma.

Mi niña había decidido aceptar su destino. No quedaban fichas enemigas en el tablero de *senet*. La partida estaba ganada.

La ceremonia tuvo lugar a la mañana siguiente. El amanecer en Tebas era diferente aquel día, incluso el sol parecía elevarse con una solemnidad particular. Desde una de las ventanas del palacio, observaba el bullicio de la ciudad con una mezcla de orgullo y preocupación. Yo, Sitra, que había criado a Hatshepsut desde su infancia, estaba a punto de verla transformarse de reina a faraón.

Por supuesto que la acompañé mientras se preparaba. Al igual que cuando era pequeña y no podía valerse por sí sola, la ayudé a bañarse y a vestirse. Sin embargo, el reflejo en el espejo de cobre no mostraba la niña que una vez conocí. En cambio, se erguía con la dignidad de un faraón, vestida con el *shendyt* de lino de los varones y un collar de joyas preciosas, al igual que había hecho en la lejana Kerma para arengar a las tropas. La elección del tocado nemes, reservado para los faraones, era el desafío definitivo. Su tela a rayas enmarcaba su rostro y la serpiente *uraeus* adornaba su frente. En la mano sostenía el látigo y el cayado, símbolos de su poder y dominio sobre las Dos Tierras de Egipto.

No me sorprendió. Mi Hatasu siempre había sido única.

Bajo el *shendyt* real, un vestido ajustado recordaba su identidad femenina, una sutil declaración de su singularidad. Por fin había asumido su verdadera identidad como hija de Amón, aunque en su

mirada percibí un atisbo de la joven que una vez jugó conmigo en los jardines del palacio.

Deposité un beso en su frente, apreté sus manos con las mías y la dejé sola para ir a ocupar mi lugar. La multitud se había reunido, ansiosa por presenciar aquel momento único. Los sacerdotes, aunque contenidos, no podían ocultar su sorpresa. Había tensión, sí, pero también una sensación de asombro y maravilla.

Cuando Hatshepsut apareció, el pueblo estalló en vítores. Ella, serena como el Nilo en pleno verano, se acercó al pequeño Tutmosis, que apenas le llegaba por encima de la cintura. El niño aguardaba con una dignidad que desafiaba su edad. Vestía un *shendyt* real en miniatura, ceñido a su cintura infantil y confeccionado con los linos más finos. Su cabeza estaba adornada con una pequeña versión del mismo tocado nemes de su tía, y la cobra *uraeus* resplandecía en su frente, símbolo de su linaje real. A pesar de su juventud, portaba brazaletes y collares, destellos de su naciente poder.

Cogidos de la mano, avanzaron hacia la barca sagrada de Amón. Con ese gesto se entrelazaban el pasado, presente y futuro de nuestro gran imperio. Juntos, Hatshepsut y Tutmosis representaban la perpetuidad y la promesa del trono de Egipto.

El sumo sacerdote Hapuseneb los invitó a bordo e hizo entrega a Hatasu de la cruz *ankh*. Mi niña aceptó el símbolo, sosteniéndolo en alto para que todos lo vieran. Mi corazón estalló de gozo. La niña a la que siempre había cuidado era ahora faraón de Egipto, un dios encarnado, garante de la estabilidad del universo.

Me contenté con observar en silencio desde mi rincón, llorando de felicidad. Este era su momento. Nuestro momento, el de la niña a la que una vez arrullé en mis brazos y el mío, su madre del corazón.

17
Lady May, arqueóloga y aventurera extraordinaria

El nuevo siglo se nos vino encima como una tormenta de verano, como si todas las mentes ilustres de Gran Bretaña no hubieran caído en la cuenta de que, después de 1899, invariablemente llegaría el 1900 y, con él, el siglo XX.

El XIX era una especie de anciano moribundo, cuya muerte todos esperábamos más con alivio que preocupación. Pero el XX… el XX fue un fiasco. Nos habían prometido una nueva era de maravillas y prodigios: aviones que desafían a los pájaros del cielo, teléfonos que llevan la voz a través de mares y montañas, barcos que surcan los océanos a toda velocidad, el cinematógrafo. Todo muy impresionante, si no fuera por un pequeño detalle: la mitad de la población seguía ajena a todo este cambio. Me refiero, por supuesto, a mis congéneres, a las mujeres de todo el mundo que seguíamos esperando turno para ser reconocidas como ciudadanas de pleno derecho. Sí, claro, podíamos volar en esos nuevos aeroplanos, pero ¿volar hacia dónde? Hacia una tierra prometida que nunca acababa de llegar.

El núcleo de mis frustraciones era, por supuesto, Egipto. Cinco años habían pasado desde que descubriera la necrópolis Qubbet el-Hawa y aún no había logrado la concesión para excavar allí. Howard me alentaba diciendo que el inefable *monsieur* De Morgan había sido despedido al fin y que había regresado Gaston Maspero, que era un hombre mucho más abierto y razonable, pero, por el momento…, nada. A Howard, por cierto, le iba más que bien. Nada más llegar a su puesto, Maspero lo había nombrado inspector de monumentos del Alto Egipto. Con base en Luxor, supervisaba varias excavaciones cerca de Tebas, así como la exploración sistemática del Valle de los Reyes que estaba llevando a cabo el arqueólogo americano Theodore Davis. Le tengo inmensa estima a Howard y aquel ascenso estaba más que merecido, pero lo reconozco, no soy inmune a la envidia.

Desde niña, los secretos del antiguo Egipto me han llamado desde las arenas del tiempo, susurrando en los rincones más recónditos de mi mente. Mi única ambición era dejarlo todo, armarme de una pala y un cepillo —quizá algún otro detalle— y lanzarme a excavar. Sin embargo, me veía atrapada en el papel que me había adjudicado la sociedad: hija de un barón y heredera del título, madre de cuatro

muchachitos chillones y exigentes y esposa de un hombre cuyo rango, indudablemente, me abría muchas puertas, pero solo para cerrarlas al instante con un golpe seco. ¿Egiptología, *milady*? Eso está por debajo de la dignidad de una dama de su posición.

No me quedó más opción que continuar luchando. Al final del día, incluso una futura baronesa puede tener sueños más grandes que su título y un futuro lleno de nietos y bisnietos. Una futura baronesa que jamás será admitida en la Cámara de los Lores, por cierto. Dios nos libre.

Andaba yo sumergida en mis frustraciones cuando ocurrió un hecho que trastocó por completo los cimientos de nuestra sociedad. Me refiero, por supuesto, al fallecimiento de nuestra querida reina Victoria. Con solo ochenta y un años, ¿quién iba a pensar que la buena señora podía morirse? No dejaba de ser irónico que el siglo de las mujeres comenzara, precisamente, con la muerte de la más poderosa de todas nosotras, quizá una de las féminas más influyentes que haya habido jamás, con excepción de la reina Hatshepsut y unas pocas más.

Nuestra soberana exhaló su último aliento en Osborne House, en la isla de Wight. Su cadáver permaneció allí durante una semana completa, siguiendo las detalladas instrucciones que ella misma había dejado, de modo que se llevara a cabo un velatorio privado para la familia y personas cercanas a la monarquía antes de ser trasladado para el entierro oficial. Fardie fue uno de los pocos aristócratas invitados, a diferencia de mi querido suegro, por lo que sus seis hijas supervivientes, con nuestros respectivos maridos —los niños se quedaron en casa—, tuvimos el dudoso placer de acudir a todos y cada uno de los actos, desde el velatorio hasta el entierro en la capilla de San Jorge, en Windsor.

Al llegar a Osborne House descubrimos que la despedida final a la reina se hacía por riguroso orden protocolario. Eso significó que Fardie y mamá entraron los primeros de nuestro grupo, dejándonos a los demás en un amplio salón donde habría al menos veinte o treinta personas, todas ellas testas coronadas o nobles de alto rango, que en el más absoluto de los silencios o, como mucho, con algún susurro disimulado, tomaban té y pedazos de *plumcake.*

Cogí del brazo a William y me dirigí con decisión hacia la enorme mesa, con intención de hacerme servir una taza de té, con tan mala —o buena— suerte que me di de bruces con una mujer aproximadamente de mi edad, rigurosamente enlutada con un vestido de cuello alto, guantes de seda negros, joyas negras y tocada con un sombrero de gran tamaño, también negro y decorado con flores de idéntico color.

Al ver de quién se trataba, esbocé una sonrisa.

—Princesa Beatriz, le ruego disculpe mi torpeza. No sé si me recuerda.

La menor de las hijas de la reina Victoria me dirigió una amable sonrisa.

—¡Por supuesto! *Lady* May Amherst y su silencioso esposo, William Cecil. Nos conocimos hace unos años en Didlington Hall, cuando mi hermano visitó a sus padres. ¿Cómo no iba a acordarme de su fabulosa colección egipcia?

William se quedó tieso como un palo, pero yo me acerqué tratando de aparentar la gracia que se espera de una futura baronesa, y le hice una torpe reverencia. Mi cuerpo siempre me traiciona en los momentos más inesperados.

—Un placer saludarla de nuevo, alteza. Lamento que hayamos de vernos en tan lúgubres circunstancias. Reciba nuestro más sentido pésame.

Beatriz asintió con gravedad.

—Permítame que les presente a mi hija, la princesa Victoria Eugenia.

Una hermosa adolescente, vestida de modo muy similar a su madre, se había acercado a nosotros con la más absoluta discreción. No podía ser mayor que mis hijos Billy y Tom y, sin embargo, parecía una auténtica dama, mientras que los míos eran básicamente bucaneros en potencia.

—Es un placer, milord, *milady* —saludó la joven.

—Y, dígame, ¿sigue su padre coleccionando momias? —continuó la princesa Beatriz—. Aún recuerdo sus historias sobre la maldición de la «momia de mamá», así la llamaban, ¿verdad? ¿Alguna de las hijas ha mantenido la afición por Egipto?

—Sí, alteza, Fardie sigue coleccionando momias, papiros, escarabajos o cualquier otra cosa que despida aunque sea un remoto aroma faraónico. Y me alegra decirle que yo intento mantener viva la tradición familiar. De hecho, estoy tratando de conseguir una concesión a mi nombre para excavar cerca de Asuán…

—¡Pero eso es maravilloso!

—Por desgracia, aún no he conseguido la autorización. Llevo años a la espera.

—Eso no puede ser. Escribiré a nuestro cónsul, lord Cromer, para que intervenga de inmediato. ¿Está él al corriente de su solicitud?

—Por supuesto, alteza, pero me temo que tiene sus propias ideas del tipo de tareas que resultan adecuadas para una dama.

—¡Intolerable! Tendré unas palabras con él. Pero, a cambio,

¡espero una invitación para visitarla en Egipto! La cultura faraónica siempre me ha producido la más absoluta fascinación.

Intercambiamos algunas palabras más, comentarios sobre la reina y su legado, mientras William permanecía sumido en su mutismo habitual. Dios me ha bendecido con un esposo parco en palabras, de ahí seguramente que siga enamorada de él. Si hablara demasiado, sin duda lo habría asesinado ya.

Tras diez días de velatorio, el funeral de nuestra soberana en la capilla de San Jorge fue, por descontado, un momento de gran pompa y circunstancia, diseñado al milímetro por la propia reina. ¿Cómo podría ser de otra manera para la mujer que definió una era?

Todo Londres parecía haberse detenido, como si el mismísimo tiempo hubiera decidido hacer una pausa para despedirse de la reina que había gobernado nuestros destinos desde mucho antes de que yo naciera. Los carruajes avanzaban lentamente cargando con el ataúd cubierto de un paño blanco, por supuesto, porque la reina Victoria siempre tenía que ser la más original, incluso en la muerte.

La nobleza asistió en masa. Había un mar de plumas negras y joyas brillantes, como un grupo de aves de lo más extravagante. Todos mostraban sus respetos, pero no se podía negar que había un aire de expectación. ¿Qué nos deparará el futuro? ¿Qué será de Inglaterra sin nuestra querida Victoria para guiarnos?

Ahí estaba yo, envuelta en mis vestiduras de luto, que, debo admitir, no me quedaban tan bien como a la princesa Beatriz y a su hija, contemplando la procesión con respeto, melancolía e ilusión por la nueva etapa que no terminaba de llegar. Una parte de mí lamentaba profundamente la pérdida de una figura tan monumental. Otra, sin embargo, no podía evitar preguntarse qué nuevos horizontes podríamos explorar ahora. ¿Sería este el momento en que a las mujeres, por fin, se nos permitiría tomar las riendas de nuestro propio destino? Oh, pero, claro, primero teníamos que asegurarnos de que todos nuestros vestidos de luto estuvieran adecuadamente ajustados y nuestras perlas bien pulidas. Prioridades, después de todo.

Ignoro si fue el espíritu de la difunta reina Victoria, la intervención de la princesa Beatriz o el sino de los tiempos, pero lo cierto es que, poco después del funeral, recibí noticia de que el Departamento de Antigüedades egipcio había tenido a bien otorgarme la concesión para excavar en Qubbet el-Hawa. ¡Qué triunfo! Pero, por supuesto, no iba a ser una simple excursión de domingo. No, esta expedición incluía a mi esposo William, nuestros cuatro hijos —Billy, Tom, Francis y Henry, cuyas edades oscilaban entre el entusiasmo desenfrenado y la apatía adolescente—, que se mostraron felices de

abandonar Eton por una temporada, una institutriz y un tutor privado para los niños así como varios criados, porque, claro, una familia como la nuestra no podía aventurarse sin más en el desierto sin una apropiada escolta de té y flema británica. Solo nos faltaba llevarnos el mal tiempo.

Recuerdo el horror de mamá, que vino a casa para ayudarnos con el equipaje, cuando vio la ropa que pensaba llevarme.

—¿Eso es todo?

—Mamá, no esperarás que me ponga a excavar con un vestido de encaje.

—Tampoco pensarás ponerte unos pantalones.

—Tienes razón. Mira, me llevaré este vestido de tarde, ¿has visto qué maravilla de puntilla y satén? Sí, esto es exactamente lo que una necesita para cavar en el desierto egipcio. ¡Nada más adecuado que un vestido que requiere tres criadas para ayudarte a ponértelo!

—Ay, si la pobre Amelia levantara la cabeza… Ella siempre iba impecablemente vestida para cualquier ocasión.

—Estamos en el siglo XX, mamá. Los tiempos cambian.

—Para nuestra desgracia.

El viaje desde Inglaterra comenzó con el alboroto que puede esperarse de una familia caótica como la nuestra. ¿Dónde está el osito de Tom? ¿Alguien ha visto el libro de jeroglíficos de Francis? Francis, por cierto, es el único que ha heredado algo de la pasión egipcia de su madre, aunque poco. El padre, por supuesto, fue el peor: hubo que empaquetar su colección completa de pipas, además de varios tipos de cera, peines y cepillos para su bigote. Al fin, tras infinitas peleas domésticas, nos embarcamos en un vapor desde Southampton hacia Port Said, una travesía que prometía una buena dosis de vómitos y mareos. Desde Port Said hicimos el trayecto habitual en tren hasta El Cairo, donde el querido Howard, investido de su nueva autoridad como inspector del Departamento de Antigüedades, vino a recibirnos.

Lo vi cambiado. Más maduro, más seguro de sí mismo. Según nos explicó, estaba inmerso en una especie de labor detectivesca, siguiendo el rastro de los antiguos ladrones de tumbas que habían saqueado el Valle de los Reyes.

—¡Parece que no queda ni una sola tumba sin saquear! —protestó—. Durante las dinastías XVIII y XIX, los faraones eran lo bastante poderosos como para mantener a salvo la necrópolis real, pero a partir de la XX, los bandidos campaban a sus anchas por el valle y se lo llevaron todo, ¡hasta perturbaron las momias! Hace unos años se encontró un escondrijo en Deir el-Bahari, cerca del templo de Hatshepsut, que contenía una enorme cantidad de momias reales, que

habían sido llevadas allí por los sacerdotes para mantenerlas a salvo. Lástima que aquel proyecto fuese un absoluto desastre.

—Tengo entendido que aparecieron los tres Tutmosis, el padre, el hermano y el hijastro de Hapshetsut, ¿no es así? —pregunté—. ¿No es extraño que la propia reina no estuviera entre ellas?

—Lo es, en efecto. Quizá lograra salvarse y repose aún en su propia tumba, si es que algún día la descubrimos.

—¡Prométeme que la buscarás!

—Se lo juro por mi honor como británico, *milady*. Encontraremos los restos de la reina Hatshepsut.

Con una dosis de paciencia que solo un auténtico arqueólogo puede tener, Howard nos ayudó con los preparativos para la excavación. Nos llevó al Khan el-Khalili, ese laberinto caótico en el corazón de la ciudad donde puedes comprar o vender cualquier cosa —y me refiero a *cualquier* cosa—. Creo que la mayor parte de los comerciantes hubieran estado dispuestos a vender a su propia madre por un precio adecuado. Yo, desde luego, les habría vendido a la mía con muchísimo gusto.

El mercado en sí mismo era un asalto a los sentidos. Un torbellino de olores, desde especias exóticas hasta el inconfundible aroma de los camellos, llenaba el aire.

—El-Khalili nunca decepciona —comenté con una sonrisa, mientras me abría paso entre los puestos, seguida de cerca por un imperturbable Howard.

Nos detuvimos ante un puesto de herramientas, donde mi amigo comenzó a regatear con el mercader como si aquello fuera el deporte nacional y él un virtuoso de su práctica. Observé fascinada cómo el precio de las cuerdas y las lámparas subía y bajaba como las acciones en la Bolsa de Londres.

—Supongo que esto es lo que llaman economía de mercado —murmuró William, que a veces tiene sus momentos de chispa, mientras una anciana pasaba a nuestro lado susurrando maldiciones en árabe.

Tardamos una eternidad, o al menos eso me pareció, pero, según Howard, conseguimos todo lo que necesitábamos para empezar: cuerdas, lámparas, cera para preservar los preciosos fragmentos de cerámica, y varias herramientas que Carter aseguraba eran esenciales. Al fin, no sin cierto alivio, mandamos embalar todo en cajas para enviarlo a Asuán.

Howard tuvo la amabilidad de acompañarnos hasta nuestro destino para ayudarnos a poner las cosas en marcha. El viaje en tren fue una experiencia muy diferente de los trayectos en *dahabiyah* que

tanto habíamos disfrutado en anteriores ocasiones. Por mucho que aquello fuera primera clase, parecía casi un tren de mercancías. Algunos pasajeros en segunda y en tercera clase llevaban consigo cabras, gallinas y sabe Dios qué otros animales, aparte de fragantes cestas de pescado seco cuyo aroma se infiltraba en nuestro compartimento, a pesar de los esfuerzos de los ujieres. Mis hijos miraban por las ventanas, maravillados por el paisaje cambiante, mientras William y yo intentábamos mantener cierta compostura entre el caos.

—Chicos, recordad que somos Cecil, no turistas ordinarios —les decía mi marido, mientras secretamente disfrutaba de su entusiasmo —. Un poco de seriedad.

—Yo soy sir Gerald Graham, al mando de la expedición Suaki —proclamó Billy—. ¡Nadie puede detenerme! ¡Y tú estás a mis órdenes, papá!

—Yo soy lord Cromer y todos debéis obedecerme —sentenció Francis—. Se hará lo que yo diga.

—Pues estamos arreglados —suspiré, pensando en los años de adolescencia masculina que se me venían encima.

¿Por qué no me habría dado por criar mastines?

Al llegar a Asuán hubimos de enfrentarnos a una serie de retos de gran envergadura. El primero de ellos fue encontrar un lugar donde vivir. Aunque acababan de inaugurar el hotel Old Cataract, sin duda a la altura del Shepheard's de El Cairo, quería que los chicos contaran con un auténtico hogar, sobre todo si, como esperaba, la aventura se prolongaba durante varios años. Nos decantamos por una vivienda tradicional que nos mostraron en Qubbet el-Hawa, al borde del desierto: *bet al-riyah,* la «casa de los vientos», un nombre que William y yo elegimos en un arranque de cursilería muy impropio de mí. La casa era una estructura de adobe, con muros tan anchos que uno podría pensar que estaban preparados para un asedio. Las ventanas eran pequeñas, supongo que para evitar que el sol del desierto se colara y convirtiera el interior en uno de esos hornos que utilizan los napolitanos para cocinar esos trozos de pan con tomate a los que llaman *pizzas*. El patio central era amplio, un respiro necesario si no queríamos morir de claustrofobia. Perfecto para los chicos, que podrían corretear a sus anchas mientras jugaban a ser pequeños faraones. A eso, o al rugby, que era otra de sus aficiones favoritas.

La vivienda, tal y como la encontramos, estaba lejos de ser adecuada para una familia como la nuestra, con cuatro hijos, criados, perros y varios títulos nobiliarios. Por lo tanto, nos pusimos manos a la obra, o más bien, contratamos manos para la obra.

—Necesitamos algo de civilización británica en este rincón del desierto —declaré, mientras supervisaba las reformas.

Se añadieron habitaciones adicionales, porque, por supuesto, cada niño necesitaba su propio espacio para guardar sus hallazgos de piedras y arena. Reformamos la cocina, ya que mi talento culinario no se extiende más allá de ordenar a los criados qué cocinar. Y, por supuesto, un área de estudio para William y para mí, porque incluso en el desierto, uno no puede escapar de la responsabilidad de ser erudito.

El segundo reto consistió en contratar a los trabajadores. Fue una auténtica suerte contar con Howard, no solo porque él era todo un experto, sino porque los locales no hubieran aceptado así como así trabajar para una mujer, y el pobre William es tan escrupulosamente honrado que nos hubiera arruinado en salarios. Conseguimos una cuadrilla más que razonable, cuya primera misión consistió en recoger las cajas con las herramientas y trasladarlas a Qubbet el-Hawa.

Siguiendo los sabios consejos de la Rational Dress Society, decidí adoptar un atuendo más práctico para mi aventura en el desierto. Adiós a los corsés que necesitan la fuerza de un equipo de caballos para apretarlos y las faldas que parecen requerir su propio código postal. En su lugar, elegí una falda dividida, ¡qué escándalo!, que me permitía moverme sin temor a causar una avalancha de encajes. Mi blusa era sencilla, de algodón, sin los adornos que normalmente gritan «soy una dama de la alta sociedad». Añadí un sombrero práctico, nada de plumas ni nidos de aves en decadencia, sino uno que realmente ofrecía algo de sombra.

Lista para enfrentarme al desierto, en un atuendo que me permitía respirar y hasta moverme un poco, afronté la siguiente tarea: supervisar el montaje del campamento. He de decir que hay pocos momentos en mi vida comparables con la experiencia de erigir una morada temporal en el desierto egipcio. «Más a la izquierda con esa tienda, por favor. No, la otra izquierda». Mientras yo lidiaba con los trabajadores, mis hijos corrían alrededor, más interesados en los escarabajos del desierto que en la logística del campamento.

Al fin llegó el gran momento. Comenzamos a excavar. Yo, *lady* May Cecil, futura baronesa Amherst, pala en mano, me dispuse a desenterrar los secretos del antiguo Egipto.

—Todo está listo, *milady* —me dijo Howard, con una amplia sonrisa poco habitual en él, que suele ser bastante inexpresivo.

—¿Quién sabe qué nos encontraremos? —pregunté yo a mi vez, aunque no estaba segura de si me refería a artefactos antiguos o a la simple supervivencia de mi familia en el desierto.

—Cosas maravillosas, sin duda. Estoy orgulloso de usted, *milady*.

Howard partió hacia Luxor al día siguiente. Un egiptólogo americano, James Breadsted, acababa de traducir un papiro con la confesión de un antiguo ladrón que había llegado a excavar un túnel para acceder a la cámara funeraria de una tumba real, y quería encontrarse con él para analizar el caso en detalle y determinar si esa sepultura en concreto había sido descubierta o no. De modo que nos despedimos y yo me quedé sola al mando de mi excavación. Y digo bien, sola, porque William optó por mantenerse lo más al margen posible de la tarea arqueológica y centró sus esfuerzos en tratar de crear un respetable hogar británico en medio del desierto, donde los niños tuvieran al menos una ilusión de orden y disciplina. Todo un reto. Billy, el mayor, ya tenía claro que quería ser militar como su padre. A Tom le interesaban los negocios. Francis, además de su gusto por los jeroglíficos, era un negociador nato y seguía con su idea de ser diplomático: cuando se proponía algo, era capaz de convencer al mismísimo diablo si era necesario con tal de conseguirlo. Y Henry, que en aquel momento quería dedicarse al rugby de manera profesional. Debería haberlo hecho, quizá nos hubiera salvado de la ruina.

Recuerdo bien mi primer día en solitario, armada con una pala —mi segunda arma más peligrosa, después de mi lengua— y una determinación digna de una heroína de novela. Mi misión: descubrir qué secretos escondía la necrópolis que yo misma había descubierto y que, por fin, se me había permitido excavar. No solo estaba desafiando las arenas del tiempo, sino también las expectativas de la sociedad… y a mi cuadrilla de beduinos, hombres del desierto cuyos semblantes reflejaban una mezcla de resistencia y curiosidad hacia su inusual jefa.

—Señores —comencé—, la historia nos llama desde las profundidades de estas tumbas. ¿Quiénes somos nosotros para ignorar tal invitación?

El líder de la cuadrilla, el *rais* Alí, un hombre de tez oscura y polvorienta que parecía formar parte del propio desierto tanto como las dunas mismas, me miró con escepticismo.

—*Sayyida* May, el desierto escucha a quienes conocen sus secretos. No es lugar para… cómo decirlo… caprichos de damas extranjeras.

Oh, pero yo no me amedrenté.

—Querido *rais*, en esta arena no buscamos agua, sino respuestas a enigmas milenarios. Y en ese terreno, me temo, yo soy la experta.

Un joven de ojos brillantes y sonrisa traviesa intervino.

—Pero, *sayyida*, ¿y si al excavar despertamos antiguas maldiciones?

Su tono era juguetón, pero sus ojos reflejaban la superstición del desierto.

—Querido amigo, si los antiguos se despiertan con nuestra llegada, les ofreceré té y les explicaré que una dama británica no puede resistirse a un buen misterio. Le aseguro que ya me he enfrentado a varias momias, vivas y muertas, y siempre he salido victoriosa.

A esta réplica, la tensión se disipó en risas y miradas cómplices. El *rais* Alí, con un asentimiento casi imperceptible, accedió.

—Está bien, *sayyida* May, excavaremos. Pero si aparece algún faraón iracundo, será usted quien trate con él.

Así conseguí que se pusieran a trabajar.

Nos afanamos en la primera tumba, la misma que yo había comenzado a desenterrar con mis propias manos años atrás. Mi corazón latía con la promesa de tesoros inimaginables. Tras horas de trabajo, realizamos un descubrimiento trascendental donde los haya: un nido de golondrina en la pared trasera. Las aves del antiguo Egipto claramente tenían un gusto exquisito para elegir residencia. La noticia del hallazgo llegó hasta mis hijos, que dejaron plantado al tutor y acudieron en tropel para correr alrededor de las ruinas riendo y dando palmas. Poco después llegó William, que contempló mi hazaña con escepticismo y se limitó a alzar una ceja antes de regresar al interior.

Yo daba cumplida cuenta de mis avances al querido Howard por medio de cartas diarias, que firmaba invariablemente como «*Lady* May, arqueóloga y aventurera extraordinaria».

Días después hicimos un descubrimiento definitivamente más relevante: nueve momias humanas, incluyendo un pobre bebé, tan ordenadamente dispuestas que casi parecían una familia en una excursión dominical. En otra tumba, fui recibida por un pájaro momificado. ¡Otro pájaro! En mi ingenuidad, había esperado joyas, inscripciones misteriosas, tal vez una maldición o dos. Pero no, el universo, en su infinito humor, decidió que la momia de un ave sería un premio más adecuado para una dama de mi estatura.

Mientras yo vivía mi aventura particular, desenterrando sarcófagos vacíos, estelas sin inscripciones y momias en diversos estados de descomposición, Howard hacía un trabajo mucho más importante que el mío. Un multimillonario americano llamado Theodore Davis había recibido la concesión para excavar el Valle de los Reyes. Voy a obviar los comentarios ácidos al respecto. El señor Davis, abogado y hombre de negocios, contaba exactamente con un nivel cero de experiencia en Egipto. Sus únicas credenciales eran varios millones de dólares y un miembro viril, pero le habían valido

para lograr el permiso para excavar en el lugar más interesante de todo el país, donde permanecían ocultas las tumbas de los faraones más poderosos de todos los tiempos. Yo, en cambio, con décadas de experiencia en Egipto y un conocimiento teórico que seguramente supere al de la mayoría de las enciclopedias y, por qué obviarlo, con unas cuantas libras esterlinas dispuestas a ser invertidas en la causa, era enviada a un cementerio de aves. Supongo que la única diferencia radica entre las piernas.

Cada vez entiendo mejor a la reina Hatshepsut. Si pudiera volver atrás, me vestiría de muchacho nada más cumplir los catorce años y me comería el mundo.

Se acercaba el final de la temporada y el calor comenzaba a apretar en las arenas del desierto de Asuán. Los niños habían pasado ya varias rondas de disentería, habíamos sido víctimas de alacranes y otros insectos del desierto, amén de las consabidas insolaciones, quemaduras y algún parásito intestinal, cuando recibí una nota de Howard invitándonos a mi familia y a mí a hacer una visita a Luxor antes de emigrar, como mis queridos pájaros, hacia climas menos extremos.

Acepté.

Obviaré la parte turística, que ya he descrito otras veces y de la que, como es natural, en esta ocasión nos fue imposible escapar. Nos hospedamos en el Winter Palace que, para qué negarlo, fue una bendición tras varios meses en *bet al-riyah*. Baste decir que los niños oscilaron entre distintos grados de entusiasmo ante la vista de las maravillas del templo de Karnak, el templo de Hatshepsut o el Valle de los Reyes. Fue ahí donde Howard les mostró el último descubrimiento que él y su nuevo patrón —en realidad, es un término inadecuado, porque Howard era el inspector del Departamento de Antigüedades y, técnicamente, el jefe—, *mister* Davis, habían realizado: la flamante tumba de Tutmosis IV. Por descontado, había sido pasto de los ladrones siglos atrás.

—El aspecto del hipogeo se acerca más al escenario de la Revolución francesa que a la última morada de un ilustre faraón —se quejó Howard.

El sarcófago estaba vacío, como cabía esperar, pero encontraron los magníficos restos de un carro de guerra y el guantelete del rey. Casi, casi a la altura de mi pájaro momificado. No obstante, dicen que el diablo está en los detalles y puede que la providencia también. En una pequeña salsera de alabastro que se hallaba en los cimientos de la tumba apareció el cartucho real de Hatshepsut.

—¿Y eso que significa? —pregunté.

—Nos acercamos a la reina, *milady*. *Mister* Davis está entusiasmado. Dice que es «una de sus favoritas», signifique eso lo que signifique.

—¿Crees que la tumba de Hatshepsut puede estar cerca?

—Así es, *milady*. Muy cerca.

Pocos días después, volvimos a Inglaterra. Pasamos el verano entre Didlington, Burghley House, la villa del sur de Francia y un crucero familiar por el Mediterráneo. Confieso que los niños estaban notablemente asilvestrados tras varios meses entre beduinos, pero nada que una buena dosis de mal tiempo, flema británica y su infernal abuela paterna no pudieran corregir. A finales de septiembre, regresamos a Egipto para la segunda temporada de mi aventura particular.

Volver a ponerlo todo en marcha fue ligeramente más fácil que la primera vez. *Bet al-riyah*, nuestra «casa de los vientos», ya estaba en pie, los beduinos estaban acostumbrados a obedecerme y yo sabía más o menos en qué consistía el trabajo. Mis objetivos, esta vez, eran algo más realistas: además de un par de pájaros antiguos, esperaba rescatar la momia de al menos dos gatos y un cocodrilo que poder llevarle a Fardie para agrandar su colección.

Parecía que todo estaba más o menos bajo control cuando llegó una nota de Buckingham Palace: la princesa Beatriz y su hija, Victoria Eugenia, anunciaban su inminente llegada para pasar con nosotros las fiestas navideñas. ¡La realeza británica mezclándose con la arena y los misterios del antiguo Egipto! Mi primera reacción fue de absoluto espanto, pues no estaba ni de lejos preparada para acoger a dos altezas serenísimas con su, sin duda, numeroso cortejo, en nuestra casa. Por suerte, tras la carta de la princesa llegó un telegrama de los servicios de protocolo con instrucciones adicionales: durante su estancia en Asuán, la comitiva real se alojaría en el Old Cataract. Habría paradas también en El Cairo —hotel Shepheard's— y en Luxor —el inevitable Winter Palace—. Los desplazamientos se harían a bordo de la *dahabiyah* particular del jedive Abbas Hilmi II, que la había puesto a disposición de la princesa durante su estancia.

Un poco más tranquila, me preparé para guardar temporalmente la pala, sacudirme la arena de los zapatos y prepararme para ejercer de anfitriona real.

Con un vestido que apenas toleraba el calor de El Cairo y un sombrero que luchaba valientemente contra las pirámides en altura y sofisticación, fui a recibirlas acompañada del pobre William y de mis cuatro retoños. La princesa Beatriz, siempre un icono de la elegancia, parecía tan fuera de lugar en la estación de tren como una joya en un

montón de guijarros. Pero su entusiasmo era evidente, igual que el de su hija Victoria Eugenia, cuyos ojos resplandecían de emoción. Mis dos mayores, Billy y Tom, se quedaron absolutamente extasiados con ella. La muchacha, desde luego, era una preciosidad, rubísima y de facciones delicadas, con la mirada perdida y misteriosa que se espera de una princesa de cuento. Se la quedaron mirando con la boca abierta y tuve que ir personalmente a darles una discreta patada en la espinilla para que empezaran a comportarse como pequeños caballeros.

Huelga decir que no estábamos solos: lord Cromer y su esposa también habían ido a recibir a nuestra realeza, así como una pequeña selección del quién es quién británico en El Cairo. Hubo fiestas y recepciones, tanto por parte del cónsul como del propio jedive, antes de que nos embarcáramos en la *dahabiyah* real, listos para una nueva aventura que prometía estar a la altura de *Las mil y una noches*, y es que ese barco era digno de un auténtico sátrapa oriental. Sedas, cojines, maderas nobles, molduras de oro e incrustaciones de joyas… No creo que ni la mismísima Hatshepsut surcara el Nilo entre semejantes lujos. Así las cosas, la travesía hasta Luxor fue una maravillosa experiencia, mezcla de charlas a la luz de la luna y paisajes deslumbrantes. Ena, que es como llaman en familia a Victoria Eugenia, demostró tener una mano fantástica para los niños y enseguida hizo buenas migas con mis dos hijos pequeños, Francis y Henry, mientras los dos mayores observaban desde lejos con envidia, sin atreverse a acercarse.

De la princesa Beatriz, qué decir: una fuerza de la naturaleza igual que su madre, aunque tan humilde y modesta como una maestra de pueblo. Por las noches, mientras surcábamos las aguas del Nilo, con frecuencia nos quedábamos las dos a solas degustando una copa de jerez e intercambiando confidencias.

—Mi marido Henry fue el amor de mi vida —me confesó—. Me enamoré locamente de él el mismo día que lo conocí. Me costó un año, ¡un año!, convencer a mamá de que me dejara casarme con él. ¿A ti te pasó algo parecido?

—Al contrario. —A esas alturas, Beatriz ya había insistido en que dejara de lado el *alteza* y nos hablábamos como dos amigas—. Cuando nos conocimos, lo odié de inmediato. Mi padre y el suyo habían tramado nuestro matrimonio a nuestras espaldas y, como es lógico, yo me rebelé. A William le costó Dios y ayuda conquistarme.

—Admiro tu fortaleza, May. Yo nunca he sido así. Mamá insistió en que Henry y yo nos quedáramos a vivir con ella después de casarnos y nunca, nunca he salido de debajo de su ala. Después murió

Henry, en Ghana. Yo me quedé devastada, pero fue mamá de nuevo quien me sostuvo. Y ahora que no está ella, realmente vivo para mis hijos. Me encantaría tener un *hobby* como el tuyo, que me apasionara, que me hiciera sentir viva.

Confieso que el hecho de llamar *hobby* a mi pasión por el antiguo Egipto me resultó un poco ofensivo, aunque entendí lo que quería decir.

—Bueno, en mis excavaciones serás siempre bienvenida. Total, hay momias de pájaros para todas.

Cuando llegamos a Luxor, le pedí al querido Howard que nos hiciera de cicerone. Algunos británicos que llevan mucho tiempo residiendo en Egipto hablan de un fenómeno conocido como la «fatiga faraónica», que sucede cuando uno se empacha de templos, tumbas y pirámides. Por fortuna, soy inmune a esta afección y puedo ver la misma ruina cada día de mi vida sin experimentar una pizca de aburrimiento. Mis hijos son algo más susceptibles, y confieso que alzaron alguna protesta cuando les tocó ver de nuevo el templo de Karnak, Deir el-Bahari o el siempre maravilloso Valle de los Reyes. Caminando entre las tumbas, me sentí como una guía turística un poco inusual. «A la derecha, querida princesa, es donde los faraones del antiguo Egipto soñaban con la eternidad. Y allá, tras esa magnífica vista del Nilo, es donde probablemente tomaban el té de la tarde».

Fue allí donde Howard me susurró una interesante confidencia.

—He realizado importantes avances en nuestra búsqueda particular, *milady*.

—¿Hatshepsut?

—Creo haber localizado su tumba. El yacimiento se conoce desde la expedición napoleónica, pero no se sabe quién está enterrado dentro y nadie ha excavado seriamente. *Mister* Davis y yo tenemos motivos para pensar que se trata del lugar de reposo de nuestra gran reina.

—¡Por favor, mantenme informada! Y no se te ocurra entrar en la cámara funeraria ni abrir el ataúd sin mí, ¿eh?

—Descuide, *milady*.

En Asuán fuimos recibidos por la dura austeridad del desierto. Nos instalamos todos en el Old Cataract y, no sin cierto orgullo, conduje a mis invitadas a nuestro lugar de excavación en Qubbet el-Hawa. Por aquel entonces, habíamos desenterrado ya diez tumbas y, aparte de la familia de nueve miembros con el pobre bebé incluido, los descubrimientos más notorios seguían siendo aves silvestres en distintos estados de momificación.

—Algunos de los ejemplares que hemos descubierto son ibis. Se

trataba de pájaros mágicos, dedicados al dios Thot, y sus cuerpos eran momificados y preservados en tumbas. También hemos encontrado halcones, que eran sagrados para el dios Horus y recibían un tratamiento similar…

—Querida May, ¡eres toda una experta en pájaros! Deberías escribir un libro sobre ornitología —sugirió la princesa Beatriz.

—*Notas y melodías de las aves del Nilo* —repuse, soñadora—. No es mala idea.

—Mamá tiene la cabeza llena de pájaros —apuntó Billy, para deleite de sus hermanos, que rompieron en carcajadas.

—Desde la primera vez que vine a Egipto, hace muchos años, me he dedicado a pintar los pájaros que observo a orillas del Nilo —murmuré, recordando a la querida Clorinda, con quien había compartido esa afición—. No creo que un libro sobre la necrópolis de Qubbet el-Hawa le interese a nadie, así que quizá me decida por los pájaros. Dan muchos menos problemas que los hijos.

Beatriz, Ena y su cortejo se quedaron en Asuán con nosotros hasta que llegó la temporada navideña. A aquellas alturas de mi vida, estaba más que acostumbrada a pasar la Nochebuena y a recibir el año bajo el sol del desierto egipcio, pero para nuestras invitadas fue, sin duda, una experiencia única. El hotel, hay que decirlo, era una delicia. Con sus amplias terrazas y las magníficas vistas al Nilo, estaba decorado con una elegancia que casi hacía olvidar que estábamos en medio del desierto.

Cenamos en la suite real, un menú perfectamente digno de Balmoral o de cualquiera de los castillos de la difunta reina Victoria. La música del salón llegaba a nosotros a través de las paredes. Tras los postres y el brindis de rigor, Billy y Tom comenzaron a insistir con que querían bajar a la fiesta.

—¿Me concede este baile, princesa? —le preguntó Billy a Ena, ocultando la timidez tras una reverencia.

—Encantada, milord.

Los dos adolescentes se pusieron a bailar mientras los demás reíamos. Al fin, no pudimos resistir la tentación de bajar todos a tomar una copa en los salones del hotel y quizá ensayar algunos pasos. Los jóvenes fueron los primeros en lanzarse. Tom miraba celoso cómo su hermano mayor y Ena daban vueltas por la pista, de modo que me sentí obligada a sacarlo yo misma a bailar.

Parece que la alta sociedad internacional tiene la costumbre de refugiarse en Egipto en las épocas de más frío. Como me había ocurrido en tantas ocasiones, en aquella fiesta me encontré con un rostro familiar. Al principio me costó recordar de quién se trataba,

pero el caballero me vio desde lejos y se acercó a grandes pasos para besarme la mano.

—*Lady* May, es un placer volver a verla. ¿Me recuerda? Soy George Vanderbilt.

—¡Por supuesto! ¡Qué agradable coincidencia!

—Permítame que le presente a mi familia. —George nos condujo a través de las alfombras hasta una de las mesas, ante la cual estaba sentada una joven vestida de blanco con el moño más voluminoso que he tenido ocasión de observar en mi vida. Junto a ella, en otra butaca, había una niña de tres o cuatro años de cabello rubio y ojos grandes y asombrados—. Mi esposa Edith y mi hija, Cornelia.

Me encontraba saludando cuando William se acercó con los dos pequeños. Francis se quedó mirando a la niña, la tomó de la mano y le preguntó si le concedía un baile, al igual que había hecho su hermano mayor con Ena apenas unos minutos atrás.

—Hijo, es muy pequeña —intervino William.

—Será un placer —respondió Cornelia, con su vocecita infantil—. ¿Puedo, *daddy*?

—Por supuesto, cariño. Los Cecil son como de la familia.

Mi hijo ayudó a la pequeña a ponerse en pie encima de sus propios zapatos y, con cierta torpeza, la condujo hacia el centro de la pista, donde ambos comenzaron a dar vueltas sin auténtico sentido del ritmo, pero con una gracia innegable. Volvieron al cabo de unos minutos, riendo y jadeando.

—Mamá, te presento a mi futura esposa. Cornelia Vanderbilt.

¿He mencionado que cuando a Francis se le mete algo en la cabeza no hay quien se lo saque? Pues eso mismo.

18
Esfuerzo de guerra

Durante aquella primera estancia en Egipto, Liza consagró horas y horas a la preparación de su examen de ingreso en el Instituto Oriental. Cuando regresó a América, a mediados de verano de 1938, hizo tan solo una corta visita a Grenada para que sus padres comprobaran que estaba de una pieza, tocándola con sus propias manos como Santo Tomás a Jesucristo, antes de partir hacia Chicago provista de decenas de cuadernos de apuntes y la firme determinación de lograr su objetivo.

Charles y Myrtle fueron a recibirla a la estación de tren. Habían abandonado Luxor un poco antes que ella, ya que Charles tenía que empezar a trabajar a principios de septiembre. Encantadores como siempre, la acompañaron hasta la residencia de estudiantes en la zona de Hyde Park, cerca de la Universidad de Chicago, donde había alquilado temporalmente una habitación. Insistieron en ayudarla a instalarse y en llevarla a cenar. Quedaban solo dos días para el examen y Liza estaba deseando encerrarse a repasar, pero, aun así, aceptó.

La ciudad, con sus rascacielos y sus calles bulliciosas, suponía un vivo contraste con Misisipi y también con los tranquilos desiertos y los antiguos misterios de las tumbas que la habían acompañado durante los últimos meses. Fueron a un *diner* para comer una hamburguesa con patatas fritas y un helado. A las ocho de la tarde Liza ya estaba de vuelta en la residencia. Se sentó en la cama rodeada de libros y apuntes y pasó las siguientes cuarenta y ocho horas estudiando, alimentándose solo a base de café.

El día del examen, llegó temprano al instituto, sin desayunar porque tenía el estómago cerrado. El examen de ingreso se celebraba en la misma aula magna donde había sido el homenaje al profesor Breasted, de modo que supo llegar sin perderse. Myrtle la esperaba en la puerta.

—Suerte, querida. Aunque no la necesitas. Eres la mejor.

Tenía la boca seca a causa de los nervios, de modo que se limitó a contestar con un amago de sonrisa. Entró en el aula, enseñó el carné de conducir para demostrar que era ella y fue a tomar asiento en la parte alta de las gradas, donde le correspondía por orden alfabético. Los latidos de su corazón le impedían escuchar el murmullo de las conversaciones de sus compañeros, la inmensa mayoría de ellos,

hombres bastante más jóvenes que ella, que le dedicaban miradas de extrañeza.

La prueba duró dos horas. Consistía en una única pregunta, una disertación sobre la influencia extranjera de Egipto durante el Imperio Nuevo, un tema que Liza conocía bien. Escribió doce páginas con letra apretada, prácticamente sin tachones. Cuando les avisaron de que quedaban cinco minutos para terminar, le dolía la mano y se sentía física y mentalmente agotada, pero estaba satisfecha. No quería pecar de demasiado optimista, pero creía que su ensayo era difícilmente mejorable.

En cuanto les ordenaron dejar las plumas y bolígrafos, sus compañeros empezaron a hablar entre sí de cómo les había salido el examen, de cuánto habían escrito, de si les había dado tiempo o no… para derivar de inmediato hacia la forma en que iban a celebrar, a la espera de los resultados. Liza no quiso escuchar. Aunque en realidad sí estaba de ánimo para celebraciones, no tenía interés alguno en juntarse con un grupo de veinteañeros para beber cerveza hasta perder el sentido. De modo que recogió sus cosas y se dirigió a la salida, con la cabeza baja y una sonrisa contenida en los labios.

Myrtle la estaba esperando.

—¿Has estado aquí todo el tiempo?

—He ido a la cafetería un rato. ¿Qué tal te ha salido?

—Bien.

Salieron juntas del instituto y, sin que ninguna de las dos tuviera que proponerlo, caminaron hasta un bar a dos manzanas de distancia, entraron y pidieron unas cervezas. Algunos de los muchachos que se habían examinado con Liza estaban allí, pero no les hizo caso. Myrtle y ella comenzaron a hablar de Roosevelt, de la Gran Depresión y del New Deal y hasta de la situación en Europa, de los nazis y Mussolini y de la guerra en España.

Hubo un momento de silencio entre ellas, roto solo por el alboroto de los estudiantes en la calle. Luego, Myrtle cambió de tema, bajando su voz a un tono más íntimo.

—Liza, ¿alguna vez piensas en… en cómo sería la vida si las cosas fueran diferentes? Si pudiéramos ser verdaderamente libres.

—Creo que todos tenemos sueños así —respondió, haciendo una pausa para tomar un trago de cerveza—. Pero también sabemos cómo funcionan las cosas. No es tan simple como nos gustaría.

Myrtle asintió lentamente, su expresión era una mezcla de comprensión y de una tristeza no expresada.

—Tienes razón, por supuesto. Es solo que a veces, me pregunto…

Pero no continuó. Volvieron a hablar de generalidades, de la

situación en América y en el mundo, recordaron anécdotas de Egipto. Tomaron dos cervezas más cada una, después se despidieron y Liza volvió a la residencia. No había comido nada en todo el día y se sentía un poco mareada. Se tumbó en la cama y se quedó dormida.

Los resultados tardarían tres días en salir. Tres días durante los que Liza no fue capaz de pensar en nada más que en el examen. Salió a dar un paseo y conocer un poco más la ciudad. Quedó con Charles y con Myrtle, una vez para almorzar y otra para tomar un café. Pero su mente estaba solo en las notas. ¿Qué haría con su vida si no lo conseguía? ¿Volverlo a intentar? ¿Regresar a Misisipi? ¿Irse a Egipto?

Al tercer día fue al instituto. Myrtle insistió en acompañarla. Acababan de publicar las notas. Su nombre estaba en la lista: apta.

La habían aceptado.

Fue como si algo explotara en su interior, como si el mundo entero hubiera estado sumido en la sombra y, de pronto, se hubiera hecho la luz. Tomó a su amiga de la mano y la arrastró hasta un corredor desierto. Allí, sin pensarlo, la besó.

—Lo siento —dijo al instante—. No debería haber hecho eso.

—Está bien. Enhorabuena, querida.

Las clases empezaron a la semana siguiente. Comenzaba el otoño, las hojas pintaban el suelo con tonos de ocaso y el aire llevaba el aroma del nuevo curso. Llegaban noticias preocupantes desde Europa. Tras anexionarse Austria en el mes de marzo, ahora Hitler había dado el paso de invadir Checoslovaquia. Muchos hablaban de guerra, pero Liza tenía la cabeza en otra cosa. Por fin había logrado su sueño. Gracias a sus propios méritos, a su trabajo y a su esfuerzo, había accedido a aquel lugar de sabios y libros, a un oasis de conocimiento en medio de un mundo que se descomponía a toda velocidad. A un templo donde los secretos del pasado se desentrañaban no con palas y cepillos, sino con el filo de la mente y la paciencia del buen investigador.

Los de primer año habían sido convocados a una ceremonia de bienvenida en el aula magna. Se abrió paso por los pasillos atestados de estudiantes, pensando que aquellos jóvenes no eran ya meros desconocidos sin relación alguna con ella: eran sus compañeros. El aula estaba abarrotada. Liza tomó asiento en la primera fila, donde siempre le había gustado estar. Entre la multitud de estudiantes y académicos, una figura singular capturó su atención: una joven en silla de ruedas, con una presencia que desafiaba cualquier limitación física.

Liza se le quedó mirando durante unos instantes, antes de darse cuenta de que su interés podía ser malinterpretado. Su corazón

guardaba su propia lucha interna, una sensación de ser diferente, de no terminar de encajar, lo que le hizo sentir una afinidad instantánea con aquella joven. Se levantó de donde estaba y fue a tomar asiento a su lado, cerca del pasillo.

—Soy Liza, encantada. ¿Viniste el día del examen de ingreso?

—¡Hola! No, hice el examen el año pasado, pero luego enfermé y… bueno, tonterías, pero al final no he podido empezar el curso como Dios manda hasta ahora. Soy Helene, por cierto. Helene Kantor.

—¿También estás en el programa de historia antigua?

—Obviamente —respondió Helene, con un brillo de entusiasmo en los ojos—. Estoy particularmente interesada en las dinámicas culturales de Mesopotamia. Creo que es un tema que aún se conoce poco.

Liza asintió con entusiasmo.

—Suena fascinante. Lo mío es la egiptología. He estado unos meses en Egipto y, la verdad, tengo tantas preguntas que quisiera resolver… Por cierto, ¿te has dado cuenta de qué pocas mujeres han admitido este año?

—Supongo que somos afortunadas. Si lo podemos llamar así.

La conversación fluía sola. Repasaron las asignaturas en las que se habían matriculado, los idiomas antiguos que estudiarían y hasta las teorías que esperaban explorar. En medio de su charla, el decano subió al podio para dar su discurso de bienvenida, captando la atención de todos los presentes.

—¡Bienvenidos al Instituto Oriental! Este año promete estar repleto de grandes descubrimientos y aprendizaje. Estoy deseando averiguar lo que cada uno de ustedes aportará a nuestro prestigioso instituto.

Liza escuchó con una mezcla de nerviosismo y expectación. Cuando el decano declaró oficialmente abierto el curso académico, un murmullo de emoción se extendió por la multitud.

—Supongo que deberíamos empezar las clases —dijo Liza, con una sonrisa.

—Seguro. Nos vemos en historia —respondió Helene, devolviéndole la sonrisa para después alejarse, rodando en su silla de ruedas.

Además de historia, Liza y Helene compartían clase de hebreo. Durante los siguientes días fueron conociéndose cada vez más. A menudo comían juntas o tomaban un café entre clase y clase. Liza aprendió que su amiga padecía una forma de distrofia muscular, una enfermedad degenerativa que afecta progresivamente a la fuerza de los músculos de todo el cuerpo. Durante su infancia, Helene había sido

una niña curiosa y activa, pero, con el paso de los años, sus padres y ella misma comenzaron a notar que su fuerza y su capacidad para realizar actividades físicas disminuía. A medida que la enfermedad fue avanzando, sus músculos se debilitaron gradualmente, haciendo que las tareas cotidianas se volvieran más desafiantes.

—Nunca me rendí —le explicó una tarde, mientras ambas saboreaban un batido frente al instituto—. Mis padres siempre me apoyaron y me dieron todas las facilidades posibles para seguir estudiando. Con el tiempo, la progresión de la enfermedad me llevó a depender de este cacharro —Helene le dio unos golpes a su silla—, y el resto… el resto es historia. No historia antigua, de momento, pero todo llegará.

Liza seguía viendo con frecuencia a Charles y a Myrtle, aunque pudo observar que esta última estaba un poco celosa de su creciente amistad con Helene. Le daba igual. No quería meterse en más líos con Myrtle y, además, Helene era solo una amiga, nada más.

Fueron pasando los meses. Empezaba la primavera cuando los periódicos dieron la noticia de la muerte de Howard Carter. Aunque Liza solo lo había visto una vez en su vida, se sintió como si hubiera perdido a un tío o a un maestro muy cercano. Se descubrió a sí misma con los ojos húmedos, recordando los logros de aquel hombre extraordinario. Nunca había sido religiosa, pero ese día se dirigió a la capilla del instituto, rezó por el alma de Howard y le renovó la promesa que le había formulado en El Cairo: haría lo posible por encontrar la momia de Hatshepsut, por él y por su antigua amiga, *lady* Amherst.

Por lo demás, Liza se iba sintiendo cada vez más cómoda en su vida de estudiante de posgrado. Fue haciendo más amigos, algunos más jóvenes, dentro de su propia clase, y otros de su edad que pertenecían al círculo de Myrtle y Charles. Volvió a su casa el primer verano para pasar algo de tiempo con sus padres y sus hermanos. Vio también a Joel y a Tom, que regresaron unos días a Grenada a mediados de agosto. A ambos les iba asombrosamente bien. Joel seguía con su ristra de amantes, escribiendo para el *The New Yorker* y abriéndose paso poco a poco en la alta sociedad neoyorkina, con la que se codeaba cada vez con más frecuencia. Tom tenía un novio, un profesor de la universidad de Jackson algo mayor, y era muy feliz.

—¿Y tú qué? —le preguntó Joel—. ¿Hay alguien en tu vida, además de momias y faraones?

—Bueno, creo que puedo estar enamorada de alguien… —comenzó, con timidez.

—¡Pero bueno, eso sí que es novedad! ¡Cuenta, cuenta!

—En realidad, es un amor imposible. Ella… —se detuvo un instante, consciente de que era la primera vez que iba a hablar de esa faceta de su vida—… ella está casada con un buen amigo. Es demasiado complicado.

—Que algo sea complicado solo lo hace más interesante, querida. No lo olvides nunca.

En septiembre regresó a Chicago doblemente convencida de que su etapa vital en Misisipi había terminado. Empezaba el otoño de 1939, las hojas de los árboles comenzaban a dorarse y caer, y Liza sentía un cambio en el aire, un presagio de algo que se avecinaba más allá del nuevo curso. La guerra había estallado en Europa, un conflicto lejano pero, al mismo tiempo, omnipresente. Hitler había invadido Polonia, lo cual llevó a Gran Bretaña y Francia a declarar la guerra a Alemania. En Estados Unidos todo aquello era todavía un eco distante, pero, para Liza, cada titular era un recordatorio de que el mundo cambiaba de forma irrevocable. Aún inmersa en sus estudios, seguía las noticias con una creciente inquietud. Sus compañeros en el instituto también percibían la tensión del momento. La guerra era tema de debate en cafés y aulas y, aunque Washington se mantenía aislado por océanos y políticas de neutralidad, todos se preguntaban qué papel acabaría desempeñando su país en la tragedia que se avecinaba.

Por lo demás, el curso seguía adelante con la determinación de un buey que avanza hacia su objetivo. Se había matriculado en clase de jeroglíficos egipcios, retomando así la tarea que había iniciado en solitario durante sus años en la plantación. A través de su lengua, le parecía que cada vez entendía mejor a los personajes sobre los que tanto había leído. También tomó clases de filosofía hindú y religiones comparadas: era un tema que siempre le había interesado y en el que nunca había tenido ocasión de profundizar.

No podía sentirse más feliz.

No todo fue perfecto. Ser una de las pocas estudiantes mujeres del Instituto Oriental tenía sus retos, y es que no todos los profesores la tomaban en serio. Ese semestre, ella y Helene asistieron a una clase de egiptología impartida por el profesor William C. Hayes, un misógino machista de primera categoría. Uno de los primeros días, la clase se centró en la figura de Hatshepsut.

Mientras el profesor Hayes comenzaba su exposición, describiéndola como «una usurpadora ambiciosa», Liza se removió incómoda en el asiento.

—Profesor Hayes —dijo, levantando la mano—, ¿no es posible que la narrativa sobre Hatshepsut como usurpadora sea una

interpretación sesgada de su legado? Después de todo, su reinado trajo estabilidad y prosperidad a Egipto.

Hayes la miró como si uno de los muebles del aula se hubiera puesto de pronto a hablar.

—Es una perspectiva interesante, señorita Thomas —respondió el profesor, ajustándose las gafas—, pero debemos considerar las evidencias de su borrado sistemático en la historia egipcia, lo que sugiere un rechazo a su gobierno.

—Pero, profesor —intervino Helene, apoyando a su amiga—, ¿no podría ese borrado ser más una indicación de las luchas de poder posteriores a su muerte que un reflejo de su habilidad como gobernante?

El profesor Hayes decidió ignorar la pregunta y continuó su exposición sobre Hatshepsut con un tono que revelaba absoluta convicción de que ella fue una figura nefasta para la historia egipcia.

—Profesor Hayes —insistió Liza—, Hatshepsut estableció rutas comerciales y supervisó proyectos arquitectónicos impresionantes. ¿No son estos logros significativos?

—Son logros, sin duda —respondió con una sonrisa condescendiente—, pero no debemos olvidar el contexto de su ascenso al poder. Tomó un trono que no le correspondía. Eso la convierte en una usurpadora.

—Pero el contexto histórico de su reinado y cómo su imagen ha sido tratada a lo largo del tiempo también es crucial. No podemos ignorar el impacto de los prejuicios de género en la interpretación de su legado.

Hayes frunció el ceño, claramente molesto por la persistencia de Liza.

—Señorita, entiendo que como mujer puedan sentir cierta afinidad hacia Hatshepsut, pero en la academia debemos guiarnos por hechos, no por emociones.

Liza recorrió el aula con la mirada y se preparó para replicar.

—Con todo respeto, profesor, mi perspectiva no está nublada por ser una mujer. Estoy argumentando, basándome en hechos históricos y en una interpretación equilibrada de su reinado.

La clase observaba, algunos asintiendo en silencio. Hayes, sin embargo, mantuvo su postura, cerrado a considerar una visión alternativa de Hatshepsut. Al fin sonó la campana. Liza salió del aula junto a Helene, decepcionada por la rigidez de Hayes, pero al mismo tiempo orgullosa de haberse mantenido firme.

No fue ni mucho menos la última discusión que tuvo con el profesor, que tuvo el descaro de suspenderla en el examen final. Liza

decidió pelear. Con ayuda de Charles, que tenía mucha influencia en el departamento de egiptología, llegó hasta el decano, que aceptó someterla a un examen oral de evaluación con tres de los catedráticos del instituto. El resultado fue que Liza acabó con la máxima nota en la asignatura y el profesor Hayes pidió discretamente el traslado a otra universidad.

Ese verano, Liza no regresó a Misisipi. En cambio, decidió visitar a Blanche en Nueva York. Se alojó en casa de su antigua profesora, le contó sus aventuras en Egipto y cómo iban las cosas en el Instituto Oriental. También vio varias veces a Joel, incluso cenaron los tres juntos en una ocasión, y Blanche quedó encantada con su amigo.

Una noche, Joel la llevó a un evento de gala en el Met, una celebración anual que reunía a la flor y nata de la sociedad neoyorquina. Liza se puso un vestido negro que había comprado para la ocasión, pero se sentía como un camello fuera del desierto entre las lentejuelas, las joyas y la alta costura. Mientras subían las escaleras de entrada al museo, no podía dejar de sorprenderse ante lo glamuroso de su entorno. No solo los invitados; las columnas majestuosas se elevaban hacia un techo pintado al fresco y la luz de los candelabros de cristal iluminaba la estancia con un resplandor dorado.

Joel parecía en su elemento entre escritores, artistas y *socialités*. Se movía con total desenvoltura y la guiaba con una sonrisa tranquilizadora.

—Es solo una noche, Liza. Disfrútala —le susurró.

En uno de los salones del museo, Liza se encontró rodeada de conversaciones sobre arte, moda y los últimos estrenos de Broadway. Aunque intentaba seguir las charlas, se sentía abrumada por la superficialidad de algunas de ellas y la forma en que parecían alejarse de las realidades más duras del mundo, como la guerra. En un momento dado, se encontró a sí misma junto a una ventana, contemplando la ciudad iluminada. Joel se acercó a ella, ofreciéndole una copa de champán.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

Liza sonrió levemente.

—En otro mundo. Es hermoso, pero no es el mío.

—Es un mundo diferente, es verdad. Pero recuerda que lugares como este también son parte de la historia de la humanidad, tan válidos como cualquier tumba etrusca.

—Los etruscos no son mi especialidad, Joel. A mí déjame con mis egipcios.

Mientras la noche avanzaba, Liza comenzó a apreciar la experiencia desde una perspectiva diferente. Se permitió disfrutar de

la música, el baile y, por qué no, también las conversaciones, viéndolas como parte de la rica tapicería de la experiencia humana, casi como un proyecto antropológico. Cuando la gala llegó a su fin, Liza se despidió de Joel con un abrazo, agradecida por la oportunidad de ver un lado diferente del mundo, uno tan fascinante y complejo como los antiguos misterios que tanto amaba.

En esta ocasión, regresó a Chicago con una mezcla de sentimientos. Allí estaba su vida, de eso no había duda. Pero Nueva York… Nueva York la llamaba poderosamente.

Ese año, el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago celebraba su trigésimo aniversario. En octubre hubo una gran fiesta que a Liza casi, casi le recordó a la gala del Met. Los pasillos del instituto, normalmente llenos del murmullo de estudiantes y profesores inmersos en sus estudios, resonaban ahora con los preparativos para un acontecimiento especial. John D. Rockefeller Jr., el famoso patrón del instituto, había anunciado su visita para conmemorar la ocasión.

John Rockefeller *junior*. Liza sabía perfectamente quién era, el hijo del John Rockefeller al que iba dirigida la carta de Amelia. Pero, más importante aún, era familiar directo —tío, o algo así— de James Stillman Rockefeller, el que había logrado que la expulsaran de Hollins.

Liza, ya en su último año y conocida por ser una de las alumnas más brillantes, estaba entre los estudiantes seleccionados para ser presentados a Rockefeller durante su visita, al igual que Helene. Mientras ambas terminaban de ajustarse la toga académica, Helene no paraba de repetir las historias que había escuchado sobre el magnate.

—Su generosidad ha permitido que el instituto sea un centro líder en el mundo. No te imaginas la oportunidad que supone conocerlo.

—Yo no estoy tan entusiasmada —replicó Liza.

—Chica, tenemos que ser pragmáticas. Si el día de mañana quieres hacer una investigación, él te la puede financiar.

—Creo que preferiría morirme de hambre antes que aceptar dinero de un Rockefeller.

Helene no le preguntó más, pero enarcó una ceja de forma significativa. Después, echó a rodar hacia el gran salón del instituto. Liza la siguió, sintiéndose extrañamente nerviosa, asustada, como si algo malo fuese a ocurrir.

La enorme sala estaba decorada con elegancia, con tapices que representaban escenas de antiguas civilizaciones y estatuas que parecían observar a los presentes con una dignidad milenaria. Los invitados, académicos, estudiantes, periodistas y algún que otro

político, se amontonaban esperando la llegada de Rockefeller. Cuando finalmente hizo su aparición, Liza no pudo contener un suspiro de alivio.

—No se parece en nada a su sobrino —le susurró a Helene.

En efecto, debía de tener al menos veinte o treinta años más que James y tenía unas facciones más serenas, más armoniosas. Era indudable que no era tan guapo como él, pero aparentaba ser mucho mejor persona, lo cual tampoco era demasiado complicado.

El ambiente se llenó de una mezcla de respeto y nerviosismo. Rockefeller, con su porte distinguido y una calma que irradiaba autoridad, fue saludando uno a uno a los presentes, con una cordialidad poco corriente en gente de su nivel económico. Mientras avanzaba entre la multitud, su mirada se posó en Liza, quien, sin saber muy bien qué deseaba decirle, se acercó para presentarse.

—Señor Rockefeller, soy Elizabeth Thomas. Yo… conocí a su sobrino James hace años. Yo estudiaba en Hollins College.

—En Roanoke, ¿verdad? —preguntó Rockefeller—. Le presento mis disculpas en nombre de la familia, señorita Thomas. Me temo que mi sobrino era un pendenciero en aquellos tiempos. Me alegra decirle que se ha casado y ha sentado la cabeza. Espero que no la importunara demasiado.

—La verdad es que sí lo hizo —respondió, sin saber muy bien de dónde salían aquellas palabras y el arrojo para pronunciarlas—. Intentó violarme.

Ya estaba dicho. Las palabras que nunca había pronunciado, ni siquiera dentro de su mente, espetadas sin pensarlo a un perfecto desconocido. Rockefeller tardó unos instantes en responder. Al fin introdujo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y extrajo una tarjeta de visita.

—Este es mi teléfono directo. Llámame si necesita algo.

Liza tomó la tarjeta de manos de Rockefeller, que le dirigió una inclinación de cabeza y continuó su ronda se saludos. Helene, que lo había oído todo, tiró de ella para que se inclinara para escucharla.

—Nunca me habías contado eso —le susurró—. Es una mierda. ¿Estás bien?

—Sí. Estoy bien.

—Si alguna vez quieres hablar… ya sabes. Para lo que quieras.

—Lo sé.

Cuando terminó el acto, mientras los invitados se dispersaban y las luces del salón comenzaban a apagarse, Liza se quedó un momento en silencio, contemplando las sombras danzantes en las paredes. Sabía que, al igual que las civilizaciones que había estudiado, acababa de

dejar una huella en aquel representante de la familia Rockefeller. No sabía si utilizaría la tarjeta o no, pero la guardó pensando que era un tesoro tan valioso como cualquiera que pudiera descubrirse en el interior de un templo egipcio.

Aquel fue el último año de su posgrado. Tras el verano, empezó con los cursos de doctorado. Aún no tenía una idea clara para la tesis, sino que dudaba entre varias opciones, incluyendo a la reina Hatshepsut. No obstante, ni siquiera tuvo tiempo de empezar a plantearla. Un domingo por la mañana, Liza estaba inmersa en un libro sobre metodologías cualitativas de investigación cuando, de repente, el murmullo del televisor en el salón común captó su atención. Las imágenes que aparecían eran inquietantes: humo, llamas, barcos hundiéndose.

Los japoneses habían bombardeado Pearl Harbor y, de forma casi automática, Estados Unidos había entrado en guerra. Todos los varones en edad de prestar servicio habían sido llamados a alistarse.

Cuando llegó al instituto al día siguiente, la tensión podía palparse en el aire. Los estudiantes estaban alborotados, al igual que los profesores. El murmullo de conversaciones era más alto de lo habitual. Se respiraba el nerviosismo. Muchos compañeros hablaban de aparcar los estudios y alistarse en el ejército.

En el pasillo se encontró a Helene, que observaba con detenimiento el tablón de anuncios donde habitualmente se colgaban las notas, convocatorias y anuncios importantes. Había un cartel, hecho a mano, que anunciaba que un representante del Signal Intelligence Service del ejército iba a dar una charla a las nueve de la mañana para el reclutamiento de posibles criptógrafos.

Criptógrafos.

A Liza le gustaba la criptografía. En esencia, los jeroglíficos egipcios se habían descifrado gracias a la labor de criptógrafos como el propio Champollion, que se había enfrentado a un código desconocido y había logrado penetrarlo gracias a las claves contenidas en la piedra de Rosetta.

—¿Vamos? —preguntó Liza—. Tengo curiosidad por saber cómo se enfrenta el ejército a este asunto.

—¿Por qué no? —repuso su amiga.

Juntas corrigieron el rumbo para dirigirse al aula magna, que estaba abarrotada. Una mujer ocupaba el estrado. Una mujer atractiva, además. La melena ondulada le caía por encima de los hombros, tenía la nariz recta, los pómulos altos y los ojos grandes. Llevaba un vestido con amplio escote, decorado con espirales de un color rojo apasionado.

—Mi nombre es Ann Caracristi —comenzó, con voz profunda y segura—. Buscamos a mujeres con la mente despierta, expertas en lenguas antiguas, a ser posible procedentes de distintos troncos lingüísticos. Me han dicho que quizá aquí pueda encontrar a alguien.

Un murmullo de risas recorrió la sala.

—¡Lenguas, las que quiera! —gritó un chico, desde el fondo de la sala.

—Me quedaré con las antiguas, gracias. No es momento de bromas.

—¿Por qué solo mujeres? —preguntó otro—. ¿No queréis a un hombre de verdad?

—Estamos reclutando a las *code girls*, mujeres valientes que tengan habilidades para el criptoanálisis. A los hombres os han llamado a filas, machote, así que si tienes tantas ganas, hay un puesto de reclutamiento en la entrada. Yo estoy aquí por vosotras. —Ann recorrió el aula con la mirada y pareció detenerse durante varios segundos en Liza, tanto que pareció que sus siguientes palabras estaban especialmente dirigidas a ella—. Nuestro país está en guerra. Estamos luchando por nuestra libertad, por nuestra democracia. Entre estos cuatro muros, habéis adquirido unos conocimientos que pueden ser muy valiosos para vuestro país. Vuestras mentes pueden servir al esfuerzo de guerra contra los nazis… ¿quién de vosotras es una auténtica patriota?

Liza escuchaba, fascinada. Las palabras de Ann resonaban en ella. Sabía griego, latín, hebreo, jeroglíficos egipcios, francés y alemán. Nunca había pensado en aplicar esos conocimientos en un contexto como este.

—Helene, ¿te imaginas? Poder usar lo que hemos aprendido aquí para algo tan… real —susurró, emocionada.

Su amiga, sin embargo, parecía dudosa.

—Hay un mundo peligroso fuera de estos muros, Liza. No estoy segura de querer ser parte de eso.

Pero Liza se sentía atraída por la idea, inspirada por la posibilidad de contribuir al esfuerzo de guerra por defender su libertad. Y había algo en aquella mujer, una fuerza, una certeza, que la atraía aún más.

—Este es nuestro momento de actuar —continuó Ann—. De poner nuestras habilidades al servicio de nuestro país. Necesitamos personas como vosotros.

Liza tomó una decisión. Una vez que Ann hubo terminado su discurso, se aproximó a ella.

—Quiero ayudar —dijo con determinación—. Tengo habilidades

que podrían ser útiles.

Ann la miró, evaluándola, y luego asintió con una sonrisa.

—Eso es exactamente lo que necesitamos. Apunta aquí tus datos personales y tu teléfono. Te llamaremos para avisarte de cuál es el próximo paso.

Mientras salía del aula magna del instituto, Liza sabía que su vida estaba a punto de cambiar para siempre. Helene la acompañaba en silencio, respetando la elección de su amiga, aunque no compartiera su entusiasmo. Era el comienzo de un nuevo capítulo, uno lleno de desafíos y oportunidades, en un mundo que ya no sería el mismo.

Recibió la llamada al día siguiente, con instrucciones de presentarse en el edificio principal de la Universidad de Chicago, conocido como el Main Quadrangle. El proceso comenzó con una entrevista en la que un oficial del ejército le formuló una serie de preguntas de apariencia inocente: si le gustaban los crucigramas, si estaba comprometida o tenía intención de casarse.

—Buscamos mujeres capaces de operar máquinas criptográficas, analizar y romper códigos enemigos y construir bibliotecas de recursos sobre operaciones enemigas —le explicó, secamente.

—Creo que encajo en el perfil.

A continuación, tuvo que superar un riguroso curso de formación en codificación secreta, donde aprendió criptografía y criptoanálisis desde una perspectiva muy diferente a la que se utilizaba en el instituto. Después hubo un seminario específico sobre seguridad, donde le explicaron —a ella y a las otras chicas— que su labor iba a ser tan clasificada que, si se les preguntaba sobre su trabajo, debían responder que simplemente «afilaban lápices y vaciaban papeleras».

—Las bocas sueltas podrían hundir barcos —dijo el capitán que estaba a cargo del entrenamiento—. Así que ya saben, señoritas. Cotilleos, ninguno.

Al terminar, Liza fue enviada a Washington D. C. como empleada civil del ejército de los Estados Unidos. Su llegada a la capital supuso un cambio drástico. Los primeros días le dieron instrucciones de alojarse en el hotel Mayflower, tan mítico que hasta ella había oído hablar de él, un contraste más que notable con la vida universitaria a la que estaba acostumbrada. Al día siguiente se presentó en Arlington Hall, al otro lado del Potomac. Le dieron una tarjeta de identificación y la condujeron directamente a una sala enorme con más de una decena de escritorios, repleta de papeles, mapas, teléfonos, diccionarios y unas veinte chicas completamente inmersas en su trabajo. Ann Caracristi ocupaba uno de los puestos. Al ver a Liza, se levantó y le estrechó la mano.

—Me alegro de que hayas superado el curso. Verás, las *code girls* somos fundamentales en la lucha contra las potencias del Eje. Estoy segura de que te sentirás en tu elemento entre nosotras. Este será tu sitio. —Mientras hablaba, Ann la condujo a una de las mesas, algo más despejada que las otras—. En esta sala trabajamos en un proyecto muy concreto: descifrar los sistemas aditivos que utilizan las fuerzas militares japonesas. Bienvenida al *Signal Corps*, querida.

Aunque se encontraba en un ambiente lleno de sofisticación y secreto que le era más bien ajeno, Liza estaba exultante. Sabía que su trabajo era de suma importancia para el esfuerzo de guerra y eso le hacía sentir extrañamente viva.

Pronto dejó el Mayflower y se buscó un apartamento en Arlington, a pocos pasos del trabajo. Pasaba allí la mayor parte del día y, a veces, también de la noche, pero cuando salía, caminaba por las calles de Washington sintiéndose como la protagonista de una película. Se veía misteriosa, sofisticada, peligrosa incluso. Pensaba que la niña que se manchaba de barro en la plantación de algodón de su hermano mayor hubiera estado orgullosa de ella.

En Arlington Hall, el ambiente era de un fervor silencioso. Las mentes más brillantes —mentes femeninas, aunque sea una redundancia— se habían unido en una misión común. Liza, con su agudeza para los patrones y los misterios antiguos, pronto se encontró inmersa en la maraña de códigos japoneses. Había dejado atrás los pasillos polvorientos del Instituto Oriental. Pirámides y jeroglíficos daban paso ahora a un nuevo desafío: los códigos de guerra.

Sus días se desvanecían entre pilas de mensajes interceptados y el crujir de las máquinas criptoanalíticas. Las horas de estudio en Chicago no habían preparado a Liza para el peso de la responsabilidad que sentía ahora, sabiendo que cada código que descifraban era un paso hacia la victoria.

Una terrible noticia vino a interrumpir su rutina. El teléfono la despertó en medio de la noche. Al otro lado de la línea solo se escuchaban sollozos. Tras varios minutos, Liza logró identificar a su amigo Joel.

—Tom ha muerto en el frente.

—Ni siquiera sabía que se había alistado.

Era extrañamente injusto que, tras haberse pasado la vida discriminado por la dichosa doctrina Jim Crow, obligado a mantenerse separado de los blancos por unas leyes absurdas, el pobre Tom hubiera acabado dando la vida por su país. Pensó que su amigo siempre había sido un héroe, pero, en vez de reconfortarla, eso la hizo sentir aún peor.

Poco después, cuando salían de Arlington Hall casi a medianoche, una de sus compañeras le comentó que asistía a diario a un grupo de práctica del budismo zen todas las mañanas, antes de ir a la oficina. Era justo lo que necesitaba. Siempre le habían interesado las filosofías orientales y, además, pensó que un poco de formación en las disciplinas zen podría ayudarla en su trabajo, de modo que decidió acompañarla.

Cuando llegó al grupo a la mañana siguiente, el ambiente tranquilo y el suave aroma de incienso formaban un marcado contraste con el bullicio de la ciudad. El maestro que lideraba el grupo era un japonés llamado Suzuki, de presencia serena y sabia. Tras la sesión, Liza se acercó a él, insegura pero curiosa.

—Maestro Suzuki, en estos tiempos de guerra, ¿cómo encuentra la paz en su práctica zen?

Suzuki la miró con una mezcla de comprensión y profundidad.

—La guerra agita el mundo, pero nuestro espíritu puede permanecer en calma. En el zen, encontramos que cada momento es una oportunidad para la práctica, para volver a nuestro verdadero hogar, incluso en medio del caos.

Liza reflexionó sobre sus palabras, pensando que la práctica zen podría ser un faro en la oscuridad de la guerra, un modo de encontrarle sentido a un mundo donde personas como el pobre Tom morían en el frente. A partir de entonces, asistió a las sesiones de grupo cada mañana, sin perderse una sola.

El trabajo continuaba, los meses pasaban. Aparte del zen, no quedaba mucho tiempo para la vida personal. Estaba a un paso de Nueva York. Blanche y Joel insistían para que los visitara, pero realmente carecía de tiempo. Y eso estaba bien. Le gustaba lo que hacía. No tenía ni un minuto para pensar.

Una noche, mientras se inclinaba con Ann sobre una pila de mensajes interceptados, la conversación se desvió sutilmente de su rumbo habitual.

—Este código es más complejo de lo que pensábamos —dijo Liza.

—Sin duda. Pero he notado cómo encuentras patrones donde los demás no vemos nada. Es impresionante.

—Bueno, supongo que aprendí a buscar lo inesperado en los jeroglíficos egipcios. La forma egipcia de pensar es muy diferente a la nuestra, hay que tratar de ponerse en su lugar.

—¿Cómo lo haces?

—Para mí, se trata de entender las historias detrás de los símbolos… ya sean antiguos manuscritos o códigos japoneses.

—Ajá. ¿Te gustaría cenar después de esto? —preguntó Ann, de

pronto—. Creo que a ambas nos vendría bien relajarnos un poco, con una copa de vino. O dos.

Liza no pudo evitar una sonrisa ante el súbito cambio de tema.

—Me encantaría.

Cruzaron el Potomac y se dirigieron a un bar a dos manzanas de la Casa Blanca, el Chicken Hut. Al entrar, Liza se encontró con que el público estaba compuesto casi exclusivamente por varones blancos que ya no estaban en edad de acudir al frente. También había varias parejas de mujeres diseminadas por el local. En el escenario, un hombre ataviado con un vestido de plumas y una peluca rubia interpretaba «Boogie Woogie Bugle Boy», de las Andrews Sisters.

—Es un espectáculo *drag*, ¿habías visto alguno? —preguntó Ann —. Hombres que se visten de mujer, o al revés.

—Como Hatshepsut —comentó Liza, más para sí misma.

—Antes había más chicos jóvenes, pero ahora se han ido todos a la guerra… en cualquier caso, aquí estaremos tranquilas.

Se acomodaron en torno a una mesa alta, pidieron unos martinis y se pusieron a hablar. Ann también había estudiado en una universidad femenina y también había sido miembro de una hermandad. Liza, cada vez más cómoda, se lanzó a hablar de Hollins y de su amistad especial con Maggie, aunque prefirió no mencionar lo que le había sucedido con el capullo de James.

—Yo también he tenido alguna amiga especial —dijo Ann, cogiéndole la mano por encima de la mesa—. ¿Quieres venir a mi apartamento a tomar una copa?

Liza dijo que sí. Allí, en un espacio más íntimo, la conversación fluyó aún con más libertad. Las palabras dejaron paso a las caricias, después a los besos, y pronto se encontraron quitándose la ropa torpemente y tropezando hacia el dormitorio de Ann. Por primera vez en su vida, Liza se dejó llevar, sin sentimiento alguno de culpa ni de estar haciendo nada incorrecto. Las cosas eran como tenían que ser.

Entre el zen, el trabajo y su amistad cada vez más íntima con Ann, Liza comenzaba a sentirse más feliz. La muerte de su amigo Tom era como un dolor lejano, un eco de algo malo que cada día parecía más distante. Ann y la criptografía, la criptografía y Ann la tenían completamente absorta. Los códigos japoneses eran como una serpiente que se enrosca sobre sí misma. Descifraban uno de los anillos, después otro, pero de forma aislada, por separado, sin llegar a encontrar un hilo conductor. Siempre llegaban tarde.

Entonces, un día, en medio del murmullo constante de su sala en Arlington Hall, un patrón emergió del caos. De la noche a la mañana, los códigos japoneses parecían tener sentido. Era como descifrar una

antigua maldición en una tumba olvidada, pero esta vez, el mensaje no hablaba de dioses o faraones, sino de movimientos de tropas y estrategias.

—Ann, creo que lo tengo. He encontrado la clave.

Su logro cambiaría el curso de la guerra.

El 14 de agosto de 1945, Liza y Ann descifraron un mensaje que provenía directamente del emperador Hirohito. Tras el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki, había decidido dejar las armas. Al día siguiente, Japón se rindió, marcando el fin de la Segunda Guerra Mundial.

19
El país de los dioses

Desde los jardines del harén, donde los lirios bailaban al ritmo de la brisa matutina, observaba el esplendor de Tebas. El disco dorado de Ra ascendía en el horizonte, bañando de luz los muros del gran templo de Amón. Mi corazón, que una vez latió al ritmo de las necesidades de mi pequeña Hatasu, ahora iba al compás cada vez más lento de mis días, vacíos de obligaciones.

Los elefantes se habían marchado. Echaba de menos a mi madre, a la reina Nefertari, ¡hasta las intrigas de Mutnofret! Pero, sobre todo, echaba de menos poder cuidar de mi niña.

Recuerdo cómo, en los días que siguieron a su coronación, me inundó una sensación de orgullo. Pero a medida que las semanas se convertían en meses, un vacío comenzó a apoderarse de mí. El pequeño Tutmosis ya no era tan pequeño, era un joven aguerrido que se adiestraba en el uso de la espada, y también había dejado el harén. Él y Hatasu reinaban como faraones corregentes, con idéntico poder y majestad, aunque, lógicamente, la que tomaba las decisiones era la reina, no el niño. Ahora vivía en el palacio, su mundo cada vez más entrelazado con el de su tía y madre adoptiva que, de algún modo, ejercía el papel que en su día había desempeñado yo. La princesa Neferure, destinada a casarse con su hermano para reinar juntos, también residía en el palacio.

A veces, me parecía que en el harén solo quedaba yo, una reliquia olvidada que ya nadie necesitaba.

En esos días de quietud y reflexión, me sorprendió la llamada de Hatshepsut. Me recibió, como era su costumbre, acompañada del arquitecto Senenmut, que se había consolidado como su principal consejero, y del nuevo sumo sacerdote, el joven Hapuseneb.

—He tenido un sueño —me dijo, con los ojos centelleantes de emoción—. En él se revelaba una gloriosa expedición a la misteriosa tierra de Punt, el país de los dioses, un viaje en busca de tesoros y riquezas inimaginables. Ha sido mi divino padre, Amón, quien me lo ha enviado.

Desde que había aceptado ceñirse la corona, Hatasu había redoblado su fe en Amón y en su vínculo especial con él. Sabiendo que había tenido sus dudas, me alegraba de que por fin hubiera hecho las paces con su destino.

—El rey de los dioses vela por nosotros —dijo el sacerdote—. Ello

garantiza que la expedición tendrá éxito.

—He decidido que tú, Sitra, serás mis ojos y oídos en esta travesía —continuó Hatasu, su voz cargada de determinación—. Si estás de acuerdo, por supuesto. Tu experiencia y sabiduría serán de extrema utilidad, así como tu lealtad.

En ese momento, sentí cómo mi vida cobraba un nuevo propósito. Era mi oportunidad para servir una vez más a mi reina, para volver a ser útil.

—Será un honor, majestad.

Los preparativos comenzaron de inmediato. A medida que observaba su avance, mi corazón daba saltos de entusiasmo. Los astilleros a orillas del Nilo hervían de actividad. Carpinteros y artesanos trabajaban sin descanso para construir barcos más robustos de lo habitual, ya que debían ser capaces de desafiar el poder del mar. Soldados y marineros se entrenaban, sus cuerpos moviéndose al unísono en una danza de fuerza y habilidad. Los sacerdotes de Amón, con sus túnicas blancas y sus ojos sabios, realizaban rituales para invocar la protección del rey de los dioses en nuestro viaje.

Mientras los barcos se mecían suavemente en el cauce del Nilo, cargados con promesas de gloria y riquezas, yo permanecía contemplándolos desde la orilla, impaciente. El sol de la mañana brillaba en el agua. Alrededor, el ajetreo de los trabajadores resonaba como el latido ansioso de mi propio corazón.

Fue entonces cuando lo vi por primera vez: Neshi, el canciller designado por Hatasu para liderar esta gran empresa. Su presencia imponía respeto, con su enorme estatura y su mirada penetrante que parecía desafiar a los mismísimos dioses. Al acercarme, pude ver el destello de orgullo en sus ojos, un orgullo que se filtraba en cada uno de sus gestos y palabras.

—Saludos, dama Sitra, la de los consejos sabios —me saludó con una voz que resonaba con autoridad—. Es un honor tener a la nodriza de la reina en nuestra expedición.

Su tono, aunque cortés, ocultaba un filo de condescendencia. Estaba claro que Neshi, un hombre acostumbrado a mandar, no estaba del todo complacido con la idea de compartir su autoridad con una mujer, sobre todo si esa mujer contaba con la plena confianza de la reina.

—El honor es mío, canciller Neshi —respondí, manteniendo la mirada fija en sus ojos. No pensaba dejarme intimidar—. Mi lealtad a la reina Hatshepsut es inquebrantable, y mi deber aquí es asegurar que su visión para esta expedición se lleve a cabo sin errores.

Neshi asintió, aunque percibí una sombra de desdén cruzar su

semblante.

—Vamos, permitidme que os muestre los preparativos —dijo con una sonrisa, señalando los barcos.

Caminamos juntos por la ribera, entre las voces y el martilleo de los navíos en construcción. Neshi me explicó los detalles técnicos con una precisión meticulosa, desde la construcción de los barcos hasta los planes de navegación y los recursos a bordo. A pesar de nuestras diferencias, no pude evitar sentir admiración por su conocimiento y su evidente pasión por la tarea.

Zarpamos de Tebas el tercer día de la estación de Shemu, bajo el brillante sol de Khoiak, cuando el Nilo comenzaba a retomar su cauce tras la gran inundación. Era un momento de renovación y promesas, un tiempo en que la tierra de Egipto, nutrida por las aguas sagradas, se preparaba para la cosecha. Ra ascendía en su carro por el cielo azul mientras nuestras embarcaciones se deslizaban suavemente sobre las aguas hacia un destino lejano y misterioso. A diferencia de las otras veces que me había aventurado en un viaje, emprendimos el rumbo hacia el norte. A medida que nuestro convoy se alejaba de Tebas, sentí cómo el mundo que conocía se quedaba atrás. Las aguas del río se extendían frente a nosotros como un camino de espejos hacia el infinito. Neshi, al mando, vigilaba cada movimiento con ojos de águila, mientras los marineros y soldados ejecutaban sus tareas con una eficiencia que hablaba de muchas horas de preparación y entrenamiento.

Los días en el Nilo pasaban despacio, cada uno marcado por el ritmo constante del remo y el canto de los marineros. Llegamos al fin a la ciudad de Gebtu, donde desembarcamos para continuar a pie. Nuestros hombres hubieron de enfrentarse a la ardua tarea de desmontar nuestros navíos y cargarlos en carros para continuar la travesía. A medida que avanzábamos, pude ver cómo el paisaje cambiaba de los fértiles bancos del río a las áridas y vastas extensiones del desierto. Nuestro destino era Quseir, el legendario puerto en el mar Rojo desde donde comenzaríamos nuestra travesía marítima hacia Punt. Cruzamos un paisaje implacable, un mar de arena y rocas que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. A pesar de las dificultades, había una belleza cruda en el desierto, una sensación de estar en un lugar donde el tiempo se había detenido, preservado desde la creación del mundo.

Fue duro para mí, muy duro. Toda mi vida he estado en la corte, acostumbrada a lujos y comodidades. Es cierto que he trabajado intensamente, pero no he sufrido penalidades. Aquel viaje fue una prueba para mi temple y, he de decirlo, estoy orgullosa de cómo lo

afronté. Con llagas en los pies, quemaduras en el cuello y en los brazos y el vientre descompuesto por el agua que llevábamos almacenada, pero lo logré.

Neshi y yo, que a menudo estábamos en desacuerdo en el barco, encontramos un terreno común en nuestra admiración por el terrible pero hermoso paisaje. Nuestras conversaciones, inicialmente tensas y formales, comenzaron a adquirir matices de respeto. Aunque él era el líder de la expedición, empezó a buscar mi opinión, especialmente en asuntos relacionados con el bienestar de los hombres y las estrategias para superar los desafíos del camino.

—Siento inquietud por lo que encontraremos a nuestra llegada a Punt —me confió un día al atardecer, cuando ambos descansábamos frente a nuestras tiendas, observando cómo el sol se ponía tras las dunas—. Sabemos que nuestros antepasados viajaban al país de los dioses y regresaban cargados de sándalo, incienso, mirra y maderas exóticas. Pero desde que los hicsos invadieron Egipto, nadie ha vuelto por allí. ¿Sabrán hablar nuestra lengua? ¿Serán amistosos?

—Yo también estoy inquieta, canciller, pero el gran Amón nos ha enviado. Debemos confiar en él.

Al llegar a Quseir hubo que volver a armar los barcos, esta vez en las aguas del mar. En la costa el sol era igualmente abrasador, pero nuestros hombres volvieron a ensamblar los navíos con la misma precisión con que se mueven los astros en el firmamento.

Al fin, los barcos estuvieron listos para adentrarse en el mar Rojo. Con una oración silenciosa a Amón para que nos guiara y protegiera, me uní a Neshi en la proa de nuestro barco, mirando hacia el horizonte. El viento comenzó a soplar, llenando nuestras velas, llevándonos hacia el misterioso país de Punt.

La travesía por el mar supuso un nuevo desafío para todos nosotros. Lo primero fue aprender a luchar contra el mareo. Las olas eran mucho más impredecibles y salvajes que el suave fluir del Nilo y nos desorientaban, nos hacían olvidar dónde estaba el norte y el sur, arriba y abajo, y muchos teníamos que asomarnos por la borda, presa de las náuseas.

—Creo que voy a morir —me confesó Neshi, que se vio particularmente afectado por aquel mal—. Los dioses me están castigando, sin duda, por mi orgullo y soberbia.

—No hables así, canciller. El propio Amón nos ha enviado, ¿cómo podría abandonarnos?

—No lo sé, pero jamás en mi vida me he sentido tan mal.

Con el paso de los días, nuestros cuerpos y mentes se adaptaron al nuevo entorno. La sensación de estar en constante movimiento se

convirtió en una parte natural de nuestra existencia diaria. El clima nos fue favorable en su mayoría. Aunque no hubo grandes tormentas como las que relatan las viejas leyendas, nos enfrentamos a algunos días de vientos fuertes y aguas agitadas.

Las noches eran particularmente impresionantes. El cielo se desplegaba en un manto de estrellas más brillantes y numerosas de lo que jamás habíamos visto en Tebas.

La comida era monótona. Llevábamos provisiones de grano, principalmente trigo y cebada, así como algunas reservas de cerveza. También teníamos a bordo pescado seco y salado, legumbres, cebollas y ajos para complementar nuestra dieta. La carne era un lujo que raramente disfrutábamos, reservada para ocasiones especiales o como recompensa por un día particularmente difícil. En los momentos en que el clima lo permitía, algunos marineros pescaban, proporcionando un cambio bienvenido.

Al fin, tras varias semanas de travesía, avistamos tierra.

La primera visión de Punt se grabó en mi memoria como el fresco más colorido del templo de Karnak. Desde la borda del barco, contemplé con asombro la costa que se extendía ante nosotros. Era una tierra de esplendor sobrenatural, muy diferente de las áridas arenas de Egipto. Las olas del mar, de un azul profundo, golpeaban suavemente contra una orilla adornada con la vegetación más exuberante que yo hubiera visto jamás. Palmeras altísimas y una densa flora exótica bordeaban la playa, creando un mosaico de verdes que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Entre los árboles, pude vislumbrar destellos de aves de mil colores.

Era el país de los dioses.

Mientras nos acercábamos, una multitud de puntitas comenzó a congregarse en la orilla. Se trataba de un grupo variopinto, con pieles de distintos tonos, desde negros como el basalto hasta dorados como la estatua de Amón. Sus ropas eran coloridas, decoradas con cuentas y adornos. Nos miraban con curiosidad.

Neshi, erguido y confiado, fue el primero en desembarcar, seguido de cerca por mí. Un hombre de estatura media y piel clara, con una barba fina muy diferente a la que llevaría cualquier egipcio, se adelantó y dijo unas palabras en un idioma incomprensible.

—¿No hablas nuestra lengua? —preguntó el canciller.

Hubo un pequeño alboroto, uno de los hombres más jóvenes echó a correr y volvió al poco tiempo trayendo del brazo a un anciano pequeño y encogido, de piel arrugada y barba y pelo blancos. Descubrimos que era ciego, porque se acercó a Neshi y a mí y palpó nuestros rostros y las joyas que llevábamos al cuello con sus manos

secas.

—Bienvenidos, viajeros del lejano Egipto —dijo al fin, empleando nuestro idioma con una asombrosa fluidez—. Os doy la bienvenida en nombre de nuestro rey, Parahu —añadió, señalando al hombre que nos había hablado en primer lugar.

Neshi respondió con dignidad.

—Saludos, noble Parahu. Venimos en nombre de la gran reina Hatshepsut, con regalos y el deseo de comerciar.

—Hace mucho tiempo que no recibimos viajeros egipcios en nuestro país —continuó el anciano—. El abuelo de mi abuelo le enseñó a hablar vuestra lengua, y él me la enseñó a mí. Que este encuentro traiga prosperidad a nuestros pueblos.

Los puntitas nos invitaron a seguirlos tierra adentro, a través de un paisaje que parecía sacado de un sueño: árboles cargados de frutas exóticas, animales desconocidos que jugueteaban entre la espesura y el aire impregnado con el dulce aroma del incienso y la mirra.

Caminé a un lado de Neshi, observando todo.

—Parece que nuestros temores eran infundados —le dije.

Neshi asintió, su expresión cada vez más relajada.

—La reina tenía razón al enviarte, dama Sitra. Tu presencia aquí es un buen presagio.

Poco a poco nos acercamos a la ciudad, o más bien aldea de Punt. Las viviendas, hechas de madera, se alzaban sobre pilotes, como nidos de pájaros protegidos entre las ramas de los árboles. Al principio me pareció extraño que las personas vivieran en los árboles, pero después entendí que lo hacían para evitar las inundaciones o las criaturas del suelo. Mientras nos adentrábamos en la aldea, nos fue rodeando el bullicio de la vida cotidiana. Los puntitas, curiosos, interrumpían sus quehaceres para saludarnos o simplemente para mirarnos con asombro. El anciano nos acompañaba, traduciendo nuestras palabras y las de los lugareños. A menudo, cuando el idioma fallaba, los gestos tomaban su lugar, siguiendo el lenguaje universal de sonrisas y señas.

Neshi y yo y unos pocos de nuestros hombres fuimos invitados a la residencia de Parahu. La casa del rey era más grande que las demás, decorada con colores brillantes y símbolos que parecían contar historias de la tierra y el mar. Allí conocimos a su esposa, la reina, una mujer de una corpulencia extraordinaria. Su tamaño era tal que, en un principio, me costó creer que una persona pudiera alcanzar tales dimensiones. Sin embargo, su presencia era regia, y sus ojos brillaban con inteligencia y calidez.

—Es la belleza ideal en Punt —explicó el anciano, notando nuestra sorpresa—. Su tamaño es símbolo de prosperidad y fertilidad.

Ha dado a luz a doce hijos, y cuenta ya con más de veinte nietos.

La reina nos saludó con una voz melodiosa, y aunque sus palabras eran incomprensibles para nosotros, su tono era claramente amistoso. A su lado, Parahu parecía pequeño, pero la forma en que se miraban el uno al otro hablaba de amor.

Durante los días siguientes, exploramos más allá de la aldea. Los puntitas nos mostraron sus campos de cultivo, donde crecían plantas y árboles desconocidos para nosotros. Visitamos sus lugares de pesca y caza, y nos asombramos con la variedad de animales y aves que nunca habíamos visto en Egipto. El anciano nos contaba historias de su gente, de sus dioses y sus tradiciones, mientras nosotros compartíamos relatos de nuestro propio país. A pesar de las diferencias en el lenguaje y la cultura, el entendimiento y respeto mutuos comenzaban a florecer entre nosotros.

Una tarde, mientras observábamos el atardecer desde una colina, Neshi se volvió hacia mí.

—Estamos cumpliendo el encargo de Amón, dama Sitra —dijo con un tono reflexivo—. Este viaje cambiará la forma en que Egipto ve el mundo, y cómo el mundo ve a Egipto. Hatshepsut es, en verdad, un gran faraón.

Asentí, mirando el sol que se hundía en el horizonte.

Los siguientes días de nuestra estancia en Punt se centraron en el comercio que, después de todo, era el propósito principal de nuestra expedición. Los puntitas, que al comienzo se mostraron cautelosos, pronto se entregaron con pasión al ajetreo de las negociaciones y el intercambio de bienes.

Dicen que Punt es el país de los dioses, y así ha de ser, porque es una tierra inmensamente rica. Los sicomoros y los árboles de ébano se alzan orgullosos en sus bosques, sus aromas y colores son tan diferentes a todo lo que hay en Egipto. Recuerdo contemplar, fascinada, cómo los trabajadores recogían la resina para fabricar incienso, una sustancia de inmenso valor para nuestros rituales, que se utiliza en los perfumes más preciados. Del mismo modo, el ébano, con su madera oscura y resistente, era muy codiciado por su rareza en nuestra tierra natal.

A medida que las negociaciones avanzaban, no pude evitar sentir una creciente incomodidad. Lo que los egipcios ofrecíamos a cambio de los tesoros puntitas eran meras baratijas: cuentas de colores, pequeños juguetes, simples espejos de bronce pulido y cuchillos de metal inferior. A mi parecer, estos objetos palidecían en comparación con las riquezas naturales que recibíamos.

Una tarde, mientras asistía al intercambio de bienes, expresé mis

dudas a Neshi.

—Me siento como si estuviéramos aprovechándonos de ellos, canciller. Les damos objetos sin valor real a cambio de sus tesoros.

Neshi, que supervisaba el canje con una mirada experta, me respondió sin apartar la vista:

—No subestimes el valor de estos objetos para ellos, dama Sitra. Lo que para nosotros puede parecer simple, para los puntitas es exótico y valioso. El comercio es una cuestión de percepción. Y no olvides que ellos están dispuestos y contentos de hacer este trueque.

Aun así, la sensación de injusticia no me abandonaba, y me pregunté si mi Hatasu, como valedera de Maat en el mundo, lo aprobaría. Observaba a los puntitas, que a su vez examinaban con asombro y alegría los objetos que les ofrecíamos, y me preguntaba si realmente comprendían el valor de lo que estaban entregando.

En una ocasión, mientras caminábamos por el mercado, una mujer de Punt se acercó a mí, sus ojos brillando de emoción al mostrarme un collar de cuentas de colores que había obtenido de uno de nuestros hombres. Su alegría era genuina, y en ese momento comprendí lo que Neshi había intentado explicarme. Lo que para nosotros era común, para ellos era un tesoro, y viceversa. Para ellos el sándalo y la mirra eran dos árboles más de los centenares que crecían en sus bosques.

El tiempo en Punt, como si se tratara de un sueño particularmente vívido, llegaba a su fin. Nuestra expedición, ahora cargada con los tesoros de aquella tierra exótica, se preparaba para el viaje de regreso a Egipto. El rey Parahu y su esposa, la inmensa reina, nos convocaron para una ceremonia de despedida. El anciano intérprete estaba presente; traduciendo con su voz frágil y sabia las palabras de los soberanos. Parahu, con una dignidad serena, expresó su esperanza de que las relaciones entre nuestros pueblos continuaran floreciendo.

—Que los vientos os sean favorables, viajeros del Nilo —dijo el rey, sus palabras resonaron con un tono de respeto y amistad.

—Lleváis una parte de Punt con vosotros —añadió la reina, con su presencia imponente—. Que os recuerde siempre la generosidad y la abundancia de nuestra tierra.

Neshi, hablando en nombre de Hatshepsut, agradeció su hospitalidad y generosidad, y les aseguró que Egipto recordaría siempre la tierra de Punt y a su gente. Yo, a su lado, asentía, emocionada por las palabras intercambiadas y por el vínculo que habíamos forjado.

Entre los tesoros que nos llevábamos, había incienso y ébano en

abundancia y, además, árboles completos de incienso y mirra, cuidadosamente excavados y preparados para el viaje, destinados a ser plantados en los jardines del templo de Amón. También embarcamos animales exóticos: babuinos juguetones, que habían cautivado a nuestros hombres con sus travesuras, y una variedad de aves de colores brillantes, cuyos cantos y plumajes no tenían comparación con nada que hubiéramos visto en Egipto.

Al zarpar, miré hacia atrás, hacia la costa que se alejaba. Las figuras de Parahu y su reina, junto con el pueblo de Punt, se reducían a puntos distantes en la orilla.

—Adiós, país de los dioses —murmuré, mientras el anciano intérprete, con lágrimas en los ojos, nos daba su bendición final.

El viaje de regreso fue un eco del de ida, pero con el barco cargado de tesoros y nuestros corazones rebosantes de experiencias. Navegamos a través del mar Rojo, cuyas olas se nos antojaron menos desafiantes. Cruzamos el arduo camino por el desierto desde Quseir a Gebtu y, finalmente, continuamos Nilo arriba hacia Tebas. Cuando pasábamos por alguna ciudad, los locales se acercaban a la orilla para atisbar, aunque fuera un destello de las maravillas que traíamos con nosotros. Aunque el viaje fue similar, nuestras percepciones habían cambiado: cada ola y cada grano de arena parecían contar la historia de tierras lejanas y pueblos generosos.

Al llegar a Tebas, fuimos recibidos como héroes. Hatshepsut nos esperaba en palacio, acompañada, como siempre, por su leal consejero, el arquitecto Senenmut. Neshi y yo, desgastados por el viaje pero llenos de orgullo, nos presentamos ante ella, ofreciéndole una muestra de los tesoros y riquezas que habíamos traído de Punt.

—Majestad, hemos cumplido la misión que vuestro padre, Amón, nos encomendó.

Hatshepsut inspeccionó los tesoros con una mirada que reflejaba su apreciación por lo que habíamos logrado. Sus ojos se posaron en los árboles de incienso y las cajas de ébano, y luego en los animales exóticos que ahora se agitaban en sus jaulas.

—Has hecho bien, Neshi. Sitra, tú has sido mis ojos y mis oídos en esta misión. ¿Se han respetado mis órdenes?

—Sí, majestad. El nombre de Hatshepsut y el de vuestro padre, Amón, han quedado grabados en el corazón de los puntitas.

En ese momento, mientras miraba a mi niña, ahora faraón de Egipto, una reflexión me invadió. Hatshepsut no era solo una gobernante poderosa, era una visionaria. Había superado las expectativas de su linaje, mostrando que un soberano podía ser más que un guerrero. Había sabido entrelazar la guerra con la diplomacia,

la conquista con el comercio. En mi corazón, supe que su nombre sería recordado no solo como la hija del gran Tutmosis, sino como el faraón que había expandido el horizonte de Egipto más allá de los mares, sin necesidad de recurrir a la espada y derramar la sangre de egipcios y extranjeros por igual.

Mi pequeña había demostrado ser mucho más que una reina.

Era la constructora de un nuevo mundo.

20
Las tres ocas de Sitra-In

La temporada siguiente regresamos a Qubbet el-Hawa por tercer año consecutivo. En esta ocasión, la expedición contó con un miembro adicional: mamá, que estaba a punto de terminar su libro sobre historia egipcia y había llegado a la conclusión de que una estancia en el país le daría el último impulso que necesitaba.

El viaje fue largo y pesado, como siempre. Tren, ferri, otro tren y un barco hasta Port Said, y después los trayectos habituales, de nuevo en ferrocarril hasta El Cairo y posteriormente Asuán. Llegamos a nuestra querida *bet al-riyah* sucios, cansados y doloridos, pero felices de estar de nuevo en casa. Porque sí, aquella era nuestra casa.

A la mañana siguiente, mientras William y los niños terminaban de instalarse, mamá y yo fuimos al yacimiento. Su presencia allí, en medio del polvo y las ruinas, me pareció tan fuera de lugar como un hipopótamo en un salón de té, pero me vi obligada a recordarme que ella llevaba saltando dunas desde mucho antes de que yo naciera.

—¿Es aquí donde encontraste el nido de golondrina? —preguntó, dirigiéndose a la primera tumba que habíamos excavado el año anterior—. Un descubrimiento que pasará a los anales de la historia, no me cabe duda.

—No malgastes tu ironía conmigo, mamá —repliqué—. Soy inmune.

Había contratado a los mismos beduinos de la temporada pasada. Mientras supervisaba a los trabajadores que se preparaban para comenzar a excavar de nuevo, el *rais* Alí nos miró con una sonrisa socarrona.

—*Sadiyya*, con dos damas al mando, ¡pronto descifraremos todos los secretos de los faraones!

Sus compañeros se rieron, aunque quise entender que lo hacían con el respeto que me había ganado a pulso, trabajando con ellos codo con codo el año anterior.

Mamá y yo pasamos los días sumidas en nuestra rutina arqueológica, mientras los niños retomaban sus estudios con el tutor y la institutriz. Cualquier persona interesada en la historia y el arte egipcios se dará cuenta de lo fascinante que es el trabajo de excavación y lo maravilloso que es el momento en que, después de mucho esfuerzo, se descubre algún tesoro. Durante aquellos meses excavamos once tumbas y encontramos muchos objetos fastuosos de

diversas épocas. La mayoría de estas tumbas en las que trabajamos parecían datar del Imperio Antiguo. Todas estaban excavadas en la roca y, con una excepción, tenían poco adorno visible, pero los objetos que contenían poseían un gran valor e interés, y algunos de ellos eran muy hermosos. Entre ellos se encontraban hermosas cabezas y escarabajos de amatista y ágata, lámparas a cuál más extravagante, elegantes jarrones de alabastro, vasijas de cerámica de innumerables tamaños y formas y hasta una botella de peregrino de color azul turquesa.

También había varios juguetes infantiles, entre ellos una muñeca de madera con brazos móviles. En la cabeza llevaba una cesta, y en la mano sostenía una paloma por las alas de la misma manera que las chicas del mercado hacen en Egipto en nuestros días. También encontramos un juego de *senet*, ese curioso ajedrez egipcio con un parecido más que notable con el actual.

El gran hito de la temporada fue el descubrimiento de la única tumba decorada de todo el yacimiento: la de Ka-Gemu, jefe de todos los sacerdotes de Elefantina en la XVIII dinastía. El vestíbulo exterior estaba pintado con escenas del *Libro de los Muertos*. En la cámara interior, dos de las columnas estaban adornadas con retratos del difunto y su esposa junto a varios dioses. El techo estaba cubierto con patrones de arabescos muy hermosos y, desde el centro, un grupo de patos y palomas revoloteaban hacia la puerta.

Pájaros, siempre pájaros.

Nos levantábamos con el alba cada mañana y trabajábamos duro hasta el mediodía, cuando, siguiendo el ejemplo de las aves, descansábamos a la sombra hasta que pasaran las horas más calurosas. Luego volvíamos a la tarea hasta que las sombras se alargaban en la arena, los milanos dejaban de gritar y los búhos lanzaban una advertencia de que pronto sería oscuro y que era hora de volver a casa cargados con nuestro botín del día.

La mayoría de nuestros viajes arriba y abajo del río los hacíamos en una pequeña faluca nativa y, en estas ocasiones, William y los chicos solían acompañarnos. Por la noche dormíamos en tiendas en la orilla, por lo que teníamos todas las oportunidades de curiosear en rincones extraños del Nilo y su desierto, así como en sus orillas cultivadas, ya que podíamos llegar a muchos lugares entre bajíos y bancos de arena donde no había suficiente profundidad de agua para una *dahabiyah* o un vapor. El equipamiento de nuestra embarcación fue motivo de mucha emoción y no pocas risas para los habitantes de Asuán, y durante muchos días antes de zarpar, el *rais* Alí y nuestro navío, el Dongola, fueron el centro de atención.

El barco tenía unos treinta pies de largo, con un timón enorme y una gran vela latina. La parte trasera estaba cubierta con un toldo móvil, y durante el día extendíamos nuestras camas debajo de él, creando un diván muy cómodo. Justo delante del mástil se construyó una pequeña cocina que funcionaba perfectamente. Sin embargo, como los trabajadores locales habían utilizado ladrillos y mortero para su construcción, el Dongola era muy pesado en la proa y sus capacidades de dirección resultaban bastante limitadas.

Nuestra tripulación estaba dirigida, como ya he mencionado, por el *rais* Alí, con seis hombres bajo su mando y un niño, todos nubios, más un cocinero árabe y un hombre que el *mudir* de Asuán nos envió en caso de cualquier dificultad con los habitantes locales. De todos modos, no tuvimos problemas y fuimos recibidos de manera muy cortés en todas partes.

Viajando de esta manera humilde, como ellos, los nativos estaban dispuestos a ayudarnos y ni siquiera nos molestaban pidiendo propina. Comprábamos nuestras provisiones a medida que avanzábamos y la gente del campo siempre estaba dispuesta a suministrarnos pan árabe, lentejas, harina y huevos. La leche la obteníamos completamente fresca: el propietario llevaba la vaca o la búfala hasta la orilla del río y las ordeñaba allí mismo para nosotros. También podíamos conseguir pollos, por lo que nos ahorramos la molestia de llevar el corral de aves de *bet al-riyah* con nosotros. En una ocasión, una gallina que habíamos comprado para cenar una noche puso un huevo. Por lo tanto, le salvamos la vida y la mantuvimos a bordo. Nos mostró su gratitud regalándonos un huevo fresco casi todas las mañanas.

A pesar del exotismo y del indudable encanto de nuestra aventura, confieso que empezábamos a cansarnos. Recuerdo bien un día en que estaba hojeando mis notas con una mezcla de aburrimiento y frustración.

—Otro día bajo este implacable sol egipcio, y lo único que hemos encontrado son pedazos de alfarería más viejos que Matusalén —protesté—. ¿Dónde quedaron las promesas de gloria y descubrimientos? Daría lo que fuera por encontrar la tumba de un faraón, con maldición y todo.

Mamá, con esa elegancia que la caracterizaba, apenas levantó la vista de su libro.

—La paciencia es la virtud del arqueólogo, querida.

Fue entonces cuando nuestro *rais* Alí irrumpió en nuestra tienda con una carta.

—*Sadiyya*, una misiva de Howard Carter desde el Valle de los Reyes.

Tomé la carta, abriéndola con cierta curiosidad.

—Mamá, Howard nos invita a unirnos a él en Luxor. Al parecer… la tumba número veinte del Valle de los Reyes, que ya había sido encontrada en tiempos de la expedición de Napoleón… ¡cree que podría pertenecer a Tutmosis I y a la grandiosa Hatshepsut!

Mis ojos recorrieron rápidamente las líneas, y sentí cómo la monotonía de los días anteriores daba paso a una oleada de emoción.

Mamá se levantó, dejando a un lado su libro con un brillo de expectación en los ojos.

—Pues entonces, ¿a qué estamos esperando? La aventura nos llama, y sería de mala educación no responder.

De inmediato comenzamos los preparativos para trasladarnos a Luxor, el lugar donde las piedras hablan, los muertos susurran secretos milenarios y las tumbas guardan tesoros mayores que aves momificadas y vasijas rotas. Tras semanas excavando lo que parecían ser simplemente hoyos en el suelo, mamá y yo estábamos a punto de embarcarnos en un viaje desde Asuán hasta ese hervidero de misterios, dejando atrás a William y a los chicos.

—Es crucial que los niños continúen con sus estudios —había declarado William con esa solemnidad que solo un padre puede exhibir—. No podemos permitir que las distracciones del desierto interfieran en su educación.

Yo no pude evitar sonreír ante su preocupación, pensando que su educación ya había resultado bastante interferida. Los cuatro pasaban más tiempo desnudos que vestidos a pesar de mis continuas protestas, habían aprendido todo tipo de maldiciones e insultos árabes, eran capaces de hacer sus necesidades en el desierto como los nómadas y montaban en burro sin temor a las pulgas. Eso sí, respetaban rigurosamente la hora del té.

—Por supuesto, querido. Mientras tú te dedicas a la noble tarea de supervisar lecciones de latín y matemáticas, mamá y yo nos ocuparemos de desenterrar la historia de la reina-faraón.

Así, con el sol de Egipto calentando nuestros espíritus aventureros, nos despedimos de mi esposo y de nuestros hijos, con una oración silenciosa para implorar que no terminaran de asilvestrarse en mi ausencia. El viaje a Luxor prometía ser una escapada de la rutina, una oportunidad para mamá y para mí de sumergirnos en el corazón de la historia egipcia, dejando a los hombres de la familia con quehaceres académicos y no tan académicos.

—A Luxor, mamá —dije, ya a bordo de nuestra faluca, con el *rais* Alí soltando las velas—. A Luxor, donde nos espera la gran Hatshepsut. ¿Crees que encontraremos su momia?

—Solo sé que Amelia estaría orgullosa.

Una vez allí nos alojamos, como de costumbre, en el Winter Palace. Howard fue a recogernos e hizo con nosotros la travesía en burro hasta el Valle de los Muertos. La famosa tumba número veinte estaba a solo sesenta y cinco yardas de la de Tutmosis IV, que habían descubierto hacía tan solo unos meses. Allí se encontraba la morada eterna del faraón guerrero, Tutmosis I, y, creíamos, de su hija Hatshepsut, que, al parecer, habían decidido compartir la eternidad.

Cuando llegamos a la entrada, tallada en la roca misma del Valle de los Reyes, no pude evitar sentir un escalofrío de excitación. Aquel orificio se me antojó un portal a otro mundo, un umbral entre lo conocido y los misterios del pasado. Howard, con ese aire de confianza que tenía desde niño, nos guio hacia el interior.

La temperatura cayó notablemente según entramos. El aire estaba impregnado de un olor a tierra y antigüedad. Los únicos sonidos eran nuestros pasos resonando en los pasillos de piedra y el lejano eco de nuestras propias respiraciones. Era como si cada aliento que tomábamos estuviera lleno del polvo de los tiempos y cada susurro que escapaba de nuestros labios perturbara el descanso eterno de reyes y reinas olvidados.

—Esta fue probablemente la primera tumba real construida en el valle. Creemos que se hizo para Tutmosis I y que, años más tarde, Hatshepsut decidió ampliarla para poder yacer junto a su padre para toda la eternidad. Claro que también podría ser al revés: quizá fue Hatshepsut la que ordenó excavar esta tumba y después hizo trasladar aquí el sarcófago de su padre.

Su voz resonaba en los pasillos de la tumba, que se distinguían de otros sepulcros por su atípica curvatura en sentido horario. A medida que avanzábamos, la historia del lugar se desplegaba ante nosotras. Howard mencionó que había comenzado a despejar el relleno rocoso del corredor el año anterior, un trabajo patrocinado por *mister* Davis que no había concluido hasta marzo de aquel mismo año.

—¿Ves lo que te decía, cariño? —susurró mamá—. Paciencia.

—Encontramos dos artículos con los cartuchos de Hatshepsut durante la excavación —continuó Howard, señalando algunos elementos en el corredor—. Esto me llevó a sospechar que su tumba debía estar cerca.

El aire se volvía más pesado con cada paso que dábamos. Carter había instalado un ventilador de escape debido a las difíciles condiciones dentro de la tumba. Finalmente, llegamos a la cámara funeraria, un espacio desordenado y colapsado que contenía dos sarcófagos de piedra roja, uno en el suelo y el otro apoyado contra

una columna.

—¿Esta es…? —pregunté, sin atreverme del todo a pronunciar las palabras.

—Esta es la cámara final —dijo Howard, sin poder ocultar cierta frustración en su voz—. Encontramos estos dos sarcófagos y el cofre con los vasos canopos de Hatshepsut aquí. Pero, lamentablemente, nada estaba en su lugar original. Me temo que no he podido mantener mi promesa de no abrir el sarcófago sin usted, *milady*, por el sencillo motivo de que ya estaba abierto.

Mamá y yo intercambiamos miradas.

—¿Y las momias?

—No han aparecido. Los vasos canopos sí que contienen los órganos de la reina. Lo habitual: el cerebro, el estómago, los intestinos. Ni siquiera están todos, falta al menos una vasija. En fin, no sabemos si los ladrones destruyeron las momias o, bueno, quizá los sacerdotes se las llevaran a algún sitio para protegerlas.

—No cabe duda de que alguien llegó antes que nosotros —dije, tratando de ocultar mi desilusión—. Pero, aun así, estar aquí, en este lugar sagrado, es un honor.

—Y quién sabe, querida —agregó mamá, siempre pragmática—, tal vez la verdadera tumba de Hatshepsut aún esté esperando ser descubierta. La historia tiene sus formas de guardar sus tesoros.

—¿Otra tumba? —pregunté, con la amargura ganando puestos en mi interior—. ¿Cuántas tumbas puede tener una sola mujer, aunque sea reina?

—Las que quiera. Piensa en la cantidad de sombreros que tienes tú y calcula.

Con un suspiro, salimos de la tumba. A pesar de los sarcófagos vacíos, la experiencia de haber visitado el lugar elegido por Hatshepsut para su reposo había valido la pena, aunque alguien hubiera decidido perturbarlo y evitar que disfrutara de su bien merecido descanso.

El Winter Palace estaba rebosante de actividad en aquella época del año. Mamá se encontró con varios amigos, por lo que decidimos alargar nuestra estancia unos días antes de regresar a Asuán. Fue una suerte, porque Howard pudo informarnos en persona de un importante descubrimiento que, desgraciadamente, nada tenía que ver con mi querida faraona.

—Un grupo de nativos ha realizado el hallazgo más importante de papiros arameos muy cerca de donde se encuentran ustedes, *milady*, en el extremo sur de la isla de Elefantina —nos explicó—. Aparentemente, se refieren a una mujer. Son las escrituras de

compromiso matrimonial y datan de la época de Artajerjes I a Darío II. Son muy importantes, *milady*, ya que están en el lenguaje bíblico original… ya he escrito a lord Amherst, pero sería fundamental que lográramos hacernos con el máximo número posible de estos papiros.

Fue dicho y hecho. Mamá y yo nos olvidamos de los lujos de las *dahabiyah* y tomamos el primer tren a Asuán. Nos fuimos directamente a Elefantina, donde llegamos a tiempo de obtener cuatro papiros en más o menos perfecto estado. Al regresar a Qubbet el-Hawa, me encontré con la grata sorpresa de que unos fragmentos habían llegado hasta el mercado local, donde Billy los había adquirido pensando que podrían ser de interés para mí.

—¡Mi niño maravilloso! —exclamé, viéndome inundada de una suerte de orgullo maternal muy poco frecuente en mí.

—¡Mamá, ya no soy ningún niño! —me regañó él—. Estoy a punto de cumplir dieciocho años. He pensado continuar los pasos de papá y seguir la carrera militar.

—Tú lo que quieres es matarme de un disgusto —repliqué.

Me sumergí, emocionada, en el estudio de los papiros, con la intención inicial de llevárselos a Fardie como muestra de mis éxitos como arqueóloga. Sin embargo, en cuanto los hube examinado con calma caí en la cuenta de que pertenecían a un grupo mayor, y que separar los lotes carecía de sentido alguno. Con la ayuda de Howard, logré convencer a todos los demás extranjeros que habían adquirido papiros que los cedieran al Museo de El Cairo para que fueran estudiados y expuestos como una unidad. Lo que no podía imaginar es que, por semejante acto de generosidad por mi parte, habría una recompensa, una especie de *bonne bouche* por buen comportamiento. *Monsieur* Maspero, el todopoderoso director del Departamento de Antigüedades, me escribió una cariñosa carta de agradecimiento y envió algunas fotos de estatuas halladas en Karnak para que eligiera una a cambio de los papiros. Me sugirió que la grande de pie era la mejor, en lo cual estuve totalmente de acuerdo: era una figura de Harbes sosteniendo a Osiris, datada de finales del siglo VI a. C. Una maravilla, vamos, que mandé empaquetar cuidadosamente para trasladar a Inglaterra junto al resto de las maravillas —pájaros momificados, en su mayoría— que me habían permitido conservar de cuanto había descubierto en Qubbet el-Hawa.

Lo cierto es que nuestra excavación estaba a punto de terminar. Habíamos descubierto un total de treinta y dos tumbas, y ahora me enfrentaba a la inmensa tarea de documentar meticulosamente todo lo que habíamos realizado. El Departamento de Antigüedades, en su extrema magnificencia, me había encargado escribir un artículo sobre

nuestro trabajo. Mientras revisaba notas y esquemas, asegurándome de que cada fragmento de cerámica y cada inscripción quedaran debidamente registrados, me recordaba a mí misma que no podía dejar ningún detalle al azar. No había muchas mujeres al frente de concesiones en Egipto en aquel momento —tampoco es que las haya ahora—, y no quería bajo ningún concepto que me tacharan de caótica o desordenada y ese juicio afectara a futuras investigadoras. Aunque mis descubrimientos no supusieran un hito definitorio en la historia de la egiptología, debían quedar plasmados con rigor y método científico.

Mamá, por su parte, estaba absorta en su propio mundo literario. Su pluma se deslizaba sobre el papel como una bailarina sobre el escenario, mientras escribía sobre la reina Hatshepsut en su libro de historia de Egipto. Estaba decidida a afrontar su reinado como una época de paz y prosperidad, con hitos como la célebre expedición a Punt o la construcción de su magnífico templo funerario. No voy a negarlo: me sentí orgullosa de su determinación por hacer justicia a la memoria de la gran reina. ¡Alguien tenía que hacerlo!

Y así, mientras documentaba nuestro paso por Qubbet el-Hawa y mamá plasmaba la historia de una de las mujeres más fascinantes de Egipto, nuestros días en el país de las pirámides llegaron a su fin. Egipto había supuesto un capítulo en nuestras vidas que, sin duda, nos había cambiado para siempre pero, muy a mi pesar, había llegado la hora de volver a la realidad. Quizá por ello, cuando Howard nos escribió para preguntar si deseábamos unirnos a él en una última aventura en el Valle de los Reyes antes de guardar las botas y el sombrero de arqueólogas, no pudimos resistir la invitación.

—Mamá —le dije mientras leía en voz alta—, parece que nuestro amigo Howard ha tropezado con otra tumba.

—¿También desvalijada por los bandidos en la Antigüedad?

—No lo sabemos. Esta vez propone esperarnos para que estemos presentes el día de la apertura.

—¡No podemos faltar!

Una vez más, viajamos hasta Luxor en nuestra faluca, la Dongola, con el *rais* Alí como capitán. Nos encontramos con Howard en el Winter Palace. Vino acompañado de Édouard Naville, al que hacía tiempo que no veía. Tras tomar una taza de té en el salón de hotel para reponer fuerzas, hicimos juntos el trayecto en burro hasta el Valle de los Reyes, más o menos a la misma altura de la última vez. Howard no había querido llevar a ninguno de los trabajadores de su propio equipo, de modo que solicitó la asistencia de nuestro *rais* Alí. La nueva tumba se encontraba entre la de Hatshepsut y la de Tutmosis

IV, literalmente pegada a la de un faraón de nombre más impronunciable de lo habitual: Mentuherkhepshef.

—Es aquí —dijo Howard, señalando una modesta apertura en la tierra—. Puede que no sea grandiosa, pero… tengo un presentimiento. Por eso las he avisado.

—Por su posición, el yacimiento tiene posibilidades —señaló Édouard—. Es aproximadamente de la época de Hatshepsut y está muy cerca de su propia tumba, lo cual denotaría una extrema cercanía con la reina.

—Veremos.

Entramos juntos, siguiéndolo a través de un pasillo estrecho y descendente. El aire estaba cargado de polvo y nuestros pasos resonaban en el silencio sepulcral. Era una tumba muy modesta, casi como las mías de Qubbet el-Hawa, con una escalera abrupta y un pasillo que descendía hacia una cámara bastante rústica. No tenía frescos ni murales ni decoración de ningún tipo. Tras avanzar unas cuantas yardas, llegamos a la cámara funeraria, que estaba sumergida en la penumbra, iluminada únicamente por la antorcha que llevaba Howard.

A cada lado del corredor, cerca de la puerta de la tumba, encontramos dos ásperos nichos en los que se amontonaba un surtido de bienes funerarios rotos, incluyendo una intrigante pieza de madera que representaba un rostro humano que, en algún tiempo remoto, podía haber formado parte de un ataúd. Su expresión, una vez sin duda encantadora, había sido toscamente desgastada para dejar a la vista una superficie dorada con dos ojos de piedra incrustados en la madera. Curiosamente, un ojo *wadjet* estaba rudamente dibujado en la pared de cada nicho. Uno miraba hacia la cámara funeraria mientras que el otro se enfrentaba a la puerta de la tumba.

El suelo del corredor de la tumba estaba cubierto de escombros del entierro: fragmentos de ataúdes, vendajes de momia, cerámica, mechas de lámparas. La acumulación de basura disminuía a lo largo del pasillo desde la entrada hasta la cámara funeraria, lo que sugería que los antiguos saqueadores habían realizado la mayor parte de sus destructivas tareas donde podían gozar de la luz del día que provenía del exterior.

Sobrecogidos por la reverencia, entramos al fin en la cámara funeraria, que estaba toscamente tallada en la roca. Sentí un escalofrío y se me erizó el vello de la espalda. Tuve el presentimiento de encontrarme ante algo mágico, sobrenatural, como si aquel lugar estuviera protegido por una de esas míticas maldiciones faraónicas.

El suelo estaba relativamente limpio. Encontramos los restos de

lo que, quizá, había sido un entierro de muy alto estatus. Un gran fragmento de ataúd redondeado descansaba cerca de una de las paredes, al igual que una olla de cerámica. Confieso que mamá y yo estábamos bastante impresionadas mientras nos movíamos con cuidado por la cámara. Aunque saqueada salvajemente, la tumba tenía un aire de grandeza y solemnidad muy difícil de definir.

Cerca del centro de la cámara funeraria había un enorme ataúd, magnífico, pero no lo bastante rico como para haber pertenecido a un miembro de la familia real. Me acerqué para descubrir que la tapa estaba abierta, dejando expuesta a su ocupante: una mujer de pequeña estatura en comparación con el sarcófago, como si este no le perteneciera, como si se lo hubieran prestado.

Casi tropecé con algo que había a los pies del catafalco. Yaciendo de espaldas, directamente sobre el suelo, había una segunda momia excelentemente preservada. Los saqueadores le habían quitado la mayor parte de las vendas, con toda probabilidad en busca de amuletos y otros tesoros que los sacerdotes egipcios solían esconder entre los pliegues de lino durante el proceso de momificación. La mujer —porque, sin duda, era una mujer— tenía una pequeña mata de pelo largo y pelirrojo. Lo más llamativo era que la momia adoptaba la postura que se empleaba en la XVIII dinastía para una momia femenina real: el brazo izquierdo estaba doblado por el codo, con el puño ligeramente cerrado sobre el centro del pecho. Las uñas de la mano estaban cuidadosamente pintadas de rojo y delineadas en negro. El brazo derecho yacía extendido a lo largo del lado derecho del cuerpo, con los dedos de la mano sin flexionar.

Aparte de las dos mujeres, solo encontramos varias aves momificadas.

—Las aves te persiguen, querida —señaló mamá.

—Parecen ocas —señaló *monsieur* Naville, tras una rápida inspección.

—¿A quién crees que pertenece la tumba? —pregunté.

—Las cabezas de ambas momias están bastante bien conservadas. Ambas tienen pelo de color dorado… me atrevo a decir que eran dos mujeres ancianas. Probablemente los ladrones saquearon el contenido cuando se construyó la tumba de Mentuherkhepshef.

—Pero ¿quiénes son? —insistió mamá.

—Según este texto—respondió Howard, siguiendo con el dedo una inscripción jeroglífica en la pared exterior del sarcófago—, podría ser la tumba de Sitra-In, el ama de cría de Hatshepsut.

—¿Y la otra? ¿La que descansa en el suelo?

—No lo sé. Podría ser, literalmente, cualquiera. Una dama de la

corte, una criada…

—Incluso la propia Hatshepsut —aventuré.

—Eso sí que sería impensable —murmuró Howard—, una reina de su categoría, tirada en el suelo a los pies de su sirvienta. Confieso que estoy decepcionado. Tenía… esperaba encontrar otro escondite con momias reales rescatadas de otras tumbas, como el que hallamos hace algunos años. Vámonos, aquí no hay nada que ver.

—¿Podemos llevarnos las ocas? —preguntó mamá—. Mi hija colecciona pájaros antiguos.

Me di la vuelta y abandoné la tumba, sin querer escuchar la respuesta de Howard.

Aquella fue, en efecto, nuestra última aventura. Me tocó despedirme de Egipto, de su clima perfecto, cálido y seco, con sol perpetuo, de sus monumentos sin igual, de su paisaje también único a su manera.

El Nilo está grabado para siempre en mi memoria. El amplio y brillante río, salpicado de velas blancas en forma de ala y embarcaciones pintadas de todo tipo, las espléndidas cataratas, con sus masas revueltas de rocas y cantos rodados, colinas escarpadas, desiertos dorados y verdes orillas, palmeras esbeltas y árboles sombreados… todo se combina para formar imágenes de belleza siempre cambiante. Además, están sus habitantes. Los egipcios constituyen una población pintoresca e interesante, muchos de ellos encarnaciones vivas de los hombres cuyos retratos figuran en las paredes de los monumentos antiguos. Y estos egipcios de hoy, viviendo en la tierra antigua, tienen modales y costumbres muy similares a sus antepasados de los tiempos de los antiguos faraones. El *shadouf* todavía gime en las orillas del río, las mujeres aún avientan el grano al aire y lo muelen en molinos de piedra, los peces se capturan con el mismo tipo de redes, y los pájaros se atrapan con trampas de la misma forma, como en los días de Hatshepsut y de Tutmosis.

Y yo debía decirle adiós a todo aquello. Lo hice, lo confieso, con lágrimas en los ojos y el corazón encogido por la tristeza.

Regresamos a Inglaterra y, al menos temporalmente, William, los niños y yo decidimos instalarnos en Didlington Hall. De vuelta en la residencia familiar, me encontré en un mundo muy distinto al de las arenas de Egipto. Las antigüedades y manuscritos que había traído de nuestras excavaciones se añadieron a la ya extensa colección egipcia de la familia, cada pieza un recuerdo tangible de nuestra aventura.

Charles Cheston, el abogado, administrador y factótum de Fardie, tuvo uno de sus habituales paroxismos. Con los años se había vuelto más celoso en su papel de guardián de las antigüedades de los

Amherst y puedo decir que le ofendió que yo invadiera su terreno, aunque fuese para aumentar la colección. En cuando a Fardie, se acercaba peligrosamente a los setenta y, por primera vez, comenzaba a sentir que la edad hacía mella en él. Se le veía más cansado y, aunque aún parecía un niño que abre sus regalos la mañana de Navidad cuando llegaron todas las piezas nuevas para su museo, creo que cada vez tenía menos energía para consagrar a la egiptología, y delegaba más y más tareas en Cheston. Un error que acabaríamos por pagar muy caro, pero entonces aún no lo sabíamos.

Terminé de escribir mi *Informe sobre el trabajo realizado en Asuán*, un documento meticuloso y árido como el mismísimo desierto que, aunque satisfactorio en su exhaustividad, no logró disipar del todo la sensación de frustración que me embargaba. Había soñado con grandes descubrimientos, pero Egipto, con su inescrutable pasado, me había supuesto una cura de humildad.

Mamá, por descontado, completó su gran obra: *Un esbozo de la historia egipcia desde los tiempos más remotos hasta la actualidad,* un trabajo, tengo que decirlo, mucho más relevante que el mío. Había conseguido escribir un relato detallado y apasionante de la civilización que siempre había admirado, y lo había hecho bien. Tuvo la ocurrencia de enviar su manuscrito a una editorial especializada en trabajos académicos y, sorpresa de las sorpresas, se lo aceptaron.

¿Sería que el mundo estaba cambiando de verdad?

Yo, lo confieso, estaba bastante perdida y no terminaba de encontrar un siguiente proyecto al que dedicar mi atención. Había arrastrado a toda mi familia en pos de un sueño que se había revelado menos satisfactorio de lo que yo había imaginado. Nunca olvidaría los años pasados excavando en Asuán, pero no me sentía con fuerzas de iniciar de nuevo el proceso, desde cero, para conseguir una nueva concesión. El haber entrado con Howard en la tumba vacía de Hatshepsut también me inspiraba una cierta desazón. Quizá ese era el destino de todas las mujeres que deseábamos salirnos del cauce común: desaparecer en el olvido, reducidas a polvo, meros sarcófagos vacíos sin nada de valor en el interior.

En definitiva, tenía la cabeza llena de pájaros, como decía mi hijo Billy, así que en los pájaros busqué mi refugio. Todo empezó gracias a él, que pasaba su último verano con nosotros antes de marcharse a la Real Academia Militar de Sandhurst a comenzar su vida de adulto. Estábamos con Cheston haciendo el inventario de los objetos que habíamos traído de Egipto cuando Billy, de pronto y sin venir a cuento, estalló en carcajadas.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —pregunté, algo

molesta.

—¡Tres ocas momificadas de la tumba de Sitra-In! —dijo, sin poder parar de reír—. ¡Tres ocas momificadas!

—No le veo la gracia por ningún sitio. Tu abuela tuvo la ocurrencia de pedírselas a Howard, y él las incluyó en nuestro lote…

—Pero ¿cuántos pájaros te has traído? La golondrina de la primera tumba, las momias de pájaros, las ocas de Sitra-In… Mamá, ¿estás segura de que no te confundiste de carrera? Deberías plantearte un futuro en la ornitología.

Y bueno, pues así fue. Siempre he amado a los pájaros, y ha sido mi costumbre durante muchos viajes mantener un diario corto, y, entre otras cosas, siempre mencionar cualquier ave y la localidad en la que las vi. La propia princesa Beatriz me había sugerido que escribiera sobre ello. De modo que me puse a recopilar mis notas, sin ningún ánimo científico, solo con la intención de verme ocupada.

Cuando le mostré a Billy el resultado, estalló de nuevo en carcajadas.

—Mamá, con esto te harás famosa. *Lady* May, la gran cazadora de aves del Nilo.

—Alguien tiene que contar la historia de esas ocas, momificadas o no, ¿no te parece, querido?

21
Personalidad desviada

Liza no lloró al despedirse del *Signal Corps*. No lloró al decirle adiós al ejército. Tampoco lloró cuando le dio el último beso a Ann, sabiendo que nunca volvería a ser lo mismo.

Cuando cerró la puerta de la sala Arlington Hall en la que había trabajado durante los últimos años, supo que no había vuelta atrás. La madera vieja crujía bajo sus dedos, un sonido demasiado definitivo para su gusto. Se quedó un momento con la mirada fija en el letrero descolorido que había sido su mundo durante todo aquel tiempo. Era un adiós a más que un trabajo, era el fin de su vida con Ann, un capítulo cerrado con la delicadeza de una flor marchitándose en otoño.

Ann había decidido quedarse en Washington y continuar su carrera en la nueva arquitectura de seguridad nacional que se estaba construyendo tras la guerra. Y Liza… Liza tenía que volver con sus jeroglíficos y sus tumbas, tenía que regresar al antiguo Egipto que era el eje central de su vida. La decisión de dejar a Ann había sido suya, una elección hecha en el nombre de la ambición y la necesidad de seguir adelante. Pero la certeza no aliviaba el vacío en su pecho. Así que no lloró al marcharse, pero le costó un mundo no hacerlo.

Volvió a casa. A su auténtica casa, que era el Instituto Oriental.

Las calles de Chicago parecían diferentes, o quizá era ella misma la que había cambiado mientras el mundo seguía igual. La guerra había dejado su marca en todos y, aunque las heridas no eran visibles, Liza las sentía en cada paso que daba. Tocaba volver a empezar.

El instituto siempre había sido su refugio de conocimiento en medio del bullicio del mundo exterior. Al entrar, el olor a libros viejos y el silencio del estudio la envolvieron como un abrazo cálido y familiar. Estaba de vuelta en su elemento, entre lenguas antiguas y misterios del pasado. Pero, aun así, en el fondo de su mente, la imagen de Ann persistía, una sombra que no desaparecía con la luz del conocimiento.

Se acomodó en una de las mesas de la biblioteca, rodeada de montañas de textos y notas. Había tomado una decisión: haría su tesis doctoral sobre los *Textos de las Pirámides*. Descifrar la cosmología de aquellos textos ancestrales tenía mucho de criptografía, de modo que había una cierta continuidad con la etapa de su vida que acababa de concluir. Era su camino hacia adelante, una forma de demostrarse a sí

misma que la decisión de separarse de Ann había sido la correcta.

El ligero crujido de unas ruedas que se deslizaban por el parqué la sacó de su ensimismamiento. Levantó la mirada y le dirigió una sonrisa a su amiga.

—Bienvenida de vuelta —le dijo Helene.

Quizá una fase terminara, pero otra volvía a empezar.

Ese día almorzó con Helene, con Charles y con Myrtle, recordando viejos tiempos. Todos ellos estaban ya mucho más adelantados que ella en sus estudios, pero eso solo le daba más energía para continuar. Charles, de hecho, tenía importantes novedades.

—Al final ha dado el paso —dijo Myrtle, sonriendo con orgullo.

—¿Qué paso? —preguntó Liza.

—Me he ordenado. Ahora soy pastor de la iglesia presbiteriana.

Liza se quedó sin palabras. Siempre había sabido que su amigo era muy, muy cristiano, y de hecho alguna vez Myrtle le había hablado de sus ideas de convertirse en pastor, pero nunca creyó realmente que fuese a hacerlo. Desde que se había centrado en sus estudios del budismo zen con el maestro Suzuki, Liza se sentía cada vez más alejada de la forma cristiana de entender el mundo, pero tampoco quería que eso supusiera una barrera con Charles, de modo que se vio obligada a sonreír.

—Enhorabuena, supongo.

—Durante la guerra ha sido capellán del ejército —continuó Myrtle—. No vayas a pensar que eres la única que ha servido a nuestro país.

En las siguientes semanas, Liza centró todos sus esfuerzos en retomar el ritmo académico. Regresó a los cursos de doctorado, a las horas entre libros y legajos antiguos, a los debates científicos en torno a una taza de café. Mientras se sumergía más y más en el estudio, los códigos secretos del antiguo Egipto parecían danzar ante sus ojos, llevándola a un mundo donde las decisiones difíciles y los corazones rotos eran solo ecos de una vida pasada.

Llevaba ya unos meses de vuelta a la rutina arqueológica cuando Charles le contó que estaba planeando regresar a la Chicago House, y le proponía unirse al equipo del Epigraphic Survey para lo que quedaba de temporada.

—Tenemos un proyecto nuevo que creo que te va a interesar. Deir el-Bahari, el templo mortuorio de Hatshepsut. Es cierto que Howard Carter hizo un trabajo magnífico de documentación, pero aún queda mucho por recopilar. ¿Te interesa?

—Hay un aliciente adicional —añadió Myrtle—. Adivina dónde

vamos a iniciar otro proyecto. Te doy una pista. Es el mejor sitio para buscar información de cara a tu tesis doctoral.

—¿La pirámide de Unas? —preguntó Liza—. Se cree que contiene los textos más antiguos.

—¡Bingo!

Liza no dudó ni un instante. Volver a Egipto significaba que había terminado de encarrilar su vida.

Todo estaba como debía estar.

Los preparativos fueron minuciosos. El Instituto Oriental, como cualquier institución académica, tiene sus protocolos y procedimientos, así como una miríada de normas contables para cada pequeño gasto que haya que realizar. Liza era nueva en aquel aspecto de la preparación de una expedición arqueológica, pero afrontó el reto burocrático con la resignación de un niño que tiene que tomarse una medicina: sabe que la necesita, pero eso no evita que sepa a rayos.

Cuando todo estuvo preparado, con los permisos oportunos firmados por al menos tres funcionarios responsables cada uno, partieron rumbo a Egipto. En esta ocasión viajaron los tres juntos, siguiendo una vía semejante a la que había utilizado Liza la primera vez, aunque sin requerir los servicios de Thomas Cook & Son. Tomaron un trasatlántico hasta Londres, de allí fueron en tren hasta Niza y luego continuaron por barco hasta Port Said, donde tomaron un expreso a El Cairo y después otro hasta Luxor.

Una vez allí se instalaron, como es lógico, en la Chicago House.

El inicio de sus actividades no se hizo esperar. Al día siguiente a su llegada se dirigieron a Deir el-Bahari, donde el sol caía sin piedad sobre el templo mortuorio de la reina Hatshepsut. Liza, aún exhausta por el viaje, cubierta de polvo y con el sombrero ladeado, se detuvo para admirar el fabuloso edificio.

—Es uno de los templos funerarios más singulares de todo Egipto —explicó Charles, señalando las imponentes columnas que se elevaban hacia el cielo—, que siguió utilizándose mucho tiempo después de la muerte de la reina, a pesar de que su nombre había sido olvidado. Decenas de arqueólogos han trabajado aquí. Desde la identificación del templo por parte de Champollion y Lepsius en el siglo XIX, hasta los más recientes trabajos de reconstrucción y conservación. De hecho, ha habido un esfuerzo considerable para restaurar el templo y devolverle a su antigua gloria. Nosotros estamos aquí para completar el trabajo de documentación que ya comenzó nuestro difunto amigo Howard Carter…

—Es fascinante —dijo Liza— cómo cada expedición ha aportado una nueva capa de comprensión sobre Hatshepsut y su reinado.

Aunque sigue habiendo imbéciles que niegan su valor.

—Exacto. Y aunque hemos avanzado mucho, aún queda mucho por descubrir.

El sol del mediodía creaba sombras que parecían danzar sobre la piedra antigua. Liza y Myrtle estaban absortas en las explicaciones de Charles cuando una voz desconocida interrumpió su concentración.

—Fascinante, en efecto —dijo su dueño, un joven con aire de complacencia—. Hatshepsut, una mujer tan obsesionada con el poder y su padre que desafió todas las normas de su tiempo.

—Edward, no sabía que estabas aquí —saludó Charles—. Edward Margetts es psiquiatra e historiador de la Universidad John Hopkins. Hace unos meses me visitó en Chicago, estuvimos hablando sobre la reina Hatshepsut. Te presento a mi mujer, Myrtle, y a mi colega Elizabeth Thomas.

—¿Qué decía usted sobre Hatshepsut? —preguntó Liza, con voz firme.

—Estoy haciendo un estudio sobre la personalidad desviada de la reina. Soy experto en psicología anormal y pienso que el carácter masculino de Hatshepsut se explica por un claro complejo de Electra…

—¿Personalidad desviada? —repitió Liza, que no podía creer lo que estaba escuchando.

Myrtle se unió a la conversación, su tono igualmente desafiante.

—Calificarla de desviada es un disparate. Hatshepsut se convirtió en faraón porque era la opción más estable para Egipto, no por una fijación con su padre.

—Se equivoca —afirmó el joven, sonriendo con condescendencia —. Su necesidad patológica de adoptar rasgos masculinos indica una clara desviación de la norma.

Liza apretó los labios, molesta por su arrogancia.

—Adoptar iconografía masculina era una necesidad política, no un capricho personal. Reducir su reinado a una supuesta desviación es ignorar el contexto histórico y cultural en el que vivió.

Myrtle asintió, apoyando a Liza.

—Hatshepsut no fue simplemente una anomalía. Fue una mujer que navegó por las complejidades de su tiempo con inteligencia y habilidad. Por no entrar a debatir el concepto mismo de «personalidad desviada»…

—¿Tienen ustedes títulos académicos en psiquiatría, señoras?

—¿Los tiene usted en egiptología? —replicó Liza—. Porque yo sí los tengo.

—Creo que todos podemos convenir —intervino Charles, conciliador— que el estudio de la personalidad de las figuras

históricas es un ámbito complejo e interdisciplinar.

—La imbecilidad también es compleja e interdisciplinar —sentenció Liza—. Señor Margetts, espero sinceramente que nadie se avenga a publicar sus teorías. Ahora, si nos permite, tenemos trabajo que hacer. Trabajo de verdad. Buenos días.

Con un gesto de despedida, Margetts se alejó, dejando a Liza hirviendo de furia.

—Algunas personas nunca entenderán —murmuró Myrtle—. Pero has estado soberbia.

—Sigamos con lo nuestro —dijo Charles, guiándolas hacia uno de los pórticos, que estaba repleto de relieves—. Estas inscripciones nos hablan de expediciones a tierras lejanas, como el famoso país de Punt, que creemos que podría estar en la moderna Eritrea, más o menos. Este es el objeto de nuestro proyecto: documentar con todo detalle este grupo de relieves.

Myrtle los observó con admiración.

—Es casi como si Hatshepsut estuviera aquí con nosotros, contándonos sus historias a través de estas piedras.

—Es increíble cómo el artista ha sabido captar los detalles —asintió Liza—. Mirad aquí, esta mujer tremendamente obesa… según el texto, es la reina de Punt, la esposa del rey Parahu. Y aquí vemos los árboles que se llevaron enteros para plantarlos en los jardines del templo de Amón. No cabe duda: Hatshepsut era una desviada, una loca obsesionada con el poder.

—No dejes que esas cosas te afecten, amiga mía. Piensa en Cristo y reconfórtate en tu fe.

Charles se alejó con su eterna libreta en mano, mientras Myrtle se quedaba junto a ella, trazando cuidadosamente los jeroglíficos con sus dedos. Las dos permanecieron unos instantes en silencio, hasta que el fin, Myrtle se acercó, con su mirada fija en Liza.

—¿Y tú qué opinas? ¿Crees que Hatshepsut era una desviada? Quiero decir…

—No lo sé. Antes de convertirse en faraón, estuvo casada con Tutmosis II y tuvo al menos una hija. Por mucho que se vistiera de hombre, no hay motivos para pensar que lo hiciera por una cuestión de identidad o de orientación sexual.

—Yo también estoy casada —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Crees que soy una desviada?

Liza se encontró con los ojos de Myrtle, sintiendo la electricidad de su conexión.

—Como bien me ha recordado el señor Margetts, no soy psiquiatra. Pero te diré algo. Por mucho que diga la medicina, no creo

que ni tú ni yo seamos unas enfermas ni unas desviadas. Y, si realmente Hatshepsut se sentía un hombre… no creo que eso fuera tampoco ninguna enfermedad.

—¡Señoras, basta de charla y a trabajar! —gritó Charles, desde el otro lado del pórtico—. Recordad, ¡santificación por el trabajo!

Durante las siguientes semanas, el trabajo se centró en los bajorrelieves sobre la expedición a Punt en el templo de Hatshepsut. Aunque no tenía relación directa con el tema de su tesis doctoral, Liza estaba encantada. Hatshepsut siempre la había fascinado y, después del encuentro con el estúpido de Margetts, se daba cuenta de que quedaba mucho por hacer a la hora de reivindicar la memoria de la antigua reina.

Había pasado casi un mes cuando Charles le propuso una escapada a Saqqara para echar un primer vistazo a la pirámide de Unas, en la que el Epigraphic Survey acababa de empezar a trabajar. Aunque poco estudiada, la pirámide estaba reconocida por la calidad y grado de conservación de sus inscripciones funerarias. Su tesis avanzaba más despacio de lo esperado, así que la excursión le venía como papiro al rollo.

Liza, Myrtle y Charles tomaron el tren hasta El Cairo y, desde allí, contrataron un coche que los llevó a Saqqara. La pirámide de Unas, aunque en ruinas y más parecida a una colina que a una pirámide real, se erguía no muy lejos de la pirámide escalonada de Zoser como un guardián silencioso del pasado. La entrada consistía en un agujero en el suelo, ubicado en la zona del templo mortuorio. Descendieron por unas escaleras y recorrieron un corredor largo y oscuro, inundado de un penetrante olor a amoniaco. Al fin llegaron a una sala más amplia, iluminada por un equipo eléctrico instalado por los trabajadores del instituto.

—Esta es la antecámara —explicó Charles—. Los *Textos de las Pirámides* están grabados en la cámara funeraria, a la derecha.

Avanzaron en silencio. Myrtle, con un brillo de curiosidad en los ojos, se acercó a una de las paredes casi desmoronadas.

—Entonces, estos textos son como conjuros mágicos, ¿verdad? ¿Para asistir a Unas en su viaje al más allá?

—Así es —confirmó Liza, examinando detenidamente los jeroglíficos—. Los *Textos de las Pirámides* son un repertorio de conjuros, encantamientos y súplicas destinados a ayudar al faraón en su viaje a la Duat y asegurar su resurrección y la vida eterna. Fueron tan influyentes que inspiraron los *Textos de los Sarcófagos* y, más tarde, el *Libro de los Muertos*.

Llegaron a la cámara funeraria, donde la atmósfera se volvía más

íntima y misteriosa. A pesar de su deterioro, los textos en las paredes seguían intactos, como una fotografía a todo color del interior de la mente de los antiguos egipcios.

—¿Y cómo crees tú que se relacionan con la cosmogonía? —preguntó Charles, mirando los textos con interés—. Quiero decir, son textos religiosos, pero también astronómicos, ¿no es así?

Liza se detuvo frente a una de las inscripciones.

—Estos textos no son solo un conjunto de rituales, representan una compleja visión del universo. Contienen teorías sobre la creación, luchas entre dioses como Horus y Seth, y fórmulas para la resurrección del faraón, y todo ello tiene correlación con las estrellas.

Myrtle se acercó más.

—¿Hay diferentes teorías cosmológicas en estos textos?

—Sí. Una se basa en mitos solares, donde el faraón es guiado hacia el dios solar Ra. La otra es una mitología estelar más antigua, centrada en las estrellas circumpolares, vistas como inmortales. Mi tesis examina cómo estas teorías reflejan la evolución de las creencias religiosas y cosmológicas en el antiguo Egipto.

Charles asintió impresionado.

—Es realmente fascinante. Tu tesis va a ser un auténtico hito en el estudio de la espiritualidad egipcia, querida amiga.

Liza sonrió, pero su mirada se cruzó con la de Myrtle mientras Charles se alejaba para tomar notas en su eterno cuaderno.

—Es increíble estar aquí, ¿no te parece? —susurró Myrtle, su voz apenas audible sobre el eco de sus pasos.

—Es como si pudiéramos tocar la eternidad —respondió, consciente del doble sentido de sus palabras.

La luz del día comenzaba a desvanecerse cuando salieron de la pirámide, pero la conexión entre Liza y Myrtle se mantenía intacta a través de los años y a pesar de las circunstancias.

Regresaron a Luxor poco después. En el tiempo que le dejaba libre el proyecto en Deir el-Bahari, Liza trabajó a destajo en su tesis. Entre la documentación que había recogido en la pirámide de Unas y la bibliografía de la propia Chicago House, tenía información más que suficiente. La hipótesis de Liza consistía en que la astronomía en general y las estrellas en particular siempre habían formado parte importante de las creencias funerarias egipcias. El faraón no solo deseaba unirse al dios Ra en su salida y puesta diaria, sino que quería llegar a ser uno de los «imperecederos», las estrellas circumpolares. La observación astronómica también fue una parte importante del ritual egipcio, ya que la salida helíaca de la estrella Sirio marcaba el comienzo del año nuevo.

Cuando llegó el final de la temporada, la tesis de Liza estaba prácticamente acabada. Continuó trabajando durante el solitario viaje de vuelta y, al llegar a Chicago, solo tuvo que hacer unos retoques antes de entregarla.

El día en que le tocó defender la tesis, llegó al Instituto Oriental cargada de confianza en sí misma. Nada que ver con aquella muchacha asustada que había hecho el examen de ingreso unos años atrás. Ahora era una egiptóloga consagrada, además de una experta en criptografía que había contribuido a la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial. Liza estaba muy segura de la solidez de su tesis. Nada podía salir mal.

Cuando llegó el momento de hacer su presentación, entró en el aula con la cabeza alta y paso seguro, sin asomo de nerviosismo, y comenzó a desglosar sus hallazgos sobre las complejas creencias religiosas y cosmológicas del antiguo Egipto. Sus hipótesis y la investigación bibliográfica venían contrastadas con hallazgos sobre el terreno, algo no tan habitual en una tesis. Los miembros del tribunal, algunos de los cuales eran sus antiguos mentores, la escuchaban atentamente, asintiendo y haciendo preguntas que Liza respondía con una mezcla de erudición y pasión. Al finalizar, tras un debate intenso pero respetuoso, le concedieron el título de doctora, reconociendo su trabajo meticuloso y su contribución al campo de la egiptología.

Ya con el título en mano —o al menos con el resguardo, ya que el diploma en sí tardaría unos meses—, Liza sintió que era el momento de un nuevo comienzo. Uno más. Nueva York le parecía el lugar perfecto para ubicar su residencia, no solo por su ambiente vibrante y la presencia de amigos como Joel y su antigua profesora Blanche, sino también por sus infinitos recursos. Las bibliotecas de la ciudad ofrecían multitud de títulos sobre egiptología, fundamentales para su continuo estudio e investigación. Aún no estaba segura de en dónde trabajar, pero eso no le importaba. Seguía siendo colaboradora del Instituto Oriental, pero Chicago estaba lejos y su objetivo era encontrar algo relacionado con la egiptología en la ciudad. Podía ser el Met, podía ser la Universidad de Columbia o podía ser el Museo de Brooklyn, eso era lo de menos. No tenía prisa: durante la guerra, había ahorrado bastante. Podía permitirse buscar el trabajo perfecto.

Inicialmente se instaló cerca de The Cooper Union, que era donde vivía Joel, aunque poco después se mudó al norte de donde construían la sede de las Naciones Unidas. Estaba maravillada por los colores otoñales que adornaban la ciudad. El aire fresco y el cielo azul contrastaban con el bullicio de Nueva York, donde el amarillo y naranja de las hojas caídas creaban un tapiz sobre las aceras. Las

tardes se llenaban de un resplandor dorado, y la ciudad cobraba vida con el zumbido constante de la actividad y la promesa de aventura.

Una noche, al poco de llegar, Joel la llevó a uno de sus actos de la alta sociedad. Su amigo se negaba a hablar de Tom y se refugiaba en su frivolidad habitual, pero Liza sabía que llevaba el luto por dentro, donde nadie pudiera verlo. Con ese desparpajo tan suyo y el encanto que nunca lo abandonaba, la ayudó a comprar el vestido perfecto, la llevó al peluquero de moda y hasta le dio los últimos toques de maquillaje, como si fuera una modelo o una actriz de cine, o quizá una muñeca, no lo tenía claro. Llegaron al Waldorf, que se preparaba para una de las cenas benéficas más esperadas del otoño. Luces brillantes, risas y música llenaban el ambiente, mientras la élite de la ciudad se congregaba para celebrar lo fantástico de sus vidas.

Liza y Joel se adentraron en el salón principal. La música y las conversaciones flotaban en el ambiente. Las mesas estaban decoradas al más mínimo detalle, con centros de flores frescas y una vajilla con motivos azules de aspecto finísimo. Mientras se movían entre la multitud, Joel le señaló a varias personalidades destacadas. Fue entonces cuando Liza reconoció a Natacha Rambova, la exmujer de Rodolfo Valentino. La había visto —como todo el mundo— en televisión y en las revistas, y siempre le había parecido una mujer interesantísima, además de francamente guapa.

En ese momento, se anunció el comienzo de la cena benéfica. El alcalde dijo unas palabras, pero Liza ni siquiera llegó a enterarse de para quién eran los fondos. No podía apartar la mirada de ella.

—Te gusta, ¿eh? —le susurró Joel. Liza sintió que se sonrojaba al instante y bajó la mirada, sin atreverse a contestar—. Luego te la presento.

—¿La conoces?

—Pues claro que no, pero ¿cuándo ha sido eso un obstáculo? Lo bueno de ser homosexual, querida, es que todas las divas me adoran.

Tras la cena, cuando empezaron a servirse las copas, Joel la tomó de la mano y se abrió camino hacia Natacha como si fuera uno de aquellos kamikazes japoneses que luchaban en la guerra. Se plantó frente a ella y abrió los brazos con un gesto exageradamente teatral.

—¡Natacha! ¡Natacha! ¿No te acuerdas de mí?

Ella sonrió con ironía.

—Tengo memoria fotográfica, así que ese ardid no va a funcionarte. No nos conocemos.

—Pero vamos a hacerlo enseguida, porque quiero escribir sobre ti para *The New Yorker*. La Rambova: de mujer de Valentino a diva de la egiptología.

—Ya se ha escrito demasiado sobre mí, créeme. Ahora prefiero escribir yo.

—¿Egiptología? —intervino Liza, sorprendida—. No sabía que se interesaba usted por el antiguo Egipto.

—¿Y tú quién eres, si puede saberse?

—Elizabeth Thomas. Acabo de doctorarme en egiptología por el Instituto Oriental y… bueno, acabo de llegar a la ciudad.

Natacha entrecerró los ojos y la miró con atención. Levantó la mano con la que fumaba un cigarrillo de la manera más elegante que Liza hubiera visto jamás y le dedicó a Joel un gesto de desdén.

—Tú, ve a traernos dos martinis. Sé bueno y quizá hable contigo para ese artículo. Y tú, Elizabeth, tú…

—Liza, por favor.

—Tú me interesas muchísimo más. Siéntate aquí conmigo. —Liza obedeció y se acomodó en la mesa junto a Natacha, en un sitio que había quedado libre—. Solo me conocías por ser la exmujer de Rodolfo Valentino, imagino.

—Bueno… por eso y por las revistas, la verdad. Moda, diseño, espectáculos. ¿No trabajó usted en Broadway?

—Háblame de tú, por favor. Hace siglos de aquello. Y tú ¿eres egiptóloga de verdad?

—Por supuesto. Regresé de mi última temporada en Luxor poco antes del verano.

—Yo visité Egipto por primera vez en 1936, cuando estaba casada con Álvaro de Urzaiz. ¿Sabes que era fascista, el muy cabrón? Me divorcié en cuanto me di cuenta. El caso es que me sentí profundamente conmovida por el país y su historia, como si de pronto hubiera vuelto a casa, ¿sabes lo que quiero decir?

—Yo sentí exactamente lo mismo.

—Esa experiencia me marcó y desde entonces he decidido invertir todos mis esfuerzos en Egipto. Colaboro con el Instituto Francés de Arqueología Oriental en un estudio sobre el *Libro de las Cavernas*, no sé si lo conoces…

—¿Cómo no voy a conocerlo? —replicó Liza, emocionada—. Mi tesis doctoral trata sobre los *Textos de las Pirámides*, que son…

—¡… el primer antecedente del *Libro de las Cavernas*! ¡Pero qué maravillosa casualidad! Escucha, mañana tengo entradas para ir a la ópera a ver *Aida*, la conoces, ¿verdad? ¿Quieres venir conmigo?

—¡Será un placer!

En ese momento llegó Joel, seguido por un camarero que llevaba una bandeja con tres copas de martini. Le hizo un gesto para que las dejara encima de la mesa y se sentó entre Liza y Natacha.

—Bueno, ¿qué me he perdido?

—Supongo que tu amigo también vendrá a la ópera mañana, ¿no? —preguntó Natacha—. Por esta vez, pase, pero te advierto que tres son multitud.

La velada fue de las mejores de la vida de Liza. Por primera vez, se sintió completamente a sus anchas en ese ambiente sofisticado de la alta sociedad que, la verdad, nunca había sido su elemento. Pero Natacha la fascinaba cada vez más, y tener a Joel al lado la ayudaba a sentirse segura, como un trapecista que sabe que tiene una red de seguridad.

En contra de su costumbre, se quedó hasta que terminó la fiesta. Al ir a despedirse, estuvo a punto de proponerle a Natacha que fueran a tomar una última copa a algún sitio, pero al final le dio demasiado apuro y prefirió guardar fuerzas para el día siguiente.

Joel la despertó tocando el timbre de su apartamento a primera hora.

—¿Aún estás así? ¡Vamos! Tenemos que comprar un vestido adecuado para la ópera. No pensarías repetir el de anoche, ¿verdad?

Liza no estaba acostumbrada a aquel estilo de vida. Si continuaba así, sus ahorros del *Signal Corps* le iban a durar mucho menos de lo esperado. Pero no protestó: ella era la primera interesada en causarle una buena impresión a Natacha.

Joel la llevó, por supuesto, a la Quinta Avenida. Era una mañana soleada, con el cielo de un azul maravilloso, y Liza se sentía como una artista sacada de una película, Katharine Hepburn en *La mujer del año*, o Bette Davis en *Engaño*, solo que ella no tenía ninguna intención de enamorarse de su amigo. No, su corazón iba en una dirección completamente diferente.

—Recuerda, vamos a la Metropolitan Opera House. Necesitamos un vestido que sea una declaración en sí mismo, algo elegante, pero con un toque de audacia.

Liza asintió, un poco nerviosa. Entraron en una tienda en cuyo escaparate se veían maniquís de una sofisticación inalcanzable, con vestidos sacados directamente de Hollywood. Joel seleccionó varios modelos, dándole órdenes a la dependienta como si trabajara para ella, y la arrastró hacia los probadores.

—¿Qué tal este? —le preguntó, sosteniendo un vestido de satén color marfil con un delicado escote en V y una falda fluida—. Es elegante, pero no demasiado ostentoso. Perfecto para una noche en la ópera. Y para robar corazones.

Liza se probó el vestido, y, al mirarse en el espejo, se sintió transformada, una mujer totalmente distinta. El vestido resaltaba su

figura con una gracia difícil de definir, y el color marfil contrastaba con su piel suavemente bronceada. Se giró hacia Joel, buscando su aprobación.

—¿Qué te parece?

—Es perfecto. Ahora, necesitamos accesorios.

Fueron a otra tienda, donde Joel eligió unos pequeños pendientes de perlas y un bolso a juego. Liza pagó satisfecha: era bastante más pobre que cuando se había despertado, pero se sentía más elegante y sofisticada que nunca.

Por la noche, Natacha pasó a recogerles a ambos por el apartamento de Liza en una flamante limusina. Liza se quedó sin palabras.

—Es alquilada, no os vayáis a pensar que puedo permitirme tener una de estas. Pero siempre he pensado que hay que saber hacer una gran entrada, ¿no os parece?

Cuando llegaron a la Metropolitan Opera House, Liza se quedó maravillada ante el esplendor del teatro, con sus techos altos, sus molduras doradas, sus arañas de cristal centelleantes y el murmullo del público.

Mientras se acomodaban en sus asientos, Natacha les entregó programas. Liza abrió el suyo y empezó a leer sobre el estreno de *Aida* en El Cairo, en 1871. La descripción de la grandiosidad del evento la cautivó: elefantes en el escenario, suntuosos disfraces y una audiencia compuesta por la élite egipcia y europea. Era una representación de poder y riqueza, en un lugar que resonaba profundamente con su pasión por Egipto.

—Imagina haber estado allí —le susurró Liza a Natacha—, en el estreno de una ópera sobre Egipto, en Egipto. Tiene que haber sido espectacular.

Natacha asintió.

—Tenemos que ir juntas a Egipto, querida.

La ópera comenzó, y las primeras notas de la orquesta llenaron el teatro. Liza se dejó llevar por la música y la historia de Aida, una esclava etíope atrapada en un amor prohibido.

Durante el intermedio se sirvieron copas de champán. Natacha conocía a todo el mundo. Mientras ella saludaba a magnates, artistas, políticos y *socialités*, Liza y Joel comentaban la función.

—Es fascinante cómo una historia de amor y conflicto puede ser tan atemporal —comentó este—. Aida es un personaje muy actual, ¿no te parece?

Liza asintió, pensativa.

—Es más que una historia de amor. Es sobre la identidad, sobre

la lealtad a uno mismo.

—¿Estás hablando de Aida o de ti misma?

—¿De las dos?

Durante la segunda parte de la ópera, Liza volvió a sumergirse en la historia, que adquiría tintes cada vez más dramáticos. De alguna forma, se sentía conectada no solo con Aida, sino también con aquellos que habían presenciado el estreno en 1871. Era como si a través del tiempo y el espacio, pudiera compartir un momento con ellos, unidos todos por la magia de la música y la historia. ¿Quiénes serían? ¿Cómo serían sus vidas? ¿Qué pensarían del antiguo Egipto?

Al final de la noche, mientras el aplauso resonaba en el teatro, Natacha se inclinó junto a ella.

—Mañana organizo una *séance* en mi casa. Una sesión de espiritismo, ya sabes. ¿Queréis venir?

—Por supuesto.

Al día siguiente, Liza y Joel se presentaron en el elegante apartamento de Natacha Rambova en pleno Upper East Side. Por fortuna, esta vez no había sido necesario adquirir ropa de gala. Al llegar, se encontraron con una atmósfera de misterio y expectación. Natacha había invitado a varias figuras de la alta sociedad, entre ellas un hombre, ya anciano, a quien Liza reconoció al instante. Él también se le quedó mirando, como si tratara de adivinar quién era.

—No me diga su nombre —le dijo, acercándose—. Estoy seguro de que nos hemos visto antes.

—Soy Elizabeth Thomas, señor Rockefeller. Nos conocimos antes de la guerra…

—¡En el Instituto Oriental! ¡Ya recuerdo! Fue usted una de las víctimas de nuestro James. Le di una tarjeta, pero nunca me llamó.

—Me dijo que lo hiciera si necesitaba algo. No ha sido así.

—Liza es egiptóloga —intervino Natacha—, y su amigo Joel es periodista del *The New Yorker*, así que espero que os comportéis esta noche. Querida, veo que ya conoces a John. Este es su hijo, John Rockefeller III y su esposa, Blanchette. Te presento también a Francis Amherst Cecil, exmarido de Cornelia Vanderbilt.

—Amherst Cecil —repitió Liza, mientras saludaba—. No será usted…

—Si es usted egiptóloga, sin duda ha oído hablar de mi madre, *lady* May Amherst.

—¡Por supuesto! La descubridora de las tumbas Cecil.

—Tengo que decir que fue más bien un proyecto familiar. Mi madre nos arrastró a todos a Egipto y estuvimos varias temporadas viviendo en un pueblecito al borde del desierto, cerca de Asuán. De

hecho, fue allí donde conocí a Cornelia. Éramos unos críos, pero fue amor a primera vista.

Al presentarlos, Natacha había mencionado que Cornelia era su exmujer, de modo que Liza no supo bien qué decir. A Joel no le ocurrió lo mismo.

—Tengo entendido que se marchó a vivir a París hace unos años, se tiñó el pelo de rosa y se hace llamar Nilcha —comentó, con gesto malicioso.

—Ya ve, de niño me quejé siempre de lo loca que estaba mi familia, y al final acabé casándome con la única mujer más loca que todos ellos. No puedo negar que tuvimos unos años increíbles, y Cornelia tuvo la deferencia de dejarme Biltmore Estate para que yo lo gestione hasta que lo hereden nuestros hijos.

—¿Y ha heredado usted la pasión por Egipto, lord Amherst? —preguntó Liza, incómoda.

—¡Por favor, llámeme Francis! Además, el título lo tiene mi sobrino Alexander, ya sabe cómo funciona la aristocracia británica. No, me temo que lo mío es la diplomacia. Aunque tampoco soy muy bueno en eso, teniendo en cuenta que ni siquiera he sido capaz de firmar la paz en mi propio matrimonio…

Natacha la tomó del brazo y siguió presentándole a gente: la actriz Lauren Bacall, el pintor Jackson Pollock o la famosa filántropa Barbara Hutton eran algunos de los presentes. Joel quedó especialmente fascinado con un hombrecillo llamado Truman Capote, un joven escritor con el ingenio casi tan afilado como el de su amigo.

Terminadas las presentaciones, Liza observó, intrigada y un poco escéptica, cómo Natacha preparaba el salón. Las luces estaban atenuadas, y una mesa redonda estaba dispuesta en el centro, rodeada de sillas. Unas velas parpadeaban suavemente, creando sombras danzantes en las paredes.

—Es una experiencia única, Liza —susurró Natacha mientras los invitados comenzaban a sentarse frente a la mesa—. Puede que no creas en esto, pero mantén la mente abierta.

Joel, siempre escéptico, se acomodó junto a Liza.

—Esto debería ser interesante —comentó con una sonrisa burlona.

La sesión comenzó con la llegada del médium, un hombre de aspecto solemne y voz suave, que en vez de llevar una túnica de seda bordada o algo similar, vestía frac y parecía todo un caballero. Se sentó en la cabecera de la mesa, cerró los ojos y comenzó a invocar a los espíritus. La habitación se sumió en un silencio expectante.

De repente, el médium empezó a hablar en una voz que parecía

más bien femenina.

—Estoy aquí —dijo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Liza.

—¿Quién eres? —preguntó Natacha.

—Tú me conoces —masculló el médium. Tenía los ojos en blanco, pero Liza sentía que se dirigía directamente a ella—. Has visto mi cuerpo. Has visto mi tumba.

—¿Quién eres? —insistió Natacha.

—*Aida* —dijo el médium, medio hablando, medio cantando la melodía del aria principal de la ópera—. *Aida*. Yo fui testigo del estreno. Yo estaba allí.

Liza se consideraba una persona relativamente escéptica. Era cierto que le interesaban el budismo zen y las religiones orientales, pero el espiritismo siempre le había parecido más un espectáculo que algo real. A pesar de todo, se le puso la carne de gallina.

—¿Mamá? —preguntó Francis Amherst—. Mi madre estuvo en el estreno de *Aida* en El Cairo en 1871, nos los contó cientos de veces… ¿mamá, eres tú?

—No —sentenció el médium—. Tu madre era mi amiga. Mi única amiga. Tú. —El dedo del médium, que de pronto parecía inhumanamente largo y delgado, se extendió en dirección a John Rockefeller—. Tu padre me desahució. Me abandonó. Se avergonzaba de mí. Por su culpa, mi cuerpo no descansa en paz.

De pronto, las lágrimas empezaron a correr por las mejillas de Liza. No sabía cómo, pero estaba segura de quién era aquella persona, aquel espíritu que hablaba desde el más allá, si es que aquello era posible.

—¿Por qué se avergonzaba? —preguntó, con la voz temblorosa.

El médium clavó sus ojos blancos en ella y esbozó una sonrisa que le heló la sangre.

—Porque soy una personalidad desviada.

22

Un hilo en el tapiz

Tras la expedición a Punt, el regreso al harén se me hizo más duro que nunca. No tenía, literalmente, nada que hacer. Intenté ver al canciller Neshi varias veces, pero siempre estaba demasiado ocupado para atenderme. Senenmut también iba por Tebas como gallina descabezada, alternando sus obligaciones como consejero principal de la reina con su trabajo como arquitecto. Neferure y Tutmosis habían crecido, ya no eran niños y tenían sus propias obligaciones. Hasta el sumo sacerdote Hapuseneb me daba la espalda.

Me sentía tan vieja e inútil como una esfinge abandonada que cuida de una tumba vacía.

Al fin decidí que había llegado el momento de hablar claro. Pedí una audiencia con la reina, por el mismo cauce oficial que utilizaba cualquier cortesano. Me recibió junto a Senenmut y Hapuseneb, ambos con gesto sorprendido.

—¿Desde cuándo pides audiencia para verme, Sitra?

—Desde que mi niña vive en el palacio y yo en el harén real —respondí—. Precisamente es de eso de lo que quería hablar, majestad. Solicito permiso para trasladarme a palacio. En el harén soy… totalmente inútil.

Hatasu tardó unos instantes en responder.

—Es cierto que, siendo yo faraón, la mera noción de un palacio de las mujeres es absurda. No es como si fuese a tomar esposas y concubinas que vayan a residir allí.

—Sin embargo, sería tu derecho, majestad —intervino el arquitecto real—. Aunque la princesa Neferure sea la esposa de Amón, las esposas secundarias y concubinas siempre han sido un modo de sellar alianzas con pueblos extranjeros. No hay ningún motivo para que renuncies a ello.

—Interesante visión, pero creo que no necesito rodearme de mujeres ociosas que no tienen más que hacer que inventar intrigas y conspiraciones. Le dejo esa labor al joven Tutmosis. Pronto estará en edad de casarse y, aunque habrá de tomar a Neferure como gran esposa real, no dudo que querrá concubinas que le entretengan. —A continuación, Hatasu posó sus ojos en mí—. Sitra, necesito que te quedes donde estás. Siempre has sido mis ojos y mis oídos. Puede que ahora el harén esté tranquilo, pero te aseguro que la calma no durará mucho, y te necesito allí.

Había dado por hecho que mi Hatasu accedería a mi petición. Jamás hubiera figurado que prefiriera tenerme lejos. Sin embargo, no me quedaba más alternativa que acatar su decisión.

—Como deseéis, mi reina —respondí, sintiendo un nudo en la boca del estómago.

—De todas formas, tengo una labor para ti. Quiero que trabajes con Senenmut en mi complejo funerario. Nadie me conoce como tú. Has cuidado de mí en este mundo, es justo que lo hagas también en el reino de Osiris.

No era lo que yo había pedido ni lo que deseaba, pero, al menos, me encontraba con alguna ocupación. Asentí, agradecida.

—Así se hará, majestad.

Aquel mismo día, por la tarde, Senenmut me llevó al lugar elegido para alzar el *Dyeser-Dyeseru*, el sublime de los sublimes, el Templo de Millones de Años de la reina Hatshepsut. Nos detuvimos a contemplarlo a cierta distancia. El nuevo edificio se alzaba como una joya resplandeciente en medio de las doradas arenas de la orilla occidental del Nilo, bajo la atenta mirada de un sol implacable.

—¿Ves, Sitra? —me dijo el arquitecto, con ojos centelleantes—. Esta será la mansión eterna de nuestra soberana. Un monumento que desafiará a la eternidad.

Ante la magnitud de lo que se erguía ante mí, no pude más que asentir en silencio.

El templo, tallado en la roca misma de la montaña, se alzaba como un puente entre el cielo y la tierra. Cada columna, cada relieve, cada estructura hablaba de la grandeza de Hatshepsut, de su divinidad otorgada por Amón. Era más que un simple lugar de descanso eterno: era una declaración, un mensaje a los dioses y a los hombres sobre un reinado bendecido por lo divino.

Nos adentramos en las obras, y Senenmut comenzó a explicarme los relieves que adornaban las paredes. Cada uno era un capítulo en la vida de nuestra reina, un mensaje tallado en piedra para la eternidad.

—Observa, Sitra —comenzó Senenmut, señalando un relieve particularmente impresionante. No pude dejar de darme cuenta de lo mucho que había madurado el arquitecto. Del joven algo alocado que había conocido, había crecido para convertirse en un auténtico sabio —. Aquí, la coronación de Hatshepsut. Vemos cómo los dioses la acogen como una de los suyos, una legitimación divina de su reinado.

En la escena, Hatshepsut se presentaba en una pose majestuosa, recibiendo las insignias de su poder de manos de Amón. A su alrededor, una multitud de deidades la bendecían, cada una detallada con una precisión exquisita.

Avanzamos hacia otro panel, donde la historia continuaba.

—Esta escena me resulta familiar —sonreí.

—Representa la expedición a Punt. Fue un hito en su reinado, una demostración de su poder y su voluntad de expandir las fronteras de Egipto. Y tu papel no fue pequeño, Sitra.

Los grabados mostraban nuestros barcos surcando las aguas del mar, las maravillas de Punt y los tesoros que trajimos de regreso a Tebas. Era casi como volver a estar allí, una memoria en piedra de nuestra gran aventura. Y también un testimonio del alcance y la ambición de Hatshepsut.

A continuación, llegamos a una serie de relieves que mostraban a la reina realizando ofrendas a los dioses.

—¿Qué significa esto? —pregunté.

—Aquí, Hatshepsut se asegura de que se recuerde su piedad y su devoción. Mira cómo ofrece sacrificios a Amón, cómo se inclina humildemente ante él. —Cada detalle, desde la expresión en su rostro hasta la postura de su cuerpo, hablaba de una relación profunda y personal con su padre, el rey de los dioses. Finalmente, nos detuvimos ante un relieve que aún estaba en proceso. Senenmut lo contempló con ojos pensativos—. Este será el más importante de todos, Sitra. Aquí, Hatshepsut se declara hija de Amón, reafirmando su derecho divino al trono. Será una pieza central, un mensaje claro para el futuro de que su reinado fue bendecido por los dioses.

Mientras recorríamos el templo, cada relieve me contaba una historia, no solo de Hatshepsut como gobernante, sino también como mujer, como hija de Amón, como un ser tocado por lo divino. Era un legado en piedra, destinado a resistir el paso del tiempo y a contar su historia por los siglos de los siglos.

—Es hermoso —suspiré.

—Esta necrópolis —continuaba Senenmut— será el corazón de nuestra historia, el lugar donde los futuros faraones descansarán. Hatshepsut ha abierto un camino, Sitra, un camino que otros seguirán.

Así pasaban mis días, entre el polvo y la piedra, entre sueños de eternidad y la realidad del presente. El templo funerario de mi pequeña Hatasu seguía creciendo, día tras día, bajo el sol de Tebas. Y yo, Sitra, testigo de su creación, guardaba en mi corazón cada momento, cada detalle, sabiendo que estaba siendo partícipe de la historia.

Como mi niña había vaticinado, las conspiraciones continuaban en el harén. Ilusa de mí, cuando se ciñó la doble corona pensé que la partida de *senet* había terminado, pero el juego de la vida es cíclico y se repite con la regularidad de las crecidas del Nilo. Cuando parecía

que no quedaban adversarios, nuevas piezas enemigas aparecieron de la nada para tratar de expulsar a Hatasu del tablero.

La adoratriz Huy estaba rabiosa por el hecho de que su difunto esposo, Minmontu, hubiera elegido a Hapuseneb en vez de a su hijo Menkheperre como sumo sacerdote de Amón. Su indignación la había llevado a tramar un nuevo plan. Sabía que Neferure estaba destinada a ser la gran esposa real del joven Tutmosis, pero comenzó a alentar la idea de que su propia hija, Merytre, se convirtiera en esposa secundaria. Vestía a la pobre niña como a una muñeca, la maquillaba y la llenaba de joyas y la llevaba a hacerse la encontradiza con el faraón. Sus ardides me resultaron tan evidentes que nunca pensé que fueran efectivos, pero Tutmosis era tonto como todos los hombres y miraba a la muchacha con deseo.

Por las noches, cuando el calor del día se había convertido ya en un suave y cómodo abrazo, a menudo regresaba a la orilla occidental para contemplar las estrellas y pensar en la inmortalidad. ¿Qué significaría para una reina, para un faraón como Hatshepsut? Para ella, no era solo continuar viviendo en el más allá, sino dejar una huella imborrable en la arena del tiempo. Que su nombre fuera recordado a través de las generaciones, para toda la eternidad.

Yo, sin embargo, me contentaba con poder seguir a su lado, con formar parte de su vida.

Unos días después, Senenmut me dijo que quería mostrarme algo. Nos adentramos en las profundidades de la montaña tebana, en el Valle de los Reyes, donde hacía ya bastantes años habíamos enterrado al padre de Hatshepsut, al gran Tutmosis. Me sorprendió encontrar la tumba abierta y llena de trabajadores. El arquitecto me condujo al interior, donde el aire era fresco y estaba cargado de polvo de piedra. El sonido del cincel contra la roca resonaba como un coro eterno.

—Observa, Sitra —me dijo, mientras caminábamos por el largo corredor que conducía a la cámara funeraria—. Hatshepsut ha decidido yacer junto a su padre.

—¿No había empezado a construir su tumba fuera de Valle de los Reyes? —pregunté.

—Eso fue antes de ceñir la doble corona. Ahora que es faraón, Hatshepsut debe yacer con los otros soberanos. Además, la tumba estará conectada con su templo mortuorio mediante estos pasajes. Será un vínculo físico y espiritual entre su vida y la eternidad.

A medida que avanzábamos, la magnitud de la visión de Hatshepsut se hacía cada vez más evidente. La tumba que iba a compartir con su padre era un laberinto de corredores y cámaras, cada una tallada con el mismo esmero y detalle que adornaba su templo.

Las paredes estaban decoradas con inscripciones y relieves que narraban no solo los logros de Hatshepsut sino también su unión sagrada con su padre terrenal, el gran Tutmosis, y con su padre celestial, Amón.

Llegamos a la cámara principal, donde descansaría el ataúd de Hatshepsut. La sala era amplia, con un techo alto sostenido por columnas talladas en la roca. En el centro, un espacio estaba reservado para el sarcófago de cuarcita, que albergaría los restos de la reina. Un poco más allá estaba el cofre en el que se introducirían los vasos canopos con sus órganos vitales.

—¿Esto es…? —pregunté.

—Será aquí donde Hatshepsut descansará junto a su padre, el gran Tutmosis —me respondió Senenmut—. Los dos soberanos más sabios y gloriosos que ha habido nunca. Al reposar junto a su padre, reafirma su linaje y su lugar entre los grandes faraones de Egipto.

—¿Crees que sus restos estarán a salvo aquí? Temo que los ladrones de tumbas no la dejen descansar.

—Hathor —continuó Senenmut, señalando hacia un relieve en proceso— será la guardiana de este lugar sagrado, acogiendo a Hatshepsut en su regazo, guiándola en su viaje hacia el más allá. Además, tal y como planeamos en su momento, muy pocas personas conocen el paradero de esta tumba. Será un secreto.

La luz de las antorchas bailaba en las paredes, proyectando sombras que parecían cobrar vida, narrando historias de dioses y reyes. En ese momento, me pareció que la tumba de mi pequeña era como un puente entre dos mundos, un lugar donde el reino de los vivos se encontraba con el reino de los muertos, y donde la memoria de una gran reina perduraría por toda la eternidad.

Qué lástima que, al final, no pudiera ser así.

Pero déjame continuar con mi historia, escriba. En los días que siguieron a nuestra visita a la tumba de Hatshepsut, me encontré deambulando por los valles que albergaban las moradas eternas de nobles y cortesanos. Fue entonces cuando Senenmut, con una sonrisa llena de misterio, me condujo a un lugar apartado, donde los trabajadores estaban dando los toques finales a una tumba modesta, pero elegante. Mi corazón latió con fuerza al ver el sello de mi nombre, Sitra-In, en la entrada.

—No sabía que habías seguido las órdenes de la reina —musité, casi en un susurro.

Senenmut asintió solemnemente.

—Hatshepsut desea que estés cerca de ella en el Amenti, como has estado en la vida. Tu lealtad y servicio no han pasado

desapercibidos, y ella quiere honrarte con esta cercanía eterna.

Las emociones me embargaron. La gratitud, el honor, la sorpresa, todo se entremezclaba en mi interior. Mi tumba era sencilla comparada con la magnificencia del templo funerario de Hatshepsut, pero su proximidad a la reina le confería una dignidad especial. Era un gesto que trascendía lo convencional, un lazo que se extendía más allá de la muerte.

Luego, Senenmut me llevó a su propia tumba, a la que se accedía directamente a través de uno de los corredores del templo mortuorio de la reina. Si yo me había sentido honrada de yacer cerca de Hatshepsut, el arquitecto descansaría eternamente en el mismísimo *Dyeser-Dyeseru*. Ningún cortesano había recibido jamás un honor semejante.

—Es… extraordinario —dije—. ¿Qué han dicho Hapuseneb y el resto de los consejeros? Imagino que les habrá invadido la envidia.

—Nadie sabe nada, Sitra. Hemos decidido mantenerlo en secreto, así que te ruego que no digas nada.

—Mis labios están sellados, amigo mío.

Senenmut me condujo por los pasillos de su sepultura hasta una cámara ricamente adornada, un lugar que reflejaba su genio y su profundo conocimiento de los cielos. En el techo había grabado un detallado mapa del cielo, una representación del cosmos en toda su magnificencia. Estrellas y figuras divinas estaban pintadas con una precisión que desafiaba el entendimiento.

—Este techo —explicó Senenmut— es mi conexión con el divino. Cada estrella y constelación tiene un significado, una historia que contar. Es un mapa que guiará mi alma en su viaje a través de la Duat.

Su voz estaba llena de una pasión que resonaba en las paredes de la tumba.

Mirando el techo, pensé en el viaje que nuestras almas emprenderían después de la muerte. La visión de Senenmut era un recordatorio de que, aunque nuestros cuerpos descansarían en la tierra, nuestras almas continuarían su viaje hacia el más allá, guiadas por las estrellas y los dioses.

—Hatshepsut tiene mucha suerte contigo, Senenmut.

—No lo creas, Sitra, no lo creas. También soy una carga para ella. Mira.

El arquitecto extrajo una piedra de su zurrón, un óstracon de los que usan los escribas para hacer sus bocetos. En él había un dibujo de lo más obsceno: una mujer, ataviada con la corona del faraón, era penetrada por detrás por un hombre cuyo aspecto recordaba al de Senenmut.

No pude evitar sonrojarme.

—Pero… pero… esto es intolerable.

—Si al menos la reina y yo fuéramos amantes, tendría su explicación, pero los dioses saben que yo tengo otras preferencias. Y Hatshepsut no ve en mí más que a un amigo, un consejero fiel. Es injusto que manchen su imagen con esta basura.

—Hay personas que no pueden concebir que una mujer se baste y se sobre por sí misma, sin un hombre al lado —murmuré—. ¿Le has enseñado esto?

—No, no quiero importunarla.

—No lo hagas, Senenmut, no lo hagas. Bastantes problemas tiene ya. Deja que la gente hable, si es su deseo. Nosotros somos más fuertes.

Al salir de la tumba, con la imagen del grosero óstracon aún fresca en mis ojos, reflexioné sobre el legado que cada uno de nosotros dejaría atrás. Hatshepsut, Senenmut y yo, entrelazados en la vida y en la muerte, cada uno con su propia visión de la eternidad. Siempre habría personas que intentarían tergiversar nuestro legado, pero estaba en nuestras manos dejar la huella que deseábamos. En ese momento, me sentí parte de algo mucho más grande que mi propia existencia, una pequeña pieza en el vasto tapiz de la historia de Egipto. Pensé que nuestra memoria perduraría para siempre.

Estaba equivocada.

Aquella tarde, mientras el sol se ponía sobre Tebas, bañando la ciudad con sus últimos rayos dorados, me encontré una vez más en la compañía de mi gran Hatshepsut. La sala de audiencias estaba atestada de consejeros, sacerdotes y militares de alto rango.

—Los kushitas se han rebelado —anunció la reina; su voz era serena pero firme—. Otra vez. He decidido enviar a Tutmosis para aplacar esta revuelta. Su habilidad en el campo de batalla es innegable, y esta será una oportunidad para demostrar su valor como líder militar.

El joven faraón, en efecto, ya llevaba varios años entrenándose como soldado. Observé a la reina, admirando su capacidad para tomar decisiones difíciles con tal claridad. La guerra era una constante en nuestras vidas, pero bajo el reinado de Hatshepsut, se había convertido en un medio para mantener la paz y el orden, no un fin en sí mismo.

—Lo haré con gusto, tía —respondió Tutmosis, sentado junto a ella en un trono igual al de la reina.

—También —continuó— he ordenado que se reabran las minas en el Sinaí, abandonadas desde la época de los hicsos. Cuando regrese

de Nubia, Tutmosis liderará una expedición para asegurar esa región y expulsar a los beduinos que han tomado el control de nuestras antiguas posesiones.

Era evidente que Hatshepsut confiaba plenamente en la habilidad y en la lealtad de su sobrino. A pesar de su juventud, había demostrado ser un comandante capaz y un digno heredero del legado militar de su linaje.

Los preparativos apenas llevaron unos días. Mientras observaba la partida de Tutmosis al frente de su ejército, sentí un profundo respeto por la reina. Su habilidad para equilibrar las necesidades del reino con los asuntos militares era extraordinaria. Mientras Tutmosis se adentraba en el sur para enfrentar a los kushitas y luego al este hacia el Sinaí, Hatshepsut continuaba administrando el reino con una mano experta. Bajo su mandato, Tebas se transformaba día a día, convirtiéndose en un centro de poder y esplendor.

Entre las muchas obras que emprendía, la más grandiosa era la ampliación del templo de Karnak.

—Egipto se alza no solo en la batalla, sino también en la paz —me dijo Hatshepsut una tarde, mientras observábamos los planos del templo en compañía de Senenmut—. Karnak es el corazón de nuestro culto a Amón, un lugar donde su poder y nuestra devoción se manifiestan. Ahí debe estar el centro de mi legado.

Los trabajos en Karnak eran una sinfonía de actividad: piedras gigantescas transportadas desde lejanas canteras, artesanos tallando relieves y columnas, y arquitectos supervisando cada detalle. Las nuevas adiciones al templo incluían un gran pilono, un majestuoso patio con columnas, y nuevos santuarios dedicados a Amón que reforzaban su estatus como dios principal.

Hatshepsut también se aseguró de consolidar la posición dominante de los sacerdotes de Amón, liderados por Hapuseneb. Bajo su influencia, Amón no solo era venerado en Tebas, sino en todo Egipto.

—Amón es el eje de nuestra religión —explicaba Hapuseneb—. Y con el apoyo de nuestra reina, su culto se extiende por todo el país.

Me maravillaba al ver cómo Hatshepsut tejía su legado en cada piedra y cada rito. No solo estaba construyendo monumentos y templos, sino también consolidando la estructura de nuestro país. Atrás quedaba la rebeldía de los sacerdotes de Ptah, que al fin se habían resignado a rendirse a la supremacía de Amón. Sin duda, la Señora se hubiera sentido orgullosa de la habilidad de su nieta para equilibrar la devoción religiosa con las necesidades prácticas del reino. La ampliación del templo de Karnak no era solo una muestra de

riqueza o poder, sino una afirmación de la relación sagrada entre la reina y los dioses. Hatshepsut, al colocar a Amón en el centro de la vida religiosa y política del Doble País, aseguraba la estabilidad y prosperidad de su reinado.

Ni una sola nube se cernía sobre el brillante reinado de mi pequeña.

En los atardeceres, cuando los últimos rayos del sol bañaban las piedras de Karnak con un resplandor dorado, me sentía agradecida por ser testigo de esta era de transformación. Hatshepsut, con su visión y su fe, estaba escribiendo un capítulo glorioso en la historia de nuestro gran Egipto. Era un tiempo de desafíos y cambios, pero bajo el reinado de Hatshepsut, el país de Kemet se mantenía fuerte y unido. Me sentí afortunada de ser testigo y parte de esta era dorada, sirviendo a una reina-faraón cuyo nombre, estaba segura, resonaría a través de los siglos. Porque, ¿quién podía olvidar un reinado tan glorioso?

Pasaron los meses. Tutmosis cosechó dos importantes victorias, una en Kush y la otra en el Sinaí. Regresó a Tebas como un héroe. La gente se echó a las calles, las mujeres tiraban palmas bajo sus pies para celebrar su hazaña. Una soberana más insegura se hubiera sentido amenazada por la fama cada vez mayor de su corregente, pero no mi Hatasu. Ella se regocijaba por la buena estrella de su sobrino. Creo que lo amaba sinceramente, por ser él mismo y por ser el hijo de su querido Tuty. En todo caso, ella siempre puso el bienestar de Egipto por encima de todo, y Tutmosis garantizaba la estabilidad del país cuando Hatshepsut ya no estuviera. Era un eslabón más en la larga cadena de faraones que se remontaba al origen de los tiempos, a la cual le faltaba una única pieza para quedar sólidamente ensamblada: el matrimonio de Tutmosis con la princesa Neferure, la esposa de Amón, la hija y heredera de Hatasu.

Al estilo de nuestro país, no hubo una gran celebración. Los recién casados se mudaron a un nuevo palacio, construido especialmente para ellos en las cercanías del Nilo. Era un hermoso edificio que reflejaba la magnificencia de su unión: dos hermanos destinados a gobernar juntos, faraón y gran reina, hombre y mujer, en igual dignidad.

—Este palacio no es solo una morada —me dijo Hatshepsut una tarde, mientras observábamos a los jóvenes esposos desde lejos—. Es un símbolo de su unión y del futuro de Egipto. Juntos, Neferure y Tutmosis continuarán lo que hemos comenzado.

El nacimiento del príncipe Amenemhat no tardó en bendecir su alianza. Fue un momento de gran alegría y expectación. El niño no era solo el heredero de Tutmosis, sino también el símbolo de la

continuidad de la línea de Hatshepsut. Su nacimiento fue celebrado con grandes ofrendas a Amón y otros dioses, asegurando su protección y bendición para el futuro faraón.

Observando a la joven familia, pensé en el extraordinario equilibrio de poder que Hatshepsut había logrado. Ella había reinado con sabiduría y fuerza, y ahora estaba allanando el camino para la próxima generación. Neferure y Tutmosis, aunque jóvenes, mostraban una madurez y una comprensión de su papel que iba más allá de su edad.

—Mira cómo juegan con Amenemhat —me dijo Hatshepsut, con una sonrisa en sus labios—. Serán grandes gobernantes, como nosotras. Egipto estará en buenas manos.

—¿Nosotras, majestad?

—Tú siempre has estado a mi lado, Sitra.

En esos momentos, me sentí agradecida y privilegiada de vivir en una época de tal grandeza. Hatshepsut, Neferure, Tutmosis, cada uno desempeñando su papel en la gran obra que era Egipto. Y yo, Sitra, era parte de esa historia, un hilo en el tapiz que se tejía con cada día que pasaba.

Un tapiz que no tardaría en ser destruido. Desgarrado. Deshilachado. Olvidado.

23
Rebelde o esclava

Cuando pienso en los años que pasamos en Qubbet el-Hawa, no puedo evitar sentir una punzada de desilusión. Orgullo también, pero, ante todo, desilusión. Como mujer, batallé con uñas y dientes por una concesión que, al final, solo me llevó a un yacimiento de segunda categoría. Aunque no encontré tesoros sensacionales, mi *Informe sobre el trabajo realizado en Asuán* publicado en los *Anales del Departamento de Antigüedades*, al menos, me dio un halo de respetabilidad. ¿Premio de consolación? Puede, pero no podía permitir que me arrebataran también el rigor con el que acometí la labor que se me había encomendado.

Permanecer en la segunda línea del mundo académico es el sino de las mujeres. Mi madre, con su esbozo de la historia egipcia, tuvo un éxito de ventas más que moderado. A pesar de ello, la comunidad arqueológica masculina no dejó de criticarla y menospreciarla. ¿Por falta de calidad en su trabajo? Por supuesto que no. Misoginia pura, ¿qué más podría ser?

De vuelta en Didlington, con Billy en Arlington siguiendo la carrera militar, me encontré en una encrucijada. Aunque mamá estaba en plena forma, Fardie empezaba a flaquear y no tenía la cabeza como antes. Ello significaba que tenía que dedicar cada vez más tiempo a gestionar la propiedad, una tarea que nunca me ha apasionado. ¿Pero qué alternativa me quedaba? Mi lucha por ser reconocida como egiptóloga no había dado sus frutos y no podía sino preguntarme qué aventura debería emprender a continuación. Era como estar en una balsa en el Nilo, sin velas ni remos, esperando que la corriente decidiera mi destino.

Caprichos del destino, la corriente tomó la forma de la princesa Beatriz.

Aún me lamía las heridas por los escasos frutos de mi última aventura en Egipto cuando, como un soplo de aire fresco en un día caluroso del desierto, llegó mi querida amiga con una oferta que cambiaría para siempre el rumbo de mi vida. ¡Y qué cambio! De las arenas de Egipto a las cortes reales de Europa. A pesar de los años, recuerdo aquel día en Didlington Hall como si fuera ayer.

—May, tu museo egipcio continúa tan fascinante como siempre —comentó mientras contemplábamos la momia de mamá, que seguía ocupando una posición de honor en nuestra colección, rodeada de los

diversos pájaros que había traído yo de las arenas—. ¿Alguna vez has sabido de quién se trata?

—Supuestamente es la momia de la divina adoratriz Huy y la leyenda asegura que la protege una terrible maldición. Doy fe de que, en la familia, la hemos padecido más de una vez.

—Espero que sus maleficios no afecten a lo que estoy a punto de proponerte… dime, ¿te interesaría explorar nuevos horizontes? ¿Un poco de sabor español, quizá?

—¿Qué quieres decir?

—Te ruego que guardes el secreto, pero Ena va a casarse con el rey Alfonso XIII de España.

—¡Enhorabuena! —exclamé—. Es una maravillosa noticia. Desde luego, España no puede tener una reina mejor que nuestra Ena… ¿cuándo tendrá lugar el feliz acontecimiento?

—Justo de eso quería hablarte. ¿Querrías ser su dama de honor? Mantendremos la tradición inglesa y, al ser reina consorte, Ena tendrá cuatro damas de honor. A las dos nos encantaría que tú fueras una de ellas.

Tardé unos instantes en reaccionar. Cuando pensaba en damas de honor, me venían a la cabeza jóvenes puras y virginales, apenas niñas, que acompañaban a la novia como símbolo de su pureza. Yo estaba a punto de cumplir cincuenta años, tenía cuatro hijos y aún cargaba arena en los zapatos después de mis últimas aventuras.

—Me siento muy honrada, pero… ¿no soy un poco mayor para ser dama de honor?

—Dama de honor, dama de compañía, llámalo como quieras —repuso Beatriz—. Ena se marcha a vivir a un país extranjero. Sus damas serán sus consejeras más cercanas. Estamos de acuerdo en que no queremos cuatro adolescentes tontas e ingenuas, queremos cuatro mujeres fuertes, cuatro asesoras que la ayuden a no olvidar lo que significa ser británica, aunque vaya a ser reina de España.

No me lo pensé más.

—En ese caso, acepto encantada —dije. Después de todo, si no podía continuar persiguiendo a Hatshepsut en Egipto, ¿por qué no dedicarme a la diplomacia, igual que ella con su expedición al país de Punt? De una manera o de otra, lo mío siempre habían sido las relaciones internacionales, aunque fuera en un contexto bastante diferente.

Beatriz se quedó con nosotros unos días. La noticia del encargo que había recibido se difundió enseguida, y mi familia, siempre dispuesta a reírse de mí, no perdió la ocasión de hacer bromas sobre mi nuevo cambio de rumbo profesional. Arqueóloga, ornitóloga y

ahora… ¿cortesana?

Francis fue el que más se alegró. Por entonces ya había decidido que quería ser diplomático, no sé de dónde sacaría semejante idea. Muy serio, como ha sido siempre, se plantó delante de mí y me miró a los ojos con una madurez muy superior a la que debía tener un jovencito de su edad.

—Mamá, estoy orgulloso de ti.

Le despedí con todo tipo de improperios, recordándole que es trabajo de los padres estar orgullosos de sus hijos, no al revés, pero confieso que, cuando se alejó de mi vista, hube de secarme una lágrima.

Los demás fueron mucho más hirientes. Billy pronosticó que, con mi sentido del tacto, sin duda provocaría una guerra entre España e Inglaterra, y se ofreció para comandar las tropas británicas. Tom se lamentó de que dejara la egiptología. Y Henry, bueno, Henry me encargó que le buscara alguna princesa para casarse él y así convertirse en rey de algún país.

El peor de todos fue Fardie.

—Cariño, ya eres mayorcita, deberías decidir de una vez qué quieres hacer con tu vida. Ya está bien de ir dando tumbos.

Mi esposo fue, como siempre, el que más me apoyó. ¿Quería convertirme en asesora áulica de las testas coronadas? Él estaría a mi lado, como siempre, para prestarme cualquier ayuda que pudiera necesitar.

—Solo avísame si la boda será de mañana o de tarde, para saber si me encargo un chaqué o si puedo usar el uniforme de gala.

Beatriz se marchó de Didlington y, a partir de ahí, todo fue muy deprisa. Vertiginosamente deprisa, he de decir.

Ena y Alfonso aún no se habían prometido, por lo que el primer paso era la pedida de mano. William y yo fuimos invitados a asistir, junto a algunos selectos miembros de la aristocracia británica, al feliz acontecimiento. El lugar elegido era Villa Mouriscot, al sudoeste de Biarritz. Aunque no era comparable con el esplendor de las cortes faraónicas, debo admitir que tenía su encanto. La villa se encuentra a orillas del lago Mouriscot, de ahí su nombre, sobre un promontorio rodeado de un amplio parque arbolado. La construcción es de estilo vasco, propio de las villas del último tercio del siglo XIX en la costa atlántica francesa. El edificio, que se remonta a 1570, alguna vez recibió a la gran reina Victoria, y ahora, por un giro del destino, sería escenario de mi introducción a la realeza española.

Cuando llegamos, el lugar estaba asediado por fotógrafos, como si esperaran capturar la aparición de algún espíritu de la realeza

pasada. Mientras recorría los jardines donde se plantaron dos abetos en conmemoración del compromiso real, no pude evitar acordarme de los árboles de incienso que se llevaron los egipcios desde la lejana Punt, para trasplantarlos a los jardines de Karnak. Habían pasado miles de años, pero la historia era la misma.

Ena y su madre ya estaban allí. La princesa Beatriz, siempre tan hábil, había planeado todo meticulosamente.

—May, esto es casi como una excavación arqueológica. Tenemos momias más antiguas que las tuyas —comentó, aludiendo a algunos miembros de la familia real.

—Solo que, en lugar de descubrir tesoros antiguos, estamos desenterrando el futuro de las monarquías europeas —bromeé.

El rey Alfonso viajó en el tren real de Madrid a San Sebastián. Supuestamente, se trataba de un viaje de incógnito, pero todos sabían que el rey iba a comprometerse y el público se agolpaba en las diferentes estaciones del trayecto para aclamarle. Los periodistas le esperaban en la puerta de Villa Mouriscot. A la princesa Beatriz ni siquiera le dio tiempo a sentarse: antes de atravesar la puerta, el rey le pidió la mano de su hija. Y, por supuesto, Beatriz se la concedió.

Ena, radiante en su sencillez, contrastaba con la pomposidad del entorno. Alfonso, por su parte, se comportaba más como un capitán general que como un novio enamorado.

—¿Será este el amor moderno? —le pregunté a William, recordando nuestra propia boda, en la que el capitán general casi parecía yo.

Y entonces, la joya: un corazón de rubíes rodeado de diamantes.

—Espero que este corazón no termine en una tumba como tus tesoros egipcios —replicó mi esposo, con una sonrisa.

Al final de la noche, mientras los demás brindaban y celebraban, yo no podía evitar sentirme algo desubicada. De explorar las arenas del tiempo a participar en el teatro de la realeza. La vida, ciertamente, da vueltas inesperadas.

Pocos días después, Ena conoció a la reina madre María Cristina, su futura suegra. La afinidad entre las dos surgió de forma instantánea y la reina confirmó su aprobación. La boda era casi un hecho, solo faltaba la conversión al catolicismo de Ena. ¡Pobre muchacha!

La futura reina se instaló unos días en Versalles para retirarse del mundanal ruido. La princesa Beatriz me pidió que acudiera como parte de su séquito; sin marido, esta vez. Al parecer, iba a ser una suerte de reunión femenina en el que fuera último emplazamiento de la corte francesa.

Versalles. Una joya arquitectónica que despierta en cualquier

alma sensible un atisbo de envidia, incluso en la mía, acostumbrada a los lujos de la aristocracia británica —o a la solemnidad del paseo de las esfinges en Karnak—. Pero aquella tarde, la joya más brillante no era el palacio, sino su ilustre inquilina: la emperatriz Eugenia de Montijo.

Nos presentaron en un salón decorado con un gusto que rozaba lo absurdo en su opulencia. La emperatriz, con su presencia digna de una novela de Dumas, evocaba una elegancia que solo puede cultivarse en los salones más refinados de Europa.

—Mary Cecil, futura baronesa Amherst —dijo, con una voz que destilaba autoridad—. He oído de sus aventuras en Egipto. Le diré que yo tengo mis propios recuerdos del Nilo.

—Su majestad estuvo allí para la inauguración del canal de Suez, ¿no es así? —repuse.

—No solo eso, le diré que fui parte fundamental en su construcción. El creador de esa maravilla fue mi primo segundo Fernando de Lesseps, que no era ingeniero sino diplomático, pero bueno. Nos llevamos fatal. Prácticamente no nos dirigimos la palabra en todo el tiempo, pero eso no me impidió alabarle delante de todo el mundo. Aun así, fue una experiencia maravillosa. Ismail Pachá, el jedive, ordenó levantar un palacio para que me alojara, los dos primeros puentes sobre el Nilo y un teatro para la ópera… ¡Oh, pero qué fiasco! Verdi no completó *Aida* a tiempo para la ocasión.

—¡Ah, pero yo estuve en su estreno en 1871 en El Cairo! —la interrumpí, no pudiendo contener mi entusiasmo—. Fue una noche mágica, embriagadora. Un poco ostentosa, he de decirlo. Aunque el recuerdo está teñido de tristeza… poco después falleció una querida amiga, Clorinda Rockefeller, que me acompañó esa noche y cuya muerte prematura aún me pesa en el corazón.

—Qué maravilla… ¡y qué tragedia! ¿Su amiga pertenecía a los Rockefeller propietarios de la Standard Oil?

—En efecto, era hermana de John Rockefeller. Aunque he de decir que su familia no… aprobaba su estilo de vida. Clorinda era una rebelde, siempre dispuesta a seguir los dictados de su corazón, sin doblegarse a los dictados de la sociedad.

—Es la única manera, querida —repuso la emperatriz—. Una mujer solo tiene dos opciones: o ser rebelde o esclava. Yo siempre he preferido lo primero.

Así, entre risas y recuerdos, compartimos historias de nuestras vidas, tan distintas y, sin embargo, tan paralelas. Dos mujeres de mundos diferentes, unidas por la fascinación hacia una tierra de faraones y misterios, y por la rebeldía.

Caía la tarde sobre Versalles, cuando Ena y la princesa Beatriz se reunieron con nosotras. Ena estaba preparándose para su bautizo, algo que la tenía bastante preocupada, al parecer. La emperatriz se había ofrecido para hacerle una introducción práctica al catolicismo y a lo que se espera de las reinas y soberanas católicas.

—Verás, querida, el catolicismo está repleto de tradiciones y misterios… algo así como las creencias del antiguo Egipto —señaló la emperatriz, dirigiéndome un guiño—, aunque me temo que con menos dioses en el panteón. Para eso tenemos a los santos.

—He estado estudiando las diferencias entre la religión anglicana y la católica —explicó Ena—, y confieso que no acabo de entender por qué tanto alboroto. Básicamente es lo mismo, ¿no? Lo más importante parece la autoridad del papa.

—Ah, pero siempre ha sido así —murmuró Eugenia—. Al fin y al cabo, el anglicanismo surgió cuando el papa no le dio permiso a Enrique VIII para divorciarse de su esposa y casarse con Ana Bolena…

—¡Tampoco es tan sencillo! —protestó la princesa Beatriz.

—Siempre ha sido una cuestión de quién tiene la autoridad —intervine—. Pensemos en Egipto, por ejemplo. En tiempos de Hatshepsut había un auténtico cisma. Por un lado, los faraones querían asentar su autoridad sobre el sacerdocio de Amón, convirtiéndolo en el dios supremo… y por otro, los nobles de fuera de Tebas querían conservar a sus dioses locales. ¿Era una cuestión religiosa? Por supuesto que no. Era una cuestión de quién tenía el poder.

—El rey de Inglaterra es la cabeza de la iglesia anglicana —dijo la emperatriz—. Como reina de España, serás un referente para todo el mundo católico.

—Igual que Hatshepsut —sentencié—. Ah, si tan solo Enrique VIII hubiera construido un templo como Karnak en lugar de romper con la Iglesia, ¡tal vez aún estaríamos todos bajo el mismo techo espiritual!

Desde Versalles continuamos directamente hacia el palacio de Miramar, cuyos muros, impregnados con la salinidad del Cantábrico, serían testigos del bautismo de una futura reina de España. La realeza y la espiritualidad se entremezclaban en la capilla de aquel palacio inglés trasplantado al norte de España, como los sabores de un plato exótico. William se reunió conmigo allí, bendito sea. Los fastos nupciales no habían hecho más que empezar, y creo que ya estaba harto.

Ena, con su túnica blanca de catecúmena, parecía una visión etérea, como si hubiera descendido directamente desde las estrellas,

sin joyas ni afeites, solo su cabello rubio fluyendo como el Nilo bajo su mantilla. La escena parecía sacada de un fresco egipcio, aunque sin jeroglíficos que descifrar.

La capilla, una joya arquitectónica, con sus ecos de neogótico inglés, resonaba con el coro entonando el *Veni Creator* y luego el miserere. Ena era acogida con júbilo en la fe católica, y mientras los cañonazos retumbaban desde el castillo de Urgull, no podía evitar compararlos con los sonidos de las celebraciones a lo largo del Nilo. Con el tedeum final y la celebración vasca del noviazgo real, me preguntaba si acaso todo aquello no era simplemente otro capítulo de la historia, tan fascinante y complejo como las arenas de Egipto que había dejado atrás.

Las damas de honor también descansan y yo tuve un breve respiro entre el bautizo y la boda en sí. Fueron apenas unas semanas en las que casi no tuve tiempo de adaptarme a las nuevas rutinas familiares. Todos parecían haber encontrado su hueco en Didlington —todos menos yo, que parecía una de las golondrinas de Qubbet el-Hawa, buscando una tumba en la que anidar.

Estábamos a finales de mayo cuando William y yo nos unimos a la comitiva nupcial en la basílica de San Jerónimo el Real, ese templo que ha sido testigo de tantas ceremonias regias como si el mismo Horus vigilase desde lo alto. La pompa era tal que habría hecho sonrojar a las mismísimas cortes de Amón. Cuarenta carrozas de gala, cada una más adornada que la última, se alineaban como en una procesión a los templos de Karnak. La futura reina de España, como un ángel resplandeciente, entraba en la capilla, su belleza sin adornos igual de impactante —o casi— que cualquier joya del Valle de los Reyes.

—María Cristina la lleva de la mano ataviada con un traje de brocado malva, casi robando el protagonismo a la novia —susurré a William, que observaba, divertido, mi fascinación por el espectáculo.

En el altar, el obispo de Nottingham esperaba con una solemnidad que me recordaba a los sacerdotes de Amón, mientras que el coro envolvía la escena en una atmósfera de trascendencia mística. La ceremonia fue un espectáculo: los grandes de España ocupaban los asientos de honor, y detrás, como simples mortales, se encontraban las casas reales extranjeras. María Cristina, en su papel de reina madre, y el infante Carlos, tan regios como los colosos de Memnón, eran los padrinos.

Al concluir, la multitud se desplazó para la inscripción del acto, tan solemne y definitivo como la estela de un faraón proclamando su ascenso. Y allí estábamos, testigos de la historia, mientras que, en mi

corazón, una chispa de mi vieja pasión por Egipto ardía con cada comparación que mi mente no podía evitar hacer.

Porque esa es la verdad: no podía parar. Más que una dama de la futura reina, me sentía una antropóloga en plena expedición.

Debía de haberse tratado de un día feliz, de un momento entrañable para celebrar el amor entre dos jóvenes. El destino, siempre caprichoso y, a menudo, también cruel, tenía planes muy distintos para aquella jornada. Ese fatídico día, un atentado sacudió las calles de Madrid, y con ello, nuestra percepción del mundo.

Se oyó un estallido ensordecedor, seguido por el inconfundible olor a pólvora y carne quemada. El caos se adueñó de la multitud. La tragedia bailaba entre los escombros y los cuerpos desgarrados. ¡Qué escena tan dantesca para una boda real! Y digo dantesca, sí, porque más que una boda en pleno centro de la capital de España, aquello parecía uno de los más remotos círculos del infierno.

De pronto la vi. Allí estaba ella, la pobre Ena, con su vestido nupcial manchado de sangre. Las vísceras de inocentes adornaban su traje, como si el mismísimo Hades hubiera decidido asistir a la boda. ¿Dante, digo? Era un cuadro digno de Goya, pero tristemente real. Su rostro, antes radiante, ahora reflejaba el horror de la muerte que la había rozado. El terror tiene muchos rostros, sin duda.

Lo intenté, Dios sabe que lo intenté, pero me resultó imposible llegar hasta ella en medio del tumulto. Los coches, los caballos, los guardias, todos atrapados en un frenesí de miedo y confusión. Pensé que así debía de ser la guerra, aunque nunca hubiera imaginado que una boda real pudiera ser su preludio.

Hubo muchas víctimas, todas ellas inocentes. Nos dijeron que el que había perpetrado el atentado era un anarquista que luchaba contra la opresión, pero lo cierto es que solo logró matar a personas que nada tenían que ver con aquello. Los reyes salieron indemnes. En la sombría recepción que siguió, la imagen de la joven Ena aún atormentada por el pánico era una visión desgarradora. Alfonso XIII, su flamante esposo, permanecía a su lado, susurrándole palabras de consuelo. Pero ni las dulces promesas de tranquilidad ni el suntuoso pastel de boda, que había cautivado a la prensa, pudieron disipar la atmósfera de desolación.

Fue un recordatorio cruel de que, a pesar de nuestras ilusiones de grandeza y seguridad, la tragedia no distingue entre Corona y plebe. Aquel día, bajo el sol de Madrid, la muerte nos recordó su presencia, teñida de ironía, en un acontecimiento diseñado para celebrar la vida.

Yo fui testigo de aquel infortunio, y plasmo estas palabras, años después, aún conmocionada por la fragilidad de nuestra existencia.

William y yo regresamos a Didlington Hall apenas unos días después. Mis primeros pasos en el mundo de las relaciones internacionales habían resultado aún más desastrosos que mi aventura como egiptóloga. Me pregunté si la momia de mamá me habría lanzado una maldición que teñía de negro todo aquello en lo que me embarcaba.

¿Pero qué otra opción tenía? ¿Rendirme? Rebelde o esclava, como había dicho la emperatriz, y yo eso siempre lo tuve claro.

Rebelde.

24
Destruyo todo lo que toco

Los días posteriores a la *séance* en casa de Natacha fueron mágicos, pero por motivos que nada tenían que ver con los espíritus.

Liza cada vez se sentía más unida a su nueva amiga. Se veían todos los días para tomar café, para ir de compras, para ver una película en el cine o un estreno en el teatro. Hablaban de todo, pero, fundamentalmente, de Egipto. Natacha estaba obsesionada con el *Libro de las Cavernas*, uno de los papiros funerarios egipcios que, a diferencia de los *Textos de las Pirámides* o del *Libro de los Muertos*, se centraba en el concepto del infierno, las «cavernas» del inframundo donde habitaban los enemigos de Maat. A Liza aquello le fascinaba desde hacía mucho tiempo, pero Natacha en sí la fascinaba aún más, como persona y como mujer.

Una tarde, mientras la luz del sol se filtraba por las ventanas de su apartamento en la zona de Naciones Unidas, Liza escuchaba a Natacha disertar sobre la visión del cosmos que tenían los antiguos egipcios, un tema que conocía en profundidad, pero del que nunca llegaba a aburrirse. Sin embargo, aquel día su amiga fue un paso más allá.

—Vente conmigo a Egipto.

—¿De vacaciones?

—Mejor. Una misión a Luxor, dirigida por el egiptólogo Alexandre Piankoff. ¿Lo conoces?

Liza sintió que le daba un vuelco el corazón.

—He oído hablar de él. ¿En qué consiste la misión?

—Tenemos dos objetivos principales. Uno es registrar las inscripciones religiosas en la tumba de Ramsés VI en el Valle de los Reyes. El otro es documentar los textos antiguos en nueve de las pirámides del Imperio Antiguo en Saqqara.

Liza asintió, su mente ya sumergida en la imagen de las antiguas tumbas y pirámides. Volver a Egipto siempre era positivo. La idea de trabajar en Saqqara, donde podría concentrarse en los *Textos de las Pirámides*, sobre los que había hecho su propia tesis, la emocionaba profundamente. Pero hacerlo con Natacha era un sueño hecho realidad.

—Cuenta conmigo —dijo de inmediato.

—¡Espera que te explique! —rio Natacha—. Piankoff se centrará en la tumba de Ramsés VI, pero tú tendrás la responsabilidad de los

textos en Saqqara. Dada tu experiencia con los *Textos de las Pirámides*, eres la candidata ideal.

Liza se vio embargada por la emoción. Trabajar en una expedición de esa envergadura y con un objetivo tan importante era el sueño de cualquier egiptólogo. Era la primera vez que iba a investigar sin el paraguas del Instituto Oriental y era muy consciente de los desafíos que ello implicaba, especialmente en un mundo dominado por hombres.

—Es una oportunidad increíble, Natacha. Estoy emocionada y, sinceramente, un poco nerviosa —admitió Liza, reflejando en su voz la dualidad de sus emociones.

Natacha sonrió con comprensión.

—Tienes el talento y la determinación para hacer esto, Liza. Será un viaje extraordinario, tanto profesional como personalmente.

Y la besó. Fue un beso corto, pero sensual, indudablemente romántico. Después se levantó y se marchó, en un alboroto de tules y joyas tintineantes.

Liza sabía que su amiga tenía razón. Aquella expedición no solo era un paso adelante en su carrera, sino también una aventura que podría cambiar su vida. Estaba dispuesta a enfrentar lo desconocido y a sumergirse una vez más en los misterios del antiguo Egipto… y, por qué no, también en los misterios de Natacha Rambova.

Comenzaron los preparativos de inmediato. Natacha tenía más recursos disponibles que el Instituto Oriental y no tenía necesidad de justificar cada gasto, de modo que todo fue más sencillo de lo que ella estaba acostumbrada. Tomaron un trasatlántico en Nueva York. Después Londres y París, donde se reunieron con Piankoff. De ahí continuaron hacia Marsella, Port Said y, al fin, El Cairo.

Liza llegó a Egipto con el corazón latiendo al ritmo que marcaba Natacha. El beso no se repitió en todo el viaje, pero su amiga destilaba sensualidad con cada uno de sus gestos. Liza estaba tan enamorada que, de hecho, le costaba concentrarse. Pensaba en Natacha a todas horas, por la noche le costaba dormir y, cuando ella hablaba, se le quedaba mirando casi con la boca abierta, como si fuera tonta. Pero no le importaba. Estaba convencida de que era la mujer más interesante que había existido jamás.

Piankoff, por el contrario, era un perfecto cretino. A diferencia de otros egiptólogos que había tenido la mala suerte de conocer, él no era misógino. No, era simplemente idiota. Confundía las teorías espiritistas con las científicas, la cábala con la arqueología. Carecía del más mínimo rigor académico, no trataba de contrastar sus teorías y era orgulloso hasta lo insufrible. Natacha, sin embargo, lo consideraba

un genio, por lo que a Liza no le quedaba más remedio que aguantarlo.

Llegaron los tres juntos a Saqqara, donde ya se encontraba el resto del equipo, formado en su mayoría por jóvenes arqueólogos franceses. Un sol implacable bañaba las arenas del yacimiento, un vasto cementerio donde reposaban los secretos de los faraones de las primeras dinastías. Al bajarse del vehículo, Liza se detuvo un momento para admirar la imponente vista de las pirámides, una silueta que se recortaba contra el cielo azul intenso. Aquel era el terreno donde se desarrollaría gran parte de su trabajo: la traducción y el estudio de los textos religiosos más antiguos de la civilización egipcia, en los cuales ya era toda una experta.

El primer día estuvo dedicado al reconocimiento del área. Pronto descubrió que, de las nueve pirámides previstas para el estudio, solo la de Unas era accesible, en la cual ya había estado con Charles y Myrtle cuando investigaba para su tesis doctoral. Aquello implicaba un cambio significativo en el enfoque del proyecto, concentrándose ahora en un único, pero crucial, yacimiento arqueológico.

Mientras caminaba por el complejo de Saqqara, Liza sintió que la decepción y el entusiasmo chocaban en su interior. Aunque el alcance de su investigación se había reducido, la pirámide de Unas era un tesoro en sí mismo, ya que era la primera en contener los *Textos de las Pirámides* en sus cámaras funerarias. Y, por mucho que la conociera, siempre quedaban misterios nuevos por desentrañar.

Al caer la tarde, Liza se sentó a la sombra de la pirámide con su cuaderno y un lápiz en la mano. Empezó a anotar sus primeras observaciones y planes para los días siguientes. Estaba determinada a aprovechar al máximo la oportunidad.

El problema era Piankoff.

Su caos lo arrastraba todo. En teoría, él dirigía la expedición y era su responsabilidad distribuir el trabajo, pero cambiaba de opinión constantemente, se contradecía a sí mismo, asignaba a varias personas el mismo cometido y dejaba otras áreas sin cubrir. Tenían la sede en una modesta casa a las afueras de Saqqara que era, en sí misma, reflejo de la caótica personalidad del propio Piankoff. Todo estaba desordenado, los archivos de una temporada se confundían con los de otra, había montones de papeles apilados en todas partes, libros abiertos por doquier, polvo, bichos.

Liza no estaba acostumbrada a trabajar de ese modo, pero, aun así, estaba dispuesta a hacer un esfuerzo.

Mientras el sol se ponía, pintando el cielo de tonos naranjas y rojizos, Liza se sintió pequeña frente a la magnitud de la historia que

la rodeaba. Aquel era su lugar, entre ruinas y jeroglíficos, donde cada descubrimiento era un eco del pasado resonando en el presente. Ni Piankoff ni ningún otro loco iban a arrebatarle aquello.

Pasaron los días y Liza logró hacerse su hueco. Se concentró estrictamente en los *Textos de las Pirámides*, que, al fin y al cabo, eran su especialidad, y logró que el resto del equipo se dedicara al templo mortuorio y a otras partes de la pirámide de Unas. Había descubierto un fragmento que había pasado desapercibido hasta el momento. Lo bautizó como «el himno caníbal», porque describía al faraón cazando y comiéndose a varios dioses para asimilar su esencia vital. Aquello no tenía precedentes en ningún otro texto que ella hubiera analizado, y su valor arqueológico era inmenso. Le costó, pero obtuvo la tranquilidad que tanto necesitaba para investigar.

Llevaban un par de semanas en Saqqara cuando Piankoff decidió que había llegado la hora de trasladarse a Luxor para explorar el otro objetivo de la expedición: la tumba de Ramsés VI. Era absurdo pretender que todos los arqueólogos del grupo fueran juntos de un sitio a otro como una gran familia, cuando cada uno tenía su propia área de especialización, pero no hubo manera de disuadirlo.

—Hay algo que me gustaría enseñarte en el Valle de los Reyes —le dijo Natacha, en un aparte.

Como siempre que ella decía algo, Liza no se opuso. Dejó aparcado su «himno caníbal» y puso rumbo a Luxor con el resto del equipo. Apenas hubieron establecido el campamento base en una casa no muy lejos de la Chicago House, se dirigieron a la tumba de Ramsés VI.

La luz del sol se filtraba tenuemente a través de la entrada, revelando las paredes adornadas con escenas de la coronación del rey y las diosas Isis y Neftis venerando al disco solar. Liza, con su libreta en mano, seguía cada detalle con ojos fascinados, mientras Natacha, a su lado, le señalaba los textos del *Libro de la Letanía de Ra* que adornaban los primeros dos corredores. Aunque seguía pensando que ella debería haberse quedado en Saqqara trabajando en su pirámide, debía reconocer que aquello valía la pena.

Piankoff, despeinado y con su habitual caos de notas y papeles, gesticulaba con entusiasmo hacia el techo, donde buitres, halcones y escarabajos alados parecían cobrar vida bajo su apasionada explicación.

—Y aquí —decía, señalando hacia el tercer corredor—, pueden ver la segunda parte del *Libro de las Cavernas*, con estos techos estrellados que nos llevan a una bóveda celestial.

Mientras avanzaban, Natacha rozó suavemente la mano de Liza,

dirigiéndola hacia las escenas del *Libro de los Muertos* en la antesala. Sus dedos se entrelazaron brevemente, compartiendo un momento de conexión no solo con la Antigüedad, sino entre ellas.

La atmósfera se volvía más pesada a cada paso, en especial al entrar en la cámara funeraria, donde las imágenes de la segunda, tercera y cuarta horas del *Libro de las Puertas* envolvían el sarcófago aún presente. Piankoff, inmerso en su particular mundo místico, hablaba sobre el *Libro de Nut* y el *Libro de la Noche*, representados en el techo, mientras Liza y Natacha intercambiaban miradas cargadas de entendimiento mutuo.

La visita culminó con Piankoff mostrándoles los anexos detrás de la cámara funeraria, donde la primera parte del *Libro de las Cavernas* se entrelazaba con ofrendas funerarias pintadas. A pesar de la ausencia del *Libro del Amduat* en la tumba, la presencia de los dioses Shu y Tefnut en los frescos únicos les recordaba la conexión entre el cielo y la tierra, un eco de la incipiente conexión que Liza sentía con su amiga.

Apenas hubieron salido, Natacha la tomó de la mano.

—Acompáñame —le susurró.

Ambas se separaron del grupo principal, sin que Piankoff terminara de darse cuenta. Se montaron en uno de los coches y se dirigieron a la tumba de Senenmut, ubicada dentro del complejo del templo de Hatshepsut. Como cada vez que visitaba la Casa de los Millones de Años de la gran reina, Liza se sintió maravillada por la grandiosidad de lo que veía.

Caminaron por el yacimiento, que continuaba en pleno proceso de reconstrucción, hasta llegar a la entrada oculta de la tumba. Entraron y, tras avanzar durante varios minutos, se hallaron en una sala cuyo techo estaba decorado con representaciones del cielo nocturno y cuerpos celestiales.

—No había estado aquí nunca.

—Acaba de descubrirse. Es el famoso techo astrológico de Senenmut, ya sabes, el arquitecto y consejero de Hatshepsut, aunque muchos creen que en realidad eran amantes.

—Una mujer no puede llegar a lo más alto sin un hombre que la guíe y la acompañe, ¿no? —murmuró Liza, mientras examinaba con detenimiento los símbolos—. Es fascinante ver las conexiones y cómo la espiritualidad egipcia evolucionó con el tiempo. Ese conjunto de estrellas tiene un paralelismo claro con las creencias sobre el más allá y la resurrección.

—Incluye constelaciones como Sirio y Orión —añadió Natacha—. Isis y Osiris. Lo masculino y lo femenino. Es un mapa del cosmos,

querida.

Liza no supo muy bien qué responder a eso, de modo que decidió cambiar de tema.

—Es interesante compararlo con los *Textos de las Pirámides*, que son mucho más antiguos… Los primeros textos funerarios se centraban más en el viaje del fallecido al más allá, con hechizos y guías para el espíritu, y esto… parece enfocarse en el entendimiento cósmico que tenían los egipcios. No me extraña que te fascine este lugar, Natacha. Hay mucho que aprender aquí.

—Por eso te he traído, querida. Quiero que abras la mente. Que te abras por completo a mí.

Mientras caminaban por la tumba, Liza no quería pensar en qué quería decir su amiga con «abrirse por completo», de modo que se puso a reflexionar sobre la relación entre Senenmut y Hatshepsut.

—Es extraño —comentó— cómo una gobernante como Hatshepsut permitió que un plebeyo, por muy consejero suyo que fuera, tuviese su tumba aquí, en el recinto de su propio templo. Habla de una relación especial, un vínculo que va más allá de lo común.

Natacha miró a Liza, captando la implicación más profunda de sus palabras.

—Sí, parece que hubo una conexión única entre ellos. Yo creo que sí, que podían ser amantes.

—No lo sé —murmuró Liza—. Siempre he pensado en Hatshepsut como alguien más parecida a mí, a nosotras, no la típica reina que elegiría tomar a un consejero como amante.

—¿Lesbiana, quieres decir? Es verdad que asumió una identidad masculina, es posible que fuera transexual, claro que, en aquella época…

—Nunca lo sabremos, supongo.

En ese momento, bajo el techo estrellado de la tumba de Senenmut, Liza y Natacha compartieron un entendimiento silencioso, una conexión que reflejaba su amor compartido por el antiguo Egipto y sus misterios, pero también su propio vínculo, cada vez más estrecho, cada vez más íntimo.

La expedición en Luxor continuó con un cierto aire de entusiasmo. Liza tuvo que quedarse junto a Natacha y el resto del equipo dirigido por Piankoff, trabajando en el Valle de los Reyes, con un enfoque inicial en la tumba de Ramsés VI. Sin embargo, no todo marchaba según lo previsto. A medida que los días pasaban, Liza comenzaba a sentir una creciente tensión entre ella y el jefe de la expedición respecto a la metodología de trabajo. Sus enfoques eran distintos: Piankoff era cada vez más caótico y priorizaba los resultados

inmediatos, mientras que Liza abogaba por un análisis más detallado y reflexivo de los textos.

Además de los desafíos profesionales, la relación entre Liza y Natacha se estaba intensificando. En las noches, después de largas jornadas de trabajo, encontraban consuelo y comprensión mutua. Sus conversaciones, llenas de pasión por Egipto y por su trabajo, empezaron a teñirse de un tono más personal y emocional. Pronto las charlas se vieron acompañadas de besos y caricias, pero Liza ansiaba algo más, algo más profundo.

Una noche, bajo un cielo estrellado, Liza y Natacha se encontraron a solas a las afueras de su campamento. El silencio del desierto se imponía como una pesada manta a su alrededor, haciéndoles sentir que estaban solas en el universo.

—Nunca pensé que encontraría a alguien que compartiera mi amor por Egipto de esta manera —confesó Natacha, con voz suave pero firme.

—Ni yo. Pero esto es más que Egipto, Natacha —respondió Liza, tomándola de la mano—. Es sobre nosotras.

Aquella noche durmieron juntas. En realidad, durmieron poco, pero estuvieron juntas, y Liza se sintió feliz tras muchos años de sentirse dividida. Ya no tendría que elegir entre Egipto o el amor. Podía tenerlo todo.

Estaba equivocada.

El romance florecía, pero las complicaciones crecían al mismo ritmo. Las diferencias con Piankoff se hacían más evidentes y las tensiones en el equipo aumentaban. Natacha consideraba a Piankoff su gurú particular, el egiptólogo más brillante que había conocido jamás, y no se atrevía a llevarle la contraria bajo ningún concepto.

—Lo que está proponiendo, sencillamente, no es científico —protestaba Liza—. No puede asumir así como así que el gnosticismo bebe del *Libro de las Cavernas* y del resto de los textos funerarios egipcios… y, definitivamente, no, la masonería no se remonta a los constructores de pirámides.

—¡Hay que tener una visión más amplia, querida! —contraatacaba Natacha—. Piankoff y yo creemos que la religión egipcia se remonta a la Atlántida y que podría tener conexiones con las pirámides de Teotihuacán, en México. El mapa galáctico de la tumba de Senenmut, Liza, lo viste con tus propios ojos: las pirámides de todas las civilizaciones forman un mapa…

—¡La Atlántida no existe! ¡Es una parábola utilizada por Platón para definir el concepto de utopía! No puedes confundir un texto filosófico con un tratado histórico…

Y así podían continuar durante horas. Natacha era una persona maravillosa, sexy, valiente, vibrante… pero carente del más mínimo rigor científico. Una vez más, Liza se encontraba dividida entre su ética profesional y sus sentimientos hacia Natacha.

Finalmente, la situación alcanzó un punto crítico. Después de un acalorado debate con Piankoff sobre cómo abordar la traducción de un conjunto particular de textos y que este propusiera consultarlo con la *ouija*, Liza tomó una decisión difícil. Con el corazón apesadumbrado, anunció su retirada de la expedición.

—Mi enfoque y el de Piankoff son simplemente incompatibles —le explicó a Natacha, en su voz se percibía tristeza y frustración.

Natacha, aunque comprendía, no pudo ocultar su decepción.

—¿Y nosotras? —preguntó con un hilo de esperanza.

Liza, con lágrimas en los ojos, sabía que su decisión no solo marcaba el fin de su participación en la expedición, sino también el final de lo que había comenzado entre ellas.

—No sé, Natacha. Tal vez esto también era un espejismo más de los que aparecen en el desierto.

Con una última mirada a las estrellas, Liza se preparó para dejar Luxor, llevando consigo recuerdos de descubrimientos y un romance que, aunque breve, había dejado una huella indeleble en su corazón. Mientras hacía el equipaje en la casa que había compartido con los otros miembros del equipo, sus pensamientos se dirigieron hacia las mujeres que habían dejado una huella en su vida. Desde Maggie en Hollins College, el amor juvenil e inocente, hasta Myrtle, un deseo prohibido y complicado. Luego estaba Ann, con quien había compartido no solo una relación, sino también el fervor de la guerra. Y ahora Natacha, una pasión intensa pero fugaz que había florecido y se había marchitado en el mismo Egipto.

Cada una de estas relaciones había terminado, dejándola con un sentimiento de vacío y preguntas sin respuesta. ¿Sería ella la causa? Quizá la dedicación a su carrera y su miedo al compromiso servían como antídoto contra el amor verdadero. Porque, francamente, ¿qué importaba si Natacha creía en la Atlántida? ¿Acaso hacía daño a alguien?

En ese momento de soledad, Liza sentía la pesada carga de sus decisiones. Su supuesto éxito y un reconocimiento profesional que no acababa de llegar no llenaban el espacio que el amor había dejado vacío. La soledad se sentía más profunda en la inmensidad del desierto egipcio.

Destruyo todo lo que toco, se dijo. Estoy hecha para estar sola.

Mientras terminaba de guardar sus pertenencias, supo que estaba

dejando atrás más que una expedición. Estaba dejando atrás una parte de sí misma, una que había esperado encontrar respuestas en las arenas del tiempo.

El viaje de vuelta fue aún más pesado de lo acostumbrado. Se sentía triste, melancólica. Fracasada.

Al regresar a su apartamento en Nueva York, se encontró con un espacio que, aunque familiar, le resultaba extrañamente ajeno. Cada rincón y cada objeto le traían recuerdos de Natacha, momentos compartidos y conversaciones que ya no volverían. La ciudad, una vez llena de promesas y posibilidades, ahora parecía resonar con el eco de un amor perdido.

Decidió que necesitaba un cambio. Uno más. Los nuevos principios siempre la habían ayudado. Así, Liza tomó la decisión de trasladarse a Princeton. No por ningún motivo práctico ni profesional concreto, sino por alejarse de Nueva York. Aún le quedaban suficientes ahorros de sus tiempos en el *Signal Corps*. Allí, en un tranquilo vecindario en Edgerstoune Road, encontró un terreno que parecía ser el lugar perfecto para comenzar de nuevo. Con una visión clara en mente, se consagró a la supervisión de las obras de su propia casa, igual que hacían los antiguos faraones con sus tumbas.

Diseñó la casa con sencillez y funcionalidad. Un amplio salón central con una acogedora chimenea en un extremo se convertiría en el corazón del hogar. Rodeado por tres lados con ventanas, el salón se llenaba de luz natural, ofreciendo vistas al jardín trasero. Bajo las ventanas, estanterías para sus innumerables libros y recuerdos de Egipto. La cocina, el dormitorio, el baño y el garaje se adjuntaban a esta área central, formando un diseño compacto pero cómodo.

También se compró un perro, un cocker spaniel al que llamó Unas, en honor al propietario de su pirámide favorita. Cada vez entendía menos a los seres humanos, así que decidió probar suerte con la raza canina.

Una vez completada, la casa se convirtió en su refugio, un santuario personal donde podía dedicarse a sus estudios con una renovada sensación de propósito. Las mañanas comenzaban temprano, con tiempo en el jardín, cuidando las plantas que crecían bajo su atenta mirada. Después, un largo paseo con Unas para al fin sumergirse en su trabajo, rodeada de textos y artefactos que la conectaban con el mundo que tanto amaba. Por las tardes, salía de nuevo a caminar por el tranquilo camino de tierra más allá de su casa, dejando que sus pensamientos fluyeran libremente. Luego hacía recados en Princeton o visitaba la biblioteca Firestone, antes de regresar a casa para continuar con sus investigaciones.

En este nuevo hogar, en esta nueva vida, Liza buscó un equilibrio entre el pasado que dejaba atrás y el futuro que aún estaba por escribir. Allí, en la tranquilidad de Princeton, podía explorar los misterios del antiguo Egipto, mientras reconstruía las piezas de su propio ser.

Aun desde Princeton, Liza mantuvo una conexión con Nueva York. Se compró un coche y cada semana conducía hasta la ciudad para continuar sus estudios de budismo zen con el maestro zen Suzuki, al que ya conocía desde la guerra, que ahora daba clases en la Universidad de Columbia. Estas sesiones eran una fuente de inspiración y equilibrio para ella, ofreciéndole una perspectiva diferente y profunda sobre la vida y el pensamiento.

Fue precisamente en Nueva York donde se produjo un encuentro casual que hizo tambalear los cimientos de su frágil equilibrio. De entre todas las personas del universo, tuvo que darse de bruces con Margaret Wise Brown, Maggie, su Maggie, la primera chica a la que le había abierto su corazón… y la primera que se lo había roto, al permitir que su novio, James Rockefeller, intentara violarla para luego acusarla de comportamiento inadecuado y lograr su expulsión de Hollins College y de la Pi Beta Phi.

Le había costado una década recuperarse de aquello. Diez largos años. Y ahora, como salida de la nada, Maggie reaparecía.

Se cruzaron en Central Park y se reconocieron de inmediato. Maggie había envejecido, lógicamente, pero los años le habían proporcionado una belleza madura y muy, muy atractiva. Seguía luciendo la misma melena rubia, aunque ahora la llevaba ligeramente ondulada. A Liza le pareció salida de una película de Hollywood.

Se dieron un abrazo y fueron a un pequeño café junto al estanque, donde la gente da de comer a las tortugas, para sentarse y charlar.

Maggie escribía libros infantiles. Al parecer, había tenido bastante éxito, aunque Liza no había seguido su carrera desde que abandonó Cruger y, con él, a sus sobrinos, que habían sido los únicos niños de su vida. Entre risas, le contó que había tenido una vida llena de romances y pasiones, incluyendo una relación significativa con una tal Blanche Oelrichs, una poetisa que escribía con el pseudónimo de Michael Strange.

—No te vas a creer con quién estoy prometida.

—¿Prometida? —preguntó Liza—. ¿Quieres decir… con un hombre?

—¡Claro, tonta! Lo mío con las chicas siempre ha sido por diversión. Ya sabes, nadie te conoce mejor que tu mejor amiga, ¿o no?

Pero para casarse, una necesita a un hombre. Es James. James Rockefeller.

—¿El de la universidad? —preguntó Liza, sintiendo que el café se le volvía sólido dentro del estómago y le entraban ganas de vomitar.

—Peor. ¡Su hijo! Todo el mundo le llama Pebble. Pebble Rockefeller. —A Liza no se le ocurría nada que decir, de modo que no dijo nada. Se quedó en silencio, tratando de digerir aquella información. Maggie, al ver que no reaccionaba, continuó hablando—: Sé lo que estás pensando, pero no es tan joven. James me sacaba a mí casi ocho años, cuando salía con él no era más que una niña. Tuvo a Pebble nada más casarse así que nos llevamos como diez años. Ya ves, no es tanto.

—No te juzgo —dijo Liza, y según las palabras salieron de su boca, se dio cuenta de que sonaban como todo lo contrario—. En serio. ¿Tú eres feliz? Eso es lo que importa.

—Soy tremendamente feliz, felicísima, ¡más feliz que en toda mi vida! Pebble no se parece en nada a su padre. Es sensible, cariñoso, atento… ¡me entiende! ¿Te lo puedes creer? Mira, vamos a hacer una cosa. Yo me voy pasado mañana a Francia para promocionar mi último libro. Pebble viene conmigo, estaremos unos días en Niza. Pero, en cuanto vuelva, quedamos los tres y te lo presento, ¿vale? Apúntame aquí tu teléfono.

Mientras Liza escribía el número de su casa en Princeton en una servilleta, pensaba que por nada del mundo quería conocer al hijo de James Rockefeller, por muy sensible y atento que fuera. Y en cuanto a Maggie, tampoco la vería de nuevo. Era simple autoconservación. No podía consentir que apareciera otra mujer que echara por tierra la poca estabilidad mental que con tanto esfuerzo había conseguido levantar. Así que terminaron el café y se despidió de ella cariñosamente, jurándose a sí misma no volverla a ver.

En esta ocasión, su deseo se cumplió.

Fue su amigo Joel, una vez más, el que le dio la noticia. La llamó por teléfono un jueves en medio de la noche, provocándole un enorme susto a Unas y sacándola a ella de la cama.

—Margaret Wise Brown es tu amiga Maggie, de Hollins, ¿verdad?

—¿Qué sucede con ella?

—Ha muerto.

Liza tardó unos segundos en responder. Las palabras de Joel hacían eco un su cerebro, que de pronto se encontraba más vacío que de costumbre.

—¿Qué? ¿Cómo has dicho?

—*The New Yorker* le iba a hacer un reportaje, por eso me he

enterado. Ha sido en Niza, al parecer ha tenido una embolia después de una operación de apendicitis o algo así. Estaba prometida con James Pebble Rockefeller. ¿Ese es el imbécil que casi te violó? Hay gente que no aprende… en fin, pobre mujer, pero desde luego yo creo…

Liza colgó el teléfono y se dejó caer hasta sentarse en el suelo, con la cabeza entre las piernas. Unas acudió junto a ella y empezó a chuparle la cara, pero lo alejó de un manotazo. Maggie había muerto. Había muerto de una embolia apenas unos días después de haberla visto tras… ¿cuantos años? ¿Veinte?

Destruyo todo lo que toco, se dijo. Todo.

25
La muela de Hatshepsut

El aire de Karnak estaba impregnado del aroma del incienso. La música de los sistros resonaba en mis oídos. Sola, me abría paso a través de la multitud tratando de aparentar una dignidad que no sentía. Era el día del festival Heb Sed, un evento de rejuvenecimiento y celebración para nuestra gran reina y faraón, Hatshepsut. El sol se alzaba majestuoso, bañando el templo con su luz, como si el mismísimo Ra bendijera el día. Pero yo sentía pena en mi corazón.

Mi niña estaba lejos de mí. ¿Cómo iba a cuidar de ella, en esas circunstancias?

Me detuve un momento, observando cómo Hatshepsut hacía su aparición. Algo había cambiado en ella, más allá del peso que, indudablemente, había ganado. Desde el nacimiento de Neferure, mi niña no había dejado de engordar y, por mucho de los médicos le indicaran que eran malos para su salud, se atiborraba a dulces, quizá como refugio frente a la presión del reinado. Pero había algo más. Había adoptado una postura más imponente, su pecho generoso adornado con el pectoral del faraón y su cabeza coronada con el *kepresh*, el tocado azul de la guerra. La imagen era perturbadora y fascinante a la vez. Hatshepsut, la niña a la que había amamantado, ya no era solo una reina: ante nuestros ojos, se transformaba cada día más en un faraón en todo su esplendor.

Los sacerdotes de Amón, con sus túnicas blancas y sus cabezas afeitadas, se movían inquietos. Entre ellos, divisé a Menkheperre, el hijo del difunto Minmontu, cuya mirada severa hacia Hatshepsut no podía pasar desapercibida. El descontento se leía en sus ojos, pero la reina no se inmutaba. Su presencia imponía un silencio respetuoso y su voz resonó con autoridad cuando comenzó a hablar.

—Hijos de Egipto —dijo Hatshepsut con voz firme y clara—, hoy, en este sagrado festival Heb Sed, renuevo mi compromiso con vosotros y con el padre de los dioses, Amón. Como faraón, lideraré a Egipto hacia la prosperidad y la grandeza.

La multitud respondió con vítores, pero yo no podía dejar de mirar a los sacerdotes. Su desaprobación era palpable, y me pregunté cuánto tardarían en actuar contra ella. Hatshepsut, consciente de las miradas que la rodeaban, continuó con la ceremonia con la dignidad y la gracia que siempre la caracterizaban.

A medida que el festival avanzaba, con sus rituales y ofrendas, no

pude evitar sentir un profundo respeto por mi niña. Estaba desafiando las normas, los roles y las expectativas. Su audacia no solo era un acto de poder, era un desafío a las estructuras que habían gobernado Egipto durante milenios. Sin embargo, en mi corazón, la inquietud crecía. ¿Podría mantener este delicado equilibrio de poder y respeto? ¿O su transformación sería el catalizador de una lucha que sacudiría los cimientos de nuestro mundo? Y yo, desde el harén, no podía hacer nada por ella.

Mientras el sol se ponía, marcando el fin del festival, supe que estas preguntas permanecerían sin respuesta por el momento. Pero una cosa era cierta: Egipto estaba entrando en una era de cambio, una que sería escrita con la tinta de los dioses y el pulso firme de una reina como jamás había existido otra.

Esa noche imperaba la tranquilidad en el palacio de las mujeres; era una de esas noches donde el tiempo parece detenerse bajo el velo sereno de la luna. Me encontraba en mis aposentos dentro del harén, sumida en mis pensamientos, cuando percibí un ruido inusual. A través de la ventana entreabierta, vi una figura que avanzaba sigilosamente por los jardines. La reconocí al instante. Era Hatshepsut, pero no con su apariencia habitual, no como la mujer que todos conocíamos. Vestía los atributos masculinos del faraón que había llevado en la ceremonia. Su rostro, iluminado por la luz de la luna, reflejaba una determinación férrea.

Intrigada y, no lo negaré, preocupada por mi pequeña, me mantuve en las sombras. En silencio, observé cómo se dirigía hacia el ala del harén donde residían las concubinas de su difunto hermano y esposo, Tuty. Me pregunté qué asuntos la llevarían a ese lugar en medio de la noche. ¿Sería aquella la primera vez que visitaba a las concubinas, o había sucedido antes sin que nadie lo supiera?

Desde mi escondite, la vi entrar en el ala reservada y permanecer allí durante lo que parecieron horas. La curiosidad y la preocupación se entrelazaban en mi mente. ¿Qué motivos tendría Hatshepsut para este encuentro secreto? ¿Asuntos de Estado, o algo más personal?

Al fin, la vi abandonar el lugar. Su figura se desvaneció en la oscuridad de la noche, dejando tras de sí un rastro de misterio. Regresé al lecho, pero el sueño me eludía. Mi mente daba vueltas alrededor de la escena que acababa de presenciar. Reflexioné sobre mi Hatasu, sobre el peso de ser faraón y mujer al mismo tiempo. Como soberana, tenía el derecho de hacer lo que le pareciera oportuno, de tomar decisiones que afectaran a todo Egipto. Pero, como mujer, también tenía el derecho y la obligación de seguir los dictados de su corazón, de buscar en los rincones más profundos de su ser lo que

necesitaba para sentirse completa.

Yo misma, en mi vida, había seguido los dictados de mi corazón, aunque en una dirección muy diferente. Había cuidado y amado a Hatshepsut como a una hija, había pasado mi vida en las sombras del harén, siempre observando, siempre presente, pero rara vez reconocida. En la tranquilidad de la noche, comprendí que, aunque nuestras vidas eran muy diferentes, Hatasu y yo compartíamos algo esencial: ambas buscábamos nuestro lugar en un mundo que a menudo parecía demasiado grande y demasiado pequeño al mismo tiempo. Y en esa búsqueda, en esa voluntad de vivir según nuestros propios términos, radicaba nuestra verdadera fuerza.

Con esos pensamientos me dejé llevar por el sueño, sabiendo que, sin importar lo que el futuro trajera, aunque ella estuviera en el palacio real y yo relegada al harén de las mujeres, Hatshepsut y yo siempre estaríamos unidas por un hilo indestructible que solo ella y yo podíamos sentir.

Al día siguiente me desperté con una nueva determinación. Si mi niña no me permitía estar junto a ella para cuidarla y protegerla, nada me impedía tratar de sacar provecho de la situación. Podía velar por ella en la distancia, aprovechar la relativa tranquilidad del harén para pasar desapercibida y ser, una vez más, sus ojos y sus oídos en los corredores más oscuros de la corte.

Mi objetivo estaba claro: Menkheperre, el hijo del sumo sacerdote Minmontu y de la adoratriz Huy. Por mucho que su padre hubiera sido un fervoroso defensor primero de la Señora y después de Hatshepsut, su hijo me parecía un hombre mucho menos de fiar. Por las miradas y comentarios que había podido captar, no era ni mucho menos partidario de la reina. De modo que decidí seguirlo.

El espionaje no es tarea sencilla. Exige una discreción que no todo el mundo posee. Yo contaba con una única ventaja: mi invisibilidad. Para muchos, yo ya no era más que una anciana relegada al harén. Nadie me consideraba peligrosa. Nadie sospechaba de mí.

Las sombras de la noche envolvían el templo de Amón en Karnak, un santuario de antiguos misterios y divinas contemplaciones, cuando me deslicé entre las columnas gigantes en pos de Menkheperre. No era más que una mera sombra entre muchas, atraída por los rumores de una reunión secreta. El corazón me latía con fuerza, consciente del peligro de ser descubierta. Pero mi sentido del deber era más fuerte que el miedo.

Allí, bajo el resplandor vacilante de las antorchas, se congregaban figuras encapuchadas, sus rostros ocultos en la penumbra. Entre ellos,

destacaba la figura de Menkheperre. Su voz, impregnada de una autoridad férrea, cortaba el silencio como una hoja afilada.

—Hermanos —comenzó, y sus palabras eran como gotas de veneno en la serena noche—, nos encontramos en una encrucijada de nuestra historia. La reina Hatshepsut, a quien respetamos como a la madre de Egipto, ha cruzado un umbral que desafía las leyes de Maat. Su asunción de la forma masculina no es solo un acto de poder, sino una afrenta a nuestras tradiciones. Una mujer no puede ni debe ser faraón.

Sus ojos, dos ascuas ardientes en la oscuridad, escrutaban la asamblea.

—¿Pero no es legítimo que una reina haga de regente? —preguntó alguien a quien no reconocí—. Así ha sido muchas veces en la historia, y así seguirá siendo.

—Tutmosis ha crecido y ya no necesita tutores ni regentes. No debemos permitir que la ambición de una mujer, por noble que sea su linaje, perturbe el equilibrio que nuestros ancestros han diseñado. ¿No es acaso nuestro deber, como guardianes de la fe, asegurar que los mandatos de los dioses sean respetados?

Los murmullos de acuerdo se elevaban como el susurro del viento entre las palmeras. Sentí un escalofrío recorrer mi espina dorsal. Menkheperre no estaba incitando a la rebelión, algo fácil de desarticular, sino a una resistencia sutil, un realineamiento de lealtades y creencias.

—Propongo que fortalezcamos nuestra guía sobre el joven Tutmosis —continuó—, y que, a través de medios sagrados y políticos, reafirmemos las tradiciones que han hecho grande a nuestro reino. Que la reina comprenda que su poder no es absoluto, que depende del beneplácito de los dioses… y de sus fieles servidores.

Las palabras de Menkheperre eran como un conjuro, ya que trataban de tejer una realidad donde Hatshepsut fuera menos faraón y más una figura ceremonial, al estilo de las grandes esposas reales de antaño. Al escucharlo, comprendí que la guerra por el alma de Egipto no se libraría en campos de batalla, sino en las sombras de los templos y en los corredores del poder.

Me retiré en silencio, llevando conmigo el peso de aquellas palabras. La lucha por el poder en Egipto estaba tomando un nuevo giro, uno que requeriría de toda la astucia y fuerza de Hatshepsut. Y yo, Sitra, sería testigo de todo, guardando cada secreto, cada conspiración, en el santuario de mi corazón.

Tal y como era mi deber, advertí a Hatasu. Ella y Senenmut me miraron con gravedad y asintieron.

—Lo que nos cuentas es preocupante, Sitra —dijo el arquitecto—. Sabíamos que había oposición entre los sacerdotes, pero no que esta había llegado a este nivel.

—Son unos ingratos —protestó Hatshepsut—. ¡He dedicado mi vida a la grandeza de Amón! ¿Y así me lo agradecen?

—Gracias por advertirnos, dama Sitra. Pierde cuidado. Yo me ocuparé del asunto.

Me hubiera quedado tranquila si apenas unos días después no se hubiera anunciado que el joven faraón Tutmosis tomaba una esposa secundaria: Merytre, la otra hija de la adoratriz Huy y hermana de Menkheperre. Se trataba, a todas luces, de un nuevo movimiento político por parte de nuestros adversarios.

El cielo sobre Tebas se había teñido con los colores del atardecer, un mosaico de naranjas y púrpuras que parecía celebrar el gran acontecimiento que estaba a punto de tener lugar. Desde mi discreto lugar, escondida entre las sombras, observaba cómo se desplegaban los preparativos para el matrimonio de Tutmosis. Como era costumbre, no habría una gran ceremonia, pero en esta ocasión Menkheperre había resuelto realizar una ofrenda a los dioses en honor a la joven pareja en el templo de Karnak. Sería un acto pequeño, privado, previo a la instalación de Merytre en el harén real, y a la visita que debía hacerle el faraón para consumar la unión.

La novia era la viva imagen de la gracia y la belleza, vestida con finas telas que capturaban la última luz del día. Pero había algo en su mirada, una determinación férrea, que revelaba que era algo más que una joven virgen a punto de ser desposada. Su matrimonio con Tutmosis la convertía en una pieza clave en el complejo juego del poder.

El joven faraón se mostraba sereno, su juventud escondida detrás de la solemnidad de su papel. A su lado, Hatshepsut observaba con expresión inescrutable. ¿Era posible que ella no viera las implicaciones de aquel matrimonio? ¿Veía en Merytre a una rival potencial o simplemente una alianza necesaria para calmar a los sacerdotes?

La ofrenda se llevó a cabo bajo los ojos vigilantes de Amón, con los sacerdotes entonando antiguos cánticos que resonaban en los muros del templo. Merytre y Tutmosis se tomaron de la mano y emprendieron juntos el camino hacia el harén, escoltados por las cantoras de Amón, que entonaban himnos de júbilo y alabanza. Me acerqué a Hatshepsut, cuya mirada se perdía en la distancia, como si contemplara un futuro incierto.

—Es un nuevo comienzo, Sitra —me dijo con suavidad—, pero también es un camino que conduce a muchos futuros desconocidos.

Debemos estar preparadas para lo que venga.

Asentí, comprendiendo que aquella unión era el inicio de una nueva era, una donde las alianzas y las lealtades se verían puestas a prueba. Sin duda Hatshepsut, en su sabiduría, ya estaba trazando su próximo movimiento en aquel delicado juego de poder. O, al menos, eso esperaba.

Tras mi conversación con la reina, me dirigí hacia donde se encontraba Neferure, que no solo era hija de la reina, sino esposa principal de Tutmosis. La hallé apartada, sola. Su semblante reflejaba preocupación. Al acercarme, sus ojos se encontraron con los míos, revelando una inquietud que iba más allá de los posibles celos que pudiera sentir como esposa.

—Sitra —dijo Neferure, con una voz apenas audible sobre el murmullo de los coros nupciales—, estoy inquieta. Siento que las aguas del Nilo están cambiando de curso.

Me acerqué y tomé su mano. A pesar del calor, estaba fría.

—Majestad, vuestra percepción es tan aguda como la de vuestra madre. La presencia de Merytre no augura nada bueno.

Neferure miró hacia la distancia. Merytre y Tutmosis desaparecían en los jardines del templo, rumbo al palacio de las mujeres.

—No es solo la presencia de Merytre, sino lo que ella representa. Los sacerdotes de Amón quieren influir en Tutmosis a través de ella. Temo que mi posición y la de mi madre se vean debilitadas.

—Es cierto que los sacerdotes buscan extender su poder —le respondí—, pero no debes subestimar tu influencia ni la de tu madre. Hatshepsut ha navegado por aguas más turbulentas que estas.

Neferure asintió lentamente.

—Pero Merytre es astuta y ambiciosa. No se contentará con ser una mera consorte. Temo que buscará eclipsar mi posición y, peor aún, alejar a Tutmosis de mi madre.

—Neferure, eres la hija de Hatshepsut, la reina más grande que ha habido nunca en Egipto. Posees la sabiduría y la fuerza para enfrentar este desafío. No estás sola en esto —le aseguré, apretando su mano con firmeza.

Ella me miró, una chispa de determinación brillaba en sus ojos.

—Tienes razón, Sitra. No permitiré que las sombras de la intriga oscurezcan nuestro reinado. Aprenderé de mi madre y me mantendré firme.

La conversación con Neferure me dio una cierta tranquilidad. A pesar de las complicadas redes de poder y las maquinaciones de los sacerdotes, el espíritu indomable de Hatshepsut y su hija ardería

brillante, guiando a Egipto a través de cualquier tormenta que se avecinara.

Yo, por mi parte, me mantendría atenta. Además de a Menkheperre, tenía una nueva sospechosa a la que vigilar. Su hermana Merytre.

Mi tarea pronto dio sus frutos. La nueva reina —de nuevo, igual que cuando llegué a él por primera vez, el harén estaba plagado de reinas— llevaba apenas unas noches con nosotras cuando sentí una tensión que se cernía en el aire. Me encontraba en una galería apartada, un lugar que ofrecía una vista privilegiada y oculta de una de las salas privadas del palacio. Allí, Merytre convocaba en secreto a un grupo selecto de nobles y sacerdotes.

Sus palabras fluían como el Nilo en crecida, cargadas de ambición y astucia.

—La reina Hatshepsut ha gobernado Egipto durante todos estos años, sí, pero no debemos permitir que su sombra eclipse el sol de Tutmosis —decía Merytre con una voz que destilaba tanto encanto como veneno—. Es tiempo de que el faraón asuma su lugar legítimo, con nosotros para guiarlo.

Un sacerdote, cuyo rostro estaba parcialmente oculto por la penumbra, asintió con gravedad.

—Hatshepsut ha desafiado las tradiciones y, aunque sus logros son innegables, no podemos ignorar las leyes de Maat. Tutmosis debe ser el verdadero faraón en la práctica, no solo en título.

Observé cómo Merytre sonreía con satisfacción, sus ojos brillando de triunfo.

—Entonces debemos actuar con sutileza y rapidez. Nuestros movimientos deben ser como los de una serpiente en la hierba, imperceptibles hasta que estemos listos para atacar. Y el primero en caer ha de ser Senenmut.

Fue como si mi corazón se detuviera unos instantes, para después continuar su latido. ¡Senenmut! Un murmullo de acuerdo se elevó entre los conspiradores. Senenmut era el consejero más cercano y leal de Hatshepsut, uno de los pilares de su reinado. Su caída debilitaría significativamente la posición de la reina.

—Tenemos información de que Senenmut ha construido su tumba dentro del templo mortuorio de Hatshepsut sin su permiso. Es una osadía que no podemos dejar pasar —continuó Merytre, su voz convertida en un susurro malévolo—. Además de sus prácticas antinaturales, que ensucian el nombre de Egipto. Ya es bastante malo que una mujer gobierne Egipto, pero que un eunuco afeminado sea el primer consejero, es atentar directamente contra los dioses.

Me estremecí al escuchar sus palabras. La intriga en el palacio no era algo nuevo, pero esta conspiración llevaba el sello de una amenaza más oscura y profunda. Merytre no era solo una esposa secundaria; estaba emergiendo como una jugadora hábil en el *senet* del poder, dispuesta a desafiar el legado de Hatshepsut.

Salí de mi escondite con el corazón latiendo con fuerza. Sabía que debía informar a Hatshepsut de estas sombrías maquinaciones. La reina tenía que estar preparada para lo que se avecinaba, pues las arenas del poder en Egipto estaban cambiando, y con ellas, el destino de nuestro gran imperio.

No tuve tiempo.

Vivir alejada, en el harén, tenía grandes inconvenientes. Me fue imposible ver a mi Hatasu aquella noche y, a la mañana siguiente, cuando logré solicitar una audiencia, ya era demasiado tarde.

Era un día de viento en Tebas, uno que traía consigo susurros de conspiración y cambio. Los rumores habían estado circulando como aves de mal augurio, pero nada me preparó para la desgracia que cayó sobre Senenmut. Me encontraba en los jardines del palacio, esperando a ser recibida por la reina, cuando la noticia irrumpió como una tormenta del desierto: Senenmut, el leal consejero y constructor de Hatshepsut, había sido desterrado de la corte acusado de alta traición.

Con el corazón oprimido, me dirigí a la sala del trono sin importarme los guardias ni los edecanes. Allí Hatshepsut, rodeada de sus consejeros y sacerdotes, enfrentaba la crisis. Distinguí el rostro del sumo sacerdote Hapuseneb y también el de Menkheperre. Senenmut, imperturbable como de costumbre, estaba de pie frente a ella. Su rostro reflejaba una mezcla de incredulidad y resignación.

—¿Es verdad, Senenmut? —preguntó Hatshepsut, con una mezcla de tristeza e ira contenida—. ¿Has osado profanar mi templo mortuorio con tus ambiciones?

Senenmut se inclinó profundamente, su voz era firme, pero en sus ojos había un destello de desesperación.

—Mi reina, mi único deseo siempre ha sido servirte. La construcción de mi tumba cerca de tu sagrado templo era un acto de devoción, no de arrogancia.

Hatshepsut se levantó, su mirada se desplazaba entre Senenmut y los rostros expectantes de la corte.

—Tu lealtad siempre ha sido inquebrantable, Senenmut, pero este acto… es una traición a las tradiciones y a mi confianza. En cuanto a la otra acusación…

—Su majestad conoce de sobra mis preferencias —se defendió el arquitecto—. Nunca he engañado a nadie. Si mis actos son o no contra

natura, corresponde a los dioses decidirlo.

—No tengo nada que decir al respecto. Son los dioses los que nos han dado forma, los que nos han creado tal y como somos. Difícilmente podemos ser castigados por algo que los propios dioses han decidido. No, Senenmut, no puedo castigarte por ser como eres.

—Majestad, profanar el templo mortuorio de un miembro de la familia real es un acto de alta traición —señaló Menkheperre.

—No me interrumpas, sacerdote —le cortó la reina—. Senenmut, no puedo obviar tu sacrilegio. La figura del faraón es sagrada, y violar mi templo mortuorio es violar la esencia misma de Egipto. No puedo permitirlo.

La tensión en la sala era como una cuerda a punto de romperse. Miré a Senenmut, cuya figura solitaria se erguía ante la faraona, y supe que estábamos presenciando no solo su caída, sino el inicio de una lucha de poder más amplia.

—Lo comprendo, majestad.

—Te destierro de la corte. Quedas privado de todos tus títulos y posesiones —declaró Hatshepsut—. Parte de Tebas y no regreses jamás, bajo pena de muerte.

La conmoción se palpaba en el aire. Senenmut, una vez el arquitecto del poder de Hatshepsut, ahora era un paria. Mientras abandonaba la sala, nuestras miradas se encontraron brevemente, y en sus ojos vi un destello de algo más que dolor: un presagio de los tiempos turbulentos que se avecinaban.

Me quedé junto a la reina, quien ahora miraba hacia el horizonte con una expresión pensativa.

—La corte está infestada de serpientes, Sitra —murmuró—. No me refiero a Senenmut, él es solo una víctima. Y temo que esta no sea más que la primera mordida.

En ese instante, supe que la lucha por el poder en Egipto estaba lejos de terminar. Hatshepsut, enfrentándose no solo a enemigos externos, sino también a traiciones internas, necesitaría toda su astucia y fuerza para navegar en estas aguas agitadas. Y yo, Sitra, estaría a su lado, testigo y guardiana de los secretos que se entretejen en los hilos del destino de nuestra gran nación.

Mientras el eco de los pasos de Senenmut se desvanecía en los pasillos del palacio, un pensamiento me invadió, inquietante como una tormenta en el desierto. Recordé el día en que Senenmut me había mostrado una tumba, mi tumba, tallada en la roca cerca del templo mortuorio de Hatshepsut. ¿Habría actuado él también por su cuenta en esto? Con el corazón latiendo con fuerza, decidí buscar a la reina para desvelar esta verdad oculta.

No deseaba hablar frente a toda la corte, así que esperé hasta el atardecer. Encontré a Hatasu en sus aposentos, contemplando el horizonte desde su ventana. Su silueta se recortaba contra el cielo anaranjado del atardecer, reflejando la soledad de su cargo.

—Mi reina —comencé con voz temblorosa—, debo confesarte algo que Senenmut hizo, quizás sin tu consentimiento. Él… él me mostró una tumba, mi tumba, cerca de la tuya. Temo que esto también sea un acto de presunción por su parte.

Hatshepsut se volvió hacia mí, su mirada era un mar de emociones. Por un momento, vi en ella no solo a la reina, sino a la niña que había conocido desde la cuna.

—Sitra, mi fiel ama de cría —dijo con voz suave pero firme—, no fue Senenmut quien actuó por su cuenta en esto. Fui yo quien ordenó que tu lugar de descanso eterno estuviera cerca del mío.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, emocionada.

—¿Por qué, mi reina? —pregunté, con la voz entrecortada.

Hatshepsut se acercó y tomó mis manos entre las suyas.

—Porque tú has sido más que una ama de cría para mí. Has sido mi consejera, mi confidente, mi amiga. En vida, has estado a mi lado, cuidándome y guiándome. En la eternidad, no deseo que sea diferente. Así como me has protegido en este mundo, deseo que en el más allá nuestros espíritus permanezcan juntos.

Las palabras de Hatasu calaron hondo en mi alma. El vínculo que compartíamos trascendía el tiempo y la muerte.

—Mi reina, mi lealtad hacia ti va más allá de esta vida. Te protegeré siempre, en este mundo y en el siguiente —juré, con lágrimas en los ojos pero con una determinación férrea en mi corazón —. Tu legado y tu memoria serán mi eterna responsabilidad.

Hatasu, mi pequeña Hatasu, asintió, y en sus ojos vi a la niña que fue, llenos de la gratitud y el amor de una hija. No éramos y nunca fuimos solo faraón y súbdita, nunca lo seremos. Somos dos almas unidas por un destino compartido, su *ka* y su *ba* habitan en mí, y mi *ka* y mi *ba* habitan en ella.

Así, mientras el sol se ponía sobre Tebas, sellamos nuestro pacto silencioso, un juramento de lealtad que duraría más allá de nuestras vidas terrenales, resonando a través de las arenas del tiempo en el vasto y misterioso cosmos del antiguo Egipto.

Los años pasaron al ritmo de las crecidas del Nilo, cada uno dejando su marca en el Doble País y en la propia Hatshepsut. A pesar de las traiciones y desafíos, su reinado continuó con esa mezcla de sabiduría, astucia y gracia que solo ella podía ostentar. Pero no podía ignorar los signos de su salud menguante, una verdad tan implacable

como el fluir del tiempo, al igual que el peso que, cada vez más, se acumulaba en su cuerpo. La que había sido una niña fuerte y ágil se había transformado en una anciana obesa y dolorida.

Un día, mientras caminaba por los exuberantes jardines del palacio, me encontré con Hatshepsut contemplando un obelisco recién erigido.

—Mira, Sitra —dijo con una sonrisa cansada—, estas piedras se alzan hacia el cielo, buscando la eternidad. Yo también he intentado elevar Egipto hacia alturas sin precedentes.

—Sí, mi reina, lo has hecho —respondí, sin poder evitar que las lágrimas fluyeran hacia mis ojos—. Y lo seguirás haciendo.

Hatshepsut suspiró suavemente.

—Pero incluso las piedras se desgastan, Sitra. Y yo, como mortal, no soy una excepción. Siento que mis días en este mundo se agotan, aunque mi espíritu siga siendo fuerte.

Su vulnerabilidad en ese momento me tocó profundamente.

—Has sido una luz para Egipto, Hatasu. Tu legado perdurará, más allá de tu presencia física. Y yo estaré aquí, para asegurarme de que así sea.

La reina asintió, mirando hacia el horizonte.

—Mi mayor deseo es que, cuando parta de este mundo, Egipto quede en un estado de prosperidad y paz. Que mi viaje a la Duat no sea de tristeza, sino de celebración por lo que hemos logrado.

Los últimos días de la gran Hatshepsut estuvieron marcados por dolor. La reina, otrora una figura de poder inquebrantable, yacía postrada, abatida por el peso y la enfermedad. Aunque soy mayor que ella, mi salud siempre fue mejor, quizá porque nunca tuve la carga de un reino entero sobre mis hombros. Me dolía ver cómo su juventud se marchitaba cada vez a mayor velocidad. Su cuerpo, una vez esbelto y fuerte, había cedido ante la opulencia y las dolencias, y su rostro reflejaba el sufrimiento de un mal implacable que le invadía todo el cuerpo, pero que parecía haberse centrado en su boca.

En una de esas tardes sombrías, el médico, un sacerdote de Amón, llegó con noticias preocupantes.

—Mi reina —dijo con voz pausada—, debemos extraer una muela para aliviar su dolor.

Hatshepsut asintió con resignación, consciente de que incluso una soberana no podía escapar a los dictados de la carne.

Me quedé a su lado, tomé su mano entre las mías, ofreciendo el único consuelo que estaba en mi poder dar. La operación comenzó y, a pesar de su estoicismo, sentí cómo la mano de Hatasu se apretaba contra la mía, un grito silencioso de dolor y angustia.

El procedimiento fue rápido, pero cada segundo parecía una eternidad. Cuando finalmente terminó, la tensión en los hombros de la reina disminuyó ligeramente y un leve suspiro escapó de sus labios, una mezcla de alivio y agotamiento.

Con la muela ya extraída, Hatshepsut, con voz débil pero firme, ordenó:

—Guardad esta muela en un vaso canopo. Que descanse junto a mis órganos en mi viaje al más allá, como símbolo del dolor que he sufrido en vida.

El sacerdote asintió, dispuesto a cumplir su voluntad. Contemplé la muela, un pequeño objeto que había causado tanto sufrimiento, y no pude evitar pensar en lo irónico que era que algo tan diminuto pudiera provocar tanto dolor a una persona con un poder tan grande.

Mientras Hatshepsut descansaba, mi mente viajó al Amenti, el más allá, donde esperaba que mi niña, mi reina, encontrara al fin la paz y la libertad del dolor que tanto la había acosado en sus últimos años. En ese lugar sagrado y eterno, deseaba que Hatshepsut pudiera caminar libre, sin las cadenas del sufrimiento, reinando con la misma fuerza y dignidad que había mostrado en la tierra, pero, esta vez, en un reino donde el dolor y la enfermedad no tenían cabida.

Y mientras la noche caía sobre el palacio, una oración silenciosa escapó de mis labios, un susurro al viento para que guiara a mi querida Hatshepsut hacia un descanso tranquilo y sin dolor, en los brazos amorosos de Osiris.

En los días que siguieron, me dediqué a registrar y preservar los logros de Hatshepsut, su sabiduría y sus sueños, sabiendo que el tiempo es un ladrón implacable. Pero también sabía que, mientras su nombre fuera recordado, mientras su historia fuera contada, Hatshepsut, la reina-faraón, la mujer, la madre, la amiga, nunca moriría realmente. Ella viviría en cada piedra de sus templos, en cada página de nuestra historia, en cada suspiro del viento que recorría las orillas del Nilo.

Llegó al fin el momento en que el sol se puso para mi niña, para el faraón que había reinado con la fuerza y la gracia de los propios dioses. Durante sus últimos días no me aparté de su lecho ni de día ni de noche, velando por ella y observando cómo la gran faraona, otrora vigorosa y resoluta, yacía consumida por la enfermedad. Su cuerpo, hinchado y marcado por el sufrimiento, apenas se asemejaba al de la mujer poderosa que un día fue. La habitación estaba impregnada del aroma a incienso y hierbas medicinales, intentando en vano aliviar su dolor.

Los médicos y sacerdotes, vestidos con ropas de lino,

murmuraban oraciones, sus voces un débil eco bajo los cánticos sagrados que resonaban en la estancia. La atmósfera era pesada, cargada de emoción y desesperanza.

Sosteniendo la mano de Hatshepsut, sentí su débil apretón.

—¿Estás orgullosa de mí, madre? —susurró con dificultad, sus ojos entrecerrados, como viendo más allá de este mundo.

En ese momento, su rostro reflejó una mezcla de anhelo y paz y mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Más orgullosa de lo que ha estado ninguna madre nunca. Descansa ahora, mi reina, mi niña.

Apenas pude contener los sollozos mientras ella exhalaba su último aliento. La pérdida era abrumadora, una sombra que oscurecía mi corazón. La gran Hatshepsut había partido al Amenti. Su muerte dejaba un vacío inmenso en el corazón de Egipto… y en el mío. No hay dolor mayor que el de una madre que ve morir a su hijo. Puede que Hatasu no saliera de mis entrañas, pero fue mi pecho el que la alimentó durante sus primeros años, mi mano la que la guio y mi voz la que la acompañó. Al ver cómo se apagaba su vida, sentí que me faltaba el aire y quise morir junto a ella.

La noticia de su fallecimiento recorrió las calles de Tebas como una ola de tristeza y respeto. Hatshepsut, la primera de las nobles damas, había emprendido su último viaje a la Duat. Los ritos funerarios se llevaron a cabo con una solemnidad que reflejaba el dolor de despedir a una gobernante tan extraordinaria.

Yo, Sitra, estuve allí, observando cómo su ataúd era cuidadosamente depositado en la tumba que compartiría con su padre, el gran Tutmosis.

Mientras los sacerdotes recitaban los encantamientos y las ofrendas eran colocadas, mi corazón se ahogaba. Me acerqué al ataúd para despedirme por última vez.

—Mi reina, mi niña —repetí, mis palabras apenas eran un hilo en el viento del desierto—. Has sido la luz de mi vida, el orgullo de mi corazón. En la eternidad, que encuentres la paz y el amor que tanto diste en este mundo.

Las lágrimas corrían por mis mejillas, cada una un recuerdo, un momento compartido. Mi alma estaba envuelta en un dolor profundo. Sin Hatasu, el sentido de mi existencia parecía desvanecerse como una sombra al mediodía.

Pero, mientras me alejaba de la tumba, una nueva determinación comenzó a brotar en mi interior. Mi misión no ha terminado, me dije. Debo cuidar de su memoria, preservar su legado, asegurarme de que el mundo nunca olvide su grandeza.

Y así, me dediqué a proteger y guiar a Neferure, su hija, y a su nieto, continuando el linaje de Hatshepsut. En ellos, veía reflejada la fuerza y la sabiduría de mi amada reina. Cada día, cada acción, se convirtió en un tributo a Hatasu, una ofrenda a su recuerdo.

En la quietud de las noches, a menudo me encontraba mirando las estrellas, imaginando que mi niña estaba allí, observándonos desde el más allá, convertida en una de las imperecederas. En esos momentos percibía su presencia, recordándome que, aunque físicamente ausente, su *ka* y su *ba* permanecerían con nosotros, guiándonos a través de los desafíos del destino.

26
El jarrón Ming

Setenta años no se cumplen todos los días, y a Fardie le dio por hacerlo al poco de mi regreso de la boda de Ena con el rey Alfonso, y del terrible atentado que dio al traste con las celebraciones. Él setenta y yo cincuenta, para ser exactos. Sí, tuve la bendición de venir al mundo el mismo día que mi progenitor, ¿no es realmente entrañable? Tengo entendido que mientras mamá empujaba, Fardie se fumaba un puro gigantesco en compañía de sus mejores amigos, que se habían reunido para celebrar su cumpleaños.

En esta ocasión, habíamos decidido hacer una gran fiesta para conmemorar la doble efeméride, los setenta y los cincuenta, dos cifras lo bastante redondas para merecer que tiráramos la casa por la ventana. ¡Y menuda casa! Los preparativos llevaron varias semanas: el menú, las invitaciones, las flores, la banda de música. Todo tenía que ser perfecto.

Al fin, llegó el día. En la magnífica sala de baile de Didlington Hall, las luces de los candelabros de cristal brillaban como estrellas cautivas, reflejándose en los espejos dorados y las copas de champán. Los pasos de los invitados resonaban en el mármol del salón principal. Los asistentes, envueltos en trajes de gala y vestidos imposibles, se deslizaban por el salón al ritmo de una pieza de Debussy interpretada con la delicadeza de quien entiende que la música es el lenguaje del alma.

La momia de mamá había sido trasladada al salón para ocupar un lugar de honor. La vetusta adoratriz Huy nos contemplaba desde su vitrina de cristal, como un recordatorio de que lo efímero puede ser eterno, pero que el final ha de llegarnos a todos.

Los camareros, discretos espectros en su atuendo inmaculado, navegaban entre los grupos de conversación ofreciendo canapés que eran pequeñas obras de arte: huevas de salmón sobre blinis ligeramente tostados, pequeñas quiches de espárragos y delicados pasteles de carne que desafiaban la tradición con un toque de especias exóticas. La atmósfera estaba impregnada de un aroma a jazmín y tabaco, un testimonio silencioso de la fusión de las colonias con la metrópoli.

La conversación flotaba en el ambiente, burbujeante y efervescente como el champán que nunca dejaba de fluir. Las risas eran campanadas que marcaban los momentos de felicidad y las

miradas se entrecruzaban, algunas cargadas de intención, otras brillando con la inocencia de la ignorancia. Todo era un baile, no solo de cuerpos, sino de palabras, de miradas, de promesas incumplidas y de secretos apenas ocultos bajo la superficie de la etiqueta.

Vamos, estaba en mi elemento.

Circulé de grupo en grupo, ejerciendo de anfitriona y saludando a cada invitado como si fuese mi mejor amigo. Congregados alrededor de la vitrina que contenía a la momia de mamá, me encontré con mis queridos camaradas, Édouard Naville, Flinders Petrie y Francis Griffith.

—Querida May —me saludó Naville con su característico acento francés—, he visto que habéis trasladado la momia principal de vuestra colección para la fiesta. ¿Te parece adecuado? ¿No resulta un poco frívolo?

—Cosas de Fardie, *mon ami*. Ya sabes cómo es.

—Si no recuerdo mal, se trataba de la divina adoratriz Huy, una noble cortesana de tiempos de la reina Hatshepsut, ¿es correcto? —insistió el arqueólogo.

—La identificación nunca ha podido demostrarse, pero sí, eso fue lo que nos dijo el vendedor. Aunque me temo que la momia no presenta jeroglíficos ni posee amuleto alguno que pueda confirmarlo.

—Ya sabes que hay una estatua de la adoratriz Huy en el Museo Británico. Han terminado de descifrar las inscripciones y, al parecer, es un personaje mucho más importante de lo que se imaginaba. Fue la madre de la reina Merytre, esposa de Tutmosis III y madre de Amenhotep II… sería, quizá, inadecuado que la abuela de un faraón sirva de anfitriona en las galas de Didlington Hall.

—Te prometo que, cuando la colección pase a mis manos, donaré la momia al Británico. No veo el momento de deshacerme de ella. En la familia tenemos la leyenda de que tiene una maldición. ¿Recuerdas aquella noche en Lou Casteou, cuando Amelia Edwards desveló sus planes y mi hermana Bee…?

—¿Cómo olvidarla? Fue una velada triste, pero el inicio de una era gloriosa para nosotros.

—El nacimiento del Fondo para la Exploración de Egipto fue un momento que atesoraré siempre. Y vosotros —continué, incluyendo con un gesto a Petrie y a Griffith, que habían permanecido en silencio mientras hablábamos de la momia de mamá—, valientes caballeros de la historia, habéis sido el faro que nos ilumina en el océano de la ignorancia. Amelia estaría orgullosa de vosotros.

—¡Y qué inestimable ha sido tu apoyo, May! —exclamó Petrie, con esa chispa de genialidad en la mirada—. No solo por tu

generosidad y la de toda tu familia, sino por tu perspicacia.

—Tu valor en el Sudán, ante los mahdistas… —añadió Griffith, siempre el más comedido, con una sonrisa—. Ningún hombre mostró la templanza que tú, May, mantuviste ante el peligro. ¡Ni siquiera tu esposo! Aunque, en aquel entonces, no le prestabas demasiada atención.

Me reí suavemente, abanicándome con lentitud.

—Aquellos fueron días de ardor juvenil. Pero he de confesaros que mi última aventura en Qubbet el-Hawa ha sido más que desalentadora. Esos minúsculos fragmentos que desenterramos carecían de importancia, por no hablar de los cientos de pájaros. Me veo tentada de retirarme de estos asuntos faraónicos.

Naville frunció el ceño con dramatismo.

—¡Oh, no! Sería un golpe devastador para la egiptología perder a una mujer de tu temple, querida May. La ciencia necesita de tu mirada apasionada.

Y mis libras esterlinas, pensé.

—Cada fragmento cuenta su historia, querida amiga —añadió Petrie, acercándose—. No puedes abandonarnos ahora. Cada grano de arena que apartamos nos acerca al esplendor de los antiguos.

—Piénsalo, May —susurró Griffith, con ese tono suyo, tan íntimo y persuasivo—. El próximo descubrimiento podría estar aguardando justo bajo tus pies. Es la promesa de lo desconocido lo que nos impulsa.

El calor de su confianza, debo decirlo, me enterneció.

—Os agradezco vuestras palabras. La tentación está ahí… pero necesito darme un tiempo. Ha sido muy cansado, os lo confieso.

En ese momento hizo su aparición uno de los invitados de honor. La entrada de lord Carnarvon y su esposa, *lady* Almina, fue como la llegada de la realeza egipcia, como si apareciera la reina Hatshepsut con todo su séquito. Detrás de ellos, casi en las sombras, como de costumbre, se encontraba el querido Howard Carter. Su reciente empleo con lord Carnarvon era motivo de susurros y especulaciones. Se rumoreaba que había tenido un problema con unos turistas franceses, a raíz del cual *monsieur* Maspero se había visto obligado a despedirlo del Departamento de Antigüedades. Como los gatos, Howard había caído de pie y se las había ingeniado para embarcar a otro aristócrata excéntrico en la búsqueda de la tumba perdida de Tutankamón. Hervía en deseos de pedirle detalles, pero no deseaba resultar grosera, más aún sabiendo lo tímido que era nuestro amigo.

—Lord Carnarvon, ¿ha encontrado ya la tumba de ese faraón esquivo? —pregunté, con un tono de curiosidad fingida.

—La búsqueda de lo desconocido siempre es más emocionante que el descubrimiento mismo, *lady* May —respondió con una sonrisa misteriosa.

—Howard, ¿qué tal te trata tu nuevo patrón?

—¡No podría aspirar a uno mejor, *milady*! —exclamó Howard, para enseguida abrir mucho los ojos y llevarse la mano al pecho—. Quiero decir, su padre, el barón, siempre ha sido mi mentor, y no tengo suficientes palabras para agradecerle a su señora madre…

—Tranquilo, Howard, creo que te hemos entendido —le interrumpí con una sonrisa—. Lord Carnarvon, más le vale tratarle bien, o la ira de los Amherst caerá sobre usted. Por no hablar de la maldición de la momia.

—Descuide —intervino *lady* Almina—. Mi esposo tiene al joven Carter en tanta estima que a veces temo que me deje plantada y se fugue con él.

La conversación fluía como el vino. La música y las risas llenaban el aire. Cada invitado parecía un actor en una obra que no requería guion, donde cada uno conocía su papel a la perfección. Por el rabillo del ojo, acerté a ver a George Vanderbilt y su encantadora esposa Edith, acompañados de su joven hija Cornelia, que conversaban animadamente… con mi hijo Francis. Desde aquella celebración navideña en Luxor, seguía fascinado con la pequeña. Aunque era indudablemente hermosa, a mi juicio ha tenido siempre un brillo de locura en la mirada, como si algo dentro de su mente no acabara de funcionar como en el resto de la gente. Pero Francis jamás ha hecho caso de opiniones ajenas, y menos aún si son las de su madre.

En mi papel de anfitriona, me alejé del grupo de egiptólogos y me acerqué a ellos. Los Vanderbilt destilaban esa elegancia aprendida en el nuevo mundo, que quiere imitar las viejas tradiciones al tiempo que trata de abrir su propio camino.

—¡Feliz cumpleaños, May! —exclamó George, al verme.

—Queridos amigos, no sabéis lo que os agradezco que hayáis venido hasta Inglaterra para la celebración. Cornelia, espero que mi hijo no te esté importunando.

—Francis es un caballero de brillante armadura, *lady* May —contestó la niña.

—¿Me concede este baile, señorita? —preguntó el aludido.

—¡Por supuesto, caballero!

Ambos se alejaron al ritmo de un vals de Strauss. Iba a preguntarle por su amigo John Rockefeller cuando, de repente, escuché un pequeño alboroto que venía del vestíbulo. Me volví de inmediato para averiguar de qué se trataba y acerté a ver a Charles

Cheston, pequeño y redondeado como el pavo que se sirvió esa noche, que se había movido entre nosotros con esa seriedad que le caracterizaba, tan ajeno al regocijo que lo rodeaba como un sacerdote en un carnaval. Ya he mencionado en más de una ocasión que era, sin duda, más puritano que un domingo sin campanas y más conservador que las momias de Egipto.

Me acerqué a donde se encontraba. Por lo que pude adivinar, estaba inmerso en una apasionante charla sobre los precios de la lana en Australia cuando, de pronto, comenzó a toser con una vehemencia que atrajo todas las miradas. Sus mejillas se tiñeron de un escarlata inusual, sus ojos se abrieron con sorpresa y miedo, y por un momento me pregunté si sería otro de sus trucos para acaparar la atención. Pero no, la mano que se posó en su garganta temblaba, y los esfuerzos por respirar eran tan patéticos como ver a un pez luchar fuera del agua. En un acto desesperado, se arrojó hacia adelante, quizás buscando auxilio o simplemente huyendo de la muerte que le pisaba los talones.

Se desplomó al suelo con un golpe sordo y el salón se sumió en un silencio sepulcral. La música cesó como cercenada por un cuchillo, y los susurros de las conversaciones murieron antes de nacer. Mamá, con esa calma que la caracteriza, se arrodilló junto a él y tomó su muñeca buscando el pulso de la vida. Su mirada se encontró con la mía, y sin una palabra supe que el pobre Cheston había bailado su último vals.

—Está muerto —declaró con una voz que no admitía réplica.

La momia de mamá había atacado de nuevo.

Los invitados, esos millonarios, aristócratas y académicos que tan alegremente habían charlado y reído momentos antes, retrocedieron como si la muerte pudiera saltar de Cheston a ellos. Algunos se santiguaron, otros murmuraron plegarias, y más de uno miraba a su alrededor buscando una salida decorosa de aquel macabro escenario.

La fiesta, con la muerte de Cheston, se desvaneció como la niebla ante el sol matutino. Las luces parecieron parpadear con tristeza, y el aire, antes lleno de risas y aromas dulces, ahora olía a formol. En ese momento, el grandioso Didlington Hall se sintió tan frágil como un castillo de naipes a merced de un suspiro.

Al día siguiente de la inesperada tragedia, fuimos convocados a la biblioteca, un santuario de sabiduría habitualmente reservado para los tomos de cuero y las páginas amarillentas. El abogado de la familia, un tal Harold Whitmore al que jamás había visto, era un hombre de estatura media con un rostro tan severo que parecía haber sido tallado en piedra por un escultor que solo conocía la rectitud y el rigor.

Mister Whitmore se aclaró la garganta antes de comenzar, como si

preparara nuestras almas para la tempestad venidera.

—Barón Amherst, baronesa, *lady* May —comenzó con una voz que presagiaba infortunio—, me temo que las noticias que traigo no son buenas.

Nos miramos entre nosotros. Fardie, con la espalda aún noble pese a la carga de sus años, se adelantó con el ceño fruncido.

—Hable, Whitmore. No se ande con rodeos.

—Al revisar los libros contables tras el… incidente de ayer —continuó el abogado, su mirada esquivando la nuestra—, he descubierto algo inesperado. Algo impensable, de hecho. Cheston… ha estado desviando fondos de la familia durante años. En una magnitud enorme, he de añadir. Barón Amherst, me temo que su administrador le ha dejado en la ruina.

El golpe de sus palabras fue como el zarpazo de una esfinge. Fardie palideció, su figura imponente se tambaleó y por un instante me temí que el suelo se abriría debajo de nosotros.

—Eso es… eso es imposible —balbuceó, antes de que una mano temblorosa buscara apoyo en la robusta mesa de roble. La baronesa, rápida como siempre, tocó la campanilla para llamar a los criados, que corrieron a preparar un té reconfortante—. No puede ser. Cheston era un hombre de confianza… ¿En la ruina, dice?

Whitmore asintió, su rostro inmutable.

—Arruinados no en el sentido de vagabundos sin techo, pero sí al borde de la precariedad. Para sanear las finanzas, me temo que será necesario vender propiedades. Con algunas antigüedades debería ser suficiente, aunque confieso que aún no he sido capaz de desentrañar la magnitud de la estafa.

Un silencio pesado se cernió sobre nosotros, y en ese silencio se oía el eco de un imperio que crujía. Fardie se hundió en su sillón, el rostro surcado por una batalla entre la incredulidad y la indignación. Mamá se mantuvo estoica, aunque la tensión en su mandíbula traicionaba la furia contenida.

Yo, que nunca había apreciado a Cheston, sentí una rabia fría que se abría paso en mi pecho. ¿Cómo había perpetrado semejante desfalco bajo nuestras mismísimas narices? Cheston, ese hombrecillo engreído e inepto, había cometido el último y más bajo acto de deslealtad.

—Debemos actuar de inmediato —dije, mi voz era firme como la de una reina que aún no cede su corona—. ¿Qué sugiere, *mister* Whitman? ¿Por dónde debemos empezar?

—Lo primero, sin duda, será avisar a Scotland Yard.

Dicho y hecho. Un par de días después de la devastadora

revelación de *mister* Whitmore, un nuevo personaje irrumpió en la ya turbulenta escena de Didlington Hall. El inspector Gregory Lestrade, de Scotland Yard, era un hombre alto, de porte erecto y mirada penetrante, que parecía haber salido de una de las novelas de Conan Doyle, de las que tanto disfrutaba en las tardes lluviosas.

Mamá y yo le recibimos en el salón principal, donde la luz de la mañana entraba tímidamente por los ventanales, como si no quisiera perturbar la gravedad del momento. Fardie, despojado de la fortaleza que siempre había sido su estandarte, yacía en sus aposentos, vencido por el disgusto y la traición.

—Baronesa, *lady* May —saludó Lestrade con una cortesía que no conseguía ocultar la seriedad de su cometido—. Lamento en el alma ser portador de más noticias desagradables.

Mamá, la columna que sostenía el techo de nuestra casa en aquellos tiempos de zozobra, le indicó con un gesto que continuara.

—Siga, por favor. No nos oculte nada. Necesitamos saber la verdad.

Lestrade se ajustó el cuello de su abrigo, un gesto que denotaba no tanto una necesidad física como una preparación psicológica.

—Hemos investigado los últimos movimientos de Charles Cheston y, lamento decir, su conducta fue aún más reprobable de lo que se temía. Era un adicto al juego y sus deudas se habían convertido en un abismo financiero. —Tomé aire, anticipando el golpe que estaba por venir—. Con el tiempo, comenzó a robar a la familia para saldar sus apuestas perdedoras. Dado que ha fallecido y carece de herederos, no hay posibilidad de recuperar los fondos mediante acciones legales contra su persona.

La indignación y la impotencia se entrelazaron en mi pecho como dos serpientes en combate.

—Pero esto no es posible —protesté.

Lestrade extrajo unos documentos de su maletín.

—Además, me temo que el señor Cheston ha sido extremadamente astuto. Engañó al barón para que firmara documentos que no leyó con detenimiento, asumiendo así responsabilidad personal por las deudas.

Mamá se llevó una mano al corazón, pero su voz no flaqueó cuando habló.

—¿Y cuál es la suma exacta que se ha llevado ese… ese malhechor?

—Muchos miles de libras esterlinas, baronesa. Una fortuna —dijo Lestrade, y cada palabra caía como un martillazo sobre nuestro ya maltrecho orgullo.

Mamá se levantó, digna aún en la adversidad.

—Inspector, aunque Cheston haya escapado de la justicia de los hombres, confiamos en que la justicia divina no será tan indulgente. Haremos frente a nuestras obligaciones como siempre hemos hecho, con la cabeza alta.

Lestrade asintió con respeto.

—No dudo de la fortaleza y el honor de la familia Amherst.

El inspector se marchó, dejándonos a mamá y a mí como dos estatuas egipcias, contemplando cómo el legado de generaciones se desmoronaba ante un acto vil de traición.

—Mamá —dije, tomando su mano entre las mías—, salvaremos lo que podamos. Didlington y los Amherst han superado guerras y revoluciones. Superaremos esto también.

—Dios te oiga, hija mía. Dios te oiga.

Pasaron los días y el ambiente en Didlington Hall era cada vez más lúgubre. Sin embargo, un hecho fuera de lo corriente llegaría para sacarme del agujero en el que me había visto atrapada.

La luz de la mañana se colaba entre las cortinas de la biblioteca, donde me hallaba sumida en la contemplación de las letras que parecían danzar ante mis ojos, incapaz de hallar sentido en ellas. La carta de la princesa Beatriz yacía sobre la mesa, su sello real contrastando con la realidad que ahora nos asfixiaba como una bruma densa.

Querida May:

Ha llegado a Buckingham una petición poco habitual y de inmediato he pensado en ti. La emperatriz viuda Cixi, de China, desea establecer un sistema para que las niñas de la alta sociedad reciban una mejor educación. Cree que Inglaterra está muy avanzada en esta área, y solicita que una delegación de damas de la corte visite su país para asesorarla y crear una red de escuelas femeninas.

¿Quién mejor que tú?

Di que sí, por favor.

Siempre tuya,

Beatriz

¿Cómo podía pensar en viajes y en escuelas para niñas de la alta sociedad cuando Didlington se desmoronaba?

—May —la voz de mamá me sacó de mis cavilaciones—, debes considerar esta invitación como una puerta que se abre en medio de la tormenta.

Mamá estaba conmigo en la biblioteca. Habíamos leído juntas la carta. Levanté la vista hacia ella, admirando cómo incluso en medio del caos, conservaba la serenidad de una matriarca romana.

—¿Cómo puedo pensar en viajes en un momento como este, mamá?

Ella se acercó y tomó la carta, pasando su dedo por el sello como si alisara el camino.

—Precisamente por eso, querida. La vida continúa, y debemos buscar la luz incluso en la oscuridad más profunda. Esta invitación es un honor, y una oportunidad para escapar del aire viciado que nos rodea. Y no siempre se tiene ocasión de viajar a China, la verdad.

Asentí, pensando en la lógica inquebrantable de sus palabras. Hablé con William esa tarde, en el jardín, donde los últimos rayos del sol se aferraban a las rosas como si no quisieran despedirse del día.

—William —comencé—, he recibido una invitación de la princesa Beatriz para viajar a China y contribuir a un proyecto educativo para las niñas de allí. Creo que… podría ser lo que necesitamos.

Él me miró, los últimos destellos del día bailando en sus ojos.

—May, mi amor, en tiempos de crisis, debemos aferrarnos a la aventura que se nos presenta. Y estoy contigo. ¿No es lo que hubiera hecho Hatshepsut, seguir adelante a pesar de los obstáculos?

Una sonrisa cruzó mi rostro con una chispa de mi antigua determinación.

—Sí, es exactamente lo que ella hubiera hecho.

Tomados de la mano, contemplamos cómo el crepúsculo se rendía ante la noche. El viaje a China no era una huida: era un desafío, una declaración de que los Amherst aún teníamos muchos capítulos por escribir en nuestra historia. Con el espíritu de Hatshepsut como guía, decidí aceptar la invitación de la princesa Beatriz. Sería un respiro, un momento para reunir fuerzas y regresar renovada.

—Entonces, la decisión está tomada —dijo William—. A China. Contigo, querida, es imposible aburrirse.

Y así, con el corazón todavía pesaroso pero con la vista puesta en el horizonte, nos preparamos para dejar atrás Didlington y sus sombras, al menos por un tiempo. En medio de la desolación, nos aferramos a la esperanza, delgada como el hilo de una telaraña, pero fuerte como el acero.

Rumbo a China.

El viaje desde la neblinosa Norfolk hasta la enigmática Pekín se desplegó ante mí como un papiro pagado de maravillosas historias. El tren hasta Dover fue un pálido preludio de lo que vendría, una mera cabalgata antes de la verdadera odisea. Continuamos a bordo del HMS Majestic, que nos llevó al otro lado del canal de la Mancha. Después

cruzamos el continente en tren. Recuerdo que, durante el trayecto, pensaba en los antiguos romanos y sus vastas redes de caminos, aunque estoy segura de que César mismo habría envidiado la velocidad de nuestro Orient Express. William y yo teníamos asignado un compartimento que era una joya de la ingeniería y del diseño. Era un espacio reducido, sí, pero cada centímetro estaba optimizado con la elegancia y el confort que uno esperaría de un palacio sobre raíles. Las paredes estaban revestidas con paneles de madera oscura, pulidos hasta reflejar nuestras figuras como si fueran fantasmas de otra era. La cama, aunque no tan amplia como la de nuestra habitación en Didlington, estaba cubierta con sábanas de lino y edredones de plumas que rivalizaban con las nubes en suavidad.

Una pequeña mesa de caoba, que también servía como escritorio, se transformaba al mediodía en un altar para nuestros almuerzos privados. Las ventanas, vestidas con cortinas de terciopelo, enmarcaban el mundo en movimiento, como cuadros vivientes de paisajes siempre cambiantes.

Las cenas en el tren eran eventos de una sofisticación casi teatral. Nos reuníamos en el comedor, un salón adornado con lámparas de cristal y mesas elegantemente dispuestas. La vajilla de porcelana, los cubiertos de plata y las copas de cristal brillaban bajo la luz suave, creando un ambiente de refinamiento que hacía que uno se olvidara de que estaba viajando a través de continentes. Los menús, ¡ah, los menús! Un auténtico desfile de exquisiteces, desde caviar ruso hasta postres franceses, cada plato una obra maestra culinaria. Los camareros, siempre atentos pero discretos, se movían con una gracia que habría hecho sonrojar a los bailarines de la corte de Luis XIV.

Las interacciones con otros pasajeros hubieran servido para trazar el esquema de la Enciclopedia Británica. Entre nosotros había barones y empresarios, diplomáticos y aventureros, cada uno con historias que podrían llenar libros. Las conversaciones fluían desde la política europea hasta las maravillas de Oriente, y yo, con mi afición por la egiptología, encontraba siempre un oído interesado en mis relatos de excavaciones y descubrimientos. William, con su carácter afable pero silencioso y su conocimiento de asuntos mundanos, era un compañero ideal en estas cenas. Juntos, formábamos un dúo que navegaba las aguas sociales con la destreza de veteranos marineros. Y cada noche, al retirarnos a nuestra cabina, el sonido del tren nos arrullaba, recordándonos que estábamos en un viaje hacia lo desconocido, hacia un destino que, esperaba, traería una nueva luz a nuestras vidas.

Cada estación era un templo dedicado al progreso. Cada kilómetro recorrido nos alejaba de la desgracia que había caído sobre

nuestra casa.

En Constantinopla abordamos el SS Eastern Star, que nos llevó por el Mediterráneo hasta el canal de Suez. Se trataba de un majestuoso buque que parecía desafiar al mismísimo Poseidón con su robustez y elegancia. Nuestro camarote era una cápsula de lujo flotante, decorada con un gusto exquisito. Las paredes estaban adornadas con paneles de madera tallada y una gran ventana ovalada ofrecía vistas del mar infinito. La cama, anclada al suelo, estaba vestida con linos finos y almohadas mullidas, prometiendo un descanso reparador tras los días llenos de actividad.

La vida bullía a bordo del Eastern Star. Las mañanas comenzaban con desayunos en nuestro camarote, donde nos deleitábamos con frutas frescas, panes crujientes y una selección de quesos y embutidos que harían palidecer a cualquier bistró parisino. Durante el día, William y yo solíamos pasear por la cubierta, respirando el aire salado que nos recordaba que estábamos lejos de casa, en una travesía que nuestros ancestros habrían considerado mágica. Observábamos el horizonte, a veces conversando con otros pasajeros, intercambiando historias y perspectivas. Había momentos en los que me sentía como una exploradora de tiempos antiguos, cruzando mares desconocidos en busca de tierras exóticas, como Hatshepsut rumbo a la tierra de Punt.

Las cenas a bordo eran otro asunto. El comedor del barco, con sus manteles blancos y su cristalería resplandeciente, se transformaba cada noche en un escenario social donde las etiquetas se relajaban ligeramente bajo el influjo del vino y la vastedad del océano. Allí, entre risas y conversaciones, William y yo nos mezclábamos con diplomáticos, comerciantes y otros viajeros, cada cual con una historia que añadía color al tapiz de nuestro viaje.

En vez de desembarcar en Port Said como en tantas ocasiones, continuamos hacia aguas desconocidas, hasta el Índico. No recuerdo olas así. Cuando atravesamos el golfo de Bengala, el barco se movía como una cáscara de nuez en un río embravecido. La travesía, no obstante, me ofreció un tiempo más que necesario para reflexionar. Las aguas oscuras eran el espejo de mis pensamientos. ¿Qué sería de nosotros, si lo perdíamos todo? ¿Tendríamos que deshacernos de la colección egipcia? ¿Qué sería de Didlington? En las noches sin luna me consolaba pensando que, aunque las estrellas habían cambiado de posición desde tiempos de los faraones, aún guiaban el camino de los viajeros.

Al desembarcar en el puerto de Tianjin, el contraste fue tan brusco como pasar de una tumba del Valle de los Reyes al bullicio de

un zoco. Vino a recogernos el cónsul británico, un hombre engolado, con bigote curvado hacia arriba, que parecía interesado en darnos una clase magistral sobre la ciudad.

—Tianjin es una ciudad en constante evolución. El desarrollo moderno comenzó durante la dinastía Ming, cuando la capital nacional se trasladó de Nanjing a Pekín. Tianjin se convirtió en una ciudad guarnición y en la puerta principal a la capital, atrayendo a inmigrantes de varias provincias chinas. Durante la dinastía Qing, se estableció como el principal centro económico del norte de China debido a su ubicación en el extremo norte del Gran Canal…

Enseguida dejé de prestarle atención para volcarme en lo que me decían mis propios sentidos. El aire estaba impregnado de olores desconocidos, y las voces de los vendedores y los transeúntes componían una sinfonía de la actividad humana que no tenía parangón en las calles de Londres.

—Se aprecia mucha influencia occidental, ¿no? —preguntó William, ganándose una mirada de odio por mi parte.

—Aquí se firmaron tratados durante la segunda guerra del Opio, que resultaron en la concesión de áreas a potencias extranjeras como Gran Bretaña, Francia o Japón.

Como tuvimos ocasión de comprobar, este legado colonial se reflejaba en los barrios europeos, que contrastaban marcadamente con las áreas residenciales chinas más tradicionales. El barrio de las concesiones, que era como lo llamaban, presentaba un vívido contraste con el resto de la ciudad. Las calles estaban meticulosamente planeadas, mostrando una disposición ordenada que reflejaba la influencia occidental. Los edificios, con sus fachadas elegantes y ornamentadas, eran un pastiche arquitectónico que traía a la mente las capitales europeas más sofisticadas. Las mansiones y consulados exhibían estilos variados, desde el clasicismo francés hasta el renacimiento italiano y el gótico alemán, cada uno narrando una historia de la presencia e influencia extranjera en China.

Las aceras anchas, los parques bien cuidados y las plazas públicas ofrecían un aire de tranquilidad y refinamiento. Las tiendas y cafés en estas áreas estaban diseñados para acomodarse a los gustos y costumbres occidentales, proporcionando un refugio familiar para los expatriados y diplomáticos que residían allí. En este barrio, Tianjin se revelaba como una ciudad entre dos mundos, un lugar donde Oriente y Occidente se encontraban y coexistían en una tensa pero fascinante armonía.

El cónsul nos condujo hasta una suerte de apeadero donde William y yo tomamos una elegante carroza que parecía una

reminiscencia de tiempos pasados, con su exterior de madera oscura barnizada y detalles en bronce reluciente. Por desgracia, el buen señor insistió en acompañarnos. El interior del vehículo estaba tapizado con un terciopelo rojo profundo, y los cojines eran tan suaves que te hundías en ellos. Las ventanas, grandes y claras, nos ofrecían una vista perfecta de la ciudad mientras avanzábamos.

Al salir de la zona europea, el cambio al barrio chino fue inmediato y sorprendente. Las calles se estrechaban y el aire se llenaba de los sonidos y olores de la vida cotidiana: vendedores ambulantes anunciando sus mercancías, cocinas al aire libre despidiendo el aroma de especias desconocidas, y una multitud de personas que se movían en un flujo constante. Los edificios eran más modestos, con fachadas de madera y balcones adornados con ropa colgando para secar.

A medida que la ciudad daba paso al campo, el paisaje se transformaba. Los campos de arroz se extendían en todas direcciones, formando un mosaico de verdes brillantes y dorados. Campesinos con sombreros cónicos trabajaban en los campos, curvados sobre sus tareas con una paciencia que solo puede venir de generaciones dedicadas a la tierra. Era un mundo aparte del bullicio de Tianjin, un lugar donde el tiempo parecía moverse al ritmo de las estaciones y no al de los relojes.

Finalmente, llegamos a Pekín, una ciudad que emanaba historia y poder. La capital china me pareció un tapiz de colores y sonidos, un laberinto de callejones y muros que escondían más secretos que las pirámides. Los chinos, con sus maneras comedidas y sus ojos curiosos, eran los dignos herederos de una civilización tan antigua como la mía propia, más incluso. En sus gestos había una sabiduría milenaria, y en su trabajo diario, un eco de la eternidad que me hacía pensar en los artesanos de Amarna.

Nos dirigimos directamente a la Ciudad Prohibida, el corazón palpitante del Imperio chino. Rodeada por una imponente muralla roja, con sus techos dorados y su arquitectura majestuosa, la morada de la emperatriz viuda era un mundo en sí mismo, un lugar desde el que sus antecesores habían gobernado y donde los secretos de siglos yacían aún escondidos en sus innumerables salas y patios.

—La emperatriz Cixi nos aguarda —suspiró el cónsul—. Es una mujer impresionante, pero les advierto que no han de temer nada. Es muy civilizada.

El comentario me pareció un absoluto disparate. ¿Cómo no iba a ser civilizada la gobernante de un imperio con miles de años de antigüedad, con una cultura rica y sofisticada? Suspiré, lista para

enfrentar lo desconocido y descubrir si, en aquel país de dragones y emperadores, podía encontrar la llave para la resurrección de mi espíritu aventurero.

Al adentrarnos en la Ciudad Prohibida, siempre acompañados por el cónsul, William y yo nos vimos inmersos en un mundo de esplendor y ceremonia. La grandiosidad del complejo palaciego era abrumadora, con sus inmensos patios, sus edificios adornados con dragones dorados y sus tejados de azulejos brillantes que se extendían como un mar inmóvil bajo el cielo azul.

El desfile de cortesanos era un espectáculo en sí mismo. Mandarines con túnicas de seda bordadas, eunucos silenciosos y sirvientes en trajes tradicionales se movían con una precisión coreografiada. Cada paso y gesto estaba imbuido de significado y tradición, recordándome los relieves de los templos de Luxor, donde cada imagen era un testimonio de la grandeza faraónica.

Finalmente, nos presentaron ante Cixi, cuya presencia era tan imponente como sin duda fue la de Hatshepsut en su tiempo. No se me escapó el paralelismo: dos mujeres excepcionales que, contra todo pronóstico, habían logrado hacerse con las riendas del poder en dos imperios cuyo gobierno estaba reservado a los hombres. Su vestimenta era una cascada de sedas y joyas, y su mirada era astuta y penetrante. Ante ella, se podía sentir el peso de la historia y el poder que emanaba de su trono.

—He sido informada de que, en Gran Bretaña, existen escuelas donde las niñas aprenden en igualdad de condiciones con los hombres. ¿Es así? —preguntó la emperatriz, en un inglés casi perfecto.

Me tomé un momento para absorber la magnitud de sus palabras.

—Vuestra majestad, estoy honrada. La educación femenina es una causa cercana a mi corazón. En Inglaterra, aún luchamos por el reconocimiento de los derechos y la educación de las mujeres.

La emperatriz asintió.

—Los sabios han dicho: a las mujeres pertenece la mitad del cielo. Es hora de que reclamen su lugar. Deseo que visite una escuela para niñas y comparta sus opiniones.

—Prometo hacer todo lo que esté en mi mano para ayudar en esta noble causa, majestad.

La audiencia terminó. Salí del salón del trono sintiéndome como el canciller Neshi, enviado por la reina Hatshepsut a explorar tierras lejanas. La emperatriz china, no obstante, no se parecía demasiado a aquella magnífica reina de Punt, con su cuerpo más bien entrado en carnes.

Cixi puso a nuestra disposición a dos de sus consejeros, aunque

sospecho que su misión era tanto guiarnos y escoltarnos, como mantenernos bajo vigilancia. Ellos nos acompañaron a nuestro alojamiento, que se encontraba fuera de la Ciudad Prohibida donde, como su nombre indica, los extranjeros teníamos prohibido entrar a no ser bajo estricta invitación del soberano. Nuestra residencia estaba junto al consulado británico, en un palacete de estilo europeo en pleno barrio de las legaciones.

Los edificios, majestuosos y con un aire de autoridad indiscutible, parecían trasladados directamente desde Europa. Nuestros dos mandarines nos explicaron cómo este barrio había sido testigo de eventos clave en la historia moderna de China, un lugar donde la diplomacia y, en ocasiones, las tensiones internacionales, se habían tejido como un delicado brocado.

Paseamos por el barrio de las legaciones hasta llegar a uno de esos curiosos lugares llamados *hutongs*, una suerte de condominios de casas bajas y patios comunes donde al parecer vive la gente corriente en Pekín. Los mandarines nos llevaron al colegio para señoritas que había sido elegido por la emperatriz para nuestra visita. Allí fuimos recibidos por la directora, una mujer de porte digno y mirada severa.

—Nuestra misión consiste en preparar a nuestras alumnas para ser esposas y madres ejemplares —nos explicó en chino, dejando que los consejeros imperiales tradujeran sus palabras—. Las mujeres somos el pilar de la sociedad china. Sin nosotras, el mundo no existiría.

No pude evitar una mueca de espanto.

—Perdón, directora, ¿no cree que las mujeres deben estar igualmente preparadas para desempeñar roles en la sociedad moderna, más allá del ámbito doméstico? La educación de una mujer debe ser tan completa como la de un hombre.

La directora me miró con sorpresa, quizás sin esperar tal cuestionamiento. Pero era un debate necesario, un paso hacia un futuro donde las mujeres podrían aspirar a algo más que el mero cumplimiento de roles tradicionales.

Hicimos una visita al colegio, un templo del saber con una agenda que parecía sacada de un manual victoriano. Las aulas eran un desfile de labores tradicionales: niñas absortas en la cocina, el bordado, la costura y la pintura en miniatura, habilidades tan apropiadas para una dama como inadecuadas para una mente inquisitiva.

Al salir, no pude evitar comentarle a William mis impresiones.

—Querido, estas jóvenes necesitan más que una aguja y un hilo. Deberían empaparse en lenguas, matemáticas y filosofía, igual que los jóvenes príncipes en el antiguo Egipto. ¿Cómo si no van a desafiar al

mundo y reclamar su mitad del cielo?

Mi esposo asintió, siempre comprensivo.

En los días siguientes, William y yo visitamos varios colegios más en Pekín, todos con la misma filosofía: preparar a las niñas para ser esposas y madres, no para pensar por sí mismas. Conmovida y decidida, redacté un informe detallado para la emperatriz Cixi, abogando por una educación más amplia y moderna para las jóvenes.

Además, aprovechamos para hacer turismo. Recorrimos lugares de nombres mágicos, como el Templo del Cielo o el Palacio de Verano, y hasta nos llevaron a ver la Gran Muralla, un prodigio de la arquitectura que me dejó muda, igual que la primera vez que vi las pirámides. Nos maravillamos comprando las sedas más finas y la porcelana más exquisita, tesoros de un arte milenario.

En nuestro último día, la emperatriz nos recibió nuevamente, un honor que, según el cónsul, no tenía precedentes.

—Antes de su visita, *milady*, solo había visto a la emperatriz en una ocasión.

—Vuestra majestad, es un honor haber sido parte de este viaje de descubrimiento —comencé, cuando me hallé ante ella—. Es mi sincera esperanza que mis observaciones sean útiles para el futuro de las jóvenes de su imperio.

Cixi asintió, reflejando en su mirada una mezcla de sabiduría y astucia.

—Extranjera, tu perspectiva ha sido inestimable. La educación de nuestras jóvenes es un tema de gran importancia. He entregado tu informe a mis ministros, para que tengan en cuenta tus recomendaciones.

Al despedirnos, Cixi nos presentó un jarrón de aspecto muy valioso que, según nos explicaron los consejeros, se remontaba a la dinastía Ming.

—Un recuerdo de tu estancia en China, extranjera, y de nuestro compromiso compartido con el progreso.

Aquel viaje y el regalo de la emperatriz quedaron para siempre grabados en mi memoria. Llegó el momento de emprender el viaje de regreso a Inglaterra, que me sirvió para reflexionar sobre todo lo aprendido. William y yo, a bordo del Eastern Star, contemplábamos el horizonte mientras las olas marcaban nuestro regreso a casa.

Al llegar a Didlington, la atmósfera era sombría. Fardie había empeorado, su mente perdida en las brumas de la confusión. Al entrar en su habitación, su figura una vez imponente me pareció menguada, perdida en las sábanas de su lecho.

—Fardie, soy yo, May —dije suavemente.

Él me miró con ojos nublados.

—¿Ardillita? ¿Has visitado hoy el yacimiento? Los sarcófagos… debemos extraerlos con cuidado —murmuró, su mente enredada en recuerdos lejanos.

Mamá, de pie junto a la ventana, suspiró.

—May, los tiempos de tu padre se agotan. Ahora, como heredera y futura baronesa, debes ser la cabeza de esta familia, la que nos guíe fuera del desastre.

Sentí una fuerte presión en el pecho.

—Pero, mamá, tú eres la matriarca.

Ella me miró con determinación.

—Ha llegado el turno de la nueva generación, May. Es tu momento.

Mamá, aunque firme como siempre, mostraba signos del peso de la situación. La sombra de la ruina financiera aún se cernía sobre nosotros, pero el viaje me había dotado de una nueva perspectiva y determinación. Con el jarrón Ming como símbolo de fragilidad y resistencia al mismo tiempo, no me quedaba más remedio que enfrentar los desafíos que nos esperaban.

27
La otra momia

La luz del amanecer se filtraba apenas a través de las pesadas cortinas de la habitación de Liza, pero incluso ese tenue resplandor le parecía insoportable. Envuelta en las sábanas, su cuerpo yacía inmóvil, como si el peso de su propio dolor la anclara a la cama. Los días se habían convertido en una neblina continua desde que recibió la noticia de la muerte de Maggie, produciendo una tormenta de emociones en su interior.

Maggie era, en definitiva, mucho más que Maggie. Era el símbolo de todas las mujeres de las que se había enamorado para, tarde o temprano, descubrir que su anhelo era imposible. Como Isis buscando los pedazos de su esposo Osiris por el Nilo, Liza sabía que nunca llegaría a estar completa.

El mundo exterior había perdido su color y significado. Las voces de los vecinos, el sonido de los coches en la calle, el canto de los pájaros al amanecer; todo le resultaba ajeno y distante. Ni siquiera Egipto, su refugio constante en tiempos de angustia, le ofrecía consuelo ahora. Los libros, que siempre habían sido el centro de su vida, parecían casi un mueble más, cubiertos de polvo y olvido.

Su habitación era un reflejo de su estado de ánimo. Papeles y cuadernos de notas, antes meticulosamente ordenados, yacían esparcidos por el suelo. Las cortinas cerradas mantenían la habitación en una penumbra constante, como si el tiempo se hubiera detenido. En el aire flotaba un olor a encierro, a desesperanza. Apenas comía, y cuando lo hacía, se conformaba con comida basura. El acto de alimentarse se había convertido en una tarea mecánica, un mero recordatorio de que aún seguía viva, a pesar de su deseo de desaparecer en la inmensidad de su dolor. La ducha, otra rutina diaria, ahora le parecía una exigencia monumental. El agua, que antes la revitalizaba, ahora la ahogaba.

En su mente, una voz insistente le recordaba una y otra vez que era una especie de paria, una destructora de mundos. Cada pérdida, cada despedida, cada adiós que había experimentado en su vida parecía confirmar esa cruel sentencia. Maggie, Myrtle, Ann, Natacha y de vuelta a Maggie, una serpiente infinita que engulle su propia cola por toda la eternidad. Estaba atrapada en un laberinto sin salida, donde cada pensamiento la llevaba de vuelta a la misma oscura conclusión: ella era la causa de todo sufrimiento, el epicentro de una

cadena de tragedias.

La soledad era su única compañera, un espejo que reflejaba su desolación interna. En el silencio de su habitación, las horas pasaban lentas y pesadas. No había lágrimas; incluso estas parecían haberse agotado, dejando atrás solo un vacío abrumador.

Estaba sumida en una tristeza que parecía infinita cuando, de pronto, sonó el timbre de la puerta. Era una intrusión inesperada en su mundo de sombras. Liza no quería responder, no quería ver a nadie, no quería escuchar palabras de ánimo que sabía le resultarían vacías. Porque nadie entendía el porqué de su reacción ante la muerte de Maggie, a la que no veía desde hacía más de veinte años. Joel había sido el primero en decírselo, llamándola dramática y casi desequilibrada. Si ni siquiera él lo entendía, ¿quién iba a hacerlo?

El timbre persistía, rompiendo la monotonía del silencio. Liza, con un suspiro que parecía cargar todo el peso del mundo, se levantó con dificultad. Arrastrando los pies, se acercó a la puerta. A través de la mirilla, su mirada cansada encontró la figura paciente de Suzuki, su maestro zen. Por un momento, Liza dudó. ¿Debía abrirle? ¿Qué podía decirle? Pero algo en la serenidad imperturbable del monje la impulsó a girar la cerradura.

—Buenos días, Liza. Espero no llegar en mal momento —dijo Suzuki con una voz calmada y una suave sonrisa asomando en su rostro. Liza apenas asintió, dejando la puerta abierta para que él entrara. Suzuki, sin esperar invitación, dio unos pasos hacia el interior de la casa, observando con una mirada compasiva el desorden y la sombra que parecía cernirse sobre todo—. He venido porque he sentido tu sufrimiento, incluso en la distancia. El budismo nos enseña que el sufrimiento es parte de la vida, pero también que hay un camino para liberarse de él.

Liza lo miró con escepticismo.

—Maestro, he perdido tanto. No sé si hay un camino para mí. —Sus palabras eran un susurro, una confesión de su derrota interna.

Suzuki se acercó y se sentó frente a ella, en sus ojos se reflejaba una profundidad insondable.

—El primer noble camino es el reconocimiento del sufrimiento. No puedes huir de él, Liza. Debes enfrentarlo, entenderlo. Tu sufrimiento es real, pero también lo es tu capacidad de superarlo.

Liza bajó la mirada.

—¿Cómo puedo superar esto? Cada vez que intento avanzar, algo o alguien se pierde en mi vida.

—La impermanencia es la naturaleza de la existencia —respondió Suzuki con serenidad—. Nada es eterno, ni siquiera nuestro dolor.

Aceptar eso es el segundo paso para escapar del sufrimiento.

Hubo un silencio, un espacio para que las palabras de Suzuki se asentaran en la mente de Liza.

—No quiero sufrir.

—Debes encontrar tu camino de nuevo, Liza. El dharma, tu práctica, puede ser tu guía. Vuelve a las enseñanzas, vuelve a tu práctica. Solo entonces podrás comenzar a sanar. Cuando estés preparada, ven a verme.

Liza, aún sumida en su mar de dudas, no pudo evitar entrever un atisbo de luz en las palabras de Suzuki. Quizás, solo quizás, había un camino a seguir, una senda que podría llevarla fuera de la oscuridad en la que se había perdido.

Pasó los siguientes días sumida en la meditación, en la práctica que Suzuki le había enseñado. Se levantaba temprano, desayunaba algo de fruta y, tras pasear a Unas, se sentaba en su jardín en la posición del loto. Pasaba horas inmóvil, concentrada únicamente en el flujo de su respiración, sintiendo el aquí y el ahora. Almorzaba algunas verduras y regresaba a su esterilla para reflexionar sobre la naturaleza del mundo y su lugar en él. Apenas cenaba, sacaba al perro de nuevo y dormía como un bebé.

Tras una semana de mantener aquella rutina, se sintió al fin capaz de abandonar la casa. Las palabras de Suzuki resonaban en su mente mientras se dirigía a la Universidad de Columbia. Había algo en su voz, en su presencia, que le había infundido una chispa de esperanza, algo que había creído perdido. El campus, con su bullicio y energía, parecía un mundo distante, uno que Liza había dejado atrás en su reclusión.

Al llegar al salón donde Suzuki impartía sus clases, Liza se detuvo un momento en la puerta. Tomó una profunda respiración, intentando calmar el torbellino de emociones que la asaltaba. Al entrar, encontró un espacio tranquilo, un oasis de calma en medio del caos de la ciudad. Los estudiantes, sentados en silencio, seguían atentamente las enseñanzas del maestro.

Suzuki la saludó con una inclinación de cabeza, una bienvenida silenciosa pero significativa. Liza tomó asiento discretamente, tratando de sumergirse en la atmósfera de concentración y paz. Mientras Suzuki hablaba, sus palabras parecían fluir directamente hacia ella, tocando su dolor, su confusión, su búsqueda de sentido.

—La mente es todo. Nos convertimos en lo que pensamos —decía Suzuki—. Cuando la mente está pura, la alegría nos sigue como una sombra que nunca nos abandona.

Liza cerró los ojos, dejando que las palabras la envolvieran. Con

cada inhalación y exhalación, sentía cómo el peso de su tristeza se aligeraba ligeramente, cómo el nudo de su dolor se aflojaba.

Durante las semanas siguientes, Liza se convirtió en una asistente regular de las clases de Suzuki. Cada sesión era un paso más en su camino hacia la sanación, un camino que ella misma debía recorrer, pero que ya no se sentía tan solitario. Aprendió a observar sus pensamientos sin juzgarlos, a aceptar sus emociones sin ser consumida por ellas.

La práctica del budismo le brindó una nueva perspectiva. Comenzó a ver su sufrimiento como parte de un proceso más amplio, una parte inevitable de la vida, pero no su totalidad. Comprendió que su felicidad y su paz interna dependían de su propia mente, de su capacidad de aceptar y liberarse del apego y el dolor. Con cada día que pasaba, Liza notaba cómo se reavivaba en ella una fortaleza olvidada. La práctica se convirtió en su refugio y su guía, un faro en la oscuridad que había amenazado con consumirla.

La transformación de Liza se consolidó aún más con la visita de Helene Kantor, su querida amiga desde sus días en el Instituto Oriental. La llegada de Helene a su hogar en Princeton fue como una ráfaga de aire fresco, llenando la casa con una energía y determinación que Liza no había sentido en mucho tiempo.

—Liza, tienes que ver esto como una oportunidad para renacer, para redescubrir lo que te apasiona —dijo Helene con firmeza; en su mirada se apreciaba una fuerza interior inquebrantable.

Helene no sabía mucho de desengaños amorosos, pero sí de hacer frente a las dificultades, de no rendirse. Su presencia, su capacidad para superar los desafíos y su pasión por la arqueología supusieron la inspiración que Liza estaba necesitando. La conversación giró en torno a los proyectos actuales de Helene y las excavaciones en las que había trabajado. Aunque sus problemas de salud no dejaban de ir a más, a ella nunca le faltaba la energía. No dejaba de luchar. Liza, al escucharla, sintió renacer su propio deseo de aventura y descubrimiento.

—Tal vez sea hora de que vuelva a Egipto —murmuró Liza, casi para sí misma.

Helene asintió con entusiasmo.

—¡Eso es exactamente lo que necesitas! ¡Tu propio proyecto! Algo que te desafíe y te apasione.

Liza, impulsada por la convicción de Helene, comenzó a planificar su regreso a Egipto. Esta vez no iría de la mano de nadie, ni del Instituto Oriental ni de Natacha ni de ningún otro. Sería su propio proyecto. Recordó una conversación durante la sesión de espiritismo

con Natacha Rambova, donde Francis Amherst mencionó que su familia había vivido en Asuán. Decidida, Liza localizó el número del Biltmore Estate de los Vanderbilt y llamó para hablar con él.

—Francis, estoy pensando en pasar una temporada en Asuán. Me dijiste que habíais pasado varios años allí con tu madre, ¿verdad?

—Cómo olvidar *bet al-riyah*, la «casa de los vientos». Fue una etapa maravillosa, la verdad.

Francis, al otro lado de la línea, le proporcionó detalles sobre la residencia que su familia había utilizado durante sus estancias en Egipto. La descripción de la casa, al borde mismo del desierto, capturó la imaginación de Liza.

—¿Crees que seguirá existiendo?

—Déjame que lo averigüe. Estoy seguro de que sí.

Con el destino decidido, Liza se puso en marcha con los preparativos. Envió su coche a Egipto por barco, un símbolo de su compromiso con esta nueva etapa de su vida. Empaquetó sus pertenencias más esenciales, incluyendo sus herramientas de trabajo, libros, y no olvidó a su fiel Unas, que la acompañaría en aquella aventura.

El día de la partida, mientras el taxi la llevaba al aeropuerto, Liza miró hacia atrás, hacia su hogar en Princeton. Por primera vez en muchos meses, tenía una sensación de propósito. Estaba lista para enfrentarse a lo desconocido, para sumergirse de nuevo en su pasión por la arqueología y para empezar a escribir el próximo capítulo de su vida, de regreso en la tierra de los faraones.

El viaje desde Estados Unidos a Egipto fue mucho más fácil y rápido que en anteriores ocasiones. Decidió darse el lujo de adquirir un billete de avión y, por primera vez en su vida, cruzó el Atlántico a bordo de un gigantesco Boeing 707. Tomó otro vuelo de Londres a El Cairo y, por fin, un tren a Luxor. En apenas dos días, completó una travesía que otras veces le había supuesto al menos dos semanas.

Al llegar a *bet al-riyah*, se encontró en un mundo mágico. Lo que para cualquier otro hubiera sido una pesadilla, era un tesoro para ella. La casa, aunque hermosa en su estructura, mostraba signos de años de abandono. Los muebles estaban cubiertos de polvo, las telarañas adornaban los rincones y un aire de nostalgia impregnaba cada habitación. Era evidente que nadie había habitado la casa desde los días de *lady* May Amherst.

Con determinación, Liza se puso manos a la obra. Limpió, ordenó y desempolvó, devolviendo poco a poco la vida a la antigua residencia. Unas, su leal compañero, exploraba curioso cada rincón, adaptándose a su nuevo hogar.

Fue durante esta limpieza cuando Unas comenzó a ladrar frenéticamente frente a un armario. Intrigada, Liza se acercó y descubrió, escondida entre las sombras, una pequeña momia de ganso, cuidadosamente envuelta. Junto a ella, un cuaderno antiguo y gastado por el tiempo captó su atención. Era un fragmento del diario de *lady* May, una ventana al pasado que Liza abrió con reverencia.

El diario contenía relatos fascinantes, pero uno le llamó poderosamente la atención.

Una vez más, viajamos hasta Luxor en nuestra faluca, la Dongola, con el rais *Alí como capitán. Nos encontramos con Howard en el Winter Palace. Vino acompañado de Édouard Naville, al que hacía tiempo que no veía. Tras tomar una taza de té en el salón del hotel para reponer fuerzas, hicimos juntos el trayecto en burro hasta el Valle de los Reyes, más o menos a la misma altura de la última vez. Howard no había querido llevar a ninguno de los trabajadores de su propio equipo, de modo que solicitó la asistencia de nuestro* rais *Alí. La nueva tumba se encontraba entre la de Hatshepsut y la de Tutmosis IV, literalmente pegada a la de un faraón de nombre más impronunciable de lo habitual: Mentuherkhepshef.*

Al leer las palabras escritas por la mano de su admirada egiptóloga, Liza sintió que la recorría un escalofrío y que se le humedecían los ojos. *Lady* May describía cómo ella y su madre, «mamá», habían acompañado a Howard Carter y a Édouard Naville en la apertura de la tumba de Sitra-In, la nodriza de la reina Hatshepsut. Hablaba de las momias de dos mujeres y varios gansos encontrados en la tumba, aunque Liza comprobó con frustración que no detallaba su ubicación.

La lectura del diario encendió en Liza la chispa de la determinación.

Había tenido una idea.

Siguiendo la estela de *lady* May, decidió buscar la tumba de Sitra-In, el ama de cría de la reina Hatshepsut, la mujer que la había alimentado y cuidado de niña y, quién sabe, quizá también de adulta. Pero su ambición no se detuvo allí. Inspirada por los relatos de *lady* May y su propia pasión por la historia, Liza decidió emprender un proyecto aún más amplio: con el aval del Instituto Oriental, se lanzó a investigar y documentar las tumbas de mujeres egipcias olvidadas por la historia. Quería dar voz a las reinas, sacerdotisas, nobles y mujeres corrientes cuyas historias habían sido eclipsadas por el paso del tiempo.

Este propósito llenó a Liza de una energía renovada. Se imaginaba recorriendo los vastos desiertos de Egipto, explorando

tumbas ocultas y desentrañando los secretos de estas mujeres poderosas y enigmáticas. *Bet al-riyah*, con sus ecos del pasado y sus secretos por descubrir, se convirtió en el punto de partida de su gran aventura.

Llevaba unos días en Asuán cuando al fin llegó su coche. El rugido del motor de su Land Rover Serie I del 57 rompió el silencio del desierto. Liza observó con una sonrisa cómo los beduinos descargaban con asombro su vehículo, perfectamente adecuado para las exigencias del terreno egipcio. Con su color arena y robustez, era el compañero ideal para sus aventuras en el desierto.

Antes de partir hacia Luxor, decidió explorar las tumbas Cecil, ubicadas a poca distancia de la casa. La experiencia fue como un preludio de lo que vendría, un contacto inicial con *lady* May, con la historia y misterios que buscaba desentrañar. Recorrió las tumbas con respeto y curiosidad, releyendo el diario de la arqueóloga y riéndose a carcajadas cada vez que esta descubría alguna de sus aves momificadas.

Con el corazón lleno de expectativas, Liza se dirigió a Luxor en su Land Rover. El viaje por el desierto fue un grito de libertad, con el paisaje cambiante desplegándose ante sus ojos.

—May, ¡va por ti! —exclamó a voz en grito, mientras conducía a toda velocidad en medio del desierto—. ¡Por ti y por Amelia Edwards!

Al llegar a Luxor, se hospedó, cómo no, en la Chicago House, un lugar que le seguía resultando familiar y acogedor, además de tener una de las mejores bibliotecas del país. Allí se reencontró con Charles y Myrtle que seguían yendo allí cada temporada, con la misma regularidad de las crecidas del Nilo.

El reencuentro fue cálido, sincero y lleno de recuerdos.

Fue durante una tarde tranquila, bajo la sombra de un árbol en los jardines de la Chicago House, cuando Liza y Myrtle tuvieron una conversación profunda sobre el amor. Myrtle, siempre perceptiva, notó un cambio en ella.

—Pareces diferente, Liza. Más… serena, quizás —comentó Myrtle, con una mirada inquisitiva.

Liza sonrió, reflexionando sobre su viaje emocional y espiritual.

—He estado pensando mucho sobre el amor últimamente, sobre cómo lo he vivido y cómo quiero vivirlo de ahora en adelante —confesó Liza—. Estoy aprendiendo a amar sin ataduras, a apreciar sin poseer.

Myrtle escuchó atentamente, asintiendo con comprensión.

—Es un camino difícil, pero hermoso. Amar sin esperar nada a cambio, sin egoísmo… eso es verdadero amor.

Las palabras resonaron en Liza.

—Exacto. Quiero estar abierta al amor, pero sin dejar que controle mi felicidad. Mi felicidad no puede depender de nadie más que de mí misma. Ni la tuya, Myrtle.

El sol comenzaba a bajar, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosas. Las dos mujeres se miraron y compartieron un instante de comprensión y apoyo mutuos. Se abrazaron, un abrazo que simbolizaba no solo su amistad, sino también el respeto por los caminos personales que cada una había elegido.

Tras esa conversación, Liza se sintió aún más firme en su decisión de seguir su nuevo camino, un camino de autoconocimiento y amor desapegado. La noche en Luxor se cerró con una sensación de paz y un renovado sentido de propósito.

A la mañana siguiente, se sumergió en las montañas de documentos y manuscritos antiguos que poblaban la tranquila biblioteca de la Chicago House. Entre el polvo y el olor a papel viejo, y usando el diario de *lady* May como guía, encontró el informe de Howard Carter sobre la tumba de Sitra-In, catalogada como la KV60. Aunque el informe era detallado, no ofrecía pistas sobre el paradero actual de la tumba, un enigma que avivaba aún más la curiosidad de Liza.

Se dio cuenta de que necesitaba un enfoque diferente, de modo que decidió continuar su proyecto explorando otras tumbas en el Valle de las Reinas. Junto con Myrtle, visitó una tumba que se creía pertenecía a Mutnodjemet, esposa del faraón Horemheb. El sitio, con sus paredes ricamente decoradas y su atmósfera de antigua solemnidad, era un recordatorio de la grandeza y el misterio del antiguo Egipto.

Mutnodjemet era un personaje que siempre le había fascinado. Hermana de la famosa Nefertiti, se había casado con un general del ejército que había logrado ascender hasta convertirse en faraón. ¿Qué tipo de hombre sería Horemheb? Liza lo imaginaba como un soldado cruel y despiadado, pero estaba segura de que Mutnodjemet no se habría dejado achantar. Había tantas historias olvidadas de las mujeres del antiguo Egipto, tantas historias que merecían ser recordadas.

Fue durante esta visita cuando un *gaffer* local, un anciano conocedor de los secretos del desierto y las tumbas ocultas, se acercó a ellas.

—*Sayyida*, ¿es verdad que busca la tumba de Sitra-In?

—¿Cómo puedes saber eso? —preguntó Liza.

—En Luxor todo se sabe, *sayyida*. Yo acompañé al gran Howard

Carter en esa aventura y a las dos damas inglesas. Puedo llevarla allí.

—¿Cómo te llamas?

—Soy el *rais* Alí, *sayyida*.

Sorprendida y emocionada, Liza aceptó seguirlo, acompañada por Myrtle. Guiadas por el *gaffer*, atravesaron el árido paisaje hasta llegar a un lugar apartado, donde la entrada de la KV60 estaba discretamente oculta entre las rocas. Liza y Myrtle entraron en la tumba, ayudadas por el anciano que abrió con cuidado un candado que debía haber colocado el mismísimo Carter.

La tumba, sumida en la oscuridad y el silencio, parecía un portal a otro tiempo. Con la ayuda de linternas, Liza examinó el interior. Su corazón latía con fuerza al darse cuenta de que, contrariamente a lo reportado por Carter y *lady* May, solo había una momia en la tumba, descansando directamente sobre el suelo del sepulcro, sin ataúd ni adornos.

Liza se arrodilló junto a la momia, su mente daba vueltas con preguntas. ¿Qué había sido de la otra? ¿Cómo y por qué había desaparecido? La ausencia de la segunda mujer era un misterio que pedía a gritos ser resuelto, una pieza faltante en el rompecabezas de la historia de Sitra-In y, posiblemente, de Hatshepsut.

Mirando a Myrtle, Liza vio un reflejo de su propia determinación. No se rendiría. Estaba decidida a descubrir la verdad, a desentrañar los secretos que la tumba y sus ocupantes aún guardaban. La KV60 no era el final de su búsqueda, sino el comienzo de un camino que prometía revelaciones y descubrimientos sorprendentes.

Sabía dónde seguir buscado.

Apenas unos días después, el Land Rover de Liza se abría paso a través del bullicioso tráfico de El Cairo, llevándolas a ella y a Myrtle hacia el Departamento de Antigüedades. Tras mucho esfuerzo, habían conseguido una entrevista con Moharram Kamal, el director. La tensión de la búsqueda pendiente se palpaba en el aire.

—¿Crees que Kamal nos ayudará? —preguntó Myrtle, mirando a Liza.

—Es difícil de decir. Pero no me rendiré fácilmente —respondió con firmeza.

Al llegar, fueron recibidas por una secretaria. El director las hizo esperar durante más de dos horas, pero al fin la mujer les indicó que podían entrar en su despacho. Kamal las saludó con una mirada escrutadora que no disimulaba su desdén.

—¿Qué buscan aquí? —preguntó, con un tono condescendiente.

Liza suspiró y se lanzó a explicar en qué consistía su excavación, sin llegar a mencionar que era ella misma quien corría con los gastos.

—Necesitamos acceder a los archivos. Es importante para nuestra investigación —explicó Liza, manteniendo la compostura.

—¿Para qué institución me han dicho que trabajan?

—Pertenecemos al Instituto Oriental —respondió Myrtle.

Kamal hizo una pausa, evaluándolas, antes de asentir a regañadientes.

—No entiendo por qué los americanos se empeñan en seguir mandando mujeres, pero no es asunto mío. Los archivos están en el sótano del Museo de El Cairo. Dudo que encuentren algo útil allí.

En efecto, el sótano del museo era un caos de documentos. El lugar era un auténtico laberinto, un desastre desorganizado que parecía contener más secretos que respuestas. Liza y Myrtle se abrieron paso entre el desorden, buscando cualquier pista. Revisaron montones de papeles. La búsqueda fue ardua, pero su tenacidad se vio recompensada cuando, entre pilas de documentos polvorientos, encontraron un acta firmada por Howard Carter, entonces inspector del Departamento de Antigüedades.

—¡Aquí está! Un acta firmada por Howard Carter sobre la entrega de una momia clasificada como… ¡KV60-B!

Con el documento en mano, se dirigieron a los responsables del archivo. El custodio, sorprendido, las condujo a través de los laberínticos sótanos hasta un área restringida. Allí, entre filas de antigüedades, yacía la momia. Mientras la examinaban, Liza compartió su hipótesis con Myrtle.

—Mira la calidad de los vendajes, la posición de las manos. Esta debe ser Sitra-In. Entonces, la otra momia…

—¿Podría ser…? —Myrtle no terminó la frase, pero sus ojos reflejaban la magnitud de la posibilidad.

—Exacto —dijo Liza, con una mezcla de asombro y determinación—. Si estoy en lo cierto, podríamos estar ante un descubrimiento histórico.

Las dos mujeres se miraron, conscientes de estar al borde de algo trascendental. La búsqueda de la verdad sobre la tumba de Sitra-In acababa de tomar un giro prometedor.

De vuelta a Luxor, Liza y Myrtle regresaron a la KV60, decididas a desvelar la identidad de la misteriosa momia restante, conscientes de que su trabajo podía cambiar todo lo que se conocía hasta la fecha sobre el periodo de Hatshepsut. El interior de la tumba, bañado en la luz de sus linternas, parecía guardar los secretos de milenios. La momia yacía en el suelo, en un silencio eterno.

—Mira los detalles de los vendajes, la posición del cuerpo. No es una momia común —observó Myrtle.

Liza asintió, procesando cada detalle con su mente analítica.

—Tienes razón. Mira el brazo, está doblado en la posición típica de las mujeres de la realeza. Y si mis sospechas son correctas… —La hipótesis de Liza se fortalecía con cada observación. La momia no era una simple noble; los indicios apuntaban a alguien de mayor estatus. La posibilidad de que fuera Hatshepsut comenzaba a tomar solidez en su mente—. Necesitamos hablar con el Departamento de Antigüedades.

En la sede del departamento en Luxor, Liza presentó su teoría. Como era de esperar, sus palabras cayeron en oídos sordos. Los funcionarios, reacios a desafiar la narrativa establecida, descartaron sus argumentos.

—Una mujer no puede reescribir la historia del antiguo Egipto —fue la respuesta despectiva de un alto funcionario.

Frustrada pero no derrotada, Liza sabía que necesitaba más pruebas para sustentar su teoría. Estaba dispuesta a regresar a El Cairo y hablar de nuevo con Kamal, aunque se temía que su respuesta no sería mucho más alentadora. Daba igual, no se rendiría.

—No importa lo que digan, Myrtle. Voy a demostrar que esta momia es Hatshepsut —declaró Liza, con voz firme a pesar de la adversidad.

Aquella noche, en la quietud de su habitación en la Chicago House, Liza yacía despierta, sumida en sus pensamientos. La posibilidad de que la momia de la KV60 fuera Hatshepsut la mantenía en un estado de agitación constante. La clave podría estar en los vasos canopos almacenados en el Museo de El Cairo. Si pudiera demostrar, quizás a través de rayos X, que los órganos pertenecían a la misma persona que la momia…

El sonido del timbre la sacó abruptamente de sus cavilaciones. Un mensajero esperaba en la puerta con un telegrama urgente. Era de Piankoff.

Natacha gravemente enferma. STOP. Esclerodermia en la garganta. STOP. Crisis aguda. STOP. Ingresada en hospital New Milford, Connecticut. STOP. No puedo ocuparme de ella. STOP.

La noticia de su enfermedad golpeó a Liza como una ola fría y pesada. Natacha, su antigua amante y amiga, quizá su alma gemela, necesitaba su ayuda. Sentada en su cama, con el telegrama aún en la mano, Liza se enfrentó a un dilema desgarrador. Por un lado, el umbral de un descubrimiento histórico, el fruto de su dedicación y esfuerzo. Por otro, la llamada de la amistad, una obligación con los vivos que no podía ignorar.

Estaba tan cerca. Tan cerca de revelar la verdad.

Pero entonces, la imagen de Natacha, vulnerable y enferma, se impuso en su mente. El recuerdo de su amor, de los momentos compartidos, de la conexión que las unía más allá del tiempo y la distancia, pesaba más en su corazón.

—Los vivos tienen prioridad sobre los muertos —murmuró para sí.

Con un suspiro de resignación, comenzó a empaquetar sus pertenencias. La momia de la KV60, el misterio de Hatshepsut, tendrían que esperar. La lealtad era una llamada que no podía ignorar.

Se juró a sí misma que terminaría lo que había empezado. Por Hatshepsut. Por *lady* May. Por ella misma.

—Volveré.

No lo hizo. Jamás regresó a Egipto.

28

No olvidarás mi nombre

El crepúsculo se cernía sobre el harén real, envolviendo mis sentidos en un manto de luz dorada. Descansaba en mi rincón favorito, apartada del bullicio juvenil de las concubinas, cuyas risas y charlas distantes apenas alcanzaban mis oídos. Mis dedos, una vez ágiles y firmes, ahora se entrelazaban como hilos de lino. A mi alrededor, el harén bullía con la energía de la juventud, pero yo me sumergía en un océano de recuerdos, refugiada en la serenidad que solo dan los años.

Desde la muerte de mi amada hija Hatasu, había sido testigo de los cambios sutiles pero implacables que se gestaban en las entrañas del poder. El sumo sacerdote Hapuseneb había muerto, dejando el cargo al gran enemigo de Hatshepsut: Menkheperre. Tutmosis, el joven faraón, había emprendido su reinado en solitario con un fervor guerrero que evocaba los días de su abuelo. Sus victorias en Levante, Canaán, Mitanni y Nubia resonaban en los pasillos del palacio como ecos de una era de gloria. Aun así, había en él una falta de la diplomacia sutil que mi querida Hatshepsut había perfeccionado.

Mis pensamientos se dirigían a menudo hacia Neferure, la nieta de mi corazón. La había visto crecer desde la infancia, convirtiéndose en una figura de belleza serena y dignidad real, reflejo de su madre en cada gesto y mirada. Aunque Tutmosis la mantenía como esposa principal, las corrientes del destino fluían en direcciones turbias e inesperadas.

Aquel día, mientras el sol se ocultaba tras las columnas del templo de Karnak, sentía una inquietud creciente. Era como una brisa suave que presagiaba una tormenta, una sensación de que el legado de Hatshepsut, que yo había jurado proteger, estaba amenazado por sombras que se movían silenciosamente. Cerré los ojos, dejando que el calor del sol del atardecer acariciara mi rostro arrugado, y me permití un momento de reflexión antes de enfrentar lo que sabía que se avecinaba. Los días venideros pondrían a prueba mi lealtad y mi astucia, heredadas de una época en que la grandeza de Egipto se reflejaba en los ojos de una soberana como ninguna otra.

No me equivocaba.

Aquella misma noche, la luna colgaba en el cielo como un testigo silencioso, bañando los jardines del palacio en una luz plateada. Desde mi escondite detrás de un pilar tallado, observaba la escena que se desarrollaba en el patio. La adoratriz Huy, entrada ya en años, estaba

sentada en una silla que casi parecía un trono real. Frente a ella, su hija Merytre, convertida en esposa secundaria del faraón, se movía entre los cortesanos con una gracia que ocultaba su creciente ambición. Su risa, clara y melodiosa, resonaba en el aire fresco de la noche.

—¡Mira cómo Merytre encanta a todos con su ingenio! —comentó una dama de compañía, su voz apenas un susurro junto a mí. Su admiración era evidente, pero en sus palabras detecté un matiz de cautela.

Asentí, manteniendo mis pensamientos para mí. Era evidente que Merytre había aprendido a navegar las aguas turbulentas de la corte con una habilidad que desafiaba su juventud. Cada gesto, cada palabra que pronunciaba estaba calculada para fortalecer su posición.

De repente, la atención se desvió hacia la entrada del gran salón. Su hermano Menkheperre, que vestía con orgullo la piel de leopardo del sumo sacerdote de Amón, hizo su aparición, con su túnica ceremonial reflejando los destellos de las antorchas. Merytre se acercó a él con pasos medidos, su sonrisa tan brillante como la luna.

—Gran sacerdote Menkheperre, tu presencia trae bendiciones a nuestra reunión —dijo Merytre, con una voz tan suave como el murmullo del Nilo.

—La bendición es mía, al contemplar la sabiduría y la belleza reunidas en esta corte —respondió Menkheperre, inclinándose ligeramente. Sus ojos, astutos y calculadores, no se apartaban de su hermana.

Vi cómo intercambiaban palabras en voz baja, con sus cabezas inclinadas en una conversación privada que parecía más una danza de poder que un diálogo inocente. Alrededor de ellos, los cortesanos observaban, algunos con admiración, otros con una cautela mal disimulada.

De repente, nuestros ojos se encontraron, los de Merytre y los míos. Por un momento, pude apreciar la verdadera ambición detrás de su mirada, una chispa que presagiaba un cambio inminente en el equilibrio de la corte. Luego, su sonrisa volvió a ser tan radiante como antes, y se alejó, dejándome sumida en mis pensamientos. No fui capaz de captar nada de lo que estaban hablando, pero supe que tramaban algún tipo de conspiración.

—Está sucediendo algo, algo que podría alterar el destino de nuestro querido Egipto —le susurré a la dama que me acompañaba, que me miró con incomprensión. Continué murmurando para mis adentros, sintiendo una mezcla de respeto y preocupación por lo que estaba por venir. La noche se cerraba sobre el palacio, y con ella, la

sensación de que una nueva era estaba amaneciendo, sin duda más oscura que la de mi amada Hatshepsut.

Pasó el tiempo. Tutmosis cada vez conseguía más éxitos en la batalla. Neferure continuaba siendo la gran esposa real, pero la sombra de Merytre se hacía cada vez más alargada. Menkheperre acumulaba más y más poder e influencia entre los sacerdotes.

Corría el quinto año del reinado en solitario del faraón, que ya no era tan joven como antaño. El amanecer en Tebas era una sinfonía de colores, pero aquel día, el alba me trajo un presentimiento oscuro. Mientras caminaba por los jardines del palacio, el aire fresco de la mañana no lograba disipar la pesadumbre en mi corazón. Fue entonces cuando oí el tumulto proveniente del Nilo, voces alzándose en un coro de confusión y temor.

Me acerqué, movida por una inquietud que crecía con cada paso. Al llegar a la orilla, el escenario que se desplegó ante mis ojos me heló la sangre. Un grupo de sirvientes y guardias se agolpaban en la ribera, mirando al río con expresiones de horror.

—¡Neferure! ¡La reina Neferure ha caído al agua! —gritaba una criada, ahogada por el llanto.

Me abrí paso entre la multitud, mis viejos huesos protestando, hasta que pude ver el agua turbulenta del Nilo. Allí, flotando desgraciadamente cerca de la orilla, estaba el cuerpo de Neferure. Su vestido de lino fino se pegaba a su cuerpo inerte, y su cabello, una vez símbolo de su regia estirpe, flotaba alrededor de ella como un oscuro halo.

Un grupo de guardias se apresuró a sacarla del agua, sus movimientos eran torpes y desesperados. El faraón Tutmosis llegó corriendo, en su rostro, habitualmente imperturbable, se dibujó un gesto de dolor e incredulidad.

—¡Neferure, mi esposa, mi reina! —exclamó, cayendo de rodillas junto a su cuerpo. Su voz, un poderoso rugido en el campo de batalla, era ahora un lamento desgarrador.

Al ver el cuerpo inerte de Neferure, un dolor punzante se apoderó de mi alma. Ella, a quien había visto nacer, a quien había jurado proteger con cada fibra de mi ser, yacía ahora ante mis ojos, víctima de una tragedia incomprensible. Los recuerdos de su primera sonrisa, de los pasos vacilantes de su infancia, y de su voz llamándome «abuela» cuando jugábamos juntas, se agolpaban en mi mente, como un río desbordado de dulces remembranzas. Era como si una parte de mí misma, un fragmento de mi alma enlazado con el de Hatasu, se hubiera desprendido y flotara ahora, inerte, sobre las aguas del Nilo. Las lágrimas se acumulaban en mis ojos, nublando mi vista, pero me

negaba a dejarlas caer.

Contemplé la escena horrorizada; el dolor y la conmoción se reflejaban en los rostros de los presentes. Pero en mi corazón, una sospecha comenzaba a tomar forma, alimentada por los susurros y las miradas furtivas entre algunos cortesanos.

—¿Cómo ocurrió esto? —pregunté en voz baja, aunque nadie parecía escuchar.

—Dicen que resbaló… fue un accidente —murmuró una criada cercana, evitando mi mirada. Su voz temblaba, no solo por el dolor, sino por algo más, un miedo que parecía ir más allá de la tragedia.

Miré hacia el palacio, donde las figuras de Huy y Merytre observaban desde una ventana alta. Sus rostros lucían una máscara de tristeza, pero sus ojos… algo en sus ojos me hizo estremecer. Fue un destello fugaz, pero suficiente para avivar las llamas de mi sospecha.

Mientras Tutmosis lloraba a su esposa caída, prometí en silencio buscar la verdad detrás de esta tragedia. Neferure, la hija de mi corazón, merecía eso y mucho más. Merecía justicia.

Las desgracias, no obstante, no habían hecho más que comenzar.

Apenas nos habíamos recuperado de la muerte de Neferure. El sol se despedía lentamente, bañando el palacio con su último aliento dorado, cuando la noticia llegó a mis oídos. El príncipe Amenehmat, nieto de mi amada Hatshepsut y esperanza viva de su legado, había caído enfermo de manera grave y repentina. Con el corazón acelerado, me dirigí a toda prisa hacia sus aposentos, temiendo lo peor.

A mi llegada, el silencio envolvía el lugar como un manto pesado. Sirvientes y médicos se movían con una urgencia sombría, sus rostros marcados por una preocupación que rozaba el miedo. Entre ellos, vi a la adoratriz Huy y a la reina Merytre; su semblante sereno, casi imperturbable, contrastaba con la agitación que reinaba a su alrededor.

—¿Qué le sucede al príncipe? —pregunté; mi voz fue apenas un susurro entre el tumulto.

—Una enfermedad súbita, dama Sitra. Nuestros mejores médicos están con él —respondió un sirviente, evitando mi mirada. Sus palabras eran cautelosas, como si cada sílaba llevara consigo un peso insoportable.

Me abrí paso hasta la cama del joven príncipe. Allí yacía Amenehmat, su rostro pálido como el lino más fino, sus labios entreabiertos en una lucha silenciosa por cada aliento. Me incliné sobre él, tomando su mano entre las mías. Era un tacto frío, un presagio ominoso que me llenó de una tristeza inmensa.

—Mi joven príncipe, no puede ser —susurré, mientras una

lágrima se abría camino por mi mejilla. En su rostro se dibujaban los rasgos de Hatasu, una promesa de grandeza que ahora se desvanecía ante mis ojos.

Los médicos se movían alrededor, susurrando entre ellos. Nadie parecía entender la naturaleza de su dolencia y, cada momento que pasaba, su respiración se volvía más débil, más distante. Permanecí varias horas a su lado hasta que, al fin, exhaló su último aliento. Su *ka* y su *ba* volaron lejos, para reunirse con su madre y con su abuela en el Amenti.

Al salir de la habitación, me crucé con Tutmosis, tenía su rostro endurecido por el dolor. Nuestras miradas se encontraron y en sus ojos vi un reflejo de mi propio temor. Pero detrás de ese temor, también había una sombra de duda, una pregunta no formulada que parecía acechar en lo profundo de su ser.

Mientras la noche caía sobre el palacio y las estrellas comenzaban a brillar en el firmamento, una sensación de desolación me envolvía. El príncipe Amenehmat, último heredero directo de Hatshepsut, se había apagado como una llama bajo el viento del desierto. Y en mi corazón, la semilla de una sospecha terrible comenzaba a germinar. ¿Era posible que detrás de esta súbita enfermedad se escondiera una mano oscura, una voluntad perversa que buscara borrar el legado de mi amada reina? Con cada latido de mi corazón, la determinación de descubrir la verdad se hacía más fuerte, más imperiosa. Por Hatshepsut, por Neferure y, ahora, también por Amenehmat, buscaría la justicia hasta el último aliento de mi vida.

A la mañana siguiente me levanté con una firme resolución. Haciendo frente a los achaques, me aseé y me vestí lo mejor que pude. Con los pasos firmes de los que fui capaz, me dirigí hacia la sala del trono, donde Tutmosis atendía los asuntos del reino. Mi corazón latía con aprensión, impulsado por la necesidad de compartir mis sospechas sobre las recientes tragedias.

Al entrar en la sala, la majestuosidad del trono y las figuras talladas en las paredes me recordaron la grandeza de Egipto, un legado que parecía tambalearse en estos tiempos turbulentos. El faraón se levantó al verme. Su mirada, aunque marcada por las responsabilidades de un gobernante, todavía reflejaba el respeto hacia mí.

—Sitra, tu visita siempre es bienvenida. ¿Qué asuntos te traen aquí? —preguntó con una voz que, aunque amable, delataba una fatiga subyacente.

—Majestad, vengo con un corazón atribulado y preocupaciones que no puedo guardar en silencio —comencé, sintiendo la pesadez de

mis palabras—. Las recientes muertes de Neferure y el joven príncipe Amenehmat… temo que no sean meras coincidencias.

Tutmosis me observó en silencio y, en aquel momento, me recordó al niño que había sido, al hijo del pequeño Tuty. Su expresión se endureció de inmediato.

—Sitra, tu lealtad a mi tía Hatshepsut y a la familia real siempre ha sido incuestionable. Pero debes saber que, en estos tiempos difíciles, las tragedias ocurren a menudo sin explicación.

—No son solo tragedias, mi señor —insistí, sosteniendo su mirada —. Hay sombras en esta corte, susurros en los pasillos. No podemos ignorar la posibilidad de que estas muertes sean parte de un juego más oscuro.

Tutmosis suspiró, y desvió su mirada hacia las ventanas que daban al Nilo.

—Sitra, tu servicio a esta casa ha sido inquebrantable. Pero el peso de los años puede nublar nuestro juicio. Te ruego que encuentres paz en tus días y dejes estas preocupaciones a quienes deben llevarlas.

Su respuesta me golpeó como una ola del mar Rojo. Las palabras no dichas resonaban en el aire entre nosotros, un abismo silencioso que se abría con cada palabra de consuelo. Me incliné con respeto, aunque mi corazón se retorcía con una mezcla de dolor y frustración.

—Como deseéis, majestad. Pero el amor y la lealtad hacia mi reina y su descendencia no conocen el descanso. Guardaré mis pensamientos, pero mi corazón seguirá buscando la verdad —dije, antes de retirarme.

Mientras salía, las sombras de los pilares parecían alargarse, como si simbolizaran la oscuridad que se cernía sobre el reino. La indiferencia del faraón hacia mis preocupaciones no solo me había desilusionado, sino que también había encendido una llama de determinación en mi interior. Si la corte no iba a actuar, yo misma buscaría respuestas, por el bien de aquellos a quienes había jurado proteger.

Poco después le llegó el turno a la adoratriz Huy. La antigua esposa de Minmontu era de mi edad y, como en todas nosotras, el tiempo había dejado su huella. Estaba postrada en el lecho y los sacerdotes auguraban que no viviría para ver un nuevo amanecer. Aunque nunca fue objeto especial de mi devoción, decidí ir a presentarle mis respetos y despedirme de ella, recordando a la difunta reina Mutnofret, que tanto había conspirado en vida y que al final había mostrado ser leal a Egipto, a su manera.

Con Huy me equivoqué. Estaba en un cuarto oscuro, sin más compañía que sus hijos Merytre y Menkheperre. Al verme entrar, se

incorporó.

—¿Qué haces aquí, perra?

Pensé que la agonía le provocaba delirios, ya que, a pesar de sus defectos, Huy siempre había sido una mujer educada.

—No te alteres y descansa, solo quería desearte…

—¿Qué no me altere, perra sarnosa? Tú y tu querida Hatshepsut —pareció escupir su nombre—, habéis envenenado Egipto, habéis violado a Maat y roto nuestras tradiciones. Pero no os saldréis con la vuestra. ¡Yo os maldigo, Sitra! Os maldigo a ti y tu niña, a la usurpadora, a la ladrona, conspiradora, adúltera… ¡a la víbora de Hatshepsut! Os maldigo a perderos en las tinieblas de la memoria. Vuestro nombre será olvidado.

Abandoné la sala con el corazón acelerado, la boca seca y un sentimiento de irrealidad. La adoratriz era una mujer consagrada, después de todo. Su maldición entrañaba cierto poder. Murió aquella misma noche e ignoro dónde fue enterrada, pero sus palabras aún me atormentan por las noches.

Pasaron los años, al compás cada vez más rápido —al menos para mí— de las subidas y bajadas del Nilo, dejando en mí el sello de su paso. Mi vista, una vez tan aguda, se había desvanecido hasta el punto de no distinguir más que sombras y destellos de luz. Pero mis oídos, fieles compañeros, aún capturaban los susurros de los corredores del palacio, las voces que revelaban verdades ocultas en la penumbra de los secretos.

Me encontraba sentada en los jardines, con mi bastón reposando a mi lado, cuando los oí. Las voces de Merytre y Menkheperre, tan distintas en timbre pero unidas en propósito, se deslizaban por entre las columnas como serpientes en la hierba.

—No puede haber duda alguna, hermano. La figura de un faraón mujer… es una mancha en la historia de Egipto —dijo Merytre, su voz impregnada de una convicción helada.

—Estoy de acuerdo, hermana. El nombre de Hatshepsut debe ser retirado, borrado de los monumentos, eliminado de los registros. Así le hubiera gustado a mamá. Debe ser como si nunca hubiera existido —respondió el sumo sacerdote, con un susurro venenoso que me erizó la piel.

Mis dedos se cerraron con fuerza alrededor del bastón. Sentí una oleada de ira y desesperación. Hatshepsut, mi reina, mi faraón, iba a ser eliminada de la historia, su legado se desvanecería como si fuera un sueño en la luz del amanecer.

En los días siguientes, los rumores se convirtieron en realidad. Los nombres y las imágenes de Hatshepsut empezaron a desaparecer

de los monumentos que ella misma había erigido. Cada vez que oía el sonido de un cincel golpeando la piedra, mi corazón se encogía de dolor. Era como si, con cada golpe, una parte de mi propia historia fuera arrancada.

La necesidad de actuar, de hacer algo para preservar su memoria, crecía en mí como una llama inextinguible. Fue entonces cuando me acordé de Senenmut, el arquitecto, el consejero de confianza de Hatshepsut, desterrado años atrás. Recordé los rumores de que había vuelto a su tierra natal, un poblado llamado Iuny, al sur de Tebas.

A pesar de mis años y de mi debilidad, supe que debía encontrarlo. Él podría ser la clave para salvaguardar lo que quedaba del legado de Hatshepsut. Con la ayuda de una sirvienta leal, que había sido mis ojos en estos últimos años, comencé a hacer los preparativos para el viaje. Cada paso sería un desafío, pero mi determinación era inquebrantable.

—Vamos a Iuny —dije a la criada, mi voz era firme a pesar de la fragilidad de mi cuerpo—. Debemos encontrar a Senenmut. Por Hatshepsut, por todo lo que ella representó, no podemos permitir que su luz se apague en las sombras del olvido.

Viajamos en una barca, no tan lujosa como las que solía usar cuando acompañaba a Hatasu, pero a la altura de una gran dama. Una vez en Iuny, el calor del mediodía se cernía sobre nosotros como una piel de oveja. Senenmut, el antiguo consejero de Hatshepsut, me recibió en su morada, un lugar sencillo que reflejaba su caída en desgracia. Sus ojos, marcados por los años de exilio, se iluminaron con un destello de reconocimiento al verme.

—Sitra, tu presencia aquí es tan inesperada como el florecer del desierto.

—Senenmut, he venido porque la memoria de Hatshepsut está siendo perseguida, como si quisieran deshacer su reinado por completo —dije, sintiendo un nudo en la garganta.

Él asintió lentamente, su mirada perdida en algún recuerdo lejano.

—Lo he oído, incluso en el exilio. Es como si una tormenta estuviera borrando las huellas de su paso por el mundo.

—¿Hay algo que podamos hacer? ¿Alguna forma de preservar su legado? —pregunté; la urgencia marcaba cada una de mis palabras.

Senenmut se paseó unos momentos, pensativo.

—La piedra puede ser destruida, pero las historias, las enseñanzas, las vidas que tocó… eso no puede ser borrado tan fácilmente. Debemos encontrar una manera de mantener viva su historia, en los corazones y mentes de aquellos que aún recuerdan.

—Sí, pero ¿cómo? —insistí, buscando una respuesta, una solución a este ataque implacable contra la memoria de mi reina.

—Quizás a través de la palabra hablada, la escritura oculta, pequeños actos de resistencia que desafíen el olvido. Incluso un pequeño gesto puede mantener viva una llama —sugirió Senenmut, sus ojos brillaban con una mezcla de desafío y esperanza.

Con esas palabras resonando en mi mente, regresé a Tebas. Desde mi retorno, fui testigo de cómo el borrado del legado de Hatshepsut avanzaba cada día. Los nombres y las imágenes de la gran reina desaparecían de los monumentos, los templos y los registros. Era como si una sombra se extendiera sobre su memoria, oscureciendo su existencia.

A pesar de la desolación que sentía, las palabras de Senenmut se habían arraigado en mi corazón. En los rincones más apartados del palacio, en las conversaciones susurradas con aquellos que aún recordaban, compartía las historias de Hatshepsut, su sabiduría, su visión y su fuerza. Cada palabra pronunciada era un acto de desafío contra el olvido, una semilla plantada en el suelo fértil de la memoria.

Sin embargo, la realidad era ineludible. Con cada día que pasaba, Hatshepsut se desvanecía un poco más de la historia de Egipto. Temía que pronto fuera como si nunca hubiera existido. Era como si la maldición de la adoratriz Huy se estuviera haciendo realidad. Pero mientras me quedara aliento, mientras pudiera hablar, no dejaría que su legado muriera. En las sombras del olvido, yo sería la portadora de su luz, un faro de memoria en un mar de oscuridad.

Los días en Tebas transcurrían bajo un cielo que parecía pesar más con cada amanecer. Mi corazón, cargado de años y de secretos, latía con una urgencia que no me permitía descansar. Fue entonces cuando me enteré del plan que desató la tormenta final en mi alma.

Ocultándome detrás de una cortina en uno de los pasillos menos transitados del palacio, escuché las voces conspiradoras de Merytre y Menkheperre.

—La momia de Hatshepsut… debe desaparecer para siempre —susurraba Menkheperre con una frialdad que helaba la sangre.

—Estoy de acuerdo —respondió Merytre—. Su tumba será como una cámara vacía, y su viaje a la Duat, un sueño imposible.

—Sin cuerpo físico no hay resurrección posible —sentenció el sacerdote—. Su *ka* y su *ba* languidecerán en el Amenti hasta dejar de existir.

El horror de sus palabras me golpeó como una tormenta del desierto. No contentos con eliminar su memoria de la historia, ahora buscaban destruir su eterno reposo. Sin un cuerpo que la atara a la

realidad, el alma inmortal de mi niña sería devorada por el olvido, como si nunca hubiera existido. Sentí el rugido de la ira, pero también una chispa de resolución. No podía permitir que aquello sucediera.

Tomando una decisión que sabía que podría ser la última de mi vida, busqué a los pocos aliados leales que me quedaban. Entre ellos, mi joven sirvienta cuyo respeto por la memoria de Hatshepsut igualaba al mío, y el ya viejo general Pen-Nekhbet que, aunque retirado, continuaba siendo fiel a la reina. Ellos se encargaron de traer a Senenmut, que regresó a Tebas disfrazado, ya que la amenaza de muerte aún pesaba sobre su cabeza.

El patio oculto del palacio de las mujeres estaba bañado en una luz plateada, creando un oasis de serenidad lejos de los ojos curiosos. Senenmut y yo nos encontrábamos allí, rodeados por el suave susurro de las hojas y el cielo nocturno como único testigo.

—Senenmut, gracias por venir —comencé, mi voz era apenas un susurro en la noche—. Tengo un plan, pero necesito tu ayuda.

Senenmut, con su semblante marcado por los años y la sabiduría, me miró con cautela.

—Sitra, cualquier cosa por la memoria de nuestra reina. ¿Qué es lo que planeas?

—La momia de Hatshepsut… debemos trasladarla a un lugar seguro. He pensado en mi propia tumba, la que tú mismo me mostraste —dije, sosteniendo su mirada.

Senenmut retrocedió, sorprendido.

—¿Tu tumba? ¡Pero Hatshepsut es un faraón! Su lugar está con los grandes reyes y reinas de Egipto. Quizás podamos trasladarla junto a alguno de sus antecesores. Con su hermano Tuty, por ejemplo.

—Lo sé, Senenmut, pero es precisamente por eso que es el lugar perfecto —insistí—. Nadie buscará en un lugar tan humilde. Es el último lugar donde esperarían encontrarla. Además, estaré allí para cuidar de ella en el más allá.

Senenmut paseó de un lado a otro, claramente en conflicto.

—Es un riesgo enorme, Sitra. No quiero pensar en lo que Hatshepsut nos dirá cuando nos encontremos con ella en la Duat. Ella siempre fue muy consciente del peso de su rango, no quisiera faltar al respeto a su memoria.

—¿No es un riesgo mayor dejarla donde Merytre y Menkheperre pueden encontrarla? —repliqué—. Esta puede ser nuestra única oportunidad de salvar su legado del olvido total. De salvar su alma de la maldición de Huy.

Él se detuvo, mirando hacia la luna, como buscando respuestas en su luz calmante.

—Está bien —dijo finalmente—. Lo haremos. Por Hatshepsut, por todo lo que representó, arriesgaremos todo. Incluso despertar su ira en el más allá.

Le extendí mi mano, a tientas, sellando nuestra alianza bajo el manto de la noche.

—Gracias, Senenmut. Con tu ayuda, mi querida niña descansará en paz, a salvo de sus enemigos, y su historia vivirá en aquellos que la honramos.

Juntos, bajo la luz de la luna, comenzamos a trazar el plan que desafiaría el tiempo y la historia, un acto final de lealtad a la mujer que había cambiado nuestras vidas, mi vida, para siempre.

La noche elegida, nos deslizamos como sombras entre los monumentos de Tebas hasta la tumba que Hatshepsut compartía con su padre, el gran Tutmosis. Mi viejo corazón latía en mi pecho, avisándome de que estaba al límite de mis fuerzas.

Al llegar a la tumba, la abrimos con manos temblorosas pero resueltas. Dentro, en la quietud sagrada, yacía la momia de Hatshepsut, aún majestuosa en su silencio eterno. Con un cuidado reverente, la sacamos de su sarcófago y la colocamos en una camilla improvisada.

El camino de regreso fue un viaje tenso, cada sombra y cada sonido nos hacía detenernos. Pero la fortuna nos sonrió esa noche, y llegamos sin ser detectados a mi propia tumba, un lugar modesto comparado con el grandioso reposo de Hatshepsut, pero seguro.

Allí, depositamos su cuerpo con ceremonias silenciosas pero profundas, prometiéndole que su viaje a la Duat sería protegido por aquellos que aún la honraban. Al terminar, me senté junto a su nuevo lecho de eternidad, sintiendo una mezcla de agotamiento y paz.

—Descansa ahora, mi niña —susurré en la oscuridad—. Descansa y espérame. Pronto me reuniré contigo, jugaremos juntas y te cuidaré como siempre he hecho.

Quizá sean los años. Quizá mi oído no sea tan bueno como creo y ya empiece a engañarme. Pero juro que oí un susurro, casi el aliento de una voz lejana.

Refleja mis palabras, escriba. Repásalas e inscríbelas en el mejor de los papiros, que algún día puedan ser encontradas. Y así se cumplirá el último mandato de la reina.

No olvidarás mi nombre.

29

El vaso canopo

La habitación de Fardie en Didlington Hall estaba impregnada de un silencio casi reverencial, roto solo por el murmullo ocasional del viento contra los cristales. Mamá y yo estábamos sentadas a cada lado de su cama, observando cómo su respiración se volvía cada vez más superficial. Incluso en su lecho de muerte, Fardie deliraba sobre pirámides y excavaciones egipcias, como si estuviera dictando instrucciones para una nueva aventura arqueológica.

—Las cámaras ocultas… —murmuró con voz rasposa—, deben ser… reveladas…

Su mano buscó la mía, y en un gesto de ternura inesperada, la apretó débilmente.

Mamá, con su eterna compostura, acariciaba la frente de Fardie con un pañuelo húmedo.

—Tranquilo, querido —susurró—, pronto encontrarás todas las respuestas.

Cuando finalmente partió, dejándonos en un mundo notablemente más silencioso, no pude evitar pensar que, de alguna manera, Fardie seguía en su querido Egipto, explorando tumbas y descifrando jeroglíficos en el más allá.

El funeral fue una sombría pero digna ceremonia en el mausoleo familiar, en el cementerio de Didlington. La aristocracia local y diversos colegas de Fardie en la egiptología y en sus otras aficiones se reunieron para darle el último adiós. A pesar del aire de solemnidad, no pude evitar sentir un vacío interno, una mezcla de alivio y pesar.

Después de la ceremonia, me retiré a la biblioteca de Didlington Hall, un lugar que siempre me había brindado consuelo. Mirando por la ventana hacia los jardines que tanto le encantaban a Fardie, me sumergí en mis pensamientos.

De la noche a la mañana, me había convertido en la baronesa Amherst. Una responsabilidad que, para ser sincera, me entusiasmaba tanto como un té sin galletas. La gestión de las tierras, las preocupaciones financieras, y, lo más absurdo de todo, sin ni siquiera poder pisar la Cámara de los Lores. ¡Qué ironía del destino! Una persona con mi conocimiento y experiencia relegada a un papel secundario en la aristocracia, por el mero hecho de ser mujer.

Pensé que Hatshepsut no se habría conformado con su destino. No lo hizo, de hecho. No aceptó ser solo una reina consorte, aspiró al

trono y lo consiguió. No habría trono para mí, solo un montón de deudas.

Suspiré, recordando las palabras de Fardie sobre descubrir lo oculto.

—Bueno, Fardie —murmuré, mirando al horizonte—, al menos tú estás libre de estas banalidades terrenales. Yo me enfrento a una pirámide de responsabilidades y un laberinto de problemas financieros. Y lo peor es que mi pasión por la egiptología tendrá que esperar, encerrada en una tumba de obligaciones familiares.

Resignada, pero no derrotada, cerré los ojos un momento, permitiéndome un instante de descanso antes de enfrentar la nueva tarea que me esperaba. Para mí, la baronesa Amherst era mamá. Ahora ella pasaba a ser la baronesa viuda, *the dowager baroness*, y yo me convertía en la única, auténtica, indiscutida cabeza de familia. Me pregunté qué capítulos sería capaz de escribir en aquella nueva novela.

El despacho de Didlington Hall, antaño un refugio de Fardie para sus estudios y sueños egipcios, se convirtió en el centro de mando de mi inesperada responsabilidad. Los papeles se amontonaban sobre el escritorio, cada uno un recordatorio del caos financiero que Charles Cheston, el pérfido administrador, había dejado tras de sí.

Mister Whitmore, el abogado de la familia, un hombre de rostro serio y anteojos perpetuamente resbalándose por la nariz, extendió otro documento hacia mí.

—*Lady* Amherst, me temo que la situación es más grave de lo esperado. Las deudas se acumulan, y algunas decisiones difíciles deben tomarse.

Observé la lista de deudas y activos. La primera cada vez era más larga y la segunda más corta.

—¿Difíciles? —repliqué—. Más bien diría que son decisiones dignas de una tragedia griega. ¿Vender parte de nuestro patrimonio? ¿Y las antigüedades egipcias? ¡Parece que estoy desenterrando y vendiendo mi propia alma! Tráigame a Lucifer, *mister* Whitmore. Con todo gusto llegaré a un acuerdo con él.

Whitmore me miró con una mezcla de simpatía y profesionalidad.

—Esperemos no tener que llegar a eso. Entiendo que es un asunto delicado, *milady*, pero es imperativo actuar con rapidez para evitar la bancarrota. Lo primero de lo que hay que deshacerse es de la villa en el sur de Francia, me temo. Los costes son astronómicos.

Solté un suspiro profundo, pasando una mano por mi frente. Tenía recuerdos magníficos de los veranos allí o de la famosa fiesta

con Amelia, cuando lanzó el Fondo para la Exploración de Egipto. Pero si no quedaba más remedio, habría que dejarla ir.

—Lo sé, Whitmore, lo sé. Es solo que nunca imaginé que mi vida daría un giro tan… prosaico. De descifrar jeroglíficos a desentrañar balances financieros.

El abogado asintió, guardando silencio por un momento antes de continuar.

—Hay otra cuestión, *milady*. El personal de Didlington… con la situación actual, me temo que será necesario reducir considerablemente el número de criados.

Esa noticia me golpeó como una bofetada.

—Despedir a nuestros leales servidores —murmuré, sintiendo un nudo en el estómago—. Algunos de ellos llevan generaciones en la familia. Otra joya más para esta corona de espinas que me ha tocado.

Me levanté y caminé hacia la ventana, mirando los campos que se extendían más allá de la casa. Campos que habían sido parte de mi familia durante generaciones, y ahora eran parte de un problema que parecía no tener fin.

—Voy a necesitar tiempo para digerir todo esto, Whitmore. Y quizás… quizás necesite encontrar alguna forma de escapar, aunque sea por un momento, de esta jaula dorada.

Whitmore se puso de pie, recogiendo sus papeles.

—Por supuesto, *milady*. Estaré a su disposición para cualquier consulta o decisión que necesite tomar.

Una vez sola, cerré los ojos y me permití un momento de debilidad. Egipto, mis queridas excavaciones, mi libertad… ¿cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera volver a abrazar mi verdadera pasión? Porque, a pesar de las dudas, mi viaje a China me había devuelto la determinación. Mi lugar estaba allá afuera, en el mundo, no encerrada entre las cuatro paredes de Didlington, como el rey enrocado en una partida de ajedrez. Susurré para mí misma, aferrándome a la esperanza de que, de alguna manera, encontraría el camino de regreso a mi antigua vida.

El día, finalmente, llegó. Un día que nunca imaginé que viviría. Me encontraba en el salón principal de Didlington Hall, observando cómo los empleados del museo embalaban cuidadosamente la momia de mamá. Fiel a la palabra que le había dado a Naville, una de mis primeras decisiones como baronesa titular fue deshacerme de la adoratriz. Una parte de mí estaba convencida de que todas nuestras desgracias se debían a ella, y no veía el momento de perderla de vista.

Había tomado una decisión difícil. Tras darle diversas vueltas, había optado por etiquetarla como «momia anónima de sacerdotisa de

la XVIII Dinastía». Su identidad como la adoratriz Huy era muy discutible, pero, además de los motivos científicos, tenía otros mucho más supersticiosos. Si la relacionaban con la estatua del Británico y la identificaban como abuela del faraón Amenhotep II, era posible que le dedicaran un lugar de honor en el museo desde el que seguir propagando su maldición. No. La momia de mamá debía verse relegada a algún oscuro sótano, sin nombre, solo al alcance de los pocos académicos chiflados que quisieran investigarla.

—¿No es irónico, querida? —le dije a la momia, mientras la colocaba en el cajón de madera para el transporte—. Toda la vida buscaste la inmortalidad y ahora caerás en el olvido. Eso es por Clorinda, por Bee, por Fardie. No causarás más desgracias.

A mi lado, Francis, mi hijo, me miraba con una mezcla de preocupación y desconcierto.

—Mamá, ¿de verdad estás hablando con una momia? —preguntó con una sonrisa torcida.

Le devolví la sonrisa, aunque la mía estaba teñida de melancolía.

—Por supuesto, Francis. ¿Quién mejor que una dama de la Antigüedad para entender los vaivenes de la fortuna?

El joven me observó con un gesto de incomprensión.

—Estás loca. Estamos perdiendo parte de nuestra historia familiar, nuestro legado, nuestro patrimonio… y tú te lo tomas a broma. No te entiendo.

—La historia familiar, querido hijo, no está solo en los objetos que poseemos, sino en las historias que contamos y en cómo enfrentamos los retos que la vida nos presenta —repliqué—. Siempre te he dicho que no es bueno tomarse la vida demasiado en serio.

—Me reafirmo, mamá: estás loca —me dijo Francis, de pie junto a mí.

Sonreí.

—La locura, cariño, es a veces la única cordura en este mundo absurdo. Y si hablar con una momia me ayuda a mantenerme cuerda, entonces lo haré.

Nos quedamos allí un momento más, contemplando en silencio cómo los operarios se llevaban la momia embalada. En mi corazón, sabía que esta despedida simbolizaba el fin de una época en mi vida, pero también el comienzo de otra. Aunque la tristeza me embargaba, estaba decidida a encarar el futuro con la misma pasión y fortaleza que había dedicado a mi amor por el antiguo Egipto.

Pero no fue suficiente.

Tras liquidar Lou Casteou y deshacerme de la momia, vendí antigüedades, subasté joyas y tesoros… y siguió sin ser suficiente. No

me quedó más remedio que tomar la decisión más dura de mi vida. Una decisión que aún pesa en mi corazón como una losa de granito egipcio. Didlington Hall, el hogar que había albergado generaciones de mi familia, estaba a punto de pasar a manos de extraños. Los días previos a la venta fueron un torbellino de actividad y emociones, como si cada rincón de la casa quisiera despedirse de nosotros.

El día del cierre de la venta, recorrí los pasillos de Didlington por última vez. Mis pasos resonaban en las habitaciones ahora vacías, cada eco un recordatorio de los recuerdos que dejábamos atrás.

—¿Cuántas veces habré corrido por estos pasillos siendo una niña, soñando con aventuras en tierras lejanas? —le pregunté a mamá, que me acompañaba con rostro sombrío.

—Esta casa siempre nos acompañará —me dijo—. Estoy orgullosa de ti, hija. Has hecho lo que tenías que hacer.

El proceso de despedir a la mayoría de los criados fue desgarrador. Estas personas no eran solo empleados; eran parte de nuestra familia, testigos de nuestras alegrías y tristezas. Algunos habían estado con nosotros durante décadas.

—Lo siento tanto —les dije, mientras les entregaba su último salario y una carta de recomendación—. Esta casa no será lo mismo sin ustedes.

Mis hijos mayores, Billy y Tom, aprovecharon la venta de Didlington como una señal para independizarse. Aunque sabía que era natural, no pude evitar sentir un nudo en la garganta al verlos partir, cargados con sus maletas y sus sueños. Billy se sumergió por completo en su carrera militar, y Tom en el mundo del derecho. Quizá un abogado nos hubiera venido bien años atrás, pero el pobre había llegado tarde.

Al fin nos quedamos mamá, William, mis dos hijos pequeños y yo, terminando de empaquetar nuestras vidas en cajas y maletas para mudarnos a la casa de Grosvenor Square. Sentía cada objeto que guardaba como una despedida, un cierre de capítulo.

La última noche en Didlington me encontré vagando por los jardines, junto al lago, bajo la luz de la luna.

—Adiós, viejo amigo —murmuré al pasar por cada árbol, cada sendero, cada rincón favorito—. Gracias por los recuerdos, por los sueños, por ser mi refugio.

Al llegar a Londres, el cansancio y la ansiedad de los últimos meses me golpearon con toda su fuerza. Estaba física y emocionalmente exhausta. Liquidar el patrimonio familiar fue como amputarme un brazo. Aunque sabía que no era culpa mía, me parecía que estaba traicionando a mis antepasados, deshaciendo lo que ellos

habían construido con tanto esfuerzo. Me recosté en la cama y cerré los ojos, deseando encontrar en mis sueños el consuelo que la realidad me había arrebatado.

Pero incluso en medio de esta tormenta emocional, una parte de mí sabía que aquello no era el final. Era solo un nuevo comienzo, un nuevo capítulo que estaba por escribirse. Y con esa determinación, me prometí a mí misma que, de alguna manera, encontraría la manera de reavivar mi pasión por la egiptología y seguir adelante.

Y así fue.

Unas semanas después, cuando apenas habíamos terminado de instalarnos, llegó una carta a nuestra residencia de Londres, reenviada desde Didlington Hall, adonde nos seguía llegando la mayor parte del correo. La vi en el montón de correspondencia y, reconociendo el sello del Departamento de Antigüedades Egipcias, mi corazón dio un salto. Con manos temblorosas, rasgué el sobre y desplegué la carta, leyendo en voz alta para que mamá y William, que estaban en el salón, pudieran escuchar.

Estimada baronesa:

En primer lugar, permítame que le transmita mi más sentido pésame por el fallecimiento de su padre. El barón Amherst fue un auténtico pilar para la egiptología británica. Su nombre y su legado serán recordados.

Me dirijo a usted en estas tristes circunstancias con una noticia que, quizá, pueda suponerle algún alivio en medio del luto. El Museo de El Cairo prepara una nueva exposición que incluirá varios de los objetos que usted descubrió en Qubbet el-Hawa. En reconocimiento a su valiosa contribución a la egiptología, sería un honor para nosotros que asistiera a la inauguración.

Esperamos contar con su presencia.

Atentamente,

Gaston Maspero

Director del Departamento de Antigüedades Egipcias

Al terminar de leer, sentí una oleada de emoción y entusiasmo, como si una parte de mí que había estado dormida finalmente despertara.

—¡Esto es increíble! —exclamé, ilusionada como una niña el día de su cumpleaños—. ¡Una invitación para volver a Egipto! ¡Y del mismísimo *monsieur* Maspero! Obviamente, no puedo decir que no.

Mamá, con una sonrisa en el rostro, asintió con entusiasmo.

—Yo te acompañaré, May. Será una aventura maravillosa.

William, por otro lado, se mostró más reservado.

—Nos queda mucho por hacer para terminar de instalarnos aquí. Los chicos tienen clase. Yo me quedaré en Londres con Francis y Henry. Alguien tiene que cuidar del hogar y asegurarse de que todo esté en orden cuando regreséis.

Francis, que había escuchado en silencio, frunció el ceño.

—¿Otra vez Egipto? Parece que ese lugar solo nos ha traído desgracias.

Le miré directamente a los ojos.

—Al contrario, Francis —le dije con firmeza—. Egipto nos ha traído las mayores alegrías. Has crecido rodeado de sus maravillas y misterios. Algún día, espero, entenderás el valor incalculable de esas experiencias.

Francis suspiró, no totalmente convencido, pero asintió, sabiendo que era inútil discutir conmigo cuando se trataba de mi pasión por Egipto. En realidad, es inútil discutir conmigo. Siempre tengo razón.

—Entonces, es oficial —dije con una mezcla de alegría y nostalgia—. Volveremos a Egipto. Y quién sabe qué maravillas nos esperan allí esta vez.

Con esa nota de optimismo, empecé a planificar nuestro viaje, sintiendo que, de alguna manera, estaba volviendo a casa.

El viaje a El Cairo resultó ser un torbellino de emociones y recuerdos. A bordo del vapor, mamá y yo compartíamos historias de nuestras aventuras pasadas en Egipto, cada anécdota era un tesoro de nuestro pasado. Al llegar, la calidez del sol egipcio nos recibió como un viejo amigo, y el ajetreo de la ciudad nos envolvió con su familiar caos.

La inauguración de la exposición en el Museo de El Cairo fue un evento de gran envergadura, asistido por las más altas autoridades británicas y egipcias. Lord Cromer ya no era el cónsul británico, pero su sucesor nos recibió con extrema amabilidad y máximo respeto. Supongo que el título de baronesa tiene algunas ventajas, después de todo. El ambiente en el museo era más de celebración y menos de solemnidad académica. No obstante, entre la multitud, reconocí al bueno de Howard, un rostro que siempre me alegraba de ver.

Cuando se acercó, vi que estaba más pálido de lo habitual.

—*Milady*, lamento mucho la muerte del barón Amherst. Fue un gran hombre, y su pasión por Egipto nos inspiró a muchos de nosotros. Él… fue como un padre para mí.

Se lo agradecí, sintiendo un nudo en la garganta.

—Gracias, Howard. Tu cariño hacia él significa mucho.

Mientras conversábamos, Maspero se acercó a nosotros con aspecto preocupado. Al ver a Howard, se dirigió a él.

—Te necesito, Carter. Estamos trabajando con los objetos que aparecieron en el escondrijo real, ya sabes, el yacimiento DB320.

—No me diga usted más, *monsieur* Maspero. Imagino que la situación ha de ser caótica.

—¿Es la tumba que inspeccionó Émile Brugsch en 1881, verdad? —pregunté, para hacer ver que yo también estaba al tanto—. Tengo entendido que había sido utilizada por los sacerdotes de épocas posteriores para poner algunas momias reales y tesoros de otras tumbas a salvo de los saqueadores.

—En efecto —asintió Maspero, con reconocimiento—. Brugsch vació la tumba en apenas cuarenta y ocho horas y, lamentablemente, no tomó fotos ni notas detalladas. Como resultado, gran parte del conocimiento sobre los objetos y su contexto se ha perdido. Todo está desordenado y sin catalogar en un sótano del museo. Carter, necesito tu ayuda. Por los viejos tiempos.

—Amigo mío —respondió Carter, mostrando su pesar—, me encantaría ayudar, pero estoy totalmente comprometido con lord Carnarvon en la búsqueda de la tumba de Tutankamón. Sin embargo, creo que la baronesa Amherst sería perfecta para esta tarea. Su experiencia con la colección egipcia de su padre y su conocimiento profundo de la egiptología la convierten en la candidata ideal.

No vi necesario esconder mi entusiasmo. Oportunidades como aquella no se presentaban todos los días.

—Señores, estaría más que encantada de asumir este desafío. La clasificación y catalogación de los objetos es algo que he hecho antes. Además, tengo tiempo libre. El tiempo es mi posesión más abundante en esta época.

La aprobación de Maspero fue casi inmediata, y con una sonrisa, me dio la bienvenida al equipo.

—Será un honor tenerla con nosotros, *milady*. Su conocimiento y su meticulosidad serán de enorme utilidad.

—Contaré, además, con la ayuda de mi madre, la baronesa viuda, que, como saben, es autora de un libro de historia egipcia.

—Lo desconocía —reconoció Maspero—. Pero su participación es más que bienvenida, *lady* Amherst.

Mientras la multitud seguía celebrando la inauguración, me sentí revitalizada por esta nueva oportunidad. No solo era una manera de honrar la memoria de Fardie y continuar su legado, sino también una oportunidad para reavivar de una vez por todas mi propia pasión por la egiptología. Con una sensación de propósito renovado, me preparé para emprender este nuevo capítulo en mi vida de exploraciones y descubrimientos, esperando no tener que enfrentarme a una nueva

decepción.

Nuestra labor empezó apenas unos días después. En el sótano del Museo Egipcio, mamá y yo nos encontrábamos rodeadas de reliquias del famoso escondrijo que habían usado los sacerdotes para poner a salvo a sus grandes reyes. Los días se sucedían en un torbellino de polvo y vasijas rotas, mientras catalogábamos y ordenábamos los objetos. La falta de cuidado en el traslado original por parte de Brugsch era evidente.

—Mira esto, mamá —protesté mientras sostenía un fragmento de cerámica rota—. Estos descuidos son un crimen contra la historia.

Pero entonces, entre el caos, surgió un descubrimiento asombroso: la momia de la reina Nefertari, que según se creía, había sido la abuela de Hatshepsut. Era una revelación que nos dejó sin aliento, un testimonio del poder y la influencia de las mujeres en el antiguo Egipto.

El hallazgo más significativo llegó cuando mis dedos rozaron un objeto particularmente intrigante. Era un simple vaso canopo. Sin embargo, al examinar los jeroglíficos, reconocí el nombre y la titulatura de la reina Hatshepsut.

—Mamá, esto es extraordinario —exclamé con emoción—. Este vaso perteneció al cofre de canopos encontrado vacío en la tumba de Hatshepsut y Tutmosis I, descubierta por Carter, ¿recuerdas?

—¿Cómo iba a olvidarme? Allí estuvimos… hemos vivido unas cuantas aventuras tú y yo. Pero, hija, ¿estás segura? A ver si te vas a equivocar con los jeroglíficos, hay faraones con nombres muy parecidos entre sí.

—Completamente segura.

Llevé el vaso al laboratorio del museo para una investigación más profunda. Allí, los análisis revelaron su contenido: el hígado y una muela de la reina Hatshepsut. Era un hallazgo que no solo aportaba información crucial sobre la reina, sino que también reafirmaba su lugar en la historia.

En el silencio del laboratorio, mientras contemplaba el vaso canopo de Hatshepsut, me invadió una sensación de conexión casi espiritual. Cerré los ojos, y, en ese instante, me pareció escuchar una voz susurrando a través de los siglos.

No olvidarás mi nombre.

Abrí los ojos y miré el vaso, sintiendo una responsabilidad casi sagrada.

—No, tu nombre nunca será olvidado —prometí—. Haré todo lo que esté en mi poder para asegurar que tu historia y tu legado sean recordados. Siempre.

En ese momento, sentí que no solo estaba hablando con Hatshepsut, sino con todas las mujeres del pasado cuyas historias habían sido silenciadas. Me di cuenta de que mi pasión por la egiptología no era solo una búsqueda académica, sino una misión para dar voz a esas mujeres poderosas a las que la historia nunca ha hecho justicia.

Mamá y yo salimos juntas del museo. El sol egipcio se ponía, bañando El Cairo en una luz dorada. Miré hacia el horizonte, pensando en el futuro.

—Quizás no hayamos sido capaces de localizar la momia de Hatshepsut —le dije—, pero hemos encontrado una parte de ella. Creo que hemos cumplido la promesa que le hicimos a Amelia Edwards, ¿no te parece?

—Y esto es solo el comienzo —respondió mamá.

Escribo estas memorias en El Cairo, desde el mismo hotel Shepheard's donde me alojé en mi primer viaje hace tantos años, con mamá y con Fardie, cuando conocí a la pobre Clorinda. Aún nos quedaban cientos de objetos por clasificar. William me dice que él y los niños me echan de menos, pero pueden esperar. Al fin y al cabo, ellos tienen sus propias vidas. Cuando acabe estas páginas, pienso entregárselas a mi hijo Francis, para que las lea y decida si en efecto Egipto nos ha traído algo más que desgracias.

Yo creo que sí.

30
Hilanderas del tiempo

El cielo de Connecticut lucía un azul sereno, en vivo contraste con el tumulto que agitaba el corazón de Liza. A medida que su coche serpenteaba por el camino de grava hacia la casa de Natacha Rambova, el paisaje se desplegaba en un tapiz de verdes prados y árboles centenarios, con sus hojas susurrando secretos antiguos al viento. La casa de Natacha, una elegante estructura de principios de siglo, se erguía como un santuario, oculto entre la naturaleza.

Con un suspiro, Liza apagó el motor y se quedó un momento en silencio, tratando de poner orden en sus pensamientos. Al salir del coche, su mirada se detuvo en las ventanas de la casa, preguntándose qué cambios traería este reencuentro. Avanzó despacio hacia la puerta principal, vaciló brevemente antes de llamar.

La puerta se abrió para revelar el interior sombrío de la casa. Liza entró, sus ojos tardaron un instante en ajustarse a la penumbra. Allí, en una silla cerca de la chimenea, estaba Natacha, una sombra de su antiguo yo.

—¿Natacha? —llamó Liza suavemente, acercándose.

Natacha levantó la vista, sus ojos mostraban un brillo febril.

—Las maldiciones, Liza, las maldiciones de los faraones —murmuró con una voz ronca y apenas audible.

Liza se acercó y se sentó junto a ella, tomando su mano con delicadeza.

—No hay maldiciones aquí, Natacha. Solo estamos tú y yo.

Pero ella parecía perdida en sus delirios, susurrando sobre tumbas y jeroglíficos, un monólogo desconectado y triste. Liza, con paciencia y amor, se quedó a su lado, preparándose para los días difíciles que sabía estaban por venir.

Se instaló en una de las habitaciones de invitados. Cada día se levantaba al alba, cuando los primeros rayos de sol se filtraban tímidamente a través de las cortinas, bañando la habitación en un suave resplandor dorado. Se vestía en silencio, consciente del sueño agitado de Natacha en la habitación contigua. Al descender las escaleras, cada peldaño crujía bajo su peso, como si la casa misma compartiera su preocupación. En la cocina, preparaba un té de hierbas, cuyo aroma se esparcía, intentando en vano infundir un poco de calidez al ambiente. Llevaba una taza a Natacha, que yacía en su cama, envuelta en mantas, su rostro más pálido que el lino que la

cubría.

—Natacha, es hora de tomar algo —decía Liza suavemente, acercando la taza a sus labios.

Pero Natacha se apartaba, murmurando palabras incoherentes, con su mente aún atrapada en un laberinto de antiguos misterios egipcios. Liza se sentaba a su lado, acariciando su cabello con ternura, hablando de cosas triviales, de flores en el jardín, del vuelo de las golondrinas, en un intento de traerla de vuelta al presente.

Los días pasaban en una mezcla de silencio y susurros. Liza le leía a Natacha pasajes de libros sobre Egipto, esperando despertar algún interés o reconocimiento, pero Natacha se quedaba inmóvil, con su mirada perdida en algún punto lejano.

Una tarde, mientras Liza ordenaba algunos papeles en el estudio de Natacha, encontró un cuaderno lleno de notas sobre simbolismo religioso. Las palabras de su amiga, escritas con una caligrafía temblorosa, hablaban de conexiones entre ritos antiguos y modernos, de la búsqueda de la inmortalidad, de la Atlántida, de la eternidad. Liza se detuvo, sosteniendo el cuaderno, sintiendo el peso de la obsesión que había consumido a su amiga.

Por las tardes, Liza se sumergía en el mundo de la antigua Tebas. Se aislaba en la habitación que había convertido en su estudio para consagrarse a su nuevo proyecto: *Las necrópolis reales de Tebas,* un libro donde detallaría toda su investigación sobre Hatshepsut y las otras reinas egipcias. Rodeada de montañas de libros, mapas y notas garabateadas, reconstruía la historia de las necrópolis olvidadas. La ventana, siempre abierta, dejaba entrar la brisa de primavera, cargada con el aroma de la tierra húmeda y el canto distante de los pájaros.

Con cada palabra que escribía, Liza sentía que estaba dando voz a aquellas mujeres cuyas historias habían sido silenciadas por el tiempo.

—Hatshepsut —murmuraba mientras su pluma se deslizaba sobre el papel—, no permitiré que te desvanezcas en las sombras de la historia.

A ratos se detenía y miraba a través de la ventana, perdida en sus reflexiones. Pensaba en Natacha, en su propio viaje, en las muchas mujeres que habían luchado contra el olvido. Una imagen le venía a la cabeza. Las hilanderas del tiempo, mujeres de todas las épocas que entrelazaban sus historias en el gran tapiz de la vida.

El reloj en la pared marcaba el paso de las horas, pero, para Liza, el tiempo parecía detenerse. En esos momentos de profunda concentración, no era solo una investigadora, sino que volvía a sus días de exploradora, recorriendo las arenas del pasado, descubriendo secretos ocultos en tumbas y templos.

Cuando el cansancio se apoderaba de ella, dejaba la pluma y se dirigía a la ventana, respirando profundamente. Observaba el cielo nocturno, las estrellas brillando como joyas sobre un manto de terciopelo negro, y se sentía conectada con aquellas almas antiguas, sabiendo que, al igual que ellas, estaba dejando su propia marca en el mundo.

Llevaba varios meses en Connecticut cuando Liza tuvo que regresar a Princeton por unos días, con su corazón dividido entre la preocupación por Natacha y los asuntos urgentes que requerían su atención en casa. Lo organizó todo para que dos enfermeras, una para el turno de día y otra para la noche, cuidaran de ella en su ausencia. Confiaba en que su amiga estaría bien atendida, pero, aun así, la inquietud se anidaba en lo más profundo de su ser.

Los días en Princeton transcurrieron en una nebulosa de actividades y responsabilidades. Liza se sumergía en el trabajo, intentando distraerse, pero su mente siempre volvía a Natacha, a los momentos compartidos y a la frágil salud de su amiga.

Una tarde, mientras Liza se encontraba en su estudio revisando documentos, el teléfono sonó. Su corazón se detuvo por un instante antes de responder. Era la enfermera de la mañana, su voz temblorosa delataba una mezcla de miedo y confusión.

—Señorita Thomas, es la señora Natacha… ha desaparecido —dijo la enfermera, sus palabras golpearon a Liza como una tormenta repentina.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? —preguntó Liza, con un hilo de voz.

—No lo sabemos. Estaba bien esta mañana, pero cuando la enfermera de la tarde llegó, la señora Natacha no estaba en la casa. Hemos buscado por todas partes, llamado a la policía… pero no hay rastro de ella.

La mente de Liza se aceleró, pensamientos y temores giraron en un torbellino. Sin perder un segundo, se puso en marcha, organizando su regreso a Connecticut de inmediato. Mientras conducía de vuelta, la noche se cerraba sobre ella, un manto oscuro que parecía reflejar la angustia en su alma.

Dos días, cuarenta y ocho horas completas después, recibió una nueva llamada. Al otro lado, una voz desconocida, tensa y apresurada, relataba los hechos: Natacha había sido encontrada en un estado de confusión, vagando por un hotel en Manhattan, con su mente perdida en un delirio de maldiciones y antiguos rituales egipcios.

Liza sintió su corazón latir con fuerza, la inundaba una mezcla de miedo y determinación. Sin perder un segundo, tomó sus cosas y se dirigió a la ciudad, mientras el paisaje pasaba en un borrón a través de

la ventana del coche.

El hospital Lenox Hill se alzaba imponente, un refugio de blancos pasillos y rostros serios. Liza caminaba por ellos con paso firme, con su mente centrada en una sola meta: encontrar a Natacha y traer algo de paz a su tormento.

La encontró acostada en una habitación de hospital, su figura frágil casi perdida entre las sábanas blancas. Los médicos hablaron de psicosis paranoide, de los estragos causados por la malnutrición, pero Liza apenas les prestaba atención. Su mirada estaba fija en Natacha, en la amiga que había conocido, llena de vida y curiosidad, ahora reducida a una sombra de sí misma, casi convertida en una habitante del *Libro de las Cavernas* que tanto la había fascinado.

—Natacha —susurró Liza, tomando su mano entre las suyas—. Estoy aquí, no estás sola.

Pero las palabras de consuelo parecían desvanecerse en el aire, incapaces de alcanzar a Natacha, cuyos ojos miraban un punto distante, llenos de un miedo y una confusión que Liza no podía disipar.

La llama de su vida se apagaba poco a poco.

Los días siguientes fueron un velatorio silencioso, un susurro de oraciones y esperanzas que se desvanecían. Una noche, el cuerpo de Natacha se rindió. El monitor que registraba su pulso dejo de latir, y Liza supo que su amiga había partido hacia el Amenti de los egipcios. La tomó de la mano, presa de una tristeza profunda, pero también de una calma, una aceptación nacida de su fe budista y de la comprensión de que la vida es un viaje con muchas estaciones.

En la soledad de la habitación de hospital, con las luces parpadeando suavemente y el mundo allá afuera continuando su danza eterna, Liza se despidió de su amiga.

—Continúa tu viaje —murmuró—. Déjate guiar por tus libros sagrados… y que encuentres la paz que tanto buscaste.

Tras la muerte de Natacha, Liza se encontró envuelta en un silencio profundo, un mundo donde solo habitaban ella y sus pensamientos. Se encerró en su casa en Princeton, buscando refugio en la única cosa que parecía tener sentido: su libro. Las páginas de *Las necrópolis reales de Tebas* se convirtieron en su consuelo, cada palabra representaba un paso en su camino hacia la sanación. La casa, usualmente llena de vida, ahora resonaba con el eco de la soledad y el tictac constante del reloj, marcando el paso de las horas ininterrumpidas de trabajo.

Cuando al fin completó el manuscrito, Liza creyó entender lo que sentiría una mujer después del parto. Había sido un proceso largo y

doloroso, pero había merecido la pena. Su retoño, el hijo de su mente, estaba listo. Era hora de compartirlo con el mundo. Encuadernó una copia del manuscrito y se dirigió a Chicago, una ciudad donde siempre había encontrado inspiración y apoyo.

Fue directamente al Instituto Oriental, donde había acordado encontrarse con su amigo Charles. Él había ofrecido hacerlo en un ambiente más relajado, quizá en una cena con Myrtle, pero Liza quería darle solemnidad a la entrevista.

—Quiero que me ayudes a encontrar un editor para mi libro —le dijo, sin rodeos, dejando caer el pesado manuscrito sobre su escritorio.

—Comprendo.

—Charles, creo firmemente en la importancia de este trabajo —comenzó Liza, extendiéndole el manuscrito—. No solo arroja luz sobre Hatshepsut, sino que también destaca la historia de tantas mujeres olvidadas: reinas, sacerdotisas, damas de la nobleza, incluso campesinas. Pero, sobre todo, creo que he localizado el paradero de la momia de Hatshepsut.

Charles examinó el manuscrito con interés, pero su expresión se tornó preocupada.

—Myrtle me contó vuestras aventuras en El Cairo y en la KV60. Liza, tu trabajo es impresionante, pero me temo que la teoría que presentas es demasiado arriesgada. La comunidad académica no está lista para esto… no para encontrar a Hatshepsut sin pruebas definitivas de su identidad, pero especialmente una teoría centrada en tumbas femeninas.

Liza escuchó, su corazón se hundía con cada palabra. La idea de que su trabajo, su pasión, podría ser rechazado era un golpe que no había anticipado.

—Aunque me equivoque, y no lo creo, no sería ni la primera ni la última momia falsamente identificada. Mira al propio Tutmosis I. Por Dios, Charles, la momia ahora mismo reposa en el suelo de una tumba sin nombre… ¿no debería, al menos, estar en un museo?

—No es lo mismo, Liza. Hatshepsut es un icono. Una figura única. Es más que una persona, de alguna forma, representa a todas las mujeres. Y quizá el mundo no esté del todo preparado para encontrarla… aún.

—No puedo dejar que este libro quede en un cajón. La historia de Hatshepsut y de estas mujeres merece ser contada —respondió Liza, con voz firme a pesar de la decepción.

Tras varias reuniones más, con respuestas similares, Liza tomó una decisión. Si el mundo académico no pensaba publicar su libro, lo haría ella misma. Regresó a Princeton y pasó la obra a limpio,

mecanografiando cada página con esmero para no cometer errores. Hizo varias copias, las mandó encuadernar y las envió a las principales universidades y bibliotecas con sección de egiptología, no solo de Estados Unidos, sino también en Egipto y en el Reino Unido.

Poco a poco, la vida de Liza en Princeton retomó un ritmo tranquilo, marcado por la rutina de escribir artículos académicos para varias revistas y por los largos paseos con Unas por los senderos arbolados del campus. Fue en una tarde soleada de otoño, mientras Liza escribía sobre la tumba de los hijos de Ramsés II, cuando una llamada interrumpió su trabajo. Al otro lado de la línea, una voz familiar, pero inesperada: su sobrino J. T., hablando con una mezcla de excitación y asombro.

—Tía Liza, tienes que venir a Cruger. Han encontrado algo… algo increíble en la plantación —dijo, le temblaba la voz por la emoción.

Liza se quedó helada.

—¿Qué han encontrado, J. T.?

—Una mujer en un ataúd de hierro. La prensa la está llamando la dama de rojo, *the lady in red*. Es… Es como algo salido de uno de tus libros.

Un recuerdo antiguo, aunque no olvidado, afloró en la mente de Liza. El ataúd que había visto cuando era adolescente, la silueta de una mujer con un vestido rojo. Clorinda Rockefeller.

Sin perder tiempo, Liza se preparó para el viaje a Cruger. Al llegar, encontró la plantación inundada de periodistas y curiosos, todos ellos atraídos por la historia de la misteriosa dama escarlata. No le sorprendió encontrar allí a su amigo Joel que, al fin y al cabo, había compartido el descubrimiento con ella años atrás.

—Sabía que estarías aquí —le dijo Joel—. Últimamente ha sido un poco difícil dar contigo.

—Yo… me han pasado muchas cosas.

—No vuelvas a desaparecer, ¿de acuerdo? Menos mal que te quiero, aunque seas un desastre de mujer.

—Ni te imaginas hasta qué punto de desastre.

Con su amigo del brazo, Liza se acercó al lugar del descubrimiento, con el corazón latiendo con fuerza. Allí estaba el ataúd, tal como lo recordaba, con la figura de Clorinda aún en el interior, inmune al paso del tiempo. Las piezas del pasado comenzaron a encajar, formando una historia que nunca había esperado contar.

Resuelta a darle un cierre a esta parte de la historia, decidió usar la tarjeta que John Rockefeller le había dado hacía ya tanto tiempo, con la intención de compartir su conocimiento sobre Clorinda. Al fin y al cabo, era su tía. Hubo un poco de confusión al otro lado de la línea,

pero al final le pasaron con un John Rockefeller cuya voz no reconoció.

—Soy John III —anunció—. Mi padre murió hace unos años.

Si Liza hubiera estado más atenta a los periódicos que a Natacha y a sus tumbas egipcias, probablemente se hubiera enterado, pero ella nunca había prestado especial atención a las noticias. A las noticias de la actualidad, en cualquier caso.

—Lo lamento mucho.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted? Soy un hombre muy ocupado.

Liza decidió explicar la historia de Clorinda, su muerte en Egipto y su conexión con la famosa arqueóloga Amelia Edwards y con *lady* May Amherst.

—Clorinda era… diferente. Eligió su propio estilo de vida. Creo que su abuelo, el primer John Rockefeller, consideró que era una desagracia para la familia y, por ello, decidió permitir que su cuerpo desapareciera. Pero merece descansar en paz, ¿no le parece? Merece ser recordada.

Su interlocutor tardó unos instantes en responder.

—Por favor, dejen a esa mujer donde está. No queremos más atención sobre esto —dijo con firmeza—. Le ruego que no vuelva a molestarme.

Desolada, con un agujero en el alma, Liza regresó junto al ataúd de Clorinda, al lugar donde su cuerpo había permanecido oculto durante tanto tiempo y que ahora estaba rodeado de curiosos. La dama de rojo merecía un descanso digno, un lugar donde su historia pudiera ser honrada, aunque fuese en silencio. Junto a Joel, comenzó a darle forma a un plan.

Una persona inesperada la ayudó a ejecutarlo.

Francis Amherst también vio en televisión la noticia sobre la dama de rojo. Debió de recordar la famosa sesión de espiritismo en el apartamento de Natacha Rambova en Manhattan, porque se presentó en Cruger poco después de la llegada de Liza. Ella lo reconoció junto a la tumba de Clorinda, lo acogió con un abrazo y lo puso al corriente de sus intenciones.

El cementerio Odd Fellows en Lexington, Misisipi, era un lugar donde el tiempo parecía detenerse, sus viejos robles extendían sus ramas como brazos protectores sobre las tumbas silenciosas. Liza, acompañada por su amigo Joel, caminaba por los senderos serpenteantes del cementerio, acompañando al ataúd de Clorinda hacia su última morada.

A medida que avanzaban, el sol comenzaba a descender, bañando

todo en una luz dorada y suave. No había fanfarrias, ni multitudes, solo un grupo pequeño y silencioso, reunido para darle a la mujer de rojo el respeto y la paz que le habían sido negados en vida.

Francis esperaba junto a la fosa. Liza se detuvo junto a él, mirando la tumba sin nombre que ahora sería el hogar final de Clorinda. Sentía el corazón apesadumbrado, pero también lleno de un sentimiento de realización. Había logrado algo importante, algo que iba más allá de los libros y las teorías.

Los operarios llegaron con el ataúd de hierro. En silencio, lo depositaron sobre las tablas que cubrían la fosa. Lo ataron con unas cuerdas, retiraron las maderas y bajaron el féretro hasta el fondo de la tumba. A continuación, taparon el agujero y lo cubrieron con una lápida de mármol que solo rezaba: «La dama de rojo, encontrada en la plantación de Egipto, 1835-1969».

—¿Sabes? —dijo Francis—. Cuando mi madre volvió a Egipto por última vez, le dije que estaba loca, que aquel país no nos había traído más que desagracias. Siempre me he arrepentido de esas palabras.

—Imagino que no eras más que un niño.

—Aun así. Mi madre, por supuesto, se vengó de mí. A la vuelta me entregó un diario, una especie de memorias que había escrito contando sus experiencias en Egipto. —Francis extrajo un cuaderno del interior de su gabardina, una suerte de diario antiguo, forrado de piel granate, con los bordes dorados—. Aquí habla de Clorinda.

—*Lady* May Amherst —murmuró Liza—. Qué gran mujer. Encontré el borrador de este diario en vuestra casa de Asuán, en *bet al-riyah.* Ella me sirvió de guía en mi última expedición.

—Mamá volvió a Egipto por última vez poco después de vender Didlington. Enseguida estalló la Primera Guerra Mundial. ¿Sabes que se dedicó a recaudar dinero para atender a los soldados heridos? Mi hermano mayor, Billy, murió en el frente… después falleció mi abuela y, al poco tiempo, ella, mi madre. Sí que era una gran mujer.

El silencio se impuso en el cementerio hasta que Liza sacó una copia de su libro, *Las necrópolis reales de Tebas*, y lo colocó suavemente sobre la tumba. Era un símbolo, un tributo a la memoria de Clorinda y a todas las mujeres que habían formado parte de su viaje. Francis la miró y, tras dudar un instante, colocó a su lado el cuaderno con las memorias de su madre.

Mientras el sol se ponía, lanzando sus últimos rayos sobre el cementerio, Liza, Francis Amherst y Joel se quedaron en silencio, honrando a la mujer que descansaba ante ellos. La brisa susurraba a través de las hojas, como si llevara consigo las historias de otras mujeres, y sus voces finalmente hubiesen sido liberadas.

En ese momento, Liza sintió una paz profunda, una conexión con el pasado y con todas aquellas almas que habían luchado por ser recordadas.

—Clorinda Rockefeller, tu historia no fue contada en vida, pero yo te recuerdo —dijo, con una voz clara y firme en la quietud del crepúsculo—. Y no solo a ti, sino a *lady* May Amherst, a Hatshepsut, y a todas las mujeres cuyas historias han sido olvidadas o ignoradas. Recordaré vuestros nombres para que formen parte del tapiz de la historia.

Nota del autor

Al igual que en otras ocasiones, todo lo que cuento en esta novela es rigurosamente histórico… excepto lo que no lo es.

Sobre mis tres protagonistas y narradoras, Sitra-In, *lady* May y Liza, he intentado respetar al máximo lo que se conoce sobre sus vidas. En el caso de Sitra, lo que se sabe es poco: de origen noble, fue el ama de cría de la reina Hatshepsut. Su tumba, en efecto, está muy cerca de Deir el-Bahari. Todo lo demás es un enigma, como viene siendo habitual con las vidas de los antiguos egipcios.

Lady May Amherst es un personaje fascinante donde los haya, y sobre el que se sabe —y se ha escrito— asombrosamente poco. ¡Hasta su página de Wikipedia contiene errores! Para reconstruir su historia, contacté con una de sus descendientes, Angela Reid, que me hizo darme cuenta de que la autora del *Esbozo de la historia egipcia desde los tiempos más remotos hasta la actualidad* no era *lady* May, ¡sino su madre! Una familia extraordinaria, sin duda. Prácticamente todo lo que cuento de ella es cierto: su primer viaje a Egipto, el estreno de *Aida* en El Cairo, la «momia de mamá», la amistad con Howard Carter, sus excavaciones en Qubbet el-Hawa, su amistad con la princesa Beatriz y con la reina Victoria Eugenia, la boda de Alfonso XIII e incluso su viaje a China para conocer a la emperatriz Cixi.

Sobre Elizabeth Thomas se sabe aún menos que sobre *lady* May, pero he intentado reconstruir su historia a través de las fases de su vida académica y, sobre todo, de las personas a las que conoció. También me he inspirado en Harper Lee, sobre todo en el personaje de Scout en su novela *Matar a un ruiseñor* y en la Idabel de Truman Capote en *Otras voces, otros ámbitos*, que son más o menos de la misma época y lugar. Es cierto que Liza comenzó su carrera en el Grenada College «para señoritas», de ahí pasó a Hollins y, después, hizo un misterioso alto en su carrera durante diez años. ¡Diez años! Después regresó a sus estudios y conoció a todos los personajes que menciono como Charles y Myrtle Nims, Helene Kantor, Natacha Rambova o Alexandre Piankoff. Es cierto que trabajó como criptógrafa en el *Signal Corps* durante la guerra y, aunque no hay certeza al respecto, me parece más que probable que coincidiera con Ann Caracristi que, por cierto, llegó a ser directora adjunta de la National Security Agency. De los personajes que pasan por su vida, solo dos son creaciones mías: Joel —trasunto del propio Capote— y Tom, con el que he querido retratar la crueldad de la sociedad racista del sur de Estados Unidos donde creció Liza.

La mujer de rojo es estricta, asombrosamente real. Lo prometo.

La plantación del hermano de Liza se llamaba Egipto, en efecto, y en el año 1969, su sobrino J. T. encontró allí un ataúd metálico que contenía el cuerpo incorrupto, conservado en formol, de una misteriosa mujer vestida de rojo escarlata cuya identidad, no obstante, nunca ha podido ser descubierta. La idea de que pueda ser Clorinda Rockefeller, la hermana bastarda del fundador de la Standard Oil, es una licencia mía, una forma de entrelazar las historias de Liza y *lady* May más allá de su pasión por Hatshepsut y por la egiptología.

Con la figura central y protagonista indiscutida, la reina Hatshepsut, sucede lo mismo que con tantos personajes del antiguo Egipto, especialmente mujeres: conocemos algunos hitos de su vida, pero la línea lógica argumental que los une es un trabajo de deducción. Tras siglo y medio de investigación, los egiptólogos han logrado reconstruir la genealogía de la mujer más poderosa del antiguo Egipto y reconstruir los principales acontecimientos de su reinado, desde las guerras en Nubia y Siria hasta la expedición al país de Punt. Sin embargo, los enigmas continúan.

¿Cómo logró hacerse con el poder? Esta es una pregunta que ha atormentado a los expertos desde que se supo de la existencia de Hatshepsut. La teoría de la usurpadora, de la cortesana intrigante y dispuesta a todo por alcanzar el poder, ha eclipsado durante décadas explicaciones más científicas y, posiblemente, más cercanas a la realidad. Hatshepsut fue, sin duda, una mujer excepcional que, además, se encontró en el lado correcto de la historia. Al igual que sucede en el mundo contemporáneo, el antiguo Egipto se veía dominado por complejas luchas de poder entre el norte y el sur, entre sacerdotes y guerreros, entre distintas corrientes religiosas y un largo etcétera. Es indudable que hubo miles de mujeres extraordinarias en el antiguo Egipto, pero solo seis de ellas llegaron a ocupar el puesto de faraón en más de tres mil años de historia: Merneith, Neferusobek, Hatshepsut, Nefertiti, Tawosret y Cleopatra. Además de su carácter único, parece probable que supieron navegar las corrientes de la historia para lograr situarse en la cima.

La pregunta que más curiosidad ha generado, la que ha provocado los debates más encendidos, es otra: ¿por qué decidió hacerse representar como un hombre? De las seis mujeres-faraón del antiguo Egipto, solo Hatshepsut tomó esta opción. Otras, como Nefertiti o Cleopatra, han pasado a la historia precisamente como arquetipos de feminidad. Hatshepsut, sin embargo, hizo una transición desde su figura tradicional como gran esposa real hasta hacerse representar como un faraón masculino en todos los aspectos. He reflexionado mucho sobre esta cuestión. La posibilidad de que

Hatshepsut fuera un hombre trans me resulta fascinante, pero, por algún motivo, no creo que fuera el caso. El debate de los pronombres es algo muy moderno, pero, incluso cuando había asumido todos los atributos de la realeza masculina, Hatshepsut siguió usando el pronombre femenino. Yo creo que más bien ella fue una de tantas mujeres que se vio obligada a «comportarse como un hombre», a adoptar roles y comportamientos varoniles para imponerse en un mundo normalmente vedado a su género, igual que lo hicieron —en diferente medida— Isabel la Católica y su tocaya Isabel I de Inglaterra, Juana de Arco, Catalina la Grande, la reina Victoria, la emperatriz Cixi o incluso Margaret Thatcher. Nunca sabremos la verdad, pero, como escritor, es esta la historia que quiero contar.

Otro enigma que gira en torno a Hatshepsut es el porqué de su *damnatio memoriae*: por qué su nombre fue sistemáticamente eliminado de los monumentos y de las listas reales hasta caer durante siglos en el olvido. Durante décadas se ha pensado que su sobrino Tutmosis III, el supuesto «faraón legítimo», habría emprendido su venganza contra la malvada madrastra que le usurpó el trono eliminándola de la historia. Los hechos, no obstante, demuestran que Tutmosis no empezó el proceso de *damnatio memoriae* hasta más de veinte años después de la muerte de Hatshepsut, lo cual dificulta un poco la hipótesis de la venganza. Parece, más bien, un acto sosegado y calculado de reescritura de la historia para acomodarla al orden establecido. Según la tradición egipcia, el faraón era una figura esencial para el equilibrio entre lo humano y lo divino, una figura necesariamente *masculina*. La idea de un faraón mujer alteraba gravemente su concepción del mundo, ponía en riesgo la Maat. ¿Qué mejor solución que hacer como si nunca hubiera pasado?

Parece demostrado que Hatshepsut dispuso que la tumba de su padre fuera ampliada para acoger su propio sarcófago tras su muerte. Así fue. Nuestra gran reina fue enterrada en la KV20 —la primera tumba que se excavó en el Valle de los Reyes— junto a Tutmosis I, con un impresionante baúl que contenía los vasos canopos con sus órganos, incluida una muela que le había sido extraída.

Veinte años después de la muerte de Hatshepsut empezó, como ya he dicho, el proceso de *damnatio memoriae*. Por algún motivo que nunca sabremos con certeza, los seguidores de la reina decidieron poner su momia a salvo y la escondieron en la modesta tumba de la que había sido su ama de cría, Sitra-In.

Este dato tan singular es, precisamente, el germen de mi novela. El hecho de que una gran reina acudiera a su nodriza, a la mujer que la cuidó de niña, a su segunda madre, para que la protegiera después

de la muerte me parece sencillamente precioso. Emocionante. Si uno lo piensa con detenimiento, ¿en qué mejor lugar podría estar que en los mismos brazos que la acunaron al nacer?

Tiempo después, probablemente durante la dinastía XXI, el problema del robo de tumbas se extendió por el Valle de los Reyes como una plaga de langostas. Tras el reinado de Ramsés III, el poder de los faraones empezó a declinar y Egipto entró en el llamado Tercer Periodo Intermedio. La mayoría de las tumbas reales fueron saqueadas, entre ellas, por supuesto, la KV20 y, aunque no se trataba de una sepultura real, también la KV60. Ese es el motivo de que no se hayan encontrado grandes tesoros en la tumba de Hatshepsut y de su padre, ni tampoco en la de Sitra-In.

Los sacerdotes hicieron un esfuerzo por preservar los cuerpos de los grandes reyes de la Antigüedad. Decidieron sacar las momias reales de sus sepulcros y depositarlas todas juntas en lugares protegidos para ponerlas a salvo de los expolios constantes. La momia de Hatshepsut, al estar escondida junto a la de su nodriza, no fue localizada y puesta a salvo como las otras, por eso permaneció perdida. Muchos de estos «escondrijos» serían descubiertos siglos después por los arqueólogos, como es el caso del escondrijo de Deir el-Bahari —el famoso DB320—, en 1871, uno de los hallazgos más asombrosos de la egiptología a pesar de que estuviera muy pobremente ejecutado. Es así como el vaso canopo con la muela de Hatshepsut llegó a los sótanos del Museo Egipcio de El Cairo.

Pasaron los siglos, y el nombre de Hatshepsut cayó en el olvido. Solo la lista real de Manetón (siglo III a. C.) incluye a una reina de nombre Amensé, que podría ser —o no— la misma persona. Hatshepsut desapareció por completo de los libros de historia hasta que Champollion se encontró con unos jeroglíficos que no supo descifrar. Hubo mucha oposición a la que, en su momento, se conoció como «la cuestión de Hatshepsut», y fue en gran parte gracias a arqueólogas como Amelia Edwards, *lady* May Amherst y Elizabeth Thomas que su memoria fue recuperada.

Sin embargo, Liza murió en el año 1986 sin llegar a ver el fruto de sus años de esfuerzo y dedicación por recuperar el legado de la reina Hatshepsut. Corría el año 1989, una época vibrante de descubrimientos y aventuras. Donald Ryan, un egiptólogo americano de espíritu indomable, se encontraba listo para una hazaña que marcaría su carrera. Inspirado por el enigmático legado de la reina Hatshepsut, Ryan se embarcó en la misión de localizar la tumba KV60, que había sido descubierta y después olvidada, tras ser examinada brevemente por el legendario Howard Carter a principios del siglo XX.

Se rumoreaba que Elizabeth Thomas había vuelto a visitarla, pero el secreto de su localización se había perdido en las arenas del tiempo.

Armado con poco más que su ingenio, una escoba y una inquebrantable pasión por la arqueología, Ryan y su equipo lograron localizar la tumba perdida de Sitra-In. Lo que encontraron, sin embargo, no encajaba con lo que decían los libros de historia. De acuerdo con el relato del propio Carter, dentro de la tumba había no una, sino dos momias. Sin embargo, Ryan no encontró más que una.

Cerca del centro de la cámara funeraria, directamente de espaldas sobre el suelo, yacía una momia femenina muy bien preservada, aunque desenvuelta en su mayor parte. Según mostraron las mediciones posteriores, su dueña había tenido una estatura 1,55 metros. Mechones de cabello rubio rojizo yacían en el suelo debajo de su cabeza calva. Lo más provocativo es que la momia adoptaba lo que muchos han aceptado como la pose clásica de la dinastía XVIII para una momia femenina real: el brazo izquierdo está doblado en el codo para llevar un puño ligeramente cerrado sobre el centro del pecho. El brazo derecho yace extendido a lo largo del lado derecho del cuerpo con los dedos de la mano sin flexionar.

Al verla, Ryan no pudo dejar de recordar *Las necrópolis reales de Tebas* de nuestra Liza y preguntarse si aquella momia no sería la reina Hatshepsut. ¿Pero qué había sido de la otra?

Hubieron de pasar casi veinte años hasta que el arqueólogo egipcio Zahi Hawass diera el siguiente paso en la búsqueda de Hatshepsut. En el mundo de la arqueología egipcia, pocos nombres resuenan con tanta fuerza como el de Hawass. Este carismático egiptólogo, conocido tanto por su imponente sombrero de explorador como por su inquebrantable pasión por los misterios del antiguo Egipto, se convertiría en una figura clave en la búsqueda de la verdad sobre Hatshepsut.

Cuando el Discovery Channel se acercó a él para rodar un documental sobre la reina Hatshepsut, pocos podrían haber imaginado que este proyecto se convertiría en uno de los más importantes descubrimientos egiptológicos de la historia reciente. Fue así como Hawass se embarcó en una búsqueda que lo llevó a recorrer lugares como la tumba real KV20 en el Valle de los Reyes, pasando por tumbas cercanas a su famoso templo mortuorio en Deir el-Bahari, incluida la misteriosa KV60. Al igual que Ryan, descubrió que esta contenía solo una momia. Investigando en los archivos del Museo de El Cairo, localizó el acta de entrega firmada por Howard Carter, en la que este cedía a sus fondos la momia clasificada como KV60-B: la de Sitra-In que, en efecto, continuaba en los sótanos del museo.

Para analizar ambas momias, Hawass reclutó un equipo de expertos en egiptología, forenses y de diagnóstico por imagen. Armados con herramientas modernas como el escáner CT y análisis de ADN, lograron dar un paso más allá en la búsqueda de respuestas. El punto de inflexión llegó con un descubrimiento sorprendente, uno que parecía sacado de una novela de misterio: una muela. Este diente, encontrado en un vaso canopo marcado con el cartucho de la reina Hatshepsut en el famoso «escondrijo real» DB320, se convirtió en la pieza clave del rompecabezas.

Una resonancia magnética computarizada realizada en la momia de KV60-A —la que continuaba en la tumba— reveló un espacio vacío en la mandíbula, exactamente donde faltaría un molar. Era una coincidencia demasiado grande para ser ignorada. Con la ayuda de un perito odontólogo, se comparó el diente de Hatshepsut con la fractura en la mandíbula de la momia. El resultado fue definitivo: el diente encajaba perfectamente.

Tras miles de años de anonimato, la momia de Hatshepsut había sido localizada.

La historia no acaba aquí. La noche del 3 de abril de 2021, El Cairo fue testigo de un espectáculo sin precedentes: el Desfile Dorado de los Faraones, una grandiosa procesión que trasladó a veintidós momias de reyes y reinas del antiguo Egipto, incluyendo a la gran Hatshepsut, desde el antiguo Museo Egipcio en la plaza Tahrir hasta su nuevo hogar en el espectacular Museo Nacional de la Civilización Egipcia en Fustat. Hatshepsut no estuvo sola, la acompañó su padre Tutmosis I, su querido hermano Tuty y hasta su sobrino Tutmosis III, además de la inefable Señora, la reina Ahmose-Nefertari.

El desfile fue un homenaje a las reinas y faraones del pasado con todo el despliegue que la tecnología y el arte del siglo XXI podían ofrecer. Cada momia fue transportada en un vehículo especialmente diseñado, dorado y ornamentado, reflejando la majestuosidad de los ataúdes en los que habían sido enterradas. Las calles de El Cairo se iluminaron, y la música y el arte llenaron el aire y la gente volvió a clamar, una vez más, los nombres de los antiguos soberanos.

Quiero pensar que, desde algún lugar, Sitra, *lady* May y Liza observaron cómo la gran reina volvía a ocupar el lugar que le corresponde en la historia, y que ella misma disfrutará de su bien merecido descanso en los valles dorados del Amenti.

Agradecimientos

El año que he pasado escribiendo este libro no ha sido sencillo. Murió mi padre —lector ávido de todo lo que había escrito hasta ahora— y, aunque tenía noventa años, supongo que uno nunca está preparado para quedarse huérfano. Me ha costado reunir ganas y energía para escribir, por lo que mi primer agradecimiento va para las personas que me han ayudado a mantenerme a flote, empezando como siempre por mi marido, Pablo. Gracias por apoyarme siempre y por tener fe en mí, incluso cuando yo no la tengo. Gracias también a mi hija Paula, de seis años, que me ha hecho sonreír y morir de ternura cada vez que se sentaba a mi lado a «escribir su novela».

Una vez más, he podido contar con el ojo corrector de mi querida Carmina, de mi grupo de escritores «el Evú», que se ha leído mi manuscrito en tiempo récord, a pesar de nietas y festividades navideñas. Carmina, he intentado hacerte caso en todo lo que me has dicho, especialmente cuando me recuerdas que, a veces, hay que frenar un poco la acción y darle un pequeño respiro al lector. Gracias también por recordarme que hay que «mostrar y no contar».

La labor de documentación para esta novela ha sido ingente porque, a falta de una línea temporal, he decidido enredarme con tres. Me gustaría dedicarle un agradecimiento especial a Angela Reid, bisnieta de *lady* May Amherst, por contestar mis infinitos emails y ayudarme a entender la personalidad de su bisabuela. Angela me pidió que le hiciera justicia a su memoria, y espero haberlo conseguido. Para mi investigación *egiptológica*, quiero dar las gracias a Maixaxa, del Museo Egipci de Barcelona, y a Carmen, del Museo Arqueológico Nacional, por ayudarme a localizar bibliografía que me estaba resultando un poco esquiva.

Una vez más, quiero darles las gracias a mis editoras Berenice e Ymelda, no solo por confiar en mí, sino por animarme a que siguiera con Egipto.

Por último, me gustaría hacer una serie de agradecimientos literarios a los autores que me han influido e inspirado para esta novela: lo que mi maestra Clara Obligado llama el «intertexto».

Elizabeth Peters es la autora de una saga de novelas protagonizada por una arqueóloga llamada Amelia Peabody, ambientada a finales del XIX y principios del XX, que me ha servido muchísimo para encontrar la voz de *lady* May. Vin Packer es la autora de *Spring fire*, un ejemplo de un género que se llama *lesbian pulp fiction* que me ha resultado fundamental para ambientarme en el mundo de las hermandades universitarias americanas. Para reconstruir el mundo

de Liza también me he inspirado en *A este lado del paraíso* de Scott Fitzgerald y, cómo no, en *Matar a un ruiseñor* de Harper Lee y *Otras voces, otros ámbitos* de Truman Capote.

Mis perdones a todos los aludidos.

Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2024
ISBN: 978-84-1384-864-8 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.